

Adiós a la Madre y salida de Nazaret. Llanto y oración de la Corredentora.

El interior de la casa de Nazaret. Veo una habitación. Parece un comedor, donde la Familia come o está en las horas de descanso. Es una estancia muy reducida. Tiene una sencilla mesa rectangular frente a una especie de arquibanco que está pegando a una de las paredes: éste es el asiento de uno de los lados. En las otras paredes hay: un telar y un taburete; otros dos taburetes y un bazar, que tiene encima algunas lamparitas de aceite y otros objetos. Una puerta da a un pequeño huerto. Debe estar atardeciendo, pues no hay son un recuerdo de sol sobre la copa de un alto árbol que apenas verdece con las primeras hojas.

Jesús está sentado a la mesa. Está comiendo. María le sirve, yendo y viniendo por una puertecita que supongo conduce al lugar donde está el fuego, cuyo resplandor se ve desde la puerta entreabierta.

Jesús le dice a María dos o tres veces que se siente... y que también coma Ella. Pero Ella no quiere; menea la cabeza sonriendo tristemente, y trae, primero, unas verduras hervidas — me parece una sopa —; después, unos peces asados; luego, un queso más bien blando (como de oveja, fresco) de forma redondeada (semeja a esas piedras que se ven en los torrentes), y unas aceitunas pequeñas y oscuras. El pan, en pequeños moldes circulares (de la anchura de un plato común) y poco alto, está ya en la mesa. Es más bien oscuro, como si no se le hubiera separado el salvado. Jesús tiene delante un ánfora con agua y una copa; come en silencio, mirando a la Madre con doloroso amor.

María — se ve claramente — está apenada. Va, viene... para que no se le note. Enciende — aunque haya todavía luz suficiente — una lamparita y la pone junto a Jesús (al alargar el brazo acaricia disimuladamente la cabeza de su Hijo), abre una bolsa de color castaño — que a mí me parece hecha de esos paños de lana virgen tejidos a mano y, por tanto, impermeable —, comprueba si está vacía, sale al huertecito, va hasta el otro lado de éste, a una especie de despensa, de donde sale con unas manzanas ya más bien rugosas — conservadas desde el verano — y las mete en la bolsa; después coge un pan y mete también un pequeño queso, aunque Jesús no quiera y diga que ya tiene suficiente.

María se acerca a la mesa de nuevo, por la parte más estrecha, a la izquierda de Jesús. Le mira mientras come. Le mira con verdadera congoja, con adoración, con el rostro aún más pálido de lo normal y como más envejecido por la pena, con los ojos agrandados por una sombra que los marca, indicio de lágrimas vertidas; parecen, incluso, más claros que de costumbre, como lavados por el llanto que ya está casi apareciendo en ellos: ojos de dolor, cansados.

Jesús, que come despacio, claramente sin ganas, por complacer a su Madre, y que está más pensativo de lo habitual, levanta la cabeza y la mira. Se encuentra con una mirada llena de lágrimas, y baja la cabeza para que no se sienta cohibida, limitándose a cogerle la delicada mano que tiene apoyada en el borde de la mesa. La toma con la mano izquierda y se la lleva a la cara; Jesús apoya en ella su mejilla como rozándola un momento para sentir la caricia de esa pobre mano temblorosa, y la besa en el dorso con gran amor y respeto.

Ve a María llevándose la mano libre, la izquierda, hacia la boca, como para ahogar un sollozo; luego se seca con los dedos una lágrima grande que ha rebasado el borde del párpado y estaba regando la mejilla.

Jesús continúa comiendo. María sale rápidamente al huertecillo, donde ya hay poca luz... y desaparece. Jesús apoya el codo izquierdo sobre la mesa, y sobre la mano la frente, deja de comer y se sumerge en sus pensamientos.

Luego un momento de atención... Se levanta de la mesa. Sale Él también al huerto, mira a uno y otro lado y se dirige hacia la derecha respecto al lado de la casa, entra por una abertura de una pared rocosa, dentro de lo que reconozco como el taller de carpintero; esta vez todo ordenado, sin tablas, sin virutas, sin fuego encendido; el banco de carpintero y las herramientas, todas en su sitio, nada más.

Replegada sobre sí, en el banco, María llora. Parece una niña. Tiene la cabeza apoyada en el brazo izquierdo doblado, y llora, en voz baja pero con mucho dolor. Jesús entra despacio y se le acerca con tanta delicadeza, que Ella comprende que está allí sólo cuando su Hijo le deposita la mano sobre la cabeza inclinada, llamándola "Mamá" con voz de amorosa reprensión.

María levanta la cabeza y mira a Jesús entre un velo de llanto, y se apoya, con las dos manos unidas, en su brazo derecho. Jesús con un extremo de su ancha manga le seca la cara y la abraza, la estrecha contra su pecho, la besa en la frente. Jesús tiene aspecto majestuoso, parece más viril de lo habitual, y María más niña, salvo en la cara marcada por el dolor.

- Ven, Mamá - le dice Jesús, y, apretándola estrechamente con el brazo derecho, se encamina de nuevo hacia el huerto; allí se sienta en un banco que está apoyado en la pared de la casa. El huerto está silencioso y ya oscuro. Hay sólo un hermoso claro de luna y la luz que sale de la estancia. La noche está serena.

Jesús le habla a María. No percibo al principio las palabras, apenas susurradas, a las que María asiente con la cabeza. Después oigo:

- Y di a la familia..., a las mujeres de la familia, que vengan. No te quedes sola. Estaré más tranquilo, Madre, y tú sabes la necesidad que tengo de estar tranquilo para cumplir mi misión. Mi amor no te faltará. Vendré frecuentemente y, cuando esté en Galilea y no pueda acercarme a casa, te avisaré; entonces vendrás tú adonde este Yo. Mamá, esta hora debía llegar. Empezó aquí, cuando el Ángel se te apareció; ahora se cumple y debemos vivirla, ¿no es verdad, Mamá? Después vendrá la paz de la prueba superada, y la alegría. Antes es necesario atravesar este desierto, como los antiguos Padres para entrar en la Tierra Prometida. Pero el Señor Dios nos ayudará como hizo con ellos, y su ayuda será como maná espiritual para nutrir nuestro espíritu en el esfuerzo de la prueba. Digamos juntos al Padre nuestro...». Jesús se levanta y María con Él, y levantan la cara al cielo. Dos hostias vivas que resplandecen en la oscuridad.

Jesús dice lentamente, pero con voz clara y remarcando las palabras, la oración del Señor. Hace mucho hincapié en las frases: «venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad», distanciando mucho estas dos frases de las otras. Ora con los brazos abiertos (no exactamente en cruz, sino como los sacerdotes cuando dicen: «El Señor esté con vosotros»), María tiene las manos juntas.

Entran de nuevo en casa, y Jesús — a quien no he visto nunca beber vino — echa en una copa un poco de vino blanco de un ánfora de la despensa y la lleva a la mesa; coge de la mano a María y la obliga a sentarse junto a Él y a beber de ese vino (en que moja una rebanada de pan que le ofrece). Tanto insiste, que María cede. El resto lo bebe Jesús. Luego estrecha a su Madre contra su costado, y así la sujeta, contra su persona, en el lado del corazón. Ni Jesús ni María están reclinados, sino sentados como nosotros. No hablan más. Esperan. María acaricia la mano derecha de Jesús y sus rodillas. Jesús acaricia el brazo y la cabeza de María.

Jesús se levanta y con Él María, se abrazan y se besan amorosamente una y otra vez; y una y otra vez parece que quieren despedirse, pero María vuelve a estrechar contra su pecho a su Hijo. Es la Virgen, pero es una madre a fin de cuentas, una madre que debe separarse de su hijo y que sabe a dónde conduce esa separación. Que ya no se me venga a decir que María no ha sufrido. Antes lo creía poco, ahora no lo creo en absoluto.

Jesús coge el manto (azul oscuro), se lo echa a los hombros y con él se cubre la cabeza a manera de capucha. Luego se pone en bandolera la bolsa, de forma que no le obstaculice el camino. María le ayuda, nunca termina de ajustarle la túnica y el manto y la capucha, y, mientras, lo vuelve a acariciar.

Jesús va hacia la puerta después de trazar un gesto de bendición en la estancia. María lo sigue y, en la puerta, ya abierta, se besan una vez más.

La calle está silenciosa y solitaria, blanca de luna. Jesús se pone en camino. Dos veces se vuelve aún a mirar a su Madre, que está apoyada en la jamba, más blanca que la Luna, toda reluciente de llanto silencioso. Jesús se va alejando por la callejuela blanca. María continúa llorando apoyada en la puerta. Y Jesús desaparece en una esquina de la calle.

Ha empezado su camino de Evangelizador, que terminará en el Gólgota. María entra llorando y cierra la puerta. También para Ella ha comenzado el camino que la llevará al Gólgota. Y por nosotros...

Dice Jesús:

- Éste es el cuarto dolor de María, Madre de Dios: el primero fue la presentación en el Templo; el segundo, la huida a Egipto; el tercero, la muerte de José; el cuarto, mi separación de Ella.

Conociendo el deseo del Padre, te dije ayer por la noche que voy a acelerar la descripción de "nuestros" dolores para que se den a conocer. Pero, como ves, ya algunos de mi Madre habían sido ilustrados. He explicado antes que la Presentación la permanencia en Egipto, porque había necesidad de hacerlo ese día. Yo sé las cosas. Y tú comprendes.

Mi proyecto es alternar tus contemplaciones, y mis consiguientes explicaciones, con los dictados propiamente dichos, para aliviarte a ti y a tu espíritu dándote la beatitud de ver, y también porque así queda clara la diferencia estilística entre tu forma de redactar y la mía.

Además, ante tantos libros que hablan de mí y que, tocando y retocando, cambiando y acicalando, se han transformado en irreales, tengo el deseo de dar a quien en mí cree una visión devuelta a la verdad de mi tiempo mortal. No salgo disminuido; antes al contrario, magnificado en mi humildad, que se hace pan para vosotros para enseñaros a ser humildes y semejantes a mí, que fui hombre como vosotros y que llevé en mi aspecto humano la perfección de un Dios. Debía ser Modelo vuestro, y los modelos deben ser siempre perfectos.

No mantendré en las contemplaciones una línea cronológica correspondiente a la de los Evangelios. Tomaré los puntos que considere más útiles en ese día para ti o para otros, siguiendo una línea mía de enseñanza y bondad.

La enseñanza que proviene de la contemplación de mi separación se dirige especialmente a los padres e hijos a quienes la voluntad de Dios llama a la recíproca renuncia por un amor más alto; en segundo lugar está dirigida a todos aquellos que se encuentran frente a una renuncia penosa (¡y cuántas encontráis en la vida!). Son espinas en la Tierra que traspasan el corazón; lo sé. Pero para quien las acoge con resignación — mirad, no digo: "para quien las desea y las acoge con alegría" (esto ya es perfección), digo "con resignación

— se transforman en eternas rosas. Pero pocos las acogen con resignación. Como burritos tozudos, os resistís obstinadamente a la voluntad del Padre, aunque no tratéis de herir con patadas y mordiscos espirituales, o sea, con rebelión y blasfemias contra el buen Dios.

Y no digáis: "Pero si yo sólo tenía este bien y Dios me lo ha quitado; sólo este afecto, y Dios me lo ha arrancado". También María, mujer noble, amorosa hasta la perfección (porque en la Toda Gracia también las formas afectivas y sensitivas eran perfectas), sólo tenía un bien y un amor en la tierra: su Hijo. No le quedaba más que Él: los padres, muertos desde hacía tiempo; José, muerto desde hacía algunos años. Sólo quedaba Yo para amarla y hacerle sentir que no estaba sola. Los parientes, por causa mía, desconociendo mi origen divino, le eran un poco hostiles, como hacia una madre que no sabe imponerse a su hijo que se aparta del común buen juicio o que rechaza un matrimonio propuesto que podría honrar a la familia e incluso ayudarla.

Los parientes, voz del sentido común, del sentido humano —vosotros lo llamáis sensatez, pero no es más que sentido humano, o sea, egoísmo — habrían querido que yo hubiera vivido estas cosas. En el fondo era siempre el miedo de tener un día que soportar molestias por mi causa; que ya osaba expresar ideas — según ellos demasiado idealistas — que podían poner en contra a la sinagoga. La historia hebrea estaba llena de enseñanzas sobre la suerte de los profetas. No era una misión fácil la del profeta, y frecuentemente le ocasionaba la muerte a él mismo y disgustos a la parentela. En el fondo, siempre el pensamiento de tener que hacerse cargo un día de mi Madre.

Por ello, el ver que Ella no me ponía ningún obstáculo y parecía en continua adoración ante su Hijo, los ofendía. Este contraste habría de crecer durante los tres años de ministerio, hasta culminar en abiertos reproches cuando, estando yo entre

las multitudes, se llegaban hasta mí, y se avergonzaban de mi manía — según ellos — de herir a las castas poderosas. Reprensión a mí y a Ella; ¡pobre Mamá!

Y, no obstante, María, que conocía el estado de ánimo de sus parientes — no todos fueron como Santiago, Judas o Simón, ni como la madre de estos, María de Cleofás — y que preveía el estado de ánimo futuro; María, que conocía su suerte durante esos tres años, y la que le esperaba al final de los mismos y la suerte mía, no opuso resistencia como hacéis vosotros. Lloró. Y ¿quién no habría llorado ante una separación de un hijo que la amaba como Yo la amaba; ante la perspectiva de los largos días, vacíos de mi presencia, en la casa solitaria; ante el futuro del Hijo destinado a chocar contra la malevolencia de quien era culpable y se vengaba de serlo agrediendo al Inculpable hasta matarlo?

Lloró porque era la Corredentora y la Madre del género humano renacido a Dios, y debía llorar por todas las madres que no saben hacer de su dolor de madres una corona de gloria eterna.

¡Cuántas madres en el mundo a quienes la muerte arranca de los brazos una criatura! ¡Cuántas madres a quienes un querer sobrenatural arrebató de su lado a un hijo! Por todas sus hijas, como Madre de los cristianos, por todas sus hermanas, en el dolor de madre despojada, ha llorado María. Y por todos los hijos que, nacidos de mujer, están destinados a ser apóstoles de Dios o mártires por amor a Dios, por fidelidad a Dios, o por crueldad humana.

Mi Sangre y el llanto de mi Madre son la mixtura que fortalece a estos signados para heroica suerte; la que anula en ellos las imperfecciones, o también las culpas cometidas por su debilidad, dando, además del martirio — en cualquier caso, enseguida — la paz de Dios y, si sufrido por Dios, la gloria del Cielo.

Las lágrimas de María las encuentran los misioneros como llama que calienta en las regiones donde la nieve impera, las encuentran como rocío allí donde el sol arde. La caridad de María las exprime.

Estas han brotado de un corazón de lirio. Tienen, por ello: de la caridad virginal desposada con el Amor, el fuego; de la virginal pureza, la perfumada frescura, semejante a la del agua recogida en el cáliz de un lirio después de una noche de rocío.

Las encuentran los consagrados en ese desierto que es la vida monástica bien entendida: desierto, porque no vive más que la unión con Dios, y cualquier otro afecto cae, transformándose únicamente en caridad sobrenatural hacia los parientes, los amigos, los superiores, los inferiores.

Las encuentran los consagrados a Dios en el mundo, en el mundo que no los entiende y no los ama, desierto también para ellos, en el que viven como si estuvieran solos: ¡muy grande es, en efecto, la incompreensión que sufren, y las burlas, por mi amor!

Las encuentran mis queridas "víctimas", porque María es la primera de las víctimas por amor a Jesús. A sus discípulas Ella les da con mano de Madre y de Médico, sus lágrimas, que confortan y embriagan para más alto sacrificio.

¡Santo llanto de mi Madre!

María ora. Porque Dios le dé un dolor, no se niega a orar. Recordadlo. Ora junto con Jesús. Ora al Padre nuestro y vuestro.

El primer "Pater noster" fue pronunciado en el huerto de Nazaret para consolar la pena de María, para ofrecer "nuestras" voluntades al Eterno en el momento en que comenzaba para estas voluntades el período de una renuncia cada vez mayor, que habría de culminar en la renuncia de la vida para Mí y de la muerte de un Hijo para María.

Y, aunque nosotros no tuviéramos nada que necesitara el perdón del Padre, por humildad incluso, nosotros, los Sin Culpa, pedimos el perdón del Padre para afrontar, perdonados (absueltos incluso de un suspiro), dignamente nuestra misión. Para enseñaros que cuanto más se está en gracia de Dios más bendecida y fructuosa resulta la misión; para enseñaros el respeto a Dios y la humildad. Ante Dios Padre aun vuestras dos perfecciones de Hombre y de Mujer se sintieron nada y pidieron perdón, como también pidieron el "pan de cada día".

¿Cuál era nuestro pan? ¡Oh!, no el que amasaron las manos puras de María, cocido en el pequeño horno, para el cual yo muchas veces había recogido haces y manojos de leña — que es también necesario mientras se está en esta Tierra —, no ese pan, sino que "nuestro" pan cotidiano era el de llevar a cabo, día a día, nuestra parte de misión. Que Dios nos la diera cada día, porque llevar a cabo la misión que Dios da es la alegría de "nuestro" día, ¿no es verdad, pequeño Juan? ¿No lo dices también tú, que te parece vacío el día, como si no hubiera existido, si la bondad del Señor te deja, un día, sin tu misión de dolor?

María ora con Jesús. Es Jesús quien os justifica, hijos. Soy Yo quien hace aceptables y fructuosas vuestras oraciones ante el Padre. Yo he dicho: "Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, Él os lo concederá", y la Iglesia acredita sus oraciones diciendo: "Por Jesucristo Nuestro Señor".

Quando oréis, uníos siempre, siempre, siempre a mí. Yo rogaré en voz alta por vosotros, cubriendo vuestra voz de hombres con la mía de Hombre — Dios. Yo pondré sobre mis manos traspasadas vuestra oración y la elevaré al Padre. Será hostia de valor infinito. Mi voz, fundida con la vuestra, subirá como beso filial al Padre, y la púrpura de mis heridas hará preciosa vuestra oración. Estad en mí si queréis tener al Padre en vosotros, con vosotros, para vosotros.

Has terminado la narración diciendo: "Y por nosotros...", y querías decir: "Por nosotros que somos tan ingratos hacia estos Dos que han subido el Calvario por nosotros". Has hecho bien en poner esas palabras. Ponlas cada vez que te muestre un dolor nuestro. Que sea como la campana que suena y que llama a meditar y a arrepentirse.

Nada más. Descansa. La paz esté contigo".

Veo una llanura despoblada de vegetación y de casas. No hay campos cultivados, y muy pocas y raras plantas reunidas aquí o allá en matas — vegetales familias — en los sitios en que el suelo está por debajo menos quemado. Imagine que este terreno quemado y baldío está a mi derecha — teniendo yo el norte a mis espaldas — y se prolonga hacia el Sur respecto a mí.

A la izquierda veo un río de orillas muy bajas, que corre lentamente también de Norte a Sur. Por el movimiento lentísimo del agua comprendo que no debe haber desniveles en su lecho y que fluye por una llanura tan achatada que constituye una depresión. El movimiento es apenas suficiente para que el agua no se estanque formando un pantano. (El agua es poco profunda, tanto que se ve el fondo; a mi juicio, no más de un metro, como mucho uno y medio. Tiene la anchura del Arno hacia S. Miniato-Empoli: yo diría que unos veinte metros. Pero no tengo buen ojo para calcular con exactitud). Es de un azul ligeramente verde hacia las orillas, donde, por la humedad del suelo, hay una faja tupida de hierba que alegra la vista, cansada de la desolación pedregosa y arenosa de cuanto se le extiende delante.

Esa voz íntima que le he explicado que oigo y me indica lo que debo notar y saber me advierte que estoy viendo el valle del Jordán. Lo llamo valle porque se emplea esta palabra para indicar el lugar por donde corre un río, pero en este caso es impropio llamarlo así porque un valle presupone montes y yo aquí no veo montes cercanos. Pero, en fin, estoy en el Jordán, y el espacio desolado que observo a mi derecha es el desierto de Judá. Si es correcto llamarlo desierto en el sentido de un lugar donde no hay casas ni trabajo humano, no lo es según el concepto que nosotros tenemos de desierto. Aquí no se ven esas arenas onduladas que nosotros nos pensamos, sino sólo tierra desnuda, con piedras y detritus esparcidos; es como los terrenos aluviales después de una crecida. En la lejanía, colinas.

Además, junto al Jordán hay una gran paz, un algo especial, superior a lo común, como lo que se nota en las orillas del Trasimeno. Es un lugar que parece guardar memoria de vuelos de ángeles y voces celestes. No sé bien decir lo que experimento, pero me siento en un lugar que habla al espíritu.

Mientras observo estas cosas, veo que la escena se puebla de gente a lo largo de la orilla derecha — respecto a mí — del Jordán. Hay muchos hombres, vestidos de diversas formas. Algunos parecen gente del pueblo, otros ricos; no faltan algunos que parecen fariseos por el vestido ornado de ribetes y galones.

Entre todos ellos, en pie sobre una roca, un hombre a quien, aunque sea la primera vez que lo veo, lo reconozco enseguida como el Bautista. Habla a la multitud, y le aseguro que no son palabras dulces. Jesús llamó a Santiago y a Juan "los hijos del trueno"... ¿Cómo llamar entonces a este vehemente orador? Juan Bautista merece el nombre de rayo, avalancha, terremoto... ¡Gran ímpetu y severidad, manifiesta, efectivamente, en su modo de hablar y en sus gestos!

Habla anunciando al Mesías y exhortando a preparar los corazones para su venida, extirpando de ellos los obstáculos y enderezando los pensamientos. Es un hablar vertiginoso y rudo. El Precursor no tiene la mano suave de Jesús sobre las llagas de los corazones. Es un médico que desnuda y hurga y corta sin miramientos.

Mientras lo escucho — no repito las palabras porque son las mismas que citan los evangelistas, pero ampliadas en impetuosidad — veo que mi Jesús se acerca a lo largo de un senderillo que va por el borde de la línea herbosa y umbría que sigue el curso del Jordán. Este rústico camino (más sendero que camino) parece dibujado por las caravanas y las personas que durante años y siglos lo han recorrido para llegar a un punto donde, por ser menos profundo el fondo del río es fácil vadearlo. El sendero continúa por el otro lado del río y se pierde entre la hierba de la orilla opuesta.

Jesús está solo. Camina lentamente, acercándose, a espaldas de Juan. Se aproxima sin que se note y va escuchando la voz de trueno del Penitente del desierto, como si fuera uno de tantos que iban a Juan para que los bautizara, y a prepararse a quedar limpios para la venida del Mesías. Nada le distingue a Jesús de los demás. Parece un hombre común por su vestir; un señor en el porte y la hermosura, mas ningún signo divino lo distingue de la multitud.

Pero diríase que Juan ha sentido una emanación de espiritualidad especial. Se vuelve y detecta inmediatamente su fuente. Baja impetuosamente de la roca que le servía de púlpito y va deprisa hacia Jesús, que se ha detenido a algunos metros del grupo apoyándose en el tronco de un árbol.

Jesús y Juan se miran fijamente un momento. Jesús con esa mirada suya azul tan dulce; Juan con su ojo severo, negrísimo, lleno de relámpagos. Los dos, vistos juntos, son antitéticos. Altos los dos — es el único parecido —, son muy distintos en todo lo demás. Jesús, rubio y de largos cabellos ordenados, rostro de un blanco marmóreo, ojos azules, atavío sencillo pero majestuoso. Juan, hirsuto, negro: negros cabellos que caen lisos sobre los hombros (lisos y desiguales en largura); negra barba rala que le cubre casi todo el rostro, sin impedir con su velo que se noten los carrillos ahondados por el ayuno; negros ojos febriles; oscuro de piel, bronceada por el sol y la intemperie; oscuro por el tupido vello que lo cubre. Juan está semidesnudo, con su vestidura de piel de camello (sujeta a la cintura por una correa de cuero), que le cubre el torso cayendo apenas bajo los costados delgados y dejando descubiertas las costillas en la parte derecha, esas costillas cubiertas por el único estrato de tejidos que es la piel curtida por el aire. Parecen un salvaje y un ángel vistos juntos.

Juan, después de escudriñarlo con su ojo penetrante, exclama:

- He aquí el Cordero de Dios. ¿Cómo es que viene a mí mi Señor?.

Jesús responde lleno de paz:

- Para cumplir el rito de penitencia.

- Jamás, mi Señor. Soy yo quien debe ir a ti para ser santificado, ¿y Tú vienes a mí?

Y Jesús, poniéndole una mano sobre la cabeza, porque Juan se había inclinado ante Él, responde: - Deja que se haga como deseo, para que se cumpla toda justicia y tu rito sea inicio para un más alto misterio y se anuncie a los hombres que la Víctima está en el mundo.

Juan lo mira con los ojos dulcificados por una lágrima y le precede hacia la orilla. Allí Jesús se quita el manto, la túnica y la prenda interior quedándose con una especie de pantalón corto; luego baja al agua, donde ya está Juan, que lo bautiza vertiendo sobre su cabeza agua del río, tomada con una especie de taza que lleva colgada del cinturón y que a mí me parece como una concha o una media calabaza secada y vaciada.

Jesús es exactamente el Cordero. Cordero en el candor de la carne, en la modestia del porte, en la mansedumbre de la mirada.

Mientras Jesús remonta la orilla y, después de vestirse, se recoge en oración, Juan lo señala ante las turbas y testifica que lo ha reconocido por el signo que el Espíritu de Dios le había indicado como señal infalible del Redentor.

Pero yo estoy polarizada en mirar a Jesús orando, y sólo tengo presente esta figura de luz que resalta sobre el fondo de hierba de la ribera.

Dice Jesús:

- Juan no tenía necesidad del signo para sí mismo. Su espíritu, presantificado desde el vientre de su madre, poseía esa vista de inteligencia sobrenatural que habrían poseído todos los hombres sin la culpa de Adán.

Si el hombre hubiera permanecido en gracia, en inocencia, en fidelidad para con su Creador, habría visto a Dios a través de las apariencias externas. En el Génesis se lee que el Señor Dios hablaba familiarmente con el hombre inocente y que éste no desfallecía ante aquella voz y no se equivocaba al discernirla. Era destino del hombre ver y entender a Dios, justamente como un hijo con su padre. Después vino la culpa, y el hombre ya no se ha atrevido a mirar a Dios, ya no ha sabido ni ver ni comprender a Dios. Y cada vez lo sabe menos.

Pero Juan, mi primo Juan, quedó limpio de la culpa cuando la Llena de Gracia se inclinó amorosa a abrazar a Isabel, un tiempo estéril, entonces fecunda. El pequeñuelo saltó de júbilo en su seno, sintiendo caérsele de su alma la escama de la culpa, como costra que cae de una llaga que sana. El Espíritu Santo, que había hecho de María la Madre del Salvador, comenzó su obra de salvación, a través de María, vivo Sagrario de la Salvación encarnada, sobre este niño que había de nacer destinado a unirse a mí, no tanto por la sangre, cuanto por la misión que hizo de nosotros como los labios que forman la palabra. Juan los labios, Yo la Palabra. Él el Precursor en el Evangelio y en la suerte del martirio; Yo, quien perfeccionaba, con mi divina perfección, el Evangelio comenzado por Juan y el martirio por la defensa de la Ley de Dios.

Juan no tenía necesidad de ningún signo. Pero la cerrazón de los demás lo requería. ¿En qué habría fundado Juan su aserción, sino sobre una prueba innegable que los ojos y oídos de los tardos hubieran percibido?

Tampoco Yo tenía necesidad de bautismo. Pero la sabiduría del Señor había juzgado que ése era el momento y el modo del encuentro. E induciendo a Juan a salir de su cueva del desierto y a mí a salir de mi casa, nos unió en esa hora para abrir sobre mí los Cielos de donde habría de descender Él mismo, Paloma divina, sobre aquel que bautizaría a los hombres con tal Paloma, y el anuncio, más potente que el angélico, porque provenía del Padre mío: "Éste es mi Hijo muy amado con quien me he complacido". Para que los hombres no tuvieran disculpas o dudas en seguirme o en no seguirme.

Las manifestaciones del Cristo han sido muchas. La primera, después del Nacimiento, fue la de los Magos; la segunda, en el Templo; la tercera, en las orillas del Jordán. Después vinieron las infinitas otras que te daré a conocer (porque mis milagros son manifestaciones de mi naturaleza divina) hasta las últimas de la Resurrección y Ascensión al Cielo.

Mi patria quedó llena de mis manifestaciones. Como semilla esparcida los cuatro puntos cardinales, llegaron a todo estrato y lugar de la vida: a los pastores, a los poderosos, a los doctos, a los incrédulos, a los pecadores, a los sacerdotes, a los dominadores, a los niños, a los soldados, a los hebreos, a los gentiles. También al presente se repiten. Pero — como entonces — el mundo no las acoge. No sólo esto, sino que no acoge las actuales y olvida las pasadas. Pues bien, Yo no desisto. Yo me repito para salvaros, para conducirlos a la fe en mí.

¿Sabes, María, lo que haces; es más, lo que hago mostrándote el Evangelio? Es un intento más fuerte de atraer a los hombres hacia mí. Tú has deseado esto con ardientes oraciones. Ya no me limito a la palabra. Los cansa y los separa. Es un pecado, pero es así. Recorro a la visión, y además de mi Evangelio, y la explico para hacerla más clara y atrayente.

A ti te doy el consuelo de ver. A todos doy el modo de desear conocerme. Y, si no sirviera aún, y cuales crueles niños arrojasen el don sin comprender su valor, a ti te quedará mi don y a ellos mi enojo. Podré, una vez más, pronunciar la antigua recriminación: "Hemos tocado y no habéis bailado, hemos entonado lamentos y no habéis llorado".

Pero no importa, dejemos que los inconvertibles acumulen sobre su cabeza los tizones ardientes y volvámonos hacia las ovejas que tratan de conocer al Pastor, que soy Yo; y tú el cayado que las conduce a mí».

46.

Jesús tentado por Satanás en el desierto. Cómo se vencen las tentaciones.

Ante mí la soledad pedregosa que había contemplado a mi izquierda en la visión del bautismo de Jesús en el Jordán. Pero debo haberme adentrado mucho en ella, porque no veo en absoluto el hermoso río lento y azul, ni la vena de hierba que sigue su curso por las dos orillas, como alimentada por aquella arteria de agua. Aquí, sólo soledad, pedruscos, tierra tan abrasada, que ha quedado reducida a polvo amarillento que de vez en cuando el viento levanta en pequeños remolinos que parecen hálito de boca febril por lo seco y calientes que están; muy molestos por el polvo que con ellos penetra en la nariz y en la faringe. Muy raros, algún pequeño matorral espinoso, que ha resistido — quién sabe por qué — en aquella desolación: parecen los restos de mechones de cabellos en la cabeza de un calvo. Arriba, un cielo despiadadamente azul; abajo, el terreno árido; en torno, rocas y silencio. Esto es lo que veo, por lo que a la naturaleza se refiere.

Apoyado en una roca que, por su forma, crea una covacha, y sentado en una piedra que ha sido arrastrada hasta la oquedad, está Jesús. Se resguarda así del sol ardiente. Y el interno consejero me indica que esa piedra, en la que ahora está sentado, es también su reclinatorio y su almohada cuando descansa breves horas envuelto en su manto bajo la luz de las estrellas y el aire frío de la noche. Ahí cerca está la bolsa que le vi tomar antes de salir de Nazaret: todo su haber; por lo flácida que aparece, comprendo que está vacía de la poca comida que en ella había puesto María.

Jesús está muy delgado y pálido. Está sentado, con los codos apoyados en las rodillas y los antebrazos hacia fuera, con las manos unidas y entrelazadas por los dedos. Medita. De vez en cuando, levanta la mirada y la dirige a su alrededor y mira al Sol, que está alto, casi a plomada, en el cielo azul. De vez en cuando, y especialmente después de dirigir la mirada en torno a sí y alzarla hacia la luz solar, como con vértigo, cierra los ojos y se apoya en la peña que le sirve de cobijo.

Veo aparecer el feo hocico de Satanás. No se presenta de la forma con que nos lo imaginamos: con cuernos, rabo, etc. etc. Parece un beduino envuelto en su vestido y en su gran manto, que se asemeja a un disfraz de dominó. En la cabeza, el turbante, cuyas faldas blancas caen sobre los hombros y a ambos lados de la cara para protegerlos. De manera que, de la cara, puede verse un pequeño triángulo muy moreno, de labios delgados y sinuosos, de ojos negríssimos y hundidos, llenos de destellos magnéticos. Dos pupilas que te leen en el fondo del corazón, pero en las que no lees nada o una sola palabra: misterio. Lo opuesto del ojo de Jesús, también muy magnético y fascinante, que te lee en el corazón, pero en el que tú lees también que en su corazón hay amor y bondad hacia ti. El ojo de Jesús es una caricia en el alma. Este es como un doble puñal que te perfora y quema.

Se acerca a Jesús:

-¿Estás sólo?

Jesús lo mira y no responde.

-¿Cómo es que estás aquí? ¿Te has perdido?.

Jesús vuelve a mirarlo y calla.

- Si tuviera agua en la cantimplora, te la daría, pero yo también estoy sin ella. Se me ha muerto el caballo y me dirijo a pie al vado. Allí beberé y encontraré a alguien que me dé un pan. Sé el camino. Ven conmigo. Te guiaré.

Jesús ya ni siquiera alza los ojos.

-¿No respondes? ¿Sabes que si te quedas aquí mueres? Ya se levanta el viento. Va a haber tormenta. Ven».

Jesús aprieta las manos en muda oración.

-¡Ah, entonces eres Tú! ¡Hace mucho que te busco! Y hace mucho Tú que te vengo observando. Desde el momento en que fuiste bautizado. ¿Llamas al Eterno? Está lejos. Ahora estás en la tierra, entre los hombres. Y sobre los hombres reino yo. Pero, me das pena y quiero ayudarte, porque eres bueno y has venido a sacrificarte por nada. Los hombres te odiarán por tu bondad. No entienden más que de oro, comida y sensualidad. Sacrificio, dolor, obediencia, son para ellos palabras más muertas que esta tierra que tenemos a nuestro alrededor. Son aún más áridos que este polvo. Sólo la serpiente y el chacal pueden esconderse aquí, esperando morder o despedazar a alguno. Vámonos. No merece la pena sufrir por ellos. Los conozco más que Tú.

Satanás se ha sentado frente a Jesús, lo escudriña con su mirada tremenda y sonríe con su boca de serpiente. Jesús sigue callado y ora mentalmente.

Tú desconías de mí. Haces mal. Yo soy la sabiduría de la Tierra. Puedo ser maestro tuyo para enseñarte a triunfar. Mira: lo importante es triunfar. Luego, cuando uno se ha impuesto, cuando ha engatusado al mundo, puede conducir a éste a donde quiera. Pero primero hay que ser como les gusta a ellos, como ellos. Seducirlos haciéndoles creer que los admiramos y seguimos su pensamiento.

Eres joven y atractivo. Empieza por la mujer, Siempre se debe comenzar por ella. Yo me equivoqué induciendo a la mujer a la desobediencia. Debería haberla aconsejado de otra forma. Habría hecho de ella un instrumento mejor y habría vencido a Dios. Actué precipitadamente. ¡Pero Tú...! Yo te enseño porque un día deposité en tí mi mirada con júbilo angélico y aún me queda un resto de aquel amor, escúchame y usa mi experiencia: búscate una compañera. Adonde Tú no llegues, ella llegará. Eres el nuevo Adán, debes tener tu Eva.

Además, ¿cómo podrás comprender y curar las enfermedades de la sensualidad si no sabes lo que son? ¿No sabes que es ahí donde está el núcleo del que nace la planta de la codicia y del afán de poder? ¿Por qué el hombre quiere reinar? ¿Por qué quiere ser rico, potente? Para poseer a la mujer. Ésta es como la alondra. Tiene necesidad de algo que brille para sentirse atraída. El oro y el poder son las dos caras del espejo que atraen a las mujeres y las causas del mal en el mundo. Mira: detrás de mil delitos de distinta naturaleza, hay al menos novecientos que tienen raíz en el hambre de posesión de la mujer o en la voluntad de una mujer consumida por un deseo que el hombre aún no satisface, o ya no satisface. Ve a la mujer, si quieres saber qué es la vida. Sólo después sabrás atender y curar los males de la Humanidad.

¡Es bonita la mujer! No hay nada más hermoso en el mundo. El hombre tiene el pensamiento y la fuerza. ¡Pero la mujer!... Su pensamiento es un perfume, su contacto es caricia de flores, su gracia es como vino que entra, su debilidad es como madeja de seda o rizo de niño en las manos del hombre, su caricia es fuerza que se vierte en la nuestra y la enciende. El dolor, la fatiga, la aflicción, quedan anulados cuando se está junto a una mujer y ella entre nuestros brazos como un ramo de flores.

Pero, ¡qué tonto soy! Tú tienes hambre y te hablo de la mujer. Tu vigor está exhausto Por ello, esta fragancia de la Tierra, esta flor de la creación, este fruto que da y suscita amor, te parece sin importancia. Pero, mira estas piedras: ¡qué redondeadas son y qué pulidas están, doradas bajo el Sol que cae!; ¿no parecen panes? Tú, Hijo de Dios, no tienes más que decir "quiero", para que se transformen en oloroso pan como el que ahora están sacando del horno las amas de casa para la cena de sus familiares. Y estas acacias tan secas, si Tú quieres, ¿no pueden llenarse de dulces pomos, de dátiles de miel? ¡Sáciate, oh Hijo de Dios! Tú eres el Dueño de la Tierra. Ella se inclina para ponerse a tus pies y quitarte el hambre.

¿Ves cómo te pones pálido y te tambaleas con solo oír nombrar el pan? ¡Pobre Jesús! ¿Estás tan débil, que ya no puedes ni siquiera dominar el milagro? ¿Quieres que lo haga yo en tu lugar? No estoy a tu altura, pero algo puedo. Me quedaré falto de fuerzas durante un año, las reuniré todas, pero te quiero servir porque Tú eres bueno y siempre me acuerdo que eres mi Dios, aunque me haya hecho indigno de llamarte tal. Ayúdame con tu oración para que pueda....

- Calla. No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que viene de Dios.

El demonio siente una sacudida de rabia. Le rechinan los dientes y aprieta los puños; de todas formas, se contiene y transforma su mueca en sonrisa.

- Comprendo, Tú estás por encima de las necesidades de la Tierra y te da repugnancia el servirte de mí. Me lo he merecido. 'Ven, entonces, y ve lo que hay en la Casa de Dios, ve cómo incluso los sacerdotes no rehúsan hacer transacciones entre el espíritu y la carne; porque, al fin y al cabo, son hombres y no ángeles. Cumple un milagro espiritual. Yo te llevo al pináculo del Templo, Tú transfigúrate en belleza allí arriba, y luego llama a las cohortes de ángeles y di que hagan de sus alas entrelazadas alfombra para tus pies y te porten así al patio principal. Que te vean y se acuerden de que Dios existe. De vez en cuando es necesario manifestarse, porque el hombre tiene una memoria muy frágil, especialmente en lo espiritual. Tú sabes qué dichosos se sentirán los ángeles de proteger tu pie y servirte de escalera cuando bajas.

- "No tientes al Señor tu Dios", está escrito.

- Comprendes que tu aparición tampoco mudaría las cosas y el Templo continuaría siendo un mercado y un lugar de corrupción. Tu divina sabiduría sabe que los corazones de los ministros del Templo son un nido de víboras, que se devoran, y devoran, con tal de aumentar su poder. Sólo los doma el poder humano.

Ven entonces. Adórame. Yo te daré la Tierra. Alejandro, Ciro, Cesar, todos los mayores dominadores pasados o vivos serán semejantes a jefes de mezquinas caravanas respecto a tí, que tendrás a todos los reinos de la Tierra bajo tu cetro, y con los reinos todas las riquezas, todas las cosas bellas de la tierra, y mujeres y caballos y soldados y templos. Podrás poner en alto en todas partes tu Signo, cuando seas Rey de los reyes y Señor del mundo. Entonces te obedecerá y venerará el pueblo y el sacerdocio. Todas las castas te honrarán y servirán, porque serás el Poderoso, el Único, el Señor.

¡Adórame aunque sólo sea un momento! ¡Quítame esta sed que tengo de ser adorado! Es la que me ha perdido, pero ha quedado en mí y me quema. Las llamaradas del infierno son aire fresco de la mañana respecto a este ardor que me quema por dentro. Es mi infierno, esta sed. ¡Un momento, un momento sólo, Cristo, Tú que eres bueno! ¡Un momento, aunque sólo sea, de gozo, al eterno atormentado! Hazme sentir lo que quiere decir ser dios, y me tendrás devoto, obediente como siervo, durante toda la vida, en todas tus empresas. ¡Un momento! ¡Un solo momento, y no te atormentaré más!

Satanás cae de rodillas, suplicando.

Jesús, por el contrario, se ha levantado. Ha adelgazado en estos días de ayuno y parece aún más alto. Su rostro tiene un terrible aspecto de severidad y potencia, sus ojos son dos zafiros abrasadores, su voz es un trueno que resuena en la oquedad de la roca y se esparce por el pedregal y el llano desolado cuando dice:

- Vete, Satanás. Está escrito: "Adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás".

Satanás, con un alarido de condenado desgarrado y de odio indescriptible, sale corriendo (tremendo ver su furiosa, humeante persona). Y desaparece con un nuevo alarido de maldición.

Jesús se sienta cansado, apoyando hacia atrás la cabeza contra la roca. Parece exhausto. Suda. Pero seres angélicos vienen a mover suavemente el aire con sus alas en el ambiente de bochorno de la cueva, purificándolo y refrescándolo. Jesús abre los ojos y sonrío. No lo veo comer. Yo diría que se nutre del aroma del Paraíso, obteniendo así nuevas fuerzas.

El Sol desaparece por el poniente. Jesús toma su vacío talego y, acompañado por los ángeles que producen una tenue luz suspendidos sobre su cabeza mientras la noche cae rapidísima, se dirige hacia el este, mejor dicho, hacia el nordeste. Ha recuperado su expresión habitual, el paso seguro. Sólo queda, como recuerdo del largo ayuno, un aspecto más ascético en su rostro delgado y pálido y en sus ojos, absortos en una alegría que no es de esta Tierra.

Dice Jesús (a María Valtorta):

- Ayer estabas sin tu fuerza, que es mi voluntad; eras, por tanto, un ser semivivo. He permitido reposar a tus miembros, te he sometido al único ayuno que te pesa: el de mi palabra. ¡Pobre María! Has pasado el Miércoles de Ceniza. En todo sentías el sabor de la ceniza, porque estabas sin tu Maestro. No se me sentía, pero estaba.

Esta mañana, puesto que el ansia es recíproca, te he susurrado en tu duermevela: "Agnus Dei qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem" (Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, danos la paz), y te lo he hecho repetir muchas veces y muchas te lo he repetido. Has creído que iba a hablar sobre esto. No. Primero estaba el punto que te he mostrado y que te voy a comentar. Luego, esta noche, te ilustro este otro.

Has visto que Satanás se presenta siempre con apariencia benévola, con aspecto común. Si las almas están atentas y, sobre todo, en contacto espiritual con Dios, advierten ese aviso que las hace cautelosas y las dispone a combatir las insidias demoníacas. Pero si las almas no están atentas a lo divino, separadas por una carnalidad oprimente y ensordecedora, sin la ayuda de la oración que une a Dios y vierte su fuerza como por un canal en el corazón del hombre, entonces difícilmente se dan cuenta de la celada, y caen en ella, y luego es muy difícil liberarse.

Las dos vías más comunes que Satanás toma para llegar a las almas son la sensualidad y la gula. Empieza siempre por la materia; una vez que la ha desmantelado y subyugado, pasa a atacar a la parte superior: primero, lo moral (el pensamiento con sus soberbias y deseos desenfrenados); después, el espíritu, quitándole no sólo el amor — que ya no existe cuando el hombre ha substituido el amor divino por otros amores humanos — sino también el temor de Dios. Es entonces cuando el hombre se abandona en cuerpo y alma a Satanás, con tal de llegar a gozar de lo que desea, de gozar cada vez más.

Has visto cómo me he comportado Yo. Silencio y oración. Silencio. Efectivamente, si Satanás lleva a cabo su obra de seductor y se nos acerca, se le debe soportar sin impacencias necias ni miedos mezquinos. Pero reaccionar: ante su presencia, con entereza; ante su seducción, con la oración.

Es inútil discutir con Satanás. Vencería él, porque es fuerte en su dialéctica. Sólo Dios puede vencerlo. Entonces, recurrir a Dios, que hable por nosotros, a través de nosotros. Mostrar a Satanás ese Nombre y ese Signo, no tanto escritos en un papel o grabados en un trozo de madera, cuanto escritos y grabados en el corazón. Mi Nombre, mi Signo. Rebatir a Satanás únicamente cuando insinúa que es como Dios, rebatirle usando la palabra de Dios; no la soporta.

Luego, después de la lucha, viene la victoria, y los ángeles sirven y defienden del odio de Satanás al vencedor; lo confortan con los rocíos celestes, con la gracia que vierten a manos llenas en el corazón del hijo fiel, con la bendición que acaricia al espíritu.

Hace falta tener la voluntad de vencer a Satanás, y fe en Dios y en su ayuda; fe en la fuerza de la oración y en la bondad del Señor. En ese caso Satanás no puede causar ningún daño.

El encuentro con Juan y Santiago. Juan de Zebedeo es el puro entre los discípulos.

Veo a Jesús caminando a lo largo de la faja verde que sigue el curso del Jordán. Ha vuelto, aproximadamente, al lugar que vio su bautismo, cerca del vado que parece fuera muy conocido y frecuentado, para pasar a la otra margen, hacia la Perea. Pero el lugar, hace poco tan colmado de gente, ahora se ve desierto. Sólo algún viandante, a pie o montado en asnos o caballos, lo recorre. Jesús parece no darse cuenta siquiera. Continúa por su camino subiendo hacia el norte, como absorto en sus pensamientos.

Cuando llega a la altura del vado, se cruza con un grupo de hombres de distintas edades que discuten animadamente entre ellos y luego se separan, parte yendo hacia el sur, parte subiendo hacia el norte. Entre los que se dirigen hacia el norte veo a Juan y a Santiago.

Juan es el primero que ve a Jesús y lo señala mostrándoselo al hermano y a los compañeros. Hablan un poco entre ellos, y Juan se echa a andar deprisa para alcanzar a Jesús. Santiago le sigue más despacio. Los demás no hacen mayor caso; caminan lentamente, en animada conversación.

Juan, cuando llega a no más de unos dos o tres metros detrás de Jesús, grita:

-¡Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo!

Jesús se vuelve y lo mira. Los dos están a pocos pasos el uno del otro. Se observan. Jesús con su aspecto serio e indagador. Juan con su ojo puro y risueño en ese hermoso rostro suyo juvenil como de niña. Se le pueden echar veinte años, y en su cara sonrosada no hay más signos que el de una pelusa rubia que parece un velo de oro.

-¿A quién buscas? - pregunta Jesús.

- A ti, Maestro.

-¿Cómo sabes que soy maestro?

- Me lo ha dicho el Bautista.

- Y entonces ¿por qué me llamas Cordero?

- Porque le he oído a él llamarte así un día en que Tú pasabas, hace poco más de un mes.

-¿Qué quieres de mí?

- Que nos digas palabras de vida eterna y que nos confortes.

-¿Quién eres?

- Juan de Zebedeo, y éste es Santiago, mi hermano. Somos de Galilea, pescadores. Somos, además, discípulos de Juan. Él nos decía palabras de vida y nosotros le escuchábamos, porque queremos seguir a Dios y, con la penitencia, merecer el perdón, preparando los caminos del corazón a la venida del Mesías. Tú lo eres. Juan lo dijo, porque vio el signo de la Paloma posarse sobre ti. A nosotros nos lo dijo: "He ahí el Cordero de Dios". Yo te digo: Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, danos la paz, porque ya no tenemos a nadie que nos guíe y nuestra alma está turbada.

-¿Dónde está Juan?».

- Herodes lo ha apresado. Está en prisión, en Maqueronte. Los más fieles de entre los suyos han intentado liberarlo, pero no se puede. Nosotros volvemos de allí. Déjanos ir contigo, Maestro. Muéstranos dónde vives.

- Venid. Pero ¿sabéis lo que pedís? Quien me siga tendrá que dejar todo; casa, familia, modo de pensar, e incluso la vida. Yo os haré mis discípulos y amigos, si queréis. Pero no tengo riquezas ni seguridades. Soy pobre hasta no tener ni dónde reclinar la cabeza, y lo seré aún más; más perseguido que una oveja perdida, por los lobos. Mi doctrina es todavía más severa que la de Juan, porque prohíbe incluso el resentimiento. No se dirige tanto hacia lo externo cuanto hacia el espíritu. Tendréis que renacer, si queréis ser míos. ¿Queréis hacerlo?

- Sí, Maestro, Tú sólo tienes palabras que nos dan luz, que descienden y, donde había tinieblas de desolación por carecer de guía, proporcionan claror de sol.

- Venid, entonces. Vamos. Os adoctrinaré por el camino.

Dice Jesús:

- El grupo que se cruzó conmigo era numeroso, pero sólo uno me reconoció: el que tenía alma, pensamiento y carne, limpios de toda lujuria.

Insisto sobre el valor de la pureza. La castidad es siempre fuente de lucidez de pensamiento. La virginidad afina y conserva la sensibilidad intelectual y afectiva hasta la perfección, perfección que sólo quien es virgen experimenta.

Virgen se es de muchas formas. A la fuerza — y esto especialmente para las mujeres —, cuando no se ha sido elegido para casarse. Debería ser así también para los hombres, pero no lo es, lo cual está mal, porque de una juventud ensuciada prematuramente por la lascivia sólo podrá salir un cabeza de familia enfermo en el sentimiento y, frecuentemente, también en la carne.

Existe la virginidad conscientemente querida, o sea, la de quienes, en un arrebatado del corazón, se consagran al Señor. ¡Hermosa virginidad! ¡Sacrificio agradable a Dios! Pero no todos, luego, saben permanecer en ese candor suyo de lirio enhiesto sobre el tallo, orientado hacia el cielo, que no sabe del fango del suelo, abierto sólo al beso del sol de Dios y de sus rocíos.

Muchos permanecen fieles materialmente al voto en sí. Pero infieles con el pensamiento, que ahora y desea lo que ha sacrificado. Éstos son vírgenes sólo a medias. Si la carne está intacta, el corazón no lo está. Este corazón fermenta, hierve, libera humos de sensualidad, tanto más refinada y saboreada cuanto más es creación del pensamiento que acaricia, alimenta y aumenta continuamente imágenes de satisfacciones ilegítimas; ilícitas incluso para el libre, más que ilícitas para el consagrado.

Viene entonces la hipocresía del voto. Hay apariencia, la sustancia falta. Y en verdad os digo que entre quien viene a mí con el lirio roto por la imposición de un tirano, y quien viene con el lirio no materialmente quebrado, pero sí sucio de babas por la regurgitación de una sensualidad acariciada y cultivada para llenar de ella las horas de soledad, Yo llamo "virgen" al primero y "no virgen" al segundo. Y al primero le doy corona de virgen y doble corona de martirio con causa en la carne herida y en el corazón llagado por la mutilación no querida.

El valor de la pureza es tal que — lo has visto — Satanás se preocupaba ante todo de inducirme a la impureza. Él sabe bien que la culpa sensual desmantela el alma y la hace fácil presa para las otras culpas. La atención de Satanás se dirigió a este punto capital para vencerme.

El pan, el hambre, son las formas materiales para la alegoría del apetito, de los apetitos que Satanás explota para sus fines. ¡Bien distinto es el alimento que él me ofrecía para hacerme caer como ebrio a sus pies! Después vendría la gula, el dinero, el poder, la idolatría, la blasfemia, la abjuración de la Ley divina. Mas el primer paso para poseerme era éste: el mismo que usó para herir a Adán.

El mundo se burla de los puros. Los culpables de impudicia los agreden. Juan el Bautista es una víctima de la lujuria de dos obscenos. Pero si el mundo tiene todavía un poco de luz, se debe a los puros del mundo. Son ellos los siervos de Dios y saben entender a Dios y repetir las palabras de Dios. Yo he dicho: "Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios", incluso desde la tierra. Ellos, a quienes el humo de la sensualidad no turba el pensamiento, "ven" a Dios y lo oyen y le siguen, y lo manifiestan a los demás.

Juan de Zebedeo es puro. Es el puro entre mis discípulos. ¡Qué alma de flor en cuerpo de ángel! Me llama con las palabras de su primer maestro y me pide que le dé paz. Mas la paz la tiene en sí por su vida pura, y Yo lo he amado por esta pureza suya, a la que he confiado las enseñanzas, los secretos, la más querida Criatura que tuviera.

Ha sido mi primer discípulo, mi amante (en el buen sentido de la palabra) desde el primer instante en que me vio. Su alma se había fundido con la mía desde el día en que me había visto pasar a lo largo del Jordán y había visto que el Bautista me señalaba. Aunque no se hubiera cruzado conmigo luego, a mi regreso del desierto, me habría buscado hasta encontrarme; porque quien es puro es humilde y está deseoso de instruirse en la ciencia de Dios, y va, como el agua al mar, hacia los que reconoce maestros en la doctrina celeste.

No he querido que hablastes tú sobre la tentación sensual de tu Jesús. Aunque tu voz interior te había hecho entender el motivo de Satanás para moverme a la carne, he preferido hablar de ello Yo. Y no pienses nada más. Era necesario hablar de ello. Ahora pasa adelante. Deja la flor de Satanás en la arena. Ven tras Jesús, como Juan. Caminarás entre las espinas, pero encontrarás por rosas las gotas de sangre de Quien por ti las vertió para vencer también en ti a la carne.

Prevego también una observación. Dice Juan en su Evangelio hablando del encuentro conmigo: "Y al día siguiente". Parece, por eso, que el Bautista me hubiera indicado al día siguiente del bautismo, y que inmediatamente Juan y Santiago me hubieran seguido. Ello contrasta con lo que dijeron los otros evangelistas acerca de los cuarenta días pasados en el desierto. Leedlo así: "(Una vez acaecido el arresto de Juan) un día después, los dos discípulos de Juan Bautista, a los cuales me había señalado diciendo: 'He ahí el Cordero de Dios', viéndome de nuevo, me llamaron y me siguieron". Después de mi regreso del desierto.

Y juntos volvimos a las orillas del lago de Galilea, donde me había refugiado para empezar desde allí mi evangelización, y los dos hablaron de mí — después de haber estado conmigo durante todo el camino y una jornada entera en la casa hospitalaria de un amigo de mi casa, de la parentela — a los otros pescadores. Pero la iniciativa fue de Juan, a quien la voluntad de penitencia había hecho de su alma, ya de por sí cristalina por su pureza, una obra maestra de pulcritud en que la Verdad se espejeaba nítidamente, dándole también la santa audacia de las personas puras y generosas, que no tienen miedo nunca a dar un paso al frente donde ven que está Dios, donde ven que hay verdad, doctrina, caminos de Dios.

¡Cuánto le amé por esta característica suya sencilla y heroica!»!

Juan y Santiago refieren a Pedro su encuentro con el Mesías.

Una serenísima aurora sobre el Mar de Galilea. Cielo y agua presentan destellos rosáceos, poco diferentes de los que resplandecen tenues entre los muros de los pequeños huertos del pueblecito lacustre, huertos desde los que se alzan y se asoman, volcándose casi sobre las callecitas, copas despeinadas y vaporosas de árboles frutales.

El pueblecito comienza a despertarse, con alguna mujer que va a la fuente o a una pila a lavar y algunos pescadores que descargan las cestas de pescado y, con vocerío, contratan con mercaderes venidos de fuera, o llevan pescado a sus casas. He dicho pueblecito, pero no es tan pequeño; es, más bien, humilde (al menos por el lado que estoy viendo); pero es vasto, dilatado en su mayor parte a lo largo del lago.

Juan sale de una callecita y va presuroso hacia el lago. Santiago le sigue, pero con mucha más calma. Juan mira las barcas que han llegado ya a la orilla, pero no ve la que busca. Sí la ve a todavía algunos cientos de metros de la orilla, ocupada en las maniobras para regresar; y grita fuerte con las manos en la boca un prolongado «¡o-e!», que debe ser el reclamo usado. Y luego, cuando ve que le han oído, agita los brazos con llamativos gestos que indican: « ¡Venid, venid!».

Los hombres de la barca, imaginándose quién sabe qué, agarran los remos y la hacen avanzar más deprisa que con la vela (de hecho la amainan, quizás para agilizar la operación). Llegados a unos diez metros de la orilla, Juan no aguarda más. Se quita el manto y la túnica larga, las arroja al arenal, se quita las sandalias, se arremanga la segunda prenda, casi a la altura de la ingle, sujetándola con una mano, se mete en el agua, y va al encuentro de los que llegan.

-¿Por qué no habéis venido, vosotros dos? - pregunta Andrés. Pedro, con gesto de malhumor, no dice nada.

- Y tú, ¿por qué no has venido conmigo y con Santiago? - le responde Juan a Andrés.

- He ido a pescar. No tengo tiempo que perder. Tú has desaparecido con ese hombre...

- Te había sugerido claramente que vinieras. Es Él en persona. ¡Si vieras qué palabras!... Hemos estado con Él todo el día y por la noche hasta tarde. Ahora hemos venido a deciros: "Venid".

-¿Es Él? ¿Estás completamente seguro? Apenas si le vimos entonces, cuando nos le mostró el Bautista.

- Es Él. No lo ha negado.

- Cualquiera puede decir lo que le viene bien para imponerse a los crédulos. No es la primera vez... - murmura Pedro malhumorado.

-¡Oh, Simón, no hables así! ¡Es el Mesías! ¡Sabe todo! ¡Te oye! - Juan está dolorido y consternado por las palabras de Simón Pedro.

-¡Ya! ¡El Mesías! ¡Y se manifiesta precisamente a ti, a Santiago y a Andrés! ¡Tres pobres ignorantes! ¡Requerirá algo muy distinto el Mesías! ¡Y me oye! ¡Pobre muchacho! Los primeros soles de primavera te han hecho daño. ¡Venga, ven a trabajar! Será mejor. Y déjate de fábulas.

- Te digo que es el Mesías. Juan decía cosas santas, pero éste habla como Dios. No puede, si no es el Cristo, decir semejantes palabras.

- Simón, yo no soy un muchacho. Tengo mis años y soy — lo sabes — reflexivo y de carácter sosegado. He hablado poco, pero he escuchado mucho durante estas horas que hemos estado con el Cordero de Dios, y te digo que verdaderamente no puede ser sino el Mesías. ¿Por qué no creer? ¿Por qué no querer creerlo? Tú lo puedes hacer porque no lo has escuchado. Pero yo creo. ¿Que somos pobres e ignorantes?: Él bien dice que ha venido para anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, del Reino de Paz, a los pobres, a los humildes, a los pequeños, antes que a los grandes. Ha dicho: "Los grandes tienen ya sus delicias, no envidiables respecto a las que Yo vengo a traer. Los grandes ya tienen la forma de llegar a comprender por la sola eficacia de la cultura. Mas Yo vengo a los 'pequeños' de Israel y del mundo, a los que lloran y esperan, a los que buscan la Luz y tienen hambre del verdadero Maná, y no reciben de los doctos luz y alimento, sino solamente peso, oscuridad, cadenas y desprecio. Y llamo a los 'pequeños'. Yo he venido a invertir el orden del mundo. Porque quitaré valor a lo que ahora se considera grande y se lo daré a lo que ahora se desprecia. Quien quiera verdad y paz, quien quiera vida eterna, venga a mí. Quien ama la Luz, venga. Yo soy la Luz del mundo". ¿No se ha expresado así, Juan? - Santiago ha hablado de forma serena pero conmovida.

--Sí. Y ha dicho: "El mundo no me amará. No me amará la alta sociedad, porque está corrompida con vicios e idólatra comercio. El mundo, más aún, no me querrá, porque siendo hijo de la Tiniebla no ama la Luz. Pero la Tierra no está hecha sólo de alta sociedad. En ella están también los que, a pesar de encontrarse mezclados con el mundo, no son del mundo, y también algunos que son del mundo porque han quedado apresados en él como peces en la red"; se ha expresado así porque hablábamos en la orilla del lago y aludía a las redes que arrastraban con peces hasta la orilla. Ha dicho incluso: "Ved. Ninguno de esos peces quería caer en la red. Asimismo, los hombres, intencionalmente, no querrían caer en manos de Satanás, ni siquiera los más malvados, porque éstos, por la soberbia que los ciega, no creen no tener derecho a hacer lo que hacen; su verdadero pecado es la soberbia, sobre él nacen todos los demás. Menos aún, entonces, quienes no son completamente malvados quisieran ser de Satanás, pero van a parar a él por ligereza y por un peso (la culpa de Adán) que los arrastra al fondo. Yo he venido a quitar esa culpa y a dar, en espera de la hora de la Redención, una fuerza tal a quienes crean en mí, que será capaz de liberarlos del lazo que los tiene sujetos y de hacerlos libres para seguirme a mí, Luz del mundo".

- Entonces, si es eso exactamente lo que ha dicho, hay que ir donde Él enseguida». — Pedro, con sus impulsos tan genuinos que tanto me gustan, ha tomado enseguida una decisión y ya se pone manos a la obra dándose prisa en ultimar las operaciones de descarga, porque, entre tanto, la barca ha llegado ya a la orilla y los peones casi la han sacado ya a lo seco, descargando redes, cuerdas y velamen.

- Y tú, Andrés, necio, ¿por qué no has ido con éstos?.

-¡Pero... Simón! Me has reprendido porque no los había convencido de venir conmigo... Toda la noche has estado refunfuñando ¡y ahora me echas en cara el no haber ido?!....

- Tienes razón... Pero yo no lo había visto... tú sí... y deberías haberte dado cuenta que no es como nosotros... ¡Algo especial tendrá!....

-¡Oh!, sí — dice Juan —. ¡Tiene un rostro..., y unos ojos...! ¡¿Verdad, Santiago, qué ojos?! ¡Y una voz...! ¡Ah, qué voz! Cuando habla te parece soñar con el Paraíso.

-¡Rápido!, ¡rápido!, vamos donde Él. Vosotros — habla a los peones — llevad todo a Zebedeo y decidle que se encargue él de ello. Nosotros volveremos esta noche para pescar».

Se visten de forma adecuada todos y se encaminan. Pero Pedro, después de algunos metros, se detiene, coge a Juan por un brazo, y pregunta:

- Has dicho que sabe todo y que oye todo....

- Sí. Imagínate que cuando nosotros, viendo la Luna alta, dijimos: "¿Quién sabe lo que estará haciendo Simón?", Él contestó: "Está echando la red y no sabe resignarse a tener que estar haciéndolo solo, porque vosotros no habéis salido con la barca gemela en una noche tan buena como ésta para pescar... No sabe que dentro de poco ya no pescará sino con otras redes y no conseguirá sino otros peces".

-¡Misericordia divina! ¡Es exactamente así! Entonces, habrá oído también... también que lo he llamado poco menos que mentiroso... No puedo ir a Él.

-¡Oh!, es muy bueno. Ciertamente sabe que has pensado de esa forma. Ya lo sabía. Efectivamente, cuando lo dejamos, diciendo que veníamos aquí, adonde tú estabas, respondió: "Id, pero no os dejéis vencer por las primeras palabras de burla. Quien quiera venir conmigo debe saber no dejarse avasallar por los escarnios del mundo y por las prohibiciones de los parientes; porque Yo estoy por encima de la sangre y de la sociedad, y sobre ellos triunfo. Y quien esté conmigo triunfará eternamente". Y añadió: "Sabed hablar sin miedo. Quien os va a oír vendrá, porque es hombre de buena voluntad".

-¿Ha dicho eso? Entonces voy. Habla, habla más de Él mientras vamos. ¿Dónde está?

- En una casa pobre; deben de ser personas amigas tuyas.

-¿Pero es pobre?

- Un obrero de Nazaret. Así dijo.

- Y ¿cómo vive ahora, si ya no trabaja?.

- No lo hemos preguntado. Quizá le ayudan los parientes.

- Sería mejor llevar algo de pescado, pan, o fruta..., algo. ¡Vamos a consultar a un rabí — porque es como un rabí, y más que un rabí — con las manos vacías!... Nuestros rabinos no quieren que se actúe así....

- Pero Él quiere. No teníamos más que veinte denarios entre yo y Santiago, y se los ofrecimos, como es costumbre para con los rabinos. No los quería, pero ya que insistíamos, dijo: "Dios os lo pague en bendiciones de los pobres. Venid conmigo". Y enseguida los distribuyó entre algunos pobres que Él sabía dónde vivían; y a nosotros, que preguntábamos: "Y para ti, Maestro, ¿no guardas nada?", nos respondió: "La alegría de hacer la voluntad de Dios y de servir a su gloria". Dijimos también: "Tú nos llamas, Maestro, pero nosotros somos todos pobres. ¿Qué debemos traerte?". Respondió con una sonrisa que realmente hace saborear el Paraíso: "Un gran tesoro quiero de vosotros"; y nosotros: "¿Y si no tenemos nada?"; y Él: "Tenéis un tesoro que tiene siete nombres y que incluso el más mísero puede poseer y el rey más rico no; lo tenéis y lo quiero. Oíd sus nombres: caridad, fe, buena voluntad, recta intención, continencia, sinceridad, espíritu de sacrificio. Esto quiero Yo de quien me sigue, esto sólo, y en vosotros existe, duerme como la semilla bajo los terrones invernales, pero el sol de mi primavera la hará nacer como espiga septenaria"

Eso dijo.

-¡Ah!, esto me asegura que es el Rabí verdadero, el Mesías prometido. No es duro para con los pobres, no pide dinero... Es suficiente para llamarle el Santo de Dios. Vamos con toda confianza.

Y todo termina.

49.

El encuentro con Pedro y Andrés después de un discurso en la sinagoga. Juan de Zebedeo, grande también en la humildad.

Jesús camina solo por una vereda que corta dos parcelas de cultivo. Juan se dirige hacia Él por un sendero completamente distinto que hay entre las tierras; al final le alcanza, pasando por una abertura del seto.

Juan, tanto en la visión de ayer como en la de hoy, es muy joven. Tiene un rostro sonrosado e imberbe, de hombre apenas hecho. Siendo, además, rubio, no se ve en él ni una señal de bigote o de barba, sino sólo el color rosáceo de las mejillas lisas, el rojo de los labios y la luz risueña de su hermosa sonrisa y mirada pura (no tanto por su color turquesa oscuro cuanto por la limpieza del alma virgen que en ella puede verse). Los cabellos rubio-castaños, largos y esponjosos, mecen al ritmo de su paso, que es tan veloz que parece que corriera.

Llama, cuando está para pasar el seto:

-¡Maestro!

Jesús se detiene y se vuelve sonriendo.

-¡Maestro, suspiraba por ti! Me han dicho en la casa donde estás que habías venido hacia la campiña... Pero no exactamente a dónde. Y temía no verte - Juan habla levemente inclinado, por respeto. Y, no obstante, se le ve lleno de confidente afecto en su actitud y en la mirada, que alza hacia Jesús, con la cabeza ligeramente en dirección al hombro.

- He visto que me buscabas y he venido hacia ti.

-¿Me has visto? ¿Dónde estabas, Maestro?

- Allí - y Jesús indica un grupo de árboles lejanos que, por el color del ramaje, yo diría que son olivos - Estaba allí, orando y pensando en lo que voy a decir esta tarde en la sinagoga. Pero lo he dejado enseguida, nada más verte.

-¿Y cómo has podido verme si yo apenas distingo ese lugar, escondido detrás de aquel promontorio?

- Y, sin embargo, ya ves que he salido a tu encuentro porque te he visto. Lo que no hace el ojo lo hace el amor».

- Sí, lo hace el amor. Entonces, me amas, ¿no, Maestro?

- Y tú, ¿me amas, Juan, hijo de Zebedeo?

- Mucho, Maestro. Tengo la impresión de haberte amado siempre. Antes de conocerte, mi alma te buscaba, y, cuando te he visto, ella me ha dicho: "He ahí a quien buscas". Yo creo que te he encontrado porque mi alma te ha sentido.

- Tú lo dices, Juan, y es así. Yo también he venido hacia ti porque mi alma te ha sentido. ¿Durante cuánto tiempo me amarás?

- Siempre, Maestro. Ya no quiero amar a nadie que no seas Tú.

- Tienes padre y madre, hermanos, hermanas; tienes la vida, y, con la vida, la mujer y el amor. ¿Serás capaz de dejarlo todo por mí?

- Maestro... no sé... pero me parece, si no es soberbia el decirlo, que tu predilección será, para mí, padre, madre, hermanos, hermanas e incluso mujer. De todo, sí, de todo me consideraré saciado, si Tú me amas.

-¿Y si mi amor te comporta sufrimientos y persecuciones?

- Será como nada, Maestro, si Tú me amas.

- Y el día que Yo debiera morir...

-¡No! Eres joven, Maestro... ¿Por qué morir?

- Porque el Mesías ha venido para predicar la Ley en su verdad y para llevar a cabo la Redención. Y el mundo aborrece la Ley y no quiere redención. Por eso persigue a los mensajeros de Dios.

-¡Oh, que esto no suceda! ¡No le manifiestes este pronóstico de muerte a quien te ama!... Pero, aunque tuvieras que morir, yo te amaría de todas formas. Deja que te ame - Juan tiene una mirada suplicante. Más humilde que nunca, camina al lado de Jesús y parece como si mendigara amor.

Jesús se detiene. Lo mira, lo taladra con la mirada de sus ojos profundos, y, poniéndole la mano sobre su cabeza inclinada, le dice:

- Quiero que me ames.

-¡Oh, Maestro! - Juan se siente feliz. Aunque sus pupilas brillen de llanto, ríe con esa joven boca suya bien dibujada; toma la mano divina, la besa en el dorso y la aprieta contra su corazón.

Continúan su camino.

- Has dicho que me buscabas...

- Sí. Para anunciarte que mis amigos quieren conocerte... y porque... ¡oh, qué ganas tenía de estar de nuevo contigo! Te he dejado hace pocas horas... y ya no podía seguir sin ti.

- Entonces, ¿has sido un buen anunciador del Verbo?

- También Santiago, Maestro, ha hablado de ti de manera... convincente.

- De forma que incluso quien desconfiaba - y no es culpable, porque la prudencia era la causa de su reserva - se ha persuadido. Vamos a confirmarlo del todo.

- Tenía un poco de miedo...

-¡No! ¡No miedo a mí! He venido por los buenos y más aún por quien está en el error. Yo quiero salvar, no condenar. Con los honestos seré todo misericordia.

-¿Y con los pecadores?

- También. Por deshonestos entiendo los que lo son espiritualmente, y con hipocresía fingen ser buenos, mientras que realizan obras malvadas. Y hacen esas cosas, y de esa forma, para obtener algún beneficio propio y sacar algún provecho del prójimo. Con éstos seré severo.

- Simón entonces puede sentirse seguro. Es auténtico como ningún otro.

- Así me gusta, y así quiero que seáis todos.

- Simón quiere decirte muchas cosas.

- Lo escucharé después de hablar en la sinagoga. He dicho que se avise no sólo a los ricos y a los sanos sino también a los pobres y a los enfermos. Todos tienen necesidad de la Buena Nueva.

El poblado está cercano. Algunos niños juegan en la calle; uno, corriendo, se choca con las piernas de Jesús, y, se hubiera caído, si Él no lo hubiese aferrado con solicitud. El niño llora de todas formas, como si se hubiera hecho daño, y Jesús, sujetándolo, le dice:

-¿Un israelita que llora? ¿Qué habrían debido hacer los miles y miles de niños que se hicieron hombres atravesando el desierto siguiendo a Moisés? Pues bien, más por ellos que por los otros - porque el Altísimo ama a los inocentes y cuida providentemente de estos angelitos de la tierra, de estas avecillas sin alas, como de los pájaros del bosque y de los aleros - justamente por éstos envió tan dulce maná. ¿Te gusta la miel? ¿Sí? Bueno, pues si eres bueno comerás una miel más dulce que la de tus abejas.

-¿Dónde? ¿Cuándo?

- Cuando, después de una vida de fidelidad para con Dios, vayas a Él.

- Sé que no iré a Él si no viene el Mesías. Mamá me dice que por ahora cada uno de nosotros, israelitas, somos como Moisés y morimos teniendo ante nuestros ojos la Tierra Prometida. Dice que nos damos a la espera de entrar en ella y que sólo el Mesías hará que entremos.

-¡Pero qué israelita tan genial! Pues bien, Yo te digo que cuando mueras entrarás enseguida en el Paraíso, porque el Mesías, para entonces, habrá abierto ya las puertas del Cielo. Pero tienes que ser bueno.

-¡Mamá! ¡Mamá! - El niño se desata de los brazos de Jesús y corre hacia una joven esposa que regresa con un ánfora de cobre.

-¡Mamá! El nuevo Rabí me ha dicho que iré inmediatamente al Paraíso cuando muera, y que comeré mucha miel... pero si soy bueno. ¡Seré bueno!

-¡Dios lo quiera! Perdona, Maestro, si te ha molestado. ¡Está lleno de vitalidad!

- La inocencia no molesta, mujer. Dios te bendiga, porque eres una madre que cría a los hijos en el conocimiento de la Ley.

La mujer se sonroja ante esta alabanza y responde:

- Que Dios te bendiga también a ti - y desaparece con su pequeño.

-¿Te gustan los niños, Maestro?

- Sí, porque son puros... y sinceros... y amorosos.

-¿Tienes sobrinos, Maestro?

- No tengo sino... una Madre... Pero en Ella están presentes la pureza, la sinceridad, el amor de los niños más santos, junto a la sabiduría, justicia y fortaleza de los adultos. En mi Madre tengo todo, Juan.

-¿Y la has dejado?

- Dios está por encima incluso de la más santa de las madres.

-¿La conoceré yo?

- La conocerás.

-¿Y me querrá?

- Te amaré porque Ella ama a quien ama a su Jesús.

-¿Entonces no tienes hermanos?

- Tengo algunos primos por parte del marido de mi Madre. Pero todo hombre es para mí un hermano y para todos he venido. Henos aquí delante de la sinagoga. Yo entro; tú vendrás después con tus amigos.

Juan se va y Jesús entra en una estancia cuadrada que tiene el típico aparato de luces colocadas en triángulo y de atriles con rollos de pergamino. Ya hay una multitud que espera y ora. También Jesús ora. La multitud bisbisea y hace comentarios detrás de Él. Jesús se inclina para saludar al jefe de la sinagoga y luego pide un rollo, tomado al azar.

Jesús empieza la lección. Dice:

- El Espíritu me mueve a leer esto para vosotros. Al principio del séptimo libro de Jeremías se lee: "Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: 'Enmendad vuestros hábitos y Vuestros sentimientos, y entonces habitaré con vosotros en este lugar, No os hagáis falsas ilusiones con esas palabras vanas que repetís: aquí está el Templo del Señor, el Templo del Señor, el Templo del Señor. Porque si vosotros mejoráis vuestros hábitos y sentimientos, si hacéis justicia entre el hombre y su prójimo, si no oprimís al extranjero, al huérfano y a la viuda, si no esparcís en este lugar la sangre inocente, si no seguís a los dioses extranjeros, para desventura vuestra, entonces Yo habitaré con vosotros en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre".

Oíd, vosotros, de Israel. Yo vengo a iluminaros las palabras de luz que vuestra alma ofuscada ya no sabe ni ver ni entender. Oíd. Mucho llanto cae sobre la tierra del pueblo de Dios: lloran los ancianos al recordar las antiguas glorias, lloran los adultos bajo el peso del yugo, lloran los niños sin porvenir de gloria. Mas la gloria de la Tierra no es nada respecto a una gloria que ningún opresor, aparte de Satanás y la mala voluntad, puede arrebatar.

¿Por qué lloráis? ¿Cómo es que el Altísimo, que siempre fue bueno para con su pueblo, ahora ha vuelto hacia otro lugar su mirada y niega a sus hijos la visión de su Rostro? ¿Ya no es el Dios que abrió el mar y por él hizo pasar a Israel y por arenas lo condujo y nutrió, y lo defendió contra los enemigos y, para que no perdiese la pista del camino del Cielo, como dio a los cuerpos la nube, les dio la Ley a las almas? ¿Ya no es el Dios que dulcificó las aguas y proporcionó el maná a los que estaban extenuados? ¿Ya no es el Dios que quiso estableceros en esta tierra y estrechó con vosotros una alianza de Padre a hijos? Y entonces, ¿por qué ahora el pueblo extranjero os ha abatido?

Muchos entre vosotros murmuran: "¡Y, sin embargo, aquí está el Templo!". No basta tener el Templo e ir a él a rezar a Dios. El primer templo está en el corazón de cada hombre y en él se debe llevar a cabo una santa oración. Pero no puede ser santa si antes el corazón no se enmienda, y con el corazón los hábitos, los afectos, las normas de justicia respecto a los pobres, respecto a los siervos, respecto a los parientes, respecto a Dios.

Mirad. Yo veo ricos de duro corazón que depositan pingües ofrendas en el Templo, pero no saben decirle al pobre: "Hermano, toma un pan y un denario. Acéptalo. De corazón a corazón. Que esta ayuda no te humille a ti, y no me ensoberbezca a mí el dártela". Veo que hay quien ora y se lamenta ante Dios de que no lo escucha prontamente; y después, al mísero — en ocasiones, de su propia sangre — que le dice: "Escúchame", le responde con corazón de piedra: "No". Veo que lloráis porque quien os domina desangra vuestra bolsa. Pero luego vosotros sacáis la sangre a quien odiáis, y no os horroriza el vaciar un cuerpo de sangre y de vida.

¡Oh, israelitas! El tiempo de la Redención ha llegado. Mas, preparad sus vías en vosotros con la buena voluntad. Sed honestos, buenos; amaos los unos a los otros. Ricos, no despreciéis; comerciantes, no cometáis fraudes; pobres, no envidiéis. Sois todos de una sangre y de un Dios. Todos estáis llamados a un destino. No os cerréis con vuestros pecados el Cielo que el Mesías os va a abrir. ¿Que hasta ahora habéis errado? Ya no más. Caiga todo error.

Simple, buena, fácil es la Ley que vuelve a los diez mandamientos iniciales; pero deben estar inmersos en luz de amor. Venid. Yo os mostraré cuáles son: amor, amor, amor. Amor de Dios a vosotros, de vosotros a Dios. Amor entre vosotros. Siempre amor, porque Dios es Amor y son hijos del Padre los que saben vivir el amor. Yo estoy aquí para todos y para dar a todos la luz de Dios. He aquí la Palabra del Padre que se hace alimento en vosotros. Venid, gustad, cambiad la sangre del espíritu con este alimento. Todo veneno desaparezca, toda concupiscencia muera. Se os ofrece una gloria nueva, la eterna; la alcanzarán los que hagan de la Ley de Dios estudio verdadero de su corazón. Empezad por el amor. No hay nada más grande. Cuando sepáis amar, sabréis ya todo, y Dios os amaré; y amor de Dios quiere decir ayuda contra toda tentación.

La bendición de Dios descienda sobre quien le eleva un corazón lleno de buena voluntad.

Jesús ha terminado de hablar. Se oye el bisbiseo de la gente. Después de himnos muy salmodiados, la asamblea se disuelve.

Jesús sale a la placita. En la puerta están Juan y Santiago con Pedro y Andrés.

- La paz esté con vosotros - dice Jesús; y añade - Éste es el hombre que para ser justo necesita no juzgar sin conocer primero, pero que es honesto reconociendo su equivocación. Simón, ¿has querido verme? Aquí me tienes. Y tú, Andrés, ¿por qué no has venido antes?

Los dos hermanos se miran turbados. Andrés susurra:

- No me atrevía...

Pedro, rojo, no habla. Pero cuando oye que Jesús le dice al hermano: « ¿Hacías algo malo viniendo? Sólo el mal no se debe osar hacer», interviene con franqueza:

- He sido yo. Él quería traerme inmediatamente hacia ti. Pero yo... yo he dicho... Sí, he dicho: "No creo", y no he querido. ¡Oh, ahora me siento mejor!...

Jesús sonrío y dice:

- Por tu sinceridad, te manifiesto que te amo.

- Pero yo... yo no soy bueno... no soy capaz de hacer lo que has dicho en la sinagoga. Soy iracundo y, si alguno me ofende... ¡bueno!... Soy codicioso y me gusta tener dinero... y al vender el pescado... bueno... no siempre... no siempre he estado limpio de fraude. Y soy ignorante. Y tengo poco tiempo para seguirte y recibir así la luz. ¿Qué puedo hacer? Quisiera ser como Tú dices... pero...

- No es difícil, Simón. ¿Conoces un poco la Escritura? ¿Sí? Pues bien, piensa en el profeta Miqueas. Dios quiere de ti lo que dice Miqueas. No te pide que te arranques el corazón, ni que sacrifiques los afectos más santos. Por ahora no te lo pide. Un día tú le darás a Dios, sin que te lo demande, incluso a ti mismo. Pero Él espera a que un sol y un rocío, de ti, sutil tallo de hierba, hagan palma robusta y gloriosa. Por ahora te pide esto: practicar la justicia, amar la misericordia, poner toda la atención en seguir a tu Dios. Esfuérzate en hacer esto y quedará cancelado el pasado de Simón, y tú serás el hombre nuevo, el amigo de Dios y de su Cristo. No serás ya Simón, sino Cefas, piedra segura en que me apoyaré.

- ¡Esto me gusta! Esto lo entiendo. La Ley es así... es así... mira, ¡yo ya no sé practicarla de la forma que la presentan los rabinos!... Pero esto que Tú dices, sí. Me parece que lo lograré. Tú me vas a ayudar, ¿no? ¿Resides en esta casa?... Conozco al dueño.

- Estoy aquí. Pero voy a ir a Jerusalén, y después predicaré por Palestina. Para esto he venido. De todas formas, volveré aquí frecuentemente.

- Vendré a oírte de nuevo. Quiero ser tu discípulo. Un poco de luz entrará en mi cabeza.

- En el corazón sobre todo, Simón, en el corazón. Y tú, Andrés, ¿no hablas?

- Escucho, Maestro.

- Mi hermano es tímido.

- Será un león. Está anocheciendo. Que Dios os bendiga y os conceda buena pesca. Id.

- La paz sea contigo.

Se van.

Nada más salir, Pedro observa:

- ¿Qué habrá querido decir antes, con eso de que pescaré con otras redes, y otro tipo de peces?

- ¿Por qué no se lo has preguntado? Querías decir muchas cosas, y luego casi ni hablas.

- Me daba... vergüenza. ¡Es tan distinto de los demás rabinos!

- Ahora va a Jerusalén... - Esto lo expresa Juan con anhelo y nostalgia grandes - Yo quería pedirle que me dejara ir con Él... pero no me he atrevido...

- Vete a decírselo, muchacho - responde Pedro - Nos hemos despedido de Él así, sin más... sin ni siquiera una palabra de afecto... Al menos, que sepa que lo admiramos. Ve, ve. Yo me encargo de comunicárselo a tu padre.

- ¿Voy, Santiago?

- Ve.

Juan se echa a correr... y, también corriendo, vuelve lleno de júbilo.

- Le he dicho: "¿Quieres que vaya contigo a Jerusalén?". Me ha respondido: "Ven, amigo". ¡Ha dicho "amigo"! Mañana a esta hora vendré aquí. ¡Ah! ¡A Jerusalén con Él!...

La visión termina.

Respecto a esta visión, me dice esta mañana (14 de Octubre) Jesús:

- Quiero que tú y todos os fijéis en la actitud de Juan, en un aspecto que siempre pasa desapercibido. Lo admiráis porque es puro, amoroso, fiel. Pero no os dais cuenta de que fue grande también en humildad. Él, primer artífice de que Pedro viniera a mí, modestamente, calla este detalle. El apóstol de Pedro y, por tanto, el primero de mis apóstoles, fue Juan; primero en reconocermelo, primero en dirigirme la palabra, primero en seguirme, primero en predicarme. Y, sin embargo, ¿veis lo que dice?; "Andrés, hermano de Simón, era uno de los dos que habían oído las palabras de Juan [el Bautista] y habían seguido a Jesús. El primero con quien se encontró fue su hermano Simón, al cual le dijo: "Hemos encontrado al Mesías", y lo condujo a donde estaba Jesús".

Justo, además de bueno, sabe que Andrés se angustia por tener un carácter cerrado y tímido, sabe que querría hacer muchas cosas pero que no logra hacerlas, y desea para él, en la posteridad, el reconocimiento de su buena voluntad. Quiere que aparezca Andrés como el primer apóstol de Cristo respecto a Simón, a pesar de que la timidez y la dependencia respecto a su hermano le hubieran creado un sentimiento de derrota en el apostolado.

¿Quiénes, entre los que hacen algo por mí, saben imitar a Juan y no se autoproclaman insuperables apóstoles, pensando que su éxito proviene de un complejo de cosas, que no son sólo santidad, sino también audacia humana, fortuna, y la circunstancia de estar junto a otros menos audaces y afortunados, pero quizás más santos que ellos?

Cuando tengáis algún éxito en el campo del bien, no os gloriéis de ello como si fuera mérito sólo vuestro. Alabad a Dios, señor de los apostólicos obreros, y tened ojo limpio y corazón sincero para ver y dar a cada uno la alabanza que le corresponde. Ojo límpido para discernir a los apóstoles que cumplen holocausto, y que son las primeras, verdaderas palancas en el trabajo de los demás. Sólo Dios los ve a éstos que, tímidos, parece que no hacen nada, y son, sin embargo, los que le roban al Cielo el

fuego de que están investidos los audaces. Corazón sincero en cuanto a decir: "Yo actúo, pero éste ama más que yo, ora mejor que yo, se inmola como yo no sé hacer y como Jesús ha dicho: "... dentro de la propia habitación con la puerta cerrada para orar en secreto". Yo, que intuyo su humilde y santa virtud, quiero darla a conocer y decir: 'Yo soy instrumento activo; éste, fuerza que me imprime movimiento; porque, injertado como está en Dios, me es canal de celeste fuerza".

Y la bendición del Padre, que desciende para recompensar al humilde que en silencio se inmola para dar fuerza a los apóstoles, descenderá también sobre el apóstol que sinceramente reconoce la sobrenatural y silenciosa ayuda que le viene a él del humilde, y el mérito de éste, que la superficialidad de los hombres no nota.

Aprended todos.

¿Es mi predilecto? Sí. Pero, ¿no tiene también esta semejanza conmigo? Puro, amoroso, obediente, mas también humilde. Yo me miraba en él y en él veía mis virtudes. Lo amaba, por ello, como un segundo Yo. Veía la mirada del Padre depositada en él, reconociéndolo como un pequeño Cristo. Y mi Madre me decía: "Siento en él un segundo hijo. Me parece verte a ti, reproducido en un hombre".

¡Oh..., la Llena de Sabiduría cómo te conoció dilecto mío! Los dos azules de vuestros corazones de pureza se fundieron en un único velo para protegerme amorosamente, y vinieron a ser un solo amor, antes incluso de que Yo diera a la Madre a Juan y a Juan a la Madre. Se habían amado porque habían reconocido su mutua similitud: hijos y hermanos del Padre y del Hijo.

50

En Betsaida, en casa de Pedro. Encuentro con Felipe y Natanael

Juan llama a la puerta de la casa donde hospedan a Jesús. Se asoma una mujer y, viendo quién es, avisa a Jesús. Se saludan con un gesto de paz.

Y luego:

- Has venido solícito, Juan - dice Jesús.

- He venido a comunicarte que Simón Pedro te ruega que pases por Betsaida. He hablado de ti a muchos... No hemos pescado esta noche; orado sí, como sabemos hacerlo, renunciando con ello al lucro porque... el sábado todavía no había terminado. Luego, esta mañana, hemos ido por las calles hablando de ti. Hay gente que quisiera oírte... ¿Vienes, Maestro?.

- Voy. Aunque debiera ir a Nazaret antes que a Jerusalén.

- Pedro te llevará desde Betsaida a Tiberíades, con su barca. Llegarás incluso antes.

- Vamos, entonces.

Jesús coge manto y bolsa. Pero Juan le toma esta última. Y, después de saludar a la dueña de casa, se marchan.

La visión me muestra la salida del pueblo y el comienzo del viaje hacia Betsaida. Pero no oigo la conversación, e incluso la visión se interrumpe hasta la entrada de Betsaida. Comprendo que se trata de esta ciudad porque veo a Pedro, Andrés y Santiago, y con ellos algunas mujeres, esperando a Jesús donde empiezan las casas.

- La paz sea con vosotros. Aquí me tenéis.

- Gracias, Maestro, en nombre nuestro y de los que esperan. No es sábado, pero ¿no les vas a hablar a los que esperan tus palabras?

- Sí, Pedro. Lo haré. En tu casa.

Pedro se muestra jubiloso:

- Ven, entonces: ésta es mi mujer, ésta es la madre de Juan, éstas son amigas de ellas. Pero también te esperan otros: parientes y amigos nuestros.

- Diles que partiré esta noche y que antes les hablaré.

No he dicho que, habiendo salido de Cafarnaúm cuando se estaba poniendo el sol, los he visto llegar a Betsaida por la mañana.

- Maestro... te ruego que te quedes una noche en mi casa. Es largo el camino hacia Jerusalén, aunque te lo abrevie hasta Tiberíades con mi barca. Mi casa es pobre, pero honesta y amiga. Quédate con nosotros esta noche.

Jesús mira a Pedro y a todos los demás que esperan. Los mira escrutador. Sonríe y dice: «Sí».

Nueva alegría de Pedro.

Algunos miran desde las puertas y se hacen señas. Un hombre llama por el nombre a Santiago y le habla en voz baja señalando a Jesús. Santiago asiente y el hombre va a hablar aparte con otros que están parados en un cruce de caminos.

Entran en la casa de Pedro. Una cocina amplia y humosa. En un rincón, redes, sogas y cestas para pesca; en medio, el hogar ancho y bajo, por ahora apagado. Por las dos puertas, una frente a otra, se ve el camino y el huerto, pequeño, con la higuera y la vid; más allá del camino, el celeste ondear del lago; más allá del huerto, la pared oscura de otra casa.

- Te ofrezco cuanto tengo, Maestro, y de la forma que sé hacerlo...

- No podrías ni mejor ni más, porque me lo ofreces con amor.

Le dan a Jesús agua para refrescarse y luego pan y aceitunas. Jesús come un poco (en realidad para que vean que lo acepta) y luego, con un gesto de agradecimiento, indica que no quiere más.

Unos niños curioso se desean desde el huerto y el camino. No sé si son o no hijos de Pedro. Sólo sé que él mira severamente a estos niños impetuosos, para que no se acerquen. Jesús sonríe y dice:

- Déjalos.

- Maestro, ¿quieres descansar? Ahí está mi habitación, allí la de Andrés. Elige. No haremos ruido mientras estés reposando.

-¿Tienes una terraza?

- Sí; y la vid, aunque esté todavía casi sin hojas, da un poco de sombra.

- Llévame a la terraza. Prefiero descansar arriba. Pensaré y oraré

- Como quieras. Ven.

Desde el huertecillo, una pequeña escalera sube hasta el tejado, que es una terraza rodeada por una pared baja. También aquí hay redes y sogas. ¡Cuánta luz de cielo y cuánto azul de lago!

Jesús se sienta en un taburete con la espalda apoyada en el murete. Pedro trata de ingeniárselas extendiendo una vela por encima y al lado de la vid para hacer un sitio donde poder uno resguardarse del sol. Se siente brisa y silencio. Jesús se deleita en ello.

- Yo me voy, Maestro.

- Vete. Tú y Juan id a decir que a la hora de la puesta del Sol hablaré aquí.

Jesús se queda solo y ora durante mucho tiempo. Aparte de dos parejas de palomas que van y vienen desde los nidos, y un trinar de gorriones, no hay ruido o ser vivo alrededor de Jesús orante. Las horas pasan calmas y serenas.

Después Jesús se levanta, da alguna vuelta por la terraza, mira al lago, mira y sonríe a unos niños que juegan en la calle y que le sonríen, mira a la calle, hacia la placita que está a unos cien metros de la casa. Luego baja. Se asoma a la cocina:

- Mujer, voy a pasear por la orilla.

Sale y, efectivamente, va a la orilla, con los niños. Les pregunta:

-¿Qué hacéis?

- Queríamos jugar a la guerra. Pero él no quiere y entonces se juega a la pesca.

El "él" que no quiere es un niño — ya un hombrecito — de constitución menuda, pero de rostro luminosísimo. Quizás sabe que, siendo grácil como es, se llevaría palos de los demás haciendo "la guerra" y por ello sostiene la paz.

Pero Jesús aprovecha la ocasión para hablarles a esos niños:

- Él tiene razón. La guerra es pena impuesta por Dios para castigo de los hombres, y signo de que el hombre ha venido a menos en su condición de verdadero hijo de Dios. Cuando el Altísimo creó el mundo, hizo todas las cosas: el Sol, el mar, las estrellas, los ríos, las plantas, los animales, pero no hizo las armas. Creó al hombre y le dio ojos para que tuviera miradas de amor, bocas para pronunciar palabras de amor, oído para oírlas, manos para socorrer y acariciar, pies para correr con rapidez hacia el hermano necesitado, y corazón capaz de amar. Dio al hombre inteligencia, palabra, afectos, gustos. Pero no le dio el odio. ¿Por qué? Porque el hombre, criatura de Dios, debía ser amor, como Amor es Dios. Si el hombre hubiera permanecido como tal criatura, habría permanecido en el amor, y la familia humana no habría conocido guerra ni muerte.

- Pero él no quiere hacer la guerra porque pierde siempre» (efectivamente, yo había adivinado).

Jesús sonríe y dice:

- No se debe no querer lo que a nosotros nos lesiona porque nos lesione. Se debe no querer una cosa cuando lesiona a todos. Si uno dice: "No quiero esto porque me produce una pérdida", es egoísta. Sin embargo, el buen hijo de Dios dice: "Hermanos, yo sé que vencería, pero os digo: no hagamos esto porque significaría un daño para vosotros". ¡Cómo ha comprendido éste el precepto principal! ¿Quién me lo sabe decir?.

En coro, las once bocas dicen:

- Amarás a tu Dios con todo tu ser y a tu prójimo como a tí mismo".

-¡Sois unos niños excelentes! ¿Vais todos al colegio?

- Sí.

-¿Quién es el más listo?

- Él (es el niño grácil que no quiere jugar a la guerra).

-¿Cómo te llamas?

- Joel.

-¡Gran nombre! Joel habla así: "... el débil diga: "¡Soy fuerte!". Pero ¿fuerte en qué? En la ley del Dios verdadero, para estar entre los que Él en el valle de la Decisión juzgará como santos suyos. Mas el juicio está próximo; no en el valle de la Decisión, sino en el monte de la Redención. Allí, entre Sol y Luna oscurecidos de horror, y estrellas temblando llanto de piedad, serán discernidos los hijos de la Luz de los hijos de las Tinieblas. Y todo Israel sabrá que su Dios ha venido. Dichosos los que lo hayan reconocido: recibirán en su corazón miel, leche y aguas claras y las espinas se les transformarán en eternas rosas. ¿Quién de vosotros quiere estar entre aquéllos a los que Dios juzgue santos?.

-¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!.

-¿Amaréis entonces al Mesías?

-¡Sí! ¡Sí! ¡A ti! ¡A ti! ¡Te amamos a ti! ¡Sabemos quién eres! Lo han dicho Simón y Santiago y también nuestras madres.

¡Llévanos contigo!.

- En verdad os tomaré conmigo si sois buenos. Nunca más, palabras feas; nunca más, abusos; nunca más, riñas; nunca más, malas respuestas a los padres. Oración, estudio, trabajo, obediencia; y Yo os amaré y os acompañaré en vuestro camino.

Los niños están todos en círculo alrededor de Jesús. Parece una corola policroma ceñida en torno a un largo pistilo azul oscuro.

Un hombre bastante anciano se ha acercado, curioso. Jesús se vuelve para acariciar a un niño que le está tirando del vestido, y lo ve. Detiene en él intensamente su mirada. El anciano se limita a saludar ruborizándose.

-¡Ven! ¡Sígueme!

- Sí, Maestro.

Jesús bendice a los niños y, al lado de Felipe (lo llama por el nombre), vuelve a casa. Se sientan en el huertecillo.

-¿Quieres ser mi discípulo?

- Lo quiero—y no oso esperar serlo.

- Yo te he llamado.

- Lo soy, entonces. Heme aquí.

-¿Tenías conocimiento de mí?

- Me ha hablado de ti Andrés. Me ha dicho: "Aquel por quien tú suspirabas ha venido". Porque Andrés sabía que yo suspiraba por el Mesías.

- No queda frustrada tu espera. Él está delante de ti.

-¡Mi Maestro y mi Dios!

- Eres un israelita de recta intención. Por esto me manifiesto a ti. Otro amigo tuyo — como tú, sincero israelita — espera. Ve a decirle: "Hemos encontrado a Jesús de Nazaret, hijo de José, de la estirpe de David, aquel de quien hablaron Moisés y los profetas". Ve.

Jesús se queda solo hasta que vuelve Felipe con Natanael - Bartolomé.

- He aquí un verdadero israelita en quien no hay engaño. La paz sea contigo, Natanael.

-¿Cómo me conoces?

- Antes de que Felipe fuera a llamarte, te he visto debajo de la higuera.

-¡Maestro, Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel!

-¿Porque he dicho que te he visto pensando debajo de la higuera, crees? Cosas mucho más grandes que éstas verás. En verdad os digo que los Cielos están abiertos y vosotros, por la fe, veréis a los ángeles bajar y subir sobre el Hijo del Hombre: Yo, quien te está hablando.

¡Maestro! ¡Yo no soy digno de tanto favor!

- Cree en mí y serás digno del Cielo. ¿Quieres creer?

- Quiero, Maestro.

La visión se detiene... Y continúa en la terraza, que está llena de gente. Otras personas están en el huertecillo de Pedro. Jesús habla.

- Paz a los hombres de buena voluntad. Paz y bendición a sus casas, mujeres y niños. La gracia y la luz de Dios reinen en ellas y en los corazones que las habitan.

Deseabais oírme. La Palabra habla. Habla a los honestos con alegría, habla a los deshonestos con dolor, habla a los santos y a los puros con gozo, habla a los pecadores con piedad. No se niega. Ha venido para derramarse como río que riega tierras necesitadas de agua y que de él reciben alivio de olas y nutrición de limo.

Vosotros queréis saber qué se requiere para ser discípulos de la Palabra de Dios, del Mesías, Verbo del Padre, que viene a reunir a Israel para que oiga una vez más las palabras del Decálogo santo e inmutable y se santifique en ellas para estar limpio, en la medida en que el hombre puede hacerlo de por sí, para la hora de la Redención y del Reino.

Mirad. Yo digo a los sordos, a los ciegos, a los mudos, a los leprosos, a los paralíticos, a los muertos: "Levantaos, sanad, resucitad, caminad, ábranse en vosotros los ríos de la luz, de la palabra, del sonido, para que podáis ver, oír, hablar de mí". Pero, más que a los cuerpos, esto se lo digo a vuestros espíritus. Hombres de buena voluntad, venid a mí sin temor. Si el espíritu está lesionado, Yo le devuelvo la salud. Si está enfermo, lo curo; Si muerto, lo resucito. Quiero sólo vuestra buena voluntad.

¿Es difícil esto que os pido? No. No os impongo los cientos de preceptos de los rabinos. Os digo: seguid el Decálogo. La Ley es una e inmutable. Muchos siglos han pasado desde la hora en que fue promulgada, hermosa, pura, fresca, como criatura recién nacida, como rosa recién abierta en el tallo. Simple, sin mancha, ligera de seguir.

Durante los siglos, las culpas y las inclinaciones la han complicado con leyes y más leyes menores, pesos y restricciones, demasiadas cláusulas penosas. Yo os conduzco de nuevo a la Ley como ésta era cuando el Altísimo la dio. Pero, os lo ruego por vuestro bien, recibidla con el corazón sincero de los verdaderos israelitas de entonces.

Vosotros susurráis — más en vuestro corazón que con los labios — que la culpa está arriba, más que en vosotros, gente humilde. Lo sé. En el Deuteronomio está dicho todo lo que debe hacerse, y no era necesario más. Pero no juzguéis a quien actuó no para sí, sino para los demás. Vosotros haced lo que Dios dice. Y, sobre todo, esforzaos en ser perfectos en los dos preceptos principales. Si amáis a Dios con todo vuestro ser, no pecaréis, porque el pecado produce dolor a Dios. Quien ama no quiere causar dolor. Si amáis al prójimo como a vosotros mismos, sólo podréis ser hijos respetuosos para con los padres, esposos fieles a los consortes, hombres honestos en las transacciones, sin violencias para con los enemigos, sinceros a la hora de testificar, sin envidia de quien posee, sin deseos de lujuria hacia la mujer del prójimo. No queriendo hacer a los demás lo que no querríais que se os hiciera a vosotros, no robaréis, no mataréis, no calumniaréis, no entraréis como los cucos en el nido de los demás.

Pero incluso os digo: "Portad a perfección vuestra obediencia a los dos preceptos de amor: amad también a vuestros enemigos".

¡Oh, si sabéis amar como Él, cómo os amará el Altísimo, que ama al hombre — transformado en enemigo suyo por la culpa original y por los pecados individuales — hasta el punto de enviarle el Redentor, el Cordero que es su Hijo, Yo, quien os está hablando, el Mesías, prometido para redimiros de toda culpa!

Amad. El amor sea para vosotros escalera por la cual, hechos ángeles, subáis (como vio Jacob) hasta el Cielo, oyendo al Padre decir a todos y a cada uno: "Yo seré tu protector dondequiera que vayas, y te traeré de nuevo a este lugar: al Cielo, al Reino Eterno".

La paz esté con vosotros.

La gente manifiesta su conmovida aprobación y se va lentamente. Se quedan Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Felipe y Bartolomé.

-¿Te vas mañana, Maestro?

- Mañana al amanecer, si no te desagrada.

- Desagradarme el que te vayas, sí, pero la hora no; es incluso propicia.

-¿Vas a ir a pescar?

- Esta noche, cuando salga la Luna.

- Has hecho bien, Simón Pedro, en no pescar durante la pasada noche. Todavía no había terminado el sábado. Nehemías, en sus reformas, quiso que en Judá se respetara el sábado. Ahora también demasiada gente en sábado prensa en los lagares, transporta haces, carga vino y fruta, y vende y compra pescado y corderos. Tenéis seis días para esto. El sábado es del Señor. Sólo una cosa podéis hacer en sábado: el bien a vuestro prójimo, pero sin ningún tipo de afán de lucro. Quien viola por lucro el sábado sólo puede obtener de Dios el castigo. ¿Gana algo?: lo perderá con creces en los otros seis días. ¿No lo gana?: se ha esforzado en vano el cuerpo, no concediéndole ese reposo que la Inteligencia ha establecido para él, airándose el espíritu por haber trabajado inútilmente, llegando incluso a proferir imprecaciones. Sin embargo, el día de Dios debe transcurrirse con el corazón unido a Dios en dulce oración de amor. Hay que ser fieles en todo.

- Pero... los escribas y doctores, que son tan severos con nosotros... no trabajan durante el sábado. Ni siquiera le dan al prójimo un pan por evitar el trabajo de dárselo... y, sin embargo, fían préstamos abusivos aun en sábado, ¿Se puede hacer esto en sábado porque no sea trabajo material?

- No. Nunca. Ni durante el sábado ni durante los otros días. Quien presta abusivamente es deshonesto y cruel.

- Los escribas y fariseos, entonces...

- Simón no juzgues. Tú no lo hagas.

- Pero tengo ojos para ver...

-¿Sólo el mal está ante nuestros ojos, Simón?.

- No, Maestro.

- Entonces, ¿por qué mirar sólo el mal?

- Tienes razón, Maestro.

- Entonces mañana al amanecer partiré con Juan».

- Maestro...

- Simón, ¿qué te sucede?

- Maestro... ¿vas a Jerusalén?

- Ya lo sabes.

- Yo también voy a Jerusalén para la Pascua... y también Andrés y Santiago....

-¿Y entonces?... Quieres decir que desearías venir conmigo ¿no? ¿Y la pesca? ¿Y la ganancia? Me has dicho que te gusta tener dinero, y Yo me ausentaré durante muchos días. Primero voy donde mi Madre, y a Jerusalén a la vuelta. Me quedaré allí predicando. ¿Cómo te las arreglarás?...

Pedro se muestra dudoso, vacilante... pero al final se decide:

- Por mí... voy contigo. ¡Te prefiero a ti antes que al dinero!

- Yo también voy».

- También yo.

- Y nosotros también, ¿verdad, Felipe?

- Venid, pues. Me serviréis de ayuda».

-¡Oh!... — Pedro se emociona ante esta idea —. ¿En qué te podemos ayudar?

- Os lo diré. Para actuar bien sólo tendréis que hacer cuanto os diga. El obediente siempre actúa bien. Ahora oraremos y luego cada uno irá a realizar sus cometidos.

-¿Y Tú, Maestro?

- Oraré más. Soy la Luz del mundo, pero también soy el Hijo del hombre. Por ello siempre tengo que beber de la Luz para ser el Hombre que redime al hombre. Oremos.

Jesús dice un salmo. El que comienza: «Quien reposa en la ayuda del Altísimo vivirá bajo la protección del Dios del Cielo. Dirá al Señor: "Tú eres mi protector, mi refugio. Es mi Dios, en Él está mi esperanza. Él me libró del lazo de los cazadores y de las palabras agresivas" etc. etc.». Lo encuentro en el libro 4°. Es el segundo del libro 4°, me parece que es el núm. 90 (Salmos 91).

51

María manda a Judas Tadeo a invitar a Jesús a las bodas de Cana.

Veo la cocina de Pedro. En ella, además de Jesús, están Pedro y su mujer, y Santiago y Juan. Parece que acaban de terminar de cenar y que están conversando. Jesús muestra interés por la pesca.

Entra Andrés y dice:

- Maestro, está aquí el dueño de la casa en que vives, con uno que dice ser tu primo.

Jesús se levanta y va hacia la puerta, diciendo que pasen. Y, cuando a la luz de la lámpara de aceite y de la lumbre ve entrar a Judas Tadeo, exclama:

-¿Tú, Judas?

- Yo, Jesús.

Se besan. Judas Tadeo es un hombre apuesto, en la plenitud de la hermosura viril. Es alto — si bien no tanto como Jesús —, de robustez bien proporcionada, moreno, como lo era San José de joven, de color aceitunado, no térreo; sus ojos tienen algo en común con los de Jesús, porque son de tono azul pero con tendencia al violáceo. Tiene barba cuadrada y morena, cabellos ondulados, menos rizados que los de Jesús, morenos como la barba.

- Vengo de Cafarnaúm. He ido allí en barca, y he venido también en barca para llegar antes. Me envía tu Madre. Dice: "Susana se casa mañana. Te ruego, Hijo, que estés presente en esta boda". María participa en la ceremonia y con ella mi madre y los hermanos. Todos los parientes están invitados. Sólo Tú estarías ausente. Los parientes te piden que complazcas en esto a los novios.

Jesús se inclina ligeramente abriendo un poco los brazos y dice:

- Un deseo de mi Madre es ley para mí. Pero iré también por Susana y por los parientes. Sólo... lo siento por vosotros... - y mira a Pedro y a los otros - Son mis amigos - explica a su primo. Y los nombra comenzando por Pedro. Por último dice: - Y éste es Juan - y lo dice de una forma muy especial, que mueve a Judas Tadeo a mirar más atentamente, y que hace ruborizarse al predilecto. Jesús termina la presentación diciendo: - Amigos, éste es Judas, hijo de Alfeo, mi primo hermano, según dice la usanza, porque es hijo del hermano del esposo de mi Madre; un buen amigo mío en el trabajo y en la vida.

- Mi casa está abierta para ti como para el Maestro. Siéntate.

Luego, dirigiéndose a Jesús, Pedro dice:

-¿Entonces? ¿Ya no vamos contigo a Jerusalén?.

- Claro que vendréis. Iré después de la fiesta. Únicamente que ya no me detendré en Nazaret.

- Haces bien, Jesús, porque tu Madre será mi huésped durante algunos días. Así hemos quedado, y volverá a mi casa también después de la boda - esto dice el hombre de Cafarnaúm.

- Entonces lo haremos así. Ahora, con la barca de Judas, Yo iré a Tiberíades y de allí a Cana, y con la misma barca volveré a Cafarnaúm con mi Madre y contigo. El día siguiente después del próximo sábado te acercas, Simón, si todavía quieres, e iremos a Jerusalén para la Pascua.

-¡Sí que querré! Incluso iré el sábado para oírte en la sinagoga.

-¿Ya predicas, Jesús? - pregunta Judas.

- Sí, primo.

-¡Y qué palabras! ¡No se oyen en boca de otros!.

Judas suspira. Con la cabeza apoyada en la mano y el codo sobre la rodilla, mira a Jesús y suspira. Parece como si quisiera hablar y no se atreviera.

Jesús lo anima para que hable:

-¿Qué te pasa, Judas? ¿Por qué me miras y suspiras?.

- Nada.

- No. Nada no. ¿Ya no soy el Jesús que tú estimabas? ¿Aquel para quien no tenías secretos?

-¡Sí que lo eres! Y cómo te echo de menos, a ti, maestro de tu primo más mayor...

-¿Entonces? Habla.

- Quería decirte... Jesús... sé prudente... tienes una Madre... que aparte de ti no tiene nada... Tú quieres ser un "rabí" distinto de los demás y sabes, mejor que yo, que... las castas poderosas no permiten cosas distintas de las usuales, establecidas por ellos. Conozco tu modo de pensar... es santo... Pero el mundo no es santo... y oprime a los santos... Jesús... ya sabes cuál ha sido la suerte de tu primo Juan... Lo han apresado y si todavía no ha muerto es porque ese repugnante Tetrarca tiene miedo del pueblo y del rayo divino. Asqueroso y supersticioso, como cruel y lascivo. ¿Qué será de ti? ¿Qué final te quieres buscar?

- Judas, ¿me preguntas esto tú, que conoces tanto acerca de mi pensamiento? ¿Hablas por propia iniciativa? No. ¡No mientas! Te han mandado — no mi Madre, por supuesto — a decirme esto...

Judas baja la cabeza y calla.

- Habla, primo.

- Mi padre... y con él José y Simón... sabes... por tu bien... por afecto hacia ti y María... no ven con buenos ojos lo que te propones hacer... y... y querrían que Tú pensaras en tu Madre...

-¿Y tú qué piensas?

- Yo... yo.

- Tú te debates entre las voces de arriba y de la Tierra. No digo de abajo, digo de la Tierra. También vacila Santiago, aún más que tú. Pero Yo os digo que por encima de la Tierra está el Cielo, por encima de los intereses del mundo está la causa de Dios. Necesitáis cambiar de modo de pensar. Cuando sepáis hacerlo seréis perfectos.

- Pero... ¿y tu Madre?

-Judas, sólo Ella tendría derecho a recordarme mis deberes de hijo, según la luz de la Tierra, o sea, mi deber de trabajar para Ella, para hacer frente a sus necesidades materiales, mi deber de asistencia y consolación estando cerca de mi Madre. Y Ella no me pide nada de esto. Desde que me tuvo, Ella sabía que habría de perderme, para encontrarme de nuevo con más amplitud que la del pequeño círculo de la familia. Y desde entonces se ha preparado para esto. No es nueva en su sangre esta absoluta voluntad de donación a Dios. Su madre la ofreció al Templo antes de que Ella sonriera a la luz. Y Ella — me lo ha dicho las innumerables veces que me ha hablado de su infancia santa teniéndome contra su corazón en las largas noches de invierno, o en las claras de verano llenas de estrellas — y Ella se ofreció a Dios ya desde aquellas primeras luces de su alba en el mundo. Y más aún se ofreció cuando me tuvo, para estar donde Yo estoy, en la vía de la misión que me viene de Dios. Llegará un momento en que todos me abandonen. Quizás durante pocos minutos, pero la vileza se adueñará de todos, y pensaréis que

hubiera sido mejor, por cuanto se refiere a vuestra seguridad, no haberme conocido nunca. Pero Ella, que ha comprendido y que sabe, Ella estará siempre conmigo. Y vosotros volveréis a ser míos por Ella. Con la fuerza de su amorosa, segura fe, Ella os aspirará hacia sí, y, por tanto hacia mí, porque Yo estoy en mi Madre y Ella en mí, y Nosotros en Dios. Esto querría que comprendierais vosotros todos, parientes según el mundo, amigos e hijos según lo sobrenatural. Tú, y contigo los otros, no sabéis quién es mi Madre. Si lo supierais, no la criticaríais en vuestro corazón por no saberme tener sujeto a Ella, sino que la veneraríais como a la Amiga más íntima de Dios, la Poderosa que todo lo puede en orden al corazón del Eterno Padre, que todo lo puede en orden al Hijo de su corazón. Ciertamente iré a Cana. Quiero hacerla feliz. Comprenderéis mejor después de esta hora.

Se le ve a Jesús majestuoso y persuasivo. Judas lo mira atentamente. Piensa. Dice:

- Yo también, sin duda, iré contigo, con estos, si me aceptas... porque siento que dices cosas justas. Perdona mi ceguera y la de mis hermanos. ¡Eres mucho más santo que nosotros!...

- No guardo rencor a quien no me conoce. Ni siquiera a quien me odia. Pero me duele por el mal que a sí mismo se hace. ¿Qué tienes en esa bolsa?

- La túnica que tu Madre te manda. Mañana será una gran fiesta. Ella piensa que su Jesús la necesita para no causar mala impresión entre los invitados. Ha estado hilando incansable desde las primeras luces hasta las últimas, diariamente, para prepararte esta túnica. Pero no ha ultimado el manto. Todavía le faltan las orlas. Se siente desolada por ello.

- No hace falta. Iré con éste, y aquél lo reservaré para Jerusalén. El Templo es más que una boda. Ella se alegrará».

- Si queréis estar para el alba en el camino que lleva a Cana, os conviene llevar anclas enseguida. La Luna sale, la travesía será buena - dice Pedro.

- Vamos entonces. Ven, Juan. Te llevo conmigo. Simón Pedro, Santiago, Andrés, ¡adiós! Os espero el sábado por la noche en Cafarnaúm. ¡Adiós!, mujer. Paz a ti y a tu casa.

Salen Jesús con Judas y Juan. Pedro los sigue hasta la orilla y colabora en la operación de partida de la barca.

Y la visión termina.

52

Las bodas de Caná. El Hijo, no sujeto ya a la Madre, lleva a cabo para Ella el primer milagro.

Veo una casa. Una característica casa oriental: un cubo blanco más ancho que alto, con raras aberturas, terminada en una azotea que está rodeada por un pequeño muro de aproximadamente un metro de alto y sombreada por una pérgola de vid que trepa hasta allí y extiende sus ramas sobre más de la mitad de esta soleada terraza que hace de techo. Una escalera exterior sube a lo largo de la fachada hasta una puerta, que se abre a mitad de altura. En el nivel de la calle hay unas puertas bajas y distanciadas, no más de dos por cada lado, que dan a habitaciones también bajas y oscuras. La casa se alza en medio de una especie de era (más espacio amplio herboso que era) que tiene en el centro un pozo. Hay higueras y manzanos. La casa mira hacia el camino, pero no está situada en él; está un poco hacia dentro, y un sendero, entre la hierba, la une a aquél, que parece camino de primer orden.

Se diría que la casa está en la periferia de Cana: casa de propietarios campesinos que viven en medio de su finca. El campo se extiende tras la casa con sus lejanías verdes y apacibles. Hay un bonito sol y un azul tersísimo de cielo. En principio no veo nada más. La casa está sola.

Después veo a dos mujeres, con largos vestidos y un manto que hace también de velo. Vienen por el camino y luego por el sendero. Una es más anciana: cincuenta años aproximadamente, y viste de oscuro: un color pardo-marrón como de lana natural. La otra está vestida de un color más claro: un vestido amarillo pálido y manto azul, y aparenta unos treinta y cinco años. Es muy hermosa, esbelta, y tiene un porte lleno de dignidad, a pesar de ser toda gentileza y humildad. Cuando está más cerca, noto el color pálido del rostro, los ojos azules y los cabellos rubios que pueden verse sobre la frente bajo el velo. Reconozco a María Santísima. Quién pueda ser la otra, que es morena y más anciana, no lo sé. Hablan entre ellas. La Virgen sonríe. Cerca ya de la casa, alguien, encargado de ver quiénes iban llegando, lo comunica, y salen a su encuentro hombres y mujeres—todos vestidos de fiesta— que las acogen con gran alegría, especialmente a María Santísima.

La hora parece matutina, yo diría que hacia las nueve — quizás antes — porque el campo tiene todavía ese aspecto fresco de las primeras horas del día por el rocío que hace aparecer más verde a la hierba y por el aire aún exento de polvo. La estación me parece primaveral pues la hierba de los prados no está quemada por el verano y el trigo de los campos está aún tierno y sin espiga, todo verde. Las hojas de la higuera y del manzano también están verdes, y todavía tiernas, y también las de la parra. Pero no veo flores en el manzano; y no veo fruta, ni en el manzano, ni en la higuera, ni en la vid. Señal de que el manzano ha florecido ya, pero hace poco tiempo, y los pequeños frutos todavía no se ven.

María, agasajada por un anciano que la acompaña — parece el dueño de la casa — sube la escalera exterior y entra en una amplia sala que parece ocupar toda o buena parte de la planta alta.

Creo comprender que los recintos de la planta baja son las habitaciones propiamente dichas, las despensas, los trasteros y las bodegas; mientras que ésta sería el recinto reservado para usos especiales, como fiestas de carácter excepcional, o para trabajos que requieran mucho espacio, o también para colocar holgadamente productos agrícolas. Si de fiestas se trata, lo vacían completamente y lo adornan, como hoy, con ramas verdes, esterillas y mesas ricamente surtidas de viandas. En el centro, suntuosamente provista de manjares, hay una de estas mesas; encima, ya preparado, ánforas y platos colmados de fruta. A lo largo de la pared de la derecha, respecto a mí que miro, otra mesa, aderezada, aunque menos ricamente. A lo largo de la pared izquierda, una especie de largo aparador y encima de él platos con quesos y otros manjares (me parecen tortas

cubiertas de miel, y dulces). En el suelo, junto a esta misma pared, otras ánforas y tres grandes recipientes con forma de jarra de cobre (más o menos; son una especie de tinajas).

María escucha benignamente a todos; después, se quita el manto y ayuda, bondadosa, a terminar los preparativos del banquete. La veo ir y venir, poniendo en orden los divanes, derechas las guirnaldas de flores, mejorando el aspecto de los fruteros, comprobando si en las lámparas hay aceite. Sonríe y habla poquísimos y en voz muy baja, pero escucha mucho y con mucha paciencia.

Un gran rumor de instrumentos musicales viene del camino (realmente poco armónicos). Todos, menos María, corren afuera. Veo entrar a la novia, toda adornada y feliz, rodeada de parientes y amigos, al lado del novio, que ha sido el primero en salir presuroso a su encuentro.

Y en este momento la visión sufre un cambio. Veo, en vez de la casa, un pueblo. No sé si es Cana u otra aldea cercana. Y veo a Jesús con Juan y otro, que me parece que es Judas Tadeo (pero podría equivocarme respecto al segundo). Por lo que respecta a Juan, no me equivoco. Jesús está vestido de blanco y tiene un manto azul marino. Al oír el sonido de los instrumentos, el compañero de Jesús pregunta algo a un hombre de condición sencilla y transmite la respuesta a Jesús.

- Vamos a darle una satisfacción a mi Madre - dice entonces Jesús sonriendo. Y se encamina por las tierras, con sus dos compañeros, hacia la casa. Me he olvidado de decir que tengo la impresión de que María es o pariente o muy amiga de los parientes del novio, porque se ve que los trata con familiaridad.

Cuando Jesús llega, la persona de antes, puesta como centinela, avisa a los demás. El dueño de la casa, junto con su hijo, el novio, y con María, baja al encuentro de Jesús y lo saluda respetuosamente. Saluda también a los otros dos. El novio hace lo mismo.

Pero lo que más me gusta es el saludo lleno de amor y de respeto de María a su Hijo, y viceversa. No grandes manifestaciones externas. Pero la palabra de saludo: «La paz está contigo» va acompañada de una mirada de tal naturaleza, y una sonrisa tal, que valen por cien abrazos y cien besos. El beso tiembla en los labios de María pero no lo da. Sólo pone su mano blanca y menuda sobre el hombro de Jesús y apenas le toca un rizo de su larga cabellera: una caricia de púdica enamorada.

Jesús sube al lado de su Madre; detrás, los discípulos y los dueños de la casa. Entra en la sala del banquete, donde las mujeres se ocupan de añadir asientos y cubiertos para los tres invitados, inesperados según me parece. Yo diría que era dudosa la venida de Jesús y absolutamente imprevista la de sus compañeros.

Oigo con nitidez la voz llena, viril, dulcísima del Maestro decir al poner pie en la sala:

-La paz sea en esta casa y la bendición de Dios descienda sobre todos vosotros - saludo global y lleno de majestad para todos los presentes. Jesús domina con su aspecto y estatura a todos. Es el invitado, y además fortuito, pero parece el rey del convite; más que el novio, más que el dueño de la casa. A pesar de ser humilde y condescendiente, es Él quien se impone.

Jesús toma asiento en la mesa del centro, con el novio, la novia, los parientes de los novios y los amigos más notables. A los dos discípulos, por respeto al Maestro, se les coloca en la misma mesa.

Jesús está de espaldas a la pared en que están las tinajas y los aparadores. Por ello, no lo ve, como tampoco ve el afán del mayordomo con los platos de asado que van siendo introducidos por una puertecita que está junto a los aparadores.

Observo una cosa: menos las respectivas madres de los novios y menos María, ninguna mujer está sentada en esa mesa. Todas las mujeres están — y meten bulla como si fueran cien — en la otra mesa que está pegando a la pared, y se las sirve después de que se ha servido a los novios y a los invitados importantes. Jesús está al lado del dueño de la casa. Tiene enfrente a María, que está sentada al lado de la novia.

El banquete comienza. No falta el apetito, ni tampoco la sed. Los que comen y beben poco son Jesús y su Madre, la cual, además, habla poquísimos. Jesús habla un poco más. Pero, a pesar de ser parco de palabras, no se manifiesta ni enfadado ni desdeñoso. Es un hombre afable, pero no hablador. Si le consultan algo, responde; si le hablan, se interesa, expone su parecer, pero después se recoge en sí como quien está habituado a meditar. Sonríe, nunca ríe. Y, si oye alguna broma demasiado irreflexiva, hace como si no escuchara. María se alimenta de la contemplación de su Jesús, como Juan, que está hacia el fondo de la mesa y atentísimo a los labios de su Maestro.

María se da cuenta de que los criados cuchichean con el mayordomo y de que éste está turbado, y comprende lo que de desagradable sucede.

- Hijo - dice bajo, llamando la atención de Jesús con esa palabra - Hijo, no tienen más vino.

- Mujer, ¿qué hay ya entre tú y Yo? - Jesús, al decir esta frase, sonríe aún más dulcemente, y sonríe María, como dos que saben una verdad, que es su gozoso secreto y que ignoran todos los demás.

Jesús me explica el significado de la frase:

- Ese "ya", que muchos traductores omiten, es la clave de la frase y explica su verdadero significado.

Yo era el Hijo sujeto a la Madre hasta el momento en que la voluntad del Padre me indicó que había llegado la hora de ser el Maestro. Desde el momento en que mi misión comenzó, ya no era el Hijo sujeto a la Madre, sino el Siervo de Dios. Rotas las ligaduras morales hacia la que me había engendrado, se transformaron en otras más altas, se refugiaron todas en el espíritu, el cual llamaba siempre "Mamá" a María, mi Santa. El amor no conoció detenciones, ni enfriamiento, más bien habría que decir que jamás fue tan perfecto como cuando, separado de Ella como por una segunda filiación, Ella me dio al mundo para el mundo, como Mesías, como Evangelizador. Su tercera, sublime, mística maternidad, tuvo lugar cuando, en el suplicio del Gólgota, me dio a luz a la Cruz, haciendo de mí el Redentor del mundo.

"¿Qué hay ya entre tú y Yo?". Antes era tuyo, únicamente tuyo. Tú me mandabas, yo te obedecía. Te estaba "sujeto". Ahora soy de mi misión.

¿Acaso no lo he dicho?: "Quien, una vez puesta la mano en el arado, se vuelve hacia atrás a saludar a quien se queda, no es apto para el Reino de Dios". Yo había puesto la mano en el arado para abrir con la reja no la tierra sino los corazones, y

sembrar en ellos la palabra de Dios. Sólo levantaría esa mano una vez arrancada de allí para ser clavada en la Cruz y abrir con mi torturante clavo el corazón del Padre mío, haciendo salir de él el perdón para la Humanidad.

Ese "ya", olvidado por la mayoría, quería decir esto: "Has sido todo para mí, Madre, mientras fui únicamente el Jesús de María de Nazaret, y me eres todo en mi espíritu; pero, desde que soy el Mesías esperado, soy del Padre mío. Espera un poco todavía y, acabada la misión, volveré a ser todo tuyo; me volverás a tener entre los brazos como cuando era niño y nadie te disputará ya este Hijo tuyo, considerado un oprobio de la Humanidad, la cual te arrojará sus despojos para cubrirte incluso a ti del oprobio de ser madre de un reo. Y después me tendrás de nuevo, triunfante, y después me tendrás para siempre, tú también triunfante, en el Cielo. Pero ahora soy de todos estos hombres. Y soy del Padre que me ha mandado a ellos".

Esto es lo que quiere decir ese pequeño, y tan denso de significado, "ya".

María ordena a los criados:

- Haced lo que El os diga - María ha leído en los ojos sonrientes del Hijo el asentimiento, revestido de una gran enseñanza para todos los "llamados".

Y Jesús ordena a los criados:

- Llenad de agua los cántaros.

Veo a los criados llenar las tinajas de agua traída del pozo (oigo rechinar la polea subiendo y bajando el cubo que gotea). Veo al mayordomo echarse en la copa un poco de ese líquido con ojos de estupor, probarlo con gestos de aún más vivo asombro, degustarlo y hablarles al dueño de la casa y al novio (estaban cercanos).

María mira una vez más al Hijo y sonrío; luego, tras una nueva sonrisa de Jesús, inclina la cabeza, ruborizándose tenuemente; se siente muy dichosa.

Un murmullo recorre la sala, las cabezas se vuelven todas hacia Jesús y María; hay quien se levanta para ver mejor, quien va a las tinajas... Silencio, y, después, un coro de alabanzas a Jesús.

Pero El se levanta y dice una frase:

- Agradecédselo a María - y se retira del banquete. Los discípulos lo siguen. En el umbral de la puerta vuelve a decir:

- La paz sea en esta casa y la bendición de Dios descienda sobre vosotros - y añade: - Adiós, Madre.

La visión cesa.

Jesús me instruye así:

- Cuando dije a los discípulos: "Vamos a hacer feliz a mi Madre", había dado a la frase un sentido más alto de lo que parecía. No la felicidad de verme, sino de ser Ella la iniciadora de mi actividad taumatúrgica y la primera benefactora de la Humanidad. Recordadlo siempre: mi primer milagro se produjo por María; el primero: símbolo de que es María la llave del milagro. Yo no niego nada a mi Madre. Por su oración anticipo incluso el tiempo de la gracia. Yo conozco a mi Madre, la segunda en bondad después de Dios. Sé que concederos una gracia es hacerla feliz, porque es la Toda Amor. Por esto, sabiéndolo, dije: "Vamos a hacerla feliz".

Además quise mostrar al mundo su potencia junto a la mía. Destinada a unirse a mí en la carne — puesto que fuimos una carne: Yo en Ella, Ella en torno a mí, como pétalos de azucena en torno al pistilo oloroso y colmo de vida —, destinada a unirse a mí en el dolor — puesto que estuvimos en la cruz Yo con la carne y Ella con su espíritu, de la misma forma que la azucena perfuma tanto con la corola como con la esencia que de ésta se desprende —, era justo unirla a mí en la potencia que se muestra al mundo.

Os digo a vosotros lo que les dije a aquellos invitados: "Dad gradas a María. Por Ella os ha sido dado el Dueño del milagro y por Ella tenéis mis gracias, especialmente el perdón".

53

Los mercaderes expulsados del Templo.

Veo a Jesús entrando con Pedro, Andrés, Juan y Santiago, Felipe y Bartolomé, en el recinto del Templo.

Dentro y fuera hay una grandísima muchedumbre. Son peregrinos que, desde todas las partes de la ciudad, llegan en grupos. Desde lo alto de la colina en que está construido el Templo, se ven las calles de la ciudad, estrechas y retortijadas, y un hormiguear de gente. Parece como si entre el blanco crudo de las casas se hubiera extendido una cinta en movimiento de mil colores. Sí, la ciudad tiene el aspecto de un juguete singular hecho de cintas multicolores entre dos hilos blancos, convergente todo hacia el punto en que resplandecen las cúpulas de la Casa del Señor.

Pero luego, dentro, hay... una verdadera verbena. Ha quedado anulado cualquier tipo de recogimiento de lugar sagrado. Hay quien corre y quien llama, quien contrata los corderos y grita y lanza maldiciones por el precio desorbitado de las cosas, quien empuja hacia los recintos a los pobres animales, que balan (los recintos son lugares toscamente separados con cuerdas o estacas, en cuya entrada está el mercader, o propietario, a la espera de los compradores). Leñazos, balidos, blasfemias, unos que llaman a otros, insultos a los peones que no se muestran solícitos en las operaciones de reagrupamiento y selección de los animales y a los compradores que regatean el precio o que se van, mayores insultos a quienes, previsores, han traído su propio cordero.

Alrededor de los bancos de los cambistas, otro griterío. Se entiende que — no sé si en todo momento o durante la Pascua — el Templo funcionaba como... Bolsa (y además bolsa negra). El valor de las monedas no era fijo. Había un precio legal — ciertamente lo habría — pero los cambistas imponían otro, apropiándose de una cantidad arbitraria por el cambio de las monedas. ¡Y no se andaban con chiquitas en las operaciones de usura!... Cuanto más pobre era uno, y venía de más lejos, más lo pelaban: más a los viejos que a los jóvenes; y a los que provenían de fuera de Palestina, más que a los viejos.

Algunos pobres viejecitos miran una y otra vez su dinerillo ahorrado durante todo el año quién sabe con cuánto esfuerzo, se lo sacan y se lo vuelven a meter junto al pecho cien veces, yendo de uno a otro cambista, y quizás terminan volviendo al primero, que se venga de su inicial deserción aumentando la prima del cambio... y las monedas de valor abandonan, entre suspiros, las manos del propietario y pasan a las garras del usurero para ser cambiadas por monedas de menos valor. Luego otra tragedia de selección, de cuentas y de suspiros ante los vendedores de corderos, quienes a los viejos medio ciegos les encasquetan los corderos más míseros.

Veo que vuelven dos viejos, él y ella, empujando a un pobre corderito que los sacrificadores han debido encontrar defectuoso. Se entrecruzan, por un lado, malos modales y palabrotas; por otro, llanto y ruegos; y el vendedor no se conmueve.

- Para lo que queréis gastar, galileos, es incluso demasiado lo que os he dado. ¡Marchaos o añadís otros cinco denarios por uno mejor!

- ¡Por el amor de Dios! ¡Somos pobres y viejos! ¿Quieres impedirnos celebrar la Pascua, que es quizás la última? ¿No te es suficiente lo que has pedido por un animal pequeño?.

- Dejad paso, zarrapastrosos. Viene hacia mí José, el Anciano. Me honra con su preferencia. ¡Dios sea contigo! ¡Ven, escoge!

José, el Anciano — así le llaman —, o sea, el de Arimatea, entra en el recinto y toma un magnífico cordero. Pasa vestido pomposamente, soberbio, sin mirar a estos dos pobrecillos que gimen a la puerta, o digamos más bien entrada, del recinto. Casi los choca, especialmente al salir con un hermoso cordero que bala.

Mas Jesús se encuentra también ya cerca. También ha hecho su compra; y Pedro, que probablemente ha llevado a cabo el trato en lugar de Él, trae un cordero bastante normal.

Pedro querría ir enseguida hacia el lugar donde se sacrifica, pero Jesús se desvía a la derecha, hacia los dos viejecitos asustados, llorosos, indecisos, medio arrollados por la muchedumbre e insultados por el vendedor.

Jesús, tan alto que la cabeza de los dos abuelitos le llega a la altura del corazón, pone una mano sobre el hombro de la mujer y pregunta: « ¿Por qué lloras, mujer? ».

La viejecita se vuelve y ve a este joven alto, solemne con su hermoso vestido blanco y con su manto también de nieve todo nuevo y limpio. Debe creer que es un doctor, por el vestido y el aspecto, y, asombrada — porque los doctores y los sacerdotes no hacen caso de la gente, ni tutelan a los pobres contra la avidez de los mercaderes —, le cuenta por qué lloran.

Jesús se dirige al hombre de los corderos diciéndole:

- Cambia este cordero a estos fieles; no es digno del altar. Como tampoco es digno que tú te aproveches de dos viejecitos porque son débiles y están indefensos.

-¿Y Tú quién eres?

- Un justo.

-Tu acento y el de tus compañeros dicen que eres galileo. ¿Puede, acaso, haber en Galilea un justo?

- Haz lo que te digo y sé justo tú.

-¡Oíd! ¡Oíd al galileo defensor de los de su condición! ¡Quiere enseñarnos a nosotros, los del Templo! - El hombre se ríe y se burla, imitando sarcásticamente la cadencia galilea, que es más cantarina y de mayor dulzura que la judía; al menos, así me parece.

Se forma un corro de gente, y otros mercaderes y cambistas salen en defensa de su colega contra Jesús.

Entre los presentes hay dos o tres rabíes irónicos. Uno de ellos pregunta:

-¿Eres doctor? - lo pregunta de una forma que haría perder la paciencia a Job.

- Tú lo has dicho.

- ¿Qué enseñas?

- Enseño esto: a hacer la Casa de Dios casa de oración y no un lugar de usura y de mercado. Esto enseño.

Se le ve terrible a Jesús. Parece el arcángel puesto en el umbral del Paraíso perdido. No tiene espada llameante en las manos, pero tiene rayos en los ojos, y fulmina a los burladores y a los sacrílegos. No tiene nada en la mano, sólo su santa ira. Y con ésta, caminando veloz e imponente entre banco y banco, desbarata las monedas tan meticulosamente apiladas por tipos; vuelca mesas grandes y pequeñas, y todo cae, con estruendo, al suelo, entre un gran ruido de metales y tablas que chocan y gritos de ira, de pánico y de aprobación. Luego, arrancando de las manos a los mozos de los ganaderos unas sogas con que sujetaban bueyes, ovejas y corderos, hace de ellas un azote bien duro, en que los nudos para formar los lazos corredizos son flagelos, y lo levanta y lo voltea y lo baja, sin piedad.

El inesperado granizo golpea cabezas y espaldas. Los fieles se apartan admirando la escena; los culpables, perseguidos hasta la muralla externa, se echan a correr dejando por el suelo dinero y detrás animales grandes y pequeños en medio de un gran enredo de piernas, de cuernos, de alas. Se huye corriendo, o volando. Mugidos, balidos, chillidos de pichones y tórtolas, junto a carcajadas y gritos de fieles detrás de los prestamistas dados a la fuga, ahogan incluso el lamentoso coro de los corderos, degollados ciertamente en otro patio.

Acuden sacerdotes, rabíes y fariseos. Jesús está todavía en medio del patio, de vuelta de su persecución. El azote está todavía en su mano.

-¿Quién eres? ¿Cómo te permites hacer esto, turbando las ceremonias prescritas? ¿De qué escuela provienes? Nosotros no te conocemos, ni sabemos quién eres.

- Yo soy Él que puede. Todo lo puedo. Destruid este Templo verdadero y Yo lo levantaré de nuevo para dar gloria a Dios. No turbo la santidad de la Casa de Dios y de las ceremonias, sois vosotros los que la turbáis permitiendo que su morada se transforme en sede de usureros y mercaderes. Mi escuela es la escuela de Dios. La misma que tuvo todo Israel por boca del Eterno que habló a Moisés. ¿No me conocéis? Me conoceréis; ¿No sabéis de dónde vengo? Lo sabréis.

Y, volviéndose hacia el pueblo, sin preocuparse ya más de los sacerdotes, alto, vestido de blanco, el manto abierto y fluente tras los hombros, con los brazos abiertos como un orador en lo más vivo de su discurso, dice:

- ¡Oíd, vosotros de Israel! En el Deuteronomio está escrito: "Constituirás jueces y magistrados en todas las puertas... y ellos juzgarán al pueblo con justicia, sin propender a parte alguna. No tendrás acepción de personas, no aceptarás donativos, porque los donativos ciegan los ojos de los sabios y alteran las palabras de los justos. Con justicia seguirás lo que es justo para vivir y poseer la tierra que el Señor tu Dios te dé.

¡Oíd, oh vosotros de Israel! Dice el Deuteronomio: "Los sacerdotes y los levitas y todos los de la tribu de Leví no tendrán parte ni herencia con el resto de Israel, porque deben vivir con los sacrificios del Señor y con las ofrendas hechas a Él; nada tendrán entre las posesiones de sus hermanos, porque el Señor es su herencia".

¡Oíd, oh vosotros de Israel! Dice el Deuteronomio: "No prestarás con interés a tu hermano ni dinero ni trigo ni cualquier otra cosa. Podrás prestar con interés al extranjero; mas a tu hermano le prestarás, sin interés, aquello de que tenga necesidad.

Esto ha dicho el Señor.

Ahora bien, vosotros mismos veis que sin justicia hacia el pobre sojuzga en Israel. No hacia el justo, sino hacia el fuerte se propende, y ser pobre, ser pueblo, quiere decir ser oprimido. ¿Cómo puede el pueblo decir: "Quien nos juzga es justo" si ve que sólo a los poderosos se les respeta y escucha, mientras que el pobre no tiene quien lo escuche? ¿Cómo puede el pueblo respetar al Señor si ve que no lo respetan los que más deberían hacerlo? ¿Es respeto al Señor la violación de su mandamiento? ¿Y por qué entonces los sacerdotes en Israel tienen posesiones y aceptan donativos de públicos y pecadores, los cuales actúan así para que les sean benignos los sacerdotes, de la misma forma que éstos actúan así para tener ricas arcas?

Dios es la herencia de sus sacerdotes. Para ellos, Él, el Padre de Israel, es como en ningún caso, Padre, y pone los medios para que reciban el alimento como es justo; pero no más de lo que sea justo. No ha prometido a sus siervos del Santuario bolsa y posesiones. En la eternidad, por su justicia, tendrán el Cielo, como lo tendrán Moisés y Elías y Jacob y Abraham, pero en esta tierra no deben tener más que vestido de lino y diadema de oro incorruptible: pureza y calidad, y que el cuerpo sea siervo del espíritu que es siervo del Dios verdadero, y no sea el cuerpo señor del espíritu, y contra Dios.

Se me ha preguntado con qué autoridad hago esto. ¿Y ellos?, ¿con qué autoridad profanan el mandamiento de Dios, y a la sombra de los sagrados muros permiten usura contra los hermanos de Israel, que han venido para cumplir el mandato divino? Se me ha preguntado de qué escuela provengo, y he respondido: "De la escuela de Dios". Sí, Israel. Yo vengo y te llevo de nuevo a esta escuela santa e inmutable.

Quien quiera conocer la Luz, la Verdad, la Vida, quien quiera volver a oír la Voz de Dios que habla a su pueblo, venga a mí. Seguidme a Moisés a través de los desiertos, ¡oh, vosotros de Israel! Seguidme; que Yo os conduzco, a través de un desierto, sin duda, más dificultoso, hacia la verdadera Tierra beata. Por mar abierto al mandato de Dios, a ella os llevo. Alzando mi Signo, os curo de todo mal.

Ha llegado la hora de la Gracia. La esperaron los Patriarcas, murieron esperándola. La predijeron los Profetas y murieron con esta esperanza. La soñaron los justos y murieron confortados por este sueño. Ha surgido ahora.

Venid. "El Señor va a juzgar de un momento a otro a su pueblo y será misericordioso para con sus siervos", como prometió por boca de Moisés.

La gente, arracimada en torno a Jesús, se ha quedado a escucharlo estupefacta. Luego comenta las palabras del nuevo Rabí y hace preguntas a sus compañeros.

Jesús se dirige hacia otro patio, separado de éste por un pórtico. Los amigos lo siguen y la visión termina.

54

El encuentro con Judas de Keriot y con Tomás. Simón Zelote curado de la lepra.

Jesús está junto a sus seis discípulos. Tanto el otro día como hoy, no he visto a Judas Tadeo, que también había expresado su deseo de ir a Jerusalén con Jesús.

Deben ser todavía las fiestas pascales, porque continúa habiendo mucho gentío por la ciudad. Anochece. Muchos se apresuran hacia las casas.

También Jesús se dirige a la casa en que lo hospedan. No es la del Cenáculo — que está más en la ciudad, aunque en las afueras —. Esta es una casa de campo en el pleno sentido de la palabra, entre tupidos olivos. Desde la pequeña y agreste explanada que tiene delante, se ven descender colina abajo, en escalones, los árboles, deteniéndose a la altura de un pequeño torrente escaso de agua, que discurre por el valle situado entre dos colinas poco altas: en la cima de una colina está el Templo; en la otra colina, sólo olivos y más olivos. Jesús está en la parte baja de la ladera de este delicado alcor que sube sin asperezas: serenos árboles, todo manso.

- Juan, hay dos hombres que esperan a tu amigo - dice un hombre anciano, que debe ser el agricultor o el propietario del olivar. Yo diría que Juan lo conoce.

- ¿Dónde están? ¿Quiénes son?

- No lo sé. Uno, sin duda, es judío. El otro... no sabría decirte. No se lo he preguntado.

-¿Dónde están?

- Esperando en la cocina y... y... sí... bueno... hay también uno lleno de llagas... Le he dicho que se estuviera allí porque... no quisiera que estuviera leproso... Dice que quiere ver al Profeta que ha hablado en el Templo.

Jesús, que hasta ese momento había estado callado, dice:

- Vamos primero adonde éste. Di a los otros que vengan, si quieren. Hablaré aquí, en el olivar, con ellos - Y se dirige hacia el punto indicado por el hombre.

- ¿Y nosotros? ¿Qué hacemos? - pregunta Pedro.

- Venid, si queréis.

Un hombre todo cubierto y embozado está apoyado en el pequeño, rústico muro que sostiene un escalón del terreno, el más cercano al límite de la propiedad. Debe haber subido hasta allí por un senderillo que sigue el curso del torrente y conduce a ese lugar.

Cuando ve a Jesús venir hacia él, grita:

- ¡Atrás, atrás! ¡Pero ten piedad! - Y descubre su torso dejando caer el vestido. Si el rostro aparece cubierto de costras, el tronco es un recamado de llagas: unas ya convertidas en agujeros profundos, otras simplemente como rojas quemaduras, otras blanquecinas y brillantes como si tuvieran encima un cristalito blanco.

- ¡Estás leproso! ¿Qué quieres de mí?

- ¡No me maldigas! ¡No me apedrees! Me han dicho que anteayer tarde te has manifestado como Voz de Dios y Portador de la Gracia. Me han dicho que has asegurado que alzando tu signo sanas todo mal. Álzalo sobre mí. Vengo de los sepulcros... Allí... Me he arrastrado como una serpiente entre los arbustos del torrente para llegar hasta aquí sin ser visto. He esperado a que anoheciera para hacerlo, porque en la penumbra se me identificaba menos. He osado... he encontrado a éste, de la casa, que es rico en bondad. No me ha matado. Sólo me ha dicho: "Espera apoyado en el muro". Ten Tú también piedad».

Y dado que Jesús se acerca — Él solo, porque los seis discípulos y el propietario del lugar, con los dos desconocidos, se han quedado lejos y muestran claramente repulsa — insiste:

- ¡No más adelante! ¡No más! ¡Estoy infectado!

Pero Jesús prosigue. Lo mira con tanta piedad, que el hombre se echa a llorar y se arrodilla hasta casi tocar con el rostro en el suelo y gime:

- ¡Tu signo! ¡Tu signo!

- Será alzado en su hora. Pero a ti te digo: "Levántate. Queda curado. Lo quiero. Y tú séme signo en esta ciudad que debe conocerme. ¡Levántate, digo! ¡Y no peques, en reconocimiento hacia Dios!".

El hombre se levanta lentamente. Parece surgir de las hierbas altas y florecidas como de un sudario... y está curado. Se mira con los últimos restos de luz. Está curado. Grita:

- ¡Estoy limpio! ¡Oh!, ¿qué debo hacer ahora por ti?.

- Obedecer a la Ley. Vete al sacerdote. Sé bueno en el futuro. Ve.

El hombre hace amago de echarse a los pies de Jesús, pero se acuerda que todavía es impuro, según la Ley, y se contiene. Eso sí, se besa las manos y manda el beso a Jesús, y llora de alegría.

Los otros se han quedado de piedra. Jesús vuelve la espalda al hombre que ha sido curado y, sonriendo, los hace volver en sí:

- Amigos, no era más que una lepra de la carne, veréis caer la lepra de los corazones. ¿Sois vosotros los que me buscáis?

- dice a los dos desconocidos - Aquí estoy. ¿Quiénes sois?

- Te hemos oído la otra tarde... en el Templo. Te hemos buscado por la ciudad. Uno que dice ser pariente tuyo nos ha informado de que estabas aquí.

- ¿Por qué me buscáis?

- Para seguirte, si nos aceptas, porque Tú tienes palabras de verdad.

- ¿Seguirme? ¿Pero sabéis hacia dónde voy?

- No, Maestro, pero ciertamente a la gloria.

- Sí. Pero a una gloria no de la tierra. A una gloria que tiene su sede en el Cielo y que se conquista con virtud y sacrificio.

¿Por qué queréis seguirme? - vuelve a preguntar.

- Para tener parte en tu gloria.

- ¿Según el Cielo?

- Sí, según el Cielo.

- No todos pueden llegar. Porque Satanás insidia, más que a los demás, a los que desean el Cielo, y sólo quien sabe fuertemente querer resiste. ¿Por qué seguirme, si seguirme a mí quiere decir lucha continua con el enemigo que está en nosotros, con el mundo enemigo, y con el Enemigo, que es Satanás?

- Porque así lo quiere nuestro espíritu, que ha quedado conquistado por ti. Eres santo y poderoso. Queremos ser tus amigos.

- ¡¡¡Amigos!!!... - Jesús se calla y suspira. Después mira fijamente a quien ha estado hablando, que ahora ha echado hacia atrás el manto que cubría su cabeza. Es Judas de Keriot. -

- ¿Quién eres, tú que hablas mejor que un hombre del pueblo?.

- Judas soy, de Simón. De Keriot soy. Pero soy del Templo... o... estoy en el Templo. Espero al Rey de los judíos y sueño con Él. Te he sentido Rey en la palabra. Rey te he visto en el gesto. Tómate conmigo.

- ¿Tomarte? ¿Ahora? ¿Enseguida? No.

- ¿Por qué, Maestro?

- Porque es mejor sopesarse a sí mismo antes de tomar caminos muy escarpados.

- ¿No crees en mi sinceridad?

- Lo has dicho. Creo en tu impulso. Pero no creo en tu constancia. Piénsalo, Judas. Yo ahora me iré y volveré para Pentecostés. Si estás en el Templo, me verás. Sopésate a ti mismo. ¿Y tú quién eres? - le pregunta al segundo desconocido.

- Otro que te vio. Querría estar contigo. Pero ahora me da miedo.

- No. La presunción es perdición. El temor puede ser obstáculo, pero si viene de la humildad es una ayuda. No temas. También tú piensa, y cuando vuelva...

- ¡Maestro, eres muy santo! Tengo miedo de no ser digno. No de otra cosa. Porque respecto a mi amor no temo...

- ¿Cómo te llamas?

- Tomás, llamado Dídimo.

- Recordaré tu nombre. Vete en paz.

Jesús se despide de ellos y se retira a la acogedora casa para cenar.

Los seis que están con Él quieren saber muchas cosas.

-¿Por qué, Maestro, has hecho diferencia entre los dos?... Porque una diferencia ha habido. Los dos tenían el mismo impulso... – pregunta Juan.

- Amigo, un impulso, aun siendo el mismo, puede tener distinto contenido y causar distinto efecto. Es cierto que los dos tienen el mismo impulso. Pero uno no es igual que el otro en el fin. Y el que parece el menos perfecto es el más perfecto, porque no lleva germen de gloria humana. Me ama porque me ama.

- ¡También yo!

- Y yo también.

- Y yo.

- Y yo.

- Y yo.

- Y yo.

- Lo sé. Os conozco por lo que sois.

- ¿Entonces somos perfectos?

- ¡Oh, no! Pero, como Tomás, lo seréis si permanecéis en vuestra voluntad de amor. ¡¿Perfectos?! ¡Oh, amigos!, ¿y quién es perfecto sino Dios?

-¡Tú lo eres!

- En verdad os digo que no por mí soy perfecto, si creéis que Yo soy un profeta. Ningún hombre es perfecto. Pero Yo soy perfecto porque el que os habla es el Verbo del Padre. Parte de Dios, su Pensamiento que se hace Palabra, Yo tengo la Perfección en mí. Y tal me debéis creer, si creéis que Yo soy el Verbo del Padre. Y, no obstante, ¿lo veis, amigos?, Yo quiero ser llamado el Hijo del hombre, porque me anonado cargándome todas las miserias del hombre, para llevarlas — mi primer patíbulo — y anularlas después ("llevarlas", no "tenerlas"). ¡Qué peso, amigos! Pero lo porto con alegría. Mi alegría es portarlo, porque, siendo el Hijo de la humanidad, haré a la humanidad hija de Dios. Como el primer día.

Jesús habla dulcemente, sentado ante la sobria mesa, gesticulando serenamente con las manos sobre la mesa, el rostro un poco inclinado, iluminado de abajo a arriba por la lamparita de aceite que está colocada encima de la mesa. Sonríe levemente. Es Maestro ya sólo por su aspecto grandioso, y muy amigo en el trato. Los discípulos lo escuchan atentos.

- ¿Maestro... por qué tu primo, aún sabiendo dónde habitas, no ha venido?.

- ¡Pedro mío!... Tú serás una de mis piedras, la primera. Pero no todas las piedras son fáciles de usar. ¿Has visto los mármoles del palacio pretorio?: arrancados fatigosamente del seno montano, ahora son parte del Pretorio. Mira por el contrario esos cantos que resplandecen allí, bajo el rayo de luna, entre las aguas del Cedrón. Procedentes de aquéllos, ahora están en el lecho del torrente, y si uno los quiere, ¿ves?, enseguida se dejan coger. Mi primo es como las primeras piedras de que hablo... El seno del monte, que es la familia, me lo disputa.

- Yo quiero ser en todo como los cantos del torrente. Por ti estoy dispuesto a dejarlo todo: casa, esposa, pesca, hermanos. Todo, Rabí, por ti.

- Lo sé, Pedro. Por esto te amo. Pero también Judas vendrá.

- ¿Quién? ¿Judas, de Keriot? Por mí que no venga. Es un señorito, pero... prefiero... me prefiero incluso a mí mismo...

Todos se echan a reír de la salida de Pedro.

-¿A qué viene esa risa? Quiero decir que prefiero un galileo genuino, toscos, pescador, pero sin fraude, a... a los de ciudad que... no sé... Bueno, el Maestro entiende lo que quiero decir.

- Sí, entiendo, pero no juzgues. Tenemos necesidad los unos de los otros en la tierra, y los buenos están mezclados con los malvados como las flores en el campo. La cicuta está al lado de la salutífera malva.

- Yo quisiera preguntar una cosa....

- ¿Qué, Andrés?

- Juan me ha hablado del milagro hecho en Caná... Teníamos gran esperanza de que hicieras uno en Cafarnaúm... y has dicho que no hacías un milagro sin haber cumplido antes la Ley. ¿Por qué, entonces, en Caná? Y, ¿por qué aquí y no en tu tierra?.

- Toda obediencia a la Ley es unión con Dios y por tanto aumento de nuestra capacidad. El milagro es la prueba de la unión con Dios, de la presencia benévola y complaciente de Dios. Por ello he querido cumplir con mi deber de israelita antes de comenzar la serie de prodigios.

- Pero la Ley no te obligaba a ti.

- ¿Por qué? Como Hijo de Dios, no; como hijo de la Ley, sí. Israel, por ahora, sólo me conoce como esto segundo... Incluso más adelante casi todo Israel me conocerá sólo así, más aún, como menos todavía. Pero no quiero escandalizar a Israel y obedezco a la Ley.

- Eres santo.

- La santidad no dispensa de la obediencia. Más aún, la perfecciona. Además de todo, hay que dar ejemplo. ¿Qué dirías de un padre, de un hermano mayor, de un maestro, de un sacerdote que no dieran buen ejemplo?

- ¿Y Caná entonces?

- Caná era el gozo de mi Madre que había que llevar a cabo. Caná es el anticipo que se debe a mi Madre. Ella es la Anticipadora de la Gracia. Aquí honro a la Ciudad Santa, haciendo de ella, públicamente, la iniciadora de mi poder de Mesías.

Allí, en Caná, sin embargo, honra a la Santa de Dios, a la Toda Santa. Por Ella el mundo me tiene. Es justo que para Ella sea mi primer prodigio en el mundo.

Llaman a la puerta. Es Tomás nuevamente. Entra y se echa a los pies de Jesús.

- Maestro... no puedo esperar a tu retorno. Permíteme quedarme contigo. Estoy lleno de defectos, pero tengo este amor, solo, grande, verdadero, mi tesoro. Es tuyo, es para ti. Déjame, Maestro...

Jesús le pone la mano sobre la cabeza.

- Quédate, Dídimo. Sígueme. Bienaventurados los que tienen voluntad sincera y tenaz. Benditos vosotros. Me sois más que parientes, porque me sois hijos y hermanos, no según la sangre, que muere, sino según la voluntad de Dios y vuestra voluntad espiritual. Y Yo digo que no tengo pariente más cercano que quien hace la voluntad del Padre mío, y vosotros la hacéis, porque queréis el bien.

55

Un encargo confiado a Tomás.

Estamos todavía en el mismo lugar: la baja y ancha cocina, oscura en sus paredes ahumadas, apenas iluminada por la llamita de aceite puesta encima de la rústica mesa, larga y estrecha, a la que están sentadas ocho personas: Jesús y los seis discípulos, más el dueño de la casa; cuatro por cada lado.

Jesús, aún vuelto de espaldas en su taburete — porque aquí no hay más que taburetes sin respaldo, de tres patas (cosas de campo) — está hablando todavía con Tomás. La mano de Jesús ha bajado desde la cabeza de Tomás a su hombro. Jesús dice:

- Levántate, amigo. ¿Has cenado ya?.

- No, Maestro. He recorrido pocos metros con el otro que estaba conmigo, luego le he dejado y me he vuelto para atrás diciéndole que quería hablar con el leproso curado... He dicho esto porque pensaba que rehuiría de acercarse a un impuro. He acertado. Pero yo te buscaba a ti, no al leproso... Quería decirte: "¡Acéptame!"... He estado dando vueltas arriba y abajo por el olivar, hasta que un joven me ha preguntado qué hacía. Debe haber creído que era una persona malintencionada... Estaba cerca de una pilastra, en donde empieza la propiedad.

El dueño de la casa sonríe. Aclara:

- Es mi hijo - y añade - Está de guardia en el molino. Tenemos todavía en las cuevas, debajo del molino, casi toda la cosecha del año. Ha sido muy buena. Nos ha dado mucho aceite. En tiempos de aglomeraciones siempre se unen malandrines para desvalijar los lugares no custodiados. Hace ocho años, precisamente durante la Parasceve, nos robaron todo. Desde entonces, una noche cada uno, montamos buena guardia. Su madre ha ido a llevarle la cena.

- "¿Qué quieres?" me ha dicho, con un tono tal que, para salvar mi espalda de su bastón, le he explicado en seguida: "Busco al Maestro, que está viviendo aquí". Entonces me ha respondido: "Si es verdad lo que dices, ven a la casa". Y me ha acompañado hasta aquí. Es él quien ha llamado a la puerta, y no se ha marchado hasta que ha oído mis primeras palabras».

- ¿Vives lejos?

- Estoy en la otra punta de la ciudad, cerca de la Puerta Oriental.

- ¿Estás solo?

- Estaba con los parientes. Pero se han marchado a donde otros familiares que están en el camino de Belén. Yo me he quedado para buscarte día y noche hasta que te hubiera encontrado.

Jesús sonríe y dice:

- Entonces, ¿no te espera nadie?

- No, Maestro.

- El camino es largo, está oscura la noche, las patrullas romanas están por la ciudad. Yo te digo: si quieres, quédate con nosotros.

- ¡Oh..., Maestro! - Se le ve feliz a Tomás.

- Haced un hueco vosotros. Y dadle todos algo al hermano - Por su parte, Jesús le da la porción de queso que tenía delante. Explica a Tomás:

- Somos pobres y la cena casi se ha terminado. Pero hay mucho corazón en quien da - Y a Juan, que está sentado a su lado, le dice:

- Cédele el puesto al amigo.

Juan se levanta enseguida y va a sentarse en la esquina de la mesa, cerca del dueño de la casa.

- Siéntate, Tomás. Come - Y luego dice a todos - Esto haréis siempre, amigos, por ley de caridad. La Ley de Dios, ya de por sí, protege al peregrino. Pero ahora, en mi nombre, lo deberéis amar más aún. Cuando uno en nombre de Dios os pida un pan, un sorbo de agua, un lugar donde cobijarse, en nombre de Dios debéis dárselo. Y Dios os recompensará. Esto debéis hacerlo con todos. También con los enemigos. Ésta es la Ley nueva. Hasta ahora se os había dicho: "Amad a los que os aman y odiad a los enemigos". Yo os digo: "Amad también a los que os odian". ¡Si supierais cómo os amará Dios si amáis como Yo os digo! Y si uno dijere: "Quiero ser compañero vuestro en servir al Señor Dios verdadero y en seguir a su Cordero", entonces debéis quererlo más que a un hermano de sangre, porque estaréis unidos por un vínculo eterno: el del Cristo.

- Pero, ¿si te topas con uno que no es sincero? Decir: "Quiero hacer esto o aquello" es fácil. Pero no siempre la palabra refleja la verdad - dice Pedro más bien enfadado. No sé, no se le ve con su habitual humor jovial.

- Pedro, escucha. Hablas con sensatez y justicia. Pero, mira: mejor es pecar de bondad y de confianza que de desconfianza y dureza. Si haces el bien a un indigno, ¿qué mal te acarrearé a él? Ninguno. Antes bien, el premio de Dios para ti permanecerá siempre activo, mientras que él recibirá el demérito de haber traicionado tu confianza.

- ¿Ningún mal, jeh!? A veces quien es indigno no se conforma con la ingratitud, sino que va más allá, y llega incluso a difamar, a dañar el patrimonio y la vida misma.

- Cierto. Pero ¿esto disminuirá tu mérito? No. Aunque todo el mundo creyera las calumnias, aunque te quedaras en la ruina más que Job, aunque el cruel te quitase la vida, ¿qué cambiaría a los ojos de Dios? Nada. O, más bien, sí, habría un cambio, pero en favor tuyo. Dios, a los méritos de la bondad, uniría los méritos del martirio intelectual, financiero, físico...

- ¡Bien, bien! Será así - Pedro no habla más. Malhumorado como está, tiene la cabeza apoyada en la mano.

Jesús se dirige a Tomás:

- Amigo, antes te he dicho, en el olivar: "Cuando vuelva por aquí, si todavía quieres, serás mío". Ahora te digo: "¿Estás dispuesto a hacer un favor a Jesús?"

- Sin duda.

- ¿Y si este favor puede comportar un sacrificio?

- Servirte no es ningún sacrificio. ¿Qué quieres?

- Quería decirte... Pero, tú tendrás cosas que resolver, afectos...

- ¡Nada, nada! ¡Te tengo a ti! Habla.

- Escucha. Mañana, al alba, el leproso dejará los sepulcros para encontrar a alguien que ponga al sacerdote en conocimiento de lo sucedido. Tú lo primero que harás será ir a los sepulcros. Es caridad. Y dirás fuerte: "Tú, que ayer has quedado limpio, sal fuera. Me manda a ti Jesús de Nazaret, el Mesías de Israel, el que te ha curado". Haz que el mundo de los "muertos-vivos" conozca mi Nombre y arda de esperanzas, y que quien a la esperanza una la fe venga a mí, para que le cure. Es la primera forma de la limpieza que Yo traigo, la primera forma de la resurrección de que soy dueño. Un día otorgaré una limpieza mucho más profunda... Un día los sepulcros sellados arrojarán a los muertos verdaderos, que aparecerán para reír, a través de sus cuencas vacías y sus mandíbulas descarnadas, por el lejano júbilo — oído no obstante por los esqueletos — de los espíritus liberados del Limbo de espera. Aparecerán para sonreírle a esta liberación y para conmovirse sabiendo a qué la deben... Tú ve. Él se acercará ti. Harás lo que él te pida que hagas. Le ayudarás en todo, como si fuera un hermano para ti. Y le dirás también: "Cuando estés completamente purificado, iremos juntos por el camino del río, más allá de Doco y Efraím. Allí el Maestro Jesús te espera, y me espera, para decirnos en qué le debemos servir".

- Así lo haré. ¿Y el otro?

- ¿Quién? ¿El Iscariote?

- Sí, Maestro.

- Para él todavía vale mi consejo. Déjale decidir por sí mismo, y durante un largo tiempo. E incluso trata de no verte con él.

- Estaré con el leproso. Por el valle de los sepulcros sólo andan los impuros o quien por piedad tiene contacto con ellos.

- Pedro masculla unas palabras.

Jesús oye.

- Pedro, ¿qué te pasa? ¿Callas o murmuras? Pareces descontento. ¿Por qué?

- Me siento descontento. Nosotros somos los primeros y Tú no nos ofreces un milagro. Nosotros somos los primeros y Tú sientas a tu lado a un extraño. Nosotros somos los primeros y Tú le confías a él una misión y no a nosotros. Nosotros somos los primeros y... sí, exactamente, y parecemos los últimos. ¿Por qué los esperas en el camino del río? Para confiarles alguna misión, claro. ¿Por qué a ellos y no a nosotros?.

Jesús lo mira. No se muestra airado. Hasta incluso sonrío como se le sonrío a un muchacho. Se levanta, va lentamente hacia Pedro, le pone la mano en el hombro y dice sonriendo:

- ¡Pedro, Pedro, eres un niño grande, un niño mayor! - y a Andrés, que está sentado junto a su hermano, le dice:

- Ponte donde Yo estaba sentado - y se sienta al lado de Pedro, lo coge del hombro y le habla, estrechándole contra su costado:

- Pedro, a ti te parece que Yo cometo injusticia, pero no es injusticia lo que hago; antes bien, es una prueba de que sé lo que valéis. Mira. ¿Quién necesita pruebas? Quien todavía no está seguro. Ahora bien, Yo os sabía tan seguros de mí, que no he sentido la necesidad de daros pruebas de mi poder. Aquí, en Jerusalén, hacen falta pruebas; aquí, donde el vicio, la irreligión, la política, tantas cosas del mundo, ofuscan los espíritus hasta el punto de que no pueden ver la Luz que pasa. Pero allí, en nuestro hermoso lago, tan puro bajo un cielo puro, allí entre gente honesta y deseosa de bien, no son necesarias las pruebas. Tendréis milagros. A ríos derramaré sobre vosotros las gracias. Pero, mira lo que os he estimado, Yo os he tomado conmigo sin exigir pruebas y sin sentir la necesidad de daros pruebas, porque sé quiénes sois. Amados, muy amados, y muy fieles a mí.

Pedro se calma:

- Perdóname, Jesús.

- Sí, te perdono porque tu gesto de enojo es amor. Pero acaba con la envidia, Simón de Jonás. ¿Sabes qué es el corazón de tu Jesús? ¿Has visto alguna vez el mar, el verdadero mar? ¿Sí? Pues bien, ¡mi corazón es mucho más amplio que el ancho mar! Y en él hay lugar para todos, para toda la Humanidad. Y el más pequeño tiene, como el más grande, un lugar. Y el pecador, como el inocente, encuentra amor en él. A éstos les encargo una misión. Seguro. ¿Me quieres prohibir el darla? Yo os he elegido, no vosotros. Por tanto puedo, libremente, juzgar cómo emplearos. Y si a éstos los dejo aquí con una misión — que también puede ser una prueba, como puede ser misericordia el espacio de tiempo dejado al Iscariote — ¿puedes reprochármelo? ¿Sabes si a ti no te reservo una más grande? ¿Y no es la más hermosa la de oír que te digo: "Tú vendrás conmigo"?

- ¡Es cierto, es cierto! ¡Soy un animal! Perdón...

- Sí, todo, todo el perdón. ¡Oh, Pedro!... Pero os ruego a todos: no discutáis nunca por los méritos o por los puestos. Habría podido nacer rey; he nacido pobre, en un establo. Podría haber sido rico; he vivido del trabajo, y ahora de la caridad. Y, no obstante, creedlo amigos, no hay nadie más grande que Yo a los ojos de Dios; que Yo que estoy aquí: siervo del hombre.

- ¿Siervo Tú? ¡No, jamás!

- ¿Por qué, Pedro?

- Porque yo te serviré.

- Aunque me sirvieras como una madre sirve a su pequeñuelo, Yo he venido para servir al hombre. Seré su Salvador. ¿Qué servicio puede ser comparado a éste?

- ¡Maestro, Tú lo explicas todo, y lo que parecía oscuro se torna claro enseguida!

- ¿Contento ahora, Pedro? Entonces déjame terminar de hablar con Tomás. ¿Estás seguro de reconocer al leproso? No hay ningún otro curado, pero podría haberse ido ya, a la luz de las estrellas, para tratar de encontrar un viandante solícito. Y quizás otro, por el ansia de entrar en la ciudad, ver a los familiares... podría ocupar su puesto. Escucha su retrato. Yo estaba cerca de él y a la luz del crepúsculo lo he visto bien. Es alto y delgado. Piel oscura como de mestizo, ojos profundos y negrísimo bajo unas cejas de nieve, cabellos blancos como el lino y tirando a rizados, nariz larga, chata hacia la punta como la de los libios, labios gruesos, especialmente el inferior, y salientes. Es tan aceitunado, que el labio tiende al violáceo. En la frente le ha quedado una antigua cicatriz, que será la única mácula, ahora, limpio como estará de costras y de porquería.

- Es un viejo, si es todo blanco.

- No, Felipe. Lo parece, pero no lo es. La lepra lo ha hecho cano.

- ¿Qué es? ¿Tiene mezcla de razas?

- Tal vez, Pedro. Tiene parecido con los pueblos de África.

- ¿Será israelita, entonces?

- Ya lo sabremos. ¿Y sí no lo fuera?

- ¡Ah!, si no lo fuera, se marcharía. Ya está bien con haber merecido que se le cure.

- No, Pedro. Aunque fuera un idólatra, no lo rechazaré. Jesús ha venido para todos. Y en verdad te digo que los pueblos de las tinieblas precederán a los hijos del pueblo de la Luz...

Jesús suspira. Luego se levanta. Da gracias al Padre con un himno y bendice.

La visión cesa así.

Como inciso, hago notar que mi interno consejero me ha dicho, ya desde ayer por la noche cuando veía al leproso: «Es Simón, el apóstol. Verás cuando él y Judas Tadeo van al Maestro». Esta mañana, después de la Comunión (es viernes) abro el misal y veo que precisamente hoy es la vigilia de la fiesta de los santos Simón y Judas, y que el Evangelio de mañana habla precisamente de la caridad, casi repitiendo las palabras que oí antes en la visión. Pero a Judas Tadeo, por ahora, no lo he visto.

56

Simón Zelote y Judas Tadeo unidos en común destino.

¡Sois hermosas, en verdad, riberas del Jordán, así cual erais en tiempos de Jesús! Os veo y me complazco en vuestra majestuosa paz verde - azul, con rumor de aguas y de frondas de tono dulce como una melodía.

Me encuentro en una calzada bastante amplia y bien conservada. Debe ser una carretera vecinal de primer orden, más bien una calzada militar, trazada por los romanos para unir las distintas regiones con la capital. Sigue a poca distancia el curso del río, pero no exactamente por la orilla; la separa de éste una franja de bosque, que creo cumple la función de afianzar los márgenes y oponer resistencia a las aguas durante las crecidas. Al otro lado de la calzada continúa la floresta, de modo que la vía parece una galería natural a la que hacen de techo, entrelazadas, las frondosas ramas: benéfico alivio para los viandantes en estos países de mucho sol.

El río — y, por tanto, la calzada — traza, en el punto en que me encuentro, un arco suave, de manera que veo proseguir la rampa frondosa como una muralla verde colocada para cerrar una concavidad de aguas quietas. Parece casi un lago de un parque señorial. Pero el agua no es la quieta agua de un estanque; discurre, aunque lentamente. Prueba de ello es el murmullo que hace contra los primeros cañizares, los más audaces, que han crecido justo abajo, en el terreno guijarroso; y la ondulación de las largas cintas de sus hojas, colgando a ras del agua que las mueve. También un grupo de sauces, de flexibles ramas suspendidas, le han confiado al río el extremo de su verde cabellera, y éste parece peinarla con gracia de caricia, extendiéndola con dulzura en la dirección de su corriente.

Silencio y paz en la hora matutina. Sólo cantos y reclamos de aves, susurro de aguas y frondas, y un intenso brillar de rocío sobre la hierba verde y alta que está entre los árboles y que el sol estival aún no ha endurecido o dorado, tierna y nueva por haber nacido después de la primaveral efusión de aguas que ha nutrido la tierra, en lo profundo, de humedad y de substancias buenas.

Tres viandantes están parados en esta curva de la calzada, justamente en un ápice del arco. Miran hacia arriba y hacia abajo; al Sur, donde está Jerusalén; al Norte, donde está Samaría. Escrutan entre las columnatas de los árboles para ver si llega alguno esperado. Son Tomás, Judas Tadeo y el leproso curado. Están hablando.

- ¿Ves algo?

- Yo no.

- Yo tampoco.

- Y, sin embargo, éste es el lugar.

- ¿Estás seguro?

- Seguro, Simón. Uno de los seis, mientras el Maestro se alejaba entre las aclamaciones de la muchedumbre después del milagro de un mendigo lisiado curado en la puerta de los Peces, me dijo: "Nosotros ahora nos vamos de Jerusalén. Espéranos a cinco millas entre Jericó y Doco, a la altura de la curva del río, en la calzada flanqueada de árboles". Ésta. Dijo también: "Allí estaremos, dentro de tres días, al amanecer". Es el tercer día, y aquí nos ha encontrado la cuarta vigilia.

- ¿Vendrá? Quizás hubiera sido mejor haberle seguido desde Jerusalén.

- Todavía no podías ir entre la muchedumbre, Simón.

- Si mi primo os dijo que vinierais aquí, aquí vendrá. Siempre mantiene lo que promete. Debemos esperar.

- ¿Has estado siempre con Él?

- Siempre. Desde que volvió a Nazaret fue conmigo un buen compañero. Siempre juntos. Somos de la misma edad, yo un poco mayor. Y además yo era el preferido de su padre, hermano del mío. También su Madre me quería mucho. He crecido más con Ella que con la mía.

- Te quería... ¿Ya no te quiere lo mismo?

- ¡Oh, sí!, pero nos hemos desligado un poco desde que El se ha hecho profeta. A mi familia no le gusta.

- ¿Qué familia?

- Mi padre y los dos mayores. El otro está en duda... Mi padre es muy anciano y no he tenido corazón para llevarle la contraria. Pero ahora... Ya no más. Ahora yo voy a donde me llevan el corazón y la mente. Voy con Jesús. No creo ofender a la Ley actuando así. Y... si no fuera justo lo que quiero hacer, Jesús me lo diría. Haré lo que Él dice. ¿Le es lícito a un padre ponerle obstáculos a un hijo en el camino del bien? Si yo siento salvación en ello, ¿por qué impedirme conseguirla? ¿Por qué los padres algunas veces nos son enemigos?

Simón suspira como por tristes recuerdos y baja la cabeza, pero no habla.

Sin embargo, Tomás responde:

- Yo ya he superado la dificultad. Mi padre me ha escuchado y me ha comprendido. Me ha bendecido diciendo: "Ve. Que esta Pascua signifique para ti liberación de la esclavitud de una espera. Dichoso tú que puedes creer. Yo espero. Más si es Él — y lo sabrás siguiéndolo — vuelve a tu anciano padre para decirle: 'Ven. Israel ya tiene al Esperado'".

- Eres más afortunado que yo. ¡Y pensar que hemos vivido a su lado!... Y no creemos, ¡nosotros los de la familia!... ¡Y decimos, o sea, ellos dicen: "Ha perdido el juicio"!....

- Mirad, mirad un grupo de personas - exclama Simón - ¡Es Él, es Él! ¡Reconozco su cabeza rubia! ¡Oh! ¡Venid! ¡Corramos!.

Se echan a andar velozmente hacia el Sur. Los árboles, ahora que han llegado al punto culminante del arco, ocultan el resto de la calzada, de manera que los dos grupos se encuentran casi uno frente al otro cuando menos se lo esperan. Jesús parece que sube del río, porque está entre los árboles de la orilla.

- ¡Maestro!

- ¡Jesús!

- ¡Señor!

Los tres gritos del discípulo, del primo, del curado, resuenan adoradores y festivos.

- ¡Paz a vosotros! - De nuevo la hermosa, inconfundible voz, llena, sonora, serena, expresiva, neta, viril, dulce e incisiva - ¿Tú también, Judas, primo mío?

Se abrazan. Judas llora.

- ¿Por qué este llanto?

- ¡Jesús... yo quiero estar contigo!

- Te he esperado siempre. ¿Por qué no has venido?

Judas baja la cabeza y calla.

- ¡No han querido! ¿Y ahora?

- Jesús, yo... yo no puedo obedecerlos a ellos. Quiero obedecerte sólo a ti.

- Yo no te he mandado nada.

- No, Tú no. ¡Pero es tu misión la que manda! Es Aquel que te ha enviado quien habla aquí, en el centro de mi corazón, y me dice: "Ve a Él". Es Aquella que te ha engendrado y que ha sido para mí maestra suave quien, con su mirada de paloma, me dice, sin usar palabras: "¡Sé de Jesús!". ¿Puedo no tener en cuenta esa voz excelsa que me traspasa el corazón? ¿Esa oración de santa que ciertamente me suplica para mi bien? ¿Sólo porque soy primo por parte de José, no debo conocerte por lo que eres, mientras que el Bautista te ha conocido — y no te había visto jamás — aquí, en las orillas de este río y te ha proclamado "Cordero de Dios"? Y yo, yo que he crecido contigo, yo que me he hecho bueno siguiéndote a ti, yo que he venido a ser hijo de la Ley por mérito de tu Madre y que de Ella he aspirado no los seiscientos trece preceptos de los rabíes, además de la Escritura y las oraciones, sino el espíritu de éstas... ¿Es que no voy a ser capaz de nada?

- ¿Y tu padre?

- ¿Mi padre? No le falta pan ni asistencia, y además... Tú me das ejemplo. Tú has pensado en el bien del pueblo más que en el pequeño bien de María. Y Ella está sola. Dime Tú, Maestro mío, ¿no es lícito, acaso, sin faltarle al respeto, decirle a un padre: "Padre, yo te quiero. Pero, por encima de ti está Dios, y a Él lo sigo"?

- Judas, pariente y amigo mío, Yo te lo digo: vas muy adelante en el camino de la Luz. Ven. Sí, es lícito hablarle al padre así cuando es Dios quien llama. Nada está por encima de Dios. Incluso las leyes de la sangre cesan, o sea, se subliman, porque con nuestras lágrimas los ayudamos más a los padres, a las madres, y por algo más eterno que no lo cotidiano del mundo. Los

llevamos con nosotros al Cielo y, por la misma vía del sacrificio de los afectos, a Dios. Quédate pues, Judas. Te he esperado y me siento contento de volverte a tener, amigo de mi vida nazarena.

Se le ve conmovido a Judas.

Jesús se vuelve hacia Tomás:

- Has obedecido fielmente. Primera virtud del discípulo.

- He venido para serte fiel.

- Y lo serás. Yo te lo digo. Ven, tú que estás como avergonzado en la sombra. No temas.

- ¡Señor mío! - El ex leproso está a los pies de Jesús.

- Levántate. ¿Tu nombre?

- Simón.

- ¿Tu familia?

- Señor... era poderosa... yo también tenía poder... Pero odios de sectas y... y errores de juventud lesionaron su poder.

Mi padre... ¡Oh, debo hablar contra él, que me ha costado lágrimas, no precisamente celestes! ¡Ya lo ves, ya has visto qué regalo me ha dado!

- ¿Era leproso?

- No lo era, como tampoco yo. Tenía una enfermedad que se llama de otra forma, y que nosotros los de Israel la incluimos en las distintas lepras. Él — entonces dominaba todavía su casta — vivió y murió como poderoso en su casa. Yo... si no me hubieras salvado, habría muerto en los sepulcros.

- ¿Estás solo?

- Solo. Tengo un siervo fiel que cuida de lo que me queda. Le he instruido al respecto.

- ¿Tu madre?

- Murió. El hombre parece sentirse violento.

Jesús le observa atentamente.

- Simón, me dijiste: "¿Qué debo hacer por ti?". Ahora te digo: "¡Sígueme!".

- ¡Enseguida, Señor!... Pero... pero yo... déjame que te diga una cosa. Soy, me llamaban "zelote" por la casta, y "cananeo" por madre. Ya ves que soy oscuro, en mí tengo sangre de esclava. Mi padre no tenía hijos de su mujer y me tuvo de una esclava. Su mujer, una buena mujer, me crió como a un hijo y me cuidó en infinitas enfermedades, hasta que murió...

- No hay esclavos o libertos a los ojos de Dios. A sus ojos, una sola es la esclavitud: el pecado. Y Yo he venido a hacerla desaparecer. Os llamo a todos, porque el Reino es de todos. ¿Eres culto?

- Soy culto. Tenía incluso un lugar entre los grandes, mientras el mal permaneció velado bajo el vestido. Pero cuando subió al rostro... no daban crédito a sus ojos mis enemigos al ver que podían usarlo para confinarme entre los "muertos", aunque — como dijo un médico romano de Cesárea que consulté — la mía no fuera lepra verdadera, sino serpigo hereditario, por lo que era suficiente que no procreara para no propagarlo. ¿Puedo no maldecir a mi padre?

- Debes no maldecirlo. Te ha hecho todo tipo de mal...

- ¡Sí! Dilapidador, vicioso, cruel, sin corazón ni afecto. Me ha negado la salud, las caricias, la paz, me ha sellado con un nombre despreciable y con una enfermedad oprobiosa... De todo se ha adueñado. Incluso del futuro del hijo. Me ha arrebatado todo: incluso la alegría de ser padre.

- Por eso te digo: "¡Sígueme!". A mi lado, siguiéndome, encontrarás Padre e hijos. Levanta la mirada, Simón. Allí el verdadero Padre te sonríe. Observa los espacios de la tierra, los continentes, las regiones. Hay hijos e hijos; hijos del alma para los que no tienen hijos. Te esperan a ti, y muchos como tú esperan. Bajo mi signo ya nadie será abandonado. En mi signo ya no hay soledades ni diferencias. Es signo de amor y da amor. Ven, Simón, tú que no has tenido hijos. Ven, Judas, tú que pierdes al padre por mi amor. Os uno en el destino.

Él los tiene cerca a los dos. Tiene las manos sobre sus hombros, como para una toma de posesión, como para imponer un yugo común. Luego dice:

- Os uno. Pero ahora os separo. Tú, Simón, te quedarás aquí con Tomás. Prepararás con él los caminos de mi retorno. Dentro de no mucho volveré, y quiero que muchos me estén esperando. Decidles a los enfermos (tú lo puedes decir) que Aquel que cura viene. Decidles a los que esperan que el Mesías está entre su pueblo. Decidles a los pecadores que hay quien perdona para dar la fuerza necesaria para subir..

- Pero ¿seremos capaces?

- Sí. Sólo tenéis que decir: "Él ha llegado. Os llama. Os espera, Viene para liberaros. Estad aquí preparados para verlo". Y a las palabras unid el relato de lo que sabéis. Y tú, Judas, primo, ven conmigo y con éstos. Tú de todas formas te quedarás en Nazaret.

- ¿Por qué, Jesús?

- Porque debes prepararme mi camino en mi tierra. ¿Consideras pequeña esta misión? En verdad no hay una más grave... — Jesús suspira.

- ¿Y lo lograré?

- Sí y no. Pero todo será suficiente para quedar justificados.

- ¿De qué? ¿Y ante quién?

- Ante Dios. Ante la propia tierra. Ante la familia. No podrán censurarnos por haber ofrecido el bien. Y si la patria y la familia lo desdeñan, nosotros no tendremos culpa de su daño.

- ¿Y nosotros?

- ¿Vosotros, Pedro? Volveréis a las redes.

- ¿Por qué?

- Porque pienso instruiros lentamente y tomaros conmigo cuando os vea preparados.
- Pero, entonces, ¿te veremos?
- Claro. Iré frecuentemente. Os avisaré, si no, cuando esté en Cafarnaúm. Ahora despedíos, amigos, y vamos. Os bendigo a vosotros que os quedáis. Mi paz con vosotros.

57

En Nazaret con Judas Tadeo y con otros seis discípulos.

Jesús llega con su primo y los seis discípulos a las proximidades de Nazaret. Desde lo alto del alcor en que se encuentran se ve — blanca entre el verde — la pequeña, linda ciudad subir y bajar por las laderas en que está construida (un dulce ondular de laderas: en unos lugares apenas perceptible; en otros, más marcado).

- Hemos llegado, amigos. Ved allí mi casa. Sale humo de ella. Mi Madre está dentro. Quizás esté haciendo el pan. No os digo que os quedéis, porque pienso que estaréis deseando llegar a casa. Pero si queréis partir conmigo el pan, y conocer a Aquella que Juan conoce, os digo: "¡Venid!".

Los seis, que ya estaban tristes por la separación inminente, se ponen de nuevo del todo contentos y aceptan de corazón.

- Vamos, entonces.

Bajan a buen paso la pequeña colina y toman la calzada principal. Anochece. Todavía hace calor, pero ya las sombras descienden sobre los labrantíos, donde las mieses comienzan a madurar.

Entran en el pueblo. Mujeres que van y vienen de la fuente, hombres a la puerta de los minúsculos talleres o en los huertos saludan a Jesús y a Judas.

Los niños se apiñan en torno a Jesús.

- ¿Has vuelto?

- ¿Ahora te quedas aquí?

- Se me ha roto otra vez la rueda de la carretilla.

- ¿Sabes, Jesús? Tengo una nueva hermana y le han puesto de nombre María.

- El maestro me ha dicho que sé todo y que soy un verdadero hijo de la Ley.

- Sara no está porque tiene a su mamá muy enferma. Lloro porque tiene miedo.

- Mi hermano Isaac se ha casado. Han hecho una gran fiesta.

Jesús escucha, acaricia, encomia, promete ayuda.

Así llegan a casa. Y en el umbral de la casa está ya María, avisada por un muchachito premuroso.

- ¡Hijo mío!

- ¡Mamá!

Los dos están el uno entre los brazos del otro. María, que es mucho más baja que Jesús, tiene la cabeza apoyada en la parte más alta del pecho del Hijo, y está cerrada en el círculo de sus brazos. El la besa sobre el pelo rubio. Entran en casa.

Los discípulos, incluido Judas, se quedan afuera, para que se sientan libres en estas primeras muestras de afecto.

- ¡Jesús! ¡Hijo mío! - María habla con voz trémula como la de quien tiene las lágrimas en la garganta.

- ¿Por qué, Mamá, estás así?

- ¡Hijo! Me han dicho... En el Templo aquel día había galileos, nazarenos... Han vuelto... y han contado... ¡Hijo!....

- ¡Pero tú, Mamá, ya ves que estoy bien! No he sufrido ningún mal. Sólo ha sido glorificado Dios en su Casa.

- Sí. Lo sé, Hijo de mi corazón. Sé que ha sido como el toque que llama a los que duermen. Y por la gloria de Dios yo me alegro... me alegro de que este pueblo mío se despierte a Dios... Yo no te lo reprocho... no te pongo obstáculos... te comprendo... y... y estoy contenta... pero te he engendrado, yo, ¡Hijo mío!....

María está todavía en el círculo de los brazos de Jesús y ha hablado teniendo las manos abiertas y apoyadas sobre el pecho del Hijo, con la cabeza alzada hacia Él, los ojos más brillantes por el llanto que está para rebosarlos; y ahora calla, volviendo a apoyar la cabeza en el pecho de su Hijo. Parece una tortolita gris, vestida como está de pardo - grisáceo, amparada por dos fuertes alas de candor, porque Jesús está todavía con su vestidura y manto blancos.

- ¡Mamá! ¡Pobre Mamá! ¡Mi querida Mamá!... - Jesús la vuelve a besar. 'Luego dice: «Bueno, ¿ves? Estoy aquí y no estoy solo. Me he traído a mis primeros discípulos, y otros están en Judea. También el primo Judas está conmigo y me sigue...

- ¿Judas?

- Sí, Judas. Sé por qué te asombras. Claro, entre los que han referido el hecho estaban Alfeo y sus hijos... y no yerro diciendo que me han criticado. Pero no tengas miedo. Hoy así, mañana de otra forma. Al hombre se le debe cultivar como a la tierra, y donde hay espinos salen rosas. Judas, a quien tú amas, está ya conmigo.

- ¿Dónde está ahora?

- Ahí afuera con los otros. ¿Tienes pan para todos?

- Sí, Hijo. María de Alfeo está sacándolo del horno. María es muy buena conmigo, especialmente ahora.

- Dios la glorificará - Sale a la puerta y llama:

- ¡Judas! ¡Aquí está tu madre! ¡Amigos, venid!

Entran y saludan. Judas besa a María y luego corre a buscar a su madre.

Jesús nombra a los cinco: Pedro, Andrés, Santiago, Natanael, Felipe; porque Juan, a quien María ya conocía, la ha saludado inmediatamente después de Judas, inclinándose y recibiendo su bendición.

María los saluda y los invita a sentarse. Es la señora de la casa y, aun adorando con la mirada a su Jesús — parece que el alma continúe hablando, por los ojos, con el Hijo — se ocupa de los huéspedes. Querría llevar agua para que repusieran fuerzas. Pero Pedro salta:

- No, Mujer. No puedo permitirlo. Tú siéntate junto a tu Hijo, Madre santa. Voy yo. Ahora vamos al huerto, a refrescarnos.

Acude María de Alfeo, roja y llena de harina, y saluda a Jesús, el cual la bendice; luego conduce a los seis al huerto, a la pila, y vuelve feliz.

- ¡Oh, María! - le dice a la Virgen - Judas me lo ha dicho. ¡Qué contenta estoy! Por Judas y por ti, cuñada mía. Sé que los otros me reprobarán. Pero no me importa. Seré feliz el día en que sepa que todos son de Jesús. Nosotras, madres, sabemos... sentimos lo que es bueno para los hijos. Y yo siento que el bien de los míos eres Tú, Jesús.

Jesús le acaricia la cabeza sonriéndole.

Vuelven los discípulos y María de Alfeo sirve pan fragante, aceitunas y queso. Trae una pequeña ánfora de vino tinto. Jesús llena los vasos de sus amigos. Es siempre Jesús quien ofrece, y luego distribuye.

Un poco azorados al principio, los discípulos se sienten más seguros y hablan de sus casas, del viaje a Jerusalén, de los milagros acaecidos. Se sienten llenos de celo y de afecto, y Pedro trata de hacer de María una aliada para obtener que Jesús los tome enseguida sin previa espera en Betsaida.

Ella, con una suave sonrisa los exhorta:

- Haced todo lo que Él dice. Esta espera os granjeará más beneficios que una unión inmediata. Mi Jesús todo lo que hace lo hace bien.

La esperanza de Pedro muere. Pero se resigna con elegancia. Sólo pregunta:

-¿Durará mucho la espera?

Jesús lo mira sonriéndole, pero no dice nada más.

María interpreta esa sonrisa como un signo benévolo, y dice:

- Simón de Jonás, Él sonríe... por eso yo te digo: ligero como vuelo de golondrina será el tiempo de tu espera obediente.

- Gracias, Mujer.

- ¿No hablas, Judas? ¿Y tú, Juan?

- Te miro, María.

- Yo también.

- También yo os miro y... ¿Sabéis?... me viene a la mente una hora lejana. También entonces tenía siempre tres pares de ojos fijos en mi rostro con amor. ¿Te acuerdas, María, de mis tres discípulos?

- ¡Ah, que sí me acuerdo!... ¡Es cierto! También ahora tres, de la misma edad más o menos, te miran con todo su amor. Y éste, Juan, creo, me parece el Jesús de entonces, tan rubio y rosado, y el más joven.

Los otros se muestran deseosos de saber. Recuerdos y anécdotas fluyen con el tiempo en las palabras. Cae la noche.

- Amigos, Yo no tengo habitaciones. Pero allí está el taller donde trabajaba. Si queréis cobijaros allí... Sólo están los bancos.

- Cama cómoda para pescadores habituados a dormir en estrechos tablones. Gracias, Maestro. Dormir bajo tu techo es honor y santificación.

Se retiran despidiéndose efusivamente. También Judas se retira con su madre; van a su casa.

En esta habitación quedan Jesús y María, sentados sobre el arca, a la luz de la lamparita, un brazo en el hombro del otro, y Jesús cuenta, y María escucha, dichosa, trémula, contenta...

58.

Curación de un ciego en Cafarnaúm.

Estío. El Sol declina con gran belleza. Ha puesto al rojo vivo todo el Occidente, y el lago de Genesaret es una enorme lámina incandescente bajo el cielo encendido.

Veo las calles de Cafarnaúm apenas empezando a poblarse de gente: mujeres que van a la fuente, hombres, pescadores preparando las redes y las barcas para la pesca nocturna, niños que corren jugando por las calles, asnos yendo con cestos hacia la campiña, quizás para coger verduras.

Jesús se asoma a una puerta que da a un pequeño patio todo sombreado por una vid y una higuera; más allá, un caminito pedregoso que bordea el lago. Es la casa de la suegra de Pedro, porque éste está en la orilla con Andrés; prepara en la barca las cestas para el pescado, y las redes; coloca asientos y rollos de cuerdas, todo lo que se necesita para la pesca, en definitiva, y Andrés le ayuda, yendo y viniendo de la casa a la barca.

Jesús le pregunta a un apóstol:

-¿Tendremos buena pesca?.

- Es el tiempo propicio. El agua está tranquila y habrá claro de luna. Los peces subirán a la superficie desde las capas profundas y mi red los arrastrará.

- ¿Vamos solos?.

- ¡Maestro! ¿Cómo crees que podemos ir solos con este sistema de redes?.

- No he ido nunca a pescar y espero que tú me enseñes.

Jesús baja despacito hacia el lago y se detiene en la orilla de arena gruesa y guijarrosa, cerca de la barca.

- Mira, Maestro: se hace así. Yo salgo al lado de la barca de Santiago de Zebedeo, y se va hasta el punto adecuado, así, emparejados. Después se echa la red. Un extremo lo tenemos nosotros; Tú lo quieres tener ¿no?, eso me has dicho.

- Sí, si me explicas lo que tengo que hacer.

- No hay más que vigilar el descenso, que la red baje despacio y sin formar nudos; lentamente, porque estaremos en aguas de pesca y un movimiento demasiado brusco puede alejar a los peces; y sin nudos para no cerrar la red, que se debe abrir como una bolsa, o una vela, si lo prefieres, hinchada por el viento. Luego, cuando toda la red haya bajado, remaremos despacio, o iremos con vela según la necesidad, describiendo un semicírculo sobre el lago, y cuando la vibración de la cabilla de seguridad nos diga que la pesca es buena, nos dirigiremos a tierra firme, y allí, casi en la orilla — no antes, para no correr el riesgo de ver huir la pesca; no después, para no dañar ni a los peces ni la red con las piedras — sacamos la red. En ese momento hace falta tacto, porque las barcas deben acercarse tanto que desde una se pueda retirar el extremo de la red dado a la otra, pero no chocarse para no aplastar la bolsa llena de pescado, atención, Maestro, es nuestro pan. Ojo a la red; que no se descomponga con las sacudidas de los peces. Defienden su libertad con fuertes coletazos, y si son muchos... entiendes... son animales pequeños, pero cuando se juntan diez, cien, mil, adquieren una fuerza como la de Leviatán.

- Como sucede con las culpas, Pedro. En el fondo, una no es irreparable. Pero si uno no tiene cuidado en limitarse a esa una y acumula, acumula, acumula, sucede que al final esa pequeña culpa (quizás una simple omisión, una simple debilidad) se hace cada vez más grande, se transforma en un hábito, se hace vicio capital. Algunas veces se empieza por una mirada concupiscente, y se termina consumando un adulterio. Algunas veces se comienza por una falta de caridad de palabra hacia un pariente, y se termina en un acto violento contra el prójimo. ¡Ay si se empieza y se deja que las culpas aumenten de peso con su número!... Llegan a ser peligrosas y opresoras como la misma Serpiente infernal, y arrastran al abismo de la Gehena.

- Tienes razón, Maestro... Pero, ¡somos tan débiles...!

- Vigilancia y oración para ser fuertes y obtener ayuda, y firme voluntad de no pecar, luego una gran confianza en la amorosa justicia del Padre.

- ¿Dices que no será demasiado severo para con el pobre Simón?

- Con el Simón viejo podía ser severo, pero con mi Pedro, el hombre nuevo, el hombre de su Cristo... no, Pedro. Él te ama y continuará amándote.

- ¿Y yo?

- También tú, Andrés, y lo mismo Juan y Santiago, Felipe y Natanael. Sois mis primeros elegidos.

- ¿Vendrán otros? Está tu primo. Y en Judea...

- ¡Oh... muchos! Mi Reino está abierto a todo el género humano, y en verdad te digo que más abundante que la más copiosa de tus pescas será la mía en las noches de los siglos...: que cada siglo es una noche en la cual es guía y luz, no la pura luz de Orion o la de la Luna marinera, sino la palabra de Cristo y la Gracia que vendrá de Él; noche que conocerá la aurora de un día sin ocaso, de una luz en que todos los fieles vivirán, de un Sol que revestirá a los elegidos y los hará hermosos, eternos, felices como dioses, dioses menores, hijos del Padre Dios, similares a mí... Ahora no podéis entender. Pero en verdad os digo que vuestra vida cristiana os concederá una semejanza con vuestro Maestro, y resplandeceréis en el Cielo por sus mismos signos. Pues bien, Yo obtendré, a pesar de la sorda envidia de Satanás y la flaca voluntad del hombre, una pesca más abundante que la tuya.

- ¿Pero seremos nosotros solos tus apóstoles?

- ¿Celoso, Pedro? No. No lo seas. Vendrán otros, y en mi corazón habrá amor para todos. No seas avaro, Pedro. Tú no sabes todavía Quién es el que te ama. ¿Has contado alguna vez las estrellas? ¿Y las piedras del fondo de este lago? No. No podrías. Pues aún menos podrías contar los latidos de amor de que es capaz mi corazón. ¿Has podido alguna vez contar cuántas veces este mar puede besar la orilla con su ósculo de ola en el curso de doce lunas? No. No podrías. Pues aún menos podrías contar las olas de amor que de este corazón se derraman para besar a los hombres. Estate seguro, Pedro, de mi amor.

Pedro toma la mano de Jesús y la besa. Se le ve conmovido.

Andrés mira y no se atreve. Pero Jesús le pone la mano entre el pelo y dice:

- También a ti te quiero mucho. En la hora de tu aurora verás reflejado en la bóveda del cielo — lo verás sin tener que alzar los ojos — a tu Jesús, que te sonreirá para decirte: "Te amo. Ven", y el paso a la aurora te será más dulce que la entrada en una cámara nupcial...

¡Simón! ¡Simón! ¡Andrés! Voy... - Juan corre jadeante hacia ellos - ¡Maestro! ¿Te he hecho esperar? - Juan mira a Jesús con ojos afectivos.

Pedro interviene:

- Verdaderamente empezaba a pensar que quizás ya no venías. Prepara pronto tu barca. ¿Y Santiago?...

- Eso... nos hemos retrasado por un ciego. Creía que Jesús estaba en nuestra casa y ha ido allí. Le hemos dicho: "No está aquí. Quizás mañana te curará. Espera". Pero no quería esperar. Santiago decía: "Has esperado mucho la luz, ¿qué te supone esperar otra noche?". Pero no atiende a razones...

- Juan, si tú estuvieras ciego, ¿tendrías prisa de volver a ver a tu madre?

- ¡Claro!

- ¿Y entonces?... ¿Dónde está el ciego?

- Está viniendo con Santiago. Se le ha agarrado al manto y no lo deja. Pero viene despacio, porque la orilla es pedregosa y él se tropieza... Maestro, ¿me perdonas el haberme comportado con dureza?

- Sí. Pero en reparación ve a ayudarle al ciego y tráemele.

Juan se marcha corriendo.

Pedro hace un ligero movimiento de cabeza, pero calla. Mira al cielo, que tiende a hacerse azul después de tanto color cobre, mira al lago y a otras barcas que ya han salido a pescar, y suspira.

- ¿Simón?

- ¿Maestro?

- No tengas miedo. Tendrás una pesca abundante aunque salgas el último.

- ¿También esta vez?

- Todas las veces que tengas caridad. Dios te concederá la gracia de la abundancia.

- Ahí llega el ciego.

El pobrecito camina entre Santiago y Juan. Tiene entre las manos un bastón, pero no lo usa ahora. Va mejor dejándose conducir por los dos discípulos.

- Aquí está el Maestro, frente a ti.

El ciego se arrodilla:

- ¡Señor mío! ¡Piedad!

-¿Quieres ver? Levántate. ¿Desde cuándo estás ciego?

Los cuatro apóstoles se agrupan alrededor de los dos.

- Desde hace siete años, Señor. Antes veía bien y trabajaba. Era herrero en Cesárea Marítima. Ganaba bastante. Siempre tenían necesidad de mi trabajo en el puerto y en los mercados (que eran muchos). Pero, forjando un hierro en forma de ancla — y puedes hacerte una idea de lo rojo que estaba si piensas que no ofrecía resistencia a los golpes — saltó un fragmento incandescente y me quemó el ojo. Ya los tenía enfermos por el calor de la fragua. Perdí este ojo, y el otro también se apagó al cabo de tres meses. He terminado los ahorros y ahora vivo de la caridad...

- ¿Estás solo?

- Tengo esposa y tres hijos muy pequeños... de uno no conozco ni siquiera su cara... y tengo también a mi madre, que es ya anciana. No obstante, ahora es ella y mi mujer quienes ganan un poco de pan, y con esto y el óbolo que llevo yo, no nos morimos de hambre. ¡Si Tú me curases!... Volvería al trabajo. No pido más que trabajar como un buen israelita y ofrecer un pan a quienes amo.

-¿Y has venido a mí? ¿Quién te lo ha dicho?

- Un leproso que curaste al pie del Tabor, cuando volvías al lago después de aquel discurso tan hermoso.

- ¿Qué te ha dicho?

- Que Tú lo puedes todo. Que eres salud de los cuerpos y de las almas. Que eres luz para las almas y para los cuerpos, porque eres la Luz de Dios. Él, el leproso, había osado mezclarse entre la muchedumbre, con el riesgo de ser apedreado, completamente envuelto en un manto, porque te había visto pasar hacia el monte y tu rostro le había encendido una esperanza en el corazón. Me dijo: "Vi en ese rostro algo que me dijo: "Ahí hay salud ¡Ve!". Y fui". Me repitió tu discurso y me dijo que Tú le curaste tocándolo, sin repugnancia, con tu mano. Volvía de los sacerdotes después de la purificación. Yo lo conocía, porque le había servido cuando tenía un almacén en Cesárea. Y ahora he venido, por ciudades y pueblos, preguntando por ti. Y te he encontrado... ¡Piedad de mí!

- Ven. ¡Demasiado viva es todavía la luz para uno que sale de la oscuridad!

- Entonces, ¿me curas?

Jesús lo conduce hacia la casa de la suegra de Pedro, a la luz atenuada del huertecillo, se lo pone delante, pero de forma que los ojos curados no sufran el primer impacto del lago aún todo jaspeado de luz. El hombre se deja llevar tan dócilmente, sin preguntar siquiera, que parece un niño dulcísimo.

- ¡Padre! ¡Tu luz a este hijo tuyo! - Jesús tiene extendidas las manos sobre la cabeza del hombre, que está de rodillas. Permanece así un momento. Luego se moja la punta de los dedos con saliva y toca apenas con su mano derecha los ojos, que están abiertos pero no tienen vida.

Pasa un momento. El hombre parpadea y se restriega los ojos, como uno que saliera del sueño y los tuviera obnubilados.

- ¿Qué ves?

- ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh, Dios Eterno! ¡Me parece... me parece... oh... que veo... te veo el vestido... es rojo, ¿no es verdad?, y una mano blanca... y un cinturón de lana!... ¡Oh, Jesús bueno... veo cada vez mejor cuanto más me habitúo a ver!... La hierba del suelo... y eso es un pozo, ¡claro!, y allí hay una vid...

- Levántate, amigo.

El hombre, que llora y ríe al mismo tiempo, se alza y, pasado un instante de lucha entre el respeto y el deseo, levanta la cara y encuentra la mirada de Jesús, un Jesús sonriente de piedad, de una piedad que es toda amor. ¡Debe ser muy bonito recuperar la vista y ver como primer Sol ese rostro! El hombre emite un grito y tiende los brazos; es un acto instintivo. Pero enseguida se frena.

Es Jesús quien abriendo los suyos arrima a sí al hombre, que es mucho más bajo que Él.

- Ve a tu casa, ahora — le dice Jesús - y sé feliz y justo. Ve con mi paz.

- ¡Maestro, Maestro! ¡Señor! ¡Jesús! ¡Santo! ¡Bendito! La luz... Pero si veo... veo todo... Ahí, el lago azul y el cielo sereno y los últimos rayos de sol y el primer atisbo de luna... Pero el azul más hermoso y sereno lo veo en tus ojos; y en ti veo la belleza del Sol más verdadero, y resplandecer lo puro de la Luna más santa. ¡Astro de los que sufren, Luz de los ciegos, Piedad que vives y obras!

- Yo soy Luz de los espíritus. Sé hijo de la Luz.

- Siempre, Jesús. Cada vez que mis párpados se abran o cierren sobre mis pupilas renacidas, renovaré este juramento. ¡Benditos seáis Tú y el Altísimo!

- ¡Bendito sea el Altísimo Padre! Adiós.

Y el hombre parte dichoso, seguro, mientras Jesús y los estupefactos apóstoles bajan a dos barcas y comienzan la maniobra de la navegación.

59

Curación de un endemoniado en la sinagoga de Cafarnaúm.

Veo la sinagoga de Cafarnaúm. Ya está llena de gente que está esperando. Algunos en la puerta miran furtivamente a la plaza, todavía soleada aunque esté cayendo la tarde.

Por fin un grito: « ¡Ha llegado el Rabí! ». Toda la gente se vuelve hacia la puerta, los más bajos se ponen de puntillas o tratan de pasar adelante. Se produce algún pequeño altercado y hay algunos empujones a pesar de las amonestaciones de los encargados de la sinagoga y personalidades de la ciudad.

- La paz esté con todos aquellos que buscan la Verdad - Jesús está en el umbral de la puerta y saluda bendiciendo con los brazos tendidos hacia delante. La luz vivísima de la plaza soleada recorta su alta figura aureolándola de luz. Ha dejado el cándido vestido y viste el color azul oscuro que lleva normalmente. Avanza entre la muchedumbre, que se abre y cierra en torno a El como las olas en torno a una nave.

- ¡Estoy enfermo, cúrame! - gime un joven, que, por el aspecto, yo diría que está tísico, agarrándolo a Jesús por el vestido.

Jesús le pone la mano en la cabeza y dice:

- Ten confianza. Dios te escuchará. Déjame ahora que hable al pueblo, luego volveré.

El joven lo suelta y se tranquiliza.

- ¿Qué te ha dicho? - le pregunta una mujer con un niño en brazos.

- Me ha dicho que después de hablar al pueblo volverá.

- ¿Te cura entonces?

- No lo sé. Me ha dicho: "Ten confianza". Yo confío.

- ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho? - La muchedumbre está deseosa de saber. Entre el pueblo se repite la respuesta de

Jesús.

- Entonces yo voy por mi niño.

- Y yo traigo aquí a mi padre anciano.

- ¡Si Ageo quisiera venir! Yo lo intento... pero no vendrá.

Jesús ha llegado a su puesto. Saluda al jefe de la sinagoga, el cual le devuelve el saludo (es un hombre pequeño, grueso y bastante anciano). Para hablarle, Jesús se inclina. Parece una palma plegándose hacia un arbusto más ancho que alto.

- ¿Qué quieres que te dé? - pregunta el jefe de la sinagoga.

- Lo que te parezca bien, o si no al azar. El Espíritu guiará.

- Pero... ¿y estarás preparado?

- Estoy preparado. Venga, al azar. Repito: el Espíritu del Señor guiará la mano para el bien de este pueblo.

El jefe de la sinagoga alarga un brazo hacia el montón de rollos, toma uno, lo abre y se detiene en un punto concreto. «Esto» dice.

Jesús toma el rollo y lee el punto señalado: «Josué: "¡Levántate y santifica al pueblo!, y diles: "Santificaos para mañana porque, afirma el Señor Dios de Israel, la maldición está entre vosotros, joh, Israel!; tú no podrás hacer frente a tus enemigos hasta que sea extirpado de ti quien se ha contaminado con tal delito"

Se detiene, lo enrolla y lo devuelve.

La muchedumbre está atentísima. Sólo bisbisea alguno: « ¡Verás lo que oímos contra los enemigos! ». « ¡Es el Rey de Israel, el Prometido, y recoge a su pueblo! ».

Jesús extiende los brazos en la posición típica de los oradores. El silencio es completo.

- Quien ha venido para santificaros se ha levantado. Ha dejado la intimidad de la casa en que se ha preparado para esta misión. Se ha purificado para daros ejemplo de purificación, se ha colocado en su lugar ante los poderosos del Templo y ante el pueblo de Dios y ahora está entre vosotros: soy Yo. No como, con mente obnubilada e inquietud en el corazón, algunos de entre vosotros piensan y esperan. Más alto y más grande es el Reino del cual Yo soy el Rey futuro y al cual os llamo.

Os llamo, joh vosotros de Israel!, antes que a cualquier otro pueblo, porque vosotros sois los que en los padres de los padres recibisteis la promesa de esta hora y la alianza con el Señor Altísimo. Mas no se formará este Reino con turbas de soldados ni con crueldades sangrientas, y en él no tendrán cabida ni los violentos, ni los déspotas, ni los soberbios, ni los iracundos, ni los envidiosos, o los lujuriosos, o los avaros; sí los buenos, los mansos, los continentos, los misericordiosos, los humildes, los que se muestran amantes del prójimo y de Dios, los pacientes.

¡Israel! No estás llamado a combatir contra los enemigos de fuera, sino contra los enemigos de dentro, contra los que están en cada uno de tus corazones, en el corazón de los miles y miles de hijos tuyos. Alejad de todos y cada uno de vuestros

corazones la maldición del pecado, si queréis que mañana Dios os reúna y os diga: "Pueblo mío, tuyo es el Reino que ya nunca será derrotado, ni invadido, ni insidiado por enemigos".

Mañana. ¿Cuál mañana? ¿Dentro de un año, dentro de un mes? ¡Oh, no busquéis, no busquéis conocer el futuro con sed malsana, con medios que saben a brujería culpable! Dejad a los paganos el espíritu pitón. Dejad al Dios Eterno el secreto de su tiempo. Vosotros venid a purificaros en la verdadera penitencia desde mañana, el mañana que nacerá después de esta hora de la tarde y de la que vendrá de la noche, el mañana que surgirá con el canto del gallo.

Arrepentíos de vuestros pecados para que seáis perdonados y estéis preparados para el Reino. Alejad de vosotros la maldición de la culpa. Cada uno tiene la suya. Cada uno tiene eso que es contrario a los diez mandamientos de salvación eterna. Examinad cada uno con sinceridad y encontraréis el punto en que habéis errado. Humildemente arrepentíos de ello con sinceridad. Desead arrepentiros. No de palabra (de Dios nadie se burla, no se le engaña), sino con la voluntad firme que os lleve a cambiar de vida, a volver a la Ley del Señor. El Reino de los Cielos os espera. Mañana.

¿Mañana?, os preguntáis. La hora de Dios, aunque venga al final de una vida longeva como la de los Patriarcas, es siempre un mañana solícito. La eternidad no tiene como medida de tiempo el lento discurrir de la clepsidra. Esas medidas de tiempo que vosotros llamáis días, meses, años, siglos, son latidos del Espíritu Eterno que os mantiene en vida. Mas vosotros sois eternos en vuestro espíritu, y debéis tener para el espíritu el mismo método de medida del tiempo que tiene vuestro Creador. Debéis decir, por tanto: "Mañana será el día de mi muerte"; que no es tal muerte para el fiel, sino reposo de espera, en espera del Mesías que abra las puertas del Cielo.

En verdad os digo que entre los presentes sólo veintisiete deberán esperar cuando mueran. Los otros serán juzgados ya antes de la muerte, y ésta será el paso inmediato a Dios o a Satanás, porque el Mesías ha venido, está entre vosotros, y os llama para daros la Buena Nueva, para instruiros en la Verdad, para llevaros al Cielo.

¡Haced penitencia! El "mañana" del Reino de los Cielos es inminente. Que os encuentre limpios para pasar a ser poseedores del eterno día.

La paz sea con vosotros.

Se levanta a rebatirle un israelita togado y de barba abundante. Habla así:

- Maestro, cuanto dices me parece en contraste con lo que está escrito en el libro segundo de los Macabeos, gloria de Israel. En él puede leerse: "Efectivamente, es signo de gran benevolencia el no permitir a los pecadores que sigan durante largo tiempo sus caprichos, sino pasar enseguida al castigo. El Señor no hace como con las otras naciones, que las espera con paciencia, para castigarlas en el día del juicio, colmada ya la medida de los pecados". Sin embargo Tú hablas como si el Altísimo pudiera ser muy tardo a la hora de castigarnos, esperándonos, como a los otros pueblos, para el tiempo del Juicio, cuando esté colmada la medida de los pecados. Verdaderamente los hechos te desmienten. Israel sufre el castigo, como dice el historiógrafo de los Macabeos. Si fuera como Tú dices, ¿no habría desacuerdo entre tu doctrina y la contenida en la frase que te he mencionado?

- No sé quién eres (*), pero quienquiera que seas te respondo. No hay desacuerdo en la doctrina, sino en el modo de interpretar las palabras. Tú las interpretas según el modo humano, Yo según el del espíritu. Tú, representante de la mayoría, ves todo con referencia a lo presente y caduco. Yo, representante de Dios, todo lo explico, y aplico, a lo eterno y sobrenatural. Sí, Yeohveh os ha castigado en lo temporal, en la soberbia y en la justicia de ser un "pueblo" según la tierra. Pero, ¡cuánto os ha amado y cuánta paciencia tiene con vosotros — más que con cualquier otro — concediándoos el Salvador, su Mesías, para que lo escuchéis y os salvéis antes de la hora de la ira divina! No quiere que seáis pecadores. Pero, si os ha castigado en lo caduco, viendo que la herida no se cura, antes al contrario insensibiliza cada vez más vuestro espíritu, he aquí que os manda no castigo sino salvación. Os manda a Aquel que os cura y os salva, Yo, quien os está hablando.

- ¿No te parece que eres audaz al profesarte representante de Dios? Ninguno de los Profetas se atrevió a tanto y Tú... ¿Quién eres Tú, que así hablas?, y ¿por orden de quién hablas?

- Los Profetas no podían decir de sí mismos lo que Yo digo de mí. ¿Que quién soy? El Esperado, el Prometido, el Redentor. Ya le habéis oído decir a su Precursor: "Preparad el camino del Señor... El Señor Dios viene... Como un pastor apacentará a su rebaño, aun siendo el Cordero de la verdadera Pascua". Entre vosotros están los que han oído del Precursor estas palabras, y han visto el cielo resplandecer por una luz que bajaba en forma de paloma, y han oído una voz que hablaba diciendo quién era Yo. ¿Que por orden de quién hablo? De Aquel que es y que me envía.

- Tú puedes decir lo que quieras, pero quién nos dice que no seas un mentiroso o un iluso. Tus palabras son santas, pero algunas veces Satanás profiere palabras engañosas teñidas de santidad para inducir al error. Nosotros no te conocemos.

- Yo soy Jesús de José de la tribu de David, nacido en Belén Efratá, según las promesas, llamado nazareno porque tengo casa en Nazaret. Esto según el mundo. Según Dios soy su Mensajero. Mis discípulos lo saben.

- ¡Oh, ellos!... Pueden decir lo que quieran, o lo que Tú les hagas decir.

- Hablará otro, que no me ama, y dirá quién soy. Espera que llame a uno de los presentes.

Jesús mira a la muchedumbre (asombrada de la disputa, enfrentada y dividida en corrientes opuestas), la mira, buscando a alguno con sus ojos de zafiro, y dice con fuerte voz:

- ¡Ageo! ¡Pasa adelante! ¡Te lo ordeno!

Se oye un gran murmullo entre la multitud, que se abre para dejar pasar a un hombre todo convulso, sujetado por una mujer.

- ¿Conoces a este hombre?

- Sí. Es Ageo de Malaquías, de aquí, de Cafarnaúm, poseído por un espíritu malvado que lo arrastra a repentinos y furiosos estados de locura.

- ¿Todos lo conocen?

La multitud grita:

-¡Sí, sí!

- ¿Puede alguien decir que haya hablado conmigo, aunque sólo sea durante algunos minutos?

La multitud grita:

- No, no, es casi un idiota; no sale nunca de su casa y nadie te ha visto en ella.

- Mujer, acércamelos.

La mujer lo empuja y lo arrastra, y el pobrecillo tiembla aún más fuerte.

El jefe de la sinagoga le advierte a Jesús:

- ¡Ten cuidado! El demonio está para atormentarlo de un momento a otro... y entonces se lanza hacia uno, araña y muerde.

La gente deja paso comprimiéndose contra las paredes.

Los dos están ya frente a frente. Un instante de lucha interior. Parece que el hombre, acostumbrado al mutismo, encuentra dificultad en hablar; gime... la voz se forma en palabras:

- ¿Qué hay entre nosotros y Tú, Jesús de Nazaret? ¿Por qué has venido a atormentarnos? ¿Por qué has venido a exterminarnos, Tú, Señor del Cielo y de la Tierra? Sé quién eres: el Santo de Dios. Ninguno, en la carne, fue más grande que Tú, porque tu carne de hombre encierra el Espíritu del Vencedor Eterno. Ya me has vencido en...

- ¡Calla! Sal de este hombre. Te lo ordeno.

Una especie de extraño paroxismo se apodera del hombre. Se revuelve entre convulsiones, como si hubiera alguien que lo maltratase con bruscos golpes y empujones; chillaba con voz deshumana, echaba espuma y luego cae arrojado al suelo para levantarse sorprendido y curado.

- ¿Has oído? ¿Qué respondes ahora? - le pregunta Jesús a su opositor.

El hombre togado y de abundante barba se encoge de hombros y, vencido, se va sin responder. La multitud se mofa de él y aplaude a Jesús.

- ¡Silencio, el lugar es sagrado! - dice Jesús, y ordena: - Que se acerque el joven a quien he prometido ayuda de Dios.

Viene el enfermo. Jesús lo acaricia:

- ¡Has tenido fe! Queda curado. Vete en paz y sé justo.

El joven lanza un grito. ¡Quién sabe lo que siente! Se postra a los pies de Jesús y los besa con agradecimiento:

-¡Gracias por mí y por mi madre!

Vienen otros enfermos: un niño con las piernecitas paralizadas. Jesús lo coge en brazos, lo acaricia y lo pone en el suelo... y lo deja. Y el niño no se cae, sino que corre hacia su mamá, la cual lo recibe, llorando, en su corazón y bendice a voz en grito a «el Santo de Israel». Viene un viejecito ciego, guiado por su hija. También él queda curado con una caricia en las órbitas enfermas.

La muchedumbre rompe a bendecir a Jesús.

El se hace paso sonriendo y, aunque es alto, no lograría hacer una fisura en la multitud si Pedro, Santiago, Andrés y Juan no lo intentaran generosamente por su parte, y se abrieran un canal desde su ángulo hasta Jesús, y después lo protegieran hasta la salida a la plaza, donde ya no hay sol.

(*) "No sé quién eres": una afirmación de este tipo en boca de Jesús recibe, como nota en una copia mecanografiada, la siguiente explicación de María Valtorta: "Cristo, como Dios y como Santo de los santos, penetraba en las conciencias, y de éstas veía y conocía sus escondidos secretos (introspección perfecta); como Hombre conocía sólo según el modo humano personas y lugares, cuando el Padre suyo y su propia naturaleza divina no juzgaban útil el conocimiento de los lugares y personas sin preguntar. De forma análoga, las palabras ¡Ageo! ¡Pasa adelante!..., tienen la siguiente nota: "Aquí, debiendo dar prueba al fariseo de su omnisciencia divina, llama por su nombre al desconocido Ageo, del que sabe que está endemoniado, mientras que en la página precedente, como Hombre, había dicho al fariseo: "No sé quién eres". Otra explicación sobre las "ignorancias" de Jesús la encontramos a propósito de una serie de preguntas que Él hace a Ananías: "Jesús sabía y recordaba, pero quería que las almas se abrieran con la máxima libertad y confianza. Una tercera explicación se halla en una larga nota de María Valtorta a propósito de la afirmación de Jesús: "No sé quién es": "Y el Padre eterno, para probar los corazones y separar a los hijos de Dios, de la Luz, de los hijos de la carne y de las tinieblas, permitía, en presencia de los apóstoles, de los discípulos y muchedumbres, algunas lagunas en el omnímodo conocimiento de su Hijo, similares a estas preguntas y respuestas: "¿Quién es éste? No lo conozco...". Y ello lo permitía por los hombres, y también por su Hijo amado, para prepararlo a la gran oscuridad de la hora de las tinieblas, al abandono del Padre: horas tremendas en que Jesús fue el Hombre, y, además, un Hombre rechazado por el Padre, habiendo venido a ser "Anatema por nosotros"... Por tanto, las referencias de "ignorancias" de Jesús no están en contradicción con las frecuentes declaraciones de su "omnisciencia".

Curación de la suegra de Simón Pedro.

Pedro le está hablando a Jesús. Dice:

- Maestro, quisiera rogarte que vengas a mi casa. No me atreví a decírtelo el sábado pasado. Pero... querría que vinieras.

- ¿A Betsaida?

- No, aquí... a casa de mi mujer; la casa natal, quiero decir.

- ¿Por qué este deseo, Pedro?
- Por muchas razones... y, además, hoy me han dicho que mi suegra está enferma. Si quisieras curarla, quizás te...
- Termina, Simón.
- Quería decir... si te la presentasen, ella dejaría... sí, en definitiva, ya sabes, una cosa es oír hablar de uno y otra cosa es verlo y oírlo; y si esta persona, además, cura, pues entonces...
- Entonces cesa incluso el odio, quieres decir.
- No, odio no. Pero, ya sabes... el pueblo está dividido en muchos pareceres, y ella... no sabe a quién hacer caso. Ven, Jesús.

- Voy. Vamos. Advertidles a los que esperan que les hablaré desde tu casa.
Van hasta una casa baja, aún más baja que la de Pedro en Betsaida, y situada aún más cerca del lago, del que está separada por una faja de orilla guijarrosa; y creo que durante las borrascas las olas van a morir contra los muros de la casa, que es baja pero muy ancha, de forma que da la impresión de que estuviera habitada por varias personas.

En el huerto que se abre en la parte delantera de la casa, hacia el lago, no hay más que una vid vieja y nudosa, extendida sobre una rústica pérgola y una vieja higuera plegada completamente hacia la casa por los vientos del lago. El ramaje del árbol, como cabellera des- peinada, apenas roza sus muros y llama a los postigos de las pequeñas ventanas, cerrados como protección del vivo sol que incide sobre la casita. Sólo se ve esta higuera y esta vid y un pozo bajo con su brocal verdoso.

- Entra, Maestro.
Algunas mujeres están en la cocina: dedicadas unas a remendar las redes; otras, a preparar la comida. Saludan a Pedro y luego se inclinan, confusas, ante Jesús, mirándolo de soslayo con curiosidad.

- Paz a esta casa. ¿Cómo está la enferma?.
- Habla, tú que eres la nuera más mayor - le dicen tres mujeres a una que se está secando las manos con el borde del vestido.

- La fiebre es fuerte, muy fuerte. Hemos llamado al médico, pero dice que es demasiado anciana para poder sanar y que cuando ese mal de los huesos va al corazón y da fiebre, especialmente a esa edad, la persona muere. Ya no come... Yo trato de prepararle comidas apetitosas; como ahora, ¿ves, Simón? Estaba preparándole esa sopa que le gustaba tanto. He escogido el pescado mejor, de los cuñados. Pero no creo que pueda comérsela. Y además... ¡está tan inquieta! Se queja, grita, llora, impreca...

- Tened paciencia como si fuera vuestra madre y Dios os otorgará el mérito, elevadme donde ella.
- Rabí... Rabí... no sé si querrá verte. No quiere ver a nadie. Yo no me atrevo a decirle "ahora te traigo aquí al Rabí".
Jesús sonríe sin perder la calma. Se vuelve hacia Pedro:

- Te toca a ti, Simón. Eres hombre, y el más mayor de los yernos según me has dicho. Ve.
Pedro hace una mueca significativa... Obedece; cruza la cocina, entra en una habitación y, a través de la puerta, cerrada tras él, lo siento conversar con una mujer. Asoma la cabeza y una mano y dice:

- Ven, Maestro, date prisa - y añade, más bajo, apenas inteligiblemente - Antes de que cambie de idea.
Jesús cruza rápido la cocina y abre de par en par la puerta. Erguido, en el umbral, pronuncia su dulce y solemne saludo:
- La paz sea contigo.

Entra, a pesar de no haber recibido respuesta. Va junto a una yacija baja en la que está echada una mujer pequeña, toda gris, flaca, jadeante a causa de la fiebre alta que le enrojece el rostro consumido.

Jesús se inclina hacia el camastro, le sonríe a la viejecita y le dice:
-¿Te encuentras mal?

- ¡Me muero!
- No. No te mueres. ¿Puedes creer que Yo te puedo curar?
- ¿Y por qué habrías de hacerlo? No me conoces.
- Por Simón, que me lo ha pedido... y también por ti, para darle tiempo a tu alma de ver y amar la Luz.
- ¿Simón? Mejor sería si... ¿Cómo es que Simón ha pensado en mí?
- Porque es mejor de lo que tú te piensas. Yo lo conozco y lo sé. Lo conozco y es para mí un placer acoger lo que me pide.

- Entonces, ¿piensas curarme? ¿Ya no moriré?
- No, mujer. Por ahora no morirás. ¿Puedes creer en mí?
- Creo, creo. ¡Me basta con no morir!

Jesús sonríe de nuevo, le coge la mano de hinchadas venas y llena de arrugas, la cual desaparece en la suya, juvenil; se pone derecho tomando el aspecto de cuando hace un milagro y grita:

-¡Queda curada! ¡Lo quiero! ¡Levántate! - y le suelta la mano, cayendo sin que la anciana se queje, mientras que antes, aunque Jesús se la hubiera tomado con mucha delicadeza, el solo hecho de moverla le había costado un quejido a la enferma.

Un tiempo breve de silencio; luego, la anciana exclama fuerte:
- ¡Oh! ¡Dios de los padres! ¡Si yo ya no tengo nada! ¡Pero si estoy curada! ¡Venid! ¡Venid!
Acuden las nueras.

- ¡Mirad! - dice la anciana - ¡Me muevo y ya no siento dolores! ¡Y ya no tengo fiebre! Tocad, veréis qué fresca estoy. Y el corazón ya no parece el martillo del herrero. ¡Ah! ¡Ya no me muero! — ¡ni siquiera una palabra para el Señor!.

Pero Jesús no se lo toma a mal. Le dice a la nuera más mayor:
- Vestidla. Que se levante. Puede hacerlo - Y se encamina hacia la puerta.
Simón, desconsolado, se dirige a la suegra:
- El Maestro te ha curado, ¿no le dices nada?

- ¡Pues claro! No me daba cuenta. Gracias. ¿Qué puedo hacer para decirte gracias?

- Ser buena, muy buena. Porque el Eterno fue bueno contigo. Y, si no te importa demasiado, déjame descansar hoy en tu casa. He llegado esta mañana al alba después de recorrer durante la semana todos los pueblos cercanos. Estoy cansado.

- ¡Claro! ¡Claro! Quédate si quieres - Pero no se la ve con mucho entusiasmo al decir esto.

Jesús con Pedro, Andrés, Santiago y Juan, va al huerto a sentarse.

- ¡Maestro!....

- ¿Pedro mío?

- Estoy desolado.

Jesús hace un gesto como queriendo significar: « ¡Bah!, no te preocupes». Luego dice:

- No es la primera, ni será la última que no siente inmediata gratitud. Pero no pido gratitud. Me conformo con proporcionarles a las almas un modo de salvarse. Yo cumplo con mi deber. Ellas que cumplan con el suyo.

- ¿Ha habido otros así? ¿Dónde?

- ¡Qué curioso eres, Simón! Pero, deseo darte gusto, a pesar de que no me satisfacen las curiosidades inútiles. En Nazaret. ¿Te acuerdas de la madre de Sara? Estaba muy enferma cuando llegamos a Nazaret y nos dijeron que la niña estaba llorando. Fui a ver a la mujer, para que la niña, que es buena y dócil, no se quedara huérfana y acabara siendo una hijastra... Quería curarla... Pero en el momento en que iba a poner pie en la casa, su marido y un hermano me echaron, diciendo: "¡Fuera, fuera! No queremos problemas con la sinagoga". Para ellos, para demasiados, soy ya un rebelde... De todas formas la curé... por sus niños. Y a Sara, que estaba en el huerto, acariciándola, le dije: "Curo a tu madre. Ve a casa. No llores más". La mujer quedó curada en ese mismo momento y la niña se lo dijo, así como al padre y al tío... Y se le castigó por haber hablado conmigo. Lo sé porque la niña vino corriendo detrás de mí cuando me marchaba del pueblo... Pero no importa.

- Yo la volvía a poner enferma.

- ¡Pedro! - Jesús se muestra severo - ¿Es esto lo que te enseño a ti y a los otros? ¿Qué has oído de mis labios desde la primera vez que me has escuchado? ¿De qué he hablado siempre, como condición primera para ser verdaderos discípulos míos?

- Es verdad, Maestro. Soy un verdadero animal. Perdóname. Pero... ¡no puedo soportar el que no te quieran!

- ¡Oh, Pedro, verás faltas de amor mucho mayores! ¡Te llevarás muchas sorpresas, Pedro! Personas que el mundo llamado "santo" desprecia como publicanos, y que, sin embargo, serán ejemplo para el mundo, y ejemplo no seguido por los que los desprecian; paganos que estarán entre mis mayores fieles; meretrices que se vuelven puras, por voluntad y penitencia; pecadores que se enmiendan...

- Mira: que se enmiende un pecador... todavía. ¡Pero una meretriz y un publicano!...

- ¿No lo crees?

- Yo no.

- Estás equivocado, Simón. Pero, mira, viene tu suegra.

- Maestro... Te ruego que compartas mi mesa.

- Gracias, mujer. Dios te lo pague.

Entran en la cocina y se sientan a la mesa, y la anciana sirve a los hombres, distribuyendo pródigamente el pescado en sopa y asado.

- Perdonad, pero no tengo más que esto - dice. Y, para no perder la costumbre, le dice a Pedro:

- ¡Demasiado hacen, incluso, tus cuñados, solos como se han quedado desde que te has ido a Betsaida! Si al menos hubiera servido para hacer más rica a mi hija... Pero oigo que muy frecuentemente te ausentas y no pescas.

- Sigo al Maestro. He ido con Él a Jerusalén y el sábado estoy con Él. No pierdo el tiempo en comilonas.

- Pero no ganas dinero. Mejor sería, ya que quieres servir al Profeta, que te vinieras aquí de nuevo. Al menos esa pobre hija mía, mientras tú te dedicas a ser santo, tendría a los familiares que le dieran de comer.

- Pero ¿no te da vergüenza hablar así delante de Él, que te ha curado?

- Yo no lo critico a Él. Él se dedica a su oficio. Te critico a ti que haces el vago. Total, tú no serás nunca un profeta ni un sacerdote. Eres un ignorante y un pecador, un completo inútil.

- Porque está Él, que si no...

- Simón, tu suegra te ha dado un consejo excelente. Puedes pescar también desde aquí. Por lo que oigo, ya antes pescabas en Cafarnaúm. Puedes volver ahora.

- ¿Y vivir aquí de nuevo? Pero Maestro, Tú no...

- Tranquilo, Pedro mío. Si tú estás aquí, estarás o en el lago o conmigo. Por tanto, ¿qué más te da estar o no estar en esta casa?

Jesús ha puesto la mano sobre el hombro de Pedro y parece que la calma de Jesús pasa al fogoso apóstol.

- Tienes razón. Siempre tienes razón. Lo haré. Pero... ¿y éstos? - alude a Juan y a Santiago, sus socios.

- ¿No pueden venir también ellos?

- Nuestro padre, y sobre todo nuestra madre, en todo caso estarán más contentos sabiendo que estamos contigo, Jesús, que con ellos. No pondrán dificultades.

- Quizás venga también Zebedeo - dice Pedro.

- Es más que probable. Y con él otros. Vendremos, Maestro, sin duda vendremos.

- ¿Está aquí Jesús de Nazaret? - pregunta un niño asomándose a la puerta.

- Está aquí. Pasa.

Entra un niño, al cual reconozco como uno de los de las primeras visiones de Cafarnaúm, concretamente el que prometió ser bueno después de tropezarse con las piernas de Jesús... para comer la miel del Paraíso.

- Pequeño amigo, pasa - dice Jesús.

El niño, un poco atemorizado por tanta gente como lo mira, se tranquiliza y corre donde Jesús, que lo abraza y se lo coloca sobre las rodillas, y le da un trozo de su pescado en una rodaja de pan.

- Mira, Jesús, esto es para ti. También hoy esa persona me ha dicho: "Es sábado. Llévale esto al Rabí de Nazaret y dile a tu amigo que ore por mí". ¡Sabe que eres mi amigo!... — el niño ríe feliz y come su pan y su pescado.

- ¡Sí señor!, Santiago. Le dirás a esa persona que mis oraciones por él suben al Padre.

- ¿Es para los pobres? - pregunta Pedro.

- Sí.

- ¿Es el donativo de costumbre? Veamos.

Jesús le da la bolsa. Pedro vuelca las monedas y cuenta.

- ¡También esta vez la misma fuerte suma! ¿Pero quién es esta persona? Di, niño, ¿quién es?

- No lo debo decir y no lo diré.

- ¡Qué desconsiderado! ¡Vamos, que si eres bueno te doy fruta!

- Yo no lo diré, ni aunque me insultes, ni aunque me acaricies.

- ¡Mirad qué lengua!

- Santiago tiene razón, Pedro. Mantiene la palabra dada; déjalo en paz.

- Tú, Maestro, ¿sabes quién es esta persona?

Jesús no responde. Se ocupa del niño, al cual le da otro trozo de pescado asado, bien limpio de espinas. Pero Pedro insiste y Jesús debe responder.

- Yo sé todo, Simón.

- ¿Y nosotros no podemos saberlo?

- ¿Y tú no te curarás nunca de tu defecto? - Jesús reprende pero sonríe. Y añade - Pronto lo sabrás; porque, si el mal querría estar oculto y no siempre puede permanecer escondido, el bien, aunque quiera estarlo para ser meritorio, es descubierto un día para gloria de Dios, cuya naturaleza resplandece en un hijo suyo; la naturaleza de Dios: el amor. Esta persona lo ha comprendido, porque ama a su prójimo. Ve, Santiago. Llévale mi bendición.

61

Jesús agracia a los pobres después de exponer la parábola del caballo amado por el rey.

Jesús se ha subido a un montón de cestos y corderías a la entrada del huerto de la casa de la suegra de Pedro. El huerto está abarrotado de gente, y además hay más gente en la orilla guijarrosa del lago, parte sentada en el suelo, parte en las barcas sacadas a tierra. Da la impresión de que esté hablando ya desde hace algo de tiempo, porque el discurso está empezado. Yo oigo:

- ... Seguro que muchas veces en vuestro corazón habréis pensado así, pero no es así. El Señor no se ha mostrado falto de benignidad para con su pueblo, a pesar de que éste le haya sido infiel miles y miles de veces.

Escuchad esta parábola. Os ayudará a entender.

Un rey tenía muchos y muy espléndidos caballos en sus caballerizas, pero a uno de ellos lo estimaba especialmente. Lo había soñado aún antes de tenerlo. Una vez conseguido, lo había puesto en un lugar de delicias, adonde iba con el ojo y con el corazón, mimando a ese predilecto suyo, soñando con hacer de él la maravilla de su reino. Y cuando el caballo, rebelándose a las órdenes, había desobedecido y había huido yendo a otro dueño, aun con dolor y rigor, el rey había prometido al rebelde perdón después del castigo. Y, fiel a esto, incluso desde lejos cuidaba de su predilecto con solicitud, mandándole dones y guardianes que le mantuvieran su recuerdo en el corazón.

Pero el caballo, aunque sufriera por su destierro, no era constante, como lo era el rey, en amar y en desear el perdón completo: a veces era bueno, a veces malo, y lo bueno no superaba a lo malo; es más, sucedía lo contrario. No obstante, el rey tenía paciencia y con reprensiones y caricias trataba de hacer de su más estimado caballo un dócil amigo. Cuanto más pasaba el tiempo, más reacio se volvía el animal. Deseaba vivamente a su rey, lloraba por el látigo de los otros dueños, pero no quería ser verdaderamente de su rey. No tenía la voluntad de serlo. Derregado, angustiado, gimiendo, no decía: "Lo que soy es por culpa mía", sino que le echaba la culpa a su rey.

Éste, después de haber intentado todo, recurrió a su última prueba. "Hasta ahora — dijo — he mandado mensajeros y amigos. Ahora mandaré a mi propio hijo. Él tiene mi mismo corazón y hablará con mi mismo amor y tendrá para con él caricias y dones como los míos, es más, aún más dulces, porque mi hijo es yo mismo pero sublimado por el amor". Y mandó al hijo.

Ésta es la parábola. Ahora decid: ¿os parece que ese rey quería a su animal preferido?

La gente dice a una voz:

- Infinitamente lo quería.

- ¿Podía el animal quejarse de su rey por todo el mal que había sufrido por haberlo dejado?

- No, no podía - responde la multitud.

- Responded también a esto: ese caballo ¿cómo os parece que habrá acogido al hijo de su rey, que venía para rescatarlo, curarlo y llevarlo de nuevo al lugar de delicias?

- Con alegría, es natural, con gratitud y afecto.

- Y si el hijo del rey le ha referido al caballo: "Yo he venido para esto y esto, pero tú ahora debes ser bueno, obediente, lleno de buena voluntad, fiel a mí", ¿qué decís que habrá respondido el caballo?

- ¡Eso ni se pregunta! Habrá contestado — ahora que sabía lo que le costaba estar segregado del reino — que quería ser como decía el hijo del rey.

- Entonces, según vosotros, ¿cuál era el deber de ese caballo?

- Ser aun más bueno de lo que se le pedía, más afectuoso, más dócil, para que le fuera perdonado el mal pasado, por gratitud por el bien recibido.

¿Y si no hubiera actuado así?

- Merecería la muerte, porque sería peor que una fiera salvaje.

- Amigos, habéis juzgado bien. Comportaos vosotros como querríais que hubiera actuado ese caballo. Vosotros, hombres, criaturas predilectas del Rey de los Cielos, Dios, Padre mío y vuestro; vosotros, a quienes, después de los Profetas, Dios envía a su propio Hijo, sed, ¡oh! sed — os lo pido por lo que más queráis, por vuestro bien, y porque os amo como sólo un Dios puede amar, ese Dios que está en mí para obrar el milagro de la Redención —, sed al menos como juzgáis que debe ser ese animal. ¡Ay de quien se rebaja a sí mismo, hombre, a un grado inferior al animal! Si podía haber disculpa todavía para aquellos que hasta el momento presente pecaban — porque demasiado tiempo y demasiado polvo del mundo han transcurrido desde que la Ley fue dada, y sobre ésta el polvo se ha posado —, ahora ya no. Yo he venido para traeros de nuevo la palabra de Dios. El Hijo del hombre está entre los hombres para llevarlos de nuevo a Dios. Seguidme. Yo soy el Camino, la Verdad, la Vida.

El murmullo de costumbre entre la multitud...

Jesús les ordena a los discípulos:

- Haced que los pobres pasen hacia adelante. Tengo para ellos una rica ofrenda de una persona que se encomienda a ellos para obtener perdón de Dios.

Pasan adelante tres viejecitos andrajosos, dos ciegos y un tullido, y luego una viuda con siete niños macilentos.

Jesús los mira fijamente uno por uno, sonrío a la viuda y especialmente a los huérfanos, es más, le ordena a Juan:

- Que a éstos se les ponga allí, en el huerto, quiero hablar con ellos - mas toma aspecto severo, con fuego en los ojos, cuando se presenta a Él un hombre entrado en años; pero no dice nada, por el momento.

Llama a Pedro y le pide la bolsa recibida poco antes y otra llena de monedas más pequeñas (varios donativos recogidos entre las buenas personas). Vuelca todo sobre el banco que hay cerca del pozo. Cuenta y divide. Hace seis partes: una muy grande, toda de monedas de plata; cinco más pequeñas, con mucho bronce y sólo alguna moneda grande. Llama luego a los pobrecitos enfermos y pregunta:

- ¿No tenéis nada que decirme?

Los ciegos callan, el tullido dice:

- Que Aquel del que Tú vienes te proteja». Nada más.

Jesús le pone en la mano sana el óbolo.

El hombre dice:

- Dios te lo pague, pero yo de ti, más que esto, quisiera la curación.

- No la has pedido.

- Soy pobre, un gusano que los grandes pisotean, no podía imaginarme que tuvieras piedad de un mendigo.

- Yo soy la Piedad que se inclina hacia toda miseria que la llama. No rechazo a nadie. No pido más que amor y fe para decir: "te escucho".

- ¡Oh!, ¡Señor mío! ¡Yo creo y te amo! ¡Sálvame entonces! ¡Cura a tu siervo!

Jesús pone su mano sobre la encorvada espalda, la desliza como haciendo una caricia y dice:

- Quiero que quedes curado.

El hombre se endereza, ágil e íntegro, pronunciando infinitas bendiciones.

Jesús da el óbolo a los ciegos y espera un instante antes de permitirles que se marchen... después les deja que se vayan.

Llama a los viejos. Al primero le da una limosna, lo anima y le ayuda a ponerse las monedas en el cinturón.

Se interesa, piadoso, de las desventuras del segundo, que le habla de la enfermedad de una hija:

- ¡Ella es lo único que tengo! Y ahora se me muere. ¿Qué será de mí? ¡Oh!, ¡si Tú vinieras! Ella no puede, no se tiene en pie. Querría... pero no puede. ¡Maestro, Señor, Jesús, piedad de nosotros!

- ¿Dónde estás, padre?

- En Corazín. Pregunta por Isaac de Jonás, llamado "el Adulto". ¿Verdaderamente vendrás? ¿No te olvidarás de mi desventura? ¿Y me curarás a mi hija?.

- ¿Puedes creer que la puedo curar?

- ¡Oh, claro que lo creo!... Por eso te hablo de ella.

- Vete a casa, padre. Tu hija estará en la puerta para recibirte.

- ¡Pero si está en cama y no puede levantarse desde hace tres!... ¡Ah, comprendido! ¡Gracias, Rabbuní! ¡Benditos seáis Tú y quien te ha enviado! ¡Gloria a Dios y a su Mesías!

El anciano se va llorando, renqueando, lo más rápido que puede; pero, ya casi fuera del huerto dice:

- Maestro, ¿vendrás, de todas formas, a mi pobre casa? Isaac te espera para besarte los pies, lavártelos con el llanto y ofrecerte el pan del amor. Ven, Jesús. Les hablaré de ti a los habitantes de mi ciudad.

- Iré. Vete en paz y sé feliz.

Se acerca el tercer anciano, que parece el más andrajoso. A Jesús sólo le queda el montón grande de monedas. Grita:

- Mujer, ven con tus pequeños.

La mujer, joven, macilenta, se acerca bajando la cabeza. Parece una gallina triste entre su triste pollada.

- ¿Desde cuándo eres viuda, mujer?

En la luna de Tisrí se cumplirán tres años.

- ¿Cuántos años tienes?

- Veintisiete.

- ¿Son todos tus hijos?

- Sí, Maestro, y... ya no tengo nada. Todo acabado... ¿Cómo puedo trabajar si ninguno me acepta, con todas estas criaturas?

- Dios no abandona ni siquiera al gusano que ha creado. No te abandonará, mujer. ¿Dónde estás?

- En el lago. A tres estadios fuera de Betsaida. Él me dijo que viniera... Mi marido murió en el lago; era pescador... - "Él" es Andrés, que se pone colorado y desearía desaparecer de la vista.

- Has hecho bien, Andrés, en decir a esta mujer que viniera a mí.

Andrés se siente más seguro y susurra:

- El hombre era mi amigo, era bueno; murió en la tempestad, perdiendo también la barca.

- Ten, mujer. Esto te ayudará durante mucho tiempo, y luego saldrá otro sol sobre tu día. Sé buena, educa en la Ley a tus hijos y no te faltará la ayuda de Dios. Te bendigo a ti y a tus pequeños - y los acaricia uno a uno con gran piedad.

La mujer se marcha con su tesoro apretado contra el corazón.

- ¿Y a mí? - pregunta el último anciano.

Jesús lo mira y calla.

- ¿Nada para mí? ¡No eres justo! A ella le has dado seis veces más que a los demás, y a mí nada. ¡Ya... era mujer!

Jesús lo mira y calla.

- ¡Mirad todos si hay justicia! Vengo desde lejos, porque me han dicho que aquí se da dinero, y después, eso, veo que hay quien tiene demasiado y a mí nada. ¡Un pobre viejo que está enfermo! ¡Y quiere que crean en Él!...

Anciano, ¿no te avergüenzas de mentir de ese modo? La muerte te pisa los talones y mientes y tratas de robar a quien tiene hambre. ¿Por qué quieres robar a los hermanos el óbolo que Yo he recibido para distribuirlo con justicia?

- Pero si yo...

- ¡Calla! Habrías debido comprender por mi silencio y por mi acción que te había conocido, y seguir mi ejemplo de silencio. ¿Por qué quieres que te ponga en evidencia?.

- Yo soy pobre.

- No. Eres un avaro y un ladrón. Vives para el dinero y para la usura.

- Jamás he prestado con usura. Dios me es testigo.

- ¿Y no es usura de lo más cruel el robar a quien verdaderamente está necesitado? Vete. Arrepiéntete. Para que Dios te perdone.

- Te juro...

- ¡Calla! ¡Te lo ordeno! Está escrito: "No jures lo falso". Si no alimentara un respeto hacia tu canicie, te registraría y en el pecho encontraría la bolsa llena de oro: tu verdadero corazón. ¡Vete de aquí!

Pero ya el viejo, desenmascarado, viéndose descubierto en su secreto, se marcha sin necesidad de la voz de trueno de Jesús.

La multitud lo amenaza y vitupera, lo insulta como ladrón.

- ¡Callad! Si él ha actuado mal, no queráis también vosotros comportaros mal. Él comete una falta contra la sinceridad: es un deshonesto. Vosotros, insultándolo, faltáis a la caridad. Al hermano que comete una falta no se le insulta. Cada uno tiene su pecado. Nadie es perfecto excepto Dios. He tenido que avergonzarlo porque nunca es lícito ser un ladrón y, sobre todo, si es con los pobres. Pero sólo el Padre sabe lo que he sufrido por tener que hacerlo. También vosotros debéis sentir dolor por ello, viendo que uno de Israel falta a la Ley, tratando de defraudar al pobre y a la viuda. No seáis codiciosos. Sea el alma vuestro tesoro, no el dinero. No seáis perjuros. Sea vuestro lenguaje puro y honesto, como también vuestras acciones. La vida no es eterna, la hora de la muerte llega. Vivid de modo que en la hora de la muerte la paz pueda estar en vuestro espíritu, la paz de quien ha vivido como justo. Id a vuestras casas...

- ¡Ten piedad, Señor! Este hijo mío es mudo por un demonio que lo maltrata.

- Y este hermano mío es como un animal inmundos, se revuelca en el fango y come excrementos. Un espíritu maligno le mueve a hacer estas cosas, contra su voluntad hace cosas inmundas.

Jesús se dirige hacia estas personas que le están suplicando, alza los brazos y ordena:

- Salid de éstos. Dejad a Dios sus criaturas.

Entre chillidos y una gran confusión quedan curados los dos infelices. Las mujeres con las que iban se postran bendiciendo.

- Id a vuestras casas y tened sentimientos de gratitud hacia Dios. Paz a todos. Idos, pues.

La muchedumbre se marcha comentando los hechos. Los cuatro discípulos se arriman al Maestro.

- Amigos, en verdad os digo que en Israel se dan todos los pecados y los demonios han hecho morada en él. Y no son sólo las posesiones diabólicas las que hacen que enmudezcan los labios, ni son sólo ellas las que impulsan a vivir como brutos, comiendo asquerosidades; las más verdaderas y numerosas son las que hacen a los corazones mudos respecto a la honestidad y al amor y hacen de ellos una sentina de vicios inmundos. ¡Oh, Padre mío! - Jesús, abatido, se sienta.

- ¿Estás cansado, Maestro?

- No cansado, Juan mío, sino desolado por el estado de los corazones y por la poca voluntad de enmendarse. Yo he venido... pero el hombre... el hombre... ¡Oh, Padre mío!...

- Maestro, yo te amo, todos nosotros te amamos...

- Lo sé. ¡Pero sois tan pocos... y mi deseo de salvar es tan grande!

Jesús ha abrazado a Juan y tiene la cabeza sobre la del discípulo. Está triste. Pedro, Andrés, Santiago, en torno a Él, lo miran con amor y tristeza.

62.

Los discípulos buscan a Jesús, que está orando en la noche.

Veo a Jesús mientras sale de la casa de Pedro en Cafarnaúm haciendo el menor ruido posible. Se comprende que ha pernoctado allí para contentar a su Pedro.

Todavía es plena noche. Todo el cielo es un recamado de estrellas. El lago apenas refleja este brillar tembloroso. Más que verlo se le adivina a este lago calmo que duerme bajo las estrellas, por el leve rumor del agua entre los cantos de la orilla.

Jesús deja entornada la puerta, como estaba, mira al cielo, al lago, al camino. Piensa un momento y luego se pone en marcha, no bordeando el lago, sino hacia el pueblo; lo recorre en parte en dirección a la campiña, entra en ésta, camina, se adentra, toma un senderito que se dirige hacia las primeras ondulaciones de un terreno de olivos, penetra en esta paz verde y silenciosa y allí se prostra en oración.

¡Ardiente oración! Ora de rodillas. Luego, como fortificado, se pone en pie, y sigue orando, con el rostro hacia el cielo, un rostro espiritual, aún más espiritualizado por la luz naciente que proviene de una serena alba estival. Ora, en este momento, sonriendo, mientras que antes suspiraba fuertemente como a causa de una pena moral. Ora con los brazos abiertos. Parece una viva cruz, alta, angélica, por su gran dulzura. Parece bendecir los campos todos, el día que nace, las estrellas que van desapareciendo, el lago que se manifiesta...

- ¡Maestro te hemos buscado mucho! Cuando hemos vuelto con el pescado, desde afuera, hemos visto la puerta entornada, y hemos pensado que habrías salido. Pero no te encontrábamos. Al final, un campesino que estaba cargando sus cestas para llevarlas a la ciudad, nos ha dicho dónde estabas. Nosotros te llamábamos: "¡Jesús, Jesús!", y él ha dicho: "¿Buscáis al Rabí que habla a las multitudes? Ha ido por aquel sendero, hacia arriba, hacia el monte. Debe estar en el olivar de Miqueas, porque va allí frecuentemente; lo he visto otras veces". Tenía razón. ¿Por qué has salido tan temprano, Maestro? ¿Por qué no has descansado? Quizás la cama no te resultaba cómoda...

- No, Pedro, la cama era cómoda, y la habitación bonita. Pero Yo frecuentemente hago esto, para confortar mi espíritu y para unirme al Padre. La oración es una fuerza para uno mismo y para los demás. Todo se obtiene con la oración. Si no el don, que no siempre el Padre concede — y no se debe pensar que ello es falta de amor, sino creer siempre que es algo requerido por un Orden que, para bien, rige la suerte de cada uno de los hombres —, sí ciertamente la oración da paz y equilibrio para poder resistir a tantas cosas que nos asaltan, sin salirse del sendero santo. Mira, Pedro, lo que nos circunda fácilmente ofusca la mente y agita el corazón, y en una mente ofuscada y en un corazón agitado, ¿cómo puede sentirse a Dios?

- Es cierto. ¡Pero nosotros no sabemos orar! No sabemos decir las hermosas palabras que Tú pronuncias.

- Decid las que sabéis, como las sabéis. No son las palabras, son los movimientos que las acompañan los que hacen agradables las oraciones al Padre.

- Nosotros querríamos orar como Tú oras.

- Os enseñaré también a orar. Os enseñaré la oración más santa. Pero, para que no sea una vana fórmula en vuestros labios, quiero que vuestro corazón tenga ya en sí al menos un mínimo de santidad, de luz, de sabiduría... Por ello os instruyo. Después os enseñaré esa santa oración. Pero... me buscabais; ¿queríais algo de mí?

- No, Maestro, pero sí hay muchos que desean mucho de ti. Ya había gente que iba hacia Cafarnaúm: eran pobres, enfermos, gente que sufre, hombres de buena voluntad con el deseo de instruirse. Y, dado que nos preguntaban por ti, les hemos dicho: "El Maestro está cansado y duerme. Marchaos. Venid el próximo sábado".

- No, Simón. Eso no se dice. No hay solamente un día para la piedad. Yo todos los días de la semana soy el Amor, la Luz, la Salud.

- Pero... hasta ahora has venido hablando sólo los sábados.

- Porque aún no era conocido; pero, a medida que lo sea, todos los días serán días de efusión de Gracia y de gracias. En verdad te digo que llegará un momento en que ni siquiera el espacio de tiempo que se le concede al gorrión para descansar sobre una rama y saciarse de semillas se le dejará al Hijo del hombre para su descanso y alimentación.

- ¡Pero entonces te pondrás enfermo, y eso nosotros no lo permitiremos! No debe hacerte infeliz tu bondad.

- ¿Y tú crees que esto me puede hacer infeliz? ¡Oh, si el mundo entero viniera a mí para escucharme, para llorar sus pecados y sus sufrimientos en mi corazón, para obtener la salud del alma y del cuerpo, y Yo me consumara en hablarle, en perdonarlo, en infundir mi poder, entonces sería tan feliz, Pedro, que ya no echaría de menos ni siquiera el Cielo en que estaba en el Padre!... ¿De dónde eran éstos que venían a mí?

- De Corazín, de Betsaida, de Cafarnaúm, y hasta había quien había venido de Tiberíades y de Guerguesa, y de los muchos pueblecitos esparcidos entre una y otra ciudad.

- Id a ellos y decidles que iré a Corazín, a Betsaida y a los pueblos que están entre ambas ciudades.

- ¿Por qué no Cafarnaúm?

- Porque Yo soy para todos y todos me deben tener, y además... me está esperando el anciano Isaac... Su esperanza no debe quedar defraudada.

- ¿Tú nos esperas aquí, entonces?

- No. Me voy, y vosotros os quedáis en Cafarnaúm para encaminar hacia mí a las multitudes; Yo iré después.

- Nos quedamos solos... — se le va afligido a Pedro.

- No te entristezcas. Que la obediencia te alegre, y con ella la persuasión de serme un discípulo útil. Y contigo y como tú estos otros.

Pedro y Andrés con Santiago y Juan recobran la serenidad. Jesús los bendice y se separan.

63

El leproso curado cerca de Corazín.

Con una precisión de fotografía perfecta, tengo delante de la vista espiritual, desde esta mañana, todavía antes del alba, a un pobre leproso.

Es verdaderamente un despojo de hombre. No sabría decir qué edad tiene por lo mucho que le ha devastado la enfermedad. Esquelético, semidesnudo, muestra su cuerpo reducido al estado de una momia corroída. Las manos y los pies están retorcidos e incompletos (de manera que son pobres extremidades que ya no parecen ni siquiera humanas): las manos tienen aspecto de garra y están retorcidas, asemejan en algo a la pata de un monstruo alado; los pies parecen casi pezuñas de buey por lo mutilados y desfigurados que están.

¡Y la cabeza?... Creo que una persona a la que no se la haya sepultado y que haya quedado momificada por el sol y por el viento tendrá una cabeza semejante a ésta. Le quedan pocos mechones de cabellos esparcidos salteadamente, pegados al cutis amarillento y costroso como por polvo secado sobre una calavera. Los ojos los tiene apenas entreabiertos, ahondadísimos; los labios y la nariz, mordisqueados por el mal, muestran ya los cartílagos y las encías; las orejas son dos embrionarios restos de aurículas; recubre todo una piel apergaminada, amarilla como ciertos caolines, bajo la cual se destacan terriblemente los huesos; parece como si la función de esta piel fuera la de mantener reunidos estos pobres huesos dentro de su repelente saco repleto de costurones de cicatrices o laceraciones de llagas en putrefacción. ¡Una ruina!

Pienso exactamente en una Muerte vagante por la tierra, con el esqueleto recubierto por una piel apergaminada, envuelta en un asqueroso manto todo hecho jirones, y con un nudoso bastón en la mano, ciertamente arrancado a algún árbol, en vez de la guadaña.

Está a la entrada de una cueva situada en un lugar apartado, una verdadera cueva, tan destruida que no puedo decir si originariamente era un sepulcro o una cabaña para leñadores, o restos de alguna casa derruida. Dirige su mirada hacia la calzada, a unos ciento y pico metros de su antro, una vía principal polvorienta, aún llena de sol. No hay nadie en ella. Hasta donde alcanza la vista, sólo sol, polvo y soledad en la calzada. Mucho más arriba, al noroeste, debe haber un pueblo, o ciudad. Veo las primeras casas. Estará al menos a un kilómetro de distancia.

El leproso mira, y suspira. Luego coge una escudilla desportillada y la llena en un arroyuelo. Bebe. Se adentra en una maraña de arbustos, detrás del antro; se agacha; le arranca al suelo algunas matas de achicoria silvestre. Vuelve al arroyuelo, las limpia quitándoles el polvo más grueso con la escasa agua que aquél porta, y se las come despacio, llevándose las con dificultad a la boca con sus destrozadas manos. Deben estar duras como palos. Trata de masticarlas con gran esfuerzo y muchas las escupe sin poderlas tragar, a pesar de que trate de ayudarse bebiendo sorbos de agua.

- ¿Dónde estás, Abel? - grita una voz.

El leproso se sobresalta. En sus labios se dibuja un simulacro de sonrisa. Pero están tan desfigurados esos labios, que también es informe este espectro de sonrisa. Responde con una voz extraña, estridente (me viene a la mente el grito de unas aves cuyo exacto nombre ignoro):

- ¡Estoy aquí! Creía que ya no vendrías. Pensaba que te había sucedido algo malo y estaba triste... Si me llegases a faltar también tú, ¿qué le quedaría al pobre Abel? - Diciendo esto, camina hacia la calzada, se ve que hasta donde puede según la Ley, porque a mitad de recorrido se para.

Por el camino se acerca un hombre que de tan ligero como va casi corre.

- ¿Pero eres realmente tú, Samuel? Si no eres la persona a quien espero, quienquiera que seas, no me hagas nada malo.

- Soy yo, Abel, y no otro. Y sano. Mira cómo corro. Llego tarde, lo sé. Y lo sentía por ti. Pero cuando sepas... ¡oh!, te sentirás dichoso. Y te he traído no sólo los consabidos mendrugos de pan, sino un pan entero reciente y bueno, para ti solo, y tengo también pescado bueno, y un queso. Todo para ti. Quiero que hagas una fiesta, mi pobre amigo, para prepararte a una fiesta más grande.

- ¿Pero cómo es que te has vuelto tan rico? No entiendo...

- Ahora te contaré.

- Y sano. ¡No pareces el mismo!

- Escucha, pues. He sabido que en Cafarnaúm estaba ese Rabí que es santo, y he ido...

- ¡Párate, párate! Estoy infectado.

- ¡No importa! Ya no tengo miedo a nada». El hombre, que es el pobre tullido a quien Jesús curó y socorrió con una limosna en el huerto de la suegra de Pedro, ha llegado, efectivamente, con su paso veloz, hasta pocos pasos del leproso. Hablaba mientras caminaba, y reía dichoso.

Pero el leproso insiste:

- Párate, en nombre de Dios. Si te ve alguien...

- Me paro. Mira: pongo aquí las provisiones. Come mientras sigo hablando - El hombre coloca encima de una voluminosa piedra un paquete, y lo abre. Luego se retira unos pasos. El leproso se acerca y se lanza sobre el alimento inusitado.

- ¡Oh, cuánto tiempo hace que no comía así! ¡Qué bueno está! Y pensar que creía que me habría ido a descansar con el estómago vacío. Ninguna persona piadosa hoy... ni siquiera tú... Había masticado un poco de achicoria...

- ¡Pobre Abel! Ya lo pensaba yo. Pero me decía: "Bueno. Ahora estará triste, ¡pero después se sentirá dichoso!".

- Dichoso, sí, por esta buena comida. Pero luego...

- ¡No! Serás feliz para siempre.

El leproso hace un gesto con la cabeza.

- Mira, Abel. Si puedes tener fe, serás feliz.

- ¿Fe en quién?

- En el Rabí, en el Rabí que me ha curado a mí.

- ¡Yo estoy leproso y en grado extremo! ¿Cómo puede curarme?

- ¡Lo puede! Es santo.

- Sí, también Elíseo curó a Naamán el leproso... lo sé... Pero yo... yo no puedo ir al Jordán.

- Serás curado sin necesidad de agua. Escucha: Este Rabí es el Mesías, ¿entiendes? ¡El Mesías! Es el Hijo de Dios. Y cura a todos aquellos que tienen fe. Dice: "Quiero", y los demonios huyen, y los miembros del cuerpo se enderezan, y los ojos ciegos ven.

- ¡Oh, vaya que si tendría fe yo! ¿Pero cómo puedo ver al Mesías?

- Exacto... he venido para esto. Él está allí, en aquel pueblo. Sé dónde está esta noche. Si quieres... Yo dije: "Se lo digo a Abel, y si Abel siente que tiene fe lo conduzco hacia el Maestro".

- ¿Estás loco, Samuel? Si me acerco a las casas me apedrearán.

- No a las casas. Pronto será de noche. Te conduciré hasta aquel bosquecito y luego iré a llamar al Maestro. Lo llevaré hasta ti...

- ¡Ve, ve inmediatamente! Voy yo solo por mi cuenta hasta aquel punto. Iré caminando por el lecho del regato, por entre las matas; pero tú ve, ve... ¡Oh, ve, buen amigo! ¡Si supieras qué es tener este mal y qué significa esperar curarse!... - El leproso ya ni siquiera se preocupa de la comida. Lloro y gesticulo implorándole al amigo.

- Me voy y tú vas hasta el bosque - El ex tullido se marcha corriendo.

Abel baja con dificultad al lecho del regato que bordea la calzada, todo lleno de matas crecidas en el fondo seco. En el centro apenas si hay un hilo de agua. Cae la noche mientras el infeliz se desliza entre los grupos de matorrales, siempre alerta por si oye algún paso. Dos veces se extiende a lo largo contra el suelo del fondo: la primera, por un hombre a caballo que recorre al trote la calzada; la segunda, por tres hombres, cargados de heno, que van en dirección al pueblo. Después prosigue.

Pero, antes que él, llega Jesús con Samuel al bosquecito.

- Dentro de poco estará aquí. Camina lento, por las llagas. Ten paciencia.

- No tengo prisa.

- ¿Lo vas a curar?

- ¿Tiene fe?

- ¡Oh!... se estaba muriendo de hambre, veía esa comida después de años de abstinencia, y, no obstante, ha dejado todo después de unos pocos bocados para venir rápidamente.

- ¿Cómo lo has conocido?

- Mira... yo vivía de limosnas después de mi desventura y recorría los caminos para desplazarme a uno u otro lugar. Por aquí pasaba cada siete días. Conocí a ese pobre hombre un día que, llevado del hambre, se había acercado en busca de algo hasta el camino que conduce al pueblo, bajo una tormenta que haría huir incluso a los lobos. Estaba hurgando entre la basura como un perro. Yo tenía algo de pan duro en el talego — el óbolo de algunas personas buenas — y lo compartí con él. Desde entonces somos amigos y todas las semanas lo abastezco. Con lo que tengo... Si mucho, mucho; si poco, poco. Hago lo que puedo, como si fuese un hermano mío. Desde la tarde que me curaste — ¡bendito seas! — pienso en él... y en ti.

- Eres bueno, Samuel; por eso la gracia te ha visitado. Quien ama merece todo de Dios... Ahí hay algo entre los ramajes.

- ¿Eres tú, Abel?

- Soy yo.

- Ven. El Maestro te espera aquí, bajo el nogal.

El leproso sale del regato, sube hasta la orilla, continúa, se adentra en el prado. Jesús, apoyada la espalda en un altísimo nogal, lo espera.

- ¡Maestro, Mesías, Santo, ten piedad de mí! - y se arroja entre la hierba a los pies de Jesús. Con el rostro en tierra dice - ¡Oh, Señor mío! ¡Si Tú quieres, puedes limpiarme! - Y luego se atreve a alzarse de rodillas y alarga los esqueléticos brazos, con sus retorcidas manos, y mueve hacia adelante el rostro huesudo, devastado... Las lágrimas bajan desde las órbitas enfermas hasta los labios comidos por la lepra.

Jesús lo mira con mucha piedad; mira a este espectro humano, que el mal horrendo está devorando y que sólo una verdadera caridad puede aguantar cerca, por lo repugnante de su estado y por el mal olor que despide. Y a pesar de todo Jesús le tiende una mano, su hermosa, sana mano derecha, como para acariciarle.

Éste, sin alzarse, se echa hacia atrás, sobre los talones, y grita:

- ¡No me toques! ¡Piedad de ti!

Pero Jesús da un paso hacia adelante. Solemne, bueno, dulce, posa sus dedos sobre la cabeza comida por la lepra y dice, con voz suave, toda amor y no por ello no llena de poder:

- ¡Lo quiero! ¡Queda limpio! - La mano aún permanece unos minutos sobre la pobre cabeza. - Levántate. Ve al sacerdote. Cumple cuanto la Ley prescribe. Y no digas lo que he hecho contigo, sé sólo bueno, no peques nunca más. Te bendigo.

- ¡Oh! ¡Señor! ¡Abel! ¡Si estás completamente sano! - Samuel, que ha visto la metamorfosis de su amigo, grita de alegría.

- Sí, está sano. Se lo ha merecido por su fe. Adiós. La paz sea contigo.

- ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Yo no te dejo! ¡No puedo dejarte!

- Cumple lo que requiere la Ley. Después nos veremos de nuevo. Por segunda vez, descienda sobre ti mi bendición.

Jesús se pone en camino haciéndole una seña a Samuel de que se quede. Y los dos amigos lloran de alegría mientras, a la luz de un cuarto de luna, vuelven a la cueva para estar por última vez en aquella madriguera de desventura.

64

El parálítico curado en Cafarnaúm.

Veo las orillas del lago de Genesaret, y también las barcas de los pescadores sacadas a tierra; en la orilla, apoyados en ellas, están Pedro y Andrés, dedicados a reparar las redes que los peones les llevan goteando después de quitar los detritos que habían quedado aprisionados en éstas aclarándolas en el lago. A una distancia de unos diez metros, Juan y Santiago, centrados en su barca, tratan de poner orden en ella, ayudados por un peón y por un hombre de unos cincuenta o cincuenta y cinco años, que creo que es Zebedeo, porque el peón le llama "jefe" y porque es parecidísimo a Santiago.

Pedro y Andrés, de espaldas a la barca, se dedican silenciosos a volver a atar cuerdas y corchos señalizadores. Sólo de vez en cuando se intercambian algunas palabras acerca de su trabajo, el cual, por lo que puedo entender, ha sido infructuoso.

Pedro se queja de ello, no porque su bolsa esté vacía, ni por la inutilidad del esfuerzo, sino que dice:

- Lo siento porque... ¿cómo vamos a arreglárnoslas para dar algo de comer a esos pobrecillos? A nosotros sólo nos llegan raros donativos, y yo no toco esos diez denarios y siete dracmas que hemos recogido en estos cuatro días. El Maestro, y sólo El, me debe indicar para quién y cómo se han de distribuir esas monedas. ¡Y hasta el sábado El no vuelve! ¡Si hubiera tenido buena pesca!... El pescado más menudo lo habría cocinado y se lo habría dado a esos pobres... y, si alguien de mi casa se hubiera quejado, no me hubiera importado: los sanos pueden ir a buscarlo, ¡pero los enfermos...!

- ¡Y además ese parálítico!... Ya han recorrido mucho camino para traerlo aquí... - dice Andrés.

- Mira, hermano, yo pienso... que no podemos estar divididos. No sé por qué el Maestro no nos quiere tener permanentemente con Él. Al menos... no vería a estos pobrecillos a los que no puedo socorrer y, aunque los viera, podría decirles: "Él está aquí".

- ¡Aquí estoy!— Jesús ha venido caminando despacio por la arena blanda.

Pedro y Andrés se estremecen. Se les escapa un grito:

-¡Oh! ¡Maestro! - y llaman a Santiago y a Juan - ¡El Maestro! ¡Venid!

Los dos acuden, y todos se arriman a Jesús. Uno le besa la túnica, otro las manos; Juan osa pasarle un brazo alrededor de la cintura y apoyar la cabeza sobre su pecho; Jesús lo besa en el pelo.

- ¿De qué hablabais?

- Maestro... estábamos diciendo que te íbamos a necesitar.

- ¿Para qué, amigos?

- Para verte y amarte viéndote, y, además, por algunos pobres y enfermos; te esperan desde hace dos días o más... Yo he hecho lo que podía. Los he alojado allí ¿ves aquella cabaña en aquel terreno baldío? Allí reparan las barcas los carpinteros de ribera. Allí he procurado cobijo a un parálítico, a uno que tiene mucha fiebre y a un niño que se está muriendo en brazos de su madre: no podía mandarlos a buscarte.

- Has hecho bien. Pero, ¿cómo te las has arreglado para socorrerlos? ¿Quién los ha guiado?, ¡me has dicho que son pobres!...

- Claro, Maestro. Los ricos tienen carros y caballos; los pobres, sólo las piernas. No pueden seguirte diligentemente. He hecho lo que he podido. Mira: esto es lo poco que he recaudado, pero no he tocado ni una perra; Tú lo harás.

- Pedro, tú también podías haberlo hecho. Ciertamente... Pedro mío, siento que por mí sufras reprensiones o fatigas.

- No, Señor, no debes afligirte por eso. A mí eso no me duele. Sólo siento el no haber podido tener una mayor caridad. Pero, créeme, he hecho, todos hemos hecho cuanto hemos podido.

- Lo sé. Sé que has trabajado y sin intereses personales. Aunque haya faltado la comida, tu caridad no, y es viva, activa, santa a los ojos de Dios.

Algunos niños, entretanto, han llegado corriendo y gritan:

- ¡El Maestro! ¡Está el Maestro! ¡Jesús! ¡Ha venido Jesús! - Y se le arriman. Él los acaricia, sin dejar por ello de hablar con los discípulos.

- Simón, entro en tu casa. Tú y vosotros id a comunicar que he venido; después traedme a los enfermos.

Los discípulos salen, rápidos, en distintas direcciones. Toda Cafarnaúm ya sabe, no obstante, que Jesús ha llegado; lo sabe por los niños, que parecen abejas que en enjambre dejan la colmena hacia las distintas flores: en este caso, las casas, las

calles, las plazas. Van, vienen, jubilosos, llevando la noticia a las mamás, a los transeúntes, a los viejos que están sentados tomando el sol; y luego vuelven para que, una vez más, los acaricie Aquél que los ama, y uno, audaz, dice:

- Háblanos a nosotros, habla hoy para nosotros, Jesús. Te queremos y somos mejores que los mayores.

Jesús le sonríe al pequeño psicólogo y promete que hablará para ellos. Luego, siguiéndole los pequeños, se dirige a la casa, donde entra saludando con su fórmula de paz: «La paz descienda sobre esta casa».

La gente se apiña en la estancia grande posterior, empleada para las redes, maromas, cestos, remos, velas y provisiones. Se ve que Pedro la ha puesto a disposición de Jesús, amontonando todo en un rincón para dejar espacio libre. El lago no se ve desde aquí, sólo se oye el rumor lento de sus olas; y se ve sólo la pequeña tapia verdosa del huerto, con su vieja vid y su frondosa higuera. Hay gente hasta incluso en la calle; no cabiendo en la sala, ocupan el huerto; no cabiendo en el huerto, se quedan afuera.

Jesús empieza a hablar. En primera fila — se han abierto paso sirviéndose de su actitud avasalladora y del temor que siente hacia ellos la plebe — hay cinco personas... de elevada condición social; mantos púrpura bordados en oro, riqueza de vestidos y soberbia denuncian que son fariseos y doctores. Sin embargo, Jesús quiere tener en torno a sí a sus pequeños: una corona de caritas inocentes, ojos luminosos y sonrisas angelicales, mirando hacia arriba, a Él. Jesús habla, acariciando cada cierto rato la cabecita rizada de un niño que se ha sentado a sus pies y tiene apoyada la cabeza en las rodillas de Él, sobre el bracingo doblado. Jesús está sentado encima de un gran montón de cestos y redes.

- Mi amado ha bajado a su jardín, al pensil de los aromas, a deleitarse entre los jardines y a recoger lirios... él, que se sacia entre los lirios - dice Salomón de David de quien provengo Yo, Mesías de Israel.

¡Mi jardín! ¿Qué jardín más hermoso y más digno de Dios que el Cielo, donde son flores los ángeles creados por el Padre?... Y, sin embargo, otro jardín ha querido el Hijo unigénito del Padre, el Hijo del hombre, porque por el hombre Yo tengo carne, sin la cual no podría redimir las culpas de la carne del hombre; un jardín que habría podido ser poco inferior al celeste, si desde el Paraíso terrestre se hubieran propagado, como dulces abejas desde una colmena, los hijos de Adán, los hijos de Dios, para poblar la tierra de santidad destinada toda al Cielo. Pero el Enemigo sembró tribulaciones y espinas en el corazón de Adán, y tribulaciones y espinas desde este corazón se derramaron sobre la tierra, no ya jardín, sino selva áspera y cruel en que se estanca la fiebre y anida la serpiente.

Pero el Amado del Padre tiene todavía un jardín en esta tierra en que impera Satanás: el jardín al que va a saciarse de su alimento celeste: amor y pureza; el pensil del que coge las flores que aprecia, en las cuales no hay mancha de sentido, de avaricia, de soberbia: éstos — Jesús acaricia a todos los niños que puede, pasando su mano sobre la corona de cabecitas atentas (una única caricia que apenas los toca y les hace sonreír de alegría) —; éstos son mis lirios.

No tuvo Salomón, en su riqueza, vestidura más hermosa que el lirio que perfuma la hoya, ni diadema de más aérea y espléndida gracia que la que tiene el lirio en su cáliz de perla. Y, no obstante, para mi corazón no hay lirio que valga lo que uno de éstos; no hay jardín, no hay jardín de ricos, todo cultivado de lirios, que me valga cuanto uno sólo de estos puros, inocentes, sinceros, sencillos párvulos.

¡Oh hombres, oh mujeres de Israel, oh vosotros, grandes y humildes por riqueza o por cargo, oíd! Vosotros estáis aquí porque queréis conocerme y amarme. Pues bien, debéis saber cuál es la condición primera para ser míos. Mirad que no os digo palabras difíciles, ni os pongo ejemplos aún más difíciles; os digo: tomad a éstos como ejemplo.

¿Quién hay, entre vosotros, que no tenga en casa en la edad de la puericia, de la niñez, a un hijo, a un nieto o sobrino, a un hermano? ¿No es un descanso, un alivio, un motivo de unión entre esposos, entre familiares, entre amigos, uno de estos inocentes, cuya alma es pura como alba serena, cuyo rostro aleja las nubes y crea esperanzas, cuyas caricias secan las lágrimas e infunden fuerza vital? ¿Por qué tienen tanto poder ellos, que son débiles, inermes, ignorantes todavía?: porque tienen en sí a Dios, tienen la fuerza y la sabiduría de Dios, la verdadera sabiduría: saben amar y creer, creer y querer, vivir en este amor y en esta fe. Sed como ellos: sencillos, puros, amorosos, sinceros, creyentes.

No hay sabio en Israel que sea mayor que el más pequeño de éstos, cuya alma es de Dios y de cuya alma es el Reino. Benditos del Padre, amados del Hijo del Padre, flores de mi jardín, mi paz esté con vosotros y con quienes os imiten por mi amor.

Jesús ha terminado.

- ¡Maestro! - grita Pedro entre la muchedumbre - aquí están los enfermos. Dos pueden esperar a que salgas, pero a éste lo está estrujando la multitud y, además... ya no aguanta más, y no podemos pasar. ¿Le digo que vuelva otra vez?

- No. Descolgado por el techo.

- ¡Es verdad! ¡Enseguida!.

Se oye caminar arrastrando los pies sobre el techo bajo de la estancia, la cual, no formando realmente parte de la casa, no tiene encima la terraza unida con cemento, sino sólo un tejaducho de haces de ramas cubiertas con placas similares a la pizarra. No sé qué piedra era. Hacen una abertura, y, con unas cuerdas, descuelgan la pequeña camilla en la que está el enfermo; la descuelgan justo delante de Jesús; la gente se apiña aún más, para ver.

- Has tenido una gran fe, como también quien te ha traído.

- ¡Oh! ¡Señor! ¿Cómo no tenerla en ti?.

- Pues bien, Yo te digo: hijo — el hombre es muy joven —, te son perdonados todos tus pecados.

El hombre lo mira llorando... quizás se queda un poco contrariado porque esperaba la curación del cuerpo.

Los fariseos y doctores murmuran, arrugando nariz, frente y boca con desprecio.

- ¿Por qué murmuráis, con los labios y, sobre todo, en el corazón? Según vosotros, ¿es más fácil decirle al paralítico: "Tus pecados te son perdonados", o: "Levántate, toma la camilla y anda"? Vosotros pensáis "sólo Dios puede perdonar los pecados". Pero no sabéis responder cuál es la cosa más grande, porque a este hombre, maltrecho en todo su cuerpo, y que ha gastado los haberes sin resultado alguno, sólo lo puede curar Dios. Pues bien, para que sepáis que Yo lo puedo todo, para que

sepáis que el Hijo del hombre tiene poder sobre la carne y sobre el alma, en la tierra y en el Cielo, Yo le digo a éste: levántate, toma tu camilla y anda. Ve a tu casa y sé santo.

El hombre se estremece, grita, se levanta, se echa a los pies de Jesús, los besa y acaricia, llora y ríe, y con él los familiares y la multitud, la cual, luego, se abre para dejarlo pasar y lo sigue jubilosa (la muchedumbre, no los cinco rencorosos que se marchan engreídos y duros como estacas).

Así, puede entrar la madre con el pequeñuelo: un niño todavía lactante, esquelético. Lo acerca. Dice solamente:

- Jesús, Tú los amas. Lo has dicho. ¡Que este amor y tu Madre...!- ... y se echa a llorar.

Jesús toma al lactante — realmente moribundo —, se lo pone contra el corazón, lo tiene un momento con la boca en la carita cérea de labiuchos violáceos y párpados ya caídos. Un momento lo tiene así... y, cuando lo separa de su barba rubia, la carita tiene color rosáceo, la boquita expresa una sonrisa indecisa de infante, los ojitos miran alrededor vivarachos y curiosos, las manitas, antes cerradas y caídas, gesticulan entre el pelo y la barba de Jesús, que ríe.

- ¡Oh, hijo mío! - grita, dichosa, la mamá.

- Toma, mujer. Sé feliz y buena.

Y la mujer toma al niño renacido y lo estrecha contra su pecho, y el pequeño reclama inmediatamente sus derechos de alimento: hurga, abre, encuentra... y mama, mama, mama, ávido y feliz.

Jesús bendice a los presentes. Pasa entre ellos. Va a la puerta, donde está el enfermo que tenía mucha fiebre.

- ¡Maestro! ¡Sé bueno!

- Y tú también. Usa la salud en la justicia - Lo acaricia y sale.

Vuelve a la orilla, seguido, precedido, bendecido por muchos que le suplican:

- Nosotros no te hemos oído. No podíamos entrar. Háblanos también a nosotros.

Jesús hace un gesto de aceptación y, dado que la multitud lo oprime hasta casi ahogarlo, monta en la barca de Pedro. No es suficiente. El asedio es sofocante.

- Mete la barca en el mar y sepárate bastante.

65

La pesca milagrosa y la elección de los primeros cuatro apóstoles.

Jesús está hablando:

- Cuando en primavera todo florece, el hombre del campo dice contento: "Obtendré mucho fruto", y se regocija su corazón por esta esperanza. Pero, desde la primavera al otoño, desde el mes de las flores al de la fruta, ¡cuántos días, cuántos vientos y lluvias y sol y temporales vendrán! A veces la guerra, o la crueldad de los poderosos, o enfermedades de las plantas, o del campesino. Así es que los árboles, que prometían mucho fruto, — al no cavárselos o recalzarlos, regarlos, podarlos, sujetarlos o limpiarlos — se ponen mustios y mueren totalmente, o muere su fruto.

Vosotros me seguís. Me amáis. Vosotros, como plantas en primavera, os adornáis de propósitos y amor. Verdaderamente Israel en esta alba de mi apostolado es como nuestros dulces campos en el luminoso mes de Nisán. Pero, escuchad. Como quemazón de sequía, vendrá Satanás a abrasaros con su hálito envidioso de mí. Vendrá el mundo con su viento helado a congelar vuestro florecer. Vendrán las pasiones como temporales. Vendrá el tedio como lluvia obstinada. Todos los enemigos míos y vuestros vendrán para hacer estéril lo que debería brotar de esta tendencia santa vuestra a florecer en Dios. Yo os lo advierto, porque sé las cosas.

Pero, ¿entonces todo se perderá cuando Yo, como el agricultor enfermo — más que enfermo, muerto —, ya no pueda ofrecer palabras y milagros? No. Yo siembro y cultivo mientras dura mi tiempo; crecerá y madurará en vosotros, si vigiláis bien.

Mirad esa higuera de la casa de Simón de Jonás. Quien la plantó no encontró el punto justo y propicio. Trasplantada junto a la húmeda pared de septentrión, habría muerto si no hubiera deseado tutelarse a sí misma para vivir. Y ha buscado sol y luz. Vedla ahí: toda retorcida, pero fuerte y digna, bebiendo de la aurora el sol con el que se procura el jugo para sus cientos y cientos de dulces frutos. Se ha defendido por sí misma. Ha dicho: "El Creador me ha proyectado para alegrar y alimentar al hombre. ¡Yo quiero que mi deseo acompañe al suyo!". ¡Una higuera! ¡Una planta sin habla! ¡Sin alma! Y vosotros, hijos de Dios, hijos del hombre, ¿vais a ser menos que esa leñosa planta?

Vigilad bien para dar frutos de vida eterna. Yo os cultivo y al final os daré la savia más poderosa que existe. No hagáis, no hagáis que Satanás ría ante las ruinas de mi trabajo, de mi sacrificio y también de vuestra alma. Buscad la luz. Buscad el sol. Buscad la fuerza. Buscad la vida. Yo soy Vida, Fuerza, Sol, Luz de quien me ama. Estoy aquí para llevaros al lugar del que provengo. Hablo aquí para llamaros a todos e indicaros la Ley de los diez mandamientos que dan la vida eterna. Y con consejo amoroso os digo: "Amad a Dios y al prójimo"; es condición primera para cumplir cualquier otro bien, es el más santo de los diez santos mandamientos. Amad. Aquellos que amen en Dios, a Dios y al prójimo y por el Señor Dios tendrán en la Tierra y en el Cielo la paz como tienda y corona.

La gente, después de la bendición de Jesús, se aleja, pero como no queriendo marcharse. No hay ni enfermos ni pobres.

Jesús dice a Simón:

- Llama a los otros dos. Vamos a adentrarnos en el lago para echar la red.

- Maestro, tengo los brazos deshechos de echar y subir la red durante toda la noche para nada. El pescado está en zona profunda, quién sabe dónde.

- Haz lo que te digo, Pedro. Escucha siempre a quien te ama.
 - Haré lo que dices por respeto a tu palabra - y llama con fuerza a los peones, y a Santiago y a Juan - Vamos a pescar. El Maestro así lo quiere.
 Y mientras se alejan de la orilla le dice a Jesús:
 - Maestro, te aseguro que no es hora propicia. A esta hora los peces quién sabe dónde estarán descansando...
 Jesús, sentado en la proa, sonrío y calla.
 Recorren un arco de círculo en el lago y luego echan la red. Después de pocos minutos de espera, la barca siente extrañas sacudidas, extrañas porque el lago está liso como si fuera de cristal fundido bajo el Sol ya alto.
 - ¡Esto son peces, Maestro! - dice Pedro con los ojos como platos.
 Jesús sonrío y calla.
 - ¡Eúp! ¡Eúp! - dirige Pedro a los peones. Pero la barca se inclina hacia el lado de la red.
 - ¡Eh! ¡Santiago! ¡Juan! ¡Rápido! ¡Venid! ¡Con los remos! ¡Rápido!.
 Se apresuran. Los esfuerzos de los hombres de las dos barcas logran subir la red sin dañar el pescado.
 Las barcas se colocan una al lado de la otra, completamente juntas. Un cesto, dos, cinco, diez; todos llenos de estupendas piezas, y hay todavía muchos peces coleteando en la red: plata y bronce vivo que se mueve huyendo de la muerte. Entonces no hay más que una solución: volcar el resto en el fondo de las barcas. Lo hacen, y el fondo se vuelve todo un bullir de vidas en agonía. Esta abundancia cubre a los hombres hasta más arriba del tobillo y el nivel externo del agua llega a superar, por el peso excesivo, la línea de flotación.
 - ¡A la orilla! ¡Vira! ¡Venga! ¡Con la vela! ¡Cuidado con el fondo! ¡Pértigas preparadas para amortizar el choque! ¡Demasiado peso!.
 Mientras dura la maniobra, Pedro no reflexiona. Pero, una vez en la orilla, lo hace. Entiende. Siente una gran turbación.
 - ¡Maestro, Señor! ¡Aléjate de mí! Yo soy un hombre pecador. ¡No soy digno de estar a tu lado!. Pedro está de rodillas sobre la grava húmeda de la orilla.
 Jesús lo mira y sonrío:
 - ¡Levántate! ¡Sígueme! ¡Ya no te dejo! De ahora en adelante serás pescador de hombres, y contigo estos compañeros tuyos. No temáis ya nada. Yo os llamo. ¡Venid!.
 - Inmediatamente, Señor. Vosotros ocupaos de las barcas. Llevadlo todo a Zebedeo y a mi cuñado. Vamos. ¡Del todo para ti somos, Jesús! Sea bendito el Eterno por esta elección.

66

Judas de Keriot en Getsemaní se hace discípulo.

Por la tarde veo a Jesús... bajo unos olivos... Está sentado sobre un escalón del terreno, en su postura habitual: con los codos apoyados en las rodillas, los antebrazos hacia adelante y las manos unidas. Empieza a hacerse de noche y la luz va disminuyendo en el tupido olivar. Jesús está solo. Se ha quitado el manto como si tuviera calor. Va vestido de blanco, poniendo así una nota clara en este lugar de tonalidad verde muy oscurecida por el crepúsculo.

Un hombre baja entre los olivos. Da la impresión de que busca algo o a alguien. Es alto, lleva un indumento de color alegre: un amarillo rosa que hace más vistoso el manto, grande, lleno de franjas ondulantes. No veo bien su rostro porque lo impiden la luz y la lejanía, y también porque un borde del manto le oculta mucho el rostro. Cuando ve a Jesús, hace un gesto como para decir: «¡Ahí está!», y acelera el paso. A pocos metros dice:

- ¡Salve, Maestro!

Jesús se vuelve repentinamente y alza la cara (la persona que ha llegado en ese momento está en el escalón superior). Jesús lo mira serio, yo diría incluso que triste.

El hombre repite:

- ¡Hola, Maestro! Soy Judas de Keriot. ¿No me reconoces? ¿No te acuerdas?.

- Recuerdo y reconozco. Eres el que me habló aquí con Tomás en la Pascua pasada.

- Y a quien Tú dijiste: "Piensa y sé juicioso en la decisión antes de mi regreso". Lo he decidido: voy contigo.

- ¿Por qué vienes, Judas? — Jesús está muy triste.

- Porque... ya te dije la otra vez por qué: porque sueño con el Reino de Israel y te he visto rey.

- ¿Por esto vienes?

- Por esto. Me pongo a mí mismo y todo lo que tengo: capacidad, conocimientos, amistades, todo mi esfuerzo, a tu servicio y al servicio de tu misión para reconstruir Israel.

Los dos están ahora frente a frente, cerca el uno del otro, en pie. Se miran fijamente: Jesús, serio hasta la tristeza; el otro, entusiasmado por su sueño, sonriente, hermoso y joven, ligero y ambicioso.

- Yo no te he buscado, Judas.

- Sí, ya me he percatado. Pero yo te buscaba. Hace muchos días que he puesto personas en las puertas para que me informasen de tu llegada. Pensaba que vendrías con algunos seguidores tuyos y que sería fácil verte. Sin embargo... He deducido que habías venido porque un grupo de peregrinos iba bendiciéndote por haber curado a un enfermo. Pero nadie sabía decirme

con exactitud dónde estabas. Entonces me he acordado de este lugar. Y he venido. Si no te hubiera encontrado aquí, me habría resignado a no encontrarte...

- ¿Crees que haya supuesto un bien para ti el haberme encontrado?

- Sí, porque te buscaba, te deseaba, quiero tenerte.

- ¿Por qué? ¿Por qué me has buscado?

- ¡Pero si ya te lo he dicho, Maestro! ¿No me has comprendido?

- Te he comprendido, sí, te he comprendido; pero quiero que tú también me comprendas antes de seguirme. Ven. Hablaremos mientras caminamos». Y se ponen a caminar el uno al lado del otro, hacia arriba y hacia abajo, por los senderillos que cortan transversalmente el olivar - Tú, Judas, me sigues por una idea que es humana. Yo te debo disuadir de ello. No he venido para esto.

- Pero, ¿Tú no eres el que ha sido designado para Rey de los judíos, aquél de quien hablaron los profetas? Otros han surgido, pero les faltaban demasiadas cosas, y han caído como hojas que el viento ya no sostiene. Tú tienes a Dios contigo, hasta el punto de que obras milagros. Allí donde está Dios, el éxito de la misión está asegurado.

- Es verdad lo que has dicho: que Yo tengo a Dios conmigo. Yo soy su Verbo. Soy aquel que anunciaron los Profetas, que fue prometido a los Patriarcas, el esperado de las muchedumbres. Pero, ¿por qué, ¡oh Israel!, te has vuelto tan ciega y sorda que ya no sabes leer ni ver, oír ni comprender lo verdadero de los hechos? Mi Reino no es de este mundo, Judas. Disuádate. Vengo a traerle a Israel la Luz y la Gloria, mas no las de la Tierra. Vengo a llamar a los justos de Israel al Reino. Porque de Israel y con Israel debe formarse y venir la planta de vida eterna cuya linfa será la Sangre del Señor, la planta que se extenderá por toda la Tierra hasta el fin de los siglos. Mis primeros seguidores serán de Israel; mis primeros confesores, de Israel; mas también mis perseguidores, mis verdugos y quien me traicionará serán de Israel...

- No, Maestro. Eso no sucederá nunca. Aunque todos te traicionasen yo estaré contigo y te defenderé.

- ¿Tú, Judas? ¿Y en qué basas tu seguridad?

- En mi honor de hombre.

- Cosa más frágil que una tela de araña, Judas. Es a Dios a quien tenemos que pedirle la fuerza de ser honestos y fieles. ¡El hombre!... El hombre lleva a cabo obras de hombre. Para llevar a cabo obras del espíritu — y seguir al Mesías en verdad y justicia quiere decir realizar obras de espíritu — hace falta matar al hombre y hacer que vuelva a nacer. ¿Eres capaz de tanto?

- Sí, Maestro. Y además... cierto que no todo Israel te amará, pero no llegará al punto de darle a su Mesías verdugos y traidores: ¡te espera desde hace siglos!

- Me los dará. Ten presente a los Profetas, sus palabras... y cómo terminaron. Yo estoy destinado a defraudar a muchos, y tú eres uno de ellos. Judas, tienes aquí, frente a ti, a una persona mansa, pacífica, pobre y que quiere seguir siendo pobre. No he venido para imponerme o guerrear; no disputo ningún reino ni ningún poder a los fuertes y a los poderosos; Yo sólo a Satanás le disputo las almas, y vengo a vencer las cadenas de Satanás con el fuego de mi amor. Vengo para enseñar misericordia, sacrificio, humildad, continencia. Yo te digo, y digo a todos: no tengáis sed de riquezas humanas; trabajad más bien por las monedas eternas. Judas, si me crees uno que ha de triunfar sobre Roma y sobre las castas que imperan, desengáñate. Herodes y César, y los que son como ellos, pueden dormir tranquilos mientras Yo hablo a las turbas. No he venido para arrancar cetros a nadie... mi cetro, eterno, ya está preparado, pero nadie, que no fuera amor como soy Yo, lo querría empuñar. 'Vete, Judas, y medita...

- ¿Me rechazas, Maestro?

- Yo no rechazo a nadie, porque quien rechaza no ama. Pero, dime. Judas: ¿cómo llamarías tú la acción de uno que, sabiendo que tiene una enfermedad contagiosa, le dijera a otro que, desconocedor del hecho, fuera a beber de su cáliz: "Piensa lo que estás haciendo"? ¿Lo llamarías odio o amor?

- Lo llamaría amor porque no quiere que esa persona pierda la salud.

- Pues entonces llama también así a mi acto.

- ¿Puedo perder la salud yendo contigo? No, nunca.

- Puedes perder más que la salud, porque, piénsalo bien, Judas, poco le será imputado a quien asesine creyendo hacer justicia, creyéndolo porque no conoce la Verdad; pero mucho le será imputado a quien, habiéndola conocido, no sólo no la siga, sino que incluso se haga enemigo de ella.

- Yo no lo seré. Tómame contigo, Maestro. No puedes rechazarme. Si eres el Salvador y ves que yo soy un pecador, una oveja descarriada, un ciego que no va por camino justo, ¿por qué recusas salvarme? Tómame contigo. Te seguiré hasta la muerte...

- ¡Hasta la muerte! Cierto. Esto es cierto. Luego...

- ¿Luego, Maestro?

- El futuro está en el seno de Dios. Vete. Mañana nos volveremos a ver junto a la Puerta de los Peces.

- Gracias, Maestro. El Señor sea contigo».

- Y su misericordia te salve.

Veo a Jesús que va solo por un camino sombreado; parece un fresco vallecito rico en aguas. Digo "vallecito" porque está ligeramente enclavado entre pequeñas elevaciones del terreno y porque además por su centro discurre un riachuelo.

El lugar está desierto en la hora matutina. Hay, sobre todo, olivos, especialmente en la colina de la izquierda, mientras que la otra, menos provista de vegetación, tiene arbustos bajos de lentisco, acacias espinosas, pitas, etc. etc. Debe acabar de nacer el día, un bonito día sereno de principios de verano, y, si quitamos el canto de los pájaros entre los árboles y el arrullo lamentoso de tórtolas salvajes que hacen sus nidos en las quebras del monte más árido, no se oye nada más. Incluso el pequeño torrente, de aguas muy escasas, reducidas sólo al centro del lecho, parece no hacer rumor alguno y se desliza reflejando en ellas el verde de los alrededores, por lo que parece de color esmeralda oscuro.

Jesús atraviesa un puentecito primitivo: un tronco semialisado, colocado por encima del torrente, sin protecciones laterales (un puente que no ofrece seguridad), y continúa por la otra orilla.

Ahora se ven muros y puertas y se ve también arremolinarse en las puertas todavía cerradas a mercaderes de hortalizas u otros alimentos, para entrar en la ciudad. Hay un gran rebuznar de asnos, y coces entre ellos; tampoco bromean los propietarios de los mismos. Y hay insultos... y también vuela algún porrazo, no sólo sobre los costados asnales, sino incluso sobre las cabezas humanas.

Dos se enzarzan seriamente por causa del burro de uno, que se ha servido de la magnífica cesta de lechugas del otro burro comiéndose una buena cantidad. Tal vez es sólo un pretexto para desfogarse de un viejo resentimiento. El hecho es que de debajo de los vestidos, que llegan sólo hasta las pantorrillas, aparecen dos feos cuchillos cortos, anchos como una mano: semejan dagas seccionadas pero bien afiladas, y brillan al sol. Gritos de mujeres, vocerío de hombres. Nadie interviene para separar a estos dos, que están ya preparados para el rústico duelo.

Jesús, que iba caminando meditabundo, levanta la cabeza, ve, y con paso velocísimo, acude a separarlos.

- ¡Quietos, en nombre de Dios! - ordena.

- ¡No! ¡Quiero terminar de una vez con este maldito perro!.

- ¡Yo también! ¿Te gustan las orlas? Te voy a hacer una con tus tripas.

Los dos giran alrededor de Jesús, dándole empujones, insultándolo para que se quite de en medio, tratando de clavarse los cuchillos; pero no lo consiguen, porque Jesús con movimientos inteligentes del manto desvía los cuchillos y dificulta la precisión de los golpes. Ya su manto presenta algunos jirones.

La gente chillaba: -

- Salte, nazareno, pagarás Tú las consecuencias.

Pero Él no se mueve y trata de restablecer la calma, llamando la mente a Dios. ¡Inútil! La ira tiene enloquecidos a los dos contendientes.

Jesús emana milagro. Manda por última vez: -

- ¡Os ordeno estaros quietos!

- ¡No! ¡Quítate! ¡No te metas donde no te llaman, perro nazareno!

Entonces Jesús extiende las manos, con aspecto de potencia fulgurante. No dice ni una palabra, pero las hojas de los cuchillos caen desmenuzadas al suelo, como si fueran de cristal y hubieran pegado contra una peña.

Los dos miran los mangos cortos, inservibles, que han quedado entre sus dedos. El estupor apacigua la ira. La multitud grita de asombro.

- ¿Y ahora? - pregunta Jesús severo - ¿Dónde está vuestra fuerza?

Los soldados que estaban de guardia en la puerta, habiendo acudido a los últimos gritos, miran también estupefactos, y uno se agacha a recoger los fragmentos de las hojas y, no creyendo que sean de acero, los prueba en la uña.

- ¿Y ahora? - repite Jesús - ¿Dónde está vuestra fuerza?, ¿en qué basáis vuestro derecho?; ¿en esos trozos de metal que ahora son fragmentos entre el polvo?, ¿en esos trozos de metal que no tenían más fuerza que la del pecado de ira contra un hermano y que os despojaba de toda bendición divina y, por tanto, de toda fuerza? ¡Oh..., míseros quienes se fundan en medios humanos para vencer, sin saber que no es la violencia, sino la santidad, lo que nos hace vencedores en la Tierra! ¡Y no sólo en ella, pues, efectivamente, Dios está con los justos!

Oíd, todos vosotros de Israel, y también vosotros, soldados de Roma: la Palabra de Dios habla para todos los hijos del hombre, y no será el Hijo del hombre quien se la niegue a los gentiles.

El segundo de los preceptos del Señor es precepto de amor hacia el prójimo. Dios es bueno y quiere benevolencia en sus hijos. Quien no es benévolo con su prójimo no puede llamarse hijo de Dios ni puede tener a Dios consigo. El hombre no es un animal sin razón que se lanza y muerde por derecho a la presa. El hombre tiene una razón y un alma: por la razón debe saberse guiar como hombre, por el alma debe saber hacer esto santamente. Quien no lo hace así, se pone por debajo de los animales, se rebaja al abrazo con los demonios, porque endemonia su alma con el pecado de ira.

Amad. No os digo más que eso. Amad a vuestro prójimo como desea el Señor Dios de Israel. No seáis siempre de la sangre de Caín. Y, ¿por qué lo sois?: vosotros, que podríais ser ya homicidas, por pocas monedas; otros, por unos pocos palmos de tierra, por un puesto mejor, por una mujer. ¿Qué son estas cosas? ¿Son cosas eternas? No. Duran mucho menos que la vida, la cual, a su vez, dura un instante de eternidad. ¿Y qué perdéis si las seguís?: la paz eterna prometida a los justos, la que el Mesías os traerá junto con su Reino. Venid por el camino de la Verdad, seguid la Voz de Dios. Amad. Sed honestos. Sed continentales. Sed humildes y justos. Marchaos y medita.

-¿Quién eres Tú que dices semejantes palabras y reduces a pedazos las espadas con tu voluntad? Sólo uno hace estas cosas: el Mesías. Ni siquiera Juan el Bautista es superior a Él. ¿Eres Tú el Mesías? - preguntan tres o cuatro.

- Lo soy.

- ¿Tú? ¿Eres Tú el que cura a los enfermos y predica a Dios en Galilea?

- Soy Yo.

- Mi anciana madre está muriéndose. ¡Sálvala!
 - Y yo, ¿ves? Estoy perdiendo las fuerzas a causa de los dolores. Tengo hijos todavía pequeños. ¡Cúrame!
 - Ve a tu casa. Tu madre esta noche te preparará la cena; y tú, queda curado. ¡Lo quiero!
- La muchedumbre grita. Luego dicen:
- ¡Tu Nombre! ¡Tu Nombre!
 - ¡Jesús de Nazaret!
 - ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Hosanna! ¡Hosanna!

La multitud está alborozada. Los asnos pueden hacer lo que quieran, que ya nadie se preocupa de ellos. Algunas madres acuden desde la ciudad — se ve que ha corrido la voz — y aúpan a sus pequeñuelos. Jesús bendice y sonríe, tratando de abrirse paso en el círculo de personas que aclaman, para entrar en la ciudad e ir a donde quiere. Pero la multitud no está dispuesta a ello.

- ¡Quédate con nosotros! ¡En Judea! ¡En Judea! ¡También nosotros somos hijos de Abraham! - gritan.
 - ¡Maestro!» — Judas llega presuroso — Maestro, has llegado antes que yo... ¿Qué sucede?
 - ¡El Rabí ha hecho milagros! No en Galilea; aquí, aquí lo queremos con nosotros.
 - ¿Lo ves, Maestro? Todo Israel te ama. Es justo que también estés aquí. ¿Por qué lo rehuyes?
 - No lo rehuyo, Judas. He venido adrede solo, para que la rudeza de los discípulos galileos no hiriese la finura judía. Quiero reunir a todas las ovejas de Israel bajo el cetro de Dios.
 - Por eso te dije: "Tómame contigo". Yo soy judío y sé cómo tratar a los judíos. ¿Te vas a quedar, entonces, en Jerusalén?
 - Pocos días. Para esperar a un discípulo que también es judío. Después iré por la Judea...
 - ¡Yo iré contigo! Te acompañaré. ¿Piensas ir a mi pueblo? Te llevaré a mi casa. ¿Vas a venir, Maestro?
 - Iré... Del Bautista, tú que eres judío y vives en contacto con la gente de alta categoría, ¿sabes algo?
 - Sé que todavía está prisionero, pero que lo quieren liberar porque la multitud, si no le devuelven a su profeta, amenaza una sedición. ¿Lo conoces?
 - Lo conozco.
 - ¿Lo amas? ¿Qué piensas de él?
 - Pienso que no ha habido ninguno que asemeje a Elías más que él.
 - ¿Le consideras verdaderamente el Precursor?
 - Lo es. Es la estrella de la mañana que anuncia al Sol. Bienaventurados los que se han preparado para el Sol a través de su predicación.
 - Es muy severo Juan.
 - No más para los demás que para sí mismo.
 - Es verdad. Pero es difícil seguirlo en su penitencia. Tú eres más bueno y es fácil amarte.
 - Y sin embargo...
 - ¿Y, sin embargo, Maestro?...
 - Y, sin embargo, de la misma forma que a él se le odia por su austeridad, a mí me odiarán por mi bondad, porque la una y la otra predicán a Dios, y Dios les resulta antipático a los malos. Está signado que así sea. De la misma forma que él me precede en la predicación, así me precederá en la muerte. Pero, ¡ay de los asesinos de la Penitencia y de la Bondad!
 - ¿Por qué siempre estas tristes previsiones, Maestro? La multitud te ama, ¿no lo ves?...
 - Porque es seguro. La multitud humilde, sí, me ama. Pero la multitud no es toda humilde, ni de humildes. Pero, la mía no es tristeza; es tranquila visión del futuro y adhesión a la voluntad del Padre, que me ha mandado para esto. Y para esto Yo he venido. Ya hemos llegado al Templo. Voy al Bel Nidrás a amaestrar a las multitudes. Si quieres, quédate.
 - Voy contigo. Sólo tengo una finalidad: servirte y hacerte triunfar.
- Entran en el Templo y todo termina.

68

Jesús enseña en el Templo estando con Judas Iscariote.

Veo a Jesús entrando, con Judas a su lado, en el recinto del Templo; pasa la primera terraza, o rellano de la grada si se prefiere; se detiene en un pórtico que rodea un amplio patio solado con mármoles de colores distintos. El lugar es muy bonito y está lleno de gente.

Jesús mira a su alrededor y ve un sitio que le gusta. Pero, antes de dirigirse a él, dice a Judas:

- Llámame al responsable de este lugar. Debo presentarme para que no se diga que faltó a las costumbres y al respeto.
- Maestro, Tú estás por encima de las costumbres. Nadie tiene más derecho que Tú a hablar en la Casa de Dios; Tú, su Mesías.
- Yo eso lo sé, y tú también lo sabes, pero ellos no. No he venido para escandalizar, como tampoco para enseñar a violar la Ley o las costumbres; antes bien, he venido justamente para enseñar respeto, humildad y obediencia; para hacer desaparecer los escándalos. Por ello quiero pedir el permiso para hablar en nombre de Dios, haciéndome reconocer digno de ello por el responsable del lugar.
- La otra vez no lo hiciste.

- La otra vez me abrasaba el celo de la Casa de Dios, profanada por demasiadas cosas. La otra vez Yo era el Hijo del Padre, el Heredero que en nombre del Padre y por amor de su Casa actuaba con la majestad que me es propia y que está por encima de magistrados y sacerdotes. Ahora soy el Maestro de Israel, y le enseño a Israel también esto. Y además, Judas, ¿tú crees que el discípulo es más que su Maestro?

- No, Jesús.

- ¿Y tú quién eres? ¿Y quién soy Yo?

- Tú, el Maestro; yo, el discípulo.

- Y entonces, si reconoces que son así las cosas, ¿por qué quieres enseñar a tu Maestro? Ve y obedece. Yo obedezco a mi Padre, tú obedeces a tu Maestro. Condición primera del Hijo de Dios es ésta: obedecer sin discutir, pensando que el Padre sólo puede dar órdenes santas; condición primera del discípulo es obedecer a su Maestro, pensando que el Maestro sabe y sólo puede dar órdenes justas.

- Es verdad. Perdona. Obedezco.

- Perdono. Ve. Escucha, Judas, esta otra cosa: acuérdate de esto, recuérdalo siempre.

- ¿Obedecer? Sí.

- No. Recuerda que Yo fui respetuoso y humilde para con el Templo; para con el Templo, o sea, con las clases poderosas. Ve.

Judas lo mira pensativo, interrogativamente... pero no se atreve a preguntar nada más, y se va meditando.

Vuelve con un personaje solemnemente vestido.

- Este es, Maestro, el magistrado.

- La paz sea contigo. Solicito enseñar, entre los rabíes de Israel, a Israel.

- ¿Eres rabí?

- Lo soy.

- ¿Quién fue tu maestro?

- El Espíritu de Dios, que me habla con su sabiduría y me ilumina cada una de las palabras de los Textos Santos.

- ¿Eres más que Hil.lél, Tú, que sin maestro afirmas que sabes toda doctrina? ¿Cómo puede uno formarse si no hay uno que le forme?

- Como se formó David, pastorcito ignorante que llegó a ser rey poderoso y sabio por voluntad del Señor.

- Tu nombre.

- Jesús de José de Jacob, de la estirpe de David, y de María de Joaquín, de la estirpe de David, y de Ana de Aarón; María, la Virgen que casó en el Templo, porque era huérfana, el Sumo Sacerdote, según la ley de Israel.

- ¿Quién lo prueba?

- Todavía debe haber aquí levitas que se acuerden de ese hecho, coetáneos de Zacarías de la clase de Abías, pariente mío. Pregúntaselo a ellos, si dudas de mi sinceridad.

- Te creo. ¿Pero quién me prueba que sepas enseñar?

- Escúchame y podrás juzgar por ti mismo.

- Si quieres puedes enseñar... Pero... ¿no eres nazareno?

- Nací en Belén de Judá en tiempos del censo ordenado por el César. Proscritos a causa de disposiciones injustas, los hijos de David están por todas partes. Pero la estirpe es de Judá.

- Ya sabes... los fariseos... toda Judea... respecto a Galilea...

- Lo sé. No temas. En Belén vi la luz por primera vez, en Belén Efratá de donde viene mi estirpe; si ahora vivo en Galilea es sólo para que se cumpla lo que está escrito...

El magistrado se aleja unos metros acudiendo a una llamada.

Judas pregunta:

- ¿Por qué no has dicho que eres el Mesías?

- Mis palabras lo dirán.

- ¿Qué es lo que está escrito y debe cumplirse?

- La reunión de todo Israel bajo la enseñanza de la palabra del Cristo. Yo soy el Pastor de que hablan los Profetas, y vengo a reunir a las ovejas de todas las regiones, a curar a las enfermas, a conducir al pasto bueno a las errantes. Para mí no hay Judea o Galilea, Decápolis o Idumea. Sólo hay una cosa: el Amor que mira con un único ojo y une en un único abrazo para salvar...

Se le ve inspirado a Jesús. ¡Tanto sonríe a su sueño, que parece emanar destellos! Judas lo observa admirado.

Entre tanto, algunas personas, curiosas, se han acercado a los dos, cuyo aspecto imponente — distinto en ambos — atrae e impresiona.

Jesús baja la mirada. Sonríe a esta pequeña multitud con esa sonrisa suya cuya dulzura ningún pintor podrá nunca reflejar fidedignamente y ningún creyente que no la haya visto puede imaginar.

Y dice:

- Venid, si os sentís deseosos de palabras eternas.

Se dirige hacia un arco del pórtico; bajo él, apoyado en una columna, empieza a hablar. Toma como punto de partida lo que había sucedido por la mañana.

- Esta mañana, entrando en Sión, he visto que por pocos denarios dos hijos de Abraham estaban dispuestos a matarse. Habría podido maldecirlos en nombre de Dios, porque Dios dice: "No matarás", y también afirma que quien no obedece a su ley será maldito. Pero he tenido piedad de su ignorancia respecto al espíritu de la Ley y me he limitado a impedir el homicidio, para

que puedan arrepentirse, conocer a Dios, servirle obedientemente, amando no sólo a quien los ama, sino también a los enemigos.

Sí, Israel. Un nuevo día surge para ti. Más luminoso se hace el precepto del amor. ¿Acaso empieza el año con el nebuloso Etanim, o con el triste Kisléu de jornadas más breves que un sueño y noches tan largas como una desgracia? No, el año comienza con el florido, luminoso, alegre Nisán, cuando todo ríe y el corazón del hombre, aun el más pobre y triste, se abre a la esperanza porque llega el verano, la cosecha, el sol, la fruta; cuando dulce es dormir, incluso en un prado florecido, con las estrellas como candil; cuando es fácil alimentarse porque todo terrón produce hierba o fruto para el hambre del hombre.

Mira, Israel. Ha terminado el invierno, tiempo de espera. Ahora toca la alegría de la promesa que se cumple. El Pan y el Vino pronto se ofrecerán para saciar tu hambre. El Sol está entre vosotros. Todo, ante este Sol, adquiere un respiro más dulce y amplio, incluso el precepto de nuestra Ley, el primero, el más santo entre los preceptos santos: 'Ama a tu Dios y ama a tu prójimo'.

En el marco de la luz relativa que hasta ahora te ha sido concedida, se te dijo — no habrías podido hacer más, porque sobre ti pesaba todavía la cólera de Dios por la culpa de Adán de falta de amor — se te dijo: 'Ama a los que te aman y odia a tu enemigo'. Pero era tu enemigo no sólo quien traspasaba las fronteras de tu patria, sino también el que te había faltado en privado, o que te parecía que hubiera faltado. Así que el odio anidaba en todos los corazones, porque ¿quién es el hombre que, queriendo o sin querer, no ofende al hermano, y quién el que llega a la vejez sin que le hayan ofendido?

Yo os digo: amad incluso a quien os ofende. Hacedlo pensando que Adán fue un prevaricador respecto a Dios, y que por Adán todo hombre lo es, y que no hay ninguno que pueda decir: "Yo no he ofendido a Dios". Y, sin embargo, Dios perdona no una sola vez, sino muchas, muchísimas, muchísimas veces, y es prueba de ello la permanencia del hombre sobre la tierra. Perdonad, pues, como Dios perdona. Y, si no podéis hacerlo por amor hacia el hermano que os ha perjudicado, hacedlo por amor a Dios, que os da pan y vida, que os tutela en las necesidades terrenas y ha orientado todo lo que sucede a procuraros la eterna paz en su seno. Esta es la Ley nueva, la Ley de la primavera de Dios, del tiempo florecido de la Gracia que se ha hecho presente entre los hombres, del tiempo que os dará el Fruto sin igual que os abrirá las puertas del Cielo.

La voz que hablaba en el desierto no se oye, pero no está muda. Habla todavía a Dios en favor de Israel y le habla todavía en el corazón a todo israelita recto, y dice — después de haberos enseñado: a hacer penitencia para preparar los caminos al Señor que viene; a tener caridad dando lo superfluo a quien no tiene ni siquiera lo necesario; a ser honestos no causando extorsiones o maltratando a nadie — os dice: "El Cordero de Dios, quien quita los pecados del mundo, quien os bautizará con el fuego del Espíritu Santo está entre vosotros; El limpiará su era, recogerá su trigo".

Sabed reconocer a Aquel que el Precursor os indica. Sus sufrimientos se elevan a Dios para procuraros luz. Ved. Ábranse vuestros ojos espirituales. Conoceréis la Luz que viene. Yo recojo la voz del Profeta que anuncia al Mesías, y, con el poder que me viene del Padre, la amplifico, y añado mi poder, y os llamo a la verdad de la Ley. Preparad vuestros corazones a la gracia de la Redención cercana. El Redentor está entre vosotros. Dichosos los dignos de ser redimidos por haber tenido buena voluntad.

La paz sea con vosotros.

Uno pregunta:

- Hablas con tanta veneración del Bautista, que se diría que eres discípulo suyo. ¿Es así?

- Él me bautizó en las orillas del Jordán antes de que lo apresaran. Le venero porque él es santo a los ojos de Dios. En verdad os digo que entre los hijos de Abraham no hay ninguno que lo supere en gracia. Desde su venida hasta su muerte, los ojos de Dios se habrán posado sin motivo de enojo sobre este bendito.

- ¿Él te confirmó lo relativo al Mesías?

- Su palabra, que no miente, señaló el Mesías vivo a los presentes.

- ¿Dónde? ¿Cuándo?

- Cuando llegó el momento de señalarlo.

Judas se siente en el deber de decir a diestro y siniestro:

- El Mesías es el que os está hablando. Yo os lo testifico, yo que lo conozco y soy su primer discípulo.

- ¡Él!... ¡Oh!... - La gente, atemorizada, se echa un poco hacia atrás. Pero Jesús se muestra tan dulce, que vuelven a acercarse.

- Pedidle algún milagro. Es poderoso. Cura. Lee los corazones. Da respuesta a todos los porqués.

- Háblele; para mí, que estoy enfermo. El ojo derecho está muerto, el izquierdo se está secando...

- Maestro.

- Judas - Jesús, que estaba acariciando a una niña pequeña, se vuelve.

- Maestro, este hombre está casi ciego y quiere ver. Le he dicho que Tú puedes curarlo.

- Puedo para quien tiene fe. Hombre, ¿tienes fe?

- Yo creo en el Dios de Israel. Vengo aquí para meterme en Betesda, pero siempre hay uno que me precede.

- ¿Puedes creer en mí?

- Si creo en el ángel de la piscina, ¿no voy a creer en ti, de quien tu discípulo dice que eres el Mesías?

Jesús sonríe. Se moja el dedo con saliva y roza apenas el ojo enfermo.

- ¿Qué ves?

- Veo las cosas sin la niebla de antes. Y el otro, ¿no me lo curas?

Jesús sonríe de nuevo. Vuelve a hacer lo mismo, esta vez con el ojo ciego.

- ¿Qué ves? - le pregunta, levantando del párpado caído la yema del dedo.

- ¡Ah, Señor de Israel, veo tan bien como cuando de niño corría por los prados! ¡Bendito Tú, eternamente! - El hombre llora postrado a los pies de Jesús.

- Ve. Sé bueno ahora por gratitud hacia Dios.

Un levita, que había llegado cuando estaba concluyéndose el milagro, pregunta:

- ¿Con qué facultad haces estas cosas?

- ¿Tú me lo preguntas? Te lo diré, si me respondes a una pregunta. Según tu parecer, ¿es más grande un profeta que profetiza al Mesías o el Mesías mismo?

- ¡Qué pregunta! El Mesías es el más grande: ¡es el Redentor que el Altísimo ha prometido!

- Entonces, ¿por qué los profetas hicieron milagros? ¿Con qué facultad?

- Con la facultad que Dios les daba para probar a las multitudes que Él estaba con ellos.

- Pues bien, con esa misma facultad Yo hago milagros. Dios está conmigo, Yo estoy con Él. Yo les pruebo a las multitudes que es así, y que el Mesías bien puede, con mayor razón y en mayor medida, lo que podían los profetas.

El levita se marcha pensativo y todo termina.

69

Jesús instruye a Judas Iscariote.

Jesús y Judas salen del Templo después de haber estado orando en el lugar más cercano al Santo, concedido a los israelitas varones.

Judas quisiera seguir con Jesús, pero este deseo encuentra oposición en el Maestro.

- Judas, quiero estar solo en las horas nocturnas. Durante la noche, mi espíritu toma del Padre su alimento. Oración, meditación y soledad, me son más necesarias que el alimento material. Quien quiere vivir para el espíritu y conducir a otros a vivir la misma vida, debe posponer la carne, diría casi: matarla en sus desafueros, para ocuparse completamente del espíritu; todos, Judas, también tú, si quieres verdaderamente ser de Dios, o sea, de lo sobrenatural.

- Pero, Maestro, nosotros somos todavía de la tierra. ¿Cómo podemos desatender la carne poniendo toda nuestra solicitud en el espíritu? Lo que dices, ¿no está en antítesis con el mandato de Dios: "No matarás"? ¿en esto no está también incluido el no matarse? Si la vida es don de Dios, ¿debemos o no amarla?».

- Voy a responderte como no respondería a una persona sencilla, a la cual es suficiente elevarle la mirada del alma, o de la mente, a esferas sobrenaturales, para poder llevárnosla en vuelo a los reinos del espíritu. Tú no eres una persona sencilla. Te has formado en ambientes que te han afinado... pero que, al mismo tiempo, te han contaminado con sus sutilezas y con sus doctrinas. ¿Tienes presente a Salomón, Judas? Era sabio, el más sabio de aquellos tiempos. ¿Recuerdas lo que dijo, después de haber conocido todo el saber?: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad. Temer a Dios y observar sus mandamientos: esto es todo el hombre". Ahora Yo te digo que hay que saber tomar de los alimentos sustento, pero no veneno. Y si se ve que un alimento nos es nocivo (porque se producen reacciones en nosotros por las cuales ese alimento es nefasto, siendo más fuerte que nuestros humores buenos, los cuales lo podrían neutralizar) es necesario dejar de tomar ese alimento, aunque sea apetitoso al gusto. Mejor pan, sin más, y agua de la fuente, que no los platos rebuscados de la mesa del rey que tienen especias que alteran y envenenan.

- ¿Qué debo dejar, Maestro?

- Todo aquello que sabes que te turba. Porque Dios es Paz, y si te quieres encaminar por el sendero de Dios debes liberar tu mente, tu corazón y tu carne, de todo lo que no es paz, de todo lo que conlleva turbación. Sé que es difícil reformarse a sí mismo, pero Yo estoy aquí para ayudarte a hacerlo. Estoy aquí para ayudar al hombre a ser de nuevo hijo de Dios, a volver a formarse como por una segunda creación, una autogénesis querida por él mismo. Pero deja que te responda a cuanto preguntabas, para que no digas que no has salido del error por culpa mía. Es verdad que matarse es igual que matar. La vida es don de Dios, ya sea la propia o la ajena, y sólo a Dios, que la ha otorgado, le está reservado el poder de quitarla. Quien se mata confiesa su soberbia, y Dios odia la soberbia.

-¿La soberbia, confiesa? Yo diría la desesperación.

- ¿Y qué es la desesperación sino soberbia? Considera esto, Judas: ¿Por qué uno pierde la esperanza?: o porque las desventuras se ensañan con él y quiere vencerlas por sí solo, sin ser capaz de tanto; o bien porque es culpable y juzga de sí mismo que Dios no lo puede perdonar. Tanto en el primero como en el segundo caso, ¿no es reina la soberbia? El hombre que quiere por sí solo resolver las cosas carece de la humildad de tender la mano al Padre diciéndole: "Yo no puedo, pero Tú sí puedes. Ayúdame, porque espero todo, todo lo estoy esperando, de Ti". El otro hombre, el que dice: "Dios no puede perdonarme", lo hace porque midiendo a Dios con el patrón de sí mismo sabe que otra persona, ofendida como él ha ofendido, no podría perdonarlo. O sea, también aquí hay soberbia. El humilde siente compasión y perdona aunque sufra por la ofensa recibida. El soberbio no perdona. Es además soberbio porque no sabe bajar la cabeza y decir: "Padre, he pecado, perdona a tu pobre hijo culpable". ¿O es que no sabes, Judas, que el Padre está dispuesto a disculpar todo, si se pide perdón con corazón sincero y contrito, con corazón humilde y deseoso de resucitar al bien?

- Pero ciertos delitos no deben perdonarse, no pueden ser perdonados.

- Eso lo dices tú. Y hasta será verdad, si el hombre así lo quiere. Pero, en verdad, ¡oh!, en verdad te digo que incluso después del delito de los delitos, si el culpable corriera a los pies del Padre — se llama Padre por esto, Judas, y es Padre de perfección infinita — y, llorando, le suplicara que lo perdonase, ofreciéndose a la expiación pero sin desesperación, el Padre le daría el modo de expiar para merecerse el perdón y salvar el espíritu.

- Entonces dices que los hombres que la Escritura cita, y que se mataron, hicieron mal.

- No es lícito hacer violencia a nadie, y tampoco uno a sí mismo. Hicieron mal. Conociendo relativamente el bien, habrán obtenido de Dios, en ciertos casos, misericordia. Pero a partir de que el Verbo haya aclarado toda verdad y haya dado fuerza a los espíritus con su Espíritu, desde entonces, ya no le será concedido el perdón a quien muera desesperado. Ni en el instante del juicio particular, ni, después de siglos de Gehena, en el Juicio Final, ni nunca. ¿Es dureza de Dios? No: justicia. Dios dirá: "Tú, criatura dotada de razón y de sobrenatural ciencia, creada libre por Mí, decidiste seguir el sendero elegido por ti, y dijiste: 'Dios no me perdona. Estoy separado para siempre de Él, Juzgo que debo aplicarme por mi mismo justicia por mi delito. Dejo la vida para huir de los remordimientos', sin pensar que ya no habrías sentido remordimientos si hubieras venido a mi seno paterno. Recibe eso mismo que has juzgado. No violento la libertad que te he dado".

Esto le dirá el Eterno al suicida. Piénsalo, Judas. La vida es un don, y hay que amarla. ¿Y qué don es? Don santo. Así que ha de ser amada santamente. La vida dura mientras la carne resiste. Luego empieza la Vida grande, la eterna Vida: de beatitud para los justos, de maldición para los no justos. La vida, ¿es fin o es medio? Es medio. Sirve para el fin, que es la eternidad. Pues démosle entonces a la vida aquello que le haga falta para durar y servir al espíritu en su conquista. Continencia de la carne en todos sus apetitos, en todos. Continencia de la mente en todos sus deseos, en todos. Continencia del corazón en todas las pasiones que saben a humano. Sea, por el contrario, ilimitado el impulso hacia las pasiones celestes: amor a Dios y al prójimo, voluntad de servir a Dios y al prójimo, obediencia a la Palabra divina, heroísmo en el bien y en la virtud.

Yo te he respondido, Judas. ¿Estás convencido? ¿Te basta la explicación? Sé siempre sincero y, si no sabes todavía bastante, pregunta; estoy aquí para ser Maestro.

- He comprendido y me basta. Pero... es muy difícil llevar a la práctica lo que he comprendido. Tú puedes porque eres santo. Pero yo... Soy un hombre, joven, lleno de vitalidad...

- He venido para los hombres, Judas, no para los ángeles, que no tienen necesidad de maestro. Los ángeles ven a Dios, viven en su Paraíso, no ignoran las pasiones de los hombres, porque la Inteligencia, que es su Vida, los hace conocedores de todo, incluso a aquellos que no son custodios de un hombre. Pero, siendo espirituales, sólo pueden tener un pecado, como uno de ellos lo tuvo y arrastró consigo a los menos fuertes en la caridad: la soberbia, flecha que afeó a Lucifer, el más hermoso de los arcángeles, e hizo de él el monstruo horripilante del Abismo. No he venido para los ángeles (los cuales, después de la caída de Lucifer, se horrorizan incluso ante el espectro de un pensamiento de orgullo), sino que he venido para los hombres, para hacer de los hombres ángeles.

El hombre era la perfección de la creación. Tenía del ángel el espíritu, del animal la completa belleza en todas sus partes animales y morales; no había criatura que le igualara. Era el rey de la Tierra, como Dios es el Rey del Cielo, y un día, el día en que él se hubiera dormido por última vez en la tierra, iba a ser rey, con el Padre, en el Cielo. Satanás ha arrancado las alas al ángel - hombre y, en su lugar, ha puesto garras de fiera y aidez de inmundicia y ha hecho de él un ser al que cuadra más el nombre de hombre - demonio que el de hombre a secas. Yo quiero borrar la deformación causada por Satanás, anular el hambre corrompida de la carne contaminada, devolverle las alas al hombre, llevarlo de nuevo a ser rey, coheredero del Padre y del Reino celeste. Sé que el hombre, si quiere quererlo, puede llevar a cabo cuanto digo, para volver a ser rey y ángel. No os diría cosas que no pudierais hacer. Yo no soy uno de esos oradores que predicán doctrinas imposibles. He tomado verdadera carne para poder saber, por experiencia de carne, cuáles son las tentaciones del hombre.

- ¿Y los pecados?

- Todos pueden ser tentados; pecador, sólo quien quiere serlo.

- ¿No has pecado nunca, Jesús?

- Nunca he querido pecar. Y ello no porque sea el Hijo del Padre, sino que es que lo he querido y lo querré, para mostrarle al hombre que el Hijo del hombre no pecó porque no quiso pecar y que el hombre, si no quiere, puede no pecar.

- ¿Has sido tentado alguna vez?

- Tengo treinta años, Judas, y no he vivido en una cueva de un monte, sino entre los hombres. Y aunque hubiera estado en el lugar más solitario de la tierra ¿tú crees que no habrían venido las tentaciones? Todo lo tenemos en torno a nosotros: el bien y el mal. Todo lo llevamos con nosotros. Sobre el bien sopla el hálito de Dios y lo aviva como a turíbulo de gratos y sagrados inciensos. Sobre el mal sopla Satanás y, encendiéndolo, lo transforma en hoguera de feroz lengua. Mas la voluntad atenta y la oración constante son húmeda arena sobre la llamarada de infierno: la sofocan y la extinguen.

- Pero, si no has pecado jamás, ¿cómo puedes emitir tu juicio sobre los pecadores?

Soy hombre y soy el Hijo de Dios. Cuanto podría ignorar como hombre, y juzgarlo mal, lo conozco y juzgo como Hijo de Dios. Y, además... Judas, respóndeme a esta pregunta: uno que tiene hambre ¿sufre más cuando dice: "ahora me siento a la mesa", o cuando dice "no hay comida para mí"?

- Sufre más en el segundo caso, porque sólo el saberse privado del alimento le trae a la memoria el olor de las viandas, y las vísceras se retuercen de deseo.

- Exacto: la tentación es mordiente como este deseo, Judas. Satanás lo hace más agudo, exacto y seductor que cualquier acto cumplido. Además, el acto satisface, y alguna vez nausea, mientras que la tentación no desaparece, sino que, como árbol podado, echa ramas cada vez más vigorosas.

- ¿Y no has cedido nunca?

- No he cedido nunca.

- ¿Cómo lo has conseguido?

- He dicho: "Padre, no me dejes caer en la tentación".

-¿Cómo? ¿Tú, Mesías, Tú, que obras milagros, has solicitado la ayuda del Padre?

- No sólo la ayuda: le he pedido que no me deje caer en la tentación. ¿Tú crees que, porque Yo sea Yo, puedo prescindir del Padre? ¡Oh, no! En verdad te digo que el Padre le concede todo al Hijo, pero también el Hijo recibe todo del Padre. Y te digo que todo lo que se le pida al Padre en mi nombre será concedido. "Mas ya estamos cerca del Get - Sammi, donde vivo. Ya se ven

sus primeros olivos al otro lado de las murallas. Tú estás más allá de Tofet. Ya cae la noche. No te conviene subir hasta allá. Nos veremos de nuevo mañana en el mismo lugar. Adiós. La paz sea contigo.

- Paz a ti también, Maestro... Pero quisiera decirte aún una cosa. Te acompaño hasta el Cedrón, luego me vuelvo para atrás. ¿Por qué estás en ese lugar tan humilde? Ya sabes... la gente da importancia a muchas cosas. ¿No conoces en la ciudad a nadie que tenga una buena casa? Yo, si quieres, puedo llevarte donde algunos amigos. Te acogerán por amistad hacia mí. Serían moradas más dignas de ti.

-¿Tú crees? Yo no lo creo. Lo digno y lo indigno están en todas las clases sociales. Y, no por carecer de caridad, sino para no faltar a la justicia, te digo que lo indigno (y maliciosamente indigno) se halla frecuentemente entre los grandes. No hace falta ser poderoso para ser bueno, como tampoco sirve el ser poderoso para ocultar la acción pecaminosa a los ojos de Dios. Todo debe invertirse bajo mi Signo: no será grande el poderoso, sino el humilde y santo.

- Pero, para ser respetado, para imponerse...

- ¿Es respetado Herodes? Y César, ¿es respetado? No. Los labios y los corazones los soportan y maldicen. Créeme, Judas, sobre los buenos, o incluso sobre los que están deseosos de bondad, sabré imponerme más con la modestia que con la grandiosidad.

- Pero entonces... ¿vas a despreciar siempre a los poderosos? ¡Te buscarás enemigos! Yo pensaba hablar de ti a muchos que conozco y que tienen un nombre...

- No voy a despreciar a nadie. Iré tanto a los pobres como a los ricos, a los esclavos como a los reyes, a los puros como a los pecadores. Pero si bien he de quedar agradecido a quien proporcione pan y techo a mis fatigas (cualesquiera que sean ese techo y ese alimento), verdad es que daré siempre preferencia a lo humilde; los grandes tienen ya muchas satisfacciones, los pobres no tienen más que la recta conciencia, un amor fiel, e hijos, y el verse escuchados por la mayoría de ellos. Yo siempre prestaré atención a los pobres, a los afligidos y a los pecadores. Te agradezco el buen deseo, pero déjame en este lugar de paz y oración. Ve, y que Dios te inspire lo recto.

Jesús deja al discípulo y se interna entre los olivos.

70

En Getsemaní con Juan de Zebedeo. Comparación entre el Predilecto y Judas de Keriot.

Veo a Jesús dirigiéndose a la baja y blanca casa que hay en medio del olivar. Un jovencito lo saluda. Parece del lugar porque tiene en las manos los utensilios para podar y sachar.

- Dios sea contigo, Rabí. Tu discípulo Juan ha venido, pero se ha vuelto a marchar, a buscarte.

- ¿Hace mucho?

- No, acaba de cruzar aquel sendero. Creíamos que vendrías por la parte de Betania...

Jesús se encamina ligero, da la vuelta a una prominencia del terreno, ve a Juan bajando casi corriendo hacia la ciudad. Lo llama.

El discípulo se vuelve y, con el rostro iluminado por la alegría, grita:

- ¡Maestro mío! - y regresa corriendo.

Jesús le abre los brazos y los dos se abrazan afectuosamente.

- Venía a buscarte... Creíamos que habías estado en Betania, como dijiste.

- Sí. Eso quería. Tengo que empezar también a evangelizar los alrededores de Jerusalén. Pero después me he entretenido en la ciudad... para instruir a un nuevo discípulo.

- Maestro, todo lo que Tú haces está bien hecho y sale bien. ¿Lo ves? También esta vez nos hemos encontrado enseguida.

Los dos caminan. Jesús tiene un brazo sobre los hombros de Juan, el cual, siendo más bajo, mira a Jesús de abajo arriba, feliz de esa intimidad. Vuelven así hacia la casita.

- ¿Hace mucho que has venido?

- No, Maestro. Con el alba he salido de Doco, junto con Simón; ya le he dicho lo que querías. Después nos hemos detenido un tiempo en los campos de los alrededores de Betania, compartiendo la comida y hablando de ti a campesinos que hemos encontrado por allí. Cuando el fuego del sol ha disminuido, nos hemos separado. Simón ha ido a ver a un amigo suyo al que también quiere hablar de ti: es el dueño de casi toda Betania. El ya lo conocía cuando aún vivían sus respectivos padres. Mañana viene aquí Simón. Me ha encargado decirte que se siente feliz de estar a tu servicio. Simón es muy competente. Quisiera ser como él, pero soy un muchacho ignorante.

- No, Juan. Tú también haces muy bien las cosas.

- ¿Te sientes realmente contento de tu pobre Juan?

- Muy contento, Juan mío. Mucho.

- ¡Maestro mío! - Juan se inclina con ímpetu a tomar la mano de Jesús y la besa, y se la pasa por la cara como una caricia.

Han llegado ya a la casa. Entran en la cocina baja y humosa. El dueño los saluda:

- La paz sea contigo.

Responde Jesús:

- Paz a esta casa y a ti, y a quien vive contigo. Viene conmigo un discípulo.
- Habrá pan y aceite también para él.
- He traído pescado seco que me han dado Santiago y Pedro. Al pasar por Nazaret, tu Madre me ha dado pan y miel para ti. He caminado sin detenerme, pero de todas formas estará duro.
- No importa, Juan. Tendrá el sabor de las manos de mi Madre.
Juan extrae sus tesoros de la bolsa que había dejado en un rincón, y veo preparar de una manera extraña el pescado seco: lo mojan unos instantes en agua caliente, después lo untan y lo asan directamente sobre el fuego.
Jesús bendice el alimento y se sienta con el discípulo a la mesa. También están sentados el dueño de la casa — oigo que le llaman Jonás — y su hijo. La madre va y viene con el pescado, aceitunas negras y verduras hervidas y condimentadas con aceite. Jesús ofrece miel. La extiende en el pan y se la ofrece a la madre.
- Es de mi colmena - Mi Madre cuida las abejas. Cómela. Es buena. Tú eres tan buena conmigo, María, que mereces esto y más - añade, porque la mujer no querría privarle de esta dulce miel.
La cena termina rápidamente en medio de una breve conversación. Nada más acabar, después de dar las gracias por el alimento recibido, Jesús dice a Juan:
- Ven. Salgamos un poco al olivar. La noche está templada y clara. Será agradable estar un poco afuera.
El dueño de la casa dice:
- Maestro, yo me despido de ti. Estoy cansado, y también mi hijo. Vamos a descansar. Dejo la puerta entornada y el candil encima de la mesa. Ya sabes cómo se hace.
- Sí, claro, Jonás, vete a descansar. Y apaga también el candil. Hay una luz de luna tan clara, que veremos incluso sin él.
- Y tu discípulo, ¿dónde va a dormir?
- Conmigo. En mi estera hay sitio también para él. ¿Verdad, Juan?
Juan, ante la idea de dormir al lado de Jesús, entra en éxtasis.
Salen al olivar — previamente Juan ha cogido algo del talego que había puesto en el rincón. Caminan un poco y llegan a una prominencia del terreno desde la que se ve toda Jerusalén.
- Sentémonos aquí y hablemos entre nosotros - dice Jesús.
Juan, sin embargo, prefiere sentarse a sus pies, sobre la hierba corta. Apoya el brazo en las rodillas de Jesús. Reclina la cabeza sobre el brazo. Y mira cada poco a su Jesús. Parece un niño junto a la persona que más quiere.
- Desde aquí es bonito, Maestro. Mira qué grande parece la ciudad de noche; más que de día.
- Es porque la luz de la luna difumina sus contornos. Observa: parece como si el límite se ensanchara en una luminosidad de plata. Mira la cúspide del Templo, allí arriba. ¿No parece suspendida en el vacío?
- Parece que la llevan los ángeles en sus alas de plata.
Jesús suspira.
- ¿Por qué suspiras, Maestro?
- Porque los ángeles han abandonado el Templo. Su aspecto de pureza y santidad está sólo circunscrito a los muros. Quienes deberían dárselo en el alma — porque todo lugar también tiene su alma, o sea, el espíritu en virtud del cual fue erigido, y el Templo tiene, debería tener, alma de oración y santidad — son los primeros en quitárselo. No se puede dar lo que no se tiene, Juan. Y si muchos son los sacerdotes y los levitas que viven allí, no hay ni siquiera una décima parte que sea apta para dar vida al Lugar Santo. Dan muerte. Le comunican la muerte que hay en su espíritu muerto a lo santo. Tienen las fórmulas, pero no la vida de ellas. Son cadáveres, sólo calientes por la putrefacción que los hincha.
- ¿Te han maltratado, Maestro? — Juan está todo apenado.
- No. Es más, me han dejado hablar cuando lo he solicitado.
- ¿Lo has solicitado? ¿Por qué?
- Porque no quiero ser Yo el que empiece la guerra. La guerra vendrá igualmente, porque Yo infundiré miedo, un estúpido miedo humano, a algunos, y seré un reproche para otros; pero esto debe estar en su libro, no en el mío.
Después de un momento de silencio, Juan habla otra vez; dice:
- Maestro... yo conozco a Anás y a Caifás. Por necesidades de negocios, mi familia ha estado en relaciones con ellos, y cuando yo estaba en Judea, por Juan, iba también al Templo, y ellos eran amables con el hijo de Zebedeo. Mi padre piensa siempre en ellos con el mejor pescado. Es costumbre, ¿sabes? Si se quiere tenerlos como amigos — continuar teniéndolos — hay que hacerlo así...
- Lo sé - Jesús está serio.
- Bueno, pues si lo ves oportuno, le hablaré de ti al Sumo Sacerdote. Y luego... si quieres, yo conozco a uno que está en relación de negocios con mi padre. Es un mercader de pescado. Tiene una casa bonita y grande junto al Hípico, porque son personas ricas, y también muy buenas. Estarías más cómodo y te cansarías menos. Además, para venir hasta aquí se tiene que atravesar ese suburbio de Ofel, tan desordenado y siempre lleno de asnos y de muchachos pendencieros.
- No, Juan. Te lo agradezco, pero estoy bien aquí. ¿Ves cuánta paz? Se lo he dicho también esto al otro discípulo que me hacía la misma propuesta. Él decía: "Para estar mejor considerado".
- Yo lo decía para que te cansaras menos.
- No me canso. Por mucho que camine, no me cansaré jamás. ¿Sabes qué es lo que me cansa? La falta de amor. ¡Oh, eso,... qué carga!... Es como si llevara un peso en el corazón.
- Yo te amo, Jesús.
- Sí, y me consuelas. Te quiero mucho, Juan, te querré siempre porque tú no me traicionarás nunca.
-¡Traicionarte! ¡Oh!

- Y, sin embargo, habrá muchos que me traicionen... Juan, escucha. Te he dicho que me detuve aquí para aleccionar a un nuevo discípulo. Es un joven judío, instruido y conocido.

- Entonces tendrás que trabajar mucho menos que con nosotros, Maestro. Me alegro de que tengas alguno más capacitado que nosotros.

- ¿Crees que tendré que trabajar menos?

- ¡Digo yo! Si es menos ignorante que nosotros, te entenderá mejor y te servirá mejor, sobre todo si te ama mejor.

- Exacto. Tú lo has dicho. Pero el amor no está en razón de la instrucción, y tampoco la formación. Quien es virgen ama con toda la fuerza de su primer amor. Esto también vale para las virginidades del pensamiento. Lo amado penetra y se imprime más en un corazón y en un pensamiento vírgenes que no en uno en el que ya haya habido otros amores. Pero, si Dios quiere... Escucha, Juan, te ruego que seas un amigo para él. Mi corazón tiembla ante la idea de ponerte a ti, cordero intonso, junto al experto de la vida; pero, por otra parte, se calma, porque sabe que tú serás, sí, cordero, pero también águila, y si el experto quiere hacerte tocar el suelo, siempre fangoso, el suelo de la cordura humana, tú, con un batir de alas, sabrás liberarte y querer sólo el azul y el sol. Por eso te ruego que... conservándote a ti mismo como eres, seas amigo del nuevo discípulo, que no será muy estimado por Simón Pedro ni por otros, para transfundirle tu corazón...

- ¡Oh, Maestro! ¿Pero no bastas Tú?

- Yo soy el Maestro. A mí no se me dirá todo. Tú eres el condiscípulo, poco más joven, con quien será más fácil abrirse. No digo que me refieras lo que él te diga. Odio a los espías y a los traidores. Sí te pido que lo evangelices con tu fe y caridad, con tu pureza, Juan. Es una tierra contaminada por aguas muertas; hay que secarla con el sol del amor, purificarla con la honestidad de pensamientos, deseos y obras, cultivarla con la fe. Tú puedes hacerlo.

- Si crees que puedo... ¡sí! Si Tú dices que puedo hacerlo, lo haré. Por amor tuyo...

- Gracias, Juan.

- Maestro, has hablado de Simón Pedro, y me he acordado de lo primero que tenía que decirte. La alegría de oírte me lo había alejado del pensamiento. Después de volver a Cafarnaúm, pasada la fiesta de Pentecostés, encontramos la consabida suma de ese desconocido. El niño se la había llevado a mi madre. Yo se la di a Pedro y él me la devolvió diciendo que la usase un poco para el regreso y la estancia en Doco y que el resto te lo trajera a ti para lo que pudieras necesitar... porque también Pedro pensaba que éste es un lugar incómodo... Pero Tú dices que no... Yo sólo he sacado dos denarios para dos pobrecillos que encontré cerca de Efraím. Por lo demás, me he mantenido con lo que me había dado mi madre y lo que me han dado algunas buenas personas a las que he predicado tu Nombre. Aquí tienes la bolsa.

- Se la distribuiremos mañana a los pobres. Así también Judas aprenderá nuestras costumbres.

- ¿Ha venido tu primo? ¿Cómo se las ha arreglado para darse tanta prisa? Estaba en Nazaret y no me habló de partir...

- No. Judas es el nuevo discípulo. Es de Keriot. Tú lo has visto por Pascua, aquí, la tarde de la curación de Simón. Estaba con Tomás.

- ¡Ah! ¿Es él? — Se le nota un poco turbado a Juan.

- Es él. ¿Y Tomás qué hace?

- Ha obedecido lo que habías dicho, dejando a Simón Cananeo y yendo por la vía del mar al encuentro de Felipe y Bartolomé.

- Sí, quiero que os améis sin preferencias, ayudándoos mutuamente, comprendiéndoos mutuamente. Nadie es perfecto, Juan. Ni los jóvenes ni los viejos. Pero si tenéis buena voluntad llegaréis a la perfección; lo que os falte lo pondré Yo. Vosotros sois como los hijos de una santa familia. En ella hay muchos caracteres distintos. Uno es fuerte; el otro, dulce o valiente o tímido o impulsivo o muy cauto. Si todos fuerais iguales, constituiríais una potencia en un carácter, pero estaríais incompletos en todos los demás; mientras que así formáis una unión perfecta porque os completáis unos a otros. El amor os une — debe uniros —, el amor por la causa de Dios.

- Y por ti, Jesús.

- Primero la causa de Dios y luego el amor hacia su Cristo.

- Yo... ¿qué soy yo en nuestra familia?

- Eres la paz amorosa del Cristo de Dios. ¿Estás cansado, Juan? ¿Quieres regresar? Yo me quedo a orar.

- Yo también me quedo a orar contigo. Déjame quedarme a orar contigo.

- Bien, quédate.

Jesús recita algunos salmos y Juan le sigue; pero la voz se apaga, y el apóstol se queda dormido con la cabeza en el regazo de Jesús, que sonrío y extiende su manto sobre los hombros del durmiente y continúa orando mentalmente.

La visión termina así.

Luego dice Jesús:

- Una comparación más entre mi Juan y otro discípulo, comparación en la que aparece aún más límpida la figura de mi predilecto.

Éste se despoja incluso de su modo de pensar y juzgar para ser "el discípulo". Juan es aquel que se dona sin querer retener de sí, del sí mismo anterior a la elección, ni siquiera una molécula. Judas, sin embargo, es aquel que no se quiere despojar de sí mismo: la suya es, por tanto, una donación irreal; lleva consigo su yo enfermo de soberbia, de sensualidad, de avidez; conserva su modo de pensar; neutraliza, por tanto, los efectos de la donación y de la Gracia.

Judas: primero de la serie de todos los apóstoles frustrados. ¡Y son tantos...! Juan: arquetipo de los que se hacen hostia por mi amor: tu arquetipo.

Yo y mi Madre somos las Hostias excelsas. Alcanzarnos es difícil, es más, imposible, porque nuestro sacrificio fue de una aspereza total. ¡Pero mi Juan!... Es esa hostia que pueden imitar mis amantes de todas las clases: virgen, mártir, confesor,

evangelizador, siervo de Dios y de la Madre de Dios, activo y contemplativo; él dispone de un ejemplo para todos: es aquel que ama.

Observa los distintos modos de razonar. Judas investiga, cavila, opone resistencia, y, aunque externamente parezca que cede, en realidad conserva su forma mental. Juan se siente nada, acepta todo, no pide razones, se siente satisfecho con hacerme feliz. Este es el ejemplo.

¿Y no te has sentido invadida de paz ante su amor sencillo y encantador? ¡Mi Juan! ¡Y mi pequeño Juan, al que deseo ver cada vez más semejante a mi predilecto! María, acepta todo, diciendo siempre como el Apóstol: "Todo lo que Tú haces está bien hecho, Maestro" para merecer siempre que se te diga: "Eres mi amorosa paz". También necesito alivio Yo, María, (habla Jesús a María Valtorta). Dámelo. Mí Corazón para descanso tuyo.

71

Judas Iscariote presentado a Juan y a Simón Zelote.

Veo a Jesús con Judas Iscariote, pasear yendo y viniendo junto a una de las puertas del recinto del Templo.

- ¿Estás seguro de que vendrá? - pregunta Judas.

- Estoy seguro. Partía al alba, de Betania, y se encontraría en Get-Sammi con mi primer discípulo...

Una pausa. Jesús se para y mira fijamente a Judas — se lo ha puesto de frente; lo estudia —, luego le pone una mano encima del hombro y le pregunta:

- ¿Por qué, Judas, no me expresas tu pensamiento?

- ¿Qué pensamiento? No tengo un pensamiento especial en este momento, Maestro. Te hago incluso demasiadas preguntas. La verdad es que no puedes quejarte de mutismo por mi parte.

- Me haces muchas preguntas y me das muchas informaciones detalladas sobre la ciudad y sus habitantes, pero no me abres tu ánimo. ¿Qué importancia pueden tener para mí las noticias sobre el censo y la estructura de ésta o aquella familia? No soy una persona que no tenga nada que hacer y que haya venido aquí en plan de pasar el rato. Tú sabes para qué he venido. Y, como puedes comprender, ante todo me apremia ser el Maestro de mis discípulos. Por eso quiero por parte de ellos sinceridad y confianza. ¿Te quería tu padre, Judas?

- Me quería mucho. Yo era su orgullo. Cuando volvía de la escuela, e incluso después, cuando volvía a Keriot desde Jerusalén, quería que le dijese todo. Mostraba interés por todo lo que yo hacía. Si eran cosas buenas, se alegraba. Si eran menos buenas, me confortaba. Si había cometido algún error — alguna vez, ya se sabe, todos erramos — y, por ello, había recibido una reprensión, él me mostraba toda la justicia de la amonestación recibida, o todo el error de mi acción. ¡Pero, lo hacía con tanta dulzura...! Parecía un hermano mayor. Terminaba siempre así: "Esto te lo digo porque quiero que mi Judas sea una persona justa. Quiero que me bendigan a través de mi hijo...". Mi padre...

Jesús, que ha estado en todo momento mirando fija y atentamente al discípulo, sinceramente conmovido ante la evocación del padre, dice:

- Mira, Judas, estate seguro de cuanto te digo. Ninguna obra le hará tan feliz a tu padre como el que me seas fiel discípulo. El espíritu de tu padre exultará, allí, donde espera la luz — porque si te educó así debió ser justo —, si ve que eres discípulo mío. Pero, para serlo, tú debes decirte: "He vuelto a encontrar a mi padre perdido, al padre que parecía un hermano mayor; lo he encontrado de nuevo en mi Jesús, y a Él, como al padre amado que todavía lloro, le diré todo, para recibir guía, bendición o dulce amonestación". ¡Quiera el Eterno y quieras tú, sobre todo tú, que Jesús no tenga otra cosa que decirte sino: "Eres bueno. Te bendigo"!.
- ¡Oh, sí, Jesús, sí! Si me amas mucho, sabré llegar a ser bueno, como Tú quieres y como quería mi padre. Y mi madre así ya no tendrá esa espina en el corazón. Ella decía siempre: "Te has quedado sin guía, hijo, y todavía tenías mucha necesidad de ella". ¡Cuando sepa que te tengo a ti...!

- Yo te amaré como ningún otro ser humano podría hacerlo. Te amaré mucho. Te amo mucho. No me defraudes.

- No, Maestro, no. Estaba lleno de conflictos interiores. Envidias, celos, ambiciones de ser el primero, carnalidad; todo luchaba en mí contra las voces buenas. Incluso, hace poco, ¿ves?, Tú me has proporcionado un sufrimiento. Bueno, Tú no, me lo ha proporcionado mi malvada naturaleza... Yo creía que era tu primer discípulo... y me has dicho que tienes ya otro.

- Lo viste tú mismo. ¿No te acuerdas que en el Templo, durante la Pascua, estaba con muchos galileos?

- Creía que eran amigos... Creía que yo era el primer discípulo elegido y, por tanto, el predilecto.

- No hay distinciones en mi corazón entre los últimos y los primeros. Si el primero cometiera faltas y el último fuese santo, entonces sí se crearía ante los ojos de Dios la distinción. Pero Yo, Yo amaré lo mismo: con un amor beato al santo, con un amor doloroso al pecador. Mira, allí viene Juan con Simón: Juan es el primero; Simón es aquel de quien te hablé hace dos días. Tú ya los has visto a Simón y a Juan. Uno estaba enfermo...

- ¡Ah, el leproso! Ya me acuerdo. ¿Ya es discípulo tuyo?

- Desde el día siguiente.

- Y yo ¿por qué tanta espera?

- ¡¿Judas?!

- Es verdad. Perdón.

Juan ha visto al Maestro y se lo indica a Simón. Aceleran el paso. El saludo de Juan es un cambio de besos con el Maestro. Simón, por el contrario, se postra ante Jesús y besa sus pies exclamando:

- ¡Gloria a mi Salvador! ¡Bendice a tu siervo para que sus acciones sean santas a los ojos de Dios, y yo le dé gloria bendiciéndolo por haberme otorgado a ti!

Jesús le pone la mano sobre la cabeza:

- Sí, te bendigo para darte las gracias por tu trabajo. Álzate, Simón. Mira, Juan; mira, Simón: éste es el último discípulo, también él quiere seguir la Verdad; es hermano, por tanto, para todos vosotros.

Se saludan mutuamente. Los dos judíos con recíproca indagación, Juan expansivamente.

- ¿Estás cansado, Simón? - pregunta Jesús.

- No, Maestro. Junto con la salud me ha venido un vigor que aún no conocía.

- Y sé que lo empleas bien. He hablado con muchos y todos me han referido de ti que los habías instruido sobre el Mesías.

Simón sonríe contento.

- Ayer por la tarde también hablé de ti con un honesto israelita. Espero que un día lo conozcas. Quisiera llevarte a él.

- Esto no es imposible.

Judas interviene:

- Maestro, me has prometido que vendrías conmigo a Judea.

- E iré. Simón continuará instruyendo a las personas acerca de mi venida. El tiempo es breve, amigos, y la gente es mucha. Yo ahora me voy con Simón. Por la tarde vosotros dos vendréis a mi encuentro por el camino del Monte de los Olivos. Distribuiremos dinero a los pobres. Ahora marchaos.

Jesús, solo con Simón, le pregunta:

- Esa persona de Betania ¿es un verdadero israelita?

- Un verdadero israelita. Participa de todas las ideas imperantes, pero tiene también verdadera ansia del Mesías. Cuando le dije: "Él está entre nosotros", respondió enseguida: "¡Dichoso yo que vivo en esta hora!".

- Iremos a verlo un día, a llevar bendición a su casa. ¿Has visto al nuevo discípulo?

- Lo he visto. Es joven y parece inteligente.

- Sí. Lo es. Tú, que eres judío, compadécete por sus ideas, más que a los otros.

- ¿Es un deseo o una orden?

- Es una dulce orden. Tú, que has sufrido, puedes tener más indulgencia. El dolor es maestro de muchas cosas.

- Si Tú me lo ordenas, seré con él todo indulgencia.

- Sí. Así. Quizás mi Pedro — y no sólo él — se escandalizará un poco al ver cómo cuido a este discípulo y me preocupo de él. Pero un día comprenderán... Cuanto peor formado está uno, más necesidad tiene de cuidados. Los otros... ¡oh!, los otros se forman incluso por sí mismos, por el solo contacto. Yo no quiero hacer todo solo. Pido la voluntad del hombre y la ayuda de los demás para formar a un hombre. Os llamo a ayudarme... y os agradezco la ayuda.

- Maestro, ¿estás suponiendo que te va a defraudar?

- No. Pero es joven, y ha crecido en Jerusalén.

- ¡Oh! A tu lado se corregirá de todos los vicios de esta ciudad... Estoy seguro de ello. Yo, viejo y seco por el rencor, he quedado completamente renovado desde que te vi...

Jesús susurra:

- ¡Que así sea! - Luego dice fuerte - Ven conmigo al Templo. Voy a evangelizar al pueblo.

72

Hacia Belén con Juan, Simón Zelote y Judas Iscariote.

Ya desde las primeras horas de la mañana veo a Jesús en el momento en que llega a una cita que tiene con los discípulos Simón y Judas en la misma puerta de siempre. Jesús ya estaba con Juan. Y oigo que dice:

- Amigos, os pido que vengáis conmigo por la Judea; si no os cuesta demasiado, especialmente a ti, Simón.

- ¿Por qué, Maestro?

- Es áspero el camino por los montes de Judea... y tal vez incluso te resultará más áspero el encontrar a ciertas personas que te han causado perjuicios.

- Por lo que respecta al camino, te aseguro una vez más que desde que me curaste me siento más fuerte que un muchacho joven, y no me pesa ningún esfuerzo; además, siendo por ti, y, ahora, por si fuera poco, contigo... Por lo que respecta al encuentro con los que me hicieron el mal, en el corazón de Simón, desde que es tuyo, ya no hay resentimientos, y ni siquiera sentimientos duros. El odio cayó junto con las escamas de la enfermedad. Y no sé, créelo, si decirte que hiciste un milagro mayor al curarme la carne corroída o el alma abrasada por el rencor. Pienso que no me equivoco si digo que el milagro más grande fue este último. Sana siempre con menos facilidad una llaga del espíritu... y Tú me curaste improvisamente. Esto es un milagro, porque... no, uno no se cura de repente, aunque quiera hacerlo con todas sus fuerzas; no se cura el hombre de un hábito moral, si Tú no anulas ese hábito con tu voluntad santificante.

- No juzgas erradamente.

- ¿Por qué no lo haces así con todos? - pregunta Judas un poco resentido.

- Pero si lo hace, Judas. ¿Por qué le hablas así al Maestro? ¿No te sientes distinto desde que lo conoces? Yo ya era discípulo de Juan el Bautista, pero me he visto completamente cambiado desde que Él me dijo: "Ven".

Juan, que generalmente no interviene, especialmente si ello supone adelantarse al Maestro, esta vez no se sabe callar. Dulce y afectuoso, ha depositado una mano sobre el brazo de Judas como para calmarlo y le habla afanoso y persuasivo. Luego se da cuenta de que ha hablado antes que Jesús, se pone colorado y dice:

- Perdón, Maestro. He hablado en tu lugar... Pero quería... quería que Judas no te causara dolor.

- Sí, Juan. Pero no me ha apenado como discípulo. Cuando lo sea, entonces, si persiste en su modo de pensar, me causará dolor. Me entristece sólo el constatar lo corrompido que está el hombre por Satanás, y cómo éste le aparta el pensamiento del recto camino. ¡Todos, ¿sabéis?, todos tenéis el pensamiento turbado por él! Pero vendrá, ¡oh!, vendrá el día en que tendréis en vosotros la Fuerza de Dios, la Gracia; tendréis la sabiduría con su Espíritu... Entonces dispondréis de todo para juzgar justamente.

- ¿Juzgaremos todos justamente?

- No, Judas.

- Pero, ¿te refieres a nosotros, discípulos, o a todos los hombres?

- Hablo aludiendo primero a vosotros, pero también a todos los demás. Cuando llegue la hora, el Maestro creará a sus obreros y los mandará por el mundo...

- ¿No lo haces ya?

- Por ahora sólo me sirvo de vosotros para decir: "El Mesías está entre nosotros. Id a Él". Llegada la hora, os haré capaces de predicar en mi nombre, de cumplir milagros en mi nombre...

- ¡Oh!, ¿también milagros?

- Sí, en los cuerpos y en las almas.

- ¡Cuánto nos admirarán entonces! — se le ve a Judas alborozado ante esta idea.

- Pero ya no estaremos con el Maestro entonces... y yo tendré siempre miedo de hacer con capacidad de hombre lo que es de Dios - dice Juan, y mira a Jesús pensativamente, y también un poco triste.

- Juan, si el Maestro lo permite, quisiera decirte lo que pienso — es Simón quien ha hablado.

- Díselo. Deseo que os aconsejéis mutuamente.

- ¿Ya sabes que es un consejo?

Jesús sonríe y calla.

- Pues bien, entonces yo te digo, Juan, que no debes, no debemos temer. Apoyémonos en su sabiduría de Maestro santo, y en su promesa. Si Él dice: "Os mandaré", es señal de que sabe que puede enviarnos sin que le perjudiquemos a Él ni a nosotros, o sea, a la causa de Dios que todos amamos como se ama a la propia esposa recién casada. Si Él nos promete vestir nuestra miseria intelectual y espiritual con los fulgores de la potencia que el Padre le da para nosotros, debemos estar seguros de que lo hará, y nosotros tendremos ese poder de que nos habla el Maestro; no por nosotros, sino por su misericordia. Pero, ciertamente, todo esto sucederá si nosotros no ponemos orgullo, deseo humano, en nuestro obrar. Pienso que si corrompemos nuestra misión — que es completamente espiritual — con elementos terrestres, entonces decaerá también la promesa del Cristo; no por incapacidad suya, sino porque nosotros ahogaremos esta capacidad con el lazo de la soberbia. No sé si me explico bien.

- Te explicas muy bien. Me he equivocado yo. Pero mira... pienso que, en el fondo, desear ser admirados como discípulos del Mesías, suyos hasta el punto de haber merecido hacer lo que Él hace, es deseo de aumentar aún más la potente figura del Cristo ante las gentes. Gloria al Maestro que tiene tales discípulos; esto es lo que yo quiero decir - le responde Judas.

- No todo es erróneo en tus palabras. Pero... mira, Judas. Yo vengo de una casta perseguida por... por haber entendido mal qué y cómo debe ser el Mesías. Sí. Si nosotros lo hubiéramos esperado con justa visión de su ser, no habríamos podido caer en errores que son blasfemias contra la Verdad y rebelión contra la ley de Roma; por lo cual fuimos castigados por Dios y por Roma. Hemos querido ver en el Cristo un conquistador y un libertador de Israel, un nuevo Macabeo, y más grande que el gran Judas... Esto sólo. Y ¿por qué? Porque hemos cuidado más de nuestros intereses (los de la patria y los de los ciudadanos) que de los intereses de Dios. ¡Oh!, santo es también el interés de la patria. Pero, ¿qué es comparado con el Cielo eterno? He aquí cuanto he pensado y visto en las largas horas de persecución, primero, y de segregación, después; cuando, fugitivo, me escondía en las madrigueras de los animales salvajes, compartiendo con ellos lecho y alimento, para escapar de la fuerza romana, y sobre todo de las delaciones de los falsos amigos; o cuando, esperando la muerte, ya gustaba el olor del sepulcro en mi cueva de leproso: he visto la figura verdadera del Mesías... la tuya, Maestro humilde y bueno, la tuya, Maestro y Rey del espíritu, la tuya, oh Cristo, Hijo del Padre que al Padre conduces, y no a los palacios de tierra, no a las deidades de barro. Tú... ¡oh!, me resulta fácil seguirte... porque — perdona mi osadía que se proclama justa — porque te veo como te he pensado; te reconozco, en seguida te reconocí. Sí, no ha sido un conocimiento de ti, sino un reconocer a Uno que ya el alma había conocido...

- Por esto te he llamado... y por esto te llevo conmigo, ahora, en este primer viaje mío por Judea. Quiero que completes el reconocimiento... y quiero que también éstos, a los cuales la edad los hace menos capaces de llegar a lo verdadero por medio de meditación severa, sepan cómo su Maestro ha llegado a esta hora... Entenderéis luego. He aquí, ante nuestros ojos, la torre de David; la Puerta Oriental está cerca.

- ¿Salimos por ella?

- Sí, Judas. En primer lugar vamos a Belén, donde nació... Conviene que lo sepáis... para decírselo a los otros. También esto tiene que ver con el conocimiento del Mesías y de la Escritura. Encontraréis las profecías escritas en las cosas, con voz no ya de profecía sino de historia. Demos la vuelta rodeando las casas de Herodes...

- La vieja raposa malvada y lujuriosa.

- No juzguéis. Para juzgar está Dios. Vamos por ese sendero entre estas huertas. Nos detendremos a la sombra de un árbol, junto a alguna casa hospitalaria, mientras el sol abraza; luego proseguiremos el camino.

En Belén, en casa de un campesino y en la gruta de la Natividad.

Un camino de llanura pedregosa, polvorienta, secada por el sol estival. Discurre entre vigorosos olivos, del todo llenos de pequeñas aceitunas que acaban de formarse. El suelo, en los lugares que no han sido aún pisados, tiene todavía un estrato de diminutas florecitas del olivo, caídas después de la fecundación.

Jesús, con los tres, avanza en fila india a lo largo del margen del camino, donde la sombra de los olivos ha mantenido la hierba todavía verde, y por ello hay menos polvo.

El camino cambia de dirección en ángulo recto y sube levemente hacia una cuenca que tiene forma de amplia herradura, en la cual están esparcidas numerosas casas, más o menos grandes, hasta formar una pequeña ciudad. Exactamente en el punto donde el camino vuelve, hay una construcción cúbica cubierta por una pequeña cúpula baja; está completamente cerrada, como abandonada.

- He ahí el sepulcro de Raquel - dice Simón.

- Entonces casi hemos llegado. ¿Entramos inmediatamente en la ciudad?

- No, Judas. Antes os enseñaré un lugar... Después entraremos en la ciudad y, dado que hay todavía claridad y por la noche habrá Luna, podremos hablarle a la población, si quiere escuchar.

- ¿Cómo quieres que no te escuche?

Llegan al sepulcro, antiguo pero bien conservado, bien blanqueado. Jesús se detiene a beber en un rústico pozo cercano.

Una mujer, que ha venido a sacar agua, se la ofrece. Jesús le pregunta:

-¿Eres de Belén?.

- Lo soy. Pero ahora, en tiempo de recolección, estoy con mi marido en estos campos, para cuidar los huertos y los árboles frutales. Y Tú, ¿eres galileo?

- Nací en Belén, pero estoy en Nazaret de Galilea.

- ¿También tú perseguido?

- La familia. Pero por qué dices: "¿También Tú?" ¿Entre los betlemitas hay muchos perseguidos?

- ¿No lo sabes? ¿Cuántos años tienes?

- Treinta.

- Entonces naciste justamente cuando... ¡oh, qué desdicha! ¿Pero por qué nació aquí aquí?

- ¿Quién?

- Aquel que se decía que era el Salvador. Maldición a los necios que, borrachos de sidra, vieron en las nubes ángeles, oyeron en los balidos y rebuznos voces del Cielo y, en la niebla de su embriaguez, tomaron a tres miserables por los más santos de la Tierra. ¡Maldición a ellos! Y a quien creyó en ellos.

- No haces más que proferir maldiciones, pero no me explicas qué sucedió. ¿Por qué esas imprecaciones?

- Porque... Oye: ¿adónde quieres ir?

- A Belén, con mis amigos. Tengo compromisos allí. Debo saludar a viejos amigos y llevarles el saludo de mi Madre. Pero antes querría saber muchas cosas, porque faltamos, nosotros los de la familia, desde hace muchos años. Dejamos la ciudad teniendo Yo pocos meses.

- Antes de la desgracia, entonces. Oye, si no te repugna la casa de un campesino, ven a compartir con nosotros el pan y la sal. Tú y tus compañeros. Hablaremos durante la cena y os hospedaré hasta mañana por la mañana. Mi casa es pequeña, pero encima del establo hay mucho heno amontonado. La noche será cálida y serena. Si lo ves oportuno, puedes dormir.

- Que el Señor de Israel te pague tu hospitalidad. Iré con alegría a tu casa.

- El peregrino porta consigo bendición. Vamos. Pero tengo que echar todavía seis ánforas de agua a las verduras que han nacido hace poco.

- Yo te ayudo.

- No. Tú eres un señor; lo dice tu manera de actuar.

- Soy un obrero, mujer. Y éste es pescador. Éstos, judíos, son de censo y de empleo. No Yo - Y toma un ánfora que está recostada sobre su panza junto al bajísimo brocal del pozo, la ata y la descuelga.

Juan le ayuda, y los otros no quieren ser menos. Le dicen a la mujer:

- ¿Dónde está el huerto? Muéstranoslo: llevaremos allí las tinajas.

- ¡Dios os bendiga! Tengo los riñones hechos polvo del cansancio. Venid...

Y, mientras Jesús extrae su cántaro, los tres desaparecen hacia abajo por un senderillo... Después vuelven con los dos cántaros vacíos; los llenan, vuelven a marcharse... Y esto lo hacen no tres sino diez veces. Y Judas ríe diciendo:

- Se está destrozando la garganta de bendicimos. Le damos tanta agua a la ensalada que durante al menos dos días la tierra estará húmeda y esta mujer no se hará migas los lomos.

Cuando vuelve por última vez dice:

- Maestro, de todas formas, creo que hemos venido a parar a un mal sitio.

- ¿Por qué, Judas?

- Porque la tiene tomada con el Mesías. Le he dicho: "No blasfemes. ¿No sabes que el Mesías es la mayor gracia para el pueblo de Dios? Yeová se lo prometió a Jacob y a partir de él a todos los Profetas y justos de Israel. ¿Y Tú lo odias?" Me ha

respondido: "No a Él, sino al que llamaron "Mesías" unos pastores borrachos y unos malditos adivinos de Oriente". Y como éses eres Tú...

- No importa. Sé que he sido introducido en el mundo para prueba y contradicción de muchos. ¿Le has dicho que soy Yo?

- No, no soy estúpido. He querido cubrir tus espaldas y las nuestras.

- Has hecho bien. No por las espaldas, sino porque deseo manifestarme cuando lo juzgue justo. Vamos.

Judas lo guía hasta el huerto.

La mujer vacía los últimos tres cántaros y luego los conduce hacia una rústica construcción entre los árboles frutales.

- Entrad - dice - Mi marido está ya en casa.

Se asoman a una baja y ahumada cocina.

- La paz sea en esta casa - saluda Jesús.

- Quienquiera que seas, bendición a ti y a los tuyos. Entra - responde el hombre. Primero trae un barreño con agua para que los cuatro se refresquen y se limpien, luego entran todos y se sientan alrededor de una tosca mesa.

- Os doy las gracias por mi mujer. Me ha dicho lo que habéis hecho. Yo nunca había conocido galileos y me habían dicho que eran burdos y pendencieros. Pero vosotros habéis sido amables y buenos. ¡Estando ya cansados... trabajar tanto! ¿Venís desde lejos?

- De Jerusalén. Éstos son judíos. Yo y este otro somos de Galilea. Pero, créeme, hombre: el bueno y el malo están en todas partes.

- Es verdad. Yo, como primer encuentro con los galileos, encuentro al bueno. Mujer: trae de comer. No tengo más que pan, verduras, aceitunas y queso. Soy campesino.

- No soy un señor tampoco Yo. Soy carpintero.

- ¿Tú? No, a juzgar por tus modales.

La mujer interviene:

- Nuestro huésped es de Belén, te lo he dicho, y, si persiguen a los suyos, habrán sido quizás ricos e instruidos como lo eran Josué de Ur, Matías de Isaac, Leví de Abraham... ¡pobres infelices!...

- Nadie te ha preguntado. Perdónala. Las mujeres son más charlatanas que las gorrionas por la tarde.

- ¿Eran familias de Belén?

- ¿Cómo? ¿No sabes quiénes eran, siendo Tú de Belén?

- Huimos cuando Yo tenía pocos meses...

La mujer, que debe ser realmente una cotorra, vuelve a hablar:

- Se marchó antes de la masacre.

- ¡Ya lo veo! Si no, no estaría en el mundo. ¿No has vuelto nunca?

- No.

- ¡Qué gran desdicha! Encontrarás a pocos de los que — me lo ha dicho Sara — quieres conocer y saludar. A muchos los mataron, muchos huyeron, muchos... ¡bah!, desperdigados, y no se ha sabido nunca si murieron en el desierto o si fueron acallados en la cárcel en castigo de su rebelión. Pero, ¿fue rebelión? ¿Quién habría permanecido inerte dejando degollar a tantos inocentes? No, ¡que no es justo que estén todavía vivos Leví y Elías, y hayan muerto tantos inocentes!

- ¿Quiénes son esos dos, y qué hicieron?

- ¡Pero bueno!... al menos habrás oído hablar de la matanza, de la matanza de Herodes... Más de mil pequeñuelos, en la ciudad; otro millar casi, en los campos. Y todos, bueno, casi todos, varones, porque con la furia, con la oscuridad, con el revuelo, los desalmados tomaron, arrancaron de las cunas, de los lechos maternos, de las casas que asaltaron, incluso niñas y las traspasaron con las armas como a gacelas lactantes tomadas como blanco por un arquero. Y todo esto ¿por qué? Porque un grupo de pastores, que para vencer el hielo nocturno ciertamente habían bebido sus buenos tragos de sidra, cayeron en delirio y dijeron que habían visto ángeles, que habían oído canciones, recibido señales... y nos dijeron a los de Belén: "Venid. Adorad. El Mesías ha nacido". ¡Fíjate: el Mesías en una cueva! Realmente tengo que decir que todos nos comportamos como ebrios, también yo, adolescente, y mi mujer, que entonces tenías pocos años... porque todos creímos, y, en una pobre mujer galilea quisimos ver a la Virgen que da a luz, de que hablaron los Profetas. ¡Pero si estaba con un tosco galileo!; el marido, claro; y, si estaba casada, ¿cómo podía ser la "Virgen"? En definitiva: creímos. Dones, adoraciones... casas abiertas para hospedarlos... ¡Oh, habían sabido hacer bien su papel! ¡Pobre Ana! Le fueron en ello los bienes y la vida, y los hijos de su hija — la primera, la única que se salvó porque estaba casada con un mercader de Jerusalén — perdieron también los bienes, porque Herodes mandó quemar la casa y talar toda la propiedad. Ahora es un terreno baldío en el que padece el ganado.

- ¿Los pastores tuvieron toda la culpa?

- No, también tres brujos que venían de los reinos de Satanás. Quizás eran compinches de los tres...; Y nosotros, estúpidos, que nos considerábamos tan honrados por su presencia! ¡Aquel pobre jefe de la sinagoga! Lo matamos por jurar que las profecías avalaban la verdad de las palabras de los pastores y de los magos...

- Por tanto, ¿toda la culpa fue de los pastores y de los magos?

- No, galileo. También nuestra. De nuestra credulidad. ¡Se le esperaba desde hacía tanto tiempo al Mesías...! Siglos de espera. Muchas desilusiones en los últimos tiempos por los falsos mesías. Uno era galileo, como Tú, otro se llamaba Teoda. ¡Embusteros! ¡Mesías ellos!... ¡No eran más que ambiciosos aventureros en busca de fortuna! Deberíamos haber aprendido la lección. Sin embargo...

- Y entonces, ¿por qué maldecís todos a los pastores y a los magos? Si os juzgáis estúpidos vosotros también, deberíais también maldeciros a vosotros mismos. Ahora bien, la maldición no está permitida por el precepto del amor. Maldición atrae

maldición. ¿Tenéis la seguridad de que estáis en lo justo? ¿No podría ser que los pastores y los magos hubieran dicho la verdad, revelada a ellos por Dios? ¿Por qué querer creer que fueran embusteros?

- Porque los años de la profecía no se habían cumplido. Después pensamos en ello... después de que la sangre, que volvió rojos pilones y arroyos, nos abriera los ojos del pensamiento.

- ¿Y no habría podido el Altísimo, por exceso de amor hacia su pueblo, anticipar la venida del Salvador? ¿Sobre qué basaron los magos su aserción? Me has dicho que venían de Oriente...

- En sus cálculos sobre una nueva estrella.

- ¿Y no está escrito: "Una estrella nacerá de Jacob y un cetro surgirá de Israel"? Y ¿no es Jacob el gran patriarca, y no se detuvo en esta tierra de Belén estimada por él como pupila de su ojo, porque fue donde murió su amada Raquel? ¿Y no fue dicho también por boca profética: "Un retoño despuntará de la raíz de Jesé y una flor saldrá de esta raíz"? Iesái, padre de David, nació aquí. ¿El retoño de la estirpe, serrada por la raíz por usurpación de unos tiranos, no es la "Virgen" que dará a luz a su Hijo, no de hombre, puesto que entonces ya no sería virgen, sino por querer divino, por lo cual El será "el Emmanuel" porque: Hijo de Dios, será Dios; y traerá, por tanto, a Dios a habitar entre su pueblo, como su nombre dice? ¿Y no será anunciado, dice la profecía, a los pueblos de las tinieblas, o sea, a los paganos, "por una gran luz"? ¿La estrella que vieron los magos no podría ser la estrella de Jacob, la gran luz de las dos profecías de Balaam y de Isaías? Y la misma matanza llevada a cabo por Herodes, ¿no forma parte de las profecías? "Un grito se ha oído en lo alto... Es Raquel que llora por sus hijos". Estaba signado que los huesos de Raquel vertieran lágrimas en el sepulcro de Efratá cuando, por el Salvador, llegara la recompensa al pueblo santo. Lágrimas para después mutarse en celeste sonrisa, como el arco iris que se forma con las últimas gotas del temporal, pero anuncia: "La serenidad ha sido concedida".

- Eres muy docto. ¿Eres Rabí?

- Lo soy.

- Y yo lo percibo. Hay luz y verdad en tus palabras. Pero... ¡oh!, demasiadas heridas sangran todavía en esta tierra de Belén por el verdadero o falso Mesías... Yo no le aconsejaría que viniera jamás aquí. La tierra lo rechazaría como se rechaza a un hijastro por cuya causa murieron los verdaderos hijos. Pero... si era Él... murió degollado con los otros.

- ¿Dónde viven ahora Leví y Elías?

- ¿Los conoces? - El hombre desconfía.

- No los conozco. No conozco su rostro. Pero son infelices y Yo siempre tengo piedad de los infelices. Deseo ir a verlos.

- ¡Ya!... serás el primero después de casi seis lustros. Son todavía pastores y sirven a un rico herodiano de Jerusalén que se apropió de muchos bienes de los asesinados... ¡Siempre hay alguien que se aprovecha! Los verás con los rebaños hacia las alturas que conducen a Hebrón. Pero, un consejo: que los habitantes de Belén no te vean hablando con ellos. Te traerá complicaciones. Los soportamos porque... porque está el herodiano. Si no...

- ¡Oh..., el odio!... ¿Por qué odiar?

- Porque es justo. Nos han causado un mal.

- Creían que actuaban bien.

- Pero actuaron mal. ¡Y mal reciban! Debíamos haberlos matado, de la misma forma que ellos, con su necesidad, provocaron muertes. Pero estábamos alelados, y después... estaba el herodiano.

- Si no hubiera estado él, entonces, ¿incluso después del primer impulso de venganza, los habríais matado?

- Incluso ahora los mataríamos, si no tuviéramos miedo de su jefe.

- Hombre, Yo te digo: no odies, no desees el mal, no desees hacer el mal. Aquí no hay culpa. Pero, aunque la hubiera, perdona; en nombre de Dios, perdona. Díselo a los otros de Belén. Cuando desaparezca el odio de vuestros corazones, vendrá el Mesías; lo conoceréis entonces, porque Él vive, Él ya estaba cuando tuvo lugar la matanza. Yo os digo que la matanza no ocurrió por culpa de los pastores y de los magos, sino por culpa de Satanás. El Mesías os ha nacido aquí, ha venido a traer la Luz a la tierra de sus padres. Hijo de Madre virgen de la estirpe de David, en las ruinas de la casa de David abrió al mundo el río de las gracias eternas, abrió la vida al hombre...

- ¡Fuera, fuera! ¡Sal de aquí! Tú, seguidor de este falso Mesías, que no podía más que ser falso, porque nos ha traído desdicha, a nosotros los de Belén. Tú lo defiendes, por tanto...

- Silencio, hombre. Yo soy judío y tengo amigos en puestos importantes. Podría hacer que te arrepintieras del insulto - reacciona Judas agarrando de la túnica al campesino, y zarandeándole, violento, encendido de ira.

- No, no, ¡fuera de aquí! No quiero problemas, ni con los de Belén, ni con Roma, ni con Herodes. Marchaos, malditos, si no queréis que os deje marcados. ¡Fuera!...

- Vamos, Judas. No respondas. Dejémoslo en su odio. Dios no entra donde hay rencor. Vamos.

- Sí, vamos. Pero me la pagaréis.

- No, Judas, no. No hables así. Están ciegos... Habrá muchos así en mi camino...

Salen, después de Simón y Juan — que ya estaban fuera, hablando en voz baja con la mujer, detrás de una esquina del establo.

- Perdona a mi marido, Señor. Yo no creía hacer tanto mal... Mira, ten. Los tomarás mañana por la mañana. Son frescos, de hoy. No tengo otra cosa... Perdón. ¿Dónde vas a dormir?». (Da unos huevos).

- No te preocupes. Sé a dónde ir. Vete en paz por tu bondad. Adiós.

Caminan en silencio durante algunos metros. Luego Judas no se aguanta más y dice:

- ¡Pero también Tú...! ¡Mira que no hacerte adorar!... ¿Por qué no hacerle comer el lodo a ese sucio blasfemo? ¡Al suelo! Humillado por haberte faltado a ti, Mesías... ¡Oh, yo lo habría hecho! A los samaritanos hay que reducirlos a cenizas con un milagro. Sólo esto los mueve.

- ¡Oh, cuántas veces lo oiré decir! Pero, ¡si tuviera que reducir a cenizas a alguien por cada pecado contra mí!... No, Judas. Yo he venido para crear. No para destruir.

- Ya. Pero los demás sí que te destruyen a ti.

Jesús no rebate a Judas.

Simón pregunta:

- ¿Adónde vamos ahora, Maestro?

- Venid conmigo. Conozco un lugar».

- Pero si no has vuelto nunca, desde que huiste, ¿cómo lo conoces? - pregunta, todavía enfadado, Judas.

- Lo conozco. No es bonito. He estado allí otra vez. No es en Belén... un poco fuera... Torcemos por esta parte.

Jesús adelante, luego Simón, luego Judas, el último Juan... En el silencio, roto sólo por el roce de las sandalias contra la grava del sendero, se oye un sollozo.

- ¿Quién llora? - pregunta Jesús volviéndose.

Y Judas:

- Es Juan. Ha tenido miedo.

- No. No miedo. Había echado ya la mano al cuchillo que tengo en el cinto... Pero me he acordado de tu: "No mates, perdona". Lo dices siempre...

- Y entonces, ¿por qué lloras? - pregunta Judas.

- Porque sufro viendo que el mundo no quiere a Jesús. No lo reconoce y no lo quiere conocer. ¡Oh..., es un dolor de tal naturaleza!... Como si me hurgasen en el corazón con espinas de fuego. Como si hubiera visto pisotear a mi madre y escupirle a mi padre en la cara... Más aún... Como si hubiera visto a los caballos romanos comer en el Arca Santa y descansar en el Santo de los Santos.

- No llores, Juan mío. Dirás, ésta e infinitas veces: "Él era la Luz venida a resplandecer entre las tinieblas, pero las tinieblas no lo comprendieron. Vino al mundo que había sido hecho por Él, mas el mundo no lo conoció. Vino a su ciudad, a su casa, y los suyos no lo recibieron". ¡Oh, no llores así!

- ¡Esto no sucede en Galilea! - suspira Juan.

- Y tampoco en Judea - replica Judas - Jerusalén es su capital y hace tres días te aclamaba a ti, Mesías; este lugar de burdos pastores, campesinos y hortelanos, no hay que tomarlo como punto de referencia. Tampoco los galileos, ¡vamos!, serán todos buenos. Y además Judas, el falso Mesías, ¿de dónde era? Se decía...

- Basta, Judas. No conviene alterarse. Yo estoy tranquilo, estad tranquilos también vosotros. Judas, ven aquí. Tengo que hablar contigo.

Judas se llega hasta Jesús.

- Toma la bolsa. Tú te encargarás de las compras. Para mañana.

- ¿Y ahora dónde nos vamos a alojar?

Jesús sonríe y calla.

Ha llegado la noche. La luna viste todo de candor. Los ruiseñores cantan entre los olivos. El riachuelo parece una cinta de plata sonora. De los prados segados llega olor de forrajes: caliente, diría... carnal. Algún mugido. Algún balido. Y estrellas, estrellas, estrellas... una siembra de estrellas en la capa del cielo, un baldaquino de gemas vivas extendido sobre las colinas de Belén.

- ¡Pero aquí!... Hay ruinas. ¿Adónde nos llevas? La ciudad está más allá.

- Lo sé. Ven. Sigue el riachuelo detrás de mí. Unos pocos pasos más, y luego... luego te ofreceré el lugar de alojamiento del Rey de Israel.

Judas se encoge de hombros y calla.

Unos pocos pasos más. Luego un amasijo de casas derruidas. Restos de viviendas... Un antro entre dos aberturas de una gruesa pared.

Jesús dice:

- ¿Tenéis yesca? Encended.

Simón saca un pequeño farol de su bolsa, lo enciende y se lo da a Jesús.

- Entrad - dice el Maestro levantando la lamparita - Entrad. Esta es la estancia de la natividad del Rey de Israel.

- ¡Estás de broma, Maestro! Ésta es una fétida cueva. ¡Ah, yo aquí, por supuesto, no me quedo! Me da asco: húmeda, fría, maloliente, llena de escorpiones, hasta de culebras quizás...

- Y a pesar de todo... amigos, aquí, la noche del 25 de Encenias, de la Virgen nació Jesucristo, el Emmanuel, el Verbo de Dios hecho carne por amor al hombre: quien os está hablando. En aquel entonces, como ahora, el mundo se mostró sordo ante las voces del Cielo que hablaban a los corazones... y rechazó a mi Madre... y aquí... No, Judas, no desvíes con desagrado la mirada de esos murciélagos que revolotean, de esos lagartos, de esas telas de araña; no te recojas con asco tu bonita vestimenta bordada para que no arrastre sobre el suelo cubierto de excrementos de animales. Esos murciélagos son los hijos de los hijos de los que en realidad fueron los primeros juguetes agitados ante los ojos del Niño, por el cual los ángeles cantaban el "Gloria" que oyeron los pastores, que estaban ebrios, sí, pero sólo de extática alegría, de verdadera alegría. Esos lagartos, con su esmeralda, fueron los primeros colores que impresionaron mi pupila, los primeros después del candor del vestido y del rostro maternos; esas telas de araña, los baldaquinos de mi cuna regia. Este suelo... ¡oh!, lo puedes pisar sin desdén... Está cubierto de excrementos... pero está santificado por el pie de Ella, la Santa, la gran Santa, la Pura, la Intacta, la Puérpera deípara, aquella que dio a luz porque debía dar a luz, dio a luz porque Dios, no el hombre, se lo dijo y la fecundó de sí mismo. Ella; la Sin Mancha, lo ha comprimido con sus pies. Tú lo puedes pisar. Y Dios quiera que por las plantas de tus pies te suba al corazón la pureza que Ella espiró...

Simón se ha arrodillado. Juan va derecho hacia el pesebre y llora con la cabeza apoyada en él. Judas está aterrado... le vence la emoción y, dejando de pensar en su bonita vestimenta, se arroja al suelo, coge el orlo del vestido de Jesús, lo besa y se golpea el pecho diciendo:

- ¡Misericordia, Maestro bueno, por la ceguera de tu siervo! Mi soberbia cae... te veo cual eres. No el rey que yo pensaba, sino el Príncipe eterno, el Padre del siglo futuro, el Rey de la paz. ¡Piedad, Señor y Dios mío! ¡Piedad!

- Sí. ¡Toda mi piedad! Ahora dormiremos donde durmieron el Infante y la Virgen, ahí donde Juan se ha colocado en el lugar de la Madre en adoración, aquí donde Simón parece mi padre putativo... O, si lo preferís, os hablo de aquella noche...

- ¡Oh! sí, Maestro. Danos a conocer cómo naciste.

- Para que sea perla de luz en nuestros corazones. Y para que se lo podamos transmitir al mundo.

- Y venerar a tu Madre, no sólo por ser madre tuya, sino por ser... ¡por ser la Virgen!

Primero ha hablado Judas, luego Simón, luego Juan con rostro lloroso y risueño, junto al pesebre...

- Venid aquí sobre el heno. Escuchad..... y Jesús cuenta su noche natal:

-...Estando por cumplírsele a mi Madre el tiempo de dar a luz, por orden de César Augusto, el delegado imperial, Publio Sulpicio Quirino, siendo gobernador de Palestina Senzio Saturnino, publicó un edicto cuyo contenido era empadronar a todos los habitantes del Imperio. Los no esclavos debían dirigirse a los lugares de origen para inscribirse en los registros del Imperio. José, esposo de mi Madre, era de la estirpe de David, como también de David era mi Madre. Obedeciendo por ello al edicto, dejaron Nazaret para venir a Belén, cuna de la estirpe real. Muy frío el tiempo...

Jesús continúa su narración y todo termina así.

74

En la posada de Belén y en las ruinas de la casa de Ana.

Son las primeras horas de una luminosa mañana de verano. El cielo toma unas pinceladas de rosa en algunas finas nubecitas que parecen deshiladuras de gasa perdidas en una alfombra de raso turquino. Hay todo un cantar de pájaros, ya ebrios de luz... gorriones, mirlos, petirrojos silban, gorjean, riñen por un tallito, por una larva, por una ramita que llevarse al nido, por una larva para llenar el buche, por una ramita que les sirva como dormitorio. Golondrinas se lanzan, como saetas, desde el cielo al pequeño riachuelo para mojarse el pecho de nieve, coloreado en su ápice de óxido, y, tomada la frescura de la ola, atrapada la mosquita que aún duerme colgada de un tierno tallo, se vuelven hacia arriba con un rapidísimo zigzag, como el destello de una hoja bruñida, chillando alegres.

Dos aguzanieves, vestidas de seda cenicienta, pasean graciosas como dos damiselas a lo largo de la orilla del riachuelo manteniendo bien alta la larga cola adornada de velludillos negros; se miran en el agua, se ven hermosas, continúan su paseo, mientras un mirlo, verdadero pilluelo del bosque, les hace burla y los silba por detrás con su largo pico amarillo. Dentro de un tupido manzano silvestre, que se yergue solitario junto a las ruinas, una ruiseñora llama insistentemente a su compañero, y se calla sólo cuando lo ve llegar con una larga larva que se retuerce oprimida por el fino pico. Dos palomas zuranas, que probablemente huyeron de algún palomar ciudadano y que han elegido vivir libremente entre las grietas del torreón derruido, se entregan zureando a sus manifestaciones de afecto: él seductor, pudorosa ella.

Jesús, con los brazos cruzados, mira a todos estos animalitos alegres, y sonrío.

- ¿Ya estás listo, Maestro? - pregunta Simón por detrás.

- Ya listo. ¿Los otros duermen todavía?

- Todavía.

- Son jóvenes... Me he lavado en ese riachuelo... Una agua fresca que despeja la mente...

- Ahora voy yo.

Mientras Simón — sólo con la prenda corta — se lava y se vuelve a vestir, salen Judas y Juan.

- Dios te salve, Maestro. ¿Es demasiado tarde?

- No. Apenas ha nacido la mañana. Pero ahora daos prisa. Vámonos.

Los dos se lavan y se ponen la túnica y el manto.

Jesús, antes de ponerse en camino, arranca unas florecillas nacidas entre las hendiduras de dos rocas y las coloca en una cajita de madera, en la cual ya hay otras cosas que no distingo bien. Y comenta:

- Se las voy a llevar a mi Madre. Las guardará con cariño... Vamos.

- ¿Adónde, Maestro?

- A Belén.

- ¡¿Sí?! Me parece que no hay un buen ambiente respecto a nosotros...

- No importa. Vamos. Quiero mostraros dónde bajaron los magos y dónde estaba Yo.

- Entonces... Escucha... Perdona, ¿eh?, Maestro... Permíteme que hable. ¿Por qué no hacemos una cosa? En Belén, y en la posada, deja que sea yo quien hable o pregunte. En Judea no se os estima mucho a los galileos, y aquí menos que en otras partes. Es más, ¿por qué no hacemos así?: Tú y Juan tenéis aspecto de galileos hasta en el vestido, que es demasiado simple. Y luego... ¡ese pelo...! ¿Por qué os empeñáis en llevarlo tan largo? Yo y Simón os dejamos el manto y cogemos el vuestro. Tú, Simón, a Juan; yo al Maestro. Eso es... así. ¿Ves? Parecéis, en un momento, un poco más judíos. Ahora esto - Y se quita la prenda con la que cubre su cabeza: un pedazo de tela de rayas amarillas, marrones, rojas, verdes, como el manto, alternadas; sujetado por un cordón amarillo. Lo pone sobre la cabeza de Jesús, cubriendo con él ambos lados de su cara para ocultar los largos

cabellos rubios. Juan coge el de Simón, que es de un color verde oscurísimo - ¡Bien!, ¡ahora está mejor! Yo tengo el sentido práctico.

- Sí, Judas. Tú tienes el sentido práctico. Es verdad. Ten cuidado, no obstante, con que no rebase al otro sentido.

- ¿A cuál, Maestro?

- Al sentido espiritual.

- ¡No, hombre! Pero en ciertos casos conviene saber ser más políticos que los embajadores. Escucha... perdona otra cosa... es por tu bien... no me contradigas si digo algunas cosas... algunas cosas... que realmente no son verdaderas.

- ¿Qué quieres decir? ¿Por qué mentir? Yo soy la Verdad, y no quiero mentiras, ni en mí, ni en torno a mí.

- ¡Oh!, no diré más que medias mentiras. Diré que regresamos todos de lugares lejanos, de Egipto, por ejemplo, y que deseamos tener noticias de unos amigos íntimos. Diré que somos judíos que regresamos de un destierro... En el fondo, en todo ello, hay un poco de verdadero... y, además, hablo yo... una mentira más, una mentira menos...

- ¡Pero Judas! ¿Por qué engañar?

- ¡No te preocupes, Maestro! El mundo se guía por engaños. Y, de vez en cuando, son necesarios. ¡Bien!, por darte gusto, diré sólo que venimos de lejos y que somos judíos, lo cual es verdad respecto a tres, de cuatro. Y tú, Juan, no hables nunca. Te traicionarías.

- Estaré callado.

- Luego... si las cosas se ponen bien... entonces diremos el resto. Pero tengo poca esperanza... Soy astuto y las cazo al vuelo.

- Lo veo, Judas. Pero preferiría que fueras sencillo.

- Sirve para poco. En tu grupo yo seré el de las misiones difíciles. Déjame... verás.

Jesús se muestra poco entusiasta. Pero cede.

Se ponen en camino. Rodean las ruinas; luego van siguiendo una gruesa pared sin ventanas, detrás de la cual se oye rebuznar, mugir, relinchar, balar, y ese sonido desagradable desafinado de los camellos o dromedarios. La pared hace esquina. Vuelven ésta... y se encuentran en la plaza de Belén. El pilón de la fuente está en el centro de la plaza, que sigue teniendo la misma forma sesgada, pero que ahora es distinta en el lado opuesto a la posada. En el lugar en que estaba la casita — cuando pienso en ella, la veo todavía toda de plata pura bajo el rayo de la Estrella — hay ahora una gran abertura llena de escombros. Sólo la pequeña escalera está todavía en pie con su pequeño balconcito. Jesús mira, y suspira.

La plaza está llena de gente en torno a los vendedores de productos alimenticios, de enseres o herramientas, telas, etc., los cuales han extendido sobre esteras, o colocado en cestas, sus mercancías, todas depositadas en el suelo; hasta ellos están en cuclillas, generalmente en el centro de su... puesto, si es que no están en pie, gritando y gesticulando, cerrando un trato con algún comprador tacaño.

- Es día de mercado - dice Simón.

La puerta, más exactamente: el portal de la posada, está abierta de par en par; está saliendo una fila de asnos cargados de mercancías.

Judas es el primero en entrar. Mira a su alrededor. Pilla, altanero, a un pequeño establero sucio y desarreglado, que lleva sólo una camisa larga, sin mangas y hasta la rodilla.

- ¡Siervo! - grita. - ¡El dueño! ¡Enseguida! ¡Muévete, que no estoy acostumbrado a esperar!.

El muchacho sale corriendo, llevando consigo una escoba de ramas.

- ¡Pero Judas! ¡Qué modales!

- Calla, Maestro. Déjame a mí. Deben creer que somos ricos y de ciudad.

El dueño, que acude corriendo, se rompe la espalda de tantas reverencias como hace delante de Judas, al cual se le ve imponente con el manto rojo oscuro de Jesús encima de su rica vestidura amarilla oro, toda llena de bandas y franjas.

- Venimos de lejos. Somos judíos de las comunidades asiáticas. Éste, perseguido, betlemita de nacimiento, viene buscando a sus amigos íntimos. Y nosotros venimos con Él, de Jerusalén, donde hemos adorado al Altísimo en su Casa. ¿Puedes darnos información particularizada al respecto?

- Señor... tu siervo... Todo tuyo. Ordena.

- Queremos saber acerca de muchos... y especialmente de Ana, la mujer que tenía su casa frente a esta posada.

- ¡Oh, pobrecilla! A Ana sólo la volverás a ver en el seno de Abraham, y, con ella, a sus hijos.

- ¿Muerta? ¿Por qué?.

- ¿No sabéis lo de la matanza de Herodes? Todo el mundo habló de ello, e incluso el César lo definió a Herodes "cerdo que se nutre de sangre". ¡Ay! ¿Qué he dicho! ¡No me denunciéis! ¿Eres un auténtico judío?

- Mira el signo de mi tribu. ¿Entonces?... Habla.

- A Ana la mataron los soldados de Herodes, y con ella a todos sus hijos, menos una.

- Pero, ¿por qué? ¡Era muy buena!

- ¿La conocías?

- Muy bien - Judas miente descaradamente.

- La mataron por haber proporcionado alojamiento a los que se decían padre y Madre del Mesías... Ven aquí, a esta habitación... Las paredes oyen, y hablar de ciertas cosas... es peligroso.

Entran en una pequeña habitación oscura y baja. Se sientan en un diván también bajo.

- La cosa fue así... yo intuí algo. ¡No en vano soy posadero! He nacido aquí, soy hijo de hijos de posaderos. Llevo la malicia en la sangre. Y entonces no los acepté. Quizás hubiera podido encontrar un lugar para ellos. Pero... galileos, pobres, desconocidos... ¡no, no!, ¡Ezequías no comete este error! Y además... sentía... sentía que eran distintos... esa mujer... unos ojos... un algo... ¡no, no!; debía tener el demonio dentro y hablar con él. Y nos lo trajo aquí... A mí no, pero sí a la ciudad. Ana era

más inocente que un cordero, y los hospedó pocos días después, ya con el Niño. Decían que era el Mesías... ¡Cuánto dinero gané esos días! ¡Fue mucho más que un empadronamiento! Venía incluso gente que no habría debido venir por el padrón. Venían incluso desde el mar, ¡hasta de Egipto!, a ver... ¡y durante meses! ¡Qué ganancias tuve!... Los últimos en llegar fueron tres reyes, tres potentados, o tres magos... ¡yo qué sé! ¡Un cortejo!... ¡no acababa nunca! Me ocuparon todas las cuadras y pagaron en oro heno como para un mes, y luego se fueron al día siguiente dejándolo todo allí. ¡Y qué regalos a los mozos de los establos, a las mujeres... y a mí! Yo... del Mesías, fuera verdadero o falso, sólo puedo hablar bien. Me hizo ganar monedas a mansalva. No sufrí ningún desastre; muertos, tampoco, porque me acababa de casar. Por tanto... ¡Pero los demás...!

- Querríamos ver los lugares de la matanza.

- ¿Los lugares? Pero si todas las casas fueron lugar de matanza. Hubo muertos en varias millas a la redonda. Venid conmigo.

Suben una escalera y luego a una terraza que está encima del tejado; desde arriba se ve ampliamente el campo y toda Belén extendida como un abanico abierto sobre sus colinas.

- ¿Veis los puntos destruidos? Allí ardieron incluso las casas porque los padres defendieron a sus hijos con las armas. ¿Veis allí aquella especie de pozo cubierto de hiedra? Son los restos de la sinagoga, quemada con el jefe dentro, que había afirmado que aquél era el Mesías. La quemaron los que se salvaron, locos por la matanza de sus hijos. Hemos tenido luego problemas... Y allí, y allí, y allí... ¿veis aquellos sepulcros? Son de las víctimas... Parecen ovejas esparcidas entre la hierba, hasta donde alcanza la mirada. Todos inocentes, y también sus padres y madres... ¿Veis aquel pilón? Su agua quedó roja después de limpiar las armas y lavarse las manos los sicarios en ella. Y ¿habéis visto ese riachuelo de aquí detrás?... Era rosa debido a la gran cantidad de sangre que había recogido de las cloacas... Y ahí, sí, ahí enfrente... eso es todo lo que queda de Ana.

Jesús llora.

- ¿La conocías bien?

Responde Judas:

- Era como una hermana para su Madre. ¿Verdad, amigo?

Jesús responde solamente:

- Sí»

- Entiendo - dice el posadero, y se queda pensativo.

Jesús se inclina hacia Judas para hablar con él en voz baja.

- Mi amigo querría ir a esas ruinas - dice Judas.

- ¡Pues que vaya! ¡Son de todos!

Bajan. Se despiden. Se marchan. El dueño de la posada se queda desilusionado; tal vez esperaba alguna ganancia.

Cruzan la plaza. Suben sobre la pequeña escalera que ha quedado en pie.

- Aquí — dice Jesús — mi Madre me sacó a saludar a los Magos, y desde aquí bajamos para ir a Egipto.

Algunas personas miran a los cuatro que están sobre las ruinas.

Uno pregunta:

-¿Familiares de la que mataron?

- Amigos.

Una mujer grita:

- ¡No hagáis ningún mal, al menos vosotros, a la muerta, como los otros amigos suyos se lo hicieron a la viva, y luego escaparon indemnes.

Jesús está erguido en la terraza, contra el muro que la limita, por tanto a una altura de unos dos metros con respecto a la plaza, con el vacío por detrás, un vacío rico de luz que lo aureola todo y hace aún más cándida la túnica de lino blanquísimo que lo cubre — sólo la túnica, ahora que el manto se ha deslizado desde los hombros y está a sus pies como una base multicolor —. Más atrás, el fondo verde y desarreglado de lo que era el huerto y la tierra propiedad de Ana, yermado y lleno de escombros.

Jesús abre los brazos. Judas, viendo este gesto, dice:

- ¡No hables! ¡No es prudente!

Mas Jesús llena la plaza de su voz potente:

- ¡Hombres de Judá, hombres de Belén, escuchad! ¡Oíd vosotras, mujeres de esta tierra sagrada para Raquel! ¡Oíd a Uno que viene de David; que, habiendo sido perseguido, ha sufrido; que, constituido digno de hablar, habla para comunicaros luz y consuelo! ¡Oíd!.

La gente deja de vocear, reñir, comprar, y se arremolina.

- ¡Es un rabí!

- Seguro que viene de Jerusalén.

- ¿Quién es?

- ¡Qué apuesto!

- ¡Qué voz!

- ¡Qué ademanes!

- ¡Claro, si es de la estirpe de David...!

- ¡Nuestro, entonces!

- ¡Oigamos, oigamos!

Toda la plaza está ahora contra la pequeña escalera, que parece un púlpito.

- El Génesis dice: "Yo pondré enemistad entre ti y la mujer... ella te aplastará la cabeza y tú acecharás su calcañar". Y también: "Yo multiplicaré tus afanes y tus embarazos... y la tierra producirá abrojos y espinas". Esta es la condena del hombre, de la mujer y de la serpiente.

Habiendo venido de lejos a venerar la tumba de Raquel, he oído en el viento de la tarde, en el rocío de la noche, en el llanto del ruiseñor por la mañana, el sollozo de la Raquel de antaño, repetido por bocas y bocas de madres de Belén en la clausura de las tumbas o de los corazones. He oído el dolor de Jacob clamando en el dolor de los viudos, ya sin esposa porque el dolor la mató... Yo lloro con vosotros. Oíd, hermanos de mi tierra. Belén, tierra bendita, la más pequeña de las ciudades de Judá, pero la más grande ante los ojos de Dios y de la Humanidad por ser cuna del Salvador, como dice Miqueas, precisamente por ser tal, por estar destinada a ser el tabernáculo sobre el cual habría de posarse la Gloria de Dios, el Fuego de Dios, su Encarnado Amor, ha hecho que se desencadenara el odio de Satanás.

"Pondré enemistad entre ti y la mujer. Ella te tendrá bajo su pie y tú acecharás su calcañar". ¿Qué mayor enemistad que la que mira a los hijos, corazón del corazón de la mujer? Y ¿qué pie más fuerte que el de la Madre del Salvador? He aquí por tanto que fue natural la venganza del Satanás vencido, el cual, no, no contra el calcañar, sino contra el corazón de las madres, por la Madre, lanzó su asechanza.

¡Oh, multiplicados afanes de la pérdida de los hijos después de haberlos dado a luz! ¡Oh, tremendos abrojos del haber sembrado y sudado por la prole, y seguir siendo padre pero ya sin prole! No obstante, ¡regocíjate, Belén! Tu sangre más pura, la sangre de los inocentes, ha abierto camino de llama y púrpura al Mesías...

La multitud, que, desde que Jesús ha nombrado al Salvador y luego a la Madre del mismo, ha ido progresivamente inquietándose, ahora muestra un indicio más claro de agitación.

- Calla, Maestro - dice Judas - y vámonos.

Pero Jesús no lo escucha. Continúa:

... al Mesías salvado de los tiranos por el Padre - Dios para conservárselo al pueblo para su salvación y...

Una estridente voz de mujer grita:

- ¡Cinco, cinco había dado a luz y ahora no hay ninguno en mi casa! ¡Pobre de mí! - y grita histéricamente.

Es el comienzo del alboroto.

Otra mujer se revuelca en el polvo, se desgarrar el vestido, muestra un pecho con el pezón mutilado, y grita:

- ¡Aquí, aquí, en esta mama me degollaron a mi primogénito! La espada le cortó la cara junto con mi pezón. ¡Oh, mi Elíseo!

- ¿Y yo? ¿Y yo? ¡Ahí está mi mansión!: tres tumbas en una, veladas por el padre. Marido e hijos juntos. ¡Ahí, ahí está!... Si está entre nosotros el Salvador, que me devuelva a mis hijos, que me devuelva a mi esposo, que me salve de la desesperación, de Belcebú.

Gritan todos:

- ¡Nuestros hijos, los maridos, los padres! ¡Que nos los devuelva, si está entre nosotros!

Jesús mueve los brazos imponiendo silencio.

- Hermanos de mi tierra, Yo querría devolver a vuestra carne, sí, incluso a vuestra carne, los hijos. Pero Yo os digo: sed buenos, resignados; perdonad, tened esperanza, alegraos en una esperanza, regocijaos en una certeza. Pronto volveréis a tener a vuestros hijos, como ángeles en el Cielo, porque el Mesías enseguida abrirá las puertas de los Cielos, y, si sois justos, la muerte será Vida que viene, y Amor que vuelve...

- ¡Ah!, ¿eres Tú el Mesías? En nombre de Dios, dílo.

Jesús baja los brazos con ese gesto suyo tan dulce, tan manso, que parece un abrazo, y dice:

- Lo soy.

- ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Por tu culpa, entonces!

Vuela una piedra entre silbidos y befas.

Judas reacciona con una hermosa acción — ¡ah, si siempre hubiera sido así! —... Se mete delante del Maestro, erguido sobre la pequeña pared del balconcito, con el manto abierto, y recibe impertérrito las pedradas, sangrando incluso, y les dice a Juan y a Simón chillando:

- ¡Llevaos a Jesús! ¡Detrás de esos árboles!. ¡Yo os alcanzo! ¡Vamos! ¡En nombre del Cielo! - y a la multitud - ¡Perros rabiosos! ¡Soy del Templo! ¡Os denunciaré ante el Templo y ante Roma!

La multitud, por un instante, tiene miedo. Pero luego sigue con la pedrea; por suerte, con poca puntería. Y Judas la recibe impertérrito, respondiendo con contumelias a las maldiciones de la multitud; es más, coge al vuelo una piedra y se la tira a la cabeza a un viejecito que chillaba como una urraca desplumada viva. Y, dado que intentan asaltar su pedestal, rápido recoge una rama seca que hay en el suelo (ya no está encima del pequeño muro) y la hace girar sobre las espaldas, cabezas, manos, sin piedad.

Acuden soldados haciéndose paso con las lanzas.

- ¿Quién eres? ¿Por qué esta trifulca?

- Un judío agredido por estos plebeyos. Estaba conmigo un rabí conocido por los sacerdotes, que estaba hablándoles a estos perros. Se han exaltado y nos han agredido.

- ¿Quién eres?

- Judas de Keriot. He pertenecido al Templo, ahora soy discípulo del Rabí Jesús de Galilea. Soy amigo del fariseo Simón, del saduceo Jocanáan, del consejero del Sanedrín José de Arimatea, y... — esto lo puedes comprobar — de Eleazar ben Anás, el gran amigo del Procónsul.

- Lo comprobaré. ¿Adónde vas?

- Con mi amigo a Keriot, y luego a Jerusalén.

- Ve. Te guardaremos las espaldas.

Judas le ofrece algunas monedas al soldado. Debe ser una cosa ilícita... pero habitual, porque el soldado lo toma rápido y cauto, saluda y sonrío. Judas baja de su podio de un brinco. Va a saltos por el campo baldío, alcanza a sus compañeros.

- ¿Estás muy herido?.

- No es nada, Maestro. ¡Además, por ti!... No obstante, yo también he dado. Debo estar todo sucio de sangre...

- Sí, en la mejilla. Aquí hay un hilo de agua.

Juan moja un pequeño pedazo de tela y lava la mejilla de Judas.

- Lo siento, Judas... Pero mira... aun diciéndoles a ellos que éramos judíos, según tu sentido práctico...

- Son unos animales. Creo que te habrás persuadido, Maestro, y que no insistirás.

- ¡Oh, no! No por miedo, sino porque es inútil por ahora. Cuando no nos quieren no se maldice, sino que uno se retira rogando por los pobres locos que se mueren de hambre y no ven el Pan. Vamos por este camino solitario. Creo que se puede tomar el camino de Hebrón... Vamos donde los pastores, si los encontramos.

- ¿A llevarnos otras pedradas?

- No. A decirles: "Soy Yo"».

- ¡Entonces... por supuesto nos pegan de palos! ¡Sufren por tu causa desde hace treinta años!...

- Veremos.

Van por un tupido bosquecito, sombrío, fresco, y los pierdo de vista.

75

Jesús encuentra a los pastores Elías y Leví.

Las alturas se hacen mucho más elevadas y boscosas que las de Belén; suben cada vez más, transformándose en una verdadera cadena montañosa.

Jesús va el primero, proyectando su mirada hacia delante y alrededor, como buscando algo. No habla. Escucha más las voces del arbolado que las de los discípulos, que van unos metros detrás de Él hablando bajo entre sí.

Una esquila suena lejana, pero el viento porta su campanilleo. Jesús sonríe. Se vuelve:

- Oigo algunas ovejas - dice.

- ¿Dónde, Maestro?

- Me parece que hacia aquella colina. Pero el bosque no me deja ver.

Juan, sin decir una palabra, se quita la túnica — el manto lo llevan todos en bandolera, enrollado, porque tienen calor —, se queda sólo con la prenda corta, y abraza un tronco alto y liso (yo diría que es de fresno), y sube, sube... hasta que puede ver:

- Sí, Maestro. Hay muchos rebaños y tres pastores; allí, detrás de aquella espesura.

Baja, y ya caminan seguros.

- ¿Serán ellos?

- Preguntaremos, Simón; si no son, nos sabrán decir algo... Se conocen entre ellos.

Unos cien metros más. Luego un amplio pacerero verde, del todo circundado de gruesos árboles añosos. Se ven muchas ovejas en el prado ondulado, rozando la abundante hierba. Tres hombres las custodian. Uno es anciano, ya completamente cano, los otros tienen: uno, aproximadamente, treinta años; el otro, unos cuarenta.

- Cuidado, Maestro. Son pastores... - dice Judas con tono de consejo, al ver que Jesús acelera el paso.

Pero Jesús ni siquiera responde. Continúa, alto, hermoso, dándole el sol de poniente en el rostro, con su túnica blanca. Se le ve tan luminoso, que parece un ángel...

- La paz esté con vosotros, amigos - saluda en llegando al lindero del prado.

Los tres se vuelven sorprendidos. Silencio. Luego el anciano pregunta:

- ¿Quién eres?.

- Uno que te ama.

- Serías el primero desde hace muchos años. ¿De dónde vienes?

- De Galilea.

- ¿De Galilea? ¡Ah! - El hombre lo mira atentamente — también los otros se han acercado — De Galilea - repite el pastor, y añade en voz baja como para sí mismo - También El venía de Galilea... ¿De qué lugar, Señor?.

- De Nazaret.

- ¡Ah! Entonces dime. ¿Ha regresado un Niño, con una mujer de nombre María y un hombre de nombre José, un Niño aún más hermoso que su Madre (que flor más encantadora jamás vi en las laderas de Judá)? Un Niño nacido en Belén de Judá, en tiempos del edicto. Un Niño que luego huyó, para gran fortuna del mundo. ¡Un Niño que... yo daría la vida por saber que vive y es ya un hombre!

-¿Por qué dices que el que huyera ha sido una gran fortuna para el mundo?

- Porque Él era el Salvador, el Mesías, y Herodes lo quería muerto. Yo no estaba cuando huyó con su padre y su madre... Cuando tuve noticias de la matanza y volví — porque yo también tenía hijos (un sollozo), Señor, y mujer (sollozo) y sentía que los habían matado (otro sollozo), pero te juro por el Dios de Abraham, que temblaba por El más que por mi misma carne —, supe que había huido, y ni siquiera pude preguntar, ni siquiera pude recoger a mis criaturas degolladas... Me apedreaban como a un leproso, como a un inmundo, como a un asesino... Y tuve que huir a los bosques, llevar una vida de lobo... hasta que encontré a un propietario de ganado. ¡Oh, pero no es como era Ana!... Es duro y cruel... Si una oveja se disloca una pata, si el lobo se me lleva un cordero, o recibo palos hasta sangrar o me quita mi poca paga o debo trabajar en los bosques para otros, hacer algo,

pero pagar, siempre el triple del valor. Pero no importa. Siempre le he dicho al Altísimo: "Que yo pueda ver a tu Mesías. Que al menos pueda saber que vive, y todo lo demás no es nada". Señor, te he referido cómo me trataron los de Belén y cómo me trata el patrón. Habría podido devolver mal por mal, o hacer el mal, robando, para no sufrir a causa del patrón. Pero sólo he querido perdonar, sufrir, ser honesto, porque los ángeles dijeron: "Gloria a Dios en los Cielos altísimos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad".

- ¿Dijeron eso exactamente?

- Sí, Señor, créelo tú, tú al menos, que eres bueno. Conoce tú al menos, y cree, que el Mesías ha nacido. Nadie quiere creerlo ya. Pero los ángeles no mienten... y nosotros no estábamos borrachos como decían. Éste, ¿ves?, era un niño entonces, y fue el primero que vio al ángel. Sólo bebía leche. ¿Puede la leche emborracharlo a uno? Los ángeles dijeron: "Hoy en la ciudad de David ha nacido el Salvador que es Cristo, el Señor. Lo reconoceréis por esto: encontraréis a un Niño recostado en un pesebre, envuelto en pañales".

- ¿Dijeron eso exactamente? ¿No entendisteis mal? ¿No os equivocáis, después de tanto tiempo?

- ¡Oh, no! ¿Verdad, Leví? Para no olvidarlo — ya de por sí no habríamos podido, porque eran palabras del Cielo y se escribieron con el fuego del Cielo en nuestros corazones — todas las mañanas, todas las tardes, cuando sale el Sol, cuando brilla la primera estrella, las recitamos como oración, como bendición, como fuerza y consuelo, con el Nombre de Él y de su Madre.

- ¡Ah!, ¿decís: "Cristo"?

- No, Señor. Decimos: "Gloria a Dios en los Cielos altísimos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad, por Jesucristo que nació de María en un establo de Belén y que, siendo el Salvador del mundo, estaba envuelto en pañales en un pesebre".

- Pero, en definitiva, ¿vosotros a quién buscáis?

- A Jesucristo, Hijo de María, el Nazareno, el Salvador.

- Soy Yo - A Jesús se le ilumina el rostro al manifestarse a estos tenaces amantes suyos. Tenaces, fieles, pacientes.

- ¡Tú! ¡Oh! ¡Señor, Salvador, Jesús nuestro! — los tres se han arrojado al suelo y besan los pies de Jesús, llorando de alegría.

- Alzaos. Álzate, Elías, y tú, Leví, y tú, que no sé quién eres.

- José. Hijo de José.

- Éstos son mis discípulos. Juan es galileo; Simón y Judas, judíos.

Los pastores ya no están rostro en tierra, pero sí todavía de rodillas, echados hacia atrás sobre los calcañares. Adoran al Salvador, con ojos de amor, labios temblorosos de emoción, rostros empalidecidos, o enrojecidos, de alegría.

Jesús se sienta en la hierba.

- No, Señor. En la hierba Tú no, Rey de Israel.

- No os preocupéis, amigos. Soy pobre; un carpintero, para el mundo. Rico sólo de amor para el mundo, y del amor que los buenos me dan. He venido a estar con vosotros, a partir con vosotros el pan de la noche, a dormir a vuestro lado sobre el heno, a recibir consuelo de vosotros...

- ¡Oh, consuelo! Somos incultos y estamos perseguidos.

- Yo también lo estoy. No obstante, vosotros me dais lo que busco: amor, fe y esperanza que resiste durante años y florece. ¿Veis? Habéis sabido esperarme, creyendo sin ninguna duda que era Yo. Y Yo he venido.

- ¡Oh, sí! Has venido. Ahora, aunque muera, ya nada me causa la pena de algo esperado y no obtenido.

- No. Elías. Tú vivirás hasta después del triunfo del Cristo. Tú, que has visto mi alba, debes ver mi fulgor. ¿Y los otros? Eráis doce: Elías, Leví, Samuel, Jonás, Isaac, Tobías, Jonatán, Daniel, Simeón, Juan, José, Benjamín. Mi Madre me repetía siempre vuestros nombres como los de mis primeros amigos.

- ¡Oh! - Los pastores están cada vez más conmovidos.

- ¿Dónde están los demás?

- El anciano Samuel, muerto, de viejo, hace veinte años. A José lo mataron por combatir en la puerta del aprisco para dar tiempo a su esposa, madre desde hacía pocas horas, de huir con éste, que yo recogí por amor de mi amigo, y por... por seguir teniendo niños a mi alrededor. También tomé conmigo a Leví... lo perseguían. Benjamín es pastor en el Líbano con Daniel. Simeón, Juan y Tobías, que ahora se hace llamar Matías en recuerdo de su padre, al cual también lo mataron, son discípulos de Juan. Jonás está en la llanura de Esdrelón, al servicio de un fariseo. Isaac tiene la espalda hecha cisco, está en la absoluta miseria y solo, está en Yuttá. Le ayudamos como podemos... pero estamos todos en la ruina y es como gotas de rocío en un incendio. Jonatán es ahora siervo de un noble de Herodes.

- ¿Cómo habéis logrado, especialmente Jonatán, Jonás, Daniel y Benjamín, conseguir estos trabajos?

- Me acordé de Zacarías, tu pariente... Tu Madre me había enviado a él. Cuando nos volvimos a juntar en las gargantas de Judea, fugitivos y malditos, los llevé donde Zacarías. Fue bueno. Nos protegió, nos dio de comer. Nos buscó un patrón como pudo. Yo ya había recibido del herodiano todo el rebaño de Ana... y me quedé a su servicio... Cuando el Bautista llegó a la edad madura y empezó a predicar, Simeón, Juan y Tobías se fueron con él.

- Pero ahora el Bautista está prisionero.

- Sí. Y ellos vigilan en torno a Maqueronte, con un puñado de ovejas para no levantar sospechas; ovejas que les ha dado un hombre rico, discípulo de Juan, tu pariente.

- Quisiera verlos a todos.

- Sí, Señor. Iremos a decirles: "Venid, Él vive, Él se acuerda de nosotros y nos ama".

- Y os quiere entre sus amigos.

- Sí, Señor.

- Pero, en primer lugar, iremos adonde Isaac. Samuel y José ¿dónde están enterrados?

- Samuel en Hebrón. Quedó al servicio de Zacarías. José... no tiene tumba, Señor. Lo quemaron con la casa.
- Pronto estará en la Gloria, no entre las llamas de los crueles, sino entre las llamas del Señor, Yo os lo digo; a ti, José, hijo de José, te lo digo. Ven, que Yo te bese para decir gracias a tu padre.
- ¿Y mis hijos?
- Ángeles, Elías. Ángeles que repetirán el "Gloria" cuando el Salvador sea coronado.
- ¿Rey?
- No. Redentor. ¡Oh, cortejo de justos y santos! ¡Y delante las falanges blancas y purpúreas de los párvulos mártires! Una vez abiertas las puertas del Limbo, subiremos juntos al Reino inmortal. ¡Y luego iréis vosotros y volveréis a encontrar padres, madres e hijos en el Señor! Creed.

- Sí, Señor.
- Llamadme Maestro. Llega la noche, nace la primera estrella. Di tu oración antes de la cena.
- No yo. Tú.
- Gloria a Dios en los Cielos altísimos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad que han merecido ver la Luz y servirla. El Salvador se encuentra entre ellos. El Pastor de la estirpe real está en medio de su rebaño. La Estrella de la mañana ha nacido. ¡Regocijáos, justos, regocijáos en el Señor! Él, que ha hecho la bóveda de los cielos y los ha sembrado de estrellas, Él, que puso como límite de las tierras los mares, Él, que ha creado los vientos y los rocíos, y regulado el curso de las estaciones para dar pan y vino a sus hijos, ved cómo ahora os manda un Alimento más elevado: el Pan vivo que baja del Cielo, el Vino de la eterna Vid. Venid, vosotros, primicias de mis adoradores, venid a conocer al Padre en verdad para seguirlo en santidad y obtener así eterno premio.

Jesús ha orado en pie con los brazos extendidos; los discípulos y los pastores están de rodillas.

Después se distribuye pan y una escudilla de leche acabada de ordeñar, y, dado que son tres los tazones — o calabazas vaciadas, no lo sé —, primero comen Jesús, Simón y Judas; luego Juan (al cual Jesús le pasa su taza) con Leví y José; Elías come el último.

Las ovejas no pastan más, se reúnen en un gran grupo compacto en espera de ser conducidas quizás a su aprisco. Sin embargo, veo que los tres pastores las conducen al bosque, debajo de un rústico cobertizo de ramas cercado con cuerdas. Ellos se ponen a prepararles a Jesús y a los discípulos un lecho de heno. Se encienden algunos fuegos, tal vez para los animales salvajes.

Judas y Juan, cansados, se echan; al poco tiempo ya están dormidos. Simón quería hacerle compañía a Jesús, pero al cabo de un poco él también se queda dormido, sentado en el heno y con la espalda apoyada en un poste. Permanecen despiertos Jesús y los pastores. Y hablan: de José, de María, de la huida a Egipto, del regreso... Luego, después de estas preguntas de amor, llegan las preguntas más elevadas: ¿qué hacer para servir a Jesús?, ¿cómo hacerlo ellos, rudos pastores?

Y Jesús instruye y explica:

- Ahora Yo voy por Judea. Los discípulos os tendrán siempre al corriente. Después os llamaré. Entretanto, reuníos. Que cada uno tenga noticias de los demás y que sepan que Yo estoy en el mundo, como Maestro y Salvador; y, como podáis, manifestadlo a otras gentes. No os prometo que seréis creídos. Yo he recibido escarnio y golpes, vosotros también los recibiréis. Pero, de la misma forma que habéis sabido ser fuertes y justos en esta espera, sedlo más aún ahora que sois míos. Mañana iremos hacia Yuttá. Luego a Hebrón. ¿Podéis venir?.

- ¡Oh, sí! Los caminos son de todos y los pastos son de Dios. Sólo Belén nos está vedada, a causa de un odio injusto. Los otros pueblos saben todo... pero se conforman con burlarse de nosotros llamándonos borrachos. Por eso poco podremos hacer aquí».

- Os llamaré a otro lugar. No os abandonaré.

- ¿Durante toda la vida?

- Durante toda mi vida.

- No. Antes moriré yo, Maestro. Soy viejo.

- ¿Tú crees? Yo no. Uno de los primeros rostros que vi fue el tuyo, Elías. Uno de los últimos será. Me llevaré conmigo en mi pupila tu rostro desencajado a causa del dolor por mi muerte. Pero luego será el tuyo el que lleve en el corazón lo radiante de una mañana triunfal, y con él esperarás la muerte... La muerte: el encuentro eterno con el Jesús que adoraste cuando era pequeñito. También entonces los ángeles cantarán el Gloria: "por el hombre de buena voluntad".

En Yuttá, en casa del pastor Isaac. Sara y sus niños.

Un fresco valle, rumoroso,, de aguas que van hacia el Sur entre saltos y espumas de un pequeño torrente argentino, que asperja su risueña frescura sobre los menudos herbazales de las orillas; parece como si su linfa subiera también por las pendientes, por el verdor de éstas. Son las laderas una esmeralda de verde veteado, que sube, desde el nivel del suelo, a través de las matas y de los arbustos del monte bajo, hasta las copas de los altos árboles — entre los que hay muchos nogales —, del bosque propiamente dicho, todo salpicado de zonas abiertas intercaladas, rellanos verdes de hierba exuberante, pasto sano y nutritivo para el ganado.

Jesús desciende, con los suyos y con los tres pastores, hacia el torrente. Pacientemente se detiene cuando hay que esperar a una oveja que se queda rezagada o a uno de los pastores que debe ir por una cordera que se desvía. Ahora es

exactamente el Buen Pastor. También Él se ha procurado una larga rama para apartar los ramajes de las móreas y de los espinos y clemátides que salen al paso por todas partes tratando de atrapar los vestidos; ello completa su figura de pastor.

- ¿Ves? Yuttá está allá arriba. Ahora cruzaremos el torrente; hay un vado por el que se puede pasar en verano, sin necesidad de recurrir al puente. Habría sido más breve venir por Hebrón, pero no has querido.

- No. A Hebrón después. Siempre antes donde los que sufren. Los muertos ya no sufren, cuando son justos. Y Samuel era un justo. Además, para los muertos que necesitan oraciones, no es necesario estar junto a sus huesos para ofrecerlas. Los huesos, ¿qué son? Prueba del poder de Dios, que con la tierra creó al hombre. Nada más. También los animales tienen huesos, aunque su esqueleto es menos perfecto que el del hombre. Sólo el hombre, rey de la creación, tiene posición erecta, como rey que está por encima de sus súbditos, y su rostro mira recto y hacia arriba sin necesidad de torcer el cuello; hacia arriba, donde está la morada del Padre. Pero no son más que huesos, polvo que vuelve a ser polvo. La Bondad eterna ha decidido reconstruirlos en el Día eterno para proporcionarles a los bienaventurados un gozo aún más vivo. Pensad: no sólo los espíritus serán reunidos y se amarán como — y mucho más que — en la Tierra, sino que incluso gozarán de volverse a ver con el aspecto que tuvieron en la Tierra: los niños de pelo rizado y tiernos como los tuyos, Elías; los padres y las madres de un corazón y de un rostro todo amor como los vuestros, Leví y José. Es más, para ti, José, significará el conocer por fin esos rostros cuya nostalgia sientes. Ya no habrá huérfanos, ni viudos, entre los justos, allá arriba... En cualquier parte se puede ofrecer sufragio por los muertos. Es oración de un espíritu, por el espíritu de quien estaba con nosotros, al Espíritu perfecto, que es Dios y que está en todas partes. ¡Oh, santa libertad de todo lo que es espiritual! Ni distancias, ni destierros, ni prisiones, ni sepulcros... Nada que divida o encadene reduciendo a penosa impotencia lo que está fuera o por encima de las cadenas de la carne. Vosotros vais, con la parte mejor de vosotros, a vuestras personas queridas; ellos, con su parte mejor, vienen a vosotros. Y todo gira, con esta efusión de espíritus que se aman, en torno al Fulcro eterno, a Dios: Espíritu perfectísimo, Creador de todo cuanto fue, es y será, Amor que os ama y os enseña a amar... Pero... hemos llegado al vado, creo. Veo una fila de piedras que sobresale de la poca agua del fondo.

- Sí, es aquél, Maestro. En tiempo de crecida es una cascada rumorosa, ahora no es más que siete hilos de agua que ríen entre las seis voluminosas piedras del vado.

En efecto, seis piedras de gran tamaño, bastante regulares, están depositadas, a un poco más de un palmo de distancia entre sí, sobre el fondo del torrente, y el agua, que hasta este punto formaba un única cinta brillante, se separa en siete cintas menores, dándose prisa, risueña, en reunirse, pasado el vado, en un único frescor que sigue su curso susurrando entre los cantos del fondo.

Los pastores vigilan el paso de las ovejas, de las cuales una parte pasa por encima de las piedras y otra parte prefiere meterse en el agua, de no más de un palmo de profundidad, y beber en esta diamantina ola que espuma y ríe.

Jesús pasa por las piedras y detrás de El los discípulos. Continúan caminando por la otra margen del torrente.

- ¿Me has dicho que quieres que Isaac sepa de tu presencia, pero sin entrar en el pueblo?.

- Sí, así lo deseo.

- Entonces conviene que nos separemos. Yo iré a verlo, Leví y José se quedarán con el rebaño y con vosotros. Subo por aquí. Tardaré menos.

- Elías afronta la subida de la abrupta pendiente, hacia unas casas que, arriba, muestran su blancura resplandeciendo al sol. Creo seguirlo. Ahí está, ante las primeras casas. Entra por una pequeña bocacalle entre casas y huertos. Continúa caminando algunas decenas de metros. Tuerce y va a dar a una calle más ancha, que lo lleva a una plaza.

No he dicho que todo esto sucede durante las primeras horas de la mañana. Lo digo ahora para explicar que en la plaza está todavía el mercado, y que amas de casa y vendedores se desgañitan en torno a los árboles que dan sombra a la plaza.

Elías camina con seguridad hasta el punto en que la plaza vuelve a ser calle; una calle bastante bonita, quizás la más bonita del pueblo. En la esquina hay una mísera casucha (mejor: una habitación con la puerta abierta). Casi en la puerta, una cama de pobre aspecto, y encima de ella un esquelético enfermo que, gimiendo, pide un óbolo a todos los que pasan.

Elías entra como un cohete.

- Isaac... soy yo.

- ¿Tú? No te esperaba. Has venido la pasada luna.

- Isaac... Isaac... ¿Sabes por qué he venido?

- No lo sé... Estás emocionado... ¿Qué sucede?

- He visto a Jesús de Nazaret, ya hombre, y rabí. Ha venido a buscarme... y quiere vernos. ¡Oh! ¡Isaac! ¿Te sientes mal?

Isaac parece amortecerse, pero toma nuevas fuerzas.

- No. La noticia... — dice - ¿Dónde está? ¿Cómo es? ¡Oh, si pudiera verlo!

- Está abajo, hacia el valle. Me manda a hablarte en estos términos, exactamente en éstos: "Ven, Isaac, que quiero verte y bendecirte". Ahora voy a llamar a alguien que me ayude a llevarte abajo.

- ¿Ha dicho eso?

- Eso. Pero, ¿qué haces?

- Me pongo en camino.

Isaac echa hacia arriba las cobijas, mueve las piernas inertes, las saca fuera del jergón, las apoya con fuerza en el suelo, se levanta, aún un poco inseguro y tambaleante. Todo en un instante, ante la mirada atónita de Elías... que acaba entendiendo y da un grito...

Se asoma una mujercita curiosa, ve al enfermo en pie, cubriéndose — no tiene otra cosa — con una de las cobijas, y se echa a correr gritando como una gallina.

- Vamos... vamos por aquí, para tardar menos y no toparnos con mucha gente... Rápido, Elías.

Y salen corriendo por la puertecita de un huertecillo posterior, empujan la puerta de ramas secas; están afuera; marchan rápidamente por una calleja miserable, luego abajo por un camino entre huertos, y continúan bajando, por los prados y arboledas, hasta el torrente.

- Allí está Jesús - dice Elías señalándolo - Aquél alto, hermoso, rubio, vestido de blanco, con el manto rojo...

Isaac corre, abre el rebaño que paca, y con un grito de triunfo, de alegría, de adoración, se postra a los pies de Jesús.

- Levántate, Isaac. He venido a traerte paz y bendición. Levántate, que quiero saber cómo es tu rostro.

Pero Isaac no puede levantarse. Han sido demasiadas emociones juntas. Se queda, con su feliz llanto, contra el suelo.

- Has venido inmediatamente. No te has preguntado si podías...

- Tú me has dicho que viniera... y he venido.

- Ni siquiera ha cerrado la puerta, ni ha recogido las limosnas, Maestro.

- No importa. Los ángeles estarán en su casa vigilando. ¿Estás contento, Isaac?

- ¡Oh, Señor!

- Llámame Maestro.

- Sí, Señor, Maestro mío. Aunque no estuviera curado, me habría sentido dichoso de verte. ¿Cómo he podido obtener de ti tanta gracia?

- Por tu fe y paciencia, Isaac. Sé lo que has sufrido...

- ¡Nada, nada! ¡Ya nada! ¡Te he encontrado a ti! ¡Vives! ¡Existes! Esto sí que es real... Lo demás, todo lo demás, pertenece al pasado. Pero, Señor y Maestro, ahora ya no te vas, ¿verdad?.

- Isaac, tengo todo Israel que evangelizar. Yo parto... Pero, si bien es cierto que no puedo quedarme, tú sí me puedes servir y seguir. ¿Quieres ser mi discípulo, Isaac?

- ¡No voy a servir!

- ¿Sabrás confesar mi presencia en el mundo?, ¿confesarlo contra las burlas y las amenazas?, ¿y decir que Yo te he llamado y has venido?

- Aunque Tú no quisieras, diría todo eso. En esto te desobedecería, Maestro. Perdona que lo diga.

Jesús sonríe.

- ¿Ves como eres capaz de ser discípulo?.

- ¡Oh, si sólo es para hacer esto!... Creía que era más difícil, que se necesitase ir a aprender con los rabíes para servirte a ti, Rabí de los rabíes... E ir a aprender cuando se es anciano... - efectivamente, el hombre tiene al menos cincuenta años.

- Tú ya has aprendido todo lo que se enseña en una escuela, Isaac.

- ¿Yo? No.

- Tú, sí. ¿No has seguido creyendo y amando, respetando y bendiciendo a Dios y al prójimo, evitando tener envidias, o desear lo ajeno, e incluso lo que era tuyo y ya no tenías? ¿No has seguido diciendo sólo la verdad, aunque ello te perjudicase? ¿No has evitado fornicar con Satanás cometiendo pecados? ¿No has hecho todo esto en estos treinta años de desventura?

- Sí, Maestro.

- ¿Ves? Ya has concluido los estudios. Sigue así y añade la manifestación de mi presencia en el mundo. No hay nada más que hacer.

- Ya te he predicado. Señor Jesús. A los niños que se acercaban cuando, sin apenas poder tenerme en pie, llegué a este pueblo pidiendo un pan y haciendo todavía algunos trabajos de esquilador o haciendo productos lácteos, y luego, cuando venían alrededor de mi cama, cuando ya la enfermedad se había hecho fuerte y me había aniquilado desde la cintura para abajo. Les hablaba de ti a los niños de entonces y a los niños de ahora, hijos de aquellos... Los niños son buenos y creen siempre... Hablaba de cuándo habías nacido... de los ángeles... de la Estrella y de los Magos... y de tu Madre... ¡Dime!: ¿vive?

- Vive y te envía saludos. Siempre hablaba de vosotros.

- ¡Quién pudiera verla!

- La verás. Irás un día a mi casa. María te saludará con la palabra "amigo".

- María... sí. Decir ese nombre es como tener miel en la boca... Hay una mujer en Yuttá — ahora es ya mujer, madre, desde hace poco, de su cuarto hijo —, que entonces era una niña, una de mis pequeñas amigas... Bueno, pues a sus hijos les ha puesto por nombre: María y José a los dos primeros, y, no atreviéndose a llamar al tercero Jesús, lo ha llamado Emmanuel, como signo de bendición para sí misma, para su casa y para Israel. Y está pensando en qué nombre ponerle al cuarto, que ha nacido hace seis días. ¡Ah, cuando sepa que estoy curado, y que Tú estás aquí!... Buena como el pan hecho por la propia madre es Sara, e igualmente Joaquín, su esposo. ¿Y sus familiares? Por ellos estoy vivo. Siempre me han dado posada y me han ayudado.

- Vamos adonde ellos a pedir alojamiento para las horas de sol y llevarles bendición por su caridad.

- Por aquí, Maestro. Más cómodo para el rebaño y más oportuno para pasar desapercibido a la gente, que ciertamente está agitada. La anciana que me ha visto ponerme en pie está claro que ha hablado.

Siguen el torrente; lo dejan más al sur para tomar un sendero en subida más bien pronunciada a lo largo de un espolón del monte en forma de quilla de nave. Ahora el torrente va en dirección contraria a quien sube; discurre en el fondo, entre dos cadenas montañosas que se entrecruzan formando un valle accidentado y hermoso.

Reconozco el lugar. Es inconfundible. Es el de la visión de Jesús y los niños que tuve la pasada primavera. La consabida tapia sin argamasa delimita la propiedad que desciende bruscamente hacia el valle. Ahí están los prados con los manzanos, las higueras y los nogales. Ahí está la casa, blanca sobre verde, con su ala saliente que protege la escalera formando un pórtico y mirador. Ahí está la pequeña cúpula en la parte más alta, y el huerto-jardín, con el pozo, la pérgola, los cuadros...

Un gran murmullo sale de la casa. Isaac se adelanta, entra, llama con fuerte voz:

- ¡María, José, Emmanuel! ¿Dónde estáis? Venid aquí con Jesús.

Acuden tres críos: una niña de casi cinco años y dos niños de los cuatro a los dos, el último todavía con el paso un poco inseguro. Se quedan con la boca abierta ante el... resucitado. Luego la niña grita:

- ¡Isaac! ¡Mamá! ¡Isaac está aquí! ¡Es verdad lo que ha visto Judit!

De una habitación donde hay gran murmullo de voces, sale una mujer. Es la madre de lozano aspecto, morena, alta, exuberante, de la ya lejana visión; hermosa toda con sus vestidos de fiesta: un vestido de cándido lino, como una rica túnica, que desciende hasta los tobillos formando pliegues, ceñida a las opulentas caderas por un chal de rayas multicolores que modela sus muslos estupendos, que pende con flecos hasta la rodilla, por detrás, y que queda entreabierto por delante después de cruzarse a la altura de la cintura bajo una fíbula de filigrana. Un velo ligero con ramas de rosas pintadas sobre un fondo marfileño está fijado a sus trenzas negras, como un pequeño turbante, y luego desciende desde la nuca, formando ondas y pliegues, por los hombros y sobre el pecho; está ceñido a la cabeza por una pequeña corona de medallitas unidas entre sí por una cadena. Pendientes de pesados anillos cuelgan de sus orejas. La túnica está abrochada al cuello por un collar de plata pasado entre unos ojales del vestido. En los brazos lleva también pesadas pulseras de plata.

- ¡Isaac! ¿Pero cómo es posible? Judit... Creía que el sol le había hecho perder la cabeza... ¡Andas!... ¿Qué sucedió?

- ¡El Salvador! ¡Oh! ¡Sara! ¡Él es ya una realidad y ha venido!

- ¿Quién? ¿Jesús de Nazaret? ¿Dónde está?

- ¡Allí, detrás del nogal! ¡Y dice que si lo puedes recibir!

- ¡Joaquín! ¡Madre! ¡Todos! ¡Venid! ¡Está aquí el Mesías!

Salen todos corriendo: mujeres, hombres, muchachos, niños; salen dando gritos, chillando... Pero, al ver a Jesús, alto y majestuoso, pierden toda vehemencia y quedan como petrificados.

- Paz a esta casa y a todos vosotros. La paz y la bendición de Dios - Jesús se dirige, despacio, sonriente, hacia el grupo de personas - Amigos, ¿queréis recibir en vuestra casa al Viandante? - y sonrío aún más.

Su sonrisa vence los temores. El esposo tiene el valor de hablar:

- Entra, Mesías. Te hemos amado sin conocerte, más te amaremos conociéndote. La casa hoy está de fiesta por tres cosas: por ti, por Isaac, y por la circuncisión de mi tercer hijo varón. Bendícelo, Maestro. ¡Mujer, trae al niño! Entra, Señor.

Entran en una estancia adornada para fiesta: mesas, viandas, alfombras y ramilletes por todas partes.

Vuelve Sara con un lindo recién nacido en los brazos, y se lo presenta a Jesús.

- Dios esté con él, siempre. ¿Qué nombre tiene?

- Ninguno. Ésta es María, éste es José, éste es Emmanuel, éste... no tiene nombre todavía...

Jesús mira fijamente a los dos esposos, uno al lado del otro. Sonríe diciendo:

- Pensad un nombre, si hoy debe ser circuncidado...

Los dos se miran, lo miran, abren los labios, los cierran sin decir nada. Todos están atentos.

Jesús insiste:

- Muchos nombres grandes, dulces, benditos, tiene la historia de Israel. Los más dulces y benditos ya han sido puestos, pero quizás quede todavía alguno.

A una voz los dos esposos exclaman:

- ¡El tuyo, Señor! - y la esposa añade - Pero es demasiado santo...

Jesús sonrío y pregunta:

- ¿Cuándo se le circuncida?.

- Estamos esperando al que lo hace.

- Estaré presente en la ceremonia. Bien, antes de nada os doy las gracias por mi Isaac. Ahora ya no tiene necesidad de los buenos, pero los buenos siguen teniendo necesidad de Dios. Llamasteis al tercero "Dios con nosotros". A Dios lo tuvisteis desde que tuvisteis caridad con mi siervo. Benditos seáis. En la Tierra y en el Cielo será recordada vuestra acción.

- ¿Isaac se va ahora? ¿Nos deja?

- ¿Os duele? Él debe servir a su Maestro. No obstante, volverá, y Yo también vendré. Vosotros, entre tanto, hablaréis del Mesías... ¡Hay tanto que decir para convencer al mundo!... Llega la persona que esperábamos.

Entra un personaje pomposo con un sirviente. Saludos y reverencias.

- ¿Dónde está el niño? - pregunta con altiva gravedad.

- Aquí está. Pero antes saluda al Mesías, está aquí.

- ¿El Mesías?... ¿El que ha curado a Isaac? Ya, ya sé. Hablaremos de esto en otro momento. Tengo mucha prisa. El niño y su nombre.

Los presentes se sienten desazonados por los modales del hombre. Jesús, sin embargo, sonrío como si los desaires no tuvieran que ver con Él. Toma al pequeñuelo, le toca en la frentecita con sus hermosos dedos, como para consagrarlo, y dice:

- Su nombre es Iesá - y se lo vuelve a dar al padre, el cual, con el hombre soberbio y con otros, va a una habitación cercana. Jesús se queda donde está hasta que vuelven con el infante, que viene chillando desesperadamente.

- Dame al pequeñuelo, mujer. Dejará de llorar - dice para consolar a la angustiada madre. El niño, depositado en las rodillas de Jesús, efectivamente se calla.

Jesús forma un grupo aparte, con todos los niños alrededor y luego los pastores y los discípulos. Afuera se oye balar a las ovejas (Elías las ha metido en el aprisco). En la casa hay rumor de fiesta. Traen dulces y bebidas a Jesús y a los suyos. Pero Jesús distribuye éstas entre los pequeños.

- ¿No bebes Maestro? ¿No lo aceptas? Te lo damos de corazón.

- Lo sé, Joaquín, y lo acepto de corazón. Pero déjame que primero dé gusto a los pequeñuelos; ellos constituyen mi alegría...

- No hagas caso de ese hombre, Maestro.

- No, Isaac. Ruego porque vea la Luz. Juan, lleva a los dos niños a ver las ovejas. Y tú, María, acércate más y dime: ¿Quién soy Yo?

- Tú eres Jesús, Hijo de María de Nazaret, nacido en Belén. Isaac te vio y me puso el nombre de tu Mamá para que yo fuera buena.

- Tienes que ser buena como el ángel de Dios, más pura que una azucena florecida en las altas cumbres, pía como el levita más santo, para imitarla. ¿Lo serás?.

- Sí, Jesús.

- Di "Maestro" o "Señor", niña.

- Deja que me llame con mi Nombre, Judas. Sólo pasando por labios inocentes no pierde el sonido que tiene en los labios de mi Madre. Todos, en los siglos futuros, pronunciarán ese Nombre, pero unos por un interés, otros por otro, y muchos para hacerlo objeto de blasfemia. Sólo los inocentes, sin cálculo y sin odio, lo pronunciarán con amor semejante al de esta pequeña y al de mi Madre. Incluso los pecadores, sintiéndose necesitados de piedad, me invocarán. ¡Sin embargo, mi Madre y los niños...! ¿Por qué me llamas Jesús? - pregunta, acariciando a la pequeña.

- Porque te quiero... como a mi padre, a mamá y a mis hermanitos - dice abrazando las rodillas de Jesús y riendo con la carita levantada.

- Y Jesús se inclina y la besa... y así todo termina.

77

En Hebrón en casa de Zacarías. El encuentro con Áglae.

- ¿Hacia qué hora llegaremos? - pregunta Jesús, caminando en el centro del grupo precedido por las ovejas que pacen en las márgenes herbosas.

- Hacia la hora tercia. Son aproximadamente diez millas - responde Elías.

- ¿Y luego vamos a Keriot? - pregunta Judas.

- Sí. Vamos allí.

- ¿Y no era más corto ir de Yuttá a Keriot? No debe haber mucha distancia. ¿Verdad, tú, pastor?

- Dos millas más, poco más o menos.

- Así recorreremos más de veinte millas sin motivo.

- Judas, ¿por qué estás tan inquieto? - dice Jesús.

- No es inquieto, Maestro; sólo que me habías prometido ir a mi casa...

- E iré. Mantengo siempre mis promesas.

- He encargado que avisen a mi madre... y además Tú has dicho que con los muertos se está también con el espíritu.

- Lo he dicho. Mira, Judas, reflexiona: tú por mí no has sufrido todavía. Éstos hace treinta años que sufren, y no han traicionado jamás ni siquiera mi recuerdo, ni siquiera el recuerdo. No sabían si estaba vivo o muerto... y, no obstante, han permanecido fieles. Me recordaban como recién nacido, infante, sólo con mi llanto y mi necesidad de leche... y, aun así, me han venerado siempre como Dios. Por causa mía los han maltratado, los han maldecido, han sufrido persecución como un oprobio de Judea; y, a pesar de todo, su fe, ante los golpes, no vacilaba, no se agostaba, sino que, por el contrario, echaba raíces más hondas y se hacía más vigorosa.

- A propósito. Hace unos días que me quema los labios una pregunta. Son amigos tuyos y de Dios estos, ¿no es verdad? Los ángeles los han bendecido con la paz del Cielo, ¿no es verdad? Ellos no han dejado de ser justos ante ninguna tentación, ¿no es verdad? ¿Me explicas entonces por qué han sido infelices? ¿Y Ana?... La mataron por haberte amado...

- Tu conclusión sería, entonces, que mi amor y el amarme acarrea desventura.

- No... pero...

- Pero es así. Siento verte tan cerrado a la Luz y tan poseído de lo humano. No; deja, Juan, y también tú, Simón. Prefiero que hable. Nunca rechazo a nadie. Sólo quiero apertura de corazones, para poder introducir en ellos la luz. Ven aquí, Judas. Escucha. Partes de un juicio común a muchos hombres presentes y futuros. Digo "juicio", debería decir "yerro"; pero, si supongo que lo hacéis sin malicia, por ignorancia de la verdad, entonces no es yerro, es sólo juicio imperfecto, como lo puede ser el de un niño. Y sois niños, vosotros, pobres hombres. Y Yo estoy aquí como Maestro para hacer de vosotros adultos capaces de discernir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo mejor de lo bueno. Escuchad, pues. ¿Qué es la vida? Es un tiempo de pausa; Yo diría el limbo del Limbo, que Dios Padre os da para probar vuestra naturaleza de hijos buenos o de bastardos, y para asignaros, sobre la base de vuestras obras, un futuro en el que ya no habrá ni pausas ni pruebas. Ahora, decidme: ¿sería justo que uno, por el hecho de haber recibido el raro bien de disponer del modo de servir a Dios de manera especial, gozara además de un bien continuo durante toda la vida? ¿No os parece que ya ha tenido mucho y que, por tanto, puede considerarse dichoso, aunque en lo humano no lo sea? ¿No sería injusto que aquel que tiene ya en el corazón luz de divina manifestación y la sonrisa de una conciencia que aprueba, tuviera además honores y bienes terrenos? ¿Y no sería incluso imprudente?

- Maestro, yo digo que sería incluso profanador. ¿Por qué poner alegrías humanas donde estás Tú? Cuando uno te tiene — y éstos te han tenido; ellos, los únicos ricos en Israel por haber gozado de ti desde hace treinta años — no debe poseer nada más. No se pone el objeto humano en el Propiciatorio... El vaso consagrado no sirve más que para usos sagrados. Éstos están consagrados desde el día en que vieron tu sonrisa... y nada, no, nada que no seas Tú debe entrar en su corazón, que te tiene a ti. ¡Ojalá fuera yo como ellos! - dice Simón.

- Sin embargo, te has dado prisa, después de haber visto al Maestro y después de ser curado, en volver a tomar posesión de tus bienes - responde irónicamente Judas.

- Es verdad. Lo he dicho y lo he hecho. Pero ¿tú sabes por qué? ¿Cómo puedes juzgar si no conoces todo? Mi agente recibió órdenes precisas. Ahora que Simón el Zelote está curado — y sus enemigos ya no pueden perjudicarlo segregándolo; ni perseguirlo porque ya no es más que de Cristo y no tiene ninguna secta: tiene a Jesús y basta —, Simón puede disponer de los haberes suyos, que un hombre honesto, fiel, le ha conservado. Y yo, dueño todavía durante una hora, prescribí su reorganización para obtener más dinero en la venta y poder decir... No, esto no lo digo.

- Lo dicen los ángeles por ti, Simón, y lo escriben en el libro eterno - dice Jesús.

Simón mira a Jesús. Las dos miradas se anudan: una, asombrada; la otra, bendiciendo.

- Como siempre, yo estoy equivocado.

- No, Judas; tienes el sentido práctico. Tú mismo lo dices.

- ¡Oh, pero con Jesús!... También Simón Pedro estaba apegado al sentido práctico, ¡y ahora sin embargo!... Tú también, Judas, serás como él. Hace poco que estás con el Maestro, nosotros hace más tiempo y ya hemos mejorado - dice Juan, siempre dulce y conciliador.

- No me ha querido con Él. Si no, hubiera sido suyo desde Pascua — Judas está hoy realmente enojado.

Jesús zanja la cuestión diciendo a Leví:

-¿Has estado alguna vez en Galilea?

- Sí, Señor.

- Vendrás conmigo, para conducirme a donde Jonás. ¿Lo conoces?

- Sí. Por Pascua nos veíamos siempre; yo iba a verlo entonces.

José baja la cabeza apenado. Jesús se da cuenta.

- Juntos no podéis venir. Elías se quedaría solo con las ovejas. Pero tú vendrás conmigo hasta el paso de Jericó, donde nos separaremos por un tiempo. Te diré después lo que tienes que hacer.

- ¿Nosotros ya nada más?

- También vosotros. Judas, también vosotros.

- Se ven algunas casas - dice Juan, que va unos pasos por delante de los demás.

- Es Hebrón, con su cúspide a caballo entre dos ríos. ¿Ves, Maestro? ¿Ves aquella casa grande de allí, entre toda aquella hierba, un poco más alta que las otras? Es la casa de Zacarías.

- Aceleremos el paso.

Recorren ligeros los últimos metros de camino. Entran en el pueblo. Las pequeñas pezuñas de las ovejas parecen castañuelas al chocar contra las piedras irregulares de la calle, aquí rudimentariamente adoquinada. Llegan a la casa. La gente mira a ese grupo de hombres de diverso aspecto, edad y vestimenta, entre el blancor de las ovejas.

- ¡Oh! ¡Es distinta! ¡Aquí estaba la verja de entrada! - dice Elías. Ahora, en lugar de la verja, hay un portón herrado que impide ver. Y la tapia que la circunda es más alta que un hombre, y, por tanto, no se ve nada.

- Quizás esté abierto por detrás. Vamos.

Rodean un amplio cuadrilátero (más concretamente un amplio rectángulo), pero la pared es igual por todas partes.

- Pared hecha desde hace poco - dice Juan observándola - No tiene grietas, y en el suelo hay todavía piedras con cal.

- Tampoco veo el sepulcro... Estaba hacia el bosque. Ahora el bosque está fuera del muro y... y parece de todos. Hacen leña en él...

Elías está perplejo.

Un hombre, un leñador entrado en años, más bien bajo, pero fuerte, observando al grupo, deja de serrar un tronco talado y se dirige hacia ellos.

-¿A quién buscáis?

- Queríamos entrar en la casa, para orar ante el sepulcro de Zacarías.

- Ya no existe el sepulcro. ¿No lo sabéis? ¿Quiénes sois?

- Yo, amigo de Samuel, el pastor. Él...

- No hace falta, Elías - dice Jesús. Elías se calla.

- ¡Ah! ¡Samuel!... ¡Ya! Sólo que desde que Juan, hijo de Zacarías, está en la cárcel, la casa ya no es suya. Y es una desgracia, porque él distribuía todas las ganancias de sus bienes entre los pobres de Hebrón. Una mañana vino uno de la corte de Herodes, echó afuera a Joel, clausuró la casa; luego volvió con algunos obreros y empezó a levantar el muro... En el ángulo, allí, estaba el sepulcro. No lo quiso... y una mañana lo encontramos todo destrozado, medio derruido... los pobres huesos mezclados... Los recogimos como se pudo... Ahora están en una única arca... Y en la casa del sacerdote Zacarías ese inmundo tiene a sus amantes. Ahora está una histrionisa de Roma. Por eso ha realzado el muro. No quiere que se vea... ¡La casa del sacerdote, un lupanar! ¡La casa del milagro y del Precursor! Porque ciertamente es él, si es que no es él el Mesías. ¡Y cuántas dificultades hemos tenido por el Bautista! ¡Pero es nuestro grande! ¡Verdaderamente grande! Ya cuando nació se dio un milagro. Isabel, consumida como un cardo ajado, resultó fértil como un manzano en Adar; primer milagro. Luego vino una prima, que era santa, a servirle y a soltarle la lengua al sacerdote. Se llamaba María. Me acuerdo de ella, aunque sólo la viéramos en muy raras ocasiones. No sé cómo sucedió. Se dice que, por contentar a Isa, Ella dejaba poner la boca muda de Zacarías sobre su vientre grávido, o que le metía sus dedos en la boca. No lo sé bien. Lo cierto es que, después de nueve meses de silencio, Zacarías habló alabando al Señor y diciendo que había venido el Mesías. No explicó más, pero mi mujer asegura — ella estaba ese día — que Zacarías dijo, alabando al Señor, que su hijo iría delante de Él. Ahora, yo digo: no es como la gente cree. Juan es el Mesías y camina ante el Señor como Abraham ante Dios, eso es. ¿No tengo razón?

- Tienes razón por lo que respecta al espíritu del Bautista, que siempre camina en presencia de Dios; pero no tienes razón respecto al Mesías.

- Entonces aquella, de la que se decía que era Madre del Hijo de Dios — lo dijo Samuel — ¿no era verdad que lo era? ¿No vive todavía?

- Lo era. El Mesías nació, precedido por aquel que en el desierto alzó su voz, como dijo el Profeta.

- Tú eres el primero que lo asegura. Juan, la última vez que Joel le llevó una piel de oveja — como todos los años hacía cuando llegaba el invierno —, si bien fuera interrogado acerca del Mesías, no dijo: "Ya ha venido". Cuando él lo diga...

- Hombre, yo he sido discípulo de Juan y he oído decir: "He aquí el Cordero de Dios", señalando... - dice Juan.

- No, no. El Cordero es él. Verdadero Cordero que se ha criado a sí mismo, sin casi necesidad de madre y padre. Poco después de pasar a ser hijo de la Ley, se aisló en las cuevas de los montes que miran al desierto y allí se ha educado, hablando con Dios. Isa y Zacarías murieron y él no vino. Padre y madre para él era Dios. No hay santo más grande que él. Preguntad a toda Hebrón. Samuel lo decía, pero debían tener razón los de Belén. El santo de Dios es Juan.

- Si uno te dijera: "El Mesías soy Yo", ¿qué dirías tú? — pregunta Jesús.

- Lo llamaría "blasfemo" y lo echaría a pedradas.

- ¿Y si hiciera un milagro para probar su condición?.

- Lo llamaría "endemoniado". El Mesías vendrá cuando Juan se revele en su verdadero ser. El mismo odio de Herodes es la prueba. Él, el astuto, sabe que Juan es el Mesías.

- No ha nacido en Belén.

- Pero cuando lo liberen, después de anunciarse por sí mismo su próxima venida, se manifestará en Belén. También Belén espera esto. Mientras... ¡Oh! Ve, si tienes valor, a hablarles a los de Belén de otro Mesías... y verás.

- ¿Tenéis una sinagoga?

- Sí. Recto doscientos pasos por esta calle. No puedes equivocarte. Cerca está el arca de los restos profanados.

- Adiós. Que el Señor te ilumine.

Se van. Dan la vuelta por la parte de delante.

En el portón hay una mujer joven vestida sin ningún pudor. Guapísima.

- Señor, ¿quieres entrar en la casa? Entra.

Jesús la mira fijamente, severo como un juez, y no habla.

Habla Judas, en esto apoyado por todos.

-¡Métete dentro, desvergonzada! No nos profanes con tu aliento, perra insaciable.

Se manifiesta en la mujer un vivo rubor e inclina la cabeza. Trata de desaparecer, confundida, escarnecida por gamberros y por la gente que pasa.

- ¿Quién es tan puro como para decir: "Jamás he deseado la manzana ofrecida por Eva?" - dice Jesús, severo, y añade - Decidme dónde está éste y Yo lo saludaré con la palabra "santo". ¿Ninguno? Bueno, pues entonces, si no por repulsa, sino por debilidad, os sentís incapaces de aproximarnos a ésta, retiraos. No obligo a los débiles a luchas en inferioridad de condiciones. Mujer, querría entrar. Le guardo cariño a esta casa. Era de un pariente mío.

- Entra, Señor, si no te doy asco.

- Deja abierta la puerta. Que la gente vea y no murmure...

Jesús pasa serio, solemne. La mujer lo recibe reverente, subyugada, y no osa moverse. Pero las burlas de la multitud le hacen sangre. Huye corriendo hasta el fondo del jardín. Mientras, Jesús va hasta el pie de la escalera; mira de refilón por las puertas entreabiertas, pero no entra. Luego se dirige hacia donde estaba el sepulcro (ahora hay una especie de pequeño templo pagano).

- Los huesos de los justos, aunque estén resecos y dispersos, gimen por un bálsamo de purificación y esparcen semillas de vida eterna. ¡Paz a los muertos que han vivido en el bien! ¡Paz a los puros que duermen en el Señor! ¡Paz a quienes sufrieron, pero no quisieron conocer vicio! ¡Paz a los verdaderos grandes del mundo y del Cielo! ¡Paz!

La mujer, bordeando un seto que la ocultaba, se ha llegado hasta Él.

- ¡Señor!

- Mujer.

- Tu nombre, Señor.

- Jesús.

- No lo he oído nunca. Soy romana: mimo y bailarina. No soy experta más que en lascivias. ¿Qué quiere decir ese Nombre? El mío es Aglae y—y quiere decir: vicio.

- El mío quiere decir: Salvador.

- ¿Cómo salvas? ¿A quién?

- A quien tiene buena voluntad de salvación. Salvo enseñando a ser puros, a preferir el dolor a la pérdida del honor, a querer el bien a toda costa - Jesús habla sin acritud, pero sin siquiera volverse hacia la mujer.

- Yo estoy perdida...

- Yo soy Aquel que busca a los perdidos.

- Yo estoy muerta.

- Yo soy Aquel que da Vida.

- Yo soy suciedad y embuste.

- Yo soy Pureza y Verdad.

- También eres Bondad, Tú, que no me miras, no me tocas, no me pisoteas. Piedad de mí...

- Ten piedad de ti, tú, primero; de tu alma.

- ¿Qué es el alma?
 - Es aquello que hace del hombre un dios y no un animal. El vicio y el pecado la matan y, una vez muerta, el hombre se vuelve animal repelente.
 - ¿Podré volver a verte?
 - Quien me busca me encuentra.
 - ¿Dónde estás?
 - Donde los corazones necesitan médico y medicinas para volver a ser honestos.
 - Entonces... no te volveré a ver... Yo estoy donde no se quiere ni médico ni medicinas ni honestidad.
 - Nada te impide venir a donde Yo esté. Mi Nombre será gritado por los caminos y llegará hasta ti. Adiós.
 - Adiós, Señor. Déjame que te llame "Jesús". ¡No por familiaridad!... Para que entre en mí un poco de salvación. Soy Aglae, acuérdate de mí.
 - Sí. Adiós.
 La mujer se queda en el fondo. Jesús sale severo. Mira a todos. Ve perplejidad en los discípulos, burla en los hebronitas. Un siervo cierra el portón.
 Jesús va recto por la calle. Llama a la sinagoga.
 Se asoma un viejo malévol. Ni siquiera le da tiempo a Jesús de hablar.
 - La sinagoga está prohibida, en este lugar santo, para los que tienen comercio con las meretrices. ¡Fuera!
 Jesús se vuelve sin hablar y continúa caminando por la calle (los suyos van detrás) hasta que se encuentran fuera de Hebrón. Entonces hablan.
 - Hay que decir que Tú te lo has buscado, Maestro - dice Judas - ¡Una meretriz!
 - Judas, en verdad te digo que ella te superará. Y ahora, tú que me censuras, ¿qué me dices de los judíos? En los lugares más santos de Judea nos han escarnecido; nos han echado... Pero es así. Llega el tiempo en que Samaría y los gentiles adorarán al verdadero Dios, y el pueblo del Señor estará manchado de sangre, y de un delito... de un delito respecto al cual el de las meretrices que venden su carne y su alma será poca cosa. No he podido orar ante los huesos de mis primos y del justo Samuel, pero no importa. Reposad, huesos santos, regocijaos, oh espíritus que habitáis en ellos. La primera resurrección está cercana. Luego vendrá el día en que seréis presentados a los ángeles como los espíritus de los siervos del Señor.
 Jesús calla y todo termina.

78

En Keriot. Muerte del anciano Saúl.

Tengo la impresión de que la parte más escabrosa, o sea, el nudo más angosto de las montañas de Judea, se encuentra entre Hebrón y Yuttá; pero podría equivocarme y ser éste un valle más amplio y abierto que se despliega ante vastos horizontes en los que emergen montes aislados que ya no forman una cadena. Quizás es una cuenca entre dos cadenas, no lo sé. Es la primera vez que la veo y no es que me centre mucho. Diversas cultivaciones de cereales distribuidas en terrenos no vastos, pero sí bien cuidados: cebada, centeno sobre todo, y también bonitos viñedos en las partes más soleadas. Más arriba, lindos bosques de pinos y abetos, y otras plantas selvosas. Un camino... discreto introduce en un pequeño poblado.

- Éste es el arrabal de Keriot. Te ruego que vengas a mi casa de campo. Mi madre te espera allí. Después iremos a Keriot» dice Judas, tan agitado, que, en realidad, está fuera de sí.

No he dicho que ahora están solos Jesús, Judas, Simón y Juan. Faltan los pastores; quizás se hayan quedado en los pastos de Hebrón o hayan vuelto hacia Belén.

- Como quieras, Judas; pero también podíamos habernos quedado aquí para conocer a tu madre.

- ¡Oh, no! Es una casuca. Mi madre viene en tiempo de cosecha, pero después vuelve a Keriot. ¿No quieres que mi ciudad te vea? ¿No quieres traer aquí tu luz?

Si que quiero, Judas, pero ya sabes que no me detengo a considerar la humildad del lugar que me hospeda.

- Pero hoy eres mi invitado... y Judas sabe ser hospitalario.

Andan todavía unos metros entre casas pequeñas esparcidas por el campo. Mujeres y hombres, avisados por los niños, se asoman. Está muy claro que se ha despertado la curiosidad. Debe ser que Judas ha lanzado un grito de reclamo.

- He aquí mi pobre casa. Perdona su pobreza.

La casa no es ninguna chabola: es un cubo de un solo piso pero amplio y bien cuidado, dentro de un terreno tupido y floreciente de árboles frutales. Un camino propio, muy limpio, va desde la calzada a la casa.

- ¿Me permites que me adelante, Maestro?.

- Ve, si quieres.

Judas se adelanta.

- Maestro, Judas ha hecho las cosas a lo grande - dice Simón - Antes lo sospechaba, ahora estoy seguro de ello. Tu dices, Maestro, y con razón: espíritu, espíritu...; pero él... él no piensa así. No te entenderá nunca... o muy tarde — corrige para no apenar a Jesús.

Jesús suspira y calla.

Judas sale con una mujer de unos cincuenta años. Es más bien alta, aunque no como el hijo, que ha recibido de ella sus ojos negros y su pelo rizado. Pero los ojos de ella son mansos, más bien tristes, mientras que los de Judas son imperiosos y astutos.

- Te saludo, Rey de Israel - dice postrándose con un verdadero saludo de súbdita - Concede a tu sierva hospedarte.

- Paz a ti, mujer. Que Dios os acompañe a ti y a tu hijo.

¡Oh, sí! ¡A mi hijo! - Es más un suspiro que una respuesta.

- Levántate, madre. Yo también tengo una Madre y no puedo permitir que me beses los pies. En nombre de mi Madre te beso, mujer. Es tu hermana... en el amor y en el destino doloroso de madre de los signados.

-¿Qué quieres decir, Mesías? - pregunta Judas un poco inquieto.

Pero Jesús no responde; está abrazando a la mujer, a la cual ha levantado benigneamente. Ahora la besa en las mejillas. Luego, cogiéndola de la mano, va hacia la casa.

Entran en una habitación fresca mantenida en sombra por leves cortinas de rayas. Ya han preparado bebidas frías y fruta fresca. Pero antes la madre de Judas llama a una sierva y ésta trae agua y una toalla; ella, por su parte, quisiera descalzar a Jesús y lavarle los pies polvorientos, pero Jesús se opone.

- No, madre. La madre es una criatura demasiado santa, especialmente cuando es honesta y buena como tú eres, para permitir que se ponga en actitud de esclava.

La madre mira a Judas... una mirada extraña. Luego se va.

Jesús ya se ha refrescado. Cuando está para volverse a poner las sandalias, la mujer regresa con un par nuevo.

- Mira, Mesías nuestro, creo que lo he hecho bien... como quería Judas... Me dijo: "Un poco más largas que las mías e igual de anchas".

- Pero, ¿por qué, Judas?

- ¿No quieres darme la posibilidad de ofrecerte algún don? ¿No eres mi Rey y Dios?.

- Sí, Judas. Pero no debías crear tantas molestias a tu madre. Tú sabes cómo soy...

- Lo sé. Eres santo. Pero tienes que aparecer como Rey santo. Así es como uno se impone. En el mundo, que, de diez, nueve partes es de estúpidos, hay que imponerse con la presencia; yo entiendo de eso.

Jesús se ha atado las sandalias nuevas, de correas perforadas, de piel roja como la cabezada que llega hasta el tobillo; mucho más bonitas que sus sandalias simples de obrero, y semejantes a las sandalias de Judas, que son casi mocasines que dejan ver sólo pequeñas partes del pie.

- También el vestido, Rey mío. Lo tenía preparado para mi Judas... pero él te lo da; es lino, fresco y nuevo. Permite que una madre te vista... como si fueses su hijo.

Jesús vuelve a mirar a Judas... pero no se opone. Se desata la abertura del vestido en la parte del cuello y deja caer la amplia túnica desde los hombros, quedándose con la túnica interior. La mujer le mete la hermosa vestidura nueva y le ofrece un cinturón (un galón profusamente bordado) del que cuelga un cordón terminado en borlas muy tupidas. Jesús se sentirá bien, sin duda, con esas vestiduras frescas y sin polvo; sin embargo, no parece muy contento. Entretanto, los otros se han lavado.

- Ven, Maestro. Son de los árboles de mi pobre huerto. Y ésta es el agua de miel que mi madre prepara. Tú, Simón, quizás prefieres este vino blanco. Toma. Es de mi viña. ¿Y tú, Juan? ¿Como el Maestro? - se le ve a Judas alborozado al poder servir en los hermosos cálices de plata, al mostrar que es una persona que puede.

Su madre habla poco. Mira... mira... mira a su Judas... pero mira todavía más a Jesús... Y cuando Jesús, antes de comer Él, le ofrece la mejor pieza de fruta — creo que son albaricoques muy grandes, son frutos amarillo - rojos y no son manzanas — y le dice «la madre siempre antes», a ella se le saltan las lágrimas.

- Mamá. ¿Lo demás está hecho? - pregunta Judas.

- Sí, hijo mío. Creo haber hecho todo bien, pero he pasado mi vida siempre aquí y no sé... no sé las costumbres de los reyes.

- ¿Qué costumbres, mujer? ¿Qué reyes? Pero, ¿qué has hecho, Judas?

- ¿Pero no eres Tú el prometido Rey de Israel? Es hora de que el mundo te salude como tal, y ello debe suceder por primera vez aquí, en mi ciudad, en mi casa. Yo te venero como tal. Por amor hacia mí y por respeto a tu nombre de Mesías, de Cristo, de Rey, que los Profetas, por orden de Yeová, te han dado, no me desmientas.

- Mujer, amigos. Por favor. Necesito hablar con Judas, tengo que darle órdenes precisas.

La madre y los discípulos se retiran.

- Judas, ¿qué has hecho? ¿Tan poco me has entendido hasta aquí? ¿Por qué disminuirme hasta el punto de hacer de mí sólo un poderoso de la tierra, o, peor aún, uno que brega por ser poderoso? ¿No entiendes que es una injuria a mi misión, exactamente un obstáculo? Sí, no digas que no; obstáculo. Israel está sujeto a Roma. Tú sabes qué ha sucedido cuando ha querido alzarse contra Roma alguien en actitud de caudillo del pueblo levantando sospechas de que estaba creando una guerra de reconquista. Has oído, justamente en estos días, cómo se ensañaron con un Párvulo porque se le supuso rey según el mundo. ¡Y tú..., y tú!... ¡Oh! ¡Judas! ¿Pero qué esperas de una soberanía mía de carne?, ¿qué esperas? Te he dado tiempo de pensar y decidir. Te he hablado bien claro ya desde la primera vez. Incluso te rechacé, porque sabía... porque sé, sí, porque sé, leo, veo lo que hay en ti. ¿Por qué deseas seguirme, si no quieres ser como Yo quiero? Vete, Judas. No te perjudiques a ti ni me perjudiques a mí... Vete. Es mejor para ti. No eres obrero apto para esta obra... Está demasiado por encima de ti. En ti hay soberbia, hay codicia de las tres especies, arrollas a quien te encuentras por delante... Incluso tu madre te debe temer... Hay tendencia a la mentira... No. Así no debe ser mi seguidor. Judas, Yo no te odio, Yo no te maldigo, sólo te digo — y con el dolor de quien ve que no puede cambiar al que ama — te digo sólo: Ve por tu camino, hazte paso en el mundo, puesto que es esto lo que quieres, pero no estés conmigo. ¡Mi vía!... ¡Mi palacio! ¡Oh, qué pequeñez contienen! ¿Sabes dónde seré Rey?, ¿cuándo seré proclamado Rey? Cuando me levanten en un madero infame y por púrpura tenga mi Sangre, por corona una guirnalda de espinas, por enseña un cartel burlón, por trompas y címbalos y órganos y cítaras saludando al Rey proclamado las blasfemias de todo un pueblo, de mi pueblo. ¿Y sabes por obra de quién todo esto? De uno que no me habrá entendido, que no habrá entendido nada. Corazón de bronce hueco, en el que la soberbia, la sensualidad y la avaricia, para entonces, ya habrán destilado sus humores, y

éstos habrán engendrado una maraña de serpientes que servirán como cadena para mí y... y maldición para él. Los demás no conocen tan claramente mi suerte. Te ruego que no la manifiestes. Esto quede entre tú y Yo. Y esto que te he dicho es una amonestación... ¡Y guarda silencio y no digas: "Fui amonestado..."! ¿Entendido, Judas?

Judas está violáceo de tan colorado como se ha puesto. Está en pie, frente a Jesús. Está confundido, con la cabeza baja... Se hinca de rodillas llorando con la cabeza entre las rodillas de Jesús.

- Te amo, Maestro. No me rechaces. Sí, soy un soberbio, soy un estúpido, pero no me apartes de ti. No, Maestro; será la última vez que cometo una falta así. Tienes razón. No he reflexionado, pero incluso en este error hay amor. Quería prodigarte honores y mover a los demás a hacer lo mismo, porque te amo. Tú lo dijiste hace tres días: "Cuando os equivocáis sin malicia, por ignorancia, no es un yerro, sino un juicio imperfecto, propio de niños, y Yo estoy aquí para haceros adultos". Mira, Maestro, estoy entre tus rodillas... me dijiste que serías un padre para mí... entre tus rodillas como entre las de mi padre; y te pido perdón, te pido que hagas de mí un "adulto", un adulto santo... No me apartes de ti, Jesús, Jesús, Jesús... No todo es malvado en mí. ¿Lo ves?, por ti he dejado todo y he venido. Tú eres más que los honores y las victorias que obtenía sirviendo a otros. Tú, sí, Tú eres el amor del pobre, infeliz Judas que quisiera proporcionarte sólo alegría y que, por el contrario, te causa dolor...

- Basta, Judas. Una vez más, te perdono... — Jesús parece fatigado — Te perdono esperando... esperando que en el futuro me comprendas.

- Sí, Maestro. Sí. Pero ahora no me postres bajo el peso de un mentís que haría de mí objeto de burla. Toda Keriot sabe que yo venía con el Descendiente de David, el Rey de Israel... y mi ciudad se ha preparado para recibirte... Creía que actuaba correctamente... creía que así te mostraba cómo hay que hacer para ser temidos y obedecidos... y también a Juan y a Simón, y a través de ellos a los otros que te aman pero que te tratan como a un igual... Incluso se burlarían de mi madre, por tener un hijo mentiroso y loco. ¡Por ella, Señor mío!... ¡Y te juro que yo...!

- No me jures a mí. Júrate a ti mismo, si puedes, no pecar más en este sentido. En atención a tu madre y a los ciudadanos no haré esta afrenta de irme. Estaré aquí. Levántate.

- ¿Qué les vas a decir a los otros?

- La verdad...

- ¡No, no!

- La verdad: que te he dado órdenes para hoy. Siempre hay una forma de decir, con caridad, la verdad. Vamos. Llama a tu madre y a los otros.

Se le ve a Jesús más bien severo. Y no vuelve a sonreír sino cuando regresa Judas con su madre y los discípulos. La mujer escruta a Jesús, lo ve benigno y se tranquiliza. Esta mujer a mí me parece un alma en pena.

- ¿Qué?, ¿vamos a Keriot? Me siento descansado. Te agradezco, madre, toda tu bondad. Que el Cielo te pague y te dé, por tu caridad hacia mí, reposo, y alegría al consorte que lloras.

La mujer trata de besarle la mano, pero Jesús se la pone sobre la cabeza, acariciándola, y no lo permite.

- El carro está preparado, Maestro. Ven.

Afuera, efectivamente, está llegando un carro tirado por bueyes, un hermoso y cómodo carro, dentro del cual se han colocado cojines para que sirvan como asientos; encima, un toldo de paño rojo.

- Sube, Maestro.

- Tu madre antes.

La mujer sube, luego Jesús y los demás.

- Aquí, Maestro» (Judas ya no lo llama rey).

Jesús se sienta en la parte de adelante; a su lado, Judas; detrás la mujer y los discípulos. El conductor agujonea a los bueyes; los va instigando caminando a su lado.

E1 trayecto es breve, poco más de unos cuatrocientos metros, luego se ven las primeras casas de Keriot, que me parece una discreta ciudadita. Un niño pequeño mira en la calle llena de sol y sale disparado. Cuando el carro llega a las primeras casas, personalidades y gente del pueblo están esperando para recibirlo con bandas de tela y ramos, y ramos y bandas, por las calles y de casa a casa. Gritos de júbilo, profundas reverencias... Jesús —ya no puede evitarlo —, desde lo alto de su trono tambaleante, saluda y bendice.

El carro prosigue y luego gira, después de una plaza, por una calle, y llega a la altura de una casa cuyo portón está ya abierto de par en par; en él hay dos o tres mujeres. Se detiene el carro y bajan.

- Mi casa es tuya, Maestro.

- Paz a ella, Judas. Paz y santidad.

Entran. Pasado el vestíbulo hay una amplia sala con divanes bajos y muebles con incrustaciones. Con Jesús y los demás, entran las personalidades del lugar. Reverencias, curiosidad, júbilo pomposo...

Un anciano de aspecto grave pronuncia un discurso:

- ¡Gran fortuna para la tierra de Keriot al tenerte, oh Señor! ¡Gran fortuna! ¡Feliz día! ¡Fortuna por tenerte y fortuna por ver que un hijo suyo es amigo tuyo y te ayuda! ¡Dichoso él, que te ha conocido antes que ningún otro! Y Tú, bendito seas diez veces diez por haberte manifestado, Tú, el Esperado por generaciones y generaciones. Habla, Señor y Rey. Nuestros corazones esperan tu palabra como la tierra sedienta de verano abrasador espera la primera dulce agua de septiembre.

- Gracias, quienquiera que seas, gracias, y gracias a los hombres de esta ciudad que han inclinado sus corazones ante el Verbo del Padre, ante el Padre cuyo Verbo soy Yo. Porque, sabed que no es al Hijo del hombre, que os está hablando, sino al Señor altísimo, a quien hay que rendir gracias y honor por este tiempo de paz con que El vuelve a soldar la paternidad quebrada con los hijos del hombre. Alabemos al Señor verdadero, al Dios de Abraham, que ha tenido piedad de su pueblo, lo ha amado y le otorga al Redentor prometido. No a Jesús, siervo de la eterna Voluntad, sino a esta Voluntad de amor, gloria y honor.

- Hablas como un santo... Yo soy el jefe de la sinagoga. No es sábado. Ven de todas formas a mi casa a explicar la Ley, Tú que portas más que óleo real la unción de la Sabiduría.

- Iré.

- Mi Señor quizás está cansado...

- No, Judas. Nunca cansado de hablar de Dios, nunca con ganas de desilusionar a los corazones.

- Ven, entonces — insiste el jefe de la sinagoga —; toda Keriot está afuera esperándote.

- Vamos.

Salen. Jesús entre Judas y el jefe de la sinagoga; en torno a ellos, personalidades y... gente, gente, gente. Jesús pasa bendiciendo.

La sinagoga está en la plaza. Entran. Jesús se dirige hacia el puesto reservado a quien enseña. Empieza a hablar, todo cándido con su espléndida vestidura, el rostro inspirado, los brazos extendidos según su gesto habitual.

- Pueblo de Keriot, el Verbo de Dios habla. Escuchad. Quien os habla no es sino Palabra de Dios. Su soberanía viene del Padre y al Padre volverá después de evangelizar a Israel. Ábranse los corazones y las mentes a la verdad, para que el error no quede estancado, para que no nazca la confusión. Isaías dice: "Toda depredación tumultuosa y las vestiduras bañadas de sangre serán consumidas por el fuego. He aquí que nos ha nacido un Párvulo, he aquí que se nos concede un Hijo. Lleva sobre sus hombros el principado. Éste es su nombre: el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz". Este es mi Nombre. Dejemos a los Césares y a los Tetrarcas su botín. Yo depredaré, pero no será una depredación que merezca castigo de fuego. No sólo esto sino que le arrebataré al fuego de Satanás gran número de presas para llevarlas al Reino de paz del que soy Príncipe, y al siglo futuro: el eterno tiempo del cual soy Padre.

"Dios" — dice también David, de cuya estirpe provengo, como habían predicho quienes vieron porque eran santos, gratos a Dios, elegidos por Dios para hablar — "ha escogido a uno sólo... a mi hijo... pero la obra es grandiosa, porque se trata no de preparar la casa de un hombre, sino la de Dios". Así es. Dios, el Rey de los reyes, ha elegido a uno sólo, a su Hijo, para construir, en los corazones, su casa. Y ha preparado ya el material. ¡Oh, cuánto oro de caridad, y cobre, y plata y hierro, y maderas raras y piedras preciosas! Todas están acumuladas en su Verbo y Él las usa para construir en vosotros la morada de Dios. Pero si el hombre no ayuda al Señor, inútilmente el Señor querrá construir su casa. Al oro se responde con el oro, a la plata con la plata, al cobre con el cobre, al hierro con el hierro. O sea, por el amor debe darse amor, continencia para servir a la Pureza, constancia para ser fieles, fuerza para no desistir. Y luego, llevar hoy la piedra, mañana la madera: hoy el sacrificio, mañana la obra, y construir, construir siempre el templo de Dios en vosotros.

El Maestro, el Mesías, el Rey del Israel eterno, del pueblo eterno de Dios, os llama. Pero quiere que estéis limpios para la obra. Caigan las soberbias: a Dios gloria. Caigan los humanos pensamientos: de Dios es el Reino. Humildes, decid conmigo: "Tuyas son todas las cosas, Padre, tuyo todo cuanto es bueno; enséñanos a conocerte y a servirte, en verdad". Decid: "¿Quién soy yo?", y reconoced que seréis algo sólo cuando seáis moradas purificadas a las que Dios pueda descender, en las que pueda descansar.

Todos peregrinos y extranjeros en esta tierra, sabed reuniros e ir hacia el Reino prometido. El camino son los mandamientos puestos en práctica no por temor a un castigo, sino por amor a ti, Padre santo; el arca, un corazón perfecto en el cual está el nutritivo maná de la sabiduría y florece la vara de la pura voluntad. Y, para que la casa sea luminosa, venid a la Luz del mundo. Yo os la traigo. Os traigo la Luz. Nada más que esto. No poseo riquezas ni prometo honores de esta Tierra, pero sí poseo todas las riquezas sobrenaturales de mi Padre, y a aquellos que sigan a Dios en amor y caridad les prometo el honor eterno del Cielo.

La paz sea con vosotros.

La gente, que ha estado escuchando atenta, bisbisea un poco inquieta. Jesús habla con el jefe de la sinagoga. Se unen al grupo también otras personas — quizás son las personalidades.

- Maestro... ¿pero entonces no eres el Rey de Israel? Nos habían dicho...

- Lo soy.

- Pero Tú has dicho...

- Que no poseo ni prometo riquezas del mundo. No puedo decir más que la verdad. Así es. Conozco vuestro pensamiento, y el error viene de un desacierto en la interpretación unido a un muy grande respeto vuestro hacia el Altísimo. Se os dijo: "Viene el Mesías", y vosotros habéis pensado, como muchos en Israel, que Mesías y rey fueran lo mismo. Elevad más alto el espíritu. Observad este hermoso cielo de verano. ¿Pensáis que termina allí su límite, allí donde el aire parece una bóveda de zafiro? No. Más allá están los estratos más puros, los azules más netos, hasta llegar a aquél, inimaginable, del Paraíso, adonde el Mesías guiará a los justos muertos en el Señor. La misma diferencia hay entre la realidad mesiánica como la cree el hombre y la real, toda divina.

- Pero, ¿podremos nosotros, pobres hombres, elevar el espíritu adonde Tú dices?.

- Basta que lo queráis, y, si lo queréis, Yo os ayudaré.

- ¿Cómo te tenemos que llamar, si no eres rey?

- Maestro, Jesús; como queráis. Maestro soy y soy Jesús, el Salvador.

Un viejo dice:

- Escucha, Señor. Hace tiempo, hace mucho tiempo, cuando el edicto, tuvimos noticia de que había nacido en Belén el Salvador... y yo fui allí con otros... Vi a un pequeño Niño, en todo igual a los demás, pero lo adoré, por fe. Luego supe que hay uno, santo, de nombre Juan. ¿Cuál es el Mesías verdadero?.

- Aquel a quien tú adoraste. El otro es su Precursor. Gran santo a los ojos del Altísimo, pero no Mesías.

- ¿Eras Tú?

- Era Yo. Y ¿qué viste en torno a mí recién nacido?

- Pobreza y limpieza, honestidad y pureza... un artesano amable y serio de nombre José; artesano, pero de la estirpe de David; una joven Madre rubia y amable de nombre María, ante cuya gracia empalidecen las rosas más hermosas de Engadí y parecen deformes las azucenas de los jardines reales; y un Niño de grandes ojos azul cielo, de cabellos de hilos de oro pálido... No vi nada más... Y oigo todavía la voz de la Madre que me decía: "Por mi Criatura te digo: el Señor esté contigo hasta el eterno encuentro y su Gracia te salga al paso en tu camino". Tengo ochenta y cuatro años... el camino está terminándose. Ya no esperaba encontrar la Gracia de Dios, y, sin embargo, te he encontrado... y ahora ya no deseo ver más luz que la tuya... Sí. Te veo cual eres bajo esta vestidura de piedad que es la carne que has tomado. ¡Te veo! ¡Oíd la voz de aquel que al morir ve la Luz de Dios!

La gente se arremolina en torno al anciano inspirado que está en el grupo de Jesús y que, no teniéndose ya en pie apoyado sobre su bastoncito, levanta los brazos trémulos, la cabeza toda canosa, con su barba larga y bipartida, una verdadera cabeza de patriarca o profeta.

- Yo veo a Éste, el Elegido, el Supremo, el Perfecto, que ha venido aquí abajo por fuerza de Amor, subir a la derecha del Padre, tornar a ser Uno con Él. Pero, ¡ved!, no Voz y Esencia incorpórea como Moisés vio al Altísimo y como el Génesis dice lo conocieran los Primeros y con Él hablasen en el viento de la tarde. Como verdadera Carne lo veo subir al Eterno, ¡Carne refulgente!, ¡Carne gloriosa!; ¡oh, pompa de Carne divina!, ¡oh, Belleza del Hombre Dios! ¡Es el Rey! Sí. Es el Rey. No de Israel; del mundo. Y ante Él se inclinan todas las realezas de la tierra, y todo cetro y toda corona se anulan en el fulgor de su cetro y de sus joyas. Una guirnalda, una guirnalda tiene en su frente. Un cetro, un cetro tiene en su mano. En el pecho, un racional: en él hay perlas y rubíes de un esplendor jamás visto. De él salen llamas como de un horno sublime. En las muñecas, dos rubíes, y lleva una fíbula de rubíes en sus pies santos. ¡De los rubíes, luz, luz...! ¡Mirad, oh pueblos, al Rey Eterno! ¡Te veo! ¡Te veo! Subo contigo... ¡Ah! ¡Señor!, ¡Redentor nuestro!... La luz crece en mi ojo del alma... ¡El Rey está ornado con su Sangre! La guirnalda es una corona de sangrantes espinos, el cetro es una cruz... ¡Aquí está el Hombre! ¡Aquí está! ¡Eres Tú!... Señor, por tu inmolación ten piedad de tu siervo. Jesús, a tu piedad entrego mi espíritu.

El anciano, hasta este momento derecho, rejuvenecido en el fuego de su profecía, se derrumba al improviso, y caería al suelo si Jesús, atento, no le hubiera sujetado contra su pecho.

- ¡Saúl!

- ¡Se está muriendo Saúl!

- ¡Venid a ayudar!

- ¡Corred!

- Paz en torno al justo que muere - dice Jesús, que lentamente se ha ido arrodillando para poder sujetar mejor al anciano, que pesa cada vez más.

Silencio.

Jesús lo depone extendido en el suelo y se levanta.

- Paz a su espíritu. Ha muerto viendo la Luz. En la espera — y será breve — verá ya el rostro de Dios y se sentirá feliz. No hay muerte, o sea, separación de la vida, para quienes murieron en el Señor.

La gente, un rato después, se aleja haciendo comentarios. Se quedan las personalidades, Jesús, los suyos y el jefe de la sinagoga.

- ¿Ha profetizado, Señor?

- Sus ojos han visto la Verdad. Vamos.

Salen.

- Maestro, Saúl ha muerto investido del Espíritu de Dios. Nosotros, que lo hemos tocado, estamos limpios o hemos quedado impuros?

- Impuros.

- ¿Y Tú?

- Yo como los demás. No mudo la Ley. La Ley es ley y el israelita la observa. Impuros hemos quedado. Entre el tercer día y el séptimo nos purificaremos. Hasta entonces, estamos impuros. Judas, Yo no vuelvo adonde tu madre. No llevo impureza a tu casa. Que uno que pueda la avise. Paz a esta ciudad. Vamos.

79

Volviendo donde los pastores. Las joyas de Áglæ y una parábola sobre su conversión.

Jesús va caminando entre sus discípulos por una vereda que sigue el curso del torrente. Bueno, digo "sigue el curso del torrente" por decirlo de alguna forma. En realidad, el torrente está abajo, mientras que la vereda (una vereda serpenteada, como es fácil encontrar en lugares montañosos) va por arriba, cortando la pendiente. Juan está rojo como la púrpura, cargado como un mozo de cuerda, con una saca grande bien llena. Judas, por su parte, porta la de Jesús junto con la suya. Simón lleva sólo la suya y los mantos. Jesús viste de nuevo su túnica - la madre de Judas debe haber encargado que se la lavaran porque no tiene arrugas - y calza sus sandalias.

- ¡Cuánta fruta! ¡Bonitos los viñedos de aquellas colinas! - dice Juan, que no pierde su buen humor por el calor y la fatiga - Maestro, ¿es éste el río en cuyos márgenes cogieron los padres los racimos milagrosos?

- No, es el otro, y más al sur. Pero toda la región era lugar bendecido por frutos óptimos.

- Ahora ya no lo es tanto, aunque todavía sea hermosa. Demasiadas guerras han devastado el suelo. Aquí se hizo Israel... pero, para hacerse, tuvo que fecundarse con su sangre y con la de los enemigos.

¿Dónde vamos a encontrar a los pastores?

-A cinco millas de Hebrón, en las orillas del río que decías.

-Al otro lado de aquel collado, entonces.

-A1 otro lado.

-Hace mucho calor. El verano... ¿A dónde vamos después, Maestro?

- A un lugar aún más caliente. Pero os ruego que vengáis. Viajaremos de noche. Las estrellas son tan claras, que no hay oscuridad. Os quiero mostrar un lugar...

-¿Una ciudad?

-No... Un lugar... que os hará comprender al Maestro... quizás mejor que sus palabras.

Hemos perdido algunos días con ese estúpido contratiempo. Ha echado todo a perder... y mi madre, que tanto había hecho, se ha quedado desilusionada. Además, no sé por qué Tú has querido retirarte hasta la purificación».

-Judas, ¿por qué llamas estúpido a un hecho que ha significado gracia para un verdadero fiel? ¿No desearías una muerte similar para ti? Había esperado durante toda la vida al Mesías, había ido, siendo ya anciano, por caminos incómodos, a adorarlo cuando le dijeron: "Ha venido"; había guardado en el corazón durante treinta años la palabra de mi Madre. El amor y la fe le han cubierto con su fuego en la última hora que Dios le reservaba. Se le ha quebrantado el corazón en la alegría, reducido a cenizas, como grato holocausto, por el fuego de Dios. ¿Qué suerte mejor que ésta? ¿Ha echado a perder la fiesta que habías preparado? Ve en esto una respuesta de Dios. No se mezcle lo que es del hombre con lo que es de Dios... Tu madre todavía me verá. Ese anciano ya no me habría vuelto a ver. Toda Keriot puede venir al Cristo, el anciano ya no tenía fuerzas para hacerlo. Me he sentido feliz de recibir en mi corazón al viejo padre moribundo, y de recomendarle el espíritu. Y, por lo demás... ¿Por qué escandalizar mostrando desprecio hacia la Ley? Para decir "seguidme", hace falta caminar. Para conducir por un camino santo, hay que recorrer el mismo camino. ¿Cómo habría podido, o cómo podría, decir "sed fieles", si Yo fuera infiel?

-Creo que este error es la causa de nuestra decadencia. Los rabíes y los fariseos abaten al pueblo cargándole los preceptos, y luego... luego hacen como aquel que ha profanado la casa de Juan transformándola en un lugar de vicio - observa Simón.

-Es uno de Herodes... - rebate Judas Iscariote.

-Sí, Judas. Pero las mismas culpas están presentes en las castas que se dicen - ellas mismas se lo dicen - santas. ¿Qué opinas Tú de esto, Maestro? - dice Simón.

-Opino que sólo en el caso de que haya un puñado de *verdadera* levadura y de *verdadero* incienso en Israel se formará el pan y se perfumará el altar.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que si alguien viene a la Verdad con corazón recto, la Verdad se esparcirá como levadura en la masa de la harina y como incienso por todo Israel.

-¿Qué te dijo aquella mujer? - pregunta Judas.

Jesús no responde. Se vuelve hacia Juan:

-Pesa mucho y casi no puedes; dame tu carga.

-No, Jesús. Estoy acostumbrado a los pesos, y, además... me lo aligera el pensamiento de la alegría que le dará a Isaac.

Ya están al otro lado del collado. A la sombra del bosque, en la otra vertiente, están las ovejas de Elías; los pastores, sentados a la sombra, las vigilan. Ven a Jesús y se echan a correr hacia Él.

-Paz a vosotros. ¿Aquí estáis?

-Estábamos preocupados por ti... y por el retardo... dudando si ir hacia ti u obedecer... hemos decidido venir hasta aquí... para obedecerte a ti y al mismo tiempo a nuestro amor. Pero deberías haber llegado hace muchos días.

-Hemos tenido que detenernos...

-Pero... ¿nada malo?

-No, nada, amigo. Sólo la muerte de un fiel en mi pecho.

-¿Qué querías que sucediera, pastor? Cuando las cosas están bien preparadas... Claro, hay que saber prepararlas, y preparar a los corazones para recibir las. Mi ciudad ha rendido al Cristo toda suerte de honores. ¿No es verdad, Maestro?

-Es verdad. Isaac, al regreso hemos pasado por casa de Sara. La ciudad de Yuttá, sin ninguna otra preparación aparte de la de su simple bondad y de la verdad de las palabras de Isaac, ha sabido entender la esencia de mi doctrina y amar con amor práctico, desinteresado y santo. Te manda ropa y comida, Isaac; y a los óbolos que se quedaron encima de tu yacija todos han querido añadir algo para ti, que vuelves al mundo y careces de todo. Ten. Yo no llevo nunca dinero; éste lo he cogido porque está purificado por la caridad.

-No, Maestro, tenlo Tú. Yo... estoy acostumbrado a vivir sin él.

-Ahora tendrás que ir por los pueblos a los que te voy a enviar, y te hará falta. El obrero tiene derecho al salario, aunque sea un obrero de alma... porque todavía hay un cuerpo que nutrir, como el asno que ayuda a su amo. No es mucho, pero sabrás desenvolverte... Juan en esa saca tiene ropa y sandalias. Joaquín ha cogido de lo suyo; será grande... ¡pero hay mucho amor en ese regalo!

Isaac toma la saca y se retira a vestirse detrás de una mata. Estaba todavía descalzo y llevaba su extravagante toga hecha con una manta.

Maestro - dice Elías - esa mujer... esa mujer que está en la casa de Juan... tres días después de tu partida, mientras pastoreábamos las ovejas en los prados de Hebrón - que son de todos y no nos podían echar -, nos mandó a una criada con esta bolsa, diciendo que quería hablarnos... No sé si he hecho bien... pero por primera vez devolví la bolsa y dije: "No tengo nada que escuchar"... Después, ella me envió este mensaje: "Ven en nombre de Jesús", y fui... Esperé a que no estuviera su... en definitiva, el hombre que la tiene... ¡Cuántas cosas quiso..., o mejor, quería saber! Yo, sin embargo... dije poco... por prudencia... Es una

meretriz. Temía que fuera una trampa para ti. Me preguntó quién eres, dónde estás, qué haces, si eras una persona importante... Yo le dije: "Es Jesús de Nazaret, está por todas partes porque es un maestro y va enseñando por Palestina". Le dije que eres un hombre pobre, sencillo, un obrero a quien la Sabiduría le ha hecho sabio... Nada más.

-Has hecho bien - dice Jesús, y, al mismo tiempo, Judas exclama: « ¡Has hecho mal! ¿Por qué no dijiste que es el Mesías, que es el Rey del mundo? ¡Apastar la soberbia romana bajo el fulgor de Dios!».

«No me habría entendido... Y, además, ¿estaba seguro de si era -sincera? Tú mismo dijiste lo que era ella, cuando la viste. ¿Podía ofrecer las cosas santas - todo lo que es Jesús es santo - a su boca? ¿Podía poner en peligro a Jesús dando demasiadas noticias? ¡Lejos de mí acarrearle un mal, aunque todos lo hicieran!

-Vamos nosotros, Juan, a decirle quién es el Maestro, a explicarle la verdad santa.

-Yo no, a menos que Jesús me lo ordene.

-¿Tienes miedo? ¿Qué puede hacerte? ¿Sientes asco? ¡El Maestro no lo ha sentido!

-Ni miedo ni asco. Tengo piedad de ella. Pero pienso que si Jesús hubiera querido hubiera podido detenerse a instruirla. No lo hizo... no es necesario que lo hagamos nosotros.

-Entonces no había signos de conversión... Ahora... A ver, Elías, la bolsa.

Y Judas vuelca en un extremo del manto - puesto que se ha sentado en la hierba - el contenido de la bolsa. Anillos, brazaletes, pulseras, un collar... ruedan: amarillo oro sobre el amarillo opaco de la vestidura de Judas. « ¡Todas joyas!... ¿Qué hacemos con esto?

-Se pueden vender - dice Simón.

-Son siempre pejugueras - objeta Judas mostrando, no obstante, admiración por las joyas.

-Se lo he dicho yo también, al cogerlas. También le he dicho que su señor le pegaría. Me ha respondido: "No es suyo, es mío, y hago con ello lo que quiero. Sé que es oro de pecado... pero se transformará en oro bueno si se usa para quien es pobre y santo. Para que se acuerde de mí", y lloraba.

-Ve, Maestro.

-No.

-Manda a Simón.

-No.

-Entonces voy yo.

-No.

Los noes de Jesús son secos e imperiosos.

-¿He hecho mal, Maestro, al hablar con ella, al tomar ese oro? - pregunta Elías, que ve a Jesús serio.

-No has hecho mal, pero ya no hay nada más que hacer.

-Pero quizás esa mujer quiere redimirse y tiene necesidad de ser instruida... - objeta una vez más Judas.

-Hay en ella ya muchas chispas capaces de suscitar el incendio en que puede quemarse su vicio para quedar el alma virginizada de nuevo por el arrepentimiento. Hace poco os he hablado de levadura que esparciéndose entre la harina convierte a ésta en santo pan. Escuchad una breve parábola. Esa mujer es harina, una harina en la cual el Maligno ha mezclado sus polvos de infierno; Yo soy la levadura, o sea, mi palabra es la levadura. Pero, ¿puede hacerse el pan, aún en el caso de que la levadura sea buena, si en la harina hay mucho cascabillo, o si mezclado hay piedras y arena y ceniza? No puede hacerse. Hace falta quitar de la harina, con paciencia, las cascarillas, la ceniza, las piedras y la arena. La Misericordia pasa y ofrece la criba... La primera: hecha con breves verdades fundamentales, necesarias para ser comprendidas por uno que está en la red de la completa ignorancia, del vicio, del paganismo. Si el alma lo acoge, comienza la primera purificación. La segunda es la criba del alma en sí, que confronta su ser con el Ser que se ha revelado, y se horroriza. Y comienza su obra. Por medio de una operación cada vez más minuciosa, después de las piedras, de la arena y de la ceniza, llega incluso a quitar lo que ya es harina pero con granitos todavía grandes, demasiado grandes para producir un óptimo pan. Cuando ya está completamente dispuesta, vuelve a pasar la Misericordia y se introduce en esa harina preparada - también ésta es una preparación, Judas - y la hace fermentar y la hace pan. Pero es una operación larga y de "voluntad" del alma. Esa mujer... esa mujer tiene ya en sí esa mínima cosa que era justo darle y que le puede servir para llevar a cabo su trabajo. Dejemos que lo lleve a cabo, si quiere hacerlo, sin disturbarla. Todo disturba a un alma que se está labrando: la curiosidad, el celo imprudente, las intransigencias y la excesiva compasión.

-¿Entonces, no vamos?

- No. Y, para que a ninguno de vosotros le venga la tentación, nos vamos enseguida. Hay sombra en el bosque. Nos detendremos en las faldas del Valle del Terebinto y allí nos separaremos. Elías volverá a sus pastos con Leví. José vendrá conmigo hasta el vado de Jericó. Luego... nos volveremos a reunir. Tú, Isaac, continúa lo que hiciste en Yuttá, yendo desde aquí, por Arimatea y Lida, hasta llegar a Doco. Allí nos volveremos a ver. Judea debe ser preparada, y tú sabes cómo hacerlo; como has hecho en Yuttá.

-¿Y nosotros?

-¿Vosotros? He dicho que vendréis para ver mi preparación. Yo también me he preparado para la misión.

-¿Yendo a un rabí?

-No.

-¿Con Juan?

-De él tomé sólo el bautismo.

-¿Entonces?

-Belén ha hablado con las piedras y los corazones. También en ese lugar, donde te llevo, Judas, las piedras y un corazón, el mío, hablarán y te responderán.

Elías - que ha traído leche y pan oscuro - dice: «He tratado, mientras esperaba, y conmigo también Isaac, de persuadir a los de Hebrón... Pero... sólo creen en Juan, no juran más que por Juan, no quieren más que a Juan; es su "santo" y sólo lo quieren a él.

-Pecado común a muchos pueblos y a muchos creyentes actuales y futuros: miran al obrero y no al patrón que ha enviado al obrero; se dirigen al obrero, sin ni siquiera decirle: "Dile a tu patrón esto". Se olvidan de que el obrero existe porque existe el patrón y de que es el patrón el que instruye al obrero y lo habilita para su trabajo. Olvidan que el obrero puede interceder, pero uno sólo puede conceder: el patrón; en este caso Dios, y su Verbo con Él. No importa. El Verbo siente dolor por ello, pero no rencor. Vamos.

80

En el monte del ayuno y en la peña de la tentación

Una alborada hermosísima en un lugar inhóspito. Un alba desde lo alto de un pronunciado declive montano. Apenas un comienzo de día. En el cielo todavía quedan estrellas y un arco sutil de luna menguante, como de plata, que persiste en el terciopelo todavía azul oscuro del cielo.

El monte parece estar aislado, no unido a otras cadenas, pero es un verdadero monte, no una colina. La cima está mucho más arriba, y, sin embargo, desde la mitad de la ladera ya se domina un amplio radio de horizonte, signo de que se ha subido mucho respecto al nivel del suelo. En el aire fresco de la mañana en que se abre paso la luz incierta blanco-verdosa del alba que cada vez se hace más clara, comienzan a dibujarse los contornos y detalles que antes se encontraban sumergidos en esa neblina que precede al día, siempre más cerrada que una noche porque parece que la luz de los astros, en el paso de la noche al día, disminuye y - diría - se anula. Así veo que el monte es rocoso y pelado, hendido por quiebras que forman grutas, cavidades profundas y senos. Un lugar verdaderamente inhóspito en el que - sólo en los lugares donde se ha depositado un poco de tierra que ha podido recoger el agua del cielo y conservarla - hay macollas (por lo general plantas duras, espinosas, escasas de ramas) y bajos y duros matorrales de unas yerbas que parecen bastoncitos verdes y cuyo nombre desconozco.

Abajo hay una extensión más árida todavía, plana, pedregosa, cuya sequedad aumenta cuanto más se acerca a un punto oscuro, mucho más largo que ancho, al menos cinco veces más largo que ancho, que creo que puede ser un tupido oasis, nacido entre tanta desolación, debido a aguas subterráneas. Pero, cuando la luz se hace más viva, veo que no es sino agua, un agua parada, oscura, muerta, un lago de una tristeza infinita; en esta luz, aún incierta, me hace recordar la visión del mundo muerto. Parece como si aspirase toda la oscuridad del cielo, toda la tristeza del suelo que lo rodea, diluyendo en sus aguas paradas el verde oscuro de las plantas espinosas y de las duras yerbas que durante kilómetros y kilómetros, a lo largo y a lo alto, son la única decoración del suelo, y, transformándose en un filtro de hondura lóbrega, la emanase y expandiese por todo el alrededor. ¡Qué distinto del luminoso, risueño lago de Genesaret! Hacia arriba, mirando al cielo absolutamente sereno que se hace cada vez más claro, mirando a la luz que avanza desde Oriente, a borbotones cada vez más dilatados, el espíritu se alegra. Pero mirando a aquel vastísimo lago muerto se encoge el corazón. Ningún pájaro surca el espacio sobre sus aguas, ningún animal hay en sus orillas. Nada.

Mientras estoy mirando esta desolación, me saca de este estado la voz de mi Jesús:

-Hemos llegado a donde quería.

Me vuelvo, lo veo a mis espaldas, entre Juan, Simón y Judas, en la pendiente rocosa del monte, en el punto a que llega un sendero... sería mejor decir: en el punto en donde un largo trabajo de aguas, en los meses de lluvia, ha arañado la caliza excavando a lo largo de los siglos un canal apenas dibujado, para desagüe de las aguas de las cimas, que ahora es camino para cabras monteses más que para hombres.

Jesús mira a su alrededor y repite:

-Sí, aquí os quería traer. Aquí el Cristo se preparó para su misión.

-¡Pero si aquí no hay nada!

-¡No hay nada, tú lo has dicho.

-¿Con quién estabas?

-Con mi espíritu y con el Padre.

-¡Ah! ¡Estuviste aquí unas pocas horas!

-No, Judas, no unas pocas horas, sino muchos días...

-Pero, ¿quién te servía? ¿Dónde dormiste?

-Tenía por siervos a los onagros, que por la noche venían a dormir a su guarida... a ésta, en donde yo también me había guarecido... Tenía como siervas a las águilas, que me decían "es de día" con su áspero grito, saliendo a buscar la presa. Tenía como amigos las liebrechitas que venían a roer las yerbas silvestres casi a mis pies... Alimento y bebida para mí eran lo que es alimento y bebida de la flor silvestre: rocío nocturno, la luz del Sol, no otra cosa.

-Pero, ¿por qué?

-Para prepararme bien, como tú dices, para mi misión. Las cosas bien preparadas salen bien, tú lo has dicho. Y mi cosa no era la pequeña, inútil cosa de hacer que brillara Yo, Siervo del Señor, sino de hacer comprender a los hombres lo que es el Señor y, a través de esta comprensión, hacer que le amaran en espíritu y verdad. ¡Miserable aquel siervo del Señor que piensa en su triunfo y no en el de Dios; que trata de sacar partido, que sueña con ponerse en alto en un trono hecho... ¡oh!, hecho con los

intereses de Dios rebajados hasta el suelo (éstos, que son celestes)! Ya no es siervo, éste, aunque externamente lo parezca; es un mercader, un traficante, un falso que se engaña a sí mismo, que engaña a los hombres y que querría engañar a Dios... un desalmado que se cree príncipe y es esclavo...; es del Demonio, su rey de embuste. Aquí, en esta guarida, el Cristo, durante muchos días, vivió de maceraciones y oración para prepararse a su misión. ¿A dónde querrías que hubiera ido a prepararme, Judas?

Judas está perplejo, desorientado. A1 final responde:

-No sé... Pensaba... con algún rabí... con los esenios... no sé.

-¿Y podía Yo encontrar un rabí que me dijera más que lo que me decía la Potencia y la Sabiduría de Dios? ¿Y podía Yo - Yo, Verbo Eterno del Padre, Yo, que era cuando el Padre creó al hombre, y que sé de qué espíritu inmortal y animado, y de qué poder de juicio libre y capaz ha dotado el Creador al hombre - podía ir a procurarme ciencia y capacidad a donde aquellos que niegan la inmortalidad del alma negando la resurrección final y niegan la libertad de acción del hombre imputando virtudes y vicios, acciones santas y malvadas, al destino, que consideran fatal e invencible? ¡No! ¡No!

Tenéis un destino, sí, lo tenéis; en la mente de Dios, que os crea, hay un destino para vosotros. Os lo desea el Padre y es destino de amor, de paz, de gloria: "la santidad de ser sus hijos". Éste es el destino que, presente en la mente divina desde el momento en que con el barro fue hecho Adán, estará presente hasta la última creación de alma de hombre. Pero el Padre no os violenta en cuanto se refiere a vuestra condición regia. El rey, si está prisionero, ya no es rey: es un ser abyecto. Vosotros sois reyes porque sois libres en vuestro pequeño reino individual, en el yo; en él podéis hacer lo que queráis, como queráis.

Frente a vuestro pequeño reino y en sus fronteras tenéis a un Rey amigo y dos potencias enemigas. El Amigo os muestra las reglas dadas por Él para hacer felices a los suyos. Os las muestra. Os dice: "Aquí están; con estas reglas es segura la eterna victoria". Os las muestra - Él, el Sabio y Santo - para que podáis, si queréis hacerlo, practicarlas y obtener gloria eterna. Las dos potencias enemigas son Satanás y la carne. En la carne incluyo la vuestra y la del mundo, o sea, las pompas y seducciones del mundo, o sea, la riqueza, las fiestas, los honores, el poder que del mundo y en el mundo se tienen, y que no siempre se tienen honradamente, y menos aún se saben usar honradamente si por un complejo de causas el hombre llega a esas cosas.

Satanás, maestro de la carne y del mundo, también habla a través de éste y de la carne; también él tiene sus reglas... ¡Oh, que si las tiene!... Y - dado que el yo está envuelto en carne y la carne tiende a la carne como las limaduras de hierro tienden hacia el imán, y, dado que el canto del Seductor es más dulce que el gorgorito del ruiseñor en celo entre rayos de luna y perfume de rosales - es más fácil ir hacia estas reglas, volverse hacia estas potencias, decirles: "Os considero amigas, entrad". Entrad... ¿habéis visto alguna vez a un aliado que permanezca siempre honesto, sin pedir el ciento por uno a cambio de la ayuda prestada? Así hacen esas potencias. Entran... Y se hacen las dueñas. ¿Dueñas? No: cómitres. Os atan, ¡oh hombres!, a su banco de galera, os encadenan ahí, no os dejan alzar ya el cuello de su yugo, y su látigo os llena de surcos de sangre, si tratáis de huir de ellas: o dejarse herir hasta llegar a ser un amasijo de carne hecha pedazos (tan inútil, como carne, que hasta su cruel pie la desprecia), o morir bajo ellas.

Si sabéis proporcionaros ese martirio, *proporcionaros* ese martirio, entonces pasa la Misericordia, la Única que todavía puede tener piedad de esa repugnante miseria de la cual el mundo - uno de sus dueños - siente ahora asco y contra la cual el otro dueño, Satanás, envía sus flechas de venganza. Y la Misericordia, la única que pasa, se agacha, la recoge, la atiende, la vuelve a sanar y le dice: "Ven, no temas, no te mires porque tus llagas, a pesar de haber cicatrizado ya, son tan innumerables que te causarían horror por lo mucho que te afean. Yo no te las miro, miro tu voluntad; por esa voluntad buena estás marcada así. Por eso Yo te digo: Te amo, ven conmigo"... Y la lleva a su Estado. Entonces podéis entender que Misericordia y Rey amigo son una misma persona. Halláis de nuevo las reglas que Él os había mostrado y que vosotros no habías querido seguir. Ahora lo deseáis... y llegáis a la paz: de la conciencia, primero; a la paz de Dios, después.

Decidme, entonces, ¿este destino lo impuso Uno Solo para todos, o cada uno, individualmente, lo deseó para sí?

-Cada uno lo deseó.

-Juzgas bien, Simón. ¿Podía ir Yo a formarme con aquellos que niegan la beata resurrección y el don de Dios? Aquí vine. Cogí mi alma de Hijo del hombre y me la labré con los últimos retoques, terminando el trabajo de treinta años de anonadamiento y de preparación para ir perfecto a mi ministerio. Ahora os pido que estéis conmigo unos días en esta guarida. En cualquier caso será una estancia menos desolada, porque seremos cuatro amigos que luchan contra las tristezas, los miedos, las tentaciones, las necesidades de la carne; Yo, sin embargo, estaba solo. En cualquier caso, será menos penosa, porque ahora es verano y aquí arriba el viento de las cimas templó el calor; Yo, sin embargo, vine al terminar la luna de Tebet, y el viento que descendía de las nieves de la cúspide era muy frío. En cualquier caso será menos angustiosa, porque será más breve, y porque ahora disponemos de esa mínima cantidad de alimento que puede proporcionar alivio a nuestra hambre, y en los pequeños odres de piel que dije a los pastores que os dieran hay agua suficiente para estos días de estancia. Yo... Yo necesito arrancar dos almas a Satanás. Sólo la penitencia lo puede. Os pido ayuda. Supondrá una formación también para vosotros. Aprenderéis cómo se arrebatan las presas a Satanás: no tanto con las palabras cuanto con el sacrificio... ¡Las palabras!... El estrépito satánico impide oírlos... Toda alma en manos del Enemigo se encuentra envuelta en torbellinos de voces infernales... ¿Queréis quedaros conmigo? Si no queréis, idos. Yo me quedo. Nos volveremos a ver en Tecua, junto al mercado.

-No, Maestro, yo no te dejo - dice Juan, mientras Simón al mismo tiempo exclama: «Tú nos dignificas queriéndonos contigo en esta redención».

Judas... no me parece muy entusiasta, pero pone buena cara al... destino y dice:

-Yo me quedo.

-Tomad entonces los odres y las sacas y llevadlas adentro y antes de que el sol queme, partid leña y acumuladla junto a la grieta. La noche aquí es rigurosa incluso en verano, y no todos los animales son buenos. Vamos a encender en seguida una

rama... ¡Allí!, de aquella planta de acacia gomosa; quema bien. Y vamos a mirar entre las fisuras para echar afuera áspides y escorpiones. ¡Venga, comenzad!...

... El mismo lugar del monte; sólo que ahora es de noche, una noche toda estrellada, una belleza de cielo nocturno como creo se pueda gozar sólo en aquellos países ya casi tropicales; estrellas de una amplitud y brillo maravillosos. Las constelaciones mayores parecen racimos de brillantes, de claros topacios, de pálidos zafiros, suaves ópalos, tenues rubíes; titilan, se encienden, se apagan como miradas que el párpado ceba un instante, vuelven a encenderse más hermosas. De vez en cuando una estrella raya el cielo y desaparece hacia quién sabe qué horizonte: raya de luz que parece un grito de júbilo estelar por poder volar así a través de esos prados ilimitados.

Jesús está sentado en la abertura de la cueva, hablando a los tres que están en círculo con Él. Deben haber hecho fuego, pues en medio del círculo que forman los cuatro un pequeño cúmulo de ascuas conserva resplandores de brasa y derrama su reflejo rojo sobre los cuatro rostros.

-Sí, nuestra permanencia aquí ha terminado. Ésta. La mía duró cuarenta días... Y os digo más: era todavía invierno en estas pendientes... y no tenía comida. Un poco más difícil que esta vez, ¿no es verdad? Sé que habéis sufrido también en este tiempo. Lo poco que teníamos y que os daba no era nada, especialmente para el hambre de los jóvenes; era suficiente sólo para impedir que languidecierais. El agua, todavía más escasa. El calor es tórrido durante el día; diréis que no hacía este calor en invierno; pero sí había un viento seco que bajaba quemando los pulmones desde aquella cima, y subía desde aquella bajura cargado de polvo desértico, y secaba más aún que este calor estuvo que se puede aliviar sorbiendo el jugo de estos frutos agraques ya casi maduros. En cambio, entonces, el monte sólo proporcionaba viento y yerbas quemadas por el hielo en torno a las esqueléticas acacias. No os he dado todo porque he reservado para el regreso los últimos panes y el último queso con el último odre... Yo sé lo que fue el regreso, estando exhausto, en la soledad del desierto... Recojamos nuestras cosas y pongámonos en camino. La noche es aún más clara que la que nos condujo aquí. No hay luna, pero el cielo llueve luz. Vamos. Recordad este lugar, sabed recordar cómo se preparó Cristo y cómo se preparan los apóstoles, cuál es el modo que enseño de prepararse los apóstoles.

Se ponen en pie. Simón hurga entre las brasas con una rama. Las reaviva y las extiende con el pie. Echa encima algunas yerbas secas, y en la llama enciende una rama de acacia que mantiene en alto a la entrada de la guarida mientras Judas y Juan recogen man-tos, sacas y unos pequeños odres de piel de los que sólo uno está todavía lleno. Luego apaga la rama contra la roca, carga su saca y se pone el manto, como todos, atándose a la cintura para que no moleste al andar.

Bajan, sin más palabras, uno detrás de otro, por un sendero inclinadísimo, espantando a los pequeños animales que están comiendo las pocas yerbas que todavía resisten el sol. El camino es largo e incómodo. Por fin llegan al llano. Tampoco es muy cómodo aquí el camino, donde piedras y lascas se mueven, traidoras, bajo el pie, hiriéndolo incluso, porque la tierra, reducida a polvo, las oculta y no se pueden evitar; aquí donde matorrales quemados, espinosos, arañan y dificultan el paso enganchándose en los bajos de las túnicas; pero es un camino más expedito.

Arriba las estrellas están cada vez más hermosas.

Marchan, marchan, marchan durante horas. La llanura es cada vez más estéril y triste. Titileos de lascas brillan en ciertas arrugas del terreno, en concavidades que hay entre las escabrosidades del suelo. Parecen lascas de brillantes sucios. Juan se agacha a mirarlas.

-Es la sal del subsuelo; está saturado de sal. Aflora con las aguas de primavera y después se seca. Por eso la vida no resiste aquí. El mar Oriental, a través de profundas venas, esparce su muerte en muchos estadios a la redonda. Sólo donde manantiales dulces combaten su acción mordiente es posible encontrar plantas... y también alivio - explica Jesús.

Siguen caminando hasta que Jesús se para junto a la roca cóncava en que lo vi tentado por Satanás.

-Detengámonos aquí. Sentaos. Dentro de poco cantará el gallo. Caminamos desde hace seis horas. Debéis tener hambre, sed y cansancio. Tomad. Comed y bebed sentados aquí en torno a mí, mientras os digo todavía otra cosa que vosotros transmitiréis a los amigos y al mundo.

Jesús ha abierto su saca y ha sacado de ella pan y queso, lo corta y lo distribuye, y de una pequeña calabaza echa en una escudilla agua, y también la distribuye.

-¿Tú no comes, Maestro?

-No. Yo os hablo. Oíd. Una vez hubo uno, un hombre, que me preguntó si había sido tentado alguna vez; que me preguntó si no había pecado nunca; que me preguntó si, en la tentación, no había cedido nunca; y que se maravilló porque Yo, el Mesías, había solicitado, para resistir, la ayuda del Padre diciendo: "Padre, no me dejes caer en la tentación"».

Jesús habla despacio, con calma, como si estuviera narrando un hecho desconocido para todos... Judas baja la cabeza como cohibido, pero los otros están tan centrados en mirar a Jesús que eso les pasa desapercibido.

Jesús continúa:

-Ahora vosotros, mis amigos, podréis saber lo que sólo atisbó aquel hombre. Después del bautismo - estaba limpio, pero no se está nunca suficientemente limpio respecto al Altísimo, y la humildad de decir "soy hombre y pecador" es ya bautismo que hace limpio al corazón - vine aquí. Me había llamado "el Cordero de Dios" aquel que - santo y profeta - veía la Verdad y veía bajar al Espíritu sobre el Verbo y unirlo con su crisma de amor, mientras la voz del Padre llenaba los cielos de su sonido diciendo: "He aquí a mi Hijo muy amado en quien me he complacido". Tú, Juan, estabas presente cuando el Bautista repitió las palabras... Después del bautismo, a pesar de estar limpio por naturaleza y limpio por figura, quise "prepararme". Sí, Judas; mírame, que mis ojos te digan lo que aún calla la boca. Mírame, Judas. Mira a tu Maestro, que no se sintió superior al hombre por ser el Mesías y que, antes bien, sabiendo que era el Hombre, quiso serlo en todo, excepto en condescender al mal. Eso es. Así.

Ahora Judas ha levantado la cara y mira a Jesús, que está frente a él. La luz de las estrellas hace brillar los ojos de Jesús como si fueran dos estrellas fijadas en un pálido rostro.

-Para prepararse a ser maestro, hay que haber sido escolar. Yo, como Dios, sabía todo, con mi inteligencia, incluso, Yo podía comprender las luchas del hombre, por poder intelectual e intelectualmente. Pero un día algún pobre amigo mío, algún pobre hijo mío, habría podido decir y decirme: "Tú no sabes qué es ser hombre y tener sentido y pasiones". Habría sido un reproche justo. Vine aquí, o mejor, allí, a aquel monte, para prepararme... no sólo a la misión... sino también a la tentación. ¿Veis? Aquí, donde vosotros estáis, Yo fui tentado. ¿Por quién? ¿Por un mortal? No. Demasiado débil habría sido su poder. Fui tentado por Satanás directamente.

Estaba agotado. Hacía cuarenta días que no comía... Pero, mientras había estado sumergido en la oración, todo se había anulado en la alegría que significa el hablar con Dios; más que anulado, se había hecho soportable. Lo sentía como una molestia de la materia, circunscrito a la sola materia... Luego volví al mundo... a los caminos del mundo... y sentí las necesidades de quien está en el mundo: tuve hambre, tuve sed, sentí el frío punzante de la noche desértica, sentí el cuerpo agotado por la falta de descanso y de lecho y por el largo camino recorrido en condiciones de debilidad tal, que me impedían continuar...

Porque Yo también tengo una carne, amigos, una *verdadera* carne, sujeta a las mismas debilidades que tiene toda carne, y con la carne tengo un corazón. Sí. Del hombre he tomado la primera y la segunda de las tres partes que le constituyen. He tomado la materia con sus exigencias y lo moral con sus pasiones. Y, si por voluntad propia he doblegado en el momento de su nacimiento todas las pasiones no buenas, he dejado que crecieran poderosas como cedros seculares las santas pasiones del amor filial, del amor patrio, de las amistades, del trabajo, de todo lo que es óptimo y santo. Aquí sentí nostalgia de mi Madre lejana, aquí sentí necesidad de que Ella prodigara sus cuidados a mi fragilidad humana, aquí sentí renovarse el dolor de haberme separado de la única que me amaba perfectamente, aquí presentí el dolor que me está reservado y el dolor de su dolor; pobre Mamá, se le agotarán las lágrimas de tantas como deberá esparcir por su Hijo y por obra de los hombres. Aquí sentí el cansancio del héroe y del asceta que en una hora de premonición se hace conocedor de la inutilidad de su esfuerzo... Lloré... La tristeza... reclamo mágico para Satanás. No es pecado estar tristes si la hora es penosa, es pecado ceder más allá de la tristeza y caer en inercia o desesperación. Y Satanás enseguida acude cuando ve a uno caído en languidez de espíritu.

Vino. Bajo apariencia de benigno viandante. Toma siempre formas benignas... Yo tenía hambre... y tenía mis treinta años en la sangre. Me ofreció su ayuda. En primer lugar me dijo: "Di a estas piedras que se conviertan en pan". Pero antes... sí... antes me había hablado de la mujer... ¡Oh, él sabe hablar de ella, la conoce a fondo! La corrompió primero, para hacerla su aliada de corrupción. No soy sólo el Hijo de Dios, soy Jesús, el obrero de Nazaret. A aquel hombre que me hablaba, preguntándome si conocía tentación, y casi me acusaba de ser injustamente beato por no haber pecado, le dije: "El acto se aplaca en la satisfacción. La tentación no rechazada no cae, sino que se hace más fuerte, y a ello concurre Satanás azuzándola". Rechacé la tentación tanto del hambre de la mujer como del hambre del pan. Y debéis saber que Satanás me presentaba la primera - y no estaba equivocado, humanamente hablando - como la mejor aliada para afirmarse en el mundo.

La Tentación - no vencida por mi respuesta: "no sólo de sentido vive el hombre" - me habló entonces de mi misión. Quería seducir al Mesías después de haber tentado al Joven, y me incitó a aniquilar a los indignos ministros del Templo con un milagro... No se rebaja el milagro, llama del cielo, a hacer de él un círculo de mimbre con que coronarse... No se tienta a Dios pidiendo milagros para fines humanos. Esto quería Satanás. El motivo presentado era el pretexto, la verdad era: "Gloríate de ser el Mesías"; para llevarme a la otra concupiscencia, la del orgullo.

No vencido por mi "no tentarás al Señor tu Dios", me insidió con la tercera fuerza de su naturaleza: el oro. ¡Oh, el oro! Gran cosa el pan y mayor aún la mujer, para quien anhela el alimento o el placer; grandísima cosa es para el hombre la aclamación de las multitudes... Por estas tres cosas, ¡cuántos delitos se cometen! ¡Ah!, pero el oro... el oro... llave que abre, círculo que suelda, es el alfa y el omega de noventa y nueve de cada cien de las acciones humanas. Por el pan y la mujer, el hombre se hace ladrón; por el poder, homicida incluso; pero por el oro se hace idólatra. Satanás, el rey del oro, me ofreció su oro a condición de que lo adorase... Lo traspasé con las palabras eternas: "Adorarás sólo al Señor tu Dios".

Aquí, aquí sucedió esto.

Jesús se ha puesto en pie. En el marco de la naturaleza llana que le circunda y de la luz ligeramente fosforescente que llueve de las estrellas, parece más alto que de costumbre. También los discípulos se levantan. Jesús sigue hablando, mirando fija e intensamente a Judas:

-Entonces vinieron los ángeles del Señor... El Hombre había vencido la triple batalla. El hombre sabía qué quería decir ser hombre, y había vencido; estaba exhausto, la lucha había sido más agotadora que el largo ayuno... Mas el espíritu descollaba en gran medida... Yo creo que ante este completarme como criatura dotada de cognición se estremecieron los Cielos. Yo creo que desde ese momento vino a mí el poder de milagros. Había sido Dios. Yo me había hecho el Hombre. Ahora, venciendo al animal que estaba unido a la naturaleza del hombre, he aquí que Yo era el Hombre-Dios, lo soy. Como Dios todo lo puedo, como Hombre todo lo conozco. Haced también vosotros como Yo si queréis hacer lo que Yo hago, y hacedlo en memoria mía.

Aquel hombre se maravillaba de que hubiera solicitado la ayuda del Padre, y de que le hubiera rogado que no me dejara caer en tentación, es decir, que no me dejara a merced de la Tentación más allá de mis fuerzas. Creo que aquel hombre, ahora que sabe, ya no se asombrará. Actuad también vosotros así, en memoria mía y para vencer como Yo, y no dudéis nunca viéndome fuerte en todas las tentaciones de la vida, victorioso en las batallas de los cinco sentidos, del sentido y del sentimiento, sobre mi naturaleza de verdadero Hombre (la que tengo además de mi naturaleza de Dios). Recordad todo esto.

Os había prometido llevaros a donde hubierais podido conocer al Maestro... desde el alba de su día (un alba pura como esta que está naciendo) hasta el mediodía de su vida, aquél del cual me alejé para ir hacia mi humana tarde... Le dije a uno de vosotros: "Yo también me he preparado"; ahora veis que era verdad.

Os doy las gracias por haberme hecho compañía en este retorno al lugar natal y al lugar penitencial. Los primeros contactos con el mundo me habían nauseado y desilusionado; es demasiado feo. Ahora mi alma está nutrida de la médula del león: de la fusión con el Padre en la oración y en la soledad. Puedo volver al mundo para coger de nuevo mi cruz, mi primera

cruz de Redentor, la del contacto con el mundo, con el mundo en el que demasiado pocas son las almas cuyo nombre es María, cuyo nombre es Juan...

Ahora escuchad; tú especialmente, Juan. Volvemos adonde mi Madre y los amigos. Os ruego que no le habléis a mi Madre de la dureza que han opuesto al amor de su Hijo; sufriría demasiado. Sufriré mucho, mucho, mucho... por esta crueldad del hombre... mas no le presentemos ya desde ahora el cáliz: ¡será muy amargo, cuando le sea dado!; tan amargo que, como un tóxico, le bajará serpenteando a las entrañas santas y a las venas y se las morderá y le helará el corazón. ¡Oh!, ¡no digáis a mi Madre que Belén y Hebrón me rechazaron como a un perro! ¡Tened piedad de Ella! Tú, Simón, eres anciano y bueno, eres un espíritu de reflexión y sé que no hablarás. Tú, Judas, eres judío, y no hablarás por orgullo regional. Mas, tú, Juan, tú, galileo y joven, no caigas en el pecado de orgullo, de crítica, de crueldad. Calla. Más tarde... más tarde a los demás les dirás cuanto ahora te ruego que calles. También a los demás. Hay ya mucho que decir de las cosas del Cristo. ¿Por qué añadir lo que es de Satanás contra el Cristo? Amigos, ¿me prometéis todo esto?

-¡Oh! ¡Maestro! ¡Claro que te lo prometemos, estate seguro!

-Gracias. Vamos hasta aquel pequeño oasis acariciado por el camino que lleva al río. Allí hay un manantial, una cisterna llena de frescas aguas, sombra y verdura. Podremos encontrar alimento y descanso hasta el anochecer. A la luz de las estrellas nos llegaremos hasta el río, hasta el vado, y esperaremos a José o nos uniremos a él en el caso de que ya haya vuelto. Vamos.

Y se ponen en camino, mientras el primer arrebol en el límite del Oriente dice que un nuevo día nace.

81

En el vado del Jordán con los pastores Simeón, Juan y Matías. Un plan para liberar a Juan el Bautista

Vuelvo a ver el vado del Jordán, el camino verde que sigue el curso del río por ambas partes, muy recorrido de viandantes por tener sombra. Filas de asnos van y vienen, y hombres con ellos. En el margen del río tres hombres pastorean algunas, pocas, ovejas. En el camino, José, que está esperando, mira a un lado y a otro.

A lo lejos, en el punto en que otra estrada empalma con ésta del río, se ve aparecer a Jesús con los tres discípulos. José llama a los pastores. Éstos ponen en movimiento por el camino a las ovejas, haciéndolas avanzar por la orilla herbosa. Rápidamente se dirigen hacia Jesús.

-Yo casi no me atrevo... ¿Con qué palabras lo voy a saludar?

-¡Oh, es muy bueno! Dile: "La paz sea contigo". El saluda siempre así.

-Él sí... pero nosotros...

-¿Y yo quién soy? No soy ni siquiera uno de sus primeros adoradores, y me quiere mucho... muchísimo.

-¿Quién es?

-Aquél más alto y rubio.

-¿Le hablamos del Bautista, Matías?

-¡Sí!

-¿No pensará que lo hemos preferido antes que a Él?

-No, hombre, Simeón. Si es el Mesías, ve dentro de los corazones y en el nuestro verá que en el Bautista seguíamos buscándolo a Él.

-Tienes razón.

Los dos grupos están ya a pocos metros el uno del otro. Ya sonrío Jesús, con esa sonrisa suya indescriptible. José acelera el paso. Las ovejas, por su parte, se ponen a trotar azuzadas por los pastores.

-La paz sea con vosotros - dice Jesús alzando los brazos como para abrazar, y especifica: « ¡Paz a ti Simeón, Juan y Matías, mis fieles y fieles de Juan el Profeta!; paz a ti, José» y lo besa en la mejilla. Los otros tres ahora están de rodillas. «Venid, amigos. Debajo de estos árboles, sobre el guijarral del río. Hablemos.

Bajan. Jesús se sienta en una gruesa raíz que sobresale del terreno, los otros en el suelo. Jesús sonrío y los mira fijamente, fijamente, uno a uno:

-Dejad que conozca vuestros rostros. Los corazones ya los conozco como corazones de justos que van tras el Bien, al que amáis frente a todas las utilidades del mundo. Os traigo el saludo de Isaac, Elías y Leví, y otro saludo: el de mi Madre. ¿Tenéis noticias del Bautista?

Los hombres, que hasta este momento no habían podido hablar por lo azorados que estaban, toman de nuevo seguridad y encuentran palabras:

-Está todavía en la cárcel. Nuestro corazón tiembla por él, porque está en manos de un hombre cruel dominado por un ser infernal y circundado de una corte corrompida. Nosotros lo queremos... Tú sabes que lo queremos y que él merece nuestro amor. Después de que Tú te alejaste de Belén, padecemos la agresión de los hombres... Pero, más que su odio, lo que nos hacía sentirnos desolados, abatidos, como árboles tronchados por el viento, era el haberte perdido a ti. Luego, después de años de sufrimiento (como quien tuviera los párpados cosidos y buscara el sol y no lo pudiera ver, porque además estuviera dentro de una cárcel y ni siquiera el tibio calor que sintiera en su carne se lo mostrara), oímos que el Bautista era el hombre de Dios anunciado por los Profetas para preparar los caminos a su Cristo, y fuimos adonde él diciéndonos a nosotros mismos: Si él le precede, yendo adonde él lo encontraremos", porque era a ti, Señor, a quien buscábamos.

-Lo sé. Y me habéis encontrado. Yo estoy con vosotros.

-José nos ha dicho que fuiste donde el Bautista. Nosotros no estábamos allí ese día; quizás habíamos ido, por él, a alguna parte. Le servíamos con mucho amor en los servicios de alma que él nos pedía, como con amor lo escuchábamos, aunque fuera muy severo, porque no eras Tú-Verbo; pero decía siempre palabras de Dios.

-Lo sé. '¿No lo conocéis a éste? - y señala a Juan.

-Lo vimos con otros galileos entre las muchedumbres más fieles al Bautista. Si no nos equivocamos, tú te llamas Juan y eres aquél de quien él decía, a nosotros, sus íntimos: "Ved: yo, el primero; él, el último; mas luego será: él el primero y yo el último". Y nunca comprendimos qué quería decir.

Jesús se vuelve hacia su izquierda, donde está Juan, le estrecha contra su corazón, con una sonrisa aún más luminosa, y explica:

-Quería decir que sería el primero en declarar: "Éste es el Cordero", y que éste será el último de los amigos del Hijo del hombre que hablará del Cordero a las multitudes; pero que, en el corazón del Cordero, éste es el primero, porque lo ama más que a ningún otro hombre. Esto quería decir. Pero cuando lo veáis al Bautista - lo veréis aún y todavía le serviréis hasta la hora signada - decidle que no es él el último en el corazón del Cristo. No tanto por la sangre cuanto por la santidad, a él lo quiero como a éste. Y vosotros acordaos de esto. Si la humildad del santo se proclama "última", la Palabra de Dios lo proclama compañero del discípulo que amo. Decidle que amo a éste porque tiene su nombre y porque en él encuentro los signos del Bautista, preparador de corazones para Cristo.

-Se lo diremos... Pero, ¿lo volveremos a ver?

- Lo veréis.

- Sí. Herodes no osa matarlo por miedo al pueblo. En esa corte de avidez y corrupción sería fácil liberarlo si tuviésemos mucho dinero. Pero... pero, por mucho que haya - los amigos han dado -, falta una buena cantidad todavía, y tenemos mucho miedo de no llegar a tiempo... y que lo maten.

-¿Cuánto creéis que os falta para el rescate?

-No para el rescate, Señor. Le resulta demasiado odioso a Herodías y ella es demasiado dueña de Herodes como para poder pensar en llegar a un rescate. Pero... en Maqueronte se han dado cita, yo creo, todos los codiciosos del reino. Todos quieren gozar, todos quieren sobresalir, desde los ministros a los siervos; y para ello hace falta dinero... Ya hemos encontrado a quien por una importante suma dejaría salir al Bautista. Incluso Herodes quizás lo desea... porque tiene miedo, no por otra cosa, miedo al pueblo y miedo a la mujer. Así haría que el pueblo se sintiese contento y no le acusaría la mujer de no haberla complacido.

-Y ¿cuánto pide esta persona?

-Veinte talentos de plata. Sólo tenemos doce y medio.

-Judas, dijiste que esas joyas eran muy bonitas.

-Bonitas y muy valiosas.

-¿Cuánto podrán valer? Me parece que tú entiendes de eso.

-Sí que entiendo. ¿Por qué quieres saber su valor, Maestro? ¿Las quieres vender? ¿Por qué?

-Quizás... Di, ¿cuánto podrán valer?

-Si se venden bien... al menos... al menos seis talentos.

-¿Estás seguro?

-Sí, Maestro. Sólo el collar, con lo grueso que es y el peso que tiene, siendo de oro purísimo, vale al menos tres talentos; lo he mirado bien. Y también las pulseras... No sé ni siquiera cómo las muñecas finas de Áglae podían soportarlas.

-Eran sus cepos, Judas.

-Es verdad, Maestro... ¡Pero muchos quisieran tener cepos como éstos!

-¿Tú crees? ¿Quién?

-En fin... ¡muchos!

-Sí, muchos que de hombre sólo tienen el nombre... Y, ¿sabrías de un posible comprador?

-En definitiva, ¿los quieres vender? ¿Para el Bautista? ¡Mira que es oro maldito!

-¡La incoherencia humana!... Has dicho hace un momento, con claro deseo, que muchos querrían tener ese oro, ¿y ahora lo llamas maldito? ¡Judas, Judas!... Es maldito, sí, es maldito, pero ya lo ha dicho ella: "Se santificará sirviendo para quien es pobre y santo", y lo ha dado para esto, para que el que reciba el beneficio ruegue por su pobre alma, que, cual embrión de futura mariposa, se dilata en la semilla del corazón. ¿Quién más santo y pobre que el Bautista? Él es como Elías por la misión, pero más grande que Elías por la santidad.

E1 es más pobre que Yo. Yo tengo una Madre y una casa... Cuando se tienen estas cosas, y además puras y santas como las tengo Yo, no se es nunca un desvalido. Él ya no tiene casa, y ni siquiera tiene el sepulcro de su madre. Todo violado, profanado por la perversidad humana. ¿Quién es, pues, el comprador?

-Hay uno en Jericó y muchos en Jerusalén. ¡Pero el de Jericó!... Es un astuto levantino batidor de oro, usurero, estafador, mercader de amor, ciertamente ladrón, quizás homicida... con toda seguridad perseguido por Roma. Se hace llamar Isaac para parecer hebreo, pero su verdadero nombre es Diomedes. Lo conozco bien.

-¡Ya lo vemos! - interrumpe Simón Zelote, que habla poco pero que observa todo. Y pregunta: « ¿Cómo es que lo conoces tan bien?».

En fin... ya sabes... Para complacer a unos amigos poderosos. Fui a él... hice algunos tratos... Nosotros los del Templo... ya sabes...

-¡Ya!... trabajáis en todo - termina Simón con fría ironía. Judas se pone rojo de ira, pero se calla.

-¿Puede comprar? - pregunta Jesús.

-Yo creo que sí. El dinero no le falta nunca. Ciertamente hay que saber vender porque ese griego es astuto y si ve que está tratando con una persona honesta, un... pichón, lo despluma bien desplumado. Pero si se encuentra delante un buitre como él...

-Ve tú, Judas; eres el tipo de persona adecuado; tienes la astucia del zorro y la rapacidad del buitre. ¡Oh, perdona, Maestro; he hablado antes que Tú! - dice Simón Zelote.

-Soy de tu misma opinión, y, por tanto, le digo a Judas que vaya. Juan, ve con él. Nosotros os alcanzaremos al ponerse el Sol. El lugar de nuestra próxima cita es la plaza del mercado. Ve y saca el mayor partido posible.

Judas se levanta inmediatamente. Juan tiene ojos suplicantes, como los de un perrito ahuyentado. Pero Jesús se dirige de nuevo a los pastores y no ve esta mirada implorante. Juan se pone en camino detrás de Judas.

-Querría ser para vosotros motivo de alegría - dice Jesús.

-Lo serás siempre, Maestro. Que el Altísimo te bendiga por nosotros. ¿Ese hombre es amigo tuyo?

-Lo es. ¿No te parece que pueda serlo?

El pastor Juan baja la cabeza y calla. Habla el discípulo Simón:

-Sólo quien es bueno sabe ver. Yo no soy bueno y no veo lo que la Bondad ve. Veo lo externo. El bueno desciende también a lo interno. Tú también, Juan, ves como yo. Pero el Maestro es bueno... y ve...

-¿Qué ves, Simón, en Judas? Te ordeno hablar.

-Bueno, pienso, cuando lo miro, en ciertos lugares misteriosos que parecen cavernas de fieras y lagunas de fiebre muertas; uno no ve más que una gran maraña, y pasa temeroso dando un gran rodeo: Y, sin embargo... sin embargo, dentro hay tórtolas y ruiseñores y el suelo es rico en aguas y yerbas saludables. Yo quiero creer que Judas es así... Lo creo porque Tú lo has tomado contigo. Tú, que sabes...

-Sí. Yo, que sé... Hay muchos pliegues en el corazón de ese hombre... Pero también tiene lados buenos. Lo has visto en Belén y en Keriot. Este lado bueno, completamente humano, hay que elevarlo a una bondad espiritual. Entonces Judas será como tú quisieras que fuera. Es joven...

-También Juan es joven...

-Y tú concluyes en tu corazón: "y es mejor". ¡Pero, Juan es Juan! Ámale a este pobre Judas, Simón... Te lo ruego. Si lo amas... te parecerá más bueno.

-Me esfuerzo en hacerlo... por ti... Pero es él quien rompe mis esfuerzos como a cañas del río... No obstante, Maestro, yo tengo una sola ley: hacer lo que Tú quieres. Por eso lo amo a Judas, a pesar de que algo grite en mí contra él y hacia mí mismo.

-¿Qué, Simón?

-No lo sé con precisión... Algo parecido al grito del soldado de guardia durante la noche... algo que me dice: "¡No duermas! ¡Observa!". No lo sé... No tiene nombre esto, pero existe... existe en mí contra él.

-No pienses más en ello, Simón. No te esfuerces en definirlo. El conocer ciertas verdades perjudica... y podrías errar en tu conocimiento. Deja que tu Maestro actúe. Tú dame tu amor y piensa que eso me hace feliz...

Y todo concluye.

82

En Jericó. Judas Iscariote cuenta cómo ha vendido las joyas de Áglae

La plaza del mercado de Jericó. Pero no por la mañana sino por la tarde, bajo una prolongada puesta de sol, calurosísima, de pleno verano. Del mercado de la mañana sólo quedan rastros: restos de verduras, montones de excrementos, paja caída de las cestas o de las cabezadas de los burros, jirones de trapajos... Sobre todo ello las moscas triunfan y, de todo, el sol hace fermentar y evaporar hedores y olores de cosas poco agradables.

La vasta plaza está vacía. Algún raro transeúnte, algún gamberro pendenciero que tira piedras a los pájaros de los árboles de la plaza, alguna mujer que va a la fuente; nada más.

Jesús llega por una calle, mira a su alrededor, no ve todavía a nadie. Pacientemente se apoya en un tronco y espera, encontrando la manera de hablar a los gamberros, sobre la caridad que comienza en Dios y desciende del Creador a todas las criaturas.

-No seáis crueles. ¿Por qué queréis disturbar a los pájaros del aire? Tienen nidos ahí arriba, tienen a sus pequeñas crías, no hacen daño a nadie, nos proporcionan cantos y limpieza, comiéndose los desperdicios que el hombre deja y los insectos que perjudican las cosechas y la fruta. ¿Por qué herirlos y matarlos, privando a los pequeñuelos de sus padres y de sus madres, o a éstos de sus pequeñuelos? Os agradecería que un malvado entrase en vuestra casa y os la destruyera, o que os matara a vuestros padres o que os llevara lejos de ellos? No, claro que no os agradecería. Entonces, ¿por qué hacer a estos inocentes lo que no querríais que os hicieran a vosotros? ¿Cómo podréis el día de mañana no hacer mal al hombre, si, de niños, os endurecéis el corazón con criaturitas inermes y delicadas como los pajaritos? Y ¿no sabéis que la Ley dice: "Ama a tu prójimo como a ti mismo"? Quien no ama al prójimo tampoco puede amar a Dios. Y quien no ama a Dios, ¿cómo puede ir a su Casa a pedirle algo? Dios podría decirle, y lo dice en los Cielos: "Vete, no te conozco. ¿Hijo, tú? No. No amas a tus hermanos, no respetas en ellos al Padre que los creó; por tanto, no eres ni hermano ni hijo, sino un bastardo: hijastro para Dios, hermanastro para los hermanos". ¿Veis cómo ama Él, el Señor eterno? En los meses más fríos hace que sus pajaritos puedan encontrar llenos los heniles, para que aniden en ellos. En los meses calurosos les da las sombras de las hojas para protegerlos del sol. Durante el invierno, en los

campos, apenas está el trigo cubierto de tierra y es fácil sacar la semilla y comerla. En verano, alivian la sed con las frutas jugosas, y pueden hacer los nidos bien sólidos y calientes con las pajitas de heno y con la lana que las ovejas dejan en las zarzas. Y es el Señor. Vosotros, pequeños hombres, creados por Él como los pájaros, por tanto hermanos suyos de creación, ¿por qué queréis ser distintos de Él, creyendo que os es lícito comportaros cruelmente con estos pequeños animales? Sed misericordiosos con todos y no privéis de lo justo a ninguno; para con los hombres hermanos y para con los animales, vuestros siervos y amigos; y Dios....

-¿Maestro? - dice Simón - Judas está llegando.

-...y Dios será misericordioso con vosotros, dándoos todo cuanto os hace falta, como se lo da a estos inocentes. Marchaos y llevad con vosotros la paz de Dios.

-Jesús se abre paso en el círculo de muchachos, a los que se habían unido algunos adultos, y se dirige hacia Judas y Juan, que vienen rápidos por otra calle. A Judas se le ve jubiloso, Juan sonríe a Jesús... pero no parece contento en absoluto.

-Ven, ven, Maestro. Creo que he hecho una buena cosa. Ven conmigo, que aquí en la calle no se puede hablar.

-¿A dónde?, Judas.

-A la posada. Ya he reservado cuatro habitaciones... modestas. ¡No temas! Es sólo para poder descansar en una cama después de tanta incomodidad por este calor, y comer como hombres y no como pájaros en el follaje, y gozar de paz para hablar. He hecho una venta muy buena, ¿verdad, Juan?

Juan asiente sin mucho entusiasmo. Pero Judas está tan contento de lo que ha hecho que no nota, ni que Jesús se muestra poco contento ante la perspectiva de un alojamiento cómodo, ni la aún menos entusiasta actitud de Juan, y prosigue:

-Como he hecho la venta por más de lo que había estimado, me he dicho: "Es justo que deje aparte una pequeña suma, cien denarios, para nuestras camas y nuestra comida. Si estamos agotados nosotros, que hemos comido siempre, Jesús debe estar extenuado". ¡Tengo el deber de mirar porque no enferme mi Maestro! Deber de amor, porque Tú me amas y yo te amo... También hay lugar para vosotros y para las ovejas - dice a los pastores - He pensado en todo.

Jesús no dice una palabra. Lo sigue junto con los demás.

Llegan a una placita secundaria. Judas dice:

-¿Ves aquella casa sin ventanas que den a la calle y con aquella puertecita tan estrecha que parece una hendidura en la pared? Es la casa del batidor de oro Diomedes. Parece una casa pobre, ¿verdad? Sin embargo, allí dentro hay tanto oro como para comprar Jericó y... ¡ja! ¡ja!... - Judas ríe maligno... - y entre ese oro pueden encontrarse muchos collares de piedras preciosas y vajillas y... y también otras cosas de las personas más influyentes en Israel. Diomedes... ¡oh!, todos fingen no conocerlo, pero todos lo conocen, desde los herodianos hasta... bueno... hasta todos. En aquel muro liso, pobre, se podría escribir: "Misterio y Secreto". ¡Si hablaran esas paredes!... ¡No ya escandalizarte, Juan, por la forma en que he negociado!... Es que tú... tú te morirías ahogado de estupor y de escrúpulo. Mejor dicho, mira, Maestro, no me mandes otra vez con Juan a tratar ciertos negocios. Por poco me hace que fracasara todo. No sabe cogerlas al vuelo, no sabe negar. Y con un lince como Diomedes hay que tener reflejos rápidos, y mostrarse seguro.

Juan dice en tono bajo:

-¡Decías unas cosas, tan raras y tan... tan...! Sí, Maestro, no me des este encargo otra vez, yo sólo soy capaz de amar, yo....

-Difícilmente necesitaremos otras ventas de este tipo - responde Jesús serio.

-Ahí está la posada. Ven, Maestro. Hablo yo porque... lo he hecho todo yo.

-Entran y Judas habla con el dueño, el cual se encarga de que se lleve a las ovejas a una cuadra y luego acompaña personalmente a los huéspedes a una habitación pequeña en donde hay dos esteras, que serían las camas, unos asientos y una mesa preparada, luego se retira.

-Hablemos enseguida, Maestro, mientras los pastores se ocupan de dejar a las ovejas.

-Te escucho.

-Juan puede decir si soy sincero.

-No lo dudo. Entre hombres honestos no debe ser necesario juramento y testimonio. Habla.

-Llegamos a Jericó a la hora sexta. Estábamos sudados como animales de carga. No quise darle a Diomedes la impresión de tener necesidad urgente. Así, vine aquí antes, me refresqué perfectamente, me puse un vestido limpio, y esto mismo quise que hiciera él. ¡Oh, no quería saber nada de dejarse unguir y atusar el pelo!... ¡Y es que yo había hecho mi plan, mientras venía por el camino! Cercano ya el atardecer, digo: "Vamos". Ya nos sentíamos descansados y frescos como dos ricachones en viaje de placer. Cuando estábamos para llegar donde Diomedes, le digo a Juan: "Tú sígueme la corriente, no niegues y sé rápido en entender". ¡Pero hubiera sido mejor haberle dejado fuera! No me ha ayudado en absoluto. Es más... ¡menos mal que yo soy vivo como dos y había pensado en todo!

De la casa salía el tasador. "¡Bien!", digo, "si sale ése, habrá denarios y lo que quiero para comparar". Porque el tasador, usurero y ladrón como todos los de su clase, tiene siempre joyas, arrancadas con amenazas y usura a los pobres desgraciados a los que tasa más de lo lícito para tener mucho de qué gozar en crápulas y mujeres; y es muy amigo de Diomedes, que compra y vende oro y carne... Me identifiqué y entramos. Digo "entramos" porque una cosa es pasar al vestíbulo, donde él finge trabajar honestamente el oro, y otra cosa es bajar al sótano, donde lleva a cabo los *verdaderos* negocios. Para poder bajar es necesario que él lo conozca mucho a uno. Cuando me vio, me dijo: "¿Otra vez quieres vender oro? Estamos en un mal momento y tengo poco dinero". Lo de siempre. Yo le respondo: "No vengo a vender, sino a comprar. ¿Tienes joyas de mujer? Pero bonitas, ricas, valiosas y de peso, de oro puro". Diomedes se queda de una pieza y me pregunta: "¿Es una mujer lo que quieres?". "No te preocupes - le respondo - no es para mí; es para este amigo mío que se va a casar y quiere comprar el oro para su amada".

En ese momento Juan empezó a hacer el niño. Diomedes, que lo estaba mirando, viendo que se ponía como la púrpura, dice - como viejo repugnante que es - : "

-¡Eh!, el muchacho con sólo oír nombrar a su novia entra en fiebre de amor. ¿Es muy guapa tu amada?- pregunta.

Yo le doy una patada a Juan para espabilarlo y hacerle entender que no se comportara como un estúpido. Pero respondió con un "sí" tan estrangulado que Diomedes se escamó. Entonces dije yo:

-Si es guapa o no no tiene por qué interesarte, viejo; no estará nunca entre el número de las hembras por las que el Infierno te poseerá. Es virgen honesta y pronto será honesta esposa. Saca tu oro. Yo soy el paraninfo y me han encargado ayudar al joven... yo, judío y ciudadano.

-¿Él es galileo, verdad?" - ¡Ese pelo siempre os traiciona! -¿Es rico?

-Mucho.

Entonces fuimos abajo y Diomedes abrió cofres y arcas. Di la verdad, Juan, ¿no parecía que estábamos en el Cielo ante todas aquellas gemas y objetos de oro? Collares, coronas, brazaletes, pendientes, redecillas de oro y piedras preciosas para el pelo, horquillas, fíbulas, anillos... ¡ah, qué esplendores! Con mucha gravedad elegí un collar más o menos como el de Áglae, y anillos, fíbulas, pulseras... todo como lo que tenía en la bolsa, y en número igual. Diomedes se maravillaba y preguntaba: "¿Todavía más? ¿Pero, quién es éste? ¿Y la novia quién es?, ¿una princesa?". Cuando tuve todo lo que quería, dije: "¿El precio?". ¡Oh, qué letanía de lamentos preparatorios, sobre los tiempos, sobre los impuestos, sobre los riesgos, sobre los ladrones! ¡Oh, qué otra letanía de aseguramientos de honestidad! Luego, ésta fue la respuesta: "Sólo porque se trata de ti, te diré la verdad, sin exageraciones; pero, menos de esto ni siquiera una dracma. Pido doce talentos de plata". "¡Ladrón!" dije. Dije: "Vamos, Juan; en Jerusalén encontraremos alguno menos ladrón que éste". Y fingí que me marchaba. Vino tras mí corriendo. "Mi gran amigo, mi estimadísimo amigo, ven, escucha a este pobre siervo tuyo. Menos no puedo. Realmente no puedo. Mira, hago verdaderamente un esfuerzo y me arruino; lo hago porque tú me has ofrecido siempre tu amistad y me has hecho hacer buenos negocios. Once talentos, eso es. Es lo que yo daría si tuviera que comprar este oro a uno que pasa hambre. Ni una perra menos. Sería como sacar la sangre de mis viejas venas". ¿Verdad que decía esto? Hacía reír y daba náuseas.

Cuando lo vi bien firme sobre el precio destapé mis cartas. "Viejo sucio, sabe que no comprar, sino vender, quiero. Esto quiero vender. Mira: es precioso como lo tuyo. Oro de Roma y de forma nueva. Te lo quitarán de las manos. Es tuyo por once talentos; lo que has pedido por esto. Tú lo has valorado. Paga". ¡Uh, entonces!... "¡Es una traición! ¡Has traicionado mi estima en ti! ¡Tú eres mi ruina! ¡No puedo darte tanto!" gritaba. "Lo has valorado tú. Paga". "No puedo." "Mira que se lo llevo a otros." "No, amigo"; y alargando sus manos torcidas las metía en el montón de joyas de Áglae. "Pues entonces paga: debería querer doce talentos, pero me conformo con lo último que has pedido". "No puedo." "¡Usurero! Ten en cuenta que aquí tengo un testigo y te puedo denunciar como ladrón...", y le mencioné también otras virtudes, que no repito por este muchacho...

En fin, dado que me urgía vender y actuar con rapidez, le dije una cosa, una cosa que quedaba entre él y yo y que no mantendré... Pero, ¿qué valor tiene una promesa hecha a un ladrón? Y concluí con diez talentos y medio. Nos marchamos entre llantos y propuestas de amistad y... de mujeres. Y Juan... poco más y se echa a llorar. Pero, ¿qué te importa que te consideren un vicioso? Es suficiente con que no lo seas. ¿No sabes que el mundo es así y que tú eres un aborto del mundo? ¿Un joven que no conoce el sabor de la mujer? ¿Quién quieres que te crea? O, si te creen... ¡yo no quisiera que pensarán de mí lo que puede pensar de ti quien considere que no estás deseoso de una mujer!

Aquí está, Maestro. Cuéntalo Tú mismo. Tenía un montón de denarios, pero me pasé por donde el tasador y le dije: "Toma esta basura tuya y dame los talentos que te ha entregado Isaac" - porque, como última cosa, supe también esto, una vez hecho el trato. No obstante, le dije a Isaac-Diomedes al final: "Recuerda que el Judas del Templo ya no existe. Ahora soy discípulo de un santo. Hazte idea, por tanto, de que jamás me has conocido, si estimas tu cuello". Y un poco más y se lo retuerzo en ese momento, porque me contestó ma1.

-¿Qué te dijo? - pregunta Simón con indiferencia.

-Me dijo: "¿Tú, discípulo de un santo? No lo creeré nunca; o pronto veré también aquí al santo a pedirme una mujer". Me dijo: "Diomedes es una vieja desventura del mundo, pero tú eres la nueva desventura. Yo podría cambiar todavía, porque lo que soy ahora lo soy de viejo, pero tú no cambias porque has nacido así". ¡Viejo repelente! Niega tu poder, ¿comprendes?

-Y, como buen griego, dice muchas verdades.

-¿Qué quieres decir, Simón? ¿Lo dices por mí?

- No. Por todos. Es una persona que conoce lo mismo el oro que los corazones. Es un ladrón, uno que se ha ensuciado con los más asquerosos tráfico. Pero se percibe en él la filosofía de los grandes griegos. Conoce al hombre, animal de siete garras de pecado, pulpo que estrangula el bien, la honestidad, el amor, y tantas otras cosas, en sí y en los demás.

-Pero no conoce a Dios.

-Y tú... querías dárselo a conocer...

-Sí. ¿Por qué? Son los pecadores los que necesitan conocer a Dios.

-Es cierto. Pero el maestro debe conocerlo para darlo a conocer».

-¿Y yo no lo conozco?

-Paz, amigos. Vienen los pastores. No turbemos su ánimo con querellas entre nosotros. ¿Has contado tú el dinero? Es suficiente. Lleva a cabo bien toda acción tuya como has hecho con ésta y, te lo repito, si puedes, en el futuro, no mientas, ni siquiera para alcanzar una acción buena...

-Entran los pastores.

-Amigos, aquí hay diez talentos y medio, faltan sólo cien denarios; Judas se ha quedado con ellos para los gastos de alojamiento. Tomad.

-¿Los entregas todos? - pregunta Judas.

-Todos. No quiero ni una perra de ese dinero. Nosotros tenemos el óbolo de Dios y de los que honestamente buscan a Dios... y nunca nos faltará lo indispensable. Créelo. Tomad y alegraos como Yo me alegro, por el Bautista. Mañana os dirigiréis a su prisión. Dos, o sea, Juan y Matías. Simeón con José irán adonde Elías a dar noticias y a instruirse para el futuro. Elías ya sabe.

Luego José volverá con Leví. El lugar de encuentro es dentro de diez días junto a la Puerta de los Peces, en Jerusalén, a la hora prima. Y ahora comamos y descansemos. Mañana, de madrugada, parto con los míos. No tengo nada más que deciros por ahora. Más adelante sabréis de mí.

Y todo se desvanece en el momento en que Jesús parte el pan.

Jesús sufre a causa de Judas, que es enseñanza viva para los apóstoles de todos los tiempos

Jesús está en el campo, en una zona de tierras óptimas: magníficas parcelas de árboles frutales, viñedos espléndidos con racimos cargados de uvas, que tienden ya a teñirse de oro y de rubí... Está sentado entre frutales comiendo algo de fruta que le ha ofrecido un campesino.

Quizás poco antes ha estado hablando, porque el campesino dice:

-Me alegro de poder aliviar tu sed, Maestro. Tu discípulo ya nos había hablado de tu sabiduría, pero aun así nos hemos quedado asombrados al escucharte. Cerca como estamos de la Ciudad Santa, se va frecuentemente a ella para vender fruta y verduras. Se sube entonces también al Templo y se escucha a los rabíes. Pero no hablan, no, como Tú. Uno vuelve diciendo: "Si es así, ¿quién se salva?". Tú, por el contrario... ¡oh, a uno le parece sentir el corazón aligerado! Un corazón que vuelve a ser niño, aunque se siga siendo hombre. Soy un hombre rudo... no sé explicarme, pero Tú, sin duda, entiendes.

-Sí. Te entiendo. Quieres decir que, con la seriedad y el conocimiento de las cosas, propios de quien es adulto, sientes, después de haber escuchado la Palabra de Dios, que la simplicidad, la fe, la pureza te renacen en el corazón, y te parece como si volvieras a ser niño, sin culpas ni malicia, con mucha fe, como cuando de la mano de tu madre subías al templo por primera vez u orabas sobre sus rodillas. Esto quieres decir.

-Esto, sí, exactamente esto. ¡Dichosos vosotros que estáis siempre con El! - dice luego a Juan, Simón y Judas, que comen jugosos higos, sentados en una tapia baja. Y termina - Y dichoso yo por tenerte como huésped durante una noche. Ya no temo ninguna desventura en mi casa, porque tu bendición ha entrado en ella.

Jesús responde:

-La bendición actúa y dura si los corazones permanecen fieles a la Ley de Dios y a mi doctrina; en caso contrario, la gracia cesa. Y es justo, porque, si es verdad que Dios da sol y aire tanto a los buenos como a los malos (para que vivan y, si son buenos, se hagan mejores, y, si son malos, se conviertan), también es justo que la protección del Padre se retire para castigo del malvado, para moverlo con penas a acordarse de Dios.

-¿No es siempre un mal el dolor?

-No, amigo. Es un mal desde el punto de vista humano, pero desde el punto de vista sobrehumano es un bien. Aumenta los méritos de los justos que lo sufren sin desesperación y rebelión y que lo ofrendan, ofreciéndose a sí mismos con su resignación, como sacrificio de expiación por las propias faltas y por las culpas del mundo; y es también redención para los no justos.

-¡Es tan difícil sufrir!... - dice el campesino, al cual se han unido los familiares (unos diez entre adultos y niños).

-Sé que el hombre lo encuentra difícil. Y el Padre, sabiendo esto, al principio no había dado el dolor a sus hijos. El dolor vino por la culpa. Pero, ¿cuánto dura el dolor en la Tierra, en la vida de un hombre? Poco tiempo, siempre poco aunque durase toda la vida. Ahora bien, Yo digo: ¿No es mejor sufrir durante poco tiempo que siempre?, ¿no es mejor sufrir aquí que en el Purgatorio? Pensad que el tiempo allí se multiplica por mil. ¡Oh!, en verdad os digo que no se debería maldecir sino bendecir el sufrimiento, y llamarlo "gracia", y llamarlo "piedad".

-Nosotros bebemos tus palabras, Maestro, como un sediento en verano bebe agua con miel, sacada de fresca ánfora! ¿Te vas realmente mañana, Maestro?

-Sí, mañana. Pero volveré, para darte las gracias por cuanto has hecho por mí y por los míos, y para pedirte otra vez un pan y descanso.

-Eso siempre lo encontrarás aquí, Maestro.

Se acerca un hombre con un borrico cargado de verduras.

-Mira, si tu amigo quiere partir... mi hijo va a Jerusalén para el gran mercado de la Parasceve.

-Ve, Juan. Tú sabes lo que debes hacer. Dentro de cuatro días nos volveremos a ver. Mi paz sea contigo - Jesús abraza a Juan y lo besa. Simón también hace lo mismo.

-Maestro - dice Judas - si lo permites, voy con Juan. Me urge ver a un amigo. Todos los sábados está en Jerusalén. Iría con Juan hasta Betfagé y luego iría por mi cuenta... Es un amigo de casa... ya sabes... mi madre me dijo...

-No te he preguntado nada, amigo.

-Me llora el corazón al tener que dejarte. Pero dentro de cuatro días estaré de nuevo contigo, y seré tan fiel que hasta te resultaré pesado.

-Ve. Para el alba de dentro de cuatro días estad en la Puerta de los Peces. Adiós, y que Dios te asista.

Judas besa al Maestro y se marcha a poca distancia del borrico, que trota por el camino polvoriento.

Cae la tarde sobre la campiña, que se hace silenciosa. Simón observa cómo trabajan los hortelanos regando sus parcelas.

Jesús permanece un tiempo en donde estaba. Luego se levanta, va hacia la parte de atrás de la casa, se adentra entre los árboles frutales, se aísla. Va hasta una parte muy tupida en la cual robustos granados se entrecruzan con matas bajas - yo

diría que son de uva crespas, pero no lo sé con seguridad, porque ya no tienen frutos y conozco poco la hoja de esta planta. Jesús se esconde detrás, se arrodilla, ora... y luego se inclina hacia la hierba, con el rostro contra el suelo, y llora (me lo dicen sus suspiros profundos y quebrados): es un llanto desconsolado; sin sollozos, pero muy triste.

Pasa el tiempo. La luz es ya crepuscular, pero aún no hay tanta oscuridad como para no poder ver. En este marco de escasa luz, se ve sobresalir por encima de una mata la cara fea pero honesta de Simón. Mira, busca, y distingue la forma replegada sobre sí del Maestro, todo cubierto por el manto azul oscuro que lo confunde casi con las sombras del suelo; sólo resaltan la cabeza rubia, apoyada sobre las muñecas, y las manos unidas en oración, que sobresalen por encima de aquélla. Simón mira con esos ojos suyos un tanto saltones. Comprende que Jesús está triste, por los suspiros que emite, y su boca de labios abultados y violáceos se abre:

-¡Maestro!

Jesús alza el rostro.

-¿Lloras, Maestro? ¿Por qué? ¿Me permites acercarme?

El rostro de Simón está lleno de asombro y pena. Es, decididamente, un hombre feo. A las facciones no bellas, al colorido olivastro oscuro, se une el bordado azulino y hoyado de las cicatrices que su mal le ha dejado. Pero tiene una mirada tan buena, que desaparece la fealdad.

-Ven, Simón, amigo.

Jesús se ha sentado en la hierba. Simón se sienta cerca de Él.

-¿Por qué estás triste, Maestro mío? Yo no soy Juan y no sabré darte todo lo que te da él. Pero deseo darte todo el consuelo; siento sólo un dolor: el de ser incapaz de hacerlo. Dime: ¿Te he disgustado en estos últimos días hasta el punto de que te abata el tener que estar conmigo?

-No, amigo bueno. No me has disgustado jamás desde el momento en que te vi. Y creo que nunca serás para mí motivo de llanto.

-¿Entonces, Maestro? No soy digno de que te confíes a mí, pero, por la edad, casi podría ser padre tuyo, y Tú sabes qué sed de hijos he tenido siempre... Deja que te acaricie como si fueras un hijo y que te haga, en esta hora de dolor, de padre y de madre. Es de tu Madre de quien Tú tienes necesidad para olvidar muchas cosas...

-¡Oh, sí, es de mi Madre!

-Pues déjale a tu siervo la alegría de consolarte, en espera de poder consolarte en Ella. 'Tú lloras, Maestro, porque ha habido uno que te ha disgustado. Desde hace días tu rostro es como sol ensombrecido por nubes. Yo te observo. Tu bondad ceta tu herida, para que nosotros no odiamos al que te hiere; pero esta herida duele y te produce náusea. Dime, Señor mío: ¿Por qué no alejas de ti la fuente del dolor?

-Porque es inútil humanamente y además sería anticaridad.

-¡Ah! ¡Te has dado cuenta de que hablo de Judas! Es por él por quien sufres. ¿Cómo puedes Tú, Verdad, soportar a ese embustero? Él miente y no cambia de color; es más falso que un zorro, más compacto que un peñasco. Ahora se ha ido. ¿A hacer qué? Pero, ¿cuántos amigos tiene? Me duele dejarte; si no, querría seguirlo y ver... ¡Oh! ¡Jesús mío! Ese hombre... Aléjalo de ti, Señor mío.

-Es inútil. Lo que debe ser será.

-¿Qué quieres decir?

-Nada especial.

-Tú no te has opuesto a que se marche porque... porque te has asqueado de su modo de actuar en Jericó.

-Es verdad, Simón. Yo te sigo diciendo: Lo que debe ser será. Y Judas es parte de este futuro. Debe estar también él.

-Juan me ha dicho que Simón Pedro es todo autenticidad y fuego... ¿Lo podrá soportar a éste?

-Lo debe soportar. También Pedro está destinado a ser una parte, y Judas es el cañamazo en el que debe tejer su parte; o, si lo prefieres, es la escuela en que Pedro más madurará. Ser bueno con Juan, entender a los espíritus como Juan, es virtud hasta de los tontos. Pero ser bueno con quien es un Judas, y saber entender a los espíritus como los de Judas, y ser médico y sacerdote para ellos, es difícil: Judas es vuestra enseñanza viviente.

-¿La nuestra?

-Sí. La vuestra. El Maestro no es eterno sobre la Tierra. Se irá después de haber comido el más duro pan y haber bebido el más agrio vino. Pero vosotros os quedaréis para continuarme... y debéis saber. Porque el mundo no termina con el Maestro, sino que continúa después, hasta el retorno final del Cristo y el juicio final del hombre. Y, en verdad te digo que por un Juan, un Pedro, un Simón, un Santiago, Andrés, Felipe, Bartolomé, Tomás, hay al menos otras tantas veces siete Judas. ¡Y más, más aún!...

Simón reflexiona y calla. Luego dice:

-Los pastores son buenos. Judas los desprecia. Yo los amo.

-Yo los amo y los ensalzo.

-Son almas sencillas, como te agradan a ti.

-Judas ha vivido en una ciudad.

-Es su única disculpa. Pero muchos han vivido en una ciudad y sin embargo... ¿Cuándo piensas venir donde mi amigo?

-Mañana, Simón. Y con mucho gusto, porque estamos tú y Yo solos. Creo que será un hombre culto y experimentado como tú.

-Y sufre mucho... en el cuerpo y, más aún, en el corazón. Maestro... quisiera pedirte una cosa: si no te habla de sus tristezas, no le preguntes sobre su casa.

-No lo haré. Yo soy para quien sufre, pero no fuerzo las confidencias; el llanto tiene su pudor.

-Y yo no lo he respetado... Pero es que me has dado tanta pena...

-Tú eres mi amigo y ya le habías dado un nombre a mi dolor. Yo para tu amigo soy el Rabí desconocido. Cuando me conozca... entonces... Vamos. La noche ha llegado. No hagamos esperar a los huéspedes, que están cansados. Mañana al alba iremos a Betania.

Jesús dice luego (a María Valtorta a quien seudónimamente llamaba "pequeño Juan"):

-Pequeño Juan, ¡cuántas veces he llorado, rostro en tierra, por los hombres! ¿Y vosotros quisierais ser menos que Yo?

También para vosotros, los buenos están en la proporción que había entre los buenos y Judas. Y cuanto más bueno es uno, más sufre por ello. Pero también para vosotros - y esto lo digo especialmente para aquellos que han sido designados para el cuidado de los corazones - es necesario aprender estudiando a Judas. Todos sois "Pedros", vosotros, sacerdotes, y debéis atar y desatar; pero, ¡cuánto, cuánto, cuánto espíritu de observación, cuánta fusión en Dios, cuánto estudio vivo, cuántas comparaciones con el método de vuestro Maestro debéis hacer para serlo como debéis!

A alguno le parecerá inútil, humano, imposible cuanto ilustro. Son los de siempre, los que niegan las fases humanas de la vida de Jesús, y de mí hacen una cosa tan fuera de la vida humana que soy sólo cosa divina. ¿Dónde queda entonces la Santísima Humanidad, dónde el sacrificio de la Segunda Persona vistiendo una carne? ¡Pues verdaderamente era Hombre entre los hombres! Era el Hombre, y por tanto sufría viendo al traidor y a los ingratos, y por tanto gozaba con quien me quería o a mí se convertía, y por tanto me estremecía y lloraba ante el cadáver espiritual de Judas. Me estremecí y lloré ante el amigo muerto, (Lázaro), pero sabía que lo llamaría a la vida y gozaba viéndolo ya con el espíritu en el Limbo. Aquí... aquí estaba frente al Demonio. Y no digo más.

Tú sígueme, Juan. Demos a los hombres también este don. ¡Bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y se esfuerzan en cumplirla! ¡Bienaventurados los que quieren conocerme para amarme! En ellos y para ellos, Yo seré bendición.



84

El encuentro con Lázaro de Betania

Una clarísima aurora estiva. Más que aurora, ya infancia de día, porque el sol ya ha dejado todo límite de horizonte y sube cada vez más, sonriéndole a la tierra sonriente. No hay tallito que no ría con destellos de rocío. Parece como si los astros nocturnos se hubieran pulverizado, para ser oro y gemas en todos los tallos, en todas las frondas, y hasta incluso sobre las piedras esparcidas en el suelo, con sus escamitas silíceas, humedecidas por el rocío, que parecen polvos de tocador hechos de diamante, o polvo de oro.

Jesús y Simón andan por un camino que se aleja de la calzada principal haciendo una V. Se dirigen hacia unos magníficos huertos de árboles frutales, y espléndidos campos de lino tan alto como un hombre, ya cercano a la siega; otros campos, más lejanos, muestran sólo un gran rojear de amapolas entre la amarillez de los rastrojos.

-Estamos ya en la propiedad de mi amigo. Como puedes ver, Maestro, la distancia estaba dentro de la prescripción de la Ley. Jamás me habría permitido un engaño contigo. Detrás de aquel pomar está el muro que circunda el jardín; dentro está la casa. Te he traído por este atajo precisamente para no salirnos de la milla prescrita.

-¿Es muy rico tu amigo!

-Mucho. Pero no es feliz. Su casa tiene propiedades en otros lugares.

-¿Es fariseo?

-Su padre no lo era. Él... es muy observante. Ya te lo he dicho: un verdadero israelita.

Andan un poco más. Se ve un alto muro. Luego, al otro lado, árboles y más árboles, entre los cuales apenas si se ve la casa. El terreno aquí se eleva un poco, pero no tanto como para permitirle a la vista penetrar en el jardín, tan vasto que podríamos llamarle "parque".

Dan la vuelta a la esquina. El muro prosigue igual, dejando descender desde su parte alta ramas despeinadas de rosas y jazmines llenas de fragancia y esplendor en sus corolas bañadas de rocío.

Llegan a la sólida puerta de hierro forjado. Simón golpea con el pesado aldabón de bronce.

-Es una hora muy temprana para entrar, Simón - objeta Jesús.

-¡Pero si mi amigo, que sólo encuentra alivio en su jardín o entre los libros, se levanta nada más salir el sol! La noche es para él un tormento. No tardes más, Maestro, en darle tu alegría.

Un criado abre la puerta.

-¡Hola, Aseo! Dile a tu jefe que Simón el Zelote ha venido con su Amigo.

El criado los invita a entrar diciendo: «Vuestro siervo os saluda. Entrad, que la casa de Lázaro está abierta para los amigos». Luego se marcha corriendo.

Simón, que conoce bien el lugar, se dirige no hacia el paseo central sino hacia un sendero que entre rosales lleva a una pérgola de jazmines.

Y de allí, en efecto, sale Lázaro poco después. Está delgado y pálido, como siempre lo he visto; alto, pelo corto ni tupido ni rizado, barba rala apenas limitada a la barbilla. Viste de lino blanquísimo y anda con dificultad, como si le dolieran las piernas.

Cuando ve a Simón, hace un gesto de afectuoso saludo, y luego, como puede, corre hacia Jesús y se hinca de rodillas, y se inclina profundamente para besar el borde del vestido de Jesús, diciendo:

-No soy digno de tanto honor, pero, puesto que tu santidad se humilla hasta mi miseria, ven, mi Señor, entra, y sé dueño en mi pobre casa.

-Levántate, amigo. Recibe mi paz.

Lázaro se levanta y besa las manos de Jesús y lo mira con veneración no exenta de curiosidad. Caminan hacia la casa.

-¡Cuánto te he esperado, Maestro! Cada alba decía: "Hoy vendrá", y cada noche decía: "¡Tampoco hoy lo he visto!"».

-¿Por qué me esperabas con tanta ansia?

-Porque... ¿qué esperamos nosotros, los israelitas, sino a ti?

-¿Y tú crees que Yo soy el Esperado?

-Simón no ha mentado jamás, y no es un muchacho que se exalte por quimeras. La edad y el dolor lo han hecho maduro como un sabio. Y, además... aunque él no te hubiera conocido por la verdad de tu ser, tus obras habrían hablado y te habrían llamado "Santo". Quien hace las obras de Dios debe ser hombre de Dios. Y Tú las haces. Y las haces de un modo que dice cuánto eres Tú el Hombre de Dios. Él, mi amigo, fue a ti por la fama de milagros y obtuvo un milagro. Y sé que tu camino está marcado con otros milagros. ¿Por qué no creer entonces que eres el Esperado? ¡Oh, es tan dulce creer lo bueno! De muchas cosas que no son buenas debemos fingir creer que lo son, por amor a la paz, por no poderlas cambiar; debemos mostrar que creemos muchas palabras falsas, que parecen halagos, alabanzas, benignidad, y son por el contrario sarcasmo y censura, veneno recubierto de miel; debemos mostrar que las creemos aun sabiendo que son veneno, censura y sarcasmo..., debemos hacerlo porque... no se puede actuar de otra manera y somos débiles contra todo un mundo que es fuerte, y estamos solos contra todo un mundo que, como enemigo, está contra nosotros... ¿Por qué, entonces, tener dificultad en creer lo bueno? Pero es que, además, estamos en la plenitud de los tiempos y los signos de los tiempos se dan. Y cuanto pudiera faltar para robustecer la fe y hacerla impasible ante la duda, lo pone nuestra voluntad de creer y de aplacar nuestro corazón en la certeza de que la espera ha terminado y de que el Redentor está entre nosotros; está entre nosotros el Mesías... Aquel que devolverá la paz a Israel y a los hijos de Israel, Aquel que... hará que muramos sin angustia, sabiendo que hemos sido redimidos, y que vivamos sin ese aguijón de nostalgia por nuestros muertos... ¡Oh..., los muertos! ¿Por qué sentir pena por ellos, sino porque no tienen ya a sus hijos y todavía no tienen a su Padre y Dios?

-¿Hace mucho que se te ha muerto tu padre?

-Tres años. Y siete que se me murió mi madre... Pero ya hace algo de tiempo que no los compadezco... Yo mismo quisiera estar donde espero que estén ellos aguardando el Cielo.

-No tendrías, entonces, como huésped al Mesías.

-Es cierto. Ahora yo soy más que ellos porque te tengo... y el corazón se aplaca con esta alegría. Entra, Maestro. Concédeme el honor de hacer de mi casa la tuya. Hoy es sábado y no puedo honrarte convidando a amigos...

-No lo deseo. Hoy soy todo para el amigo común de Simón y mío.

Entran en una hermosa sala, donde unos criados están preparados para recibirlos.

-Os ruego que los sigáis - dice Lázaro - Podréis reponer fuerzas o tomar algo fresco antes de la comida matutina.

Y, mientras Jesús y Simón van a otro lugar, Lázaro da órdenes a los siervos. Comprendo que la casa es rica, y señorial además de rica...

...Jesús bebe leche (Lázaro quiere servírsela personalmente a toda costa antes de sentarse para la comida matutina).

Veo que Lázaro se vuelve a Simón y le dice:

-He encontrado al hombre que está dispuesto a adquirir tus bienes, y al precio que tu intendente ha estimado justo. No quita ni una dracma.

-Pero ¿está dispuesto a observar mis cláusulas?

-Está dispuesto. Acepta todo, con tal de estar en esas tierras. Y yo me alegro porque al menos sé con quién confino. No obstante, de la misma forma que tú deseas permanecer al margen en la venta, él desea que no sepas quién es. Te ruego que secundes este deseo suyo.

-No veo motivo para no hacerlo. Tú, amigo mío, harás mis veces... Todo lo que hagas estará bien. Me conformo sólo con que mi servidor fiel no se quede en la calle... Maestro, yo vendo, y, por lo que a mi respecta, me siento feliz de no tener ya nada que me ligue a ninguna cosa que no sea servirte a ti. Pero tengo un viejo criado fiel, el único que ha quedado después de mi desventura y que - ya te lo dije - me ayudó siempre en los momentos de segregación, cuidando de mis bienes como de los propios, haciéndolos incluso pasar con la ayuda de Lázaro por propios para salvármelos y poder socorrerme con ellos. Ahora no sería justo que yo lo despidiera sin casa, ahora que es anciano. He decidido que una pequeña casa, en las lindes de la propiedad, se quede para él y que parte de la suma se le dé para su sustento futuro. Los viejos, ya sabes, son como la hiedra: cuando han vivido siempre en un lugar, sufren demasiado si se les aleja de él. Lázaro lo quería consigo, porque Lázaro es bueno, pero he preferido hacer esto. Sufrirá menos el anciano...

-Tú también eres bueno, Simón. Si todos fueran justos como tú, resultaría más fácil mi misión...» observa Jesús.

-¿Sientes que el mundo es reacio, Maestro? - pregunta Lázaro.

-¿El mundo?... No. La fuerza del mundo: Satanás. Si él no fuera dueño de los corazones y los tuviera en su poder, Yo no encontraría resistencia. Pero el Mal está en contra del Bien, y tengo que vencer en cada uno al mal para introducir en ellos el bien... y no todos quieren.

-Es cierto. ¡No todos quieren! Maestro, ¿qué palabras encuentras para el culpable; para convertirlo, para doblegarlo? ¿Palabras de severa reprobación como las que llenan la historia de Israel hacia los culpables - el último que las usa es el Precursor - o por el contrario palabras de piedad?

-Practico el amor y la misericordia. Cree, Lázaro, que para quien a caído tiene más poder una mirada de amor que una maldición.

-¿Y si el amor es objeto de burla?

-Seguir insistiendo. Insistir hasta el extremo. Lázaro, ¿conoces las tierras traidoras que se tragan a los incautos?

-Sí. Lo he leído - en el estado en que me encuentro leo mucho, por pasión y por pasar las largas horas de insomnio. Sí, he leído acerca de ellas. Sé que existen en Siria y en Egipto, y otras en donde los caldeos, y sé que son como ventosas, aspiran cuando hacen presas. Un romano dice que son bocas del Infierno, habitadas por monstruos paganos. ¿Es verdad?

-No es verdad. No son más que especiales formaciones del suelo terrestre. El Olimpo no tiene nada que ver aquí. Dejará de creerse en el Olimpo y aquéllas seguirán existiendo, y el progreso del hombre no podrá más que proporcionar una explicación más verídica del hecho, pero no eliminarlo. Ahora Yo te digo: De la misma forma que has leído acerca de esas tierras, habrás leído también de qué manera puede salvarse quien cae en ellas.

-Sí, lanzándole una soga, o con una estaca o una rama. En ocasiones es suficiente poco para darle al que se está hundiéndose eso mínimo que necesita para mantenerse, que es además ese mínimo imprescindible para que esté tranquilo, sin movimientos convulsivos, mientras espera un socorro mayor.

-Pues bien. El culpable, el que está en manos de Satanás, es como si sufriera la succión de un suelo engañoso (cubierto de flores en la superficie, pero lodo movedizo por debajo). ¿Tú crees que, si uno supiera qué significa poner aunque sólo fuera un átomo de sí mismo en manos de Satanás, lo haría? Pero no sabe... y, después... o lo paraliza el aturdimiento y el veneno del Mal o lo enloquece, y para huir del remordimiento de haberse procurado la propia ruina empieza a moverse convulsivamente, a agarrarse al lodo, creando así pesadas ondas con su movimiento imprudente, las cuales aceleran cada vez más su fin. El amor es la soga, el hilo, la rama de que tú hablas. Insistir, insistir... hasta que se aferre... Una palabra... y perdón... un perdón más grande que la culpa... al menos para impedir que siga hundiéndose y esperar el socorro de Dios... Lázaro, ¿sabes qué poder tiene el perdón?: Hace que Dios acuda a ayudar a quien está socorriendo a otro... ¿Lees mucho?

-Mucho; y no sé si hago bien, pero la enfermedad y... y otras cosas... me han privado de muchas delicias del hombre... y ahora no tengo más que la pasión de las flores y los libros..., de las plantas y los caballos... Sé que se me critica, pero ¿puedo yo ir a mis propiedades en este estado (y descubre unas piernas enormes completamente vendadas) a pie o ni siquiera en mula? Debo usar un carro, y además que sea rápido. Por eso he adquirido caballos y me he encariñado con ellos; lo digo. Pero si Tú me dices que está mal... pues que se los lleven a venderlos.

-No, Lázaro, no son estas cosas las que corrompen; corrompe lo que turba el espíritu y lo aleja de Dios.

-Precisamente esto, Maestro, es lo que querría saber. Yo leo mucho. Sólo tengo este consuelo. Me gusta saber. Yo creo que en el fondo es mejor saber que hacer el mal, es mejor leer que... que hacer otras cosas. Pero yo no leo sólo lo que se refiere a nosotros. Me gusta conocer también el mundo de los demás, y Roma y Atenas me atraen. Ahora sé cuánto mal le vino a Israel cuando se corrompió con los asirios y con Egipto, y cuánto mal nos hicieron los gobiernos helenizantes. No sé si un particular puede hacerse a sí el mismo daño que Judas se hizo a sí mismo y a nosotros, sus hijos. Pero Tú qué piensas de ello. Deseo que me enseñes. Tú, que no eres un rabí, pero que eres el Verbo sapiente y divino.

Jesús lo mira fijamente durante unos minutos; una mirada penetrante y al mismo tiempo lejana. Parece como si, traspassando el cuerpo opaco de Lázaro, Él escrutara su corazón y, yendo aún más allá, viera quién sabe qué... Al final, habla:

-¿Sientes turbación por lo que lees? ¿Te separa de Dios y de su Ley?

-No. Maestro; me mueve, por el contrario, a hacer comparaciones entre nuestra verdad y la falsedad pagana. Comparo y medito las glorias de Israel, sus justos, sus patriarcas, sus profetas, y las figuras deshonestas de las historias de otros. Comparo nuestra filosofía - si se puede llamar así la Sabiduría que habla en los textos sagrados - con la pobre filosofía griega y romana, en las cuales hay, sí, chispas de fuego, pero no la segura llama que arde y resplandece en los libros de nuestros sabios. Y luego, con mayor veneración aún, me inclino con el espíritu a adorar a nuestro Dios que habla en Israel a través de hechos, personas y escritos nuestros.

-Pues entonces continúa leyendo... Te será útil conocer el mundo pagano... Continúa. Puedes continuar. Careces del fermento del mal y de la gangrena espiritual; por tanto puedes leer sin miedo: el amor verdadero que tienes hacia tu Dios hace estériles los gérmenes profanos que la lectura puede esparcir en ti. En todas las acciones del hombre hay posibilidad de bien o de mal, según se cumplan. Amar no es pecado, si se ama santamente. Trabajar no es pecado, si se trabaja cuando es justo. Ganar no es pecado, si uno se conforma con lo que es justo. Instruirse no es pecado, si, por la instrucción, no se mata la idea de Dios en nosotros. Por el contrario, es pecado incluso el servir al altar, si ello se hace por interés propio. ¿Estás convencido esto, Lázaro?

-Sí, Maestro. He preguntado esto a otros, y han terminado despreciándome... Pero Tú me das luz y paz. ¡Oh, si todos te oyeran!... Ven, Maestro. Entre los jazmines se siente frescura y silencio, y dulce es descansar entre sus frescas sombras esperando a que decline el día».

Salen y todo termina.

Antes de ir al Getsemaní, Jesús y el Zelote suben al Templo, donde está hablando Judas Iscariote

Jesús está con Simón en Jerusalén. Se abren paso entre la muchedumbre de vendedores y de jumentos - parece una procesión por la calzada -. Jesús dice:

-Subamos al Templo antes de ir al Get Sammi. Oraremos al Padre en su Casa.

-¿Sólo, Maestro?

-Sólo eso. No puedo entretenerme. Mañana, al alba, es la cita en la Puerta de los Peces, y, si la muchedumbre insiste, me va a impedir ir. Quiero ver a los otros pastores. Los disemino como verdaderos pastores por Palestina para que congreguen a las ovejas y sea conocido el Dueño del rebaño, al menos, de nombre; de modo que cuando ese nombre Yo lo pronuncie, ellas sepan que soy Yo el Dueño del rebaño y vengan a mí y Yo las acaricie.

-¡Es dulce tener un Dueño como Tú! Las ovejas te amarán.

-Las ovejas..., no las cabras. Después de ver a Jonás, iremos a Nazaret y luego a Cafarnaúm. Simón Pedro y los otros sufren por tanta ausencia... Iremos a darles este motivo de gozo y a dárselos a nosotros mismos. Incluso el verano nos aconseja que lo hagamos. La noche está hecha para el descanso y demasiado pocos son los que posponen el descanso al conocimiento de la Verdad. El hombre... ¡el hombre! Se olvida demasiado de que tiene un alma, y piensa sólo en la carne y se preocupa sólo de la carne. El sol durante el día es vio-lento, impide caminar y enseñar en las plazas y por los caminos. Tanto cansa, adormece los espíritus y los cuerpos. Pues entonces... vamos a adoctrinar a mis discípulos; a la agradable Galilea, verde y fresca de aguas. ¿Has estado allí alguna vez?

-Una vez, de paso y en invierno, en una de mis penosas peregrinaciones de un médico a otro. Me gustó...

-¡Oh, es hermosa siempre; durante el invierno y más aún, en las otras estaciones! Ahora, en verano, tiene unas noches tan angelicales... Sí, de lo puras que son, parecen hechas para los vuelos de los ángeles. El lago... el lago, con su cinturón de montes más o menos cercanos que lo resguardan, parece hecho justamente para hablar de Dios a las almas que buscan a Dios. Es un trozo de cielo caído entre el verde; y el firmamento no lo abandona, sino que se refleja en él con sus astros, multiplicándolos así... como queriendo presentárselos al Creador diseminados sobre una lastra de zafiro. Los olivos descienden casi hasta las olas y están llenos de ruiseñores, y también cantan su alabanza al Creador que hace que vivan en ese lugar tan dulce y plácido.

¿Y mi Nazaret? Toda extendida bajo el beso del sol, toda blanca y verde, sonriente entre los dos gigantes del grande y del pequeño Hermón. Y el pedestal de montes en que se apoya el Tabor, pedestal de suaves pendientes del todo verdes, que elevan hacia el sol a su señor, frecuentemente nevado, pero tan hermoso cuando el sol ciñe su cima, que toma aspecto de alabastro rosado... En el lado opuesto, el Carmelo es de lapislázuli a ciertas horas de sol intenso en las que todas las venas de mármoles o de aguas, de bosques o de prados, se muestran con sus distintos colores; y es delicada amatista bajo la primera luz, mientras que por la tarde es de berilo violeta-celeste; y es un solo bloque de sardónica cuando la luna lo muestra todo negro contra el plateado lácteo de su luz. Y luego, abajo, al Norte, el tapiz fértil y florido del llano de Esdrelón.

Y luego... y luego, ¡oh..., Simón!, ¡allí hay una Flor... una Flor hay que vive solitaria difundiendo fragancia de pureza y amor para su Dios y para su Hijo! Es mi Madre. La conocerás, Simón, y me dirás si existe criatura semejante a Ella, incluso en humana gracia, sobre la faz de la Tierra. Es hermosa, pero toda hermosura queda pequeña ante lo que emana de su interior. Si un bruto la despojase de todas sus vestiduras, la hiriera hasta desfigurarla y la arrojara a la calle como a un vagabundo, seguiría viéndosela como Reina y regiamente vestida, porque su santidad le haría de manto y esplendor. Toda suerte de males puede darme el mundo, pero Yo le perdonaré todo, porque para venir al mundo y redimirlo la he tenido a Ella, la humilde y gran Reina del mundo, que éste ignora, y por la cual, sin embargo ha recibido el Bien y recibirá aún más durante los siglos.

Hemos llegado al Templo. Observemos la forma judía del culto. Pero en verdad te digo que la verdadera Casa de Dios, el Arca Santa, es su Corazón, cubierto por el velo de su carne purísima, bordado de filigrana por sus virtudes.

Ya han entrado y caminan por el primer rellano. Pasan por un pórtico, dirigiéndose a un segundo rellano.

-Maestro. Mira Judas, allí, entre aquel corro de gente. Y hay también fariseos y miembros del Sanedrín. Voy a oír lo que dice. ¿Me dejas?

-Ve. Te espero junto al Gran Pórtico.

Simón va rápido y se coloca de forma que puede oír sin ser visto. Judas habla con gran convencimiento:

-... Y aquí hay personas, que todos vosotros conocéis y respetáis, que pueden decir quién era yo. Pues bien, os digo que Él me ha cambiado. El primer redimido soy yo. Muchos entre vosotros veneran al Bautista. El también lo venera, y le llama "el santo igual a Elías por misión, más aún mayor que Elías". Ahora bien, si tal es el Bautista, Éste, al cual el Bautista llama "el Cordero de Dios" y, por su propia santidad, jura haberle visto coronar por el Fuego del Espíritu de Dios mientras una voz desde los Cielos lo proclamaba "Hijo de Dios muy amado al que se debe escuchar", Este no puede ser sino el Mesías. Lo es. Yo os lo juro. No soy un inculto ni un estúpido. Lo es. Yo le he visto obrar y he oído su palabra, y os digo: es Él, el Mesías. El milagro le sirve como un esclavo a su amo. Enfermedades y desventuras caen como cosas muertas y nace alegría y salud. Y los corazones cambian aún más que los cuerpos. Ya lo veis en mí. ¿No tenéis enfermos?, ¿no tenéis penas que necesiten ser aliviadas? Si las tenéis, venid mañana, al alba, a la Puerta de los Peces. Ahí estará Él trayendo consigo la felicidad. Entretanto, ved cómo yo, en su nombre, a los pobres les doy este dinero.

Judas distribuye unas monedas a dos lisiados y a tres ciegos, y por último fuerza a una viejecita a aceptar las últimas monedas. Luego despide a la multitud y se quedan él, José de Arimatea, Nicodemo y otros tres que no conozco.

-¡Ah, ahora me siento bien! - exclama Judas - No tengo ya nada, y soy como Él quiere.

-Verdaderamente no te reconozco. Creía que era una broma, pero veo que vas en serio - exclama José.

-¡En serio! ¡Si yo soy el primero que no me reconozco! Sigo siendo una bestia inmundada respecto a Él, pero ya estoy muy cambiado.

-¿Y vas a dejar de pertenecer al Templo? - pregunta uno de los que no conozco.

-¡Sí! Soy del Cristo. Quien lo conoce, a menos que sea un áspid, no puede más que amarlo, y no desea nada más aparte de Él.

-¿No va a volver aquí? - pregunta Nicodemo.

-Claro que volverá, pero no ahora.

-Quisiera oírlo.

-Ya ha hablado en este lugar, Nicodemo.

-Lo sé. Pero yo estaba con Gamaliel... Lo vi... pero no me detuve.

-¿Qué dijo Gamaliel, Nicodemo?

-Dijo: "Algún nuevo profeta". No dijo nada más.

-¿Y no le expresaste lo que yo te dije, José? Tú eres amigo suyo...

-Lo hice, pero me respondió: "Ya tenemos al Bautista y, según la doctrina de los escribas, al menos deben pasar cien años entre éste y aquél, para preparar al pueblo a la venida del Rey. Yo digo que hacen falta menos - añadió - porque el tiempo se ha cumplido ya - Y terminó: "Sin embargo, no puedo admitir que el Mesías se manifieste así... Un día creí que comenzaba la manifestación mesiánica, porque su primer destello era verdaderamente resplandor celeste; pero luego... se hizo un gran silencio. Y pienso que me he equivocado".

¿Por qué no se lo vuelves a decir? Si Gamaliel estuviera con nosotros y vosotros con él...

-No os lo aconsejo - objeta uno de los tres desconocidos - El Sanedrín es poderoso y Anás lo rige con astucia y avidez. Si tu Mesías quiere vivir, le aconsejo que permanezca en la oscuridad; a menos que se imponga con la fuerza, pero entonces está Roma...

-Si el Sanedrín lo oyera, se convertiría al Cristo.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - se ríen los tres desconocidos y dicen: «Judas, te creíamos, sí, cambiado, pero todavía inteligente. Si es verdad lo que dices de Él, ¿cómo puedes pensar que el Sanedrín lo siga? Ven, ven, José. Es mejor para todos. Dios te proteja, Judas. Lo necesitas - Y se marchan. Judas se queda sólo con Nicodemo.

Simón se aleja sin hacerse notar y va donde el Maestro.

-Maestro, me acuso de haber pecado de calumnia con la palabra y con el corazón. Ese hombre me desorienta. Lo creía casi un enemigo tuyo, y lo he oído hablar de ti de una forma que pocos entre nosotros lo hacen, especialmente aquí donde el odio podría matar primero al discípulo y luego al Maestro. Y le he visto dar dinero a los pobres, y tratar de convencer a los miembros del Sanedrín...

-¿Lo ves, Simón? Me alegro de que lo hayas visto en una ocasión. Referirás esto también a los demás cuando lo acusen. Bendigamos al Señor por esta alegría que me das, por tu honestidad al decir "he pecado" y por la obra del discípulo que creías malvado y no lo es.

Oran durante largo tiempo y luego salen.

-¿No te ha visto?

-No. Estoy seguro.

-No le digas nada. Es un alma muy enferma. Una alabanza sería semejante al alimento dado a un convaleciente de una gran fiebre de estómago. Le haría empeorar, porque se gloriaría al tener conciencia que los demás se fijan en él. Y donde entra el orgullo...

-Guardaré silencio. ¿A dónde vamos?

-A donde Juan; estará a esta hora calurosa en la casa de los Olivos.

Caminan ligeros, buscando la sombra por las calles, calles verdaderamente de fuego a causa del intenso sol. Salen del suburbio polvoriento, atraviesan la puerta de la muralla, salen a la deslumbrante campiña; de ésta a los olivos, de los olivos a la casa.

En la cocina (fresca y oscura por la cortina que han colocado en la puerta) está Juan. Se ha quedado traspuesto. Jesús lo llama:

-¡Juan!

-¿Tú, Maestro? Te esperaba por la noche.

-He venido antes. ¿Cómo te has sentido durante este tiempo, Juan?

-Como un cordero que hubiera perdido a su pastor. Les hablaba a todos de ti, porque ello ya significaba tenerte un poco. He hablado de ti a algunos familiares, a conocidos, a otras personas, y a Anás... y a un lisiado que lo he hecho amigo mío con tres denarios; me los habían dado y yo se los he dado a él. Y también a una pobre mujer, de la edad de mi madre, que lloraba en un corro de mujeres a la puerta de una casa. Le pregunté: "¿Por qué lloras?". Me respondió: "El médico me ha dicho: "Tu hija está enferma de tisis. Resígnate. Con los primeros temporales de Octubre morirá". Ella es lo único que tengo; es hermosa, buena, y tiene quince años. Iba a casarse para la primavera, y en lugar del cofre de bodas le tengo que preparar el sepulcro".

Le respondí:

-Yo conozco a un Médico que te la puede curar si tienes fe.

-Ya ninguno la puede curar. La han visto tres médicos. Ya escupe sangre.

- El mío - dije - no es un médico como los tuyos, no cura con medicinas, sino con su poder; es el Mesías...".

Una viejecita, entonces, dijo:

-¡Cree, Elisa! ¡Conozco a un ciego al que Él le ha devuelto la vista!
La madre entonces pasó del desánimo a la esperanza, y te está esperando... ¿He hecho bien? No he hecho más que esto.
-Has hecho bien. Por la noche iremos a ver a tus amigos. ¿Has vuelto a ver a Judas?
-No, Maestro. Pero me ha mandado comida y dinero. Yo se lo he dado a los pobres. Me había dicho que podía usarlo porque era suyo.
-Es verdad. Juan, mañana vamos hacia Galilea...
-Esto me alegra, Maestro. Pienso en Simón Pedro. ¿Con qué ansia te esperaré! ¿Pasaremos también por Nazaret?
-Sí, y allí esperaremos a Pedro, a Andrés y a tu hermano Santiago.
-¡Oh!, ¿nos quedamos en Galilea?
-Sí, durante un tiempo.
Se le ve contento a Juan. Y todo cesa aquí, en este momento de felicidad de Juan.

86

El encuentro con el soldado Alejandro en la Puerta de los Peces

Otra aurora, otra vez las recuas de asnos amontonándose ante la puerta todavía cerrada, otra vez Jesús con Simón y Juan. Algunos vendedores lo reconocen y se le arremolinan alrededor.

Un soldado que está de guardia, cuando abren la puerta y lo ve, acude también. Lo saluda:

-Salve, galileo. Di a esta gente nerviosa que sean menos rebeldes. Se quejan de nosotros, pero no hacen más que maldecirnos y desobedecer. Y dicen que esto es culto para ellos. ¿Qué religión tienen, si está fundada sobre la desobediencia?

-Sé compasivo con ellos, soldado. Son como quien tiene en casa a un huésped indeseado pero más fuerte; sólo pueden vengarse con la lengua y con el desdén.

-Sí, pero nosotros tenemos que cumplir con nuestro deber, y tenemos que sancionarlos, con lo cual nos hacemos cada vez más esos huéspedes no deseados.

-Tienes razón. Debes cumplir con tu deber, pero hazlo siempre con humanidad. Piensa siempre: "Si yo estuviera en su lugar, ¿qué haría?". Verás como entonces sientes mucha piedad por las personas sometidas.

-Me gusta oírte hablar. No se ve en ti ni desprecio ni altivez. Los otros palestinos nos escupen por detrás, nos insultan, manifiestan asco hacia nosotros... menos en el caso en que haya posibilidad de desplumarnos, por una mujer o por compras. En ese caso el oro de Roma ya no produce asco.

-El hombre es el hombre, soldado.

-Sí, y es más falso que el mono. Pero no agrada estar entre gente que se comporta como serpientes al acecho... También nosotros tenemos casas y madres y esposas e hijos, y la vida también tiene importancia para nosotros.

-Eso. Si cada uno recordase esto, desaparecerían los odios. Tú has dicho: "¿Qué religión tienen?". Te respondo: Una religión santa que, como primer mandamiento, tiene el amor hacia Dios y hacia el prójimo, una religión que enseña obediencia a las leyes, aunque provengan de Estados enemigos.

Porque, escuchad, hermanos míos en Israel, nada sucede sin que Dios lo permita. Incluso las dominaciones, desventuras sin par para un pueblo, de las cuales casi siempre se puede decir - si el pueblo se examina con rectitud - que el propio pueblo las ha querido, con sus modos de vivir contrarios a Dios. Acordaos de los Profetas. ¡Cuántas veces hablaron de esto! ¡Cuántas mostraron con los hechos pasados, presentes y futuros, que el dominador es el castigo, la vara del castigo en la espalda del hijo ingrato! Y ¡cuántas veces enseñaron cómo dejar de padecerlo!: volviendo al Señor. No es ni la rebelión ni la guerra lo que sana heridas y lágrimas y rompe cadenas; es el vivir como justos. Entonces Dios interviene. Y ¿qué pueden hacer las armas y las formaciones de soldados contra los fulgores de las cohortes angélicas luchando en favor de los buenos? ¿Padecemos opresión? Merezcamos que esto termine, con una vida propia de hijos de Dios. No remachéis vuestras cadenas con nuevos pecados. No permitáis que los gentiles os crean sin religión, o más paganos que ellos por vuestro modo de vivir. Sois el pueblo que ha recibido de Dios mismo la Ley. Observadla. Haced que hasta los dominadores se inclinen ante vuestras cadenas diciendo: "Son personas sometidas, pero más grandes que nosotros; su grandeza no está en el número, en el dinero, en las armas, en el poder, sino que viene de su procedencia de Dios. Aquí brilla la divina paternidad de un Dios perfecto, santo, poderoso. Aquí se ve el signo de una verdadera Divinidad. Se trasluce en sus hijos". Haced que mediten en esto y accedan a la verdad del Dios verdadero abandonando el error. Todos, incluso el más pobre, incluso el más ignorante del pueblo de Dios, pueden ser maestros para un gentil, maestros con su manera de vivir, y predicar a Dios a los paganos con las acciones de una vida santa.

Idos. La paz sea con vosotros.

Tarda Judas, y también los pastores - observa Simón.

-¿Esperas a alguien, galileo? - pregunta el soldado que ha estado escuchando atentamente.

-Amigos.

-Entra al fresco del atrio. El sol quema ya desde las primeras horas. ¿Vas a la ciudad?

-No, vuelvo a Galilea.

-¿A pie?

-Soy pobre. A pie.

-¿Tienes mujer?

-Tengo una Madre.

-Yo también. Ven... si no sientes asco de nosotros como los demás.

-Sólo la culpa me repugna.

El soldado lo mira admirado y pensativo.

-Contigo no tendremos que intervenir nunca. La espada no se alzará nunca sobre ti. Eres bueno. ¡Pero los demás!...

Jesús está en la penumbra del atrio. Juan mira hacia la ciudad. Simón se ha sentado en un bloque de piedra que hace de banco.

-¿Cómo te llamas?

-Jesús.

-¡Ah, ¿eres el que hace milagros incluso con los enfermos?! Yo creía que eras sólo un mago... También tenemos nosotros. Un mago bueno, de todas formas; porque, ¡hay algunos...! Pero los nuestros no saben curar a los enfermos. ¿Cómo lo haces?

Jesús sonríe y calla.

-¿Usas fórmulas mágicas? ¿Tienes ungüentos de médula de muertos, serpientes disecadas y pulverizadas, piedras mágicas cogidas en las cuevas de los pitones?

-Nada de eso. Tengo sólo mi poder.

-Entonces eres realmente santo. Nosotros tenemos a los arúspices y a las vestales... y algunos de ellos realizan prodigios... y dicen que son los más santos. ¿Pero, tú lo crees? Son peores que los demás.

-Y entonces ¿por qué los veneráis?

-Porque... porque es la religión de Roma. Y si un súbdito no respeta la religión de su Estado, ¿cómo puede respetar al César y a la patria, y así tantas otras cosas?

Jesús mira fijamente al soldado.

-En verdad estás adelantado en el camino de la justicia. Prosigue, soldado, y llegarás a conocer eso que tu alma siente que tiene dentro y no sabe darle un nombre.

-¿El alma? ¿Qué es?

-Cuando mueras, ¿a dónde irás?

-¡Bueno!... no lo sé. Si muero como un héroe, a la pira de los héroes... si no paso de ser un pobre viejo, una nulidad, quizás me pudra en mi madriguera o en una cuneta.

-Esto por lo que respecta al cuerpo, pero el alma ¿a dónde irá?

-No sé si todos los hombres tienen alma o si la tienen sólo los destinados por Júpiter a los Campos Elíseos después de una vida portentosa, aunque no los lleve al Olimpo como sucedió con Rómulo.

-Todos los hombres tienen un alma. Y ésta es lo que distingue al hombre del animal. ¿Quisieras ser semejante a un caballo o a un pájaro o a un pez, carne que, muerta, es sólo podredumbre?

-¡Oh, no! Soy hombre y prefiero ser tal.

-Pues bien, lo que te hace hombre es el alma; sin ella, no serías más que un animal que habla.

-¿Y dónde está? ¿Cómo es?

-No tiene cuerpo, pero existe, está en ti; viene de Aquel que creó el mundo, y a Él vuelve después de la muerte del cuerpo.

-Del Dios de Israel, según vosotros.

-Del Dios solo, uno, eterno, supremo Señor y Creador del universo.

-¿Y un pobre soldado como yo tiene también un alma?, ¿un alma que vuelve a Dios?

—Sí, también un pobre soldado, y Dios será Amigo de su alma si esta fue siempre buena, o la castigará si fue malvada.

-Maestro, mira Judas con los pastores y unas mujeres. Si no veo mal, está con ellos la niña de ayer - dice Juan.

-Adiós, soldado. Sé bueno.

-¿No te volveré a ver? Quisiera saber aún...

-Voy a estar en Galilea hasta Septiembre; si puedes, ven. En Cafarnaúm o en Nazaret todos sabrán darte noticias acerca de mí. En Cafarnaúm, pregunta por Simón Pedro; en Nazaret, por María de José. Es mi Madre. Ven. Te hablaré del Dios verdadero.

-Simón Pedro... María de José. Iré si puedo. Y Tú, si vuelves, acuérdate de Alejandro. Soy de la centuria de Jerusalén.

Judas y los pastores están ya en el atrio.

-Paz a todos vosotros - dice Jesús, que hubiera querido decir algo más...

Pero una jovencita delgaducha, aunque risueña, ha abierto el grupo y se ha echado a sus pies:

-¡Tu bendición una vez más sobre mí, Maestro y Salvador, y una vez más mi beso para ti! - (le besa las manos).

-Ve. Sé alegre, buena; buena hija, luego buena esposa y luego buena madre. Enseña a tus futuros pequeños mi Nombre y mi doctrina. Paz a ti y a tu madre. Paz y bendición a todos los que son amigos de Dios. Paz a ti también, Alejandro.

Jesús se aleja.

-Nos hemos retrasado, pero es que nos han asediado esas mujeres - explica Judas - Estaban en Get-Sammí y querían verte. Nosotros habíamos ido allí, sin saber los unos de los otros, para venir contigo, pero Tú ya te habías ido y en vez de ti estaban ellas. Queríamos quitárnoslas de encima... pero eran más pesadas que las moscas; querían saber muchas cosas... ¿Has curado a la niña?

-Sí.

-¿Y le has hablado al romano?

-Sí. Es un corazón honesto, y busca la Verdad...

Judas suspira.

-¿Por qué suspiras, Judas? - pregunta Jesús.

-Suspiro porque... porque quisiera que fueran los nuestros los que buscasen la Verdad. Sin embargo, o huyen de ella o se burlan de ella o permanecen indiferentes. Me siento desanimado. Siento el deseo de no volver a poner pie aquí y de dedicarme sólo a escucharte. Total, como discípulo no logro hacer nada.

-¿Y tú crees que Yo logro mucho? No te desanimes, Judas. Son las luchas del apostolado. Más derrotas que victorias: derrotas aquí, porque allá arriba son siempre victorias. El Padre ve tu buena voluntad y te bendice de todas formas, a pesar de que no cuaje en un fruto.

-¡Tú eres bueno! (Judas le besa una mano). ¿Lograré llegar a ser bueno?

-Sí, si lo quieres.

-Creo haberlo sido durante estos días... He sufrido para serlo... porque tengo muchas tendencias... pero lo he sido pensando siempre en ti.

-Persevera entonces. Me das mucha alegría. Y vosotros, ¿qué noticias me dais? - pregunta a los pastores.

-Elías te manda saludos y un poco de comida, y dice que no lo olvides.

-¡Oh, Yo tengo en mi corazón a mis amigos! Vamos hasta aquel pueblecito que se ve inmerso en el verdor. Luego, al atardecer, continuaremos el camino. Me siento contento de estar con vosotros, de ir a donde mi Madre, y de haber hablado de la Verdad a un hombre honesto. Sí, me siento feliz. Si supierais qué significa para mí llevar a cabo mi misión y ver que a ella se acercan los corazones, o sea, al Padre, ¡ah, entonces sí que me seguiríais cada vez más con el espíritu!...

No veo más.

87

Con pastores y discípulos en las cercanías de Doco. Isaac se queda en Judea

-Maestro, son mejores los humildes. Esos con los que hablé o se burlaron o manifestaron indiferencia. ¡Oh, sin embargo, los pequeños de Yuttá...!

Isaac está hablando con Jesús. Están todos sentados en círculo sobre la hierba de la orilla de un río. Isaac parece estar informando acerca del trabajo realizado.

Judas interviene y, cosa rara, llama por su nombre al pastor:

-Isaac, yo pienso como tú; estando con ellos perdemos tiempo y fe. Yo lo dejo.

-Yo no, aunque de hecho me hace sufrir. Lo dejaré sólo si el Maestro lo dice. Estoy acostumbrado desde hace años a sufrir por fidelidad a la verdad. No puedo mentir para atraerme la simpatía de los poderosos. ¿Sabes cuántas veces vinieron para burlarse de mí, a mi habitación de enfermo, prometiéndome - falsas promesas, ciertamente - ayuda con la condición de decir que había mentido, y que Tú, Jesús, no eras Tú, el Salvador que acababa de nacer? Pero yo no podía mentir. Mentir habría sido renegar mi alegría, habría sido matar mi única esperanza, habría sido rechazarte, ¡oh Señor mío! ¡Rechazarte a ti!... En la oscuridad de mi miseria, en la desolación de mi enfermedad, gozaba siempre de un cielo sembrado de estrellas: el rostro de mi madre, única alegría de mi vida de huérfano, el rostro de una esposa que nunca fue mía, a la cual guardé un amor en mi corazón incluso después de la muerte. Éstas eran las dos estrellas menores. Luego tenía dos estrellas más grandes, semejantes a purísimas lunas: José y María, sonriendo a un Recién Nacido y a nosotros, pobres pastores. Y, fúlgido, en el centro del cielo de mi corazón, tu rostro: inocente, dulce, santo, santo, santo. ¡No podía rechazar este cielo mío! No quería privarme de su luz, más pura que ninguna. ¡Antes que rechazarte a ti, mi recuerdo bendito, mi Jesús Recién Nacido, habría rechazado la vida; incluso entre tormentos!

Jesús pone su mano en el hombro de Isaac y sonríe. Judas interviene de nuevo:

-¿Entonces tú insistes?

-Insisto. Hoy, y mañana, y al otro. Alguno vendrá.

-¿Cuánto durará el trabajo?

-No lo sé. Pero - convéncete - basta con no mirar ni hacia adelante ni hacia atrás. Trabajar día a día. Y si, terminado el día, el trabajo ha sido útil, decir: "Gracias, Dios mío"; si inútil: "Espero en tu ayuda para mañana".

-Eres sabio.

-Ni siquiera sé qué quiere decir eso, pero yo hago en mi misión lo que he hecho en mi enfermedad. ¡Casi treinta años de enfermedad no son un día!

-¡Ya lo creo! Yo no había nacido todavía y tú ya estabas enfermo.

-Estaba enfermo, pero no he contado nunca esos años. Jamás dije: "Vuelve Nisán y no acompaña a las rosas en su nuevo germinar; vuelve Tisrí y languidezco aquí todavía". Iba adelante hablándome a mí mismo y a los buenos, de Él. Me daba cuenta de que los años pasaban porque los que había conocido pequeños venían a traerme sus dulces de boda y los de los nacimientos de sus pequeñuelos. Ahora, si miro hacia atrás - ahora que, de viejo, he pasado de nuevo a ser joven -, ¿qué veo del pasado? Nada. Pasado.

-Nada aquí, pero en el Cielo "todo" para ti Isaac; y ese todo te espera - dice Jesús.

Y, dirigiéndose a todos, añade:

-Así hay que actuar. Yo también actúo así. Ir hacia delante, sin cansancios. El cansancio es todavía una raíz de la soberbia humana, como también lo es la prisa. ¿Por qué uno siente fastidio por los fracasos? ¿Por qué uno se inquieta por la

lentitud? Porque el orgullo dice: "¿A mí decirme `no?" "¿Conmigo tanta espera?" Esto es falta de respeto hacia el apóstol de Dios. No, amigos. Observad toda la Creación, y pensad en quien la hizo. Meditad sobre el progreso del hombre, y pensad en su origen. Pensad en esta hora que se cumple, y calculad cuántos siglos la han precedido. Lo creado es obra de serena creación. El Padre no hizo desordenadamente todo, sino que hizo el Universo por tiempos sucesivos. El hombre, el hombre actual, es obra de un progreso paciente, y progresará cada vez más en saber y en poder; luego serán santos o no santos, según su voluntad. El hombre no se hizo docto de repente. Los Primeros, expulsados del Jardín, tuvieron que aprenderlo todo, lentamente, continuamente; aprender hasta incluso las cosas más simples: que el grano de trigo hecho harina y luego amasado y luego cocido es mejor, y aprender cómo molerlo y cómo cocerlo, aprender a encender la leña, aprender cómo se hace un vestido observando las pieles de los animales, cómo se hace un cobijo, observando las fieras, y un lecho observando los nidos, y a medicarse con hierbas y aguas, observando a los animales que con ellas se medicinan por instinto, aprender a viajar por desiertos y por mares estudiando las estrellas, domando los caballos, y aprender, de una cáscara de nuez flotando a la orilla de un riachuelo, el equilibrio sobre el agua. ¡Cuántos fracasos antes de obtener un resultado! Pero lo obtuvo. Y seguirá progresando. No será más feliz por esto, porque más que en el bien se hará experto en el mal, pero progresará. La Redención ¿no es obra paciente? Decidida desde el principio de los siglos y aún antes, he aquí que adviene ahora, cuando los siglos ya la han preparado. Todo es paciencia. ¿Por qué, entonces, ser impacientes? ¿No podía Dios hacer todo en un abrir y cerrar de ojos? ¿No podía el hombre, dotado de razón, salido de las manos de Dios, saber todo en un abrir y cerrar de ojos? ¿No podía Yo venir al principio de los siglos? Todo podía ser. Pero nada debe ser violencia, nada. La violencia es siempre contraria al orden; y Dios, y lo que de Dios viene, es orden. No queráis valer más que Dios.

-Pero entonces, ¿cuándo serás conocido?

-¿Por quién, Judas?

-¡Hombre, por el mundo!

-Nunca.

-¿Nunca? ¿Pero, no eres el Salvador?

-Lo soy. Pero el mundo no quiere ser salvado. Sólo en la proporción de uno a mil me querrá conocer, y en la de uno a diez mil me seguirá realmente. Y aún así digo mucho. Ni siquiera los que estén más estrechamente ligados a mí me conocerán.

-Si están estrechamente ligados a ti, te conocerán, ¿no?

-Sí, Judas. Me conocerán como Jesús, el israelita Jesús, pero no me conocerán como quien soy. En verdad os digo que no seré conocido por todos ellos. Conocer quiere decir amar con fidelidad y virtud... y habrá quien no me conozca.

Se ve en Jesús su gesto de resignado desconsuelo, el que tiene siempre cuando anuncia la futura traición: abre las manos y las tiene así, hacia afuera, con el rostro lleno de dolor, un rostro que no mira ni a los hombres ni al cielo, sino sólo a su futuro destino de Traicionado.

-No digas eso, Maestro - suplica Juan.

-Nosotros te seguimos para conocerte cada vez más» dice Simón, y con él los pastores al unísono.

-Como a una esposa te seguimos, y te queremos más que a ella; nos sentimos más celosos de ti que de una mujer. ¡Oh, no! Tanto te conocemos, que no podemos ya ignorarte. Él (y Judas señala a Isaac) dice que negar tu recuerdo, de cuando eras un Recién Nacido, habría sido para él más atroz que perder la vida. Y no eras más que un recién nacido. Nosotros te tenemos como Hombre y Maestro. Nosotros te oímos y vemos tus obras. Tu contacto, tu aliento, tu beso, sor nuestra continua consagración y nuestra continua purificación. ¡Sólo un satanás podría renegarte después de haber sido una persona allegada a ti!

-Es cierto, Judas; no obstante, lo habrá.

-¡Ay de él! Seré su verdugo - exclama Juan de Zebedeo.

-No. Deja al Padre la justicia. Sé su redentor. El redentor de esta alma que tiende a Satanás... Saludemos a Isaac. Ha atardecido. Yo te bendigo, siervo fiel. Ya sabes que Lázaro de Betania es nuestro amigo y que desea ayudar a mis amigos. Yo parto. Tú te quedas. Árame el terreno árido de Judá. Más adelante volveré. Ya sabes donde encontrarme en caso de necesidad. Te doy mi paz.

Jesús bendice, besa a su discípulo.

88

Donde el pastor Jonás, en la llanura de Esdrelón

Por un senderillo entre campos quemados - sólo rastrojos y grillos - Jesús camina entre Leví y Juan. Detrás, en grupo, van José, Judas y Simón.

Es de noche y, sin embargo, no se siente refrigerio. La tierra es fuego que continúa ardiendo incluso después del incendio del día. El rocío no puede nada contra este asuramiento: tan fuerte es la llamarada que sale de los surcos y de las grietas del suelo, que creo que se seca incluso antes de tocar el suelo.

Todos callan, agotados y sudados. Pero veo a Jesús sonreír. La noche está clara, a pesar de que la Luna menguante apenas si aparece ahora, al este, en el horizonte.

-¿Crees que estará? - le pregunta Jesús a Leví.

-Ciertamente estará. A estas alturas ya está recogida la cosecha y todavía no ha empezado la recolección de la fruta, por tanto, lo campesinos se dedican a vigilar viñedos y pomares contra los depredadores, y no se alejan, especialmente cuando los

patrones son odiosos como el que tiene Jonás. Samaria está cerca y cuando esos renegados pueden... están siempre dispuestos a perjudicarnos a nosotros, los de Israel. ¿No saben que luego apalean a los siervos? Sí lo saben. Pero la cosa es que nos odian.

-No guardes rencor, Leví - dice Jesús.

-Pero verás cómo fue herido Jonás hace cinco años por culpa de ellos. Desde entonces hace la vida de noche porque se queda de guardia, porque la flagelación es un suplicio cruel...

-¿Falta todavía mucho para llegar?

-No, Maestro. ¿Ves allí, donde termina esta desolación y se vislumbra aquella mancha oscura? Allí están los pomares de Doras, el despiadado fariseo. Si me dejas, me adelanto para que Jonás pueda verme.

-Ve.

-¡Todos los fariseos son así, Señor mío? - pregunta Juan - ¡No querría estar a su servicio! Prefiero mi barca.

-¿Es la barca la predilecta? - pregunta semiserio Jesús.

-¡No, eres Tú! La barca lo era cuando aún no sabía que el Amor había venido a la Tierra - responde rápido Juan.

Jesús ríe al ver esta vehemencia.

-¿No sabías que sobre la Tierra había amor? Y entonces, ¿cómo naciste, si tu padre no amó a tu madre? - pregunta Jesús como en bromas.

-Ese amor es hermoso, pero no me seduce. Tú eres mi amor, Tú eres el Amor sobre la Tierra para el pobre Juan.

Jesús lo estrecha contra sí y dice:

-Deseaba oírte decir. El Amor está ansioso de amor y el hombre da y dará siempre a su avidez imperceptibles gotas, como estas que caen del cielo, tan insignificantes que se consumen, mientras caen, en la ola de calor estival, como también las gotas de amor de los hombres se consumirán a mitad de camino, eliminadas por llamaradas de demasiadas cosas. El corazón seguirá destilándolas, pero los intereses, los amores, los negocios, la avidez... muchas, muchas cosas humanas las harán evaporarse. Y, ¿qué subirá a Jesús? ¡Oh, demasiado poco! Los restos. De entre todos los latidos humanos, los que queden, los latidos interesados de los humanos para pedir, pedir, pedir mientras la necesidad urge. Amarme por amor sin mezcla de otra cosa será propiedad de pocos: de los Juanes... Observa una espiga renacida. Es, quizás, una semilla caída durante la cosecha. Ha sabido nacer, resistir el sol, la sequía, crecer, desarrollar los primeros brotes, echar espiga... Mira: ya está formada. Sólo ella vive en estos campos asolados. Dentro de poco los granos maduros caerán al suelo rompiendo la lisa cascarilla que los tiene ligados al tallo, y serán caridad para los pajaritos, o, dando el ciento por uno, volverán a nacer una vez más y antes de que el invierno vuelva a traer el arado a los terrones, estarán de nuevo maduros y darán de comer a muchos pájaros, oprimidos por el hambre de las estaciones más tristes... ¿Ves, Juan mío, lo que puede hacer una semilla intrépida? Así serán los pocos que me amen por amor. Uno sólo servirá para el hambre de muchos, bastará uno para embellecer la zona en que lo único que hay - había - es la fealdad de la nada, uno sólo bastará para crear vida donde antes había muerte; a él se acercarán los hambrientos, comerán un grano de su laborioso amor y luego, egoístas y disipados, volarán. Pero incluso sin saberlo ellos ese grano depositará gérmenes vitales en su sangre, en su espíritu... y volverán... Y hoy, y mañana, y al otro, como decía Isaac, los corazones crecerán en el conocimiento del Amor. El tallo, desnudo, ya no será nada, un hilo de paja quemado, pero su sacrificio ¡cuánto bien producirá!, su sacrificio ¡cuánto será premiado!

Jesús - que se había detenido un instante ante una lábil espiga nacida al borde del sendero, en una cuneta que en tiempos de lluvias quizás era un regato - prosigue su camino. Juan, mientras, lo escucha embelesado.

Los otros, que van hablando entre sí, no se dan cuenta del dulce coloquio. Llegan al pomar, se detienen, y se reúnen todos. El calor es tal, que sudan a pesar de no llevar manto. Callan y esperan.

De la parte más tupida, oscura, ahora apenas iluminada por la luna, se destaca la silueta clara de Leví, y, detrás, otra sombra más oscura.

-Maestro, aquí está Jonás.

-¡Recibe mi paz! - saluda Jesús, cuando aún Jonás no ha llegado donde Él.

Pero Jonás no responde; se echa a correr y, llorando, se arroja a sus pies y los besa. Cuando puede hablar dice:

-¡Cuánto te he esperado!, ¡cuánto! ¡Qué desconuelo sentir la vida pasar, venir la muerte, y deber decir: "¡Y no lo he visto!"! Y, sin embargo, no, no toda la esperanza moría, ni siquiera una vez que estuve a las puertas de la muerte. Decía: "Ella lo dijo: 'Vosotros aún le serviréis', y Ella no puede haber dicho nada que no sea verdad. Es la Madre del Emmanuel; por tanto, ninguna tiene consigo a Dios más que Ella, y quien a Dios tiene conoce las cosas de Dios.

-Álzate. Ella te saluda. Cerca de ti la has tenido y cerca la tienes; reside en Nazaret.

-¡Tú! ¡Ella! ¿En Nazaret? ¡Oh, si lo hubiera sabido...! De noche, en los fríos meses del hielo, cuando duermen los campos y los malintencionados no pueden perjudicar a los cultivadores, habría ido corriendo a besaros los pies, y me habría vuelto con mi tesoro de certeza. ¿Por qué no te has manifestado, Señor?

-Porque no era la hora. Ahora sí. Hay que saber esperar. Tú lo has dicho: "En los meses del hielo, cuando los campos duermen" - y ya han sido sembrados, ¿no es cierto? - Pues bien, Yo era también como el grano sembrado. Tú me habías visto en el momento de la siembra. Luego había desaparecido sepultado bajo un necesario silencio, para crecer y llegar al tiempo de la cosecha y resplandecer ante los ojos de quien me había visto Recién Nacido, y también ante los ojos del mundo. Ese tiempo ha llegado. Ahora el Recién Nacido preparado para ser Pan del mundo, y, en primer lugar, busco a mis fieles, y les digo: "Venid. Saciad vuestra hambre conmigo".

El hombre lo escucha sonriendo dichoso, mientras, como para sí, « ¡Oh! ¡Es verdad, vives! ¡Eres Tú, es verdad!

-¿Has estado a punto de morir? ¿Cuándo?

-Cuando me azotaron a muerte porque me robaron los racimos de las cepas. ¡Mira cuántas heridas! - se baja la túnica y muestra los hombros del todo marcados por cicatrices irregulares - Con un azote de hierro me golpeó. Contó los racimos cogidos - se veía donde había sido arrancado el pedúnculo - y me dio un golpe por cada racimo. Luego me dejó allí medio muerto. Me

socorrió María, la joven esposa de un compañero mío. Siempre me ha estimado. Su padre era el encargado antes de mí. Cuando vine aquí le tomé cariño a la niña porque se llamaba María. Me cuidó y me curé, aunque hicieron falta meses porque las llagas con el calor habían tomado un aspecto malísimo y daban fiebre fuerte. Dije al Dios de Israel: "No importa. Permíteme volver a ver a tu Mesías y no me importará este mal; tómallo como sacrificio. No puedo ofrecerte un sacrificio nunca. Soy siervo de un hombre cruel, Tú lo sabes. Ni siquiera durante la Pascua me permite ir a tu altar. Tómate a mí como hostia. ¡Pero, dame a Jesús!

-Y el Altísimo ha satisfecho tu deseo. Jonás, ¿me quieres servir, como ya hacen tus compañeros?

-¡Oh!, ¿cómo podré hacerlo?

-Como lo hacen ellos. Leví sabe cómo. Te dirá lo simple que es servirme a mí. Quiero sólo tu buena voluntad.

La buena voluntad te la he ofrecido incluso cuando, recién nacido llorabas. Por ella he superado todo, tanto los momentos de desolación como los odios. Es... que aquí se puede hablar poco. El patrón una vez me dio de patadas, porque yo insistía diciendo que Tú existías. Pero cuando él estaba lejos, y con quien podía fiarme, yo narraba el prodigio de aquella noche.

—Pues entonces ahora narra el prodigio del encuentro conmigo. Os he encontrado a casi todos, y todos fieles; ¿no es esto un prodigio? Por el simple hecho de haberme contemplado con fe y amor os habéis hecho justos ante Dios y ante los hombres.

-¡Oh, ahora sí que voy a tener un valor..., un valor...! Ahora sé que vives y puedo decir: "Está allí. ¡Id a Él!...". Pero ¿dónde, Señor mío?

-Por todo Israel. Hasta Septiembre estaré en Galilea; frecuentemente en Nazaret o Cafarnaúm, allí se me podrá encontrar. Luego... estaré por todas partes; he venido a reunir a las ovejas de Israel.

-¡Ay, Señor mío, te encontrarás muchas cabras! ¡Desconfía de los poderosos de Israel!

-Si no es la hora, ningún mal me harán. Tú, a los muertos, a los que duermen, a los vivos, diles: "El Mesías está entre nosotros"

-¿A los muertos, Señor?

-A los muertos del espíritu. Los otros, los justos muertos en el Señor, ya exultan de gozo por la liberación del Limbo, que ya está cercana. Diles a los muertos que soy la Vida, diles a los que duermen que soy el Sol que sale y saca del sueño, diles a los vivos que soy la Verdad que ellos buscan.

-¿Curas también a los enfermos? Leví me ha hablado de Isaac. ¿Sólo para él el milagro, porque es tu pastor, o para todos?

-A los buenos, el milagro como justo premio; a los menos buenos, para impulsarlos a la verdadera bondad; a los malvados, también, en alguna ocasión, para removerlos de su estado y persuadirlos de que Yo soy y de que Dios está conmigo. El milagro es un don. El don es para los buenos. Pero, Aquel que es Misericordia y que ve la pesantez humana, no removible sino por un hecho extraordinario, recurre a esto también para poder decir: "He hecho todo con vosotros y de nada ha servido. Decid entonces vosotros mismos qué más os debo hacer".

-Señor, ¿no te da repulsa entrar en mi casa? Si me aseguras que no vienen los ladrones a la propiedad, quisiera hospedarte, y llamar a los pocos que te conocen a través de mi palabra para reunirlos en torno a ti. El patrón nos ha doblegado y quebrado como a tallos despreciables. Sólo nos queda la esperanza de un premio eterno. Pero si Tú te manifiestas a los corazones oprimidos tendrán nuevo vigor.

-Voy. No temas por los árboles ni por las viñas. ¿Puedes creer que los ángeles vigilarán fielmente en lugar de ti?

-¡Oh! ¡Señor! Yo he visto a tus siervos celestes. Creo. Voy seguro contigo. ¡Benditos estos árboles y estas cepas que poseen viento y canción de alas y voces angélicas! ¡Bendito este sueño que santificas con tu pie! ¡Ven, Señor Jesús! ¡Oíd, árboles y vides, oíd, terrones levantados por el arado: Aquel Nombre que os confié para paz mía, ahora se lo dirijo a Él! ¡Jesús está aquí! ¡Escuchad! ¡Por ramas y sarmientos discurra a borbotones la savia, el Mesías está con nosotros!

Todo termina con estas palabras gozosas.

Adiós a Jonás y Llegada de Jesús a Nazaret

Apenas un atisbo de luz. En la puerta de una mísera cabaña - y hablo así porque llamarla casa sería demasiado honor - están Jesús con los suyos y con Jonás y otros míseros campesinos como él. Es la hora de la despedida.

-¿No te volveré a ver, Señor mío? pregunta Jonás. Tú has traído la luz a nuestros corazones. Tu bondad ha hecho de estas jornadas una fiesta que durará toda la vida. Ya has visto cómo nos tratan. El jumento recibe más cuidados que nosotros, y se trata más humanamente al árbol: son dinero; nosotros somos sólo ruedas de molino que proporcionan ganancia, y se nos utiliza hasta que morimos por exceso de uso. Pero tus palabras han sido como muchas caricias de alas. El pan nos ha parecido más abundante y mejor, porque Tú lo saboreabas con nosotros, este pan que él no da a sus perros. Vuelve a compartirlo con nosotros, Señor. Sólo porque eres Tú, oso decir esto. Para cualquier otro significaría una ofensa el ofrecer un cobijo y un alimento que hasta el mendigo desdeña. Pero Tú...

-Pero Yo encuentro en ellos un perfume y un sabor celestes, porque hay en ellos fe y amor. Vendré, Jonás. Vendré. Quédate donde estás atado al carro como un animal de tiro. Que el lugar en que estás sea tu escalera de Jacob. Ciertamente entre el Cielo y tú vienen y van los ángeles con la atención puesta en recoger todos tus méritos y llevárselos a Dios. Pero Yo

vendré a ti, a consolar tu espíritu. Permanecedme todos fieles. ¡Oh! Quisiera daros una paz que fuera también humana, pero no puedo. Tengo que deciros: sufrid aún. Y ello es triste para Uno que ama...

-Señor, si Tú nos amas, ya no es sufrir. Antes no teníamos a nadie que nos amara... ¡Oh, si pudiera, yo al menos, ver a tu Madre!

-No te angusties. Yo te la traeré. Cuando más suave esté el clima, vendré con Ella. No des pie a castigos inhumanos por la prisa de verla. Sabe esperarla como se espera el surgir de una estrella, de la primera estrella. Aparecerá ante ti imprevistamente, exactamente como la estrella vespertina que ahora no se ve e inmediatamente después titila en el cielo. Y piensa que, ya incluso desde ahora, Ella esparce sus dones de amor sobre ti. Adiós a todos vosotros. Mi paz os sirva de tutela contra las crueldades de quien os aflige. Adiós, Jonás. No llores. Has esperado muchos años con fe paciente, te prometo ahora una espera muy breve. No llores. No te dejaré solo. Tu bondad enjugó mi llanto infantil; ¿no es suficiente la mía para enjugar el tuyo?

-Sí... pero Tú te marchas... y yo me quedo...

-Amigo, Jonás, no me hagas partir abatido por el peso de no poderte consolar...

-No lloro, Señor... Pero ¿cómo voy a poder vivir sin verte ahora que sé que estás vivo?

Jesús acaricia una vez más al anciano desolado y luego se separa; pero, en el límite de la mísera era, erguido, abre los brazos bendiciendo la campaña. Luego se pone en camino.

-¿Qué significa lo que has hecho, Maestro? - pregunta Simón que ha notado el insólito gesto.

-He puesto un sigilo sobre todas las cosas, para que los malvados no puedan, dañándolas, perjudicar a esos desdichados. Más no podía...

-Maestro... adelantémonos. Quisiera decirte una cosa, sin que nos oigan.

Se separan aún más del grupo y Simón habla.

-Quería decirte que Lázaro tiene orden de usar la suma para socorrer a todos aquellos que recurran a él en nombre de Jesús. ¿No podríamos libertar a Jonás? Ese hombre está deshecho, su única alegría es tenerte. Démosela. ¿Qué puedes esperar de su labor aquí? Tu discípulo sería libre en esta llanura tan hermosa, y tan desolada. Aquí los más ricos de Israel tienen tierras óptimas, que exprimen explotando cruelmente a los trabajadores, exigiéndoles el ciento por uno. Lo sé desde hace años. Poco tiempo podrás permanecer aquí porque en este lugar impera la secta de los fariseos, que creo que nunca será amiga tuya. Los más infelices en Israel son estos trabajadores oprimidos y sin luz. Ya lo has oído: ni siquiera para la Pascua gozan de paz y oración, mientras los crueles patrones, con grandes gestos y estudiadas actitudes, se ponen en primera fila entre los fieles. Tendrán al menos la alegría de saber que Tú vives, la alegría de oír tus palabras, repetidas por uno que no alterará de ellas ni una iota. Si te parece bien, Maestro, ordena, y Lázaro actuará.

-Simón, Yo ya había comprendido por qué te desprendías de todo. No desconozco el pensamiento del hombre. Y éste ha sido uno de los motivos por los que te he amado. Haciendo feliz a Jonás, haces feliz a Jesús. ¡Ah, cómo me angustia ver sufrir a los buenos! Mi condición de pobre y de despreciado por el mundo no me angustia sino por esto. Judas, si me oyera, diría: "Pero, ¿no eres Tú el Verbo de Dios? Ordena, y las piedras se convertirán en oro y pan para los menesterosos". Repetiría la insidia de Satanás. Bien deseo Yo saciar las hambres, pero no como quisiera Judas. Todavía estáis demasiado poco formados como para entender la profundidad de cuanto digo. Pero te lo digo: si Dios remediase todo, cometería una substracción para con sus amigos; los privaría de la facultad de ser misericordiosos. Y de obedecer, por tanto, al mandamiento del amor. Mis amigos tienen que tener este signo de Dios en común con Él: la santa misericordia, que se manifiesta en obras y en palabras. Y las infelicidades ajenas proporcionan a mis amigos la manera de ejercitarla. ¿Has aprendido este pensamiento?

-Es profundo. Lo medito. Y me humillo, comprendiendo lo obtuso que soy y lo grande que es Dios, el cual quiere que tengamos la totalidad de sus atributos más dulces, para llamarnos hijos suyos. Dios se me revela en su multiforme perfección por cada una de las luces que Tú difundes en mi corazón. Día tras día, como quien camina por un lugar desconocido, aumento mi conocimiento de esta inmensa Cosa que es la Perfección que quiere llamarnos "hijos", y me parece estar ascendiendo como un águila, o sumergiéndome como un pez, en dos profundidades sin confín como son el cielo y el mar, y subo cada vez más, y me sumerjo cada vez más, sin tocar nunca el límite. Pero entonces, ¿qué es Dios?

-Dios es la inalcanzable Perfección, Dios es la cumplida Belleza, Dios es la infinita Potencia, Dios es la incomprendible Esencia, Dios es la insuperable Bondad, Dios es la indestructible Compasión, Dios es la inconmensurable Sabiduría, Dios es el Amor hecho Dios. ¡Es el Amor! ¡Es el Amor! Dices que cuanto más conoces a Dios en su perfección, más te parece ascender o sumergirte en dos profundidades sin confín, de azul sin sombras... Cuando comprendas qué es el Amor hecho Dios, ya no subirás, ya no te sumergirás en ese azul sino en un remolino incandescente de llamas, y serás aspirado hacia una beatitud que te será muerte y vida. Tendrás a Dios, con completa posesión, cuando, por tu voluntad, hayas logrado comprenderlo y merecerlo. Entonces quedarás fijo en su perfección.

-¡Señor!... - Simón se siente desbordado.

Se hace silencio. Llegan al camino. Jesús se detiene a esperar a los otros.

Cuando el grupo se completa de nuevo, Leví se arrodilla:

-Debo dejarte, Maestro, pero tu siervo te eleva una súplica: Llévame adonde tu Madre. Éste es huérfano como yo. No me niegues a mí lo que a él le das, para poder ver un rostro de madre...

-Ven. Yo doy en nombre de mi Madre lo que en nombre de mi Madre se pide...

Jesús está solo. Camina rápido entre bosques de olivos cargados de aceitunas ya bien formadas. El sol, a pesar de que esté declinando, asaetea la copa gris-verde de los árboles preciosos y pacíficos, pero no taladra el entramado de sus ramas sino con diminutos ojitos de luz. La calzada principal, por el contrario, encajonada entre dos pendientes, es una cinta de polvoriento incandescencia deslumbrante.

Jesús camina y sonrío. Llega a un tajo del terreno... y sonrío aún más vivamente. Allí está Nazaret... De tanto como la oprime la incandescencia del sol, parece como si vibrara. Jesús baja aún más veloz. Llega a la calzada ya sin preocuparse del sol. Parece volar de lo presuroso que va, con el manto - colocado como protección sobre la cabeza - hinchado y palpitando a los lados y detrás de Él. La calzada está desierta y silenciosa hasta las primeras casas. Allí, alguna voz de niño o de mujer se oye venir desde el interior de las casas o desde los huertos, que suspenden incluso sobre la calzada las frondas de sus árboles. Jesús se aprovecha de estas manchas de sombra para rehuir el implacable sol. Gira por una callecita cuya mitad está en sombra. Allí hay mujeres que se arremolinan junto a un pozo fresco. Casi todas lo saludan, manifestando con voces aguda su alegría porque haya vuelto.

-Paz a todas vosotras... Pero... guardad silencio. Quiero dar una sorpresa a mi Madre.

-Su cuñada se ha marchado ahora con una jarra fresca, pero tiene que volver; se han quedado sin agua. El manantial está seco, o se pierde en el suelo ardiente antes de llegar a tu huerto; no sabemos María de Alfeo lo decía ahora. Mira, allí viene.

La madre de Judas y Santiago viene con un ánfora sobre la cabeza y otra en cada mano. No ve inmediatamente a Jesús y grita:

-De este modo me doy más prisa. María está toda triste, porque sus flores se mueren de sed. Son todavía las de José y Jesús, y siente desgajarse el corazón viéndolas languidecer.

-Pero ahora que me ve a mí...- dice Jesús, apareciendo detrás del grupo.

-¡Oh, mi Jesús! ¡Bendito Tú! Voy a decíselo....

-No. Voy Yo. Dame las ánforas.

-La puerta está sólo entornada. María está en el huerto. ¡Oh, qué contenta se pondrá! Hablaba de ti también esta mañana. ¡Pero haber venido con este sol!... ¡Estás todo sudado! ¿Estás solo?

-No. Con amigos. Yo me he adelantado para ver antes a mi Madre. ¿Y Judas?

-Está en Cafarnaúm. Va frecuentemente...

María no habla más pero sonrío mientras seca con su velo el rostro humedecido de Jesús.

Las ánforas ya están llenas. Jesús, usando su cinturón, se carga dos de ellas equilibradamente sobre los hombros, y la otra la lleva en la mano.

Camina, vuelve una esquina, llega a la casa, empuja la puerta, entra en la pequeña habitación, que parece oscura en relación al fuerte sol exterior, levanta despacio la cortina que cubre la puerta del huerto, observa.

María está en pie junto a un rosal, dando la espalda a la casa, compungida por la sedienta planta. Jesús posa el ánfora en el suelo, y el cobre suena al golpear contra una piedra.

-¿Ya aquí, María? - dice la Madre sin volverse - ¡Ven, ven! ¡Mira este rosal!, y estas pobres azucenas; morirán todas, si no las socorremos. Trae también unas cañitas para sujetar este tallo que se está cayendo.

-Te llevo todo, Mamá.

-María se vuelve de repente. Se queda atónita un segundo; luego, dando un grito, corre con los brazos abiertos hacia el Hijo, el cual ya ha abierto los suyos y la espera con una sonrisa que es todo amor.

-¡Hijo mío!

-¡Mamá! ¡Querida mamá!

La manifestación de afecto es larga, suave, y María está tan contenta que no ve, no siente lo sudado que está Jesús. Pero luego se da cuenta:

-¿Por qué, Hijo, a esta hora? Estás como la púrpura y sudando como una esponja. Ven, ven dentro; que Mamá te seque y te refresque. Ahora te traigo una túnica nueva y sandalias limpias. ¡Pero 'Hijo! ¿Por qué vas por los caminos con este sol? ¡Las plantas se mueren por el calor y Tú, Flor mía, por los caminos...!

-¡Para llegar antes, Mamá!

-¡Oh, querido mío! ¿Tienes sed? Claro que sí. Ahora te preparo...

-Sí. De tu beso, Mamá. De tus caricias. Déjame estar así, con la cabeza en tu hombro, como cuando era pequeño... ¡Oh! ¡Mamá! ¡Cuánto te he hecho de menos!

-¡Pero dime que vaya, Hijo, y yo iré! ¿Qué te ha faltado por causa de mi ausencia?: ¿comida de tu agrado?, ¿ropa fresca?, ¿cama bien hecha? ¡Oh, dime, mi Dicha!, ¿qué te ha faltado? Tu sierva, ¡oh mi Señor!, tratará de poner remedio.

-Nada aparte de ti...

-Jesús, que ha vuelto a entrar en la casa de la mano de su Madre, se ha sentado en el arquibanco que está junto a la pared y ahora mira fijamente a María. La tiene de frente, ceñida con sus brazos. Tiene apoyada la cabeza contra su corazón, y de vez en cuando la besa. Dice:

-Déjame que te mire. Déjame llenar mi vista de ti, ¡Mamá mía santa!

-Antes la túnica. No es bueno estar tan mojado. Ven.

Jesús obedece. Cuando vuelve con una túnica fresca, el coloquio continúa, delicado.

-He venido con discípulos y amigos. Pero los he dejado en el bosque de -Melca. Vendrán mañana a la aurora. Yo... no podía esperar más. ¡Mamá mía!...- y le besa las manos - María de Alfeo se ha retirado para dejarnos solos; ella también ha entendido mi sed de ti Mañana... mañana tú serás de mis amigos y Yo de los nazarenos. Pero hoy tú eres mi Amiga y Yo el tuyo. Te he traído... ¡Oh, Mamá!, he encontrado a los pastores de Belén, y te he traído a dos de ellos: son huérfanos y tú eres la Madre, la Madre de todos, y más aún de los huérfanos. Y te he traído también a uno que tiene necesidad de ti para vencerse a sí mismo; y a otro que es un justo y ha llorado; bueno,... y a Juan... Y el recuerdo de Elías, de Isaac, Tobías (ahora Matías), Juan y Simeón. Jonás es el más infeliz. Te llevaré donde él; lo he prometido. Seguiré buscando a otros. Samuel y José están en la paz de Dios.

-¿Estuviste en Belén?

-Sí, Mamá. Llevé allí a los discípulos que tenía conmigo. Te traigo estas florecillas, nacidas entre las piedras de la entrada.

-¡Oh!- María coge los tallitos secos y los besa - ¿Y Ana?

-Murió en la matanza de Herodes.

-¡Pobrecilla! ¡Te quería mucho!

-Los betlemitas sufrieron mucho y no han sido justos con los pastores. Han sufrido mucho...

-¡Pero contigo por entonces fueron buenos!

- Sí. Por esto se les debe compadecer. Satanás está envidioso de aquella bondad suya y los instiga al mal. He estado también en Hebrón. Los pastores, perseguidos...

-¿Tanto?

-Sí. Los ayudó Zacarías, y, gracias a él, pudieron tener patrones y pan, aunque estos patrones fueran duros. Pero son almas de justos, y de las persecuciones y de las heridas se han hecho piedras de santidad. Los he reunido. He curado a Isaac y... y he dado mi Nombre a un niño... En Yuttá, donde Isaac se consumía y donde ha renacido, hay ahora un grupo inocente que se llama María, José e Isaí...

-¡Oh, tu Nombre!

-Y el tuyo, y el del Justo. Y en Keriot, patria de un discípulo, un fiel israelita murió contra mi corazón, por la alegría de haberme encontrado...Y también... ¡tengo tantas cosas que contarte..., mi perfecta Arniga, Madre dulce! Pero antes de nada, te lo suplico, te pido que tengas mucha piedad con los que vendrán mañana. Escucha: me aman pero no son perfectos. Tú, Maestra de virtud... ¡Madre, ayúdame a hacerlos buenos...! ¡Yo quisiera salvarlos a todos...!- Jesús se ha deslizado a los pies de María. Ahora Ella aparece en su majestuosidad de Madre.

-¡Hijo mío! ¿Qué puede hacer tu pobre Mamá que Tú no hagas?

-Santificarlos... Tu virtud santifica. Te los he traído apostas. Mamá...un día, ante la urgencia de santificar a los espíritus, viendo en ellos voluntad de redención, te diré: "Ven". Yo solo no podré... Tu silencio será tan activo como mi palabra. Tu pureza ayudará a mi potencia. Tu presencia mantendrá distante a Satanás... Tu Hijo, Mamá, sabiendo que estás cerca, encontrará fuerzas. Vendrás, ¿no es cierto, mi dulce Madre?

-¡Jesús! ¡Amor! ¡Hijo! No te siento feliz... ¿Qué te pasa, Criatura de mi corazón? ¿Ha sido duro contigo el mundo? ¿No? Creerlo me es motivo de consuelo... pero... ¡Oh! Sí. Iré. A donde Tú quieras, como Tú quieras, cuando Tú quieras, incluso ahora, bajo el sol, bajo las estrellas, o con hielo o entre aguaceros. ¿Me quieres contigo?: aquí me tienes.

-No. Ahora no. Pero un día... ¡Qué dulce es la casa! ¡Y tu caricia! Déjame dormir así, con la cabeza en tus rodillas. ¡Estoy muy cansado! Sigo siendo tu Hijito...

Y Jesús realmente se duerme, cansado, derrengado, sentado en la estera, con la cabeza en el regazo de su Madre, mientras Ella le acaricia en el pelo, cariñosa.

90

La llegada a Nazaret de los discípulos con los pastores

Veo a María que, descalza y diligente, con las primeras luces del día va y viene por su casa. Con su vestido azul tenue parece una delicada mariposa que apenas roza, sin hacer ruido, paredes y objetos. Se acerca a la puerta que da a la calle y la abre cuidando de no hacer ruido; la deja entornada, después de haber dado una ojeada a la calle todavía desierta. Pone en orden las cosas, abre puertas y ventanas. Entra en el taller - en donde, ahora que lo ha dejado el Carpintero, están los telares de María - y también allí trajina; cubre con cuidado uno de los telares en que hay una tejedura comenzada, y sonrío por un pensamiento que le viene al mirarla.

Sale al huerto. Las palomas se le agolpan encima de los hombros. Con vuelos cortos, de un hombro al otro, para conseguir el puesto, peleonas y celosas por amor a Ella, la acompañan hasta una alacena en la que hay provisiones. Saca unos granos para ellas y dice:

-Aquí, hoy aquí. No hagáis ruido. ¡Está muy cansado!

Luego coge harina y va a un cuartito que está junto al horno y se pone a hacer el pan. Lo amasa y sonrío. ¡Oh, como sonrío hoy la Mamá! Está tan rejuvenecida por la alegría, que parece la Madre jovencita de la Natividad. De la masa del pan aparta una cantidad, y la cubre; luego reemprende el trabajo. Suda. Sus cabellos presentan un aspecto más claro debido a una sutil capa de polvo de harina.

Entra despacio María de Alfeo.

-¿Ya trabajando?

-Sí. Estoy haciendo el pan. Mira, las tortas de miel que le gustan tanto.

-Dedícate a ellas. Yo hago el pan, que es mucha la masa.

María de Alfeo, de complexión fuerte, más aldeana, trabaja con ahínco en su pan, mientras María unta de miel y mantequilla sus dulces; hace muchos de forma redondeada y los coloca en una plancha.

-No sé cómo hacer para avisar a Judas... Santiago no se atreve... y los otros... - María de Alfeo suspira.

-Hoy vendrá Simón Pedro. Viene siempre con el pescado el segundo día después del sábado. Lo mandaremos a él a donde Judas.

-Si quiere ir...

-¡Oh, Simón nunca me dice que no!

-Que la paz acompañe este día vuestro - dice Jesús, dejándose ver.

Las dos mujeres se sobresaltan al oír su voz.

-¿Ya levantado? ¿Por qué? Yo quería que durmieras...

-He dormido un sueño de cuna, Mamá. Tú no debes haber dormido...

-Te he estado viendo dormir... Siempre lo hacía cuando eras pequeño. En el sueño sonreías siempre... y tu sonrisa permanecía todo el día en mi corazón como una perla... Pero esta noche no sonreías, Hijo; suspirabas como si estuvieras afligido...

María mira a su Hijo con congoja.

-Estaba cansado, Mamá. Y el mundo no es esta casa, donde todo es honestidad y amor. Tú... tú sabes quién soy y puedes comprender lo que significa para mí el contacto con el mundo. Es como quien por un camino fétido y fangoso; que, aunque camine con cuidado, un poco de lodo le salpica y el hedor penetra aunque se esfuerce en no respirar...Y si éste es hombre que ama todo lo que sea limpieza y aire puro, puedes hacerte una idea de la desazón que sentirá.

-Sí, Hijo. Comprendo. Pero me da mucha pena que sufras.

-Ahora estoy contigo y no sufro. Permanece el recuerdo... pero sirve para hacer más hermosa la alegría de estar contigo.

Y Jesús se inclina hacia su Madre para besarla.

Acaricia también a la otra María, que entra toda roja porque ha estado encendiendo el horno.

-Habrá que avisar a Judas - es la preocupación de María de Alfeo.

No hace falta. Judas estará aquí hoy.

-¿Cómo lo sabes?

Jesús sonríe y calla.

-Hijo, todas las semanas, este día, viene Simón Pedro. Es deseo suyo traerme el pescado recogido durante las primeras vigiliass de la noche. Llega hacia el final de la hora prima. Se sentirá feliz hoy. Simón es bueno. Durante las horas que está aquí nos ayuda, ¿verdad, María?

-Simón Pedro es un hombre honesto y bueno - dice Jesús - Pero también el otro Simón - que dentro de poco verás - es un corazón grande. Salgo a su encuentro; estarán ya para llegar.

Y Jesús sale, mientras las mujeres, colocado el pan en el horno, entran de nuevo en la casa. María se vuelve a poner las sandalias y torna con un vestido de lino todo blanco.

Pasa un tiempo, y, en la espera, María de Alfeo dice:

-No te ha dado tiempo a terminar ese trabajo.

-Lo terminaré pronto. Le dará frescor de sombra a mi Jesús y será liviano sobre su cabeza.

Empujan la puerta desde fuera.

-Mamá, he aquí a mis amigos. Entrad.

Entran en grupo los discípulos y los pastores. Jesús, con las manos sobre los hombros de los dos pastores, lleva a éstos hacia su Madre:

-He aquí a dos hijos que buscan una madre. Sé su alegría, Mujer.

-Yo os saludo... ¿Tú?... Leví... ¿Tú?... no sé, pero por la edad - Él me ha puesto al corriente - eres sin duda José. Ese nombre es dulce y sagrado aquí dentro. Ven. Venid. Con alegría os digo: mi casa os acoge, una Madre os abraza, en recuerdo de cuanto vosotros - tú en tu padre - amasteis a mi Niño.

Los pastores están tan extáticos, que parecen bajo efecto de un encantamiento.

-Soy María, sí. Tú viste a la Madre feliz. Sigo siendo la misma dichosa también ahora de ver a mi Hijo entre corazones fieles.

-Y éste es Simón, Mamá.

-Has merecido la gracia porque eres bueno; lo sé. La Gracia de Dios esté siempre contigo.

Simón, que conoce mejor los modos de la sociedad, hace una muy profunda reverencia, teniendo las manos cruzadas sobre el pecho, y saluda diciendo:

-Te saludo, Madre verdadera de la Gracia. Ya no le pido nada más al Eterno, ahora que conozco la Luz y te conozco a ti, más delicada que la Luna.

-Y éste es Judas de Keriot.

-Tengo una madre, pero mi amor por ella desaparece respecto a la veneración que siento por ti.

-No, no por mí; por Él. Yo soy porque Él es. Y no quiero nada para mí. Sólo pido para Él. Sé cuánto has honrado a mi Hijo en tu patria. Pero aun así te digo: sea tu corazón el lugar en que Él reciba de ti el sumo honor. Entonces te bendeciré con corazón de Madre.

-Mi corazón está bajo el calcañar de tu Hijo. ¡Feliz peso! Sólo la muerte disolverá mi fidelidad.

-Y este es nuestro Juan, Mamá.

-Me sentía tranquila desde que supe que estabas con Jesús. Te conozco y mi espíritu reposa cuando sé que estás con mi Hijo. Bendito seas. Mi quietud - Lo besa.

Se deja oír desde fuera la voz áspera de Pedro:

-Aquí está el pobre Simón con su saludo y...

En entrando, se queda de piedra. Arroja al suelo la cesta, redonda, que llevaba colgada a la espalda, y se arroja también él al suelo diciendo:

-¡Señor Eterno! Pero... No. ¿Cómo me has hecho esto, Maestro? ¡Estar aquí y no decirle nada al pobre Simón! ¡Dios te bendiga, Maestro! ¡Qué feliz me siento! ¡Ya no soportaba tu ausencia! - y le acaricia la mano, sin hacer caso a Jesús, que le dice: «Levántate, Simón... ¡Que te alces!»

-Sí, me alzo. Pero... ¡Eh, tú, muchacho! (el muchacho es Juan) ¡Tú al menos podías haber venido corriendo a decírmelo! Ahora, ¡venga!, sal enseguida, a Cafarnaúm, a decírselo a los demás... primero a casa de Judas. Pronto estará aquí tu hijo, mujer. Rápido. Como si fueras una liebre perseguida por perros.

Juan se marcha risueño.

Pedro, por fin, se ha alzado. Sigue teniendo entre sus cortas, gruesas manos, de venas marcadas, la larga mano de Jesús y la besa sin dejarlo, a pesar de que quiera entregar su pescado, que está en el suelo, en el cesto.

-¡No quiero que te vayas otra vez sin mí! ¡Nunca más, nunca más, tanto tiempo sin verte! Te seguiré como la sombra sigue al cuerpo o la cuerda al ancla. ¿Dónde has estado, Maestro? Yo me decía: "¿Dónde estará?, ¿qué hará?, ¿ese niño de Juan sabrá tener cuidado de Él?, ¿estará atento a que no se canse demasiado, a que no se quede sin comida?" ¡Te conozco!... ¡Estás más delgado! Sí, más delgado. ¡No te ha cuidado bien! Le voy a decir que... Pero, ¿dónde has estado, Maestro? ¡No me dices nada!

-¡Espero a que me dejes hablar!

-Es verdad. Pero es que... verte es como un vino nuevo: se sube a la cabeza sólo con el olor. ¡Mi Jesús! - Pedro casi llora por la reacción de la alegría.

-Yo también he sentido deseo de ti, de todos vosotros, aunque estuviera entre amigos queridos. Mira, Pedro, éstos son dos que me han amado desde que tenía pocas horas. Más aún, ya han sufrido por mí. Éste es un hijo sin padre ni madre, por causa mía; pero, en todos^vosotros tiene muchos hermanos, ¿no es verdad?

-¿Lo preguntas, Maestro? Pero sí, si se diera el caso de que el demonio te amara, yo lo amaría por su amor a ti. Veo que también vosotros sois pobres. Entonces somos iguales. Venid que os bese. Soy pescador, pero tengo el corazón más tierno que un pichón; y sincero. No miréis si soy rudo. Lo duro es por fuera; dentro soy todo miel y mantequilla. Con los buenos, quiero decir... porque con los malvados...

-Este es el nuevo discípulo.

-Me parece haberle visto ya...

-Sí. Es Judas de Keriot. Tu Jesús, a través de él, recibió buena acogida en esa ciudad. Os ruego que os améis, aunque seáis de regiones distintas. Sois todos hermanos en el Señor.

-Como tal lo trataré, si tal es. Y... sí... (Pedro mira fijo a Judas; a mirada abierta, de advertencia) y... sí... es mejor que lo diga; así conoces ya bien desde ahora. Lo digo: no siento mucha estima hacia los judíos en general ni hacia los de Jerusalén en particular. Pero soy honesto. Y por mi honestidad te aseguro que dejo aparte todas las ideas que tengo acerca de vosotros y quiero ver en ti sólo al hermano discípulo. Depende de ti ahora el no hacerme cambiar de pensamiento y decisión.

-¿Conmigo también, Simón, tienes tales prejuicios? -pregunta el Zelote sonriendo.

-¡No te había visto! ¿Contigo? ¡Contigo no! Llevas la honestidad dibujada en el rostro. La bondad te rezuma desde el corazón hacia el exterior como oloroso aceite por un vaso poroso. Y eres anciano. Ello no es siempre una dote. Algunas veces, cuanto más envejece uno más falso y malo se vuelve. Pero tú eres de esos que hacen como los vinos preciados: cuanto más envejecen, más genuinos y buenos son.

-Has juzgado bien, Pedro - dice Jesús - Ahora venid. Las mujeres están ocupándose de nosotros, quedémonos mientras bajo la pérgola fresca. ¡Qué hermoso es estar con los amigos! Iremos luego todos juntos por Galilea, y más allá de Galilea; todos no. Leví, ahora ya contento, volverá a donde Elías, a llevarle el saludo de María ¿verdad, Mamá?

-Yo lo bendigo, y a Isaac y a los demás. Mi Hijo me ha prometido llevarme... y yo iré donde vosotros, los primeros amigos de mi Niño.

-Maestro, quisiera que Leví llevase a Lázaro el escrito que ya sabes.

-Prepáralo, Simón. Hoy es fiesta completa. Mañana por la tarde; Leví partirá, con tiempo para llegar antes del sábado. Venid, amigos...

Salen al verde huerto y todo termina.

91

Primera lección a los discípulos en Nazaret, en un olivar

Veo a Jesús con Pedro, Andrés, Juan, Santiago, Felipe, Tomás, Bartolomé, Judas Tadeo, Simón y Judas Iscariote y el pastor José, saliendo de su casa y yendo fuera de Nazaret, a las afueras, a un tupido olivar. Dice:

-Venid en torno a mí. Durante estos meses de presencia y de ausencia os he sopesado y estudiado. Os he conocido, y he conocido, con experiencia de hombre, el mundo. Ahora he decidido enviaros al mundo. Pero primero debo instruiros, para haceros capaces de afrontar el mundo con la dulzura y la sagacidad, la calma y la constancia, con la conciencia y la ciencia de vuestra misión. Usaré este tiempo de furor solar, que impide toda larga peregrinación por Palestina, para vuestra instrucción y formación como discípulos. Como un músico, he percibido lo que en vosotros desafina, y me dispongo a entonaros para la armonía celeste que tenéis que transmitir al mundo en mi nombre. Retengo a este hijo (y señala a José), porque a él le delego el encargo de llevar a sus compañeros mis palabras, para que también allí se forme un núcleo eficaz, que me anuncie; no un anuncio reducido al hecho de que Yo existo, sino con las características más esenciales de mi doctrina.

Como primera cosa os digo que es absolutamente necesario en vosotros amor y fusión. ¿Qué sois vosotros? Sois hombres de las más diversas clases sociales, de toda edad, y de los más distintos lugares. He preferido tomar a los vírgenes en doctrinas y cogniciones, para poder penetrar en ellos más fácilmente con mi enseñanza, y también porque - habiendo sido destinados para evangelizar a personas que se encontrarán en una absoluta ignorancia del Dios verdadero - quiero que, recordando la primitiva ignorancia, no sientan aversión hacia éstos, y, con piedad, los instruyan, recordando con cuánta piedad Yo los he instruido.

Percibo en vosotros una objeción: "Nosotros no somos paganos, aunque no tengamos cultura intelectual". No, no lo sois; pero vosotros - y sobre todo quienes entre vosotros representan a los doctos y los ricos - estáis dentro de una religión que, degenerada por demasiadas razones, de religión no tiene sino el nombre. En verdad os digo que son muchos los que se glorían de ser hijos de la Ley, pero de ellos ocho partes de diez no son más que idólatras que han confundido, entre nieblas de mil pequeñas religiones humanas, la verdadera, santa, eterna Ley del Dios de Abraham, Isaac, Jacob. Por tanto, mirándoos unos a otros, tanto vosotros, pescadores humildes y sin cultura, como vosotros, mercaderes o hijos de mercaderes, oficiales o hijos de oficiales, ricos o hijos de ricos, decid: "Somos todos iguales. Todos tenemos las mismas deficiencias y todos tenemos necesidad de la misma instrucción. Hermanos en los defectos personales o nacionales debemos, desde ahora en adelante, ser hermanos en el conocimiento de la Verdad y en el esfuerzo de practicarla.

Eso es, hermanos. Quiero que tales os llaméis y tales os veáis. Vosotros sois como una familia sola. ¿Cuándo prospera una familia?, ¿cuando la admira el mundo? Cuando está unida y se manifiesta concorde. Si un hijo se hace enemigo del otro, si un hermano perjudica al otro, ¿puede realmente durar la prosperidad de esa familia? En vano el padre de familia se esfuerza en trabajar, en allanar dificultades, en imponerse al mundo. Sus esfuerzos quedan sin resultado, porque los bienes se disgregan, las dificultades aumentan, el mundo se burla por este estado de lid perpetua que reduce corazón y patrimonio - que, unido, era potente contra el mundo - a un pequeño montón de pequeños, puntillosos intereses contrarios de que se aprovechan los enemigos de la familia para acelerar cada vez más su ruina. Nunca sea así entre vosotros. Estad unidos. Amaos. Amaos para ayudarlos. Amaos para enseñar a amar.

Observad: incluso lo que nos circunda nos ilustra acerca de esta gran fuerza. Mirad esta tribu de hormigas, que acude toda hacia un lugar. Sigámosla y descubriremos la razón de la utilidad de que acuda hacia un punto... Mirad aquí: esta pequeña hermana suya ha descubierto, con sus órganos minúsculos y para nosotros invisibles, un gran tesoro bajo esta ancha hoja de achicoria silvestre. Es un pedazo de miga de pan que quizás se le haya caído a un campesino que haya venido aquí para cuidar sus olivos; a algún viandante que se haya detenido en esta sombra consumiendo su comida, o a un niño jubiloso sobre la hierba florecida. ¿Cómo hubiera podido por sí sola arrastrar hasta su casa este tesoro mil veces más voluminoso que ella? Ha llamado, pues, a una hermana y le ha dicho: "Mira, corre, rápido a decirles a las hermanas que aquí hay alimento para toda la tribu y para muchos días; corre, antes de que descubra este tesoro un pájaro y llame a sus compañeros y se lo devoren". Y la hormiguita ha corrido, afanosa, por las rugosidades del terreno, subiendo, bajando, entre guijas y hierbezuelas, hasta el hormiguero, y ha dicho: "Venid. Una de nosotras os llama; ha encontrado para todas, pero sola no puede traerlo aquí. Venid". Y todas, incluso las que - ya cansadas por tanto como han trabajado durante todo el día - estaban descansando en las galerías del hormiguero, han acudido; incluso 11 estaban amontonando las provisiones en sus correspondientes celdas. Una, diez, cien, mil... Mirad... Aferran con las pinzas, levantan haciendo de su cuerpo un carrito, arrastran hincando las patitas en el suelo. Ésta se cae... la otra, allí, casi se lisa porque la punta del pan ha rebotado y la ha comprimido contra una piedra; ¿y ésta tan pequeñita? (una jovencita de la tribu): se detiene derrengada... pero, toma aliento y continúa. ¡Qué unidas están! Mirad: ahora las hormigas tienen completamente abrazado el trozo de pan, y el pan avanza, avanza; lentamente, pero avanza. Sigámoslo... Un poco más hermanitas, un poco más todavía y vuestra fatiga será premiada. Ya no pueden más, pero no ceden; descansan y luego continúan... Llegan al hormiguero. ¿Y ahora? Ahora al trabajo, para dividir en pequeños trocitos la miga grande. ¡Mirad qué trabajo! Unas cortan, otras transportan... Terminado. Ahora todo está a salvo, y, dichosas, desaparecen dentro de esa grieta, galerías abajo. Son hormigas, nada más que hormigas, y, sin embargo, son fuertes porque están unidas. Meditad en esto.

-¿Tenéis algo que preguntarme?

-Yo querría preguntarte si es que ya no volvemos a Judea - dice Judas Iscariote.

-¿Quién lo ha dicho?

-Tú, Maestro. ¡Has manifestado el deseo de preparar a José para que instruya a los demás en Judea! ¿Tanto te has ofendido como para no volver más allí?

-¿Qué te han hecho en Judea? - pregunta curioso Tomás.

Y Pedro, al mismo tiempo, vehementemente, dice:

-¿Entonces tenía yo razón cuando decía que habías vuelto en malas condiciones? ¿Qué te han hecho los "perfectos" en Israel?

-Nada, amigos, nada que no vaya a encontrar aquí. Aunque diera la vuelta al mundo encontraría por todas partes amigos mezclados con enemigos. De todas formas, Judas, te había rogado que te mantuvieras en silencio...

-Cierto, pero... No, no puedo quedarme callado cuando veo que prefieres Galilea a mi patria. Eres injusto; también allí has recibido honores...

-¡Judas! ¡Judas! ¡Oh, Judas! Eres injusto en este reproche. Tú a ti mismo te acusas, dejándote llevar de la ira y de la envidia. Yo había logrado dar a conocer sólo el bien que he recibido en tu Judea. Sin mentir y con alegría, había logrado manifestar este bien para hacer que os amasen a los de Judea. Con alegría. Porque para el Verbo de Dios no existe separación de regiones, no existen antagonismos, enemistades, diversidades. ¡Os amo a todos, oh hombres, a todos...! ¿Cómo puedes decir que prefiero Galilea cuando he querido llevar a cabo los primeros milagros y las primeras manifestaciones en el suelo sagrado del Templo y de la Ciudad Santa, estimada por todos los israelitas? ¿Cómo puedes decir que actúo con parcialidad, si de vosotros, discípulos, que sois once - o diez, porque mi primo es familia, no amistad -, cuatro son judíos? Y, si añado a los

pastores, que son todos judíos, puedes ver de cuántos de Judea soy amigo. ¿Cómo puedes decir que no os amo, si Yo, que conozco las cosas, he organizado el viaje de manera que pudiera dar mi Nombre a un pequeñuelo de Israel y recibir el espíritu de un justo de Israel? ¿Cómo puedes decir que no os amo a vosotros, judíos, si en la revelación de mi Nacimiento y de mi preparación a la misión he querido que hubiera dos judíos, contra uno sólo de Galilea? Me tachas de injusto. Examínate, Judas, mira si el injusto no eres tú.

Jesús ha hablado con majestuosidad y dulzura. Pero, aunque no hubiera dicho nada más, habrían bastado los tres modos como ha dicho «Judas» al principio de sus palabras, para dar una gran lección. El primer «Judas» lo decía el Dios majestuoso que llama al respeto; el segundo, el Maestro que enseña con doctrina paterna; el tercero era el ruego del amigo dolido por el modo de actuar de su amigo.

Judas ha bajado la cabeza, humillado, todavía iracundo, afeado por este aflorar de bajos sentimientos.

Pedro no sabe quedarse callado.

-A1 menos pide perdón, muchacho. ¡Si hubiera sido yo en vez de Jesús, no habieras salido del paso sólo con unas palabras! ¡No sólo injusto! ¡No tienes respeto, señorito! ¡Así os educan los del Templo? ¿O es que eres tú el ineducable? Porque si son ellos...

-Basta, Pedro. He dicho Yo todo lo que había que decir. Esto también será motivo de instrucción mañana. Y ahora repito a todos lo que les había dicho a éstos en Judea: no digáis a mi Madre que su Hijo fue maltratado por los judíos. Ya está toda compungida por haber intuido mi pena. Respetad a mi Madre. Vive en la sombra y silencio; es activa sólo en virtudes y oración por mí, por vosotros y por todos. Dejad que las lúgubres luces del mundo y las ásperas luchas queden lejos de su refugio fajado de discreción y pureza. No metáis ni siquiera el eco del odio donde todo es amor. Respetadla. Ella es más valiente que Judit; lo veréis. Pero no la obliguéis, antes de tiempo, a gustar la hez que supone los sentimientos de los miserables del mundo, de aquellos que no saben ni siquiera rudimentariamente qué es Dios y la Ley de Dios. Esos de que os hablaba al principio: los ídólatras que se creen sabios de Dios y que, por tanto, unen la idolatría a la soberbia. Vamos.

Y Jesús se dirige de nuevo hacia Nazaret.

92

Segunda lección a los discípulos en Nazaret, junto a la casa

Jesús ha llevado a los suyos a la sombra de un enorme nogal, que pende desde donde está - elevado respecto al huerto de María - hasta el mismo huerto. Jesús continúa instruyéndolos. El día está borrascoso, se avecina una tormenta; quizás por eso Jesús no se ha alejado mucho de la casa. María va y viene de la casa al huerto y del huerto a la casa, y cada vez que lo hace alza la cabeza y sonríe a su Jesús, que está sentado en la hierba, junto al tronco, rodeado de discípulos. Jesús dice:

-Ayer os anuncié que lo que había provocado una palabra imprudente habría servido de lección hoy. La lección es ésta: Tened por seguro - y sea regla en vuestro actuar - que nada de cuanto está escondido permanece siempre oculto. O Dios se ocupa de dar a conocer las obras de un hijo suyo a través de sus signos milagrosos, o a través de las palabras de los justos que reconocen los méritos de un hermano; o es Satanás quien, a través de la boca de un imprudente - no quiero decir más -, revela lo que los buenos, para no incitar a la anticaridad, han preferido callar, o altera las verdades, creando así confusión en los pensamientos. Por tanto, siempre llega el momento en que lo oculto se da a conocer.

Tened, pues, siempre esto presente en vuestro pensamiento. Sea para vosotros freno respecto al mal, sin que por otro lado os sintáis incitados a proclamar el bien que realizáis. ¡Cuántas veces uno actúa por bondad, verdadera bondad, pero humana! Y, siendo humana su actuación, o sea, de no perfecta intención, desea que los hombres la conozcan, y rabia y se amarga viendo que pasa desapercibida, y estudia la forma de manifestarla. No, amigos; así no. Haced el bien y dádselo al Señor eterno. Él sabrá darlo a conocer también a los hombres, si es bueno para vosotros. Si, por el contrario, ello pudiera anular bajo un reflujo de complacencia de orgullo, vuestro comportamiento justo, entonces el Padre lo mantendrá secreto, reservándose el daros en el Cielo la gloria correspondiente, en presencia de toda la Corte celeste.

Quien vea un acto jamás juzgue por las apariencias. No acuséis nunca a nadie, porque las acciones de los hombres pueden en ocasiones presentar feo aspecto y celar otros motivos. Un padre, por ejemplo puede decirle a un hijo suyo ocioso y entregado a la crápula: "Vete", y ello puede parecer crueldad e incumplimiento de los deberes paternos; pero no siempre lo es. Su "vete" está sazonado con un llanto amarguísimo (más del padre que del hijo); a su "vete" le acompañan las palabras "volverás cuando te hayas arrepentido de tu ociosidad" y el voto de que se cumplan. Por otra parte, es un acto de justicia hacia los otros hijos, porque impide que un crapuloso consuma en vicios no sólo lo suyo, sino también lo de los demás. Malo será, en cambio, si esa palabra la dice un padre que se encuentre en culpa respecto a Dios y respecto a la prole, porque en su egoísmo se juzgará a sí mismo superior a Dios y considerará que su derecho se extiende también al espíritu de su hijo. No. El espíritu es de Dios, y ni siquiera Dios violenta la libertad del espíritu a donarse o no donarse. Para el mundo parecen iguales estos actos, y, sin embargo, ¡qué distintos son el uno del otro! El primero es justicia, el segundo es arbitrio culpable. Por tanto, no juzguéis nunca a nadie.

Ayer Pedro le dijo a Judas: "¿Qué maestro has tenido?". Que no vuelva a decirlo. Que nadie eche la culpa a los otros de lo que ve en uno o en sí mismo. Los maestros tienen una misma palabra para todos los escolares. ¿Por qué, entonces, diez escolares resultan justos y diez malvados? Porque cada uno añade por su parte lo que tiene en el corazón, y ello pesa hacia el bien o hacia el mal. ¿Cómo es posible, entonces, acusar al maestro de haber enseñado mal porque el bien que ha inculcado quede anulado por el exceso de mal que reina en un corazón determinado? El primer factor de éxito está en vosotros. El maestro trabaja vuestro yo. Pero si vosotros no sois susceptibles de mejora, ¿qué puede hacer el maestro? ¿Qué soy Yo? En

verdad os digo que no habrá maestro más sabio, paciente y perfecto que Yo. Y, no obstante, incluso de alguno de los míos se dirá: "Pero, ¿quién fue su maestro?".

No os dejéis vencer nunca, al juzgar, por motivos personales. Ayer Judas, amando su tierra más de lo justo, estimó que en mí había injusticia hacia ella. Frecuentemente el hombre subyace bajo estos elementos imponderables que son el amor patrio o el amor a una idea, y se desvía, como alción desorientado, de su meta. La meta es Dios. Ver todo en Dios para ver bien. No ponerse a sí mismo, no poner ninguna cosa por encima de Dios. Y si uno realmente se equivoca... ¡Pedro!, ¡todos!, no seáis intransigentes. El error que tanto os fastidia, cometido por uno de vosotros, ¿realmente no lo habéis cometido nunca vosotros? ¿Estáis seguros? Y, aun admitiendo que no lo hayáis cometido nunca, ¿qué habréis de hacer? Pues agradecérselo a Dios. Nada más. Y velar. Vigilar mucho. Continuamente. Para no caer mañana en lo que hasta hoy ha podido ser evitado. ¿Veis? El cielo está nublado porque el granizo está próximo. Nosotros, escrutando el cielo, hemos dicho: "No nos alejemos de casa". Ahora bien, ¿por qué no sabemos juzgar dónde puede haber peligro para el alma?, si sabemos juzgar así respecto a las cosas que, a pesar de ser peligrosas, no son nada en relación a los peligros que hay, pecando, de perder la amistad de Dios.

Mirad: ved allí a mi Madre. ¿Podéis pensar que en Ella haya tendencia alguna al mal? Pues bien, dado que el amor la impulsa a seguirme, dejará su casa cuando mi amor lo desee. Pero esta mañana después de habérmelo pedido una vez más - porque Ella, mi Maestra, me decía: "Que entre tus discípulos esté también tu Madre, Hijo: Yo quiero aprender tu doctrina"; Ella, que ya poseía esta doctrina su seno y antes aún en su espíritu, por don dado por Dios a la futura Madre de su Verbo Encarnado - Ella ha dicho: "No obstante... juzga, si puedo ir contigo sin la posibilidad de perder la unión con Dios; sin que eso que es mundo, y que Tú dices que penetra con sus hedores, pueda corromper este corazón mío que fue y es y quiere ser sólo de Dios. Yo me someto a examen y, por cuanto sé, me parece que puedo hacerlo, porque... (y en esto, sin saberlo, se ha procurado la más alta alabanza) porque no encuentro diferencia entre mi paz cándida cuando era una flor del Templo y esta que tengo en mí, ahora que desde hace más de seis lustros soy la mujer de casa. Pero yo soy indigna sierva que conoce mal, y juzga aún peor, las cosas del espíritu.-Tú eres el Verbo, la Sabiduría, la Luz, y puedes ser luz para tu pobre Mamá, que acepta el no volver a verte antes que ser no grata al Señor"...Y Yo le he tenido que decir, temblándome el corazón de admiración: "Mamá, Yo te lo digo, no serás corrompida por el mundo; antes bien, el mundo será embalsamado por ti".

Mi Madre - lo acabáis de oír - ha sabido ver los peligros de vivir en el mundo, que son peligros también para Ella, también para Ella; Y vosotros, hombres, ¿pretendéis no verlos? ¡Ay!, Satanás verdaderamente está al acecho, y sólo los que vigilen resultarán vencedores. ¿Los demás? ¿Preguntáis acerca de los demás? Para los demás, lo que está escrito.

-¿Qué está escrito, Maestro?

-Y Caín se abalanzó sobre Abel y lo mató. Y el Señor le dijo a Caín ¿Dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho de él? El grito de su sangre llega hasta mí. Por tanto, serás maldito sobre la tierra que ha conocido el sabor de la sangre humana por mano de un hermano que ha abierto las venas a su hermano, y no cesará esta horrible hambre de la tierra de sangre humana. Y la tierra, envenenada por esta sangre será más estéril que una mujer seca por la edad. Y huirás, buscando paz y pan. Y no lo encontrarás. Tu remordimiento te hará ver sangre en cada flor y en cada tallo de hierba, en toda agua y alimento. El cielo te parecerá sangre, y sangre el mar. Del cielo, de la tierra, del mar, llegarán a ti tres voces: la de Dios, la del Inocente, la del Demonio; y, para no oírlas, te darás muerte".

-No habla así el Génesis - observa Pedro.

No, el Génesis no; Yo lo digo, y no yerro. Lo digo para los nuevos Caínes de los nuevos Abeles, para quienes, por no vigilar respecto a sí mismos y al Enemigo, vendrán a ser una cosa con él».

-Pero, entre nosotros, no habrá de esos, ¿no es cierto, Maestro?

-Juan, cuando sea desgarrado el Velo del Templo, una gran verdad brillará escrita en toda Sión.

¿Cuál, mi Señor?

Que los hijos de las tinieblas en vano han estado en contacto con la Luz. Recuérdalo, Juan.

-¿Seré yo, Maestro, un hijo de las tinieblas?

-No, tú no. Pero recuérdalo para explicar el Delito al mundo.

-¿Qué delito, Señor? ¿El de Caín?

-No. Ese es el primer acorde del himno de Satanás. Hablo del Delito perfecto, el inconcebible Delito, aquel que, para comprenderlo hay que mirarlo a través del sol del divino Amor y a través de la mente de Satanás; porque sólo el Amor perfecto y el perfecto Odio, sólo el infinito Bien y el infinito Mal pueden explicar tal Donación y tal Pecado. ¿Oís? Parece como si Satanás estuviera oyendo y gritase de deseo de llevarlo a cabo. Vámonos, antes de que la nube rompa en relámpagos y granizo.

Y bajan corriendo por la pendiente, saltando al huerto de María mientras la tormenta estalla vehemente.

Tercera lección a los discípulos en Nazaret, en el huerto de la casa. Palabras de consuelo a Judas de Alfeo.

Jesús sale al huerto, que aparece todo lavado por el temporal de la tarde anterior, y ve a su Madre inclinada hacia unas plantitas. Va donde Ella y la saluda. ¡Qué dulce es su beso! Jesús la ciñe los hombros con el brazo izquierdo, la acerca hacia sí y la besa en la frente, en el límite del pelo; luego se inclina para que su Madre lo bese en la mejilla. Pero lo que completa la delicadeza es la mirada que acompaña al beso: la de Jesús, toda amor, dentro de lo que tiene de majestuosa y protectora; la de María, toda veneración, aun siendo toda amor. Cuando se besan así, parece como si el mayor fuera Jesús y Ella fuera la hija jovencita que, de su padre o de su hermano mucho mayor que ella, recibe el beso de la mañana.

-¿Han dañado tus flores el granizo de ayer por la tarde y el viento de la noche?- pregunta Jesús.

-No, Maestro - responde, antes que María, la voz un poco ronca de Pedro - lo único que ha sucedido es que han quedado muy desordenadas sus ramas.

Jesús levanta la cabeza y ve a Simón Pedro, que lleva sólo la túnica corta, trabajando en enderezar algunas ramas curvadas en lo alto de la higuera.

-¿Ya trabajando?

-Los pescadores dormimos como los peces: a todas horas, en cualquier sitio, pero sólo el tiempo que nos dejan descansar; y uno se acostumbra. Esta mañana he oído chirriar la puerta, al alba, y me he dicho: "Simón, Ella ya está levantada. ¡Venga!, ¡rápido! Ve a ayudarle con tus rudas manos". Pensaba que Ella había estado preocupada por sus flores durante esta noche llena de viento. Y no me he equivocado. ¡Conozco a las mujeres!... Mi mujer también, cuando hay tormenta, da vueltas en la cama como un pez en la red, y piensa en sus plantas... ¡Pobrecilla! Alguna vez le digo: "Estoy seguro de que das menos vueltas cuando tu Simón está en el lago a merced de las olas como una pequeña ramita". Pero soy injusto, porque es una buena esposa. No se diría que su madre... Bien: cállate, Pedro, esto no viene a cuento. No es correcto murmurar y dar a conocer imprudentemente lo que es bueno callar. ¿Ves, Maestro, cómo también en mi cabeza de asno ha entrado tu palabra?

Jesús responde riendo:

-Tú te lo dices todo. A mí no me queda más que aprobar y admirar tu sabiduría de arboricultor.

-Ya ha atado todos los sarmientos que se habían soltado, ha apuntalado ese peral que está sobrecargado, y ha pasado esas cuerdas bajo aquel granado que ha crecido sólo por una parte - observa María.

-Sí, parece un viejo fariseo; sólo pende hacia donde le interesa. Yo lo he trabajado como si de una vela se tratara, y le he dicho: "¿No sabes que lo justo está en el medio? Ven aquí, cabezón; si no, te rompes por exceso de peso". Ahora me he metido con esta higuera, aunque es por egoísmo. Pienso en el hambre de todos: ¡higos frescos y pan caliente! ¡Ni siquiera Antipas tiene una comida tan buena! Pero hay que ir con cuidado, porque la higuera tiene ramas tan tiernas como el corazón de una jovencita cuando dice su primera palabra de amor; y yo peso, y los higos mejores están arriba. Con estos primeros rayos de sol se han secado ya. Deben ser una delicia. ¡Tú, muchacho! No estés sólo mirándome. ¡Despierta! Dame ese cesto.

Juan - que ha salido del taller - obedece y trepa a la gruesa higuera. Cuando los dos pescadores bajan, ya han salido también del taller Simón Zelote, José y Judas Iscariote. No veo a los otros.

María trae pan fresco (pequeños panes oscuros y redondeados), y Pedro, con su navaja, los abre, y sobre ellos abre los higos. Ofrece primero a Jesús, luego a María y a los demás. Comen con gusto en el huerto refrescado, transido de hermosura bajo el sol de una mañana serena, serena incluso por la reciente lluvia que ha limpiado la atmósfera.

Pedro dice:

-Es viernes... Maestro, mañana es sábado...

-No has descubierto nada nuevo - observa Judas Iscariote.

-No, pero el Maestro sabe lo que quiero decir...

-Lo sé. Esta tarde iremos al lago, donde has dejado la barca, y navegaremos hacia Cafarnaúm. Mañana hablaré allí.

Se le ve muy contento a Pedro.

Entran en grupo Tomás, Andrés, Santiago, Felipe, Bartolomé y Judas Tadeo (los cuales han pasado la noche en otro lugar). Se saludan. Jesús dice:

-Quedémonos aquí juntos; así habrá un nuevo discípulo. Mamá, ven.

Se sientan... en una piedra, en una banqueta... haciendo un círculo en torno a Jesús, quien a su vez se ha sentado en el banco de piedra que está contra la casa, y tiene a su lado a su Madre y a los pies a Juan, que ha elegido sentarse en el suelo con tal de estar cerca. Jesús habla, despacio y con majestuosidad, como siempre.

-¿A qué compararé la formación apostólica? A la naturaleza que nos circunda. Podéis ver cómo la tierra en invierno parece muerta, pero dentro de ella actúan las semillas, y las linfas se nutren de humores, depositándolos en las frondas subterráneas - así podría llamar a las raíces - para luego disponer de ellos en gran abundancia para las frondas superiores, llegado el tiempo de florecer. Vosotros también sois comparables a esta tierra invernal, árida, desnuda, fea. Pero sobre vosotros ha pasado el Sembrador y ha echado una semilla. Por vosotros ha pasado el Cultivador y ha cavado alrededor de vuestro tronco, plantado en la tierra dura, duro y áspero como ella, para que a las raíces les llegase el sustento de humores de las nubes y del aire, y así se fortaleciera el tronco con este alimento para futuro fruto. Y vosotros habéis acogido la semilla y aceptado la remoción de la tierra, porque tenéis la buena voluntad de fructificar en el trabajo de Dios.

Compararé también la formación apostólica a la tormenta de ayer, que azotó y plegó, aparentemente con inútil violencia. Mirad, sin embargo, el bien que ha producido. Hoy la atmósfera está más pura, nueva, sin polvo, sin ese calor sofocante; el sol es el mismo de ayer, pero sin ese ardor que asemejaba a fiebre: hoy llega hasta nosotros a través de estratos purificados y frescos. Las hierbas, las plantas, se sienten aliviadas como los hombres, porque la limpieza, la serenidad, son cosas que alegran. También las discordias sirven para llegar a un más exacto conocimiento y a una clarificación; si no, serían sólo maldad. Y ¿qué son las discordias sino las tormentas provocadas por nubes de distinta especie? Y estas nubes ¿no se acumulan poco a poco en los corazones con los malhumores inútiles, con los pequeños celos, con las oscuras soberbias? Luego viene el viento de la Gracia y las une para que descarguen todos sus malos humores y vuelva el tiempo sereno.

También es semejante la formación apostólica al trabajo que Pedro estaba haciendo esta mañana para alegrar a mi Madre: es enderezar, atar, sostener o soltar, según las tendencias y las necesidades, para hacer de vosotros "hombres fuertes" a1 servicio de Dios. Enderezar las ideas equivocadas, atar los arranques carnales, sostener las debilidades, cortar si es necesario las tendencias, desligar las esclavitudes y las timideces. Vosotros tenéis que ser libres y fuertes, como águilas que, dejado el pico nativo, son sólo del vuelo cada vez más alto: el servicio a Dios es el vuelo, las afecciones son el pico.

Uno de vosotros hoy está triste porque su padre declina hacia la muerte, y declina hacia ella con el corazón cerrado a la Verdad y al hijo suyo que la sigue; no sólo cerrado, sino hostil. Aún no le ha dicho e1 injusto "vete", de que ayer hablaba

(autoproclamándose por encima de Dios), pero su corazón cerrado y sus labios sigilados no son todavía capaces de decir tampoco: "Sigue la voz que te llama". No pretenderían, ni el hijo ni quien os habla, oír decir de esos labios: "Ven, y contigo venga el Maestro. Bendito sea Dios por haber elegido en mi casa un siervo suyo, creando así un parentesco más excelso que la sangre con el Verbo del Señor". Pero al menos Yo, por su bien, y su hijo por un motivo aún más complejo, querríamos oírle palabras no enemigas.

No llore este hijo. Sepa que en mí no hay ni rencor ni desdén hacia su padre, sino sólo piedad. He venido, y me he detenido un tiempo, aun conociendo la inutilidad de mi permanencia, para que un día este hijo no me dijera: "¿Por qué no viniste?". He venido para persuadirle de que todo es inútil cuando el corazón se encierra en el rencor. He venido también para confortar a una buena mujer que sufre por esta escisión de la familia, como incisión de cuchillo que le separase haces de fibras. Pero, tanto este hijo como esta buena mujer, persuádanse de que en mí no responde el rencor al rencor. Yo respeto la honestidad del creyente anciano, fiel - aunque tenga una fe desviada - a lo que ha sido su religión hasta esta hora.

En Israel hay muchos así... Por eso os digo: me aceptarán más los paganos que los hijos de Abraham. La humanidad ha corrompido la imagen del Salvador, rebajando su realeza sobrenatural al nivel de una pobre idea de soberanía humana. Yo tengo que hendir la dura corteza del hebraísmo, penetrar, herir para llegar al fondo, y llevar al alma misma de tal hebraísmo la fecundación de la nueva Ley. Sí, verdaderamente Israel, crecido en torno al núcleo vital de la Ley del Sinaí, se ha hecho símil a un monstruoso fruto, de pulpa en estratos cada vez más fibrosos y duros, externamente protegidos por una cáscara que no sólo es impenetrable, sino que además impide, tenacísima, la expulsión del germen. El Eterno juzga que ha llegado el momento de que Yo cree la nueva planta de la fe en el Dios Uno y Trino. Yo, para permitir que la voluntad de Dios se cumpla y que el hebraísmo pase a ser cristianismo, debo mellar, perforar, penetrar, abrir camino hasta el núcleo, y darle calor con mi amor, para que resurja y se agrande, germine, crezca, crezca, crezca, venga a ser la vigorosa planta del cristianismo, religión perfecta, eterna, divina. En verdad os digo que el hebraísmo sólo será perforable en la proporción de uno a cien.

Por tanto, no reputo réprobo a este israelita que no me acepta y que no quisiera darme a su hijo. Por eso le digo al hijo: No llores por la carne y la sangre que sufren sintiéndose rechazados por la carne y la sangre que las engendraron. Por eso digo: No llores tampoco por el espíritu. Tu sufrimiento actúa, más que cualquier otra cosa, en favor del espíritu tuyo y del suyo, de este padre tuyo que ni comprende ni ve. Y digo también: No te crees remordimientos por ser más de Dios que de tu padre.

Os digo a todos vosotros: Dios es más que el padre, que la madre, que los hermanos. Yo he venido a unir la carne y la sangre según el espíritu y el Cielo, no según la tierra. Por ello debo desunir las carnes y las sangres para tomar conmigo a los espíritus aptos para el Cielo ya desde esta tierra, para tomar a los siervos del Cielo. Por ello he venido a llamar a los "fuertes", a hacerlos aún más fuertes porque de "fuertes" está hecho mi ejército de mansos: mansos para con los hermanos, fuertes respecto al propio yo y el yo de la sangre familiar.

No llores, primo. Tu dolor - te lo aseguro - actúa ante Dios, en favor de tu padre y de tus hermanos, más que cualquier palabra, no sólo tuya, sino incluso mía. No entra la palabra allí donde el prejuicio crea una barrera; créelo. Pero la Gracia entra, y el sacrificio es imán de gracia.

En verdad os digo que cuando Yo llamo para ir a Dios, no hay obediencia más alta; y es necesario cumplirla sin detenerse a calcular cuánto y cómo reaccionarán los demás ante vuestro ir hacia Dios. Ni siquiera detenerse para enterrar al propio padre. Seréis premiados por este heroísmo, y el premio será no sólo para vosotros, sino también para aquellos de quienes, con un grito del corazón, os separáis, y cuya palabra frecuentemente os hiere más de lo que hiere una bofetada, porque os acusa de ser hijos ingratos, y os maldice, en su egoísmo, como rebeldes. No. No rebeldes, santos. Los primeros enemigos de los llamados son los familiares. Pero, entre amor y amor, hay que saber distinguir y amar sobrenaturalmente; o sea, amar más al Dueño de lo sobrenatural que a los siervos de ese Dueño. Amar a los parientes en Dios, y no, por el contrario, amarlos más que a Dios.

Jesús calla y se levanta, yendo donde su primo, el cual, con la cabeza baja, apenas logra contener el llanto. Lo acaricia.

-Judas... Yo he dejado a mi Madre para seguir mi misión. Que ello te disuelva toda duda sobre la honestidad de tu forma de actuar. Si no hubiera sido un acto bueno, ¿lo habría hecho Yo respecto a mi Madre, teniendo en cuenta, sobre todo, que no tiene a nadie aparte de mí?

Judas se pasa la mano de Jesús por el rostro y asiente con la cabeza, pero no puede decir nada más.

-Vamos nosotros dos, solos, como cuando éramos niños y Alfeo pensaba que Yo era el más juicioso entre los muchachos de Nazaret.

Vamos a llevarle al anciano estos hermosos racimos de uva de oro. Que no crea que me olvido de él y que soy enemigo suyo. También tu padre y Santiago se alegrarán. Le diré que mañana estaré en Cafarnaúm y que su hijo queda todo para él. Ya sabes, los viejos son como los niños: son celosos y sospechan siempre que se los olvida; hay que compadecerlos...

Jesús desaparece de la escena dejando en el huerto a los discípulos enmudecidos por la revelación de un dolor y de una incompatibilidad entre un padre y un hijo por causa de El. María, suspirando apenada, vuelve de acompañar a Jesús hasta la puerta.

Todo termina.

Curación de la Beldad de Corazín. Jesús habla en la sinagoga de Cafarnaúm

Jesús sale de la casa de la suegra de Pedro junto con sus discípulos a excepción de Judas Tadeo. El primero que lo ve es un muchacho, el cual lo dice incluso a quien no desea saberlo.

Jesús va a la orilla del lago y se sienta en el borde de la barca de Pedro. Se ve inmediatamente rodeado de gente de la ciudad que lo acoge en modo festivo, por haber vuelto, y le hace mil preguntas, a las que Jesús responde con su insuperable paciencia, sonriente y calmado, como si todo ese vocerío fuera una armonía celeste.

Viene también el arquisinagogo. Jesús se levanta para saludarlo. Es un recíproco saludo lleno de respeto oriental.

-Maestro, ¿puedo esperar que vengas para la instrucción al pueblo?

-Sin duda, si tú y el pueblo lo deseáis.

-Lo hemos deseado durante todo este tiempo. Ellos te lo pueden decir.

El pueblo, efectivamente, asiente con nuevos gritos.

-Si es así, iré durante el crepúsculo. Ahora marchaos todos. Tengo que ir a ver a una persona que está deseosa de mí.

La gente se aleja a regañadientes, mientras Jesús, Pedro y Andrés emprenden la travesía por el lago. Los otros discípulos se quedan en la orilla.

La barca navega a vela por un breve espacio. Luego los dos pescadores la dirigen hacia una pequeña ensenada, entre dos bajas colinas que originalmente parecen haber sido una sola. La ensenada está hundida en el centro por erosión de aguas o por movimiento telúrico, y forma un minúsculo fiordo que - no es noruego - no tiene abetos, sino sólo despeinados olivos, nacidos quién sabe cómo en esas paredes escarpadas, entre peñas desmoronadas y cortantes rocas salientes, olivos que entrelazan sus frondas, retorcidas por los vientos del lago - que aquí deben actuar no poco - hasta formar como un techo bajo el cual espumea un pequeño torrente caprichoso, todo rumor porque es todo cascadas, toda espuma porque cae de metro en metro; pero en realidad es un verdadero enanito comparado con otros cursos de agua.

Andrés salta al agua para arrastrar la barca lo más posible contra la orilla y atarla a un tronco, mientras Pedro ata la vela y asegura una tabla como puente para Jesús. -

-No obstante - dice - te aconsejo descalzarte, quitarte la túnica y hacer como nosotros. Ese loco (y señala al riachuelo) agita enormemente el agua del lago y con ese balanceo el puente no está seguro.

Jesús obedece sin discutir. En tierra calzan de nuevo las sandalias. Jesús se pone también la túnica. Los otros dos permanecen con las prendas cortas de debajo, que son oscuras.

¿Dónde está? - pregunta Jesús.

-Se habrá adentrado en la espesura al oír voces. Ya sabes... con lo que tiene encima y con su pasado...

-Llámala.

Pedro grita fuerte:

-¡Soy el discípulo del Rabí de Cafarnaúm! ¡Está aquí el Rabí! ¡Ven fuera!

Nadie da señales de vida.

-No se fía - explica Andrés - Un día hubo quien la llamó diciendo: "Ven, que hay comida", y luego le tiró piedras. Nosotros la vimos entonces por primera vez, porque, yo al menos, no me la recordaba cuando era la Beldad de Corazín.

-¿Y qué hicisteis entonces?

-Le arrojamos un pan y algo de pescado y un trapo (un pedazo de vela rota que teníamos para secarnos), porque estaba desnuda. Luego huimos para no contaminarnos.

-¿Cómo es que volvisteis entonces?

-Maestro... Tú estabas fuera y nosotros pensábamos qué podíamos hacer para darte a conocer cada vez más. Pensamos en todos los enfermos, en todos los ciegos, lisiados, mudos... y también en ella. Dijimos: "Probemos". Ya sabes... muchos... por culpa nuestra claro, nos han considerado locos y no nos han querido escuchar. Otros, por el contrario, nos han creído. A ella le he hablado yo en persona. He venido solo con la barca durante varias noches de luna. La llamaba, le decía: "Encima de la piedra, al pie del olivo, hay pan y pescado. Ven sin miedo", y me marchaba. Ella yo creo que debía esperar a verme desaparecer para venir, porque nunca la veía. La sexta vez la vi en pie sobre la orilla, exactamente ahí donde estás Tú. Me estaba esperando... ¡Qué horror! No me eché a correr porque pensé en ti... dijo: "¿Quién eres? ¿Por qué esta piedad?". Dije: "Porque soy discípulo de la Piedad". "¿Quién es?" "Es Jesús de Galilea." "¿Y os enseña a tener piedad de nosotros?" "De todos". "¿Sabes quién soy?" Eres la Beldad de Corazín; ahora, la leprosa". "¿Y para mí también hay piedad?". "Él dice que su piedad llega a todos, y nosotros, para ser como Él, la debemos tener con todos." A1 llegar a este punto, Maestro, la leprosa blasfemó sin querer. Dijo: "Entonces también Él debe haber sido un gran pecador". Le dije: "No. Es el Mesías, el Santo de Dios". Habría querido decirle: "Maldita seas por tu lengua", pero no dije sino eso porque me hice este razonamiento: "Destruída como está, no puede pensar en la misericordia divina". Entonces se echó a llorar y dijo: "Si es el Santo, no puede, no puede tener piedad de la Beldad. De la leprosa podría... pero de la Beldad no. Y yo que esperaba...". Le pregunté: "¿Qué esperabas, mujer?". "La curación... volver al mundo... entre los hombres... morir como una mendiga, pero entre los hombres..., no como un animal salvaje en una guarida de fieras a las que incluso causo horror". Le dije: "¿Me juras que, si vuelves al mundo, serás honesta?". Y ella: "Sí. Dios me ha herido justamente, por haber pecado. Estoy arrepentida. Mi alma lleva consigo su expiación, pero aborrece el pecado para siempre". Me pareció entonces que podía prometerle salvación en tu nombre. Me dijo: "Vuelve, vuelve... Háblame de Él. Que mi alma lo conozca antes que mi ojo...". Y venía a hablarle de ti... como sé hacerlo.

-Y Yo vengo a dar la salvación a la primera convertida de mi Andrés» (porque es Andrés quien ha estado hablando, mientras Pedro ha remontado el torrente, saltando de piedra en piedra y llamando a la leprosa).

A1 fin ella muestra su hórrido rostro entre las ramas de un olivo. Ve. Se le escapa un grito.

-¡Venga, baja! - exclama Pedro - ¡No quiero lapidarte! Allí está el Rabí Jesús. ¿Lo ves?

La mujer se deja caer rodando por la pendiente - digo esto por lo deprisa que baja - y llega a los pies de Jesús antes de que Pedro vuelva junto al Maestro.

-Piedad, Señor!

-¿Puedes creer que Yo te la puedo dar?

-Sí, porque eres santo y yo estoy arrepentida. Yo soy el Pecado, pero Tú eres la Misericordia. Tu discípulo ha sido el primero que ha tenido misericordia de mí y ha venido a darme pan y fe. Límpiame, Señor; antes el alma que la carne. Porque soy tres veces impura, y, si me concedieras una limpieza, una sola, te pido la de mi alma pecadora. Antes de oír tus palabras repetidas por él, yo decía: "Curarme para volver entre los hombres". Ahora que sé, digo: "Ser perdonada para tener vida eterna".

-Te concedo perdón. Pero nada más aparte de esto...

-¡Bendito seas! Viviré en la paz de Dios en mi escondrijo... libre... libre de remordimientos y de temores. ¡No más temor a la muerte, ahora que he sido perdonada; no más miedo a Dios, ahora que Tú me has absuelto!

-Ve al lago y lávate. Estate dentro hasta que te llame.

Ella, misérrimo espectro de mujer esquelética, corroída, de cabellera despeinada, dura, canosa, se levanta del suelo y baja y se mete en el agua del lago, con su pingajo de vestido que bien poco cubre.

-¿Por qué le has dicho que se lave? Es cierto que su hedor apesta, pero... no comprendo - dice Pedro.

-Mujer, sal y ven aquí. Coge ese pedazo de tela que está en esa rama» (es el trozo de tela usado por Jesús para secarse después del breve paso de la barca a tierra).

La mujer obedece y emerge, completamente desnuda - habiendo quedado despojada de su andrajo dentro del agua -, para coger el pedazo de tela seco. Pedro, que la estaba mirando, es el primero que grita; Andrés, más huidizo, le había dado la espalda, pero ante el grito de su hermano se vuelve y grita a su vez. La mujer, que tenía los ojos tan fijos en Jesús, que no se ocupaba de nada más, ante esos gritos, ante esas manos que la señalan, se mira... y ve que con su vestido hecho jirones se ha quedado en el lago también su lepra. No se echa a correr, como parecería lógico; se agacha, acurrucándose en la orilla, llena de vergüenza por su desnudez, emocionada hasta tal punto, que sólo se siente capaz de llorar con un lamento largo y extenuado, que es más desgarrador que cualquier grito.

Jesús se dirige hacia ella... llega... le echa por encima el pedazo de tela, le acaricia ligeramente la cabeza, le dice:

-Adiós. Sé buena. Has merecido la gracia por la sinceridad de tu arrepentimiento. Crece en la fe del Cristo, y obedece a la ley de la purificación.

La mujer sigue llorando, llorando, llorando... Sólo al oír el roce que hace la tabla al meterla Pedro de nuevo en la barca, levanta la cabeza, tiende los brazos y grita:

-Gracias, Señor. Gracias, bendito. ¡Oh, bendito, bendito!...

Jesús le hace un gesto de adiós antes de que la barca vuelva al pequeño fiordo y desaparezca...

...Jesús, ahora con todos los discípulos, entra en la sinagoga de Cafarnaúm después de recorrer la plaza y la calle que a ella conducen. La noticia del nuevo milagro debe haber corrido ya porque se oye mucho murmullo y muchos comentarios.

Justo en el umbral de la puerta de la sinagoga veo al futuro apóstol Mateo. Está ahí, quieto, medio dentro y medio fuera, no sé si avergonzado o disgustado por todas las miradas que le lanzan, o incluso por algún epíteto poco agradable que le dirigen. Dos fariseos togados recogen premeditadamente sus amplios mantos, como si temieran pescarse la peste con sólo rozarlos con el vestido de Mateo.

Jesús, al entrar, lo mira fijamente durante un instante, y durante un instante se detiene. Mateo se limita a bajar la cabeza.

Pedro, apenas traspasada la puerta, le dice en voz baja a Jesús:

-¿Sabes quién es ese hombre más enrizado y perfumado que una mujer? Es Mateo, nuestro exactor... ¿A qué viene aquí? Es la primera vez. Quizás no ha encontrado a los compañeros, y sobre todo a las compañeras, con los que pasa el sábado, gastándose en orgías lo que nos chupa en tasas duplicadas y triplicadas... para el fisco y para el vicio.

Jesús mira a Pedro tan severamente, que Pedro se pone más colorado que una amapola y baja la cabeza, deteniéndose, de modo que, de primero, pasa a ser último en el grupo apostólico.

Jesús está ya en su puesto. Después de los cantos y las oraciones con el pueblo, se vuelve para hablar. El arquisinagogo le pregunta si quiere algún rollo, pero Jesús responde: «No hace falta. Ya tengo el tema». Y comienza:

-El gran rey de Israel, David de Belén, después de haber pecado lloró, contrito su corazón, gritando a Dios su arrepentimiento y solicitando de Dios perdón. David había tenido el espíritu oscurecido por la niebla del sentido, y esto le había impedido continuar viendo el rostro de Dios y comprender su palabra.

"El rostro" he dicho. En el corazón del hombre hay un punto que se acuerda del rostro de Dios, es el punto máspreciado, nuestro Sancta Sanctorum, aquel del cual vienen las santas inspiraciones y las santas decisiones, el que perfuma como un altar, resplandece como una hoguera, canta como sede de serafines. Pero, cuando el pecado produce humo en nosotros, entonces ese punto se entenebrece tanto, que cesa la luz, el perfume, el canto, quedando sólo un mal olor de denso humo y un sabor de ceniza. Mas cuando vuelve la luz - porque un siervo de Dios la lleva consigo a quien ha quedado en la oscuridad - he aquí que entonces éste ve su fealdad, su condición inferior, y, horrorizado de sí, exclama como el rey David: "Ten piedad de mí, Señor, según tu gran misericordia; por tu infinita bondad, lávame de mi pecado", y no dice: "No puedo ser perdonado; por tanto, insisto en pecar", sino que dice: "Me siento humillado, contrito, sí, pero - te lo suplico - Tú que sabes cómo he nacido en la culpa, aspérmame y límpiame, para que vuelva a ser como nieve de las cimas". Y dice: "Mi holocausto no consistirá en carneros y bueyes, sino en la verdadera contrición del corazón, porque sé que es esto lo que quieres de nosotros y no lo desprecias.

Esto decía David después del pecado, y después de que el siervo del Señor, Natán, le hubiera movido a arrepentirse. Con mayor razón los pecadores deben decir esto ahora que el Señor no les manda un siervo suyo, sino al Redentor mismo, su Verbo, el cual, justo y do-minador no sólo de los hombres sino también del Cielo y del Abismo, ha surgido en medio de su pueblo como la luz de la aurora que brilla sin nubes cuando el sol sale por la mañana.

Ya habéis leído cómo el hombre, en manos de Satanás, es más débil que un tísico moribundo, aunque primero fuera el "fuerte". Sabéis cómo Sansón quedó reducido a nada tras haber cedido al sentido. Quiero que conozcáis la lección de Sansón,

hijo de Manué, destinado a vencer a los filisteos, opresores de Israel. Condición primera para ser tal era que desde su concepción fuera mantenido virgen de lo que estimula el sentido bajo y une en connubio las entrañas del hombre con carnes impuras, o sea, vino y sidra y carnes grasas, que encienden en los costados un fuego impuro. Condición segunda: que para ser el libertador fuera consagrado al Señor desde su infancia, y permaneciese tal con continuo nazireato. Consagrado es aquel que no sólo externamente sino también internamente se conserva santo. Entonces Dios está con él.

Pero la carne es carne y Satanás es Tentación. Y la Tentación toma como instrumento, para combatir a Dios en un corazón y en sus santos decretos, la carne que excita al hombre: la mujer. He aquí que entonces tiembla la fuerza del "fuerte" y viene a ser un ser débil que despilfarra el don que Dios le ha dado. Escuchad: Sansón fue atado con siete cuerdas de nervios frescos, con siete cuerdas nuevas, fue fijado al suelo con siete trenzas de sus cabellos. Y él siempre había vencido. Pero no se tiente en vano al Señor, ni siquiera en su bondad. No es lícito. Él perdona una y otra vez, pero, para continuar perdonando exige la voluntad de abandonar el pecado. Necio quien dice: "¡Señor, perdón!" y luego no evita lo que le induce a un continuo pecado. Sansón, tres veces victorioso, no evita a Dalila, el sentido, el pecado, y, completamente harto - dice el Libro - y habiendo decaído de ánimo - dice el Libro - develó el secreto: "Mi fuerza está en mis siete trenzas".

¿No hay ninguno entre vosotros que, cansado, con el gran cansancio del pecado, sienta que pierde el ánimo - porque nada abate como la mala conciencia - y esté para entregarse vencido al Enemigo? No, quienquiera que seas, no, no lo hagas. Sansón dio a la Tentación el secreto de someter sus siete virtudes: las siete simbólicas trenzas, sus virtudes, o sea, su fidelidad de nazareo; se durmió, cansado, sobre el seno de la mujer, y fue vencido: ciego, esclavo, incapaz, por haber negado la fidelidad a su voto. Y no volvió a ser el "fuerte", el "libertador", sino cuando en el dolor de un arrepentimiento verdadero encontró de nuevo su fuerza...

Arrepentimiento, paciencia, constancia, heroísmo... y Yo os prometo, ¡oh pecadores!, que seréis los libertadores de vosotros mismos. En verdad os digo que ningún bautismo vale, ni ningún rito sirve, si no hay arrepentimiento y voluntad de renunciar al pecado. En verdad os digo que no hay pecador tan pecador que no pueda hacer renacer con su llanto las virtudes que el pecado le ha arrancado de su corazón.

Hoy una mujer, una culpable de Israel, castigada por Dios por su pecado, ha obtenido misericordia por su arrepentimiento. He dicho misericordia. Menos misericordia obtendrán aquellos que hacia ella no la tuvieron, y se enañaron sin piedad con esta mujer que ya había sido castigada. ¿Éstos no tenían lepra de culpa en sí mismos? que cada cual se examine... y tenga piedad para obtener piedad. Yo os tiendo la mano por esta arrepentida que vuelve con los vivos después de una segregación de muerte. Simón de Jonás, no Yo, retirará el óbolo por la arrepentida que, en el umbral de la muerte, vuelve a la Vida verdadera. Y no murmuréis, vosotros, los grandes. No murmuréis. Yo no estaba cuando ella era "la Beldad", pero vosotros sí estabais. Y no quiero decir más.

-¿Nos acusas de haber sido sus amantes? - uno de los dos viejos.

-Que cada cual se ponga frente a su corazón y a sus acciones; Yo no acuso, hablo en nombre de la Justicia. Vamos - Jesús sale con los suyos.

Pero a Judas lo paran los dos que parecen conocerlo bastante. Oigo que dicen:

-¿Tú también estás con Él? ¿Es santo realmente?

Judas Iscariote salta con una de esas reacciones suyas que desorientan:

-Os deseo que lleguéis al menos a entender su santidad.

-Sí, pero ha curado en sábado.

-No. Ha perdonado en sábado. Y ¿qué día más apto para el perdón que el sábado? ¿No me dais nada para la redimida?

-No damos nuestro dinero a las meretrices, es dinero ofrecido al Templo santo.

Judas se ríe irreverentemente y los deja plantados. Llega hasta donde el Maestro cuando está entrando de nuevo en la casa de Pedro, el cual le está diciendo:

-Mira: el pequeño Santiago, nada más salir de la sinagoga, me ha dado hoy dos bolsas en vez de una; como siempre por encargo de ese desconocido. ¿Quién es, Maestro? Tú lo sabes... Dímelo.

Jesús sonríe:

-Te lo diré cuando hayas aprendido a no murmurar de nadie.

Y todo termina.

Santiago de Alfeo recibido como discípulo. Jesús habla junto al banco de Mateo

Mañana de mercado en Cafarnaúm. La plaza está llena de vendedores de los más diversos tipos de mercancías.

Jesús, que llega a este lugar desde el lago, ve que vienen a su encuentro sus primos Judas y Santiago. Acelera el paso en dirección a ellos y, después de abrazarlos con afecto, pregunta premuroso:

-¿Vuestro padre?... ¿Qué ha sucedido?

-Nada nuevo respecto a su vida - responde Judas.

-¿Por qué has venido, entonces? Te había dicho: quédate allí.

Judas baja la cabeza y calla. Ahora es Santiago quien no se contiene:

-Por culpa mía él no te ha obedecido. Sí, por culpa mía; pero es que no he podido soportar más. Todos en contra. Y, ¿por qué? ¿Hago mal, acaso, en amarte?, ¿acaso hacemos mal? Hasta ahora me había frenado un escrúpulo de estar actuando mal. Pero ahora que sé las cosas, ahora que Tú has dicho que ni siquiera el padre está por encima de Dios, no he aguantado más.

He tratado verdaderamente de ser respetuoso, de hacer comprender las razones, de enderezar las ideas. He dicho: "¿Por qué combatís contra mí? Si es el Profeta, si es el Mesías, ¿por qué queréis que el mundo diga: 'Su familia fue enemiga suya; entre los que lo seguían ella faltó'? ¿Por qué, si es el infeliz que vosotros decís, no debemos, nosotros los de la familia, estarle cercanos en su demencia, con el fin de impedir que sea nociva no sólo para Él sino también para nosotros?". ¡Oh!, Jesús, yo hablaba así para razonar humanamente, como razonaban ellos. Tú sabes, efectivamente, que ni yo ni Judas te creemos demente; sabes que en ti vemos al Santo de Dios; que hemos dirigido siempre nuestra mirada a ti como a nuestra Estrella mayor. Pero, no han querido entendernos. Ni siquiera han querido seguir escuchándonos. Y entonces yo me he marchado. Ante el dilema "o Jesús o la familia", te he elegido a ti. Aquí estoy, a nada que me aceptes; si no, seré el más infeliz de los hombres, porque no tendré nada: ni tu amistad ni el amor de la familia.

-¿En esto estamos? ¡Santiago mío, mi pobre Santiago! Habría deseado no verte sufrir así, porque te quiero. Pero si Jesús-Hombre llora contigo, Jesús-Verbo se alegra íntimamente por ti. Ven. Estoy seguro de que la alegría de ser portador de Dios a los hombres aumentará de hora en hora tu gozo, hasta llegar al pleno éxtasis en la hora extrema de la tierra y en la eterna del Cielo.

Jesús se vuelve y llama a sus discípulos, que se habían detenido prudentemente a la distancia de unos metros.

-Venid, amigos. Mi primo Santiago ahora forma parte de mis íntimos y por tanto es nuestro amigo. ¡Cuánto he deseado esta hora, este día, para él, mi perfecto amigo de infancia, mi buen hermano de juventud!

Los discípulos acogen con alegría al nuevo llegado y a Judas, que hacía días que no lo veían.

-Hemos estado en casa. Te buscábamos. Pero estabas en el lago.

-Sí, en el lago, durante dos días con Pedro y los demás. Pedro ha tenido buena pesca. ¿No es cierto?

-Sí, y ahora - esto me disgusta - tendré que dar muchos didracmas a aquel ladrón... - y señala al recaudador Mateo, cuyo banco está asediado por gente que paga la tierra - creo - o las mercancías.

-Digo Yo que todo será proporcionado. Cuanto más pescas, más pagas, pero también ganas más.

-No, Maestro. Si pesco más, gano más; pero si pesco el doble de peso, ése no es que me haga pagar el doble, sino que me hace pagar el cuádruplo... ¡Aprovechado!

-¡Pedro!... Pues vamos a ir exactamente allí al lado. Deseo hablar. Siempre hay gente junto a aquel banco de recaudación.

-¡Hombre claro! - dice Pedro mascullando -, gente y maldiciones».

-Pues bien, Yo iré a introducir bendiciones. Quién sabe... a lo mejor entra un poco de honestidad en el recaudador.

-No, Tú tranquilo, que tu palabra no pasará a través de su piel de cocodrilo.

-Lo veremos.

-¿Qué le piensas decir?

-Directamente, nada. Pero, por mi modo de expresarme, él será también destinatario de mis palabras.

-¿Vas a decir que tan ladrón es el salteador de caminos como el que despelleja a los pobres que trabajan para obtener el pan y no mujeres o borracheras?

-Pedro, ¿quieres hablar tú en vez de mí?

-No, Maestro. No sabría hablar bien.

-Y con la acritud que tienes dentro, te dañarías a ti y lo dañarías a él.

Ya están cercanos al banco de los impuestos.

Pedro tiene intención de pagar. Jesús lo detiene y dice:

-Dame las monedas; hoy pago Yo.

Pedro lo mira atónito y le da una bolsa de piel, con dinero.

Jesús espera su turno y, cuando se encuentra frente al recaudador, dice:

-Pago por ocho canastas de pescado de Simón de Jonás. Las canastas están allí, a los pies de los peones. Comprueba, si lo crees oportuno; de todas formas entre hombres honestos debería bastar la palabra, y creo que tú me consideras tal. ¿Cuánto es la tasa?

Mateo, que estaba sentado detrás de su banco, en el momento en que Jesús dice «creo que tú me consideras tal», se pone en pie. Es bajo y más bien anciano, más o menos como Pedro. Su rostro muestra el cansancio propio de quien se goza la vida. Muestra también Mateo un claro estado de turbación. Primero tiene la cabeza agachada, luego la levanta y mira a Jesús. Y Jesús lo mira fijo, serio, dominándolo con toda su imponente estatura.

-¿Cuánto? - repite Jesús después de un poco.

-No hay tasa para el discípulo del Maestro - responde Mateo, y añade en voz más baja:

-Ruega por mi alma.

-La llevo en mí, porque recojo a los pecadores. Pero tú... ¿por qué no la cuidas?

Dicho esto, Jesús le vuelve la espalda y torna adonde Pedro, que se ha quedado de piedra, como también los demás. Bisbiseos, gestos...

Jesús se pone junto a un árbol, a unos diez metros de Mateo, y empieza a hablar.

-El mundo es comparable a una gran familia, cuyos componentes tienen distintos oficios, todos necesarios. En él hay agricultores, pastores, viñadores, carpinteros, pescadores, albañiles; quién trabaja la madera o el hierro, quién escribe; hay soldados, oficiales destinados a misiones especiales, médicos, sacerdotes..., de todo hay. El mundo no podría estar compuesto de una sola categoría; son todas necesarias, todas santas, si hacen todas lo que deben con honestidad y justicia. Pero, ¿cómo se puede alcanzar esto, si Satanás tienta por tantas partes? Pues pensando en Dios, que ve todas las cosas, incluso las obras más escondidas, y pensando en su ley, que dice: "Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo, no le hagas lo que no querrías que te hicieran a ti, no robes en ningún modo".

Decid, vosotros que me escucháis: Cuando uno muere, ¿acaso se lleva consigo las bolsas de sus dineros? Y aunque fuera tan necio como para querer tenerlas consigo en el sepulcro, ¿puede, acaso, usarlas en la otra vida? No. Sobre la podredumbre de un cuerpo corrompido las monedas se transforman en pedazos de metal corroídos. En cambio, en otro lugar, su alma estaría desnuda, más pobre que el bendito Job, privada de la más insignificante moneda, aunque aquí y en la tumba hubiera dejado muchísimos talentos. Os digo más, ¡escuchad, escuchad! En verdad os digo que teniendo riquezas difícilmente se gana el Cielo - antes al contrario, generalmente con ellas se pierde, aunque sean riquezas adquiridas honestamente por herencia o ganadas, porque pocos son los ricos que las saben usar con justicia.

¿Qué hace falta, entonces, para conseguir este Cielo bendito, este reposo en el seno del Padre? Hace falta no tener avaricia de riquezas. No tener avaricia en el sentido de desearlas a toda costa, incluso faltando a la honestidad y al amor; no tener avaricia en el sentido de que, teniendo esas riquezas, se amen más que al Cielo y al prójimo, negándole caridad al prójimo necesitado; no tener avaricia por cuanto las riquezas pueden dar, o sea, mujeres, placeres, rica mesa, vestiduras pomposas, lo cual ofende a quien pasa frío y hambre. Hay, sí, hay una moneda para cambiar las monedas injustas del mundo por divisa que vale en el Reino de los Cielos, y es la santa astucia de hacer riquezas eternas de las riquezas humanas, a menudo injustas o causa de injusticia; se trata de ganar con honestidad, devolver lo que se obtuvo injustamente, usar de los bienes con moderación y desapego, sabiéndose separar de ellos, porque antes o después nos dejan - ¡ah, pensad esto! -, mientras que el bien realizado no nos abandona jamás.

Todos querríamos ser llamados "justos" y que nos creyeran tales, ser premiados como tales por Dios. Pero, ¿cómo puede Dios premiar a quien sólo tiene nombre de justo, no teniendo las obras? ¿Cómo puede decir "te perdono", si ve que el arrepentimiento es sólo verbal y que no va acompañado de una verdadera mutación de espíritu? No existe arrepentimiento mientras dura el apetito hacia el objeto por el que se produjo nuestro pecado. Cuando uno, en cambio, se humilla, -se mutila del miembro moral de una mala pasión, que puede llamarse mujer u oro, diciendo: "Por ti, Señor, no más de esto", entonces es cuando verdaderamente está arrepentido, y Dios lo acoge diciendo: "Ven; te quiero como a un inocente, como a un héroe".

Jesús ha acabado. Se marcha sin ni siquiera volverse hacia Mateo (que se había acercado al círculo de quienes escuchaban, desde las primeras palabras).

Llegados cerca de la casa de Pedro, su mujer acude a su encuentro para decirle algo. Pero hace señas a Jesús para que se acerque.

-Está la madre de Judas y Santiago. Quiere hablar contigo, pero no desea ser vista. ¿Cómo lo hacemos?

-Hacemos esto: Yo entro en casa como para descansar y todos vosotros vais a distribuir el óbolo a los pobres. Ten también las monedas de la tasa condonada. Ve.

Jesús dirige a todos un gesto de despedida, mientras Pedro les habla para persuadirlos de que vayan con él.

-¿Dónde está la madre, mujer? - pregunta Jesús a la mujer de Pedro.

-En la terraza, Maestro, donde aún hay sombra y frescor. Sube... Hay además más libertad que en casa.

Jesús sube por la pequeña escalera.

En un ángulo, bajo la tupida pérgola de vid, sentada en un pequeño banco colocado junto al pretil, toda vestida de oscuro, muy cubierto el rostro por el velo, está María de Alfeo. Lloro bajo, calladamente.

Jesús la llama:

-¡María!, ¡mi querida tía!

Ella levanta un pobre rostro angustiado y tiende las manos:

-¡Jesús! ¡Cuánto dolor hay en mi corazón!

Jesús está a su lado. La fuerza a permanecer sentada, pero Él se queda de pie. No se ha quitado todavía el manto, elegantemente dispuesto en pliegues; tiene una mano sobre el hombro de su tía, la otra entre las manos de ella.

-¿Qué te pasa? ¿Por qué tanto llanto?

-Jesús, me apresuré a salir de casa diciendo: "Voy a Caná a buscar huevos y vino para el enfermo". Con Alfeo está tu Madre, que lo atiende como Ella sabe hacer, y estoy tranquila. Pero, en realidad, he venido aquí. He caminado apresurada todas las noches para llegar antes. No puedo más... De todas formas el cansancio no es importante. ¡Lo que verdaderamente me duele es el pesar que tengo en el corazón!... Mi Alfeo... mi Alfeo... mis hijos... Pero ¿por qué entre quienes son de la misma sangre hay tanta diferencia, por qué esta diferencia es como las dos piedras de un molino para triturar el corazón de una madre? ¿Están contigo Judas y Santiago? ¿Sí? Entonces ya lo sabías... ¡Jesús! ¿Por qué mi Alfeo no comprende? ¿Por qué muere, por qué quiere morir así? ¿Y Simón y José? ¿Por qué, por qué no están contigo, sino contra tí?

-No llores, María. Yo no les guardo rencor. Esto se lo he dicho también a Judas. Comprendo y siento compasión. Si es por esto por lo que lloras, no llores más.

-Por esto, sí, porque te ofenden. Por esto y, además... además, y además... porque no quiero que mi esposo muera como enemigo tuyo. Dios no lo perdonará... y yo... no lo tendré ya ni siquiera en la otra vida...

María está verdaderamente angustiada. Lloro con grandes lagrimones sobre la mano izquierda que Jesús le deja sin oponer resistencia. Y María se la besa de vez en cuando, y de vez en cuando alza su pobre rostro lleno de dolor.

-No - dice Jesús - No. No hables así. Yo perdono. Y si perdono Yo...

-¡Ven, Jesús! Ven a salvarle el alma y el cuerpo, ven. Dicen también, para acusarte, que has arrebatado dos hijos a un padre que está muriendo, y lo van diciendo por Nazaret, ¿comprendes? Y dicen también: "Por todas partes hace milagros y en su casa no sabe hacerlos", y se ponen en contra de mí porque te defienden diciendo: "¿Qué puede hacer, si prácticamente lo habéis echado con vuestros reproches; qué puede hacer si no creéis?"

-Es así, es como has dicho: "si no creéis". ¿Cómo puedo actuar donde no se cree?

-¡Tú puedes todo! ¡Yo creo por todos! Ven. Haz un milagro... por tu pobre tía...

-No puedo (se le ve apenadísimo a Jesús al decir esto).

En pie, erguido, apretando contra su pecho la cabeza de María, que sigue llorando, parece como si confesara a la naturaleza serena su impotencia, como si la tomara por testigo de su pena de no poder por decreto eterno.

La mujer llora más vehementemente.

-Escucha, María. Sé buena. Te juro que si pudiera, si hacerlo estuviera bien, lo haría, arrancaría esta gracia al Padre, por ti, mi Madre, Judas y Santiago, e incluso, sí, también por Alfeo, por José y Simón. Pero no puedo. Tu corazón está ahora muy afligido y no puedes comprender la justicia de este no poder mío. Te la expreso, pero de todas formas no la entenderás. Cuando llegó la hora del tránsito de mi padre - y tú sabes en qué medida era justo y mi Madre lo quería - Yo no lo devolví a la vida. No es justo que la familia en que un santo vive esté exenta de las inevitables desventuras de la vida. Si así fuera, Yo debería ser eterno sobre la Tierra, y en cambio moriré pronto, y María, mi santa Madre, no podrá arrebatarme a la muerte. No puedo. Lo que puedo hacer, y lo haré, es esto - Jesús se ha sentado y ha puesto la cabeza de su pariente sobre el hombro -, esto: prometerte, por este dolor, la paz a tu Alfeo, asegurarte que no serás separada de él, darte mi palabra de que nuestra familia será reunida en el Cielo, compuesta de nuevo para toda la eternidad, y que, mientras Yo viva, e incluso después, infundiré mucha paz a mi querida tía, mucha fuerza, hasta hacer de ella una apóstol ante tantas pobres mujeres más fácilmente accesibles a ti, mujer. Serás mi dilecta amiga en este tiempo de evangelización. La muerte - no llores - la muerte de Alfeo te libera de los deberes conyugales y te eleva a los más sublimes de un místico sacerdocio femenino, muy necesario ante el altar de la gran Víctima y entre muchos paganos que doblegarán más su ánimo ante el heroísmo santo de las mujeres discípulas que ante el de los discípulos. ¡Oh, tu nombre, querida tía, será como una llama en el cielo cristiano!... No llores más. Ve en paz, fuerte, resignada, santa. Mi Madre... ha sido viuda antes que tú... y te consolará como Ella sabe hacer. Ven. No quiero que partas sola bajo este sol. Pedro te acompañará con la barca hasta el Jordán y de allí a Nazaret con un asno. Sé buena.

-Bendíceme, Jesús. Dame fuerza.

-Sí, te bendigo y te beso, tía bondadosa - Y la besa tiernamente, teniéndola aún durante largo tiempo contra su corazón, hasta que la ve calmada.

96

Jesús responde a la acusación de haber curado en sábado a la Beldad de Corazín

Jesús está en Betsaida. Habla de pie en la barca en que ha venido, que está casi encallada en la arena de la orilla, atada a una estaca de un pequeño espigón rudimentario. Mucha gente, sentada en semicírculo sobre la arena, lo está escuchando. Jesús acaba de empezar su discurso.

«... En esto veo que me amáis también vosotros los de Cafarnaúm, que me habéis seguido dejando negocios y comodidades con tal de oír la palabra que os adoctrina. Sé también que ello, más que el hecho de dejar de lado esos negocios - con el consiguiente perjuicio a vuestra bolsa - os acarrea burlas e incluso menoscabo social. Sé que Simón, Elí, Urías y Joaquín se muestran contrarios a mí; hoy contrarios, mañana enemigos. Y os digo - porque no engaño a nadie, ni quiero engañaros a vosotros, mis fieles amigos - que, para perjudicarme, para proporcionarme dolor, para vencerme aislándome, ellos, los poderosos de Cafarnaúm, usarán todos los medios... Tanto insinuaciones como amenazas, tanto el escarnio como la calumnia. Todo usará el Enemigo común para arrancar almas a Cristo convirtiéndolas en presa propia. Os digo: Quien perseverare se salvará; mas os digo también: Quien ame más la vida y el bienestar que la salud eterna es libre de marcharse, de dejarme, de ocuparse de la pequeña vida y del transitorio bienestar. Yo no retengo a nadie.

E1 hombre es un ser libre. Yo he venido a liberar aún más al hombre. Liberarlo del pecado - para el espíritu - y de las cadenas: una religión deformada, opresiva, que no hace sino sofocar bajo ríos de cláusulas, de palabras, de preceptos, la verdadera palabra de Dios, limpia, concisa, luminosa, fácil, santa, perfecta. Mi venida es criba de las conciencias. Yo recojo mi trigo en la era y lo trillo con la doctrina de sacrificio y lo cierno con el cernedor de su propia voluntad. La cascarilla, el sorgo, la veza, la cizaña, volarán ligeros e inútiles, para caer pesados y nocivos y ser alimento de volátiles; en mi granero no entrará sino el trigo selecto, puro, consistente, bueno. El trigo son los santos.

Desde hace siglos existe un duelo entre el Eterno y Satanás. Satanás, enorgullecido por su primera victoria sobre el hombre, le dijo a Dios: "Tus criaturas serán mías para siempre. Ni siquiera el castigo, ni la Ley que quieres darles, nada, las hará capaces de ganarse el Cielo, y esta Morada tuya, de la cual me expulsaste (a mí, que soy el único inteligente entre los seres creados por ti), esta Morada, se te quedará vacía, inútil, triste como todas las cosas inútiles". Y el Eterno respondió al Maldito: "Podrás esto mientras tu veneno, solo, reine en el hombre. Pero Yo mandaré a mi Verbo y su palabra neutralizará tu veneno, sanará los corazones, los curará de la demencia con que los has manchado o convertido en diablos, y volverán a Mí. Como ovejas que, descarriadas, vuelven a encontrar al pastor, volverán a mi Redil, Y el Cielo será poblado: para ellos lo he hecho. Rechinarán tus horribles dientes de impotente rabia, allí, en tu hórrido reino, prisionero y maldito; sobre ti los ángeles volcarán la piedra de Dios y la sellarán. Tinieblas y odio os acompañarán a ti y a los tuyos; los míos tendrán, sin embargo, luz y amor, canto y beatitud, libertad infinita, eterna, sublime". Satanás, con risotada burlesca juró: `Juro por mi Gehena que vendré cuando llegue la hora. Omnipresente estaré junto a los evangelizados, y veremos si eres Tú el vencedor o lo soy yo".

Sí, para cribaros, Satanás os insidia y Yo os rodeo. Los contendientes somos dos: Yo y él; vosotros estáis en el medio. El duelo del Amor y el Odio, de la Sabiduría y la Ignorancia, de la Bondad y el Mal, está sobre vosotros y en torno a vosotros. Yo soy suficiente para repeler los malvados golpes dirigidos a vosotros. Me coloco en medio entre el arma satánica y vuestro ser y acepto ser herido en lugar de vosotros, porque os amo. Pero, en vuestro interior, vosotros debéis repeler, con vuestra voluntad,

los golpes, corriendo hacia mí, poniéndooos en mi Camino, que es Verdad y Vida. Quien no anhela el Cielo no lo tendrá. Quien no es apto para ser discípulo del Cristo será como cascarilla ligera que el viento del mundo se llevará consigo. Los enemigos del Cristo son semilla nociva que renacerá en el reino satánico.

Sé por qué habéis venido, vosotros de Cafarnaúm. Y tengo la conciencia tan libre del pecado que se me atribuye - y en nombre del cual, inexistente, se me murmura a mis espaldas, insinuándoos que oírme y seguirme significa complicidad con el pecador -, que no temo dar a conocer la razón de ello a estos de Betsaida.

Entre vosotros, habitantes de Betsaida, hay algunos ancianos que no se han olvidado, por distintas razones, de la Beldad de Corazín; hay hombres que pecaron con ella, hay mujeres que por su causa lloraron. Lloraron y - aún no había venido Yo a decir: "¡Amad a quien os perjudica!" - lloraron, para después regocijarse cuando vinieron a saber que la había mordido la podredumbre que rezumaba de sus entrañas impuras hacia afuera de su espléndido cuerpo, figura de aquella lepra más grave que le había roído su alma de adúltera, homicida y meretriz. Adúltera setenta veces siete, con cualquiera, con tal de que tuviese el nombre "hombre" y tuviese dinero. Homicida siete veces siete de sus concepciones ilegítimas; meretriz sólo por vicio, ni siquiera por necesidad.

¡Os comprendo, esposas traicionadas! Comprendo vuestro regocijo, cuando se os dijo: "Las carnes de la Beldad están más fétidas y descompuestas que las de un animal muerto tendido en la cuneta de una vía transitada, presa de cuervos y gusanos". Mas Yo os digo: sabed perdonar. Dios ha llevado a cabo vuestra venganza; luego ha perdonado. Perdonad también vosotras. Yo la he perdonado en vuestro nombre, porque sé que sois buenas, mujeres de Betsaida que me saludáis gritando: "¡Bendito sea el Cordero de Dios! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!". Si soy Cordero y me reconocéis como tal, si vengo a estar entre vosotras -Yo, Cordero -, vosotras debéis transformaros todas en ovejas mansas, incluso aquellas a las que un lejano, ya lejano dolor de esposa traicionada, inviste de instintos como los de una fiera que defiende su guarida. Yo, siendo Cordero, no podría permanecer entre vosotras si os comportarais como tigres y hienas.

Aquel que viene en el Nombre santísimo de Dios a recoger a justos y a pecadores para conducirlos al Cielo ha ido también adonde la arrepentida y le ha dicho: "Queda limpia. Ve. Expía". Esto lo ha hecho en sábado. De esto se me acusa. Acusación oficial. La segunda acusación es el hecho de haberme acercado a una meretriz - una mujer que fue meretriz; en ese momento no era sino un alma que lloraba su pecado -.

Pues bien, digo: Lo he hecho y seguiré haciéndolo. Traedme el Libro, escrutadlo, estudiadlo, desentrañad su contenido. Encontrad, si os resulta posible, un punto que prohíba al médico atender a un enfermo, a un levita ocuparse del altar, a un sacerdote no escuchar a un fiel... sólo porque sea sábado. Yo, si lo encontráis y me lo mostráis, diré, dándome golpes de pecho: "Señor, he pecado en tu presencia y en presencia de los hombres. No soy digno de tu perdón, pero si Tú quieres mostrarte compasivo con tu siervo, te bendeciré mientras dure mi soplo vital". Porque esa alma era una enferma, y los enfermos tienen necesidad del médico; era un altar profanado y tenía necesidad de ser purificado por un levita; era un fiel que se dirigía a adorar al Templo verdadero del Dios verdadero y tenía necesidad del sacerdote que en él le introdujera. En verdad os digo que Yo soy el Médico, el Levita, el Sacerdote. En verdad os digo que, si no cumplo con mi deber perdiendo siquiera una sola de las almas que sienten anhelo de salvación, no salvándola, Dios Padre me pedirá cuentas y me castigará por esta alma perdida.

Este sería mi pecado, según los grandes de Cafarnaúm; habría podido esperar, para hacerlo, al día siguiente del sábado. Sí. Pero, ¿por qué retardar otras veinticuatro horas la readmisión en la paz de Dios de un corazón contrito? En ese corazón había humildad verdadera, cruda sinceridad, dolor perfecto. Yo leí en ese corazón. La lepra estaba todavía en su cuerpo, mas el corazón ya no la padecía debido al bálsamo de años de arrepentimiento, de lágrimas, de expiación. Ese corazón, para que Dios se acercara a él - sin que esta cercanía contaminase el aura santa que circunda a Dios -, no tenía necesidad sino de que Yo volviera a consagrarlo. Lo he hecho. Ella salió del lago limpia en la carne, sí, pero aún más limpia en el corazón.

¡Cuántos, cuántos de los que han entrado en las aguas del Jordán obedeciendo al mandato del Precursor no han salido tan limpios como ella! Porque el bautismo de éstos no era el acto voluntario, sentido, sincero, de un espíritu que deseara prepararse a mi venida, sino sólo una forma de aparecer perfectos en santidad ante los ojos del mundo; por tanto, era hipocresía y soberbia: dos culpas que aumentaban el cúmulo de culpas preexistentes en su corazón. El bautismo de Juan no es más que un símbolo. Os quiere decir: "Limpiaos de la soberbia humillándoos llamándoos pecadores; de las lujurias, lavándoos sus escorias". Es el alma la que debe ser bautizada con vuestra voluntad, para estar limpia en el banquete de Dios. No existe ninguna culpa tan grande que no pueda ser lavada, primero por el arrepentimiento, luego por la Gracia, finalmente por el Salvador. No hay pecador tan grande que no pueda alzar el rostro humillado y sonreír a una esperanza de redención. Es suficiente su completitud en la renuncia a la culpa, su heroicidad en el resistir a la tentación, su sinceridad en la voluntad de renacer.

Voy a manifestaros una verdad que a mis enemigos les parecería una blasfemia; pero vosotros sois mis amigos. Hablo especialmente para vosotros, mis discípulos ya elegidos, aunque también para todos los que me estáis escuchando. Os digo que los ángeles, espíritus puros y perfectos, que viven en la luz de la Santísima Trinidad, gozosos en ella, dentro de su perfección, padecen - y así lo reconocen - una inferioridad respecto a vosotros, hombres lejanos del Cielo. Su inferioridad es el no poderse sacrificar, no poder sufrir para cooperar en la redención del hombre. Y - ¿qué os parece? - Dios no toma a un ángel suyo para decirle "sé el Redentor de la Humanidad", sino que toma a su Hijo. Y sabiendo que, a pesar de ser incalculable el Sacrificio e infinito su poder, todavía le falta algo - y es bondad paterna que no quiere hacer diferencia entre el Hijo de su amor y los hijos de su poder - a la suma de los méritos destinados a ser contrapuestos a la suma de los pecados que de hora en hora la Humanidad acumula; sabiendo esto, no toma a otros ángeles para colmar la medida y no les dice "sufrid para imitar al Cristo", sino que os lo dice a vosotros, a vosotros, hombres. Os dice: "Sufrid, sacrificaos, sed semejantes a mi Cordero, sed corredores...". ¡Oh..., veo cohortes de ángeles que, dejando por un instante de volar en el éxtasis adorante en torno al Fulcro Trino, se arrodillan, vueltos hacia la tierra, y dicen: "¡Benditos vosotros, que podéis sufrir con Cristo y por el eterno Dios nuestro y vuestro!

Muchos no comprenderán todavía esta grandeza; es demasiado superior al hombre. Pero cuando la Hostia sea inmolada, cuando el Trigo eterno torne a la vida para nunca más morir, después de recogerlo, trillarlo, mondarlo y sepultarlo en las entrañas de la tierra, entonces vendrá el Iluminador superespiritual e iluminará a los espíritus (incluso a los más obtusos, que, a pesar de serlo, hayan permanecido fieles al Cristo Redentor). Entonces comprenderéis que no he blasfemado, sino que os he anunciado la más alta dignidad del hombre: la de ser corredentor, a pesar de que antes no fuera más que un pecador. Mientras tanto preparaos a ella con pureza de corazón y de propósitos. Cuanto más puros seáis, más comprenderéis; porque la impureza - del tipo que sea - es en todo caso humo que obnubila y grava vista e intelecto.

Sed puros. Comenzad a serlo por el cuerpo para pasar al espíritu. Comenzad por los cinco sentidos para pasar a las siete pasiones. Comenzad por el ojo, sentido que es rey y que abre el camino a la más mordiente y compleja de las hambres. El ojo ve la carne de la mujer y apetece la carne. El ojo ve la riqueza de los ricos y apetece el oro. El ojo ve la potencia de los gobernantes y apetece el poder. Tened ojo sereno, honesto, morigerado, puro, y tendréis deseos serenos, honestos, morigerados y puros. Cuanto más puro sea vuestro ojo, más puro será vuestro corazón. Estad atentos a vuestro ojo, ávido descubridor de los pomos tentadores. Sed castos en las miradas, si queréis ser castos en el cuerpo. Si tenéis castidad de carne, tendréis castidad de riqueza y de poder; tendréis todas las castidades y seréis amigos de Dios. No temáis ser objeto de burlas por ser castos, temed sólo ser enemigos de Dios.

Un día oí decir: "El mundo se burlará de ti, considerándote mentiroso o eunuco, si muestras no tender hacia la mujer". En verdad os digo que Dios ha puesto el vínculo matrimonial para elevaros a imitadores suyos procreando, a ayudantes suyos poblando los Cielos. Pero existe un estado más alto, ante el cual los ángeles se inclinan viendo su sublimidad sin poderla imitar. Un estado que, si bien es perfecto cuando dura desde el nacimiento hasta la muerte, no se encuentra cerrado para aquellos que, no siendo ya vírgenes, arrancan su fecundidad, masculina o femenina, anulan su virilidad animal para hacerse fecundos y viriles sólo en el espíritu. Se trata del eunuquismo sin imperfección natural ni mutilación violenta o voluntaria, el eunuquismo que no impide acercarse al altar; es más, que, en los siglos venideros, servirá al altar y estará en torno a él. Es el eunuquismo más elevado, aquel cuyo instrumento amputador es la voluntad de pertenecer a Dios sólo, y conservarle castos el cuerpo y el corazón para que eternamente refuljan con la candidez que el Cordero aprecia.

He hablado para el pueblo y para los elegidos de entre el pueblo. Ahora, antes de entrar a partir el pan y compartir la sal en la casa de Felipe, os bendigo a todos; a los buenos, como premio; a los pecadores, para animarlos a acercarse a Aquel que ha venido a perdonar. La paz sea con todos vosotros.

Jesús desciende de la barca y pasa entre la multitud que se le agolpa en torno. En la esquina de una casa está todavía Mateo, quien ha escuchado desde allí al Maestro, no atreviéndose a más. Cuando llega a ese punto, Jesús se detiene y, como bendiciendo a todos, bendice una vez más, mira a Mateo, y luego reprende la marcha entre el grupo de los suyos, seguido por el pueblo; y desaparece en una casa.

Todo termina.

97

La llamada de Mateo

Una vez más la plaza del mercado de Cafarnaúm, pero en una hora de mayor calor en que el mercado ha terminado ya y sólo hay algunas personas ociosas hablando y unos niños entregados al juego.

Jesús, en medio de su grupo, viene del lago hacia la plaza, acariciando a los niños que le salen al paso e interesándose por sus confidencias.

Una niña enseña un gran arañazo sangrante en la frente y acusa a su hermanito de habérselo hecho.

-¿Por qué has hecho daño a tu hermana? Eso no está bien.

-No lo he hecho adrede. Quería coger esos higos. He tomado un palo, pero era demasiado pesado y se me ha caído encima de mi hermana... Los cogía también para ella.

-¿Es verdad eso, Juana?

-Es verdad.

-Como puedes ver, tu hermano no te ha querido hacer daño. Es más, quería darte una satisfacción. Por tanto, hacéis ahora inmediatamente las paces y os dais un beso. Los buenos hermanitos y los niños buenos no deben conocer nunca el rencor. ¡Venga!...

Los dos niños, llorando, se besan. Lloran los dos: la una por el dolor del arañazo; el otro, por el dolor de haber causado dolor.

Jesús sonríe ante ese beso sazonado de lagrimones.

-¡Eso es! Ahora que veo que sois buenos, os alcanzo los higos... sin el palo.

Claro! Siendo alto, y con un brazo tan largo, llega sin esfuerzo. Coge y distribuye.

Acude una mujer:

-Coge, coge, Maestro. Ahora te traigo pan.

-No. No es para mí. Es para Juana y Tobiolo. Les apetecía.

-¿Y habéis molestado al Maestro por esto? ¡Qué indiscretos! Perdona, Señor.

-Mujer, había una paz que hacer... y la he hecho con el objeto mismo de la guerra: los higos. No obstante, los niños no son nunca indiscretos. A ellos les gustan los higos dulces, y a mí... me gustan sus dulces almas inocentes. Me quitan mucha amargura...

-Maestro... los que no te quieren son los potentados, pero en cambio nosotros, el pueblo, te queremos; y ellos son pocos, mientras que nosotros somos muchos...

-Ya lo sé, mujer. Gracias por tu consuelo. La paz sea contigo. Adiós, Juana. Adiós, Tobiolo. Sed buenos; sin haceros el mal y sin deseároslo. ¿No es verdad?».

-Sí, sí, Jesús - responden los dos pequeñuelos.

Jesús se pone en camino y dice sonriendo:

-Ahora que con la ayuda de los higos donde había nubes se ha restablecido la calma, vamos a... ¿A dónde decís que vamos?

Los apóstoles no lo saben; unos dicen un lugar, otros otro. Pero Jesús niega meneando la cabeza y ríe.

Pedro dice:

-Me rindo. A menos que no lo digas... Hoy tengo ideas pesimistas. Tú no lo has visto, pero al desembarcar estaba Elí, el fariseo... con una cara más larga que de costumbre. ¡Y nos miraba de una forma...!

-Déjalo que mire.

-¡Ya! ¡Claro! Pero te aseguro, Maestro, que para hacer las paces con ése no son suficientes dos higos.

-¿Qué es lo que le he dicho a la madre de Tobiolo?: "He hecho la paz con el mismo objeto de la guerra". Así, trataré de hacer la paz saludando respetuosamente, supuesto que según ellos he ofendido a las personas importantes de Cafarnaúm; así, además, algún otro se sentirá contento.

-¿Quién?

Jesús no responde a la pregunta y continúa diciendo:

-Probablemente no lo lograré, porque falta en ellos la voluntad de establecer la paz; pero, escuchad: si en todos los litigios el más prudente supiera ceder y, en lugar de empeñarse en llevar razón, tratase de conciliar, aunque fuera dividiendo por la mitad lo que - voy a ponerme en este caso - le perteneciera por derecho, el resultado siempre sería mejor y más santo. No siempre uno hace un daño con intención de hacerlo; hay veces que lo hace sin querer. Pensad siempre esto, y perdonad. Elí y los otros creen servir a Dios con justicia actuando como actúan. Con paciencia y constancia, mucha humildad y delicadeza, trataré de persuadirlos de que ha llegado un tiempo nuevo y de que Dios, ahora, quiere ser servido según lo que Yo enseño. La astucia del apóstol es su delicadeza; su arma, la constancia; su éxito está en el ejemplo y la oración en favor de los que van camino de convertirse.

Ya han llegado a la plaza. Jesús va derecho hacia el banco de las tasas, donde Mateo está haciendo sus cuentas y controlando si corresponden con las monedas (las cuales divide por categorías, metiéndolas en saquitos de distinto color y colocando éstos en un arca de hierro). Dos siervos esperan para transportar el arca a otro lugar. En el preciso momento en que la sombra proveniente del alto cuerpo de Jesús se extiende sobre el banco, Mateo alza la cabeza para ver quién es el retardatario que viene a pagar. Pedro, mientras tanto, dice, tirando a Jesús de una manga:

-No hay nada que pagar, Maestro. ¿Qué haces?

Pero Jesús no le hace caso. Mira fijamente a Mateo - el cual se ha puesto en pie inmediatamente con un acto reverente - Otra mirada perforadora - no obstante, ya no se trata de la mirada del juez severo de la otra vez; es una mirada de llamada y de amor - Lo en-vuelve, lo satura de amor. Mateo se pone colorado, no sabe qué hacer, qué decir...

-Mateo, hijo de Alfeo, ha llegado la hora. Ven. ¡Sígueme! - impone Jesús majestuosamente.

-¿Yo? Maestro, ¡Señor! ¿Pero sabes quién soy? Lo digo por ti, no por mí...

-Ven, sígueme, Mateo, hijo de Alfeo - repite más dulce.

-¡Oh!, ¿cómo puedo haber encontrado gracia ante Dios? Yo... Yo...

-Mateo, hijo de Alfeo, Yo te he leído el corazón. Ven, sígueme - La tercera invitación es una caricia.

-¡Enseguida, mi Señor! - Mateo, llorando, sale de detrás del banco, sin ni siquiera ocuparse de recoger las monedas esparcidas encima, ni de cerrar el arca; nada.

-¿A dónde vamos, Señor? - pregunta ya junto a Jesús - ¿A dónde me llevas?

-A tu casa. ¿Quieres recibir en ella al Hijo del hombre?

-¡Oh!... pero... pero ¿qué dirán los que te odian?

-Yo escucho lo que se dice en el Cielo, y allí se dice: "¡Gloria a Dios por un pecador que se salva!", y el Padre dice: "Eternamente la Misericordia se alzarán en los Cielos y se cernirá sobre la Tierra, y, puesto que con un eterno amor, con un perfecto amor, Yo te amo, también contigo uso misericordia". Ven. Y que yendo Yo a tu casa ésta se santifique además de tu corazón.

-Ya la había purificado, por una esperanza que tenía en mi alma... que, no obstante, la razón no podía creer verdadera... ¡Oh, yo con tus santos...! - y mira a los discípulos.

-Sí, con mis amigos. Venid. Os uno. Sed hermanos.

Los discípulos están hasta tal punto estupefactos, que todavía no han encontrado la forma de decir palabra. Caminan en grupo, detrás de Jesús y Mateo, por la plaza toda sol y ya absolutamente vacía de gente y por un breve trecho de calle que arde bajo un sol cegador; no hay ser vivo alguno por las calles, sólo sol y polvo.

Entran en casa. Una hermosa casa, con un amplio portal que da a la calle. Un bonito atrio umbroso y fresco, más allá del cual se ve un vasto patio dispuesto como un jardín.

-Entra, Maestro mío. Traed agua y bebidas.

Los criados vienen con ello. Mateo sale a dar las correspondientes órdenes mientras Jesús y los suyos se refrescan. Luego vuelve.

-Ven, Maestro; la sala es más fresca... Ahora vendrán amigos... Quiero que se haga una gran fiesta. Es mi regeneración... La mía... esta es mi circuncisión verdadera... Tú me has circuncidado el corazón con tu amor... Maestro, será la última fiesta... No

más fiestas para el publicano Mateo, no más fiestas de este mundo... Únicamente la fiesta interior de ser redimido y de servirte a ti... de ser amado por Ti... ¡Cuánto he llorado, cuánto, en estos meses!... Hace ya casi tres meses que lloro... No sabía cómo hacer... quería ir... mas, ¿cómo ir a Ti, que eres Santo, con mi alma sucia?...

-La estabas lavando con el arrepentimiento y con la caridad hacia mí y hacia el prójimo. ¿Pedro? Ven aquí.

Pedro, que de lo asombrado que está aún no ha hablado, se acerca. Los dos hombres, de la misma, más bien avanzada edad, de baja estatura, robustos, están uno frente al otro; y Jesús, entre el uno y el otro, sonriente, hermoso.

-Pedro, muchas veces me has preguntado quién era el desconocido de la bolsa que traía Santiago; hele aquí, lo tienes frente a ti.

-¿Quién? Este lad... ¡Perdona, Mateo! ¿Quién podía pensar que eras tú, que precisamente tú, nuestra desesperación - por tu usura - fueras capaz de arrancarte todas las semanas un pedazo de corazón, dando ese rico óbolo?

-Sé que os he tasado injustamente. Ved, yo me arrodillo ante todos vosotros y os digo: ¡no me arrojéis de vuestra presencia! Él me ha acogido, no seáis más que Él en la severidad.

Pedro, que se encuentra a Mateo a sus pies, lo levanta improvisadamente, a pulso, brusca y afectuosamente:

-¡Vamos! ¡Vamos! Ni a mí ni a los demás. Pídele perdón a Él. Nosotros... ¡bueno hombre!, más o menos somos todos ladrones como tú... ¡Ay! ¡Lo he dicho! ¡Maldita lengua! Es que yo estoy hecho así: lo que pienso, lo digo; lo que tengo en el corazón, lo tengo en los labios. Ven. Vamos a hacer un pacto de paz y de amor - y besa en las mejillas a Mateo.

También lo hacen los demás, con mayor o menor afecto. Digo esto porque Andrés se muestra reservado, por su timidez, y Judas Iscariote como un témpano de hielo (da la impresión, a juzgar por lo antipático y breve que es su abrazo, que estuviera abrazando a un haz de reptiles).

Mateo oye ruido y sale.

-No obstante, Maestro - dice Judas Iscariote - me parece que esto no es prudente. Ya te acusan los fariseos de aquí, y Tú... ¡Un publicano entre los tuyos! ¡Primero una meretriz y luego un publicano!... ¿Has decidido destruirte? Si es así, dilo, que...

-Que nosotros nos vamos, ¿verdad? - termina Pedro irónico.

-¿Quién está hablando contigo?

-Sé que no hablas conmigo, pero yo en cambio sí que hablo con tu señora alma, con tu purísima alma, con tu sabia alma. Ya sé que tú, miembro del Templo, sientes hedor de pecado en nosotros, pobrecillos, que no somos del Templo. Ya sé que tú, judío de pies a cabeza, amalgama de fariseo, saduceo y herodiano, medio escriba y con una pizca de esenio - ¿quieres otras nobles palabras? - te sientes mal entre nosotros, como un espléndido sábalo caído por azar en una red llena de jureles. ¡Qué vas a hacerle! Él nos ha tomado consigo y nosotros... nos quedamos. Si te sientes mal... vete tú. Respiraremos mejor todos: incluso Él, que, ¿lo ves?, está disgustado por mí y por ti; por mí, porque me falta paciencia y... sí, también caridad, pero más contigo, que no entiendes nada, a pesar de toda tu retahíla de nobles atributos, Y que no tienes caridad, ni humildad, ni respeto. No tienes nada, muchacho; sólo una gran vanidad... y quiera Dios que sea inocua.

Jesús ha dejado que Pedro hablase, permaneciendo erguido en pie, severo, con los brazos cruzados, la boca bien apretada y los ojos... poco recomendables. A1 final, dice:

-¿Has dicho todo, Pedro? ¿Tú también has purificado tu corazón del fermento que había dentro? Bien has hecho. Hoy es Pascua de Ázimos para un hijo de Abraham. La llamada del Cristo es como la sangre del cordero sobre vuestras almas, y donde aquélla se encuentra ya no descenderá la culpa. No descenderá si el que la recibe es fiel a ella. Mi llamada es liberación y debe festejarse sin ningún tipo de fermento.

-A Judas, ni una palabra. Pedro se calla avergonzado.

-El huésped vuelve - dice Jesús -, y con amigos; no les mostremos sino virtud. Quien no sea capaz de tanto, que salga. No seáis como fariseos, que oprimen con imposiciones que ellos son los primeros en no observar.

Entra Mateo con otros hombres y comienza el banquete. Jesús está en el centro, entre Pedro y Mateo. Hablan de muchas cosas, y Jesús, con paciencia, explica a éste o a aquél cuanto desean. No faltan quejas respecto a los despreciadores fariseos.

-Bueno, pues acercaos a quien no os desprecie, y actuad de modo que al menos los buenos no puedan despreciaros - responde Jesús.

-Tú eres bueno. ¡Pero estás solo!

-No. Estos son como Yo, y además... está el Padre Dios que ama a aquel que se arrepiente y que quiere volver a ser amigo suyo. Aunque al hombre le faltaran todas las cosas, si le quedara el Padre, ¿no sería ya plena su alegría?

El banquete está ya a los dulces cuando un siervo hace una señal al dueño de la casa y le dice algo.

-Maestro, Elí, Simón y Joaquín solicitan entrar y hablarte. ¿Los quieres ver?

-Claro.

-Pero... mis amigos son publicanos.

-Y ellos vienen para ver exactamente esto. Dejemos que lo vean. No sería útil esconderlo; no lo sería para el bien, porque el mal agrandaría el episodio hasta decir que aquí había también meretrices. Que entren.

Entran los tres fariseos. Miran a su alrededor con una risa maliciosa y hacen ademán de querer empezar a hablar, pero Jesús, que se ha levantado y ha ido a su encuentro junto con Mateo, se les adelanta. Pone una mano sobre el hombro de Mateo y dice:

-Yo os saludo -verdaderos hijos de Israel, y os doy una gran noticia que, sin duda alegrará vuestro corazón de perfectos israelitas. Vosotros deseáis ardientemente que la Ley sea observada por todos los corazones para dar gloria a Dios. Pues aquí tenéis a Mateo, hijo de Alfeo; desde ya no es el pecador, el escándalo de Cafarnaúm. Una oveja sarnosa de Israel se ha curado. ¡Alegraos! Tras él otras ovejas pecadoras se curarán, y vuestra ciudad, por cuya santidad tanto os interesáis, vendrá a ser, como santa, grata al Señor. Él deja todo para servir a Dios. Dad el beso de paz al israelita descarriado que vuelve al -seno de Abraham.

-¿Y retorna con los publicanos? ¿En alegre banquete? ¡Ciertamente, es una conversión propicia! Mira allí, Elí: aquél es Josías, el buscador de hembras.

-Y aquél, Simón de Isaac, el adúltero.

-¿Y aquél? Azarías, el dueño de la casa de juego, en la que romanos y judíos juegan, altercan, se emborrachan y buscan mujeres.

-Pero bueno, Maestro. ¿Sabes al menos quiénes son éstos? ¿Lo sabías?

-Lo sabía.

-¿Y entonces vosotros, vosotros de Cafarnaúm, vosotros, discípulos, por qué lo habéis permitido? ¡Me sorprende, Simón de Jonás!

-¿Y tú, Felipe, conocido también aquí, y tú, Natanael? ¡No salgo de mi asombro! ¡Tú, verdadero israelita! ¿Cómo es que has permitido que tu Maestro comiera con los publicanos y los pecadores?

-¿No existe ya el recato en Israel?- se los ve a los tres completamente escandalizados.

Jesús dice:

-Dejad en paz a mis discípulos. Yo lo he querido, Yo solo.

-¡Claro!, ¡lógico! Cuando uno quiere meterse a santo sin serlo, cae en seguida en errores imperdonables.

-Y cuando se educa a los discípulos al no respeto - todavía me quema la carcajada irreverente que me soltó, a mí, Elí el fariseo, éste, judío y del Templo - no se puede sino no tener respeto por la Ley. Se enseña lo que se sabe.

-Te equivocas, Elí; os equivocáis todos. Se enseña lo que se sabe, es cierto. Y Yo, que sé la Ley, se la enseño a quien no la sabe; por tanto, a los pecadores. Yo sé que vosotros ya sois dueños de vuestra alma. Los pecadores no lo son. Yo busco de nuevo su alma, se la doy de nuevo, para que a su vez me la traigan en el estado en que se encuentra: enferma, herida, sucia, para que Yo la atienda y limpie. Para esto he venido. Son los pecadores quienes tienen necesidad del Salvador, y Yo vengo a salvarlos. Comprendedme... y no me odiéis sin motivo.

Jesús se manifiesta dulce, persuasivo, humilde... Los tres fariseos, por el contrario, son como tres hispídos cardos todo agujijones... y salen con actitudes de disgusto.

-Se han ido... Ahora irán criticándonos por todas partes - murmura Judas Iscariote.

-¡Déjalos! Procura sólo que el Padre no tenga que criticarte. Mateo, no te sientas avergonzado; ni vosotros, amigos suyos. La conciencia nos dice: "No estáis haciendo nada malo". Es suficiente.

Jesús vuelve a sentarse en su lugar y todo termina.

98

Encuentro con la Magdalena en el lago y lección a los discípulos cerca de Tiberíades

Jesús y todos los suyos - ya son trece más Él - están, siete en cada barca, en el lago de Galilea. Jesús va en la barca de Pedro, la primera, junto con Pedro, Andrés, Simón, José y los dos primos. En la otra van los dos hijos de Zebedeo con los demás, o sea, Judas Iscariote, Felipe, Tomás, Natanael y Mateo.

Las barcas avanzan a vela, ligeras, impulsadas por un viento fresco de bóreas que apenas encrespa el agua en muchos, pequeños pliegues ligerísimamente marcados por un hilo de espuma que dibuja un tul sobre el azul turquesa del hermoso lago sereno. Avanzan, dejándose detrás dos estelas que en la base se besan, confundiendo sus espumas joviales en una única risa de aguas, porque casi navegan en conserva (la barca de Pedro apenas unos dos metros más adelante).

De barca a barca, a pocos metros la una de la otra, hay intercambio de palabras y de comentarios que me hacen pensar que los galileos están ilustrando y explicando a los judíos los puntos del lago, con su comercio, con las personalidades que allí residen, las distancias desde el lugar de partida y de llegada, o sea, Cafarnaúm y Tiberíades. Las barcas no pescan, están sólo preparadas para el transporte de las personas.

Jesús está sentado a proa. Se ve claramente que goza de la belleza que lo circunda, del silencio, de todo ese azul puro de cielo y de aguas a las que hacen de anillo márgenes verdes, sembradas de pueblos del todo blancos entre el verdor. Se abstrae de lo que dicen los discípulos, muy hacia delante en la proa, casi echado encima de un atado de velas, con la cabeza frecuentemente inclinada hacia ese espejo de zafiro que es el lago, como si estudiara el fondo y se interesase de cuanto vive en esas aguas limpidísimas. Pero, ¿quién sabe en qué estará pensando?...

Pedro en dos ocasiones le pregunta para saber si el sol le molesta (que, alzado ya del todo desde Oriente, coge en pleno la barca bajo su rayo, aún no abrasador pero sí caliente); otra vez le dice si quiere pan y queso como los demás. Jesús no quiere nada, ni tordo ni pan; y Pedro lo deja en paz.

Un grupito de pequeñas barcas de recreo, casi chalupas pero con gran exuberancia de baldaquinos purpúreos y de blandos almohadones, corta el camino transversalmente a las barcas de los pescadores. Música, carcajadas, perfumes, pasan con ellas.

Están llenas de hermosas mujeres y de vividores romanos y palestinos, pero más romanos, o por lo menos no palestinos, porque alguno debe ser griego; al menos así deduzco de las palabras de un joven delgado, espigado, moreno como una aceituna casi madura, todo peripuesto, con un vestido rojo corto, delimitado en la parte baja por una pesada greca y sujeto a la cintura por un cinturón que es una obra maestra de orfebre:

-¡Hélade es hermosa! Pero ni siquiera mi olímpica patria tiene este azul y estas flores. Ciertamente no asombra que las diosas la hayan abandonado para venir aquí. Deshojemos sobre las diosas, ya no griegas sino judías, las flores, las rosas, los dones...- y esparce sobre las mujeres de su barca pétalos de espléndidas rosas y echa otros en la barca de al lado.

Responde un romano:

-¡Deshoja, deshoja, griego!, que Venus está conmigo. Yo no deshojo, yo cojo las rosas en esta hermosa boca; es más dulce - Y se inclina a besar, en la boca abierta a la risa, a María de Magdala, semiechada sobre los almohadones y con la cabeza rubia apoyada en el regazo del romano.

En este momento ya las barcas grandes tienen literalmente encima a las barcas pequeñas, y por poco no se chocan, o por la impericia de los bogadores o por juego del viento.

-¡Tened cuidado, si queréis seguir viviendo! - grita Pedro enfurecido, mientras vira, dando un golpe de pértiga para evitar la embestida. Insultos de hombres y gritos de susto de las mujeres van de barca a barca.

Los romanos insultan a los galileos diciendo:

-¡Apartaos, perros judíos!

Para Pedro y los demás galileos no cae en saco roto el insulto y Pedro especialmente, rojo como un gallito, erguido en el extremo del borde de la barca, que cabecea fuertemente, con las manos en las caderas, responde con aspereza a romanos, griegos, hebreos y hebreas; es más, a éstas les dedica toda una colección de apelativos honoríficos que dejó en la pluma.

El altercado dura hasta que la maraña de quillas y de remos no se ha disuelto y cada uno sigue por su camino.

Jesús en todo este tiempo no ha cambiado de posición. Ha permanecido sentado, ausente, sin miradas, sin palabras hacía las barcas o hacia sus ocupantes. Apoyado sobre un codo, ha seguido mirando la ribera lejana como si nada sucediese. Le arrojan una flor, incluso; no sé quién; claramente, una mujer, porque oigo una risita femenina acompañar al acto. Pero Él... nada. La flor le va a parar casi en el rostro y cae sobre las tablas, terminando bajo los pies del enfurecido Pedro.

Cuando las barquichuelas están para alejarse, veo que la Magdalena se alza en pie y sigue la indicación que le señala una compañera de vicio, o sea, apunta sus ojos espléndidos hacia el rostro sereno y lejano de Jesús. ¡Cuán lejano del mundo este rostro!...

Dime, Simón - pregunta Judas Iscariote - Responde, tú que eres judío como yo. ¿Esa guapísima rubia que estaba en el regazo del romano, la que se ha puesto en pie hace poco, no es la hermana de Lázaro de Betania?

-No sé nada - responde secamente Simón Cananeo - He vuelto al mundo de los vivos hace poco y esa mujer es joven...

-¡Supongo que no irás a decirme que no conoces a Lázaro de Betania! Sé perfectamente que eres amigo suyo y que has estado donde él con el Maestro.

-¿Y si eso fuera así?

-Dado que es así, digo yo, tienes que conocer también a la pecadora que es hermana de Lázaro. ¡La conocen hasta las tumbas! Hace diez años que da que hablar de sí. Apenas fue púber, comenzó a ser ligera. ¡Pero, desde hace más de cuatro años!... No es posible que ignores el escándalo, aunque estuvieras en el "valle de los muertos". Habló de ello toda Jerusalén. Lázaro se encerró entonces en Betania. Bueno, hizo bien. Nadie habría vuelto a poner el pie en su espléndido palacio de Sión por el que ella pasaba. Quiero decir: ninguno que fuera santo. En los pueblos... ¡Ya se sabe!... Y además, ahora ella está por todas partes, menos en su casa... Ahora está, seguro, en Magdala... Estará metida en algún otro nuevo amor... ¿No contestas? ¿Puedes decirme que no es verdad?

-No rebato. Callo.

-¿Entonces es ella? ¡Tú también la has reconocido!

-La vi entonces, cuando era niña y pura. Ahora vuelvo a verla... No obstante, la reconozco. Impudicamente reproduce la efigie de su madre, una santa.

-Y entonces, ¿por qué casi negabas que fuera la hermana de tu amigo?

-Especialmente si somos honestos tratamos de mantener cubiertas nuestras llagas y las de aquellos que amamos».

Judas se ríe forzosamente.

-Así es, Simón. Y tú eres una persona honesta -observa Pedro.

-¿Tú la habías reconocido? A Magdala, a vender tu pescado, ciertamente vas. ¡Quién sabe cuántas veces la habrás visto!...

-Muchacho, debes saber que cuando uno tiene las espaldas cansadas por un trabajo honesto, las hembras no apetece; se desea sólo el lecho honesto de nuestra esposa.

-¡Ya! Pero, a todos les gusta la buena mercancía; al menos se mira, aunque sólo sea.

-¿Para qué? ¿Para decir: "No es alimento para tu mesa"? No, mira: del lago y del oficio he aprendido varias cosas, y una de ellas es ésta: que pez de agua dulce y de fondo no está hecho para agua salada y curso vortiginoso.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que cada cual debe estar en su lugar, para no morir de mala manera.

-¿Te hacía morir la Magdalena?

-No. Tengo piel dura. Pero... dime: ¿te sientes mal tú?

-¿Yo?... ¡Ni siquiera la he mirado!...

-¡Embustero! Me apostaría algo a que te estabas royendo por no estar en esta primera barca y tenerla más cerca... Incluso me habrías soportado a mí con tal de estar más cerca... Es tan cierto lo que digo, que me honras con tu palabra, por gracia suya, después de tantos días de silencio».

-¿Yo? ¡Pero si ni siquiera me hubiera visto! ^Ella le miraba continuamente al Maestro!

-¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡y dice que no estaba mirándola! ¿Cómo has podido ver a dónde miraba, si no la estabas mirando?

-Todos se ríen ante la observación de Pedro, menos Judas, Jesús y el Zelote.

Jesús pone fin a la discusión - que ha aparentado no oír - preguntándole a Pedro: -¿Aquella es Tiberíades?

-Sí, Maestro; ahora hago la maniobra de acostamiento.

-Espera. ¿Puedes meterte en aquel seno de aguas tranquilas? Quisiera hablaros sólo a vosotros.

-Mido el fondo y te lo sé decir - Pedro introduce una larga pértiga y va lento hacia la ribera - Se puede, Maestro - ¿Me acerco todavía más a la orilla?

-Lo más que puedas. Hay sombra y soledad. Me gusta.

Pedro va casi hasta tocar con la orilla. La tierra está a una distancia de unos quince metros al máximo.

-Ahora tocaría.

-Párate. Y vosotros acercaos lo más posible y escuchad.

Jesús deja su lugar y viene a sentarse en el centro de la barca, sobre un asiento que va de lado a lado; de frente tiene la otra barca, en torno a sí los otros de la suya.

-Escuchad. Os parecerá que Yo de vez en cuando me abstraigo de vuestras conversaciones y que, por tanto, soy un maestro negligente que no está atento a su propio grupo de discípulos. Sabed que mi alma no os deja ni un momento. ¿Habéis visto alguna vez a un médico estudiando a un enfermo que padece un mal aún dudoso y que presenta síntomas que no casan? No lo pierde de vista, después de hacerle un reconocimiento, lo tiene bajo vigilancia, tanto durante el sueño como durante la vigilia, mañana y tarde, cuando calla y cuando habla, porque todo puede ser síntoma y guía para descifrar el morbo escondido y para indicar una terapia. Lo mismo hago Yo con vosotros. Os tengo ligados con hilos invisibles pero sensibilísimos que se injertan en mí y me transmiten hasta las más leves vibraciones de vuestro yo. Dejo que os creáis libres, para que os manifestéis cada vez más conforme a lo que sois, lo cual sucede cuando un escolar, o un maniaco, cree que ya no lo ve quien lo está vigilando.

Vosotros sois un grupo de personas, pero formáis un núcleo, o sea, una cosa sola. Por tanto, sois un complejo que se forma como ente, y que debe ser estudiado en sus características singulares, más o menos buenas, para formarlo, amalgamarlo, quitarle las aristas, enriquecer sus lados poliédricos y hacer de él una única cosa perfecta. Por tanto, Yo os estudio; me sois objeto de estudio incluso cuando dormís.

¿Qué sois vosotros? ¿Qué tenéis que llegar a ser? Vosotros sois la sal de la tierra; tales debéis llegar a ser: sal de la tierra. Con la sal se preservan las carnes de la corrupción y no sólo la carne, sino muchos otros alimentos. Pero, ¿acaso podría la sal salar si no fuera salada? Yo quiero salar el mundo con vosotros, para sazonarlo de sabor celeste. Pero, ¿cómo podéis salar si me perdéis sabor?

¿Qué os hace perder sabor celeste? Lo que es humano. El agua del mar, del verdadero mar, no es buena para beber por lo salada que es ¿no es verdad? Y a pesar de todo, si uno coge una copa de agua de mar y la echa en una hidria de agua dulce, puede beber, porque el agua de mar está tan diluida que ha perdido su acritud. La humanidad es como el agua dulce que se mezcla con vuestra salinidad celeste. Aún más; suponiendo que se pudiera derivar un río del mar e introducirlo en el agua de este lago, ¿acaso podrías volver a encontrar ese hilo de agua salada? No. Habría quedado perdido entre tanta agua dulce. Esto sucede con vosotros cuando hundís vuestra misión, mejor dicho, la sumergís, en mucha humanidad.

Sois hombres. Sí. Lo sé. Pero ¿y Yo quién soy? Yo soy Aquel que tiene consigo toda la fuerza. Y ¿qué hago Yo? Os comunico esta fuerza, puesto que os he llamado. Pero ¿para qué sirve que os la comunique si la desparramáis bajo avalanchas de sentido y de sentimientos humanos?

Vosotros sois, debéis ser, la luz del mundo. Os he elegido: Yo, Luz de Dios, entre los hombres, para continuar iluminando al mundo una vez que haya vuelto al Padre. Pero, ¿podéis iluminar si no sois más que unos candiles apagados o humeantes? No. Es más, con vuestro humo - peor es el humo vagaroso que la absoluta muerte de una mecha - entenebreceis ese vestigio de luz que aún pueden tener los corazones. ¡Oh, desdichados aquellos que buscando a Dios se dirijan a los apóstoles y en vez de luz obtengan humo! Sacarán de ello escándalo y muerte. Ahora bien, los apóstoles indignos recibirán maldición y castigo.

¡Habéis sido llamados para grandes cosas, pero al mismo tiempo tenéis un grande, tremendo compromiso! Acordaos de que aquel a quien más se le da más está obligado a dar. Y a vosotros se os da el máximo, en instrucción y en don. Sois instruidos por mí, Verbo de Dios, y recibís de Dios el don de ser "los discípulos", o sea, los continuadores del Hijo de Dios. Quisiera que esta elección vuestra fuera siempre objeto de vuestra meditación, y que continuarais escrutándoos y sopesándoos... y si uno siente que es apto para ser fiel - no quiero siquiera decir: "si uno no se siente más que pecador e impenitente"; digo sólo: "si uno se siente apto para ser sólo un fiel" - pero no siente en sí nervio de apóstol, que se retire.

El mundo, para sus amantes, es muy vasto, bonito, suficiente, vario. Ofrece todas las flores y todos los frutos aptos para el vientre y para el sentido. Yo no ofrezco más que una cosa: la santidad. Ésta, en la tierra, es la cosa más angosta, pobre, abrupta, espinosa, perseguida que hay. En el Cielo su angostura se vuelve inmensidad; su pobreza, riqueza; su espinosidad, alfombra florida; su escabrosidad, sendero liso y suave; su persecución, paz y beatitud. Pero aquí ser santo supone un esfuerzo heroico. Yo no os ofrezco más que esto.

¿Queréis permanecer conmigo? ¿No os sentís capaces de hacerlo? ¡Oh, no os miréis asombrados o apenados! Aún muchas veces me oiréis hacer esta pregunta. Cuando la oigáis, pensad que mi corazón al hacerla llora, porque se siente herido por vuestra sordera ante la vocación. Examinaos, entonces, y luego juzgad con honestidad y sinceridad, y decidid. Decidid para no ser réprobos. Decid: "Maestro, amigos, me doy cuenta de que no estoy hecho para este camino. Os doy un beso de despedida y os digo: rogad por mí". Mejor es esto que no traicionar. Mejor esto...

-¿Qué decís? ¿A quién, traicionar? ¿A quién? A mí. A mi causa, o sea, a la causa de Dios, porque Yo soy uno con el Padre, y a vosotros. Sí. Os traicionaríais. Traicionaríais vuestra alma, dándosela a Satanás. ¿Queréis seguir siendo hebreos? Pues Yo no os fuerzo a cambiar. Pero no traicionéis. No traicionéis a vuestra alma, al Cristo y a Dios. Os juro que ni Yo ni mis fieles os criticarán, como tampoco os señalarán con el dedo para desprecio de las turbas fieles. Hace poco un hermano vuestro ha dicho una gran palabra: "Nuestras llagas y las de los que amamos uno trata de mantenerlas escondidas". Pues bien, quien se separase sería una llaga, una gangrena que, nacida en nuestro organismo apostólico, se desprendería por necrosis completa, dejando un signo doloroso que con todo cuidado mantendríamos escondido.

No. No lloréis, vosotros, los mejores, no lloréis. Yo no os guardo rencor, ni soy intransigente por veros tan lentos. Os acabo de tomar y no puedo pretender que seáis perfectos. Pero es que ni siquiera lo pretenderé dentro de unos años, después

de decir cien y doscientas veces inútilmente las mismas cosas... Es más, escuchad: pasados unos años, seréis, al menos algunos, menos ardorosos que ahora que sois neófitos. La vida es así... la humanidad es así... Pierde el ímpetu después del arranque inicial. Pero - Jesús se levanta improvisadamente - os juro que Yo venceré. Depurados por natural selección, fortificados por una mezcla sobrenatural, vosotros, los mejores, seréis mis héroes, los héroes del Cristo, los héroes del Cielo. El poder de los Césares será polvo respecto a la realeza de vuestro sacerdocio. Vosotros, pobres pescadores de Galilea, vosotros, ignotos judíos, vosotros, números entre la masa de los hombres presentes, seréis más conocidos, aclamados, venerados, que César, y que todos los Césares que tuvo y que tendrá la tierra. Vosotros conocidos, vosotros benditos en un próximo futuro y en el más remoto de los siglos, hasta el fin del mundo.

Para este sublime destino os elijo, a vosotros, que sois honestos en la voluntad, y para que seáis capaces de él os doy las líneas esenciales de vuestro carácter de apóstoles.

Estad siempre vigilantes y preparados. Vuestros lomos estén ceñidos, siempre ceñidos, y vuestras lámparas encendidas, como es propio de quienes de un momento a otro tienen que partir o acudir al encuentro de uno que llega. Y la verdad es que vosotros sois, seréis, hasta que la muerte os detenga, los incansables peregrinos que van en busca de los errantes; y hasta que la muerte la apague, vuestra lámpara debe ser mantenida alta y encendida para indicar el camino a los extraviados que van hacia el redil de Cristo.

Tenéis que ser fieles al Dueño que os ha colocado en cabeza para este servicio. Será premiado aquel siervo al que el Dueño encuentre siempre vigilante y la muerte sorprenda en estado de gracia. No podéis, no debéis decir: "Soy joven. Tengo tiempo de hacer esto o aquello y luego pensar en el Dueño, en la muerte, en mi alma". Mueren tanto los jóvenes como los viejos, los fuertes como los débiles, y viejos y jóvenes, fuertes y débiles, están igualmente sujetos al asalto de la tentación. Tened en cuenta que el alma puede morir antes que el cuerpo y podéis llevar en vuestro caminar, sin saberlo, un alma putrefacta. ¡Es tan insensible el morir de un alma! Como la muerte de una flor: sin un grito, sin una convulsión... inclina sólo su llama como corola cansada y se apaga. Después, mucho después alguna vez, inmediatamente después otras veces, el cuerpo advierte que lleva dentro un cadáver verminoso, y se vuelve loco de espanto, y se mata por huir de ese connubio... ¡Oh, no huye! Caer exactamente con su alma verminosa sobre un bullir de serpientes en la Gehena.

No seáis deshonestos como intermediarios o leguleyos que se ponen de parte de dos clientes opuestos, no seáis falsos como los politicastos que llaman "amigo" a éste y a aquél, y luego son enemigos de ambos. No penséis actuar de dos modos. De Dios nadie se burla. A Dios no se le engaña. Comportaos con los hombres como os comportáis con Dios, porque una ofensa hecha a los hombres es como si hubiera sido hecha a Dios. Desead ser vistos por Dios como deseáis ser vistos por los hombres.

Sed humildes. No podéis acusar a vuestro Maestro de no serlo. Yo os doy el ejemplo. Haced como hago Yo. Humildes, dulces, pacientes. El mundo se conquista con esto, no con violencia y fuerza. Sed fuertes y violentos contra vuestros vicios, eso sí; arrancadlos de raíz, a costa incluso de dejaros desgarrados pedazos de corazón. Hace unos días os he dicho que vigiléis las miradas, mas no lo sabéis hacer. Os digo: sería mejor que os quedarais ciegos arrancándoos los ojos inmoderados que acabar siendo lujuriosos.

Sed sinceros. Yo soy Verdad en las cosas excelsas y en las humanas. Deseo que también vosotros seáis auténticos. ¿Por qué andarse con engaños conmigo o con los hermanos o con el prójimo? ¿Por qué jugar con engaño? ¿Tan orgullosos como sois, y no tenéis el orgullo de decir: "Quiero que no me puedan considerar mentiroso"? Y sed auténticos con Dios. ¿Creéis que lo engañáis con formas de oraciones largas y vistosas? ¡Pobres hijos! ¡Dios ve el corazón!

Haced el bien castamente. Me refiero también a la limosna. Un publicano ha sabido hacerlo antes de su conversión. ¿Y vosotros no vais a saberlo hacer? Sí, te alabo, Mateo, por la casta ofrenda semanal de la que sólo Yo y el Padre sabíamos que era tuya. Y te cito como ejemplo. Esto también es castidad, amigos. No descubrir vuestra bondad, de la misma forma que no desvestiríais a una hija vuestra adolescente ante los ojos de una multitud. Sed vírgenes al hacer el bien. El acto bueno es virgen cuando resulta exento de connubio con pensamiento de alabanza y de estima, o exento de soberbia.

Sed fieles esposos de vuestra vocación a Dios. No podéis servir a dos señores. El lecho nupcial no puede acoger a dos esposas contemporáneamente. Dios y Satanás no pueden compartir vuestros amorosos abrazos. El hombre no puede, como tampoco lo pueden ni Dios ni Satanás, compartir un triple abrazo en antítesis entre los tres que se lo dan.

Manteneos al margen de hambre de oro, como de hambre de carne; de hambre de carne, como de hambre de poder. Satanás os ofrece esto. ¡Oh, sus falaces riquezas! Honores, éxito, poder, abundancias: mercados obscenos cuya moneda es vuestra alma.

Contentaos con lo poco. Dios os da lo necesario. Basta. Esto os lo garantiza, de la misma forma que se lo garantiza al ave del cielo, y vosotros valéis mucho más que los pájaros. Pero Dios quiere de vosotros confianza y morigeración. Si tenéis confianza, no os defraudará: si tenéis morigeración, su don diario os bastará.

No seáis paganos, siendo, de nombre, de Dios. Paganos son aquellos que, más que a Dios, aman el oro y el poder para aparecer como semidioses. Sed santos y seréis semejantes a Dios eternamente.

No seáis intransigentes. Todos sois pecadores; por tanto, quered ser con los demás como querríais que los demás fueran con vosotros, o sea, llenos de compasión y perdón.

No juzguéis. ¡Oh, no juzguéis! Ya veis - a pesar de que hace poco que estáis conmigo - cuántas veces, siendo inocente, he sido ilícitamente mal juzgado y acusado de pecados inexistentes. El mal juicio es ofensa, y sólo los verdaderos santos no devuelven ofensa por ofensa. Por tanto, absteneos de ofender para no ser ofendidos. Así no faltaréis ni a la caridad, ni a la santa, amable, suave humildad, la enemiga de Satanás junto con la castidad.

Perdonad, perdonad siempre. Decid: "Perdono, Padre, para que Tú perdones mis infinitos pecados".

Hacedos mejores cada hora que pase, con paciencia, con firmeza, con heroicidad. ¿Quién puede deciros que llegar a ser bueno no sea penoso? Es más, os digo: es el mayor entre los esfuerzos. Pero el premio en el Cielo; por tanto, merece la pena consumirse en este esfuerzo.

Y amad. ¡Oh!, ¿qué palabra debería decir para induciros al amor? No existe ninguna que sea adecuada para convertirlos a él, ¡oh, pobres hombres a los que Satanás azuza! Entonces, he aquí que Yo digo: "Padre, acelera la hora del lavacro. Esta tierra está seca. Este rebaño tuyo está enfermo. Pero hay un rocío que puede aplacar la aridez y limpiar. Abre, abre su fuente. Ábreme a mí, ábreme. Padre, Yo ardo por hacer tu deseo, que es el mío y el del Amor Eterno. ¡Padre!, ¡Padre!, Padre! Dirige tu mirada sobre tu Cordero y sé Tú su Sacrificador".

Jesús se manifiesta realmente inspirado. Erguido en pie, con los brazos extendidos en cruz, el rostro hacia el cielo, con el azul del lago detrás, con su vestido de lino, parece un arcángel orante.

Se me anula la visión en el momento de este acto suyo.

En Tiberíades en la casa de Cusa

Veo la hermosa y nueva ciudad de Tiberíades. Que es nueva y rica, me lo dice todo su conjunto: una reestructuración cívica más ordenada que la de otras ciudades palestinas; una totalidad armónica y urbana que no posee ni siquiera Jerusalén.

Hermosas avenidas y calles rectas provistas de un sistema de alcantarillado que hace que aguas y basura no se acumulen por las calles, y vastas plazas con fuentes (las más bonitas hechas de amplios pilones de mármol). Edificios que ya reflejan el estilo de Roma, con espaciosos pórticos. A través de algunos portales abiertos a esta hora de la mañana se ven amplios vestíbulos, peristilos de mármol decorados con valiosos cortinajes, asientos, mesitas; casi todos tienen en su centro un patio enlosado de mármol con un surtidor y macetas marmoleñas llenas de plantas en flor. En definitiva, es una imitación de la arquitectura de Roma bastante bien copiada y ricamente remedada. Las casas más bonitas están en las calles más cercanas al lago: las tres primeras, paralelas a éste, son verdaderamente señoriales; la primera, a lo largo del vial que sigue la dulce curva del lago, es, sin exagerar, espléndida.

Su última parte es una serie de casas de campo, cuya fachada principal da a la otra calle, y que hacia el lago tienen opulentos jardines que descienden hasta recibir el toque de las olas; casi todas tienen un pequeño embarcadero en el que pueden verse barcas de recreo con preciados baldaquinos y asientos purpúreos.

Parece que Jesús ha bajado de la barca de Pedro no en el puerto de Tiberíades sino en algún otro lugar, quizás de los suburbios. Viene caminando por el vial que recorre el margen del lago.

Pregunta Pedro:

-¿Has estado alguna vez en Tiberíades, Maestro?

-Nunca.

-Antipas ha hecho bien las cosas, y a lo grande, para adular a Tiberio. ¡Bien que se ha vendido!

-Me parece más una ciudad de descanso que comercial.

-Los mercados están en la otra parte. No, no, tiene también mucho comercio. Es rica.

-¿Estas casas? ¿Palestinas?

-Sí y no. Muchas son de romanos, pero otras muchas..., a pesar de estar llenas de estatuas y patrañas semejantes, son de hebreos - Pedro suspira y dice entre dientes: «Si nos hubieran arrebatado sólo la independencia... pero es que nos han arrebatado la fe... ¡Nos estamos haciendo más paganos que ellos!

-No por culpa suya, Pedro. Ellos tienen sus costumbres y no nos obligan a hacerlas nuestras. Somos nosotros quienes queremos corrompernos. Por intereses, por moda, por servilismo...

Tienes razón, pero el primero es el Tetrarca...

-Maestro, hemos llegado - dice el pastor José - Ésta es la casa del intendente de Herodes.

Están parados al final del vial, donde éste presenta una bifurcación (el vial, así, viene a ser la segunda de las calles, mientras que las casas de campo quedan entre esta calle y el lago). La casa que ha señalado José es la primera, bellísima, toda rodeada de un jardín florecido. Fragancias y ramas de jazmines y rosas se extienden hasta el lago.

-¿Y aquí está Jonatán?

-Aquí, me han dicho. Es el intendente del intendente. Ha tenido suerte. Cusa no es malo, y reconoce con justicia los méritos de su intendente. Es una de las pocas personas honradas de la corte. ¿Voy a llamarlo?

-Ve.

José se dirige a la alta puerta de entrada. Llama. Acude el portero. Conversan. Veo que José hace un gesto de contrariedad y que el portero asoma su cabeza cenicienta y mira a Jesús; luego pide algo, a lo cual José asiente. Siguen hablando entre sí.

José viene hacia Jesús, que ha estado esperando pacientemente a la sombra de un árbol:

-Jonatán no está. Está en el Alto-Líbano. Ha ido a llevar a aquel aire fresco y puro a Juana de Cusa, que está muy enferma. Dice el criado que ha ido él porque Cusa está en la Corte, y no puede venir después del escándalo de la fuga de Juan el Bautista, y la enferma empeoraba y el médico decía que aquí moriría. No obstante, el criado dice que entres a descansar. Jonatán ha hablado del Mesías niño y también aquí te conocen de nombre y te esperan.

-Vamos.

El grupo se pone en movimiento. De lo cual el portero, que estaba mirando de soslayo, se percata, y llama a los otros domésticos; abre de par en par la puerta de entrada, que hasta ahora había estado entreabierta, y corre con mucho respeto al encuentro de Jesús.

-Derrama, Señor, tu bendición sobre nosotros y sobre esta triste casa. Pasa. ¡Cuánto sentiré Jonatán no haber estado aquí! Verte era su esperanza. Pasa, pasa, y tus amigos contigo.

En el atrio hay criados y criadas de todas las edades, todos ellos respetuosamente inclinados al saludar, no sin un sentimiento de curiosidad. Una viejecita llora en un ángulo.

Jesús entra y bendice con su gesto y su saludo de paz. Le ofrecen refrigerio. Toma asiento y todos se ponen a su alrededor.

-Veo que no os soy desconocido -observa.

-Jonatán nos ha nutrido con tu historia. Jonatán es bueno. Dice serlo sólo porque el beso que te dio lo hizo bueno. Pero también es porque lo es.

-Yo he dado y he recibido besos... pero, como tú dices, sólo en los buenos éstos aumentaron la bondad. ¿No está ahora? Yo venía por él.

-He dicho que está en el Líbano. Allí tiene amigos... Es la última esperanza para la joven ama. Si esto no produce resultados...

La viejecita en su ángulo llora con más fuerza. Jesús la mira con actitud interrogativa.

-Es Ester, la nodriza del ama. Lloro porque no puede resignarse a perderla.

-Ven, madre. No llores así - invita Jesús - Ven aquí, junto a mí. ¡No necesariamente enfermedad significa muerte!

-¡Es muerte, es muerte! ¡Desde que tuvo aquel único parto desafortunado se me está muriendo! ¡Las adúlteras dan a luz secretamente y viven a pesar de todo, y ella, ella que es buena, honesta, un ángel, un verdadero ángel, debe morir!

-Pero, ¿qué tiene ahora?

-Una fiebre que la consume... Es como una lámpara que arde atizada por un fuerte viento... cada día más fuerte, y ella cada vez más débil. Yo deseaba acompañarla, pero Jonatán ha querido criadas jóvenes, porque ella no tiene fuerzas y hay que llevarla como a un peso inerte y yo ya no soy capaz... No soy capaz de eso, pero sí de amarla. La recogí del seno de su madre. Yo era una sirvienta. También estaba casada, y había tenido un hijo hacía un mes. Le di de mamar porque su madre estaba débil y no podía... Yo le hice de madre cuando, apenas sabiendo decir "mamá", se quedó huérfana. Me he llenado de canas y de arrugas velándola en sus enfermedades. Yo la vestí de novia, la conduje al tálamo; he sonreído ante sus esperanzas de madre, lloré con ella ante el recién nacido muerto, he recogido todas las sonrisas y las lágrimas de su vida, le he dado toda sonrisa y consuelo de mi amor... ¡Y ahora se muere y no me tiene cerca!

La anciana da pena. Jesús la acaricia, pero no sirve de nada.

-Escucha, madre, ¿tienes fe?

-¿En ti? Sí.

-En Dios, mujer. ¿Puedes creer que Dios puede todo?

-Lo creo, y creo que Tú, su Mesías, lo puedes. Ya se habla en la ciudad de tu poder. Ese hombre - alude a Felipe - hace tiempo hablaba de tus milagros en la sinagoga. Jonatán le preguntó: "¿Dónde está el Mesías?", y él respondió: "No lo sé". Jonatán me dijo entonces "Si estuviera aquí, te juro que ella se curaría". Pero Tú no estabas aquí... él se ha marchado con ella... y ahora morirá...

-No. Ten fe. Dime exactamente lo que tienes en el corazón: ¿puedes creer que ella no morirá por tu fe?

-¿Por mi fe? ¡Oh!, si la quieres, aquí la tienes. Tómate incluso la vida, mi anciana vida... sólo házmela ver curada.

-Yo soy la Vida. Doy vida y no muerte. Tú le diste la vida un día con la leche de tu pecho. Era una pobre vida que podía terminar. Ahora, con tu fe, le das una vida sin fin. Sonríe, madre.

-Pero ella no está... - la anciana se halla entre la esperanza y el temor - ella no está y Tú estás aquí...

-Ten fe. Escucha. Ahora voy a Nazaret. Estaré allí unos días. Tengo también allí algunos amigos enfermos. Luego voy al Líbano. Si Jonatán vuelve de aquí a seis días, mándalo a Nazaret, a Jesús de José. Si no viene, iré Yo.

-¿Cómo lo vas a encontrar?

-Me guiará el arcángel de Tobías. Tú fortalécete en la fe. No te pido más que esto. No llores más, madre.

Pero la anciana llora con más vehemencia. Está a los pies de Jesús y tiene la cabeza sobre las rodillas divinas, besando la bendita mano y vertiendo lágrimas sobre ella.

Jesús, con la otra mano, la acaricia, y, dado que otros criados, dulcemente, la reprenden porque llorando así se está agotando, Él dice:

-Dejadla. Ahora es llanto de consuelo. Le viene bien. ¿Os alegra a todos el que el ama recupere la salud?

-Es muy buena. Cuando uno es así no es amo, es un amigo y se le quiere. Nosotros la queremos. Créelo.

-Os leo en el corazón. Sed también vosotros cada vez mejores. Yo me pongo en camino. No puedo esperar. Tengo la barca. Os bendigo.

-¡Vuelve, Maestro, vuelve!

-Volveré muchas veces. Adiós. La paz a esta casa y a todos vosotros.

Jesús sale con los suyos acompañado de los criados, que lo aclaman.

-Te conocen más aquí que en Nazaret - observa con tristeza su primo Santiago.

-Uno que ha tenido fe verdadera en el Mesías ha preparado esta casa; para Nazaret Yo soy el carpintero, nada más.

-Y... y nosotros no tenemos la fuerza de predicarte como quien eres...

-¿No la tenéis?

-No, primo. No tenemos el heroísmo de tus pastores.

-¿Lo crees así, Santiago? - Jesús sonríe mirando a su primo, a este primo suyo que tanto se parece a su padre putativo, así, con ojos y pelo de un castaño negro y tez morena pero viva - mientras que la tez de Judas es más pálida, encuadrada entre

la barba negrísima y los cabellos ondulados; Judas tiene ojos de un azul casi violáceo que vagamente recuerdan a los de Jesús - Pues mira, Yo te digo que no te conoces. Tú y Judas sois fuertes.

Los dos primos menean la cabeza.

-Os persuadiréis de que no yerro.

-¿Vamos al mismo Nazaret?

-Sí. Quiero decirle algo a mi Madre y... y hacer aún alguna otra cosa. Quien quiera venir que venga.

Todos quieren ir. Los que están más contentos son los primos:

-Es por nuestro padre y nuestra madre, ¿comprendes?

-Lo comprendo. Pasaremos por Caná y luego iremos allí.

-¿Por Caná? ¡Entonces iremos donde Susana! Nos dará huevos y fruta para papá, Santiago.

-Y también, claro, algo de su buena miel. A él le gusta mucho.

-Y le nutre.

-¡Pobre papá! Sufre mucho. Siente que le falta la vida, como arrancada de raíz... y no quisiera morir... - Santiago le mira a Jesús. Con muda súplica... Pero Jesús hace como si no lo viera - José también murió así, con dolores, ¿verdad?

-Sí - responde Jesús - pero él sufría menos porque estaba resignado.

-Y porque te tenía a ti.

-También Alfeo podría tenerme...

Los dos primos suspiran tristes, y todo termina.

100

En Nazaret en casa del anciano y enfermo Alfeo. No es fácil la vida del apóstol

Jesús va con los suyos por las hermosas colinas de Galilea. Para evitar el sol, que está todavía alto aunque se dirija ya hacia el ocaso, caminan bajo los árboles (la mayor parte olivos).

-Pasada esa prominencia del terreno está Nazaret - dice Jesús - Dentro de poco llegamos. A la entrada de la ciudad nos separaremos. Judas y Santiago irán inmediatamente adonde su padre, como desea su corazón. Pedro y Juan distribuirán a los pobres, que estarán ciertamente junto a la fuente, el óbolo. Yo y los demás iremos a casa para la cena, luego proveeremos para el descanso.

-Nosotros iremos a casa del buen Alfeo. Se lo prometimos la otra vez. Yo, de todas formas, voy a ir sólo para saludarlo. Cedo la cama a Mateo que todavía no está acostumbrado a las incomodidades - dice Felipe.

-No. Tú no, que eres anciano. No lo permito. Hasta ahora he disfrutado de un cómodo lecho, y ¡qué sueños tenía en él!: infernales. Créeme: ahora estoy de tal manera en paz, que aunque me eche sobre piedras tengo la impresión de estar durmiendo entre plumas. Es la conciencia la que hace, o no, dormir - responde Mateo.

Surge una competición de caridad con Mateo entre los discípulos Tomás, Felipe y Bartolomé, que - se entiende - son los que la otra vez estuvieron en casa de este Alfeo (el cual, ciertamente, no es el padre de Santiago, porque éste está hablando con Andrés y dice: «De todas formas habrá un puesto para ti, como la otra vez, aunque mi padre esté más enfermo»).

Vence Tomás:

-Yo soy el más joven del grupo. Yo cedo el lecho. Déjame, Mateo. Poco a poco te acostumbrarás. ¿Crees que me pesa? No. Soy como un enamorado, que piensa: "Estaré sobre el duro suelo, pero estoy cerca de mi amor"- Tomás, hombre de unos treinta y ocho años, ríe jovialmente, y Mateo cede.

Nazaret está ya a pocos metros con sus primeras casas.

-Jesús... nosotros ya nos vamos - dice Judas.

-Idos, idos.

Los dos hermanos se van casi corriendo.

-¡El padre es el padre! - susurra Pedro - Aunque nos ponga mala ira, no por eso deja de ser de nuestra misma sangre, y la sangre tira más que una sogá. Además... me resultan simpáticos tus primos. Son muy buenos.

-Sí, son muy buenos. Y son humildes, hasta el punto de que ni siquiera se estudian para ver en qué medida lo son. Siempre piensan que cometen deficiencias, porque su espíritu ve lo bueno en todos excepto en ellos mismos. Llegarán muy lejos...

Ya están en Nazaret. Algunas mujeres ven a Jesús y lo saludan, como también lo hacen algunos hombres y niños. Pero aquí no se producen las aclamaciones de los otros lugares al Mesías, aquí se trata de amigos que saludan al Amigo que regresa: unos, más expansivamente; otros, menos. En muchos veo también una irónica curiosidad al observar al grupo heterogéneo que acompaña a Jesús, que no es ciertamente un grupo de dignatarios reales ni de pomposos sacerdotes. Sudados, llenos de polvo del camino, vestidos muy modestamente, menos Judas Iscariote, Mateo, Simón y Bartolomé -y los he puesto por orden decreciente de elegancia -, parecen más un grupo de gente modesta de viaje hacia algún mercado que no seguidores de un rey. Rey que, de por sí, manifiesta su regalidad solamente en la imponente estatura y, sobre todo, en la imponente del aspecto.

Camina unos metros y luego Pedro y Juan se separan, yendo hacia la derecha, mientras que Jesús con los demás prosigue hasta llegar a una pequeña plaza llena de niños vocingleros que están alrededor de una pila llena de la que sacan agua las madres.

Un hombre ve a Jesús y hace un gesto de gozoso asombro. Acelera su paso hacia Él y lo saluda:

-¡Bienvenido de nuevo! ¡No te esperaba tan pronto! Ten: besa a mi último nieto. Es el pequeño José. Ha nacido en tu ausencia - y le pasa un niño que tiene en los brazos.

-¿Le has puesto por nombre José?

-Sí. No me olvido de mi casi pariente y, más que pariente, gran amigo. Ya tengo puestos también a los nietos los nombres que más aprecio: Ana, mi amiga de cuando era niño, y Joaquín. Luego María... ¡Oh, qué fiesta cuando nació! Me acuerdo de cuando me la dieron para que la besase y me dijeron: "¿Ves? Aquel hermoso arco iris fue el puente por el cual Ella descendió del Cielo. Los ángeles utilizan ese camino". Verdaderamente era tan bonita, que parecía un angelito... Ahora aquí tienes a José. Si hubiera sabido que ibas a volver tan pronto, te hubiera esperado para la circuncisión.

-Te agradezco tu amor hacia mis abuelos y hacia mi padre y mi Madre. Es un niño muy hermoso. Que sea eternamente justo como el justo José - Jesús le da unos botecitos en sus brazos al pequeñuelo, que dibuja en sus labios risitas llenas de leche.

-Si me esperas voy contigo. Estoy esperando a que se llenen las ánforas. No quiero que mi hija María se fatigue. Es más, mira, voy a hacer esto: les doy los jarros a los tuyos, si los toman, y yo hablo un poco contigo a solas.

-¡Pues claro que los cogemos! ¡No somos reyes asirios! - exclama Tomás, y es el primero en agarrar un jarro.

-Entonces, mirad, María de José no está en su casa, está donde el cuñado, ¿sabes?, pero la llave está en la mía. Que os la den para entrar en casa, o sea... en el taller.

-Sí, sí, id; entrad incluso en casa. Luego voy Yo.

Los apóstoles se marchan y Jesús se queda con Alfeo.

-Quería decirte que... soy verdadero amigo tuyo... y, cuando uno es verdadero amigo y es más viejo y es del lugar, puede hablar. Creo que debo hablar... Yo... no es que quiera aconsejarte... Tú sabes más que yo. Sólo quiero advertirte de que... ¡oh!, no quiero hacer de espía, ni sacarte a la luz defectos de tus familiares, pero, yo creo en ti, Mesías, y... y me duele el ver que dicen que Tú no eres Tú, o sea, el Mesías; que eres un enfermo; que destruyes a la familia y a los familiares. La ciudad... ya sabes... a Alfeo lo consideran mucho y por tanto, la ciudad presta también atención a lo que éstos dicen; y ahora está enfermo, infunde compasión... Algunas veces la compasión incluso sirve para cometer injusticias. Mira, yo estaba presente la tarde en que Judas y Santiago te defendieron y defendieron la libertad suya de seguirte... ¡Qué escena! No sé cómo puede resistir tu Madre. ¿Y la pobre María de Alfeo?... Las mujeres en ciertas situaciones de familia son siempre víctimas.

-Ahora mis primos están donde su padre...

-¿Con su padre? ¡Los compadezco! Ese anciano está completamente fuera de sí y, será la edad y la enfermedad, claro, pero hace cosas de locos. Si no estuviera loco, me daría más pena aún, porque... en ese caso estaría llevando a la perdición a su propia alma.

-¿Crees que tratará mal a los hijos?

-Estoy seguro de ello. Lo siento por ellos y por las mujeres... ¿A dónde vas?

-A casa de Alfeo.

-No, Jesús. No te expongas a que te falten al respeto.

-Mis primos me quieren por encima de sí mismos y es justo que Yo les pague con un amor igual... En esa casa hay dos mujeres a las que quiero... Voy. No te opongas.

Jesús se dirige veloz hacia la casa de Alfeo, mientras el otro se queda pensativo en medio de la calle.

Jesús va veloz. Ya está a la altura del linde del huerto de Alfeo. Llega hasta Él un llanto de mujer y unos gritos desaforados de hombre. Jesús acelera el paso, por el huerto todo verde, en los pocos metros que separan la calle de la casa.

Está ya casi en la entrada cuando se asoma a la puerta su Madre y lo ve.

-¡Mamá.

-¡Jesús!- dos gritos de amor.

Jesús hace ademán de entrar, pero María dice:

-No, Hijo - Y se pone en el umbral con los brazos abiertos y apretando las manos contra las jambas: una barrera de carne y de amor, y repite: «No, Hijo, no lo hagas».

-Déjame, Mamá, no ocurrirá nada - Jesús está tranquilísimo, a pesar de que la acentuada palidez de María lo turbe, como es lógico. Coge su delicada muñeca, separa la mano de la jamba y pasa.

En la cocina, desparramados por el suelo, reducido a una especie de cieno viscoso, están los huevos, los racimos de uvas y el tarro de miel traídos de Caná.

De otra habitación proviene una voz quejumbrosa de anciano, imprecando, acusando, quejándose, en medio de uno de esos arrebatos de cólera seniles que son tan injustos, impotentes, penosos de ver y dolorosos de padecer:

-... ¡Mi casa destruida, convertida en el hazmerreír de toda Nazaret, y yo aquí, solo, sin ayuda, herido en mi sentimiento, en el respeto, padeciendo necesidades!... ¡Eso es lo que te queda, Alfeo, por haber actuado como un verdadero fiel! ¿Y por qué? ¿Por qué? Por un loco. Un loco que vuelve locos a mis hijos necios. ¡Ay, ay, qué dolores!

Se oye también la voz de María de Alfeo, lacrimosa, suplicando:

-¡Cálmate, Alfeo, cálmate! ¿Ves como te perjudicas? Voy a ayudarte a meterte en la cama... Siempre bueno tú, siempre justo... ¿A qué viene esto, contigo, conmigo, con esos pobres hijos?...

-¡Nada! ¡Nada! ¡No me toques! ¡No quiero! ¿Que son buenos esos hijos? ¡Ya!, ¡ya! ¡Cierto, claro! ¡Son dos ingratos! Primero me hinchan a ajeno y luego me traen miel. Me traen huevos y fruta... ¡después de alimentarse con mi corazón! ¡Vete, te digo! ¡Fuera! ¡Que venga María, no tú! Ella tiene maña. ¿Dónde está ahora esa mujer débil que no sabe hacerse obedecer por el Hijo?

María de Alfeo, arrojada de la presencia de éste, entra en la cocina mientras Jesús estaba para entrar en la habitación de Alfeo. Lo ve, se derrumba en sus brazos sollozando desesperada, mientras María, la Virgen, va, humilde y paciente, donde el anciano iracundo.

-No llores, tía; ahora voy Yo.

-¡No! ¡No te dejes insultar! Está como loco. Tiene el bastón. No. Jesús, no. Ha agredido incluso a sus hijos.

-No me hará nada - Y Jesús, con firmeza, si bien dulcemente, aparta a su tía y entra.

̄Paz a ti, Alfeo.

El anciano, que iba a meterse en la cama entre mil quejas y reprensiones a María, «porque no tiene maña» (antes decía que sólo Ella tenía maña), se vuelve como movido por un resorte.

-¿Aquí? ¿Aquí a burlarte de mí? ¿Hasta esto?

-No. A traerte paz. ¿Por qué estás tan inquieto? Te empeoras. Mamá, deja. Lo levanto Yo. No te haré daño ni tendrás que esforzarte. Mamá, levanta las cobijas - Y Jesús coge con cuidado ese montoncillo de huesos que ya está en los estertores, flácido, malo, que llora, mísero, y lo apoya con cuidado, como si fuera un recién nacido, sobre la cama.

-Eso es, así, como hacía con mi padre. Más alto este almohadón, así estarás más alto y respirarás mejor. Mamá, mete aquí, debajo de los riñones, ese de allí, el pequeño; estará más mullido. Ahora así la luz, que no le dé en los ojos pero que deje entrar el aire puro. Eso es, así. Ahora... he visto una tisana al fuego. Tráela, Mamá, Y bien dulce. Estás todo sudado y te estás enfriando. Te sentará bien.

María sale, obediente.

-Yo... yo... ¿Por qué eres bueno conmigo?

-Porque te quiero, como ya sabes.

-Yo te quería... pero ahora...

-Ahora ya no me quieres. Lo sé. Pero Yo te quiero y me basta. Más adelante me querrás...

-Entonces... ¡ay, ay... qué dolores!... entonces, si es verdad que me quieres, ¿por qué ofendes mis canas?

-No te ofendo, Alfeo; de ninguna manera. Te honro.

-“¿Honro?” Soy el hazmerreír de Nazaret... eso es.

-¿Por qué dices eso, Alfeo? ¿En qué te hago hazmerreír?

-En mis hijos. ¿Por qué son rebeldes? Por ti. ¿Por qué se burla la gente de mí? Por ti.

-Dime: si Nazaret te alabara por la condición de tus hijos, ¿sentirías el mismo dolor?

-¡No! Pero Nazaret no me alaba. Me alabaría si verdaderamente tú fueras una persona llamada al éxito. Pero, ¿quién no se echaría a reír de haberme dejado por uno poco menos que demente que va por el mundo atrayéndose hacia sí odios y burlas; un pobre, que convive con los pobres? ¡Pobre casa mía! ¡Pobre casa de David! ¡Cómo acabas! ¡Y yo tenía que vivir tanto, para presenciar esta desventura ¡Verte a ti, vástago último de la gloriosa estirpe, corromperte en una demencia por ser demasiado servil! ¡Ah!, la desventura ha caído sobre nosotros desde el día en que mi apocado hermano se dejó unir a esa mujer insípida pero mandona que lo tuvo dominado en todo. Ya lo dije entonces: `José no ha nacido para casarse. Vivirá infeliz". Y así fue. Él sabía cómo era y nunca había querido oír hablar de matrimonio. ¡Maldita la ley de las huérfanas herederas! ¡Maldito destino! ¡Maldita boda!

La "Virgen heredera" ha vuelto ya con la tisana, a tiempo de oír las jeremiadas de su cuñado. Se la ve todavía más pálida, pero su paciente benevolencia no ha sido perturbada. Se acerca a Alfeo y con una dulce sonrisa le ayuda a beber.

-Eres injusto, Alfeo; pero tienes tanto mal encima, que todo se te perdona - dice Jesús sujetándole la cabeza.

-¡Oh, sí, mucho mal! ¿Dices que eres el Mesías? ¿Haces prodigios? Eso dicen. Si al menos me curases para pagarme por los hijos que te has llevado... Cúrame... y te perdonaré.

-Perdona a tus hijos, comprende su alma y Yo te aliviaré. Si guardas rencor, no puedo hacer nada.

-¿Perdonar?

El anciano se mueve bruscamente; ello, naturalmente, agudiza todos los espasmos, lo cual, de nuevo, lo pone hecho una fiera.

-¿Perdonar? ¡Jamás! ¡Vete! ¡Fuera, si es para decirme esto! ¡Fuera! Quiero morir sin que me molesten más.

Se ve en Jesús un gesto resignado.

-Adiós, Alfeo. Me voy... ¿No me queda más remedio que irme? Tío... ¿no me queda más remedio que irme?

-Si no haces esto que te pido, sí, vete. Di a esas dos serpientes que su anciano padre muere guardándoles rencor.

-No, esto no, no pierdas tu alma. No me ames, si quieres, no me creas el Mesías... pero no odies, no odies, Alfeo.

Ridiculízame, llámame loco... pero no odies.

-Pero, ¿por qué me quieres, si yo te estoy insultando?

-Porque soy eso que tú no quieres reconocer. Soy el Amor. Mamá voy a casa.

-Sí, Hijo mío. Dentro de poco iré yo.

-Te dejo mi paz, Alfeo. Si me necesitas avísame, a cualquier hora, que Yo vendré.

Jesús sale, tranquilo como si no hubiera sucedido nada. Sólo está más pálido.

-¡Oh! Jesús, Jesús. Perdónale - gime María de Alfeo.

-Claro, María. Ni siquiera hay necesidad de hacerlo. A uno que sufre, todo se le perdona. Ahora está ya más calmado. La Gracia obra incluso sin que los corazones lo sepan. Además, está tu llanto Y, por supuesto, el dolor de Judas y Santiago, y su fidelidad a la vocación. Paz a tu acongojado corazón, tía - La besa y sale al huerto para ir a casa.

Cuando está para poner pie en la calle, entran Pedro y, detrás de él, Juan, jadeantes, como quien ha corrido.

-¡Maestro! Pero, ¿qué ha sucedido? Santiago me ha dicho: "Ve corriendo a mi casa. ¿Quién sabe qué trato recibirá Jesús!". ¡No, no es así! Ha entrado Alfeo, el de la fuente, y le ha dicho a Judas: "Jesús está en tu casa", y entonces Santiago ha dicho eso... Tus primos están abatidos. Yo no comprendo nada, pero... te veo... y me siento confortado.

-Nada, Pedro. Un pobre enfermo al que los dolores le hacen ser impaciente. Ya ha terminado todo.

-¡Oh, me alegro! ¿Y tú, por qué estás aquí? - Pedro interpela en tono no muy suave a Judas Iscariote, que también ha venido.

-Me parece que también estás tú.

-Me han pedido que viniera y he venido.

-También yo he venido. Si el Maestro estaba en peligro, y en su patria, yo, que ya lo he defendido en Judea, podía defenderlo también en Galilea.

-Para eso bastamos nosotros. Pero no hay necesidad de ello en Galilea.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Exacto! Su patria lo echa fuera como si se tratase de una comida indigesta. Bien. Me alegro por ti, que te escandalizaste por un pequeño incidente sucedido en Judea, donde no lo conocen. Aquí, sin embargo... - y Judas concluye con un modo de silbar que es un poema de sátira.

-Mira, muchacho. Me siento en pocas condiciones de soportarte. Corta, por tanto, si en algo tienes... algo. Maestro, ¿te han hecho algún daño?

-¡No, hombre, no, Pedro mío! Te lo aseguro. Vamos más deprisa a consolar a mis primos.

Van. Entran en el amplio taller. Judas y Santiago están junto al vasto banco de carpintero: Santiago, en pie; Judas, sentado en un taburete con el codo apoyado en el banco y la cabeza apoyada en la mano. Jesús va hacia ellos sonriente para darles inmediatamente la certeza de que su corazón los ama:

-Alfeo está más sereno ahora. Los dolores se están calmando y todo vuelve a sosearse. Estad tranquilos también vosotros.

-¿Lo has visto? ¿Y a nuestra madre?

-He visto a todos.

Judas pregunta:

-¿También a nuestros hermanos?

-No. No estaban.

-Estaban. No han querido que los vieras. ¡Pero... nosotros! Ni aunque hubiéramos cometido un delito habríamos sido tratados de esa forma. ¡Y nosotros, que volábamos desde Caná por la alegría de volver a verlo y traerle lo que a él le gusta! Lo queremos y... y ya no nos entiende... ya no nos cree.

Judas dobla el brazo y llora con la cabeza sobre el banco. Santiago se muestra más fuerte, pero su rostro manifiesta un interno martirio.

-No llores, Judas. Y tú, no sufras.

-¡Oh! ¡Jesús! Somos hijos... y nos ha maldecido. Pero, aunque esto nos acongoje, no, no volvemos hacia atrás. Somos tuyos, y tuyos seremos, aunque nos amenazaran de muerte para separarnos de ti - exclama Santiago.

-¿Y decías que no eras capaz de heroísmo? Yo lo sabía, pero tú, por ti mismo, ahora lo manifiestas. En verdad, serás fiel incluso contra la muerte. Y tú también.

Jesús los acaricia... pero ellos sufren. El llanto de Judas llena la bóveda de piedra.

Ello me proporciona la manera de ver mejor el alma de los discípulos.

Pedro, cuyo honesto rostro se manifiesta apenado, exclama:

-¡Claro! Es una cosa dolorosa... Cosas tristes. Pero, muchachos - y les da unos pequeños zarandeos con afecto -, no todos pueden merecer esas palabras... Yo... yo me doy cuenta de que he sido una persona afortunada en mi llamada. Esa buena mujer que es mi esposa me dice siempre: "Es como si hubiera sido repudiada, porque tú ya no eres mío. Pero digo: ¡Oh, dichoso repudio!". Decidlo igualmente vosotros. Perdéis un padre, pero ganáis a Dios.

El pastor José, desde su ignorante condición de huérfano, asombrado de que un padre pueda ser motivo de llanto, dice:

-Creía ser el más infeliz porque me falta el padre. Me doy cuenta de que es mejor llorarlo por muerto que por enemigo.

Juan se limita a besar y a acariciar a los compañeros.

Andrés suspira y calla. Se consume por el deseo de hablar, pero, como si de una mordaza se tratara, su timidez se lo impide.

Tomás, Felipe, Mateo, Natanael hablan bajo en un rincón, con el respeto propio de quien se encuentra ante un dolor verdadero. Santiago de Zebedeo ora, apenas perceptiblemente, para que Dios conceda paz.

Simón Zelote - ¡oh, cuánto me agrada su acto! - deja su rincón y viene junto a los dos afligidos, pone una mano sobre la cabeza de Judas, el otro brazo en torno a la cintura de Santiago, y dice:

-No llores, hijo. Él nos lo había dicho a mí y a ti: "Os uno: a ti, que por mí pierdes un padre; a ti, que tienes corazón de padre sin tener hijos". Y no entendimos cuánto había de profecía en esas palabras. Pero Él sabía. Pues os lo ruego: Soy viejo y siempre he soñado con ser llamado "padre"; aceptadme como tal y yo, mañana y tarde, os bendeciré. Os lo ruego: Aceptadme como tal.

Los dos hacen un gesto de aceptación entre sollozos aún más fuertes.

Entra María y corre hasta donde los dos afligidos. Acaricia la cabeza (de un moreno intenso) de Judas, y a Santiago lo acaricia en la mejilla. Está blanca como una azucena.

Judas le toma la mano y la besa, y pregunta: «¿Qué hace?». «Duerme, hijo. Vuestra madre os manda su beso» y los besa a ambos.

La voz áspera de Pedro se deja oír bruscamente:

-Mira, ven aquí un momento, que quiero decirte una cosa - y veo a Pedro que aferra con su robusta mano un brazo de Judas Iscariote y se lo lleva afuera, a la calle; y luego vuelve solo.

-¿A dónde lo has mandado? - pregunta Jesús.

-¿A dónde? A tomar el aire; si no, acababa dándole yo el aire de otra manera... cosa que no he hecho por atención a ti. ¡Ah!..., ¡ahora se está mejor! Quien se ríe ante un dolor es un áspid, y yo a las serpientes las aplasto... Aquí estás Tú... y por eso lo he mandado sólo a la luz de la luna. No digo que no... pero... yo llegaré incluso a ser un escriba, cosa que sólo Dios puede hacer en mí, que apenas sé que estoy en el mundo... pero él ni con la ayuda de Dios será bueno. Te lo asegura Simón de Jonás. Y no me equivoco. ¡No, no te lo tomes a mal! ¡Qué gran alivio para él el librarse de esta tristeza! Su corazón está más reseco que un adoquín bajo el sol de Agosto. ¡Venga, muchachos! Aquí hay una Madre que más dulce que Ella no la tiene ni siquiera el Cielo, aquí hay un Maestro que es más bueno que todo el Paraíso, aquí hay muchos corazones honestos que os aman sinceramente. Las borrascas benefician, hacen caer el polvo. Mañana estaréis más frescos que unas flores, os sentiréis más ligeros que los pájaros, para seguir a nuestro Jesús».

Y en estas simples y buenas palabras de Pedro todo finaliza.

Luego dice Jesús:

«Después de esta visión pondrás la que te di en la primavera de 1944, aquella en que Yo pedía a mi Madre sus impresiones sobre los apóstoles. Llegados a este punto, sus figuras morales han dado ya suficientes destellos para poder poner aquí esa visión sin crear escándalo en nadie. Yo no necesitaba el consejo de nadie. Pero, cuando estábamos solos, mientras los discípulos estaban acá o allá, en familias amigas o por los caseríos cercanos, durante mis estancias en Nazaret, ¡qué dulce me era el hablar y pedir consejo a mi dulce Amiga, mi Madre, y obtener confirmación, de su boca de gracia y sabiduría, en cuanto ya había visto Yo! No he sido nunca sino "el Hijo" para con Ella. Y entre los nacidos de mujer no hubo una madre más "madre" que Ella, en todas las perfecciones de las maternas virtudes humanas y morales, ni hubo hijo más "hijo" que Yo, en el respeto, en la confianza, en el amor.

Y ahora, que también vosotros habéis tenido un mínimo de trato con los Doce, de conocimiento de sus virtudes y de sus defectos, de su carácter, de sus luchas, ¿hay todavía alguno que diga que me fue fácil unirlos, elevarlos, formarlos? ¿Hay todavía alguno que juzgue fácil la vida del apóstol, y, por ser un apóstol, o sea, frecuentemente, por creerse tal, juzgue tener derecho a una vida llana, sin dolores, obstáculos, derrotas? ¿Hay todavía alguno que, por el hecho de que me sirva, pretenda que Yo sea su siervo, y que haga milagros sin interrupción en favor suyo, haciendo de su vida una alfombra florida, fácil, humanamente gloriosa? Mi camino, mi trabajo, mi servicio es la cruz, el dolor, las renunciaciones, el sacrificio. Yo lo hice, háganlo quienes quieren decirse "míos". Esto no va para los Juanes, sino para los doctores insatisfechos y difíciles.

Y digo, para los doctores de la argucia, que he usado el término "tío" y "tía", inusitado en las lenguas palestinas, para aclarar y definir una irrespetuosa cuestión sobre mi condición de Unigénito de María y sobre la Virginitad "pre" y "post" parto de mi Madre, quien me tuvo por espiritual y divino connubio y, repítase una vez más, no conoció otras uniones, ni tuvo otros partos: carne inviolada, la cual ni siquiera Yo laceré, cerrada sobre el misterio de un seno-tabernáculo, trono de la Trinidad y del Verbo Encarnado.

101

Jesús pregunta a su Madre acerca de los discípulos

Ahora veo - aproximadamente dos horas después de la anteriormente descrita - la casa de Nazaret. Reconozco la pequeña habitación del adiós, que da al huerto, donde ahora plantas y árboles están completamente cubiertos de frondas.

Jesús está con María. Sentados el uno junto al otro en el asiento de piedra que está adosado a la casa. Parece que la cena ya ha tenido lugar y que, mientras los otros - si hay otros (yo no veo a ninguno) - se han retirado, Madre e Hijo se deleitan mutuamente en una dulce conversación.

La voz interna me dice que ésa es una de las primeras veces que Jesús vuelve a Nazaret después del Bautismo, después del ayuno del desierto y, sobre todo, de la constitución del Colegio Apostólico.

Él narra a su Madre sus primeras jornadas de evangelización, las primeras conquistas de corazones.

María está pendiente de los labios de su Jesús. Está más delgada, más pálida, como si hubiera sufrido en este tiempo; bajo sus ojos se han excavado dos sombras, como las de quien mucho llora y piensa. Pero ahora está feliz y sonríe. Sonríe acariciando la mano de su Jesús. Se siente feliz de tenerlo ahí, de estar corazón a corazón con Él, en el silencio de la tarde que cae.

Debe de ser verano, porque ya la higuera tiene sus primeros frutos maduros, que llegan incluso hasta la casa, y Jesús, poniéndose en pie, coge algunos de ellos; los más hermosos se los da a su Madre, pelándolos con cuidado y ofreciéndolos en una corona de piel vuelta como si fueran capullos blancos estriados de rojo, en una corola de pétalos: cándidos, dentro; violáceos, fuera. Los ofrece sobre la palma de su mano y sonríe al ver que su Madre los saborea.

Luego, a quemarropa, le pregunta:

-Mamá, ¿has visto a los discípulos? ¿Qué piensas de ellos?

María, que iba a llevarse a la boca el tercer higo, levanta la cabeza, suspende el gesto, se estremece... mira a Jesús.

-¿Qué piensas de ellos, ahora que te los he dado a conocer a todos? - insta Jesús.

-Creo que te quieren y que podrás conseguir mucho de ellos. Juan... ama a Juan como sabes amar. Es un ángel. Yo estoy tranquila cuando pienso que está contigo. También Pedro... es bueno. Más duro, porque es más anciano, pero genuino y

convencido. Y también su hermano. Ellos te quieren tal y como son capaces de hacerlo, por ahora. Más adelante te querrán más. También nuestros primos, ahora que se han convencido, te serán fieles. Pero, el hombre de Keriot... ése no me gusta, Hijo. Su mirada no es límpida y su corazón menos aún; me da miedo.

-Contigo es todo respeto.

-Demasiado respeto. También contigo es todo respeto. Pero no es por ti como Maestro; es por ti como futuro Rey, de quien espera provecho y lustre. En Keriot no era nada, apenas un poco más que los demás. Espera obtener a tu lado un papel de importancia y... ¡Jesús!, no quiero ofender a la caridad, pero pienso, aunque no quiero pensarlo, que, en el caso de que Tú lo defraudes, él no dudará en suplantarte, en tratar de hacerlo. Es ambicioso, ávido y vicioso. Más apto para ser cortesano de un rey terreno que no apóstol tuyo, Hijo mío. Me da miedo! - Y la Mamá mira a su Jesús con dos ojos asustados en su cara pálida.

Jesús suspira. Piensa. Mira a su Madre. Le sonríe para animarla;

-Esto también es necesario, Mamá. Si no fuera él, sería otro. Mi Colegio tiene que representar al mundo, y, en el mundo, no todos son ángeles, ni todos son del temple de Pedro y Andrés. Si eligiera todas las perfecciones, ¿cómo podrían las pobres almas enfermas atreverse a esperar hacerse mis discípulas? Yo he venido a salvar lo perdido, Mamá. Juan de por sí está salvado. Pero, ¿cuántos no lo están!

-No tengo miedo de Leví. Él se ha redimido, porque se ha querido redimir. Ha dejado su pecado junto con su banco de tasador y se ha transformado en un alma nueva para ir contigo. Pero Judas de Keriot, no; es más, el orgullo hace cada vez más suya su vieja alma fea. Pero Tú sabes estas cosas, Hijo. ¿Por qué me las preguntas? Yo no puedo hacer más que orar y llorar por ti. Tú eres el Maestro, maestro también de tu pobre Mamá.

La visión cesa aquí.

102

Encuentro con el ex pastor Jonatán y curación de Juana de Cusa

Los discípulos están detrás, cenando, en el espacioso taller de José. El banco hace de mesa. Todo lo que se requiere para la cena está encima del banco. Pero veo que el taller es también dormitorio. Sobre los otros dos tablones del carpintero hay esteras que los convierten en lechos. Unas yacijas bajas (esteras sobre cañizos) han sido colocadas al pie de las paredes. Los apóstoles hablan entre sí y con el Maestro.

-¿Entonces es verdad que vas a subir al Líbano? - pregunta Judas Iscariote.

-No prometo nunca si luego no voy a mantener, y en este caso lo he prometido dos veces: a los pastores y a la nodriza de Juana de Cusa. He esperado los cinco días que le había dicho y he añadido aún hoy por prudencia. Pero ahora parto. En cuanto salga la Luna nos pondremos en marcha. Será un largo camino, aunque usemos la barca hasta Betsaida. No obstante, será para mi corazón motivo de gozo saludar también a Benjamín y a Daniel. Ya ves qué almas tienen los pastores. ¡Oh!, merece la pena ir a honrarlos; efectivamente, ni siquiera Dios mengua honrando a un siervo suyo, antes bien acrecienta su justicia.

-¡Con este calor!... piensa lo que haces. Lo digo por ti.

-Las noches son ya menos sofocantes. El sol aún durante un poco está en León, y las tormentas hacen menos abrasador el calor. Y, además, os lo repito: no obligo a nadie a venir. Todo espontáneo en mí y en torno a mí. Si tenéis otras ocupaciones o si os sentís cansados, quedaos. Nos volveremos a ver después.

-Eso, Tú lo has dicho. Yo tendría que ocuparme de asuntos de mi casa. Llega el tiempo de la vendimia y mi madre me había rogado que viera a algunos amigos... Ya sabes, yo soy, en el fondo, el cabeza de familia; quiero decir que soy el hombre de mi familia.

Pedro barbotea:

-Menos mal que se acuerda de que la madre es siempre la primera después del padre.

Judas, bien porque no oiga, bien porque no quiera oír, no muestra entender el barboteo, que, por lo demás, Jesús frena con una mirada, mientras Santiago de Zebedeo, sentado al lado de Pedro, le da un tirón de la túnica para que se calle.

-Ve, Judas, ¿cómo no? Es más, debes ir. No se debe desobedecer a la madre.

-Entonces me voy enseguida, con tu permiso. Estaré en Naím con tiempo para encontrar todavía alojamiento. Adiós, Maestro; adiós, amigos.

-Sé amigo de la paz, y merece tener siempre a Dios contigo. Adiós - dice Jesús, mientras los demás se despiden de él al unísono.

No se ve mucha pena al verlo partir; más bien lo contrario... Pedro, quizás por temor a que Judas se arrepienta, le ayuda a apretar los cordones de su talego y a metérselo en bandolera, le acompaña hasta la puerta del taller (que ya estaba abierta, como la otra que da al huerto - sin duda para ventilar la habitación agobiante después

de un día tórrido -), está en la puerta mirándolo marcharse y, cuando lo ve que realmente se aleja, hace un gesto de alegría y de irónico adiós, y vuelve frotándose las manos. No dice nada... ya ha dicho todo. Alguno que ha visto lo sucedido se ríe disimuladamente.

Pero Jesús no lo advierte, porque está escrutando a su primo Santiago, el cual se ha puesto colorado y se ha entristecido, dejando de comer sus aceitunas. Le pregunta:

-¿Qué te pasa?

-Has dicho: "No se debe desobedecer a la madre...". ¿Y nosotros, entonces?

-No sientas escrúpulo. En general se debe hacer así, cuando no se es más que hombre e hijo de una carne; pero, cuando se ha adquirido otra naturaleza y otra paternidad, no. Deben seguirse las prescripciones y deseos de ésta, que es más alta. Judas ha llegado antes de ti y antes que Mateo... pero aún está muy atrás; es necesario que se forme, y lo hará muy lentamente.

Tened caridad con él; ¡ten caridad, Pedro! Yo lo comprendo... pero te digo: ten caridad. Soportar a las personas molestas es una virtud nada común. Úsala.

-Sí, Maestro... pero, cuando lo veo tan... tan... Bien, cállate, Pedro, total... Él entiende... tengo la impresión de ser una vela que está demasiado tirante por el viento... Crujo, me hace crujir este esfuerzo, y se me rompe siempre algo... Ahora bien, Tú sabes, bueno... no sabes, porque como barquero no vales nada... Por tanto te lo digo yo: si a una vela, por demasiada tensión, se le rompen todas las amarras, te juro que le da un voleo tal al inexperto barquero, que lo atonta... Bueno, pues yo siento que... corro el riesgo de que se me rompan todos los lazos... y entonces... Es mejor, sí, que de vez en cuando se vaya él. Así la vela, faltándole el viento, se calma, y a mí me da tiempo de reforzar las amarras.

Jesús calla y menea la cabeza, compadeciendo al justo y fogoso Pedro.

Un estrépito de cascos herrados y un vocerío de chicos llega de fuera.

-¡Aquí es! ¡Aquí es! ¡Para, hombre!

Y, antes de que Jesús y sus discípulos encuentren una explicación, ante el vano de la puerta se presenta el cuerpo oscuro de un caballo humoso de sudor, y baja un hombre; éste se apresura a entrar como un bólido y se postra a los pies de Jesús besándose los con veneración.

Todos miran asombrados.

-¿Quién eres? ¿Qué quieres?

-Jonatán soy.

Responde un grito de José, que, por estar sentado detrás del alto banco, y por lo fulminante de la llegada, no ha podido reconocer al amigo. El pastor corre hasta el hombre postrado:

-¡Tú! ¡Si eres tú!...

-Sí. Adoro a mi adorado Señor. Treinta años de esperanza - ¡oh, larga espera! -, que florecen ahora como flor solitaria de agave; y florecen en un instante, en un éxtasis beato, más beato aún que aquél, lejano. ¡Oh, mi Salvador!

Mujeres, niños y algún hombre, entre los cuales el buen Alfeo de Sara, que tiene todavía un pedazo de pan y queso en la mano, se arremolinan en la entrada y hasta dentro de la espaciosa estancia.

-Álzate, Jonatán. Iba a ir a buscarte, como también a Benjamín y Daniel...

-Lo sé...

-Álzate, para darte el beso que ya he dado a tus compañeros - Le obliga a levantarse y lo besa.

-Lo sé -repite el fornido anciano, de buen porte y buena vestimenta - Lo sé. Ella tenía razón. No era delirio propio de uno que está muriendo. ¡Oh, Señor Dios! ¡Cómo ve el alma y cómo te oye, cuando Tú la llamas! - Jonatán está emocionado.

Pero se repone. No pierde su tiempo. Activo, a pesar de su actitud adorante, se centra en su objetivo:

-Jesús, Salvador y Mesías nuestro, he venido a rogarte que vengas conmigo. He hablado con Ester y me ha dicho... Pero antes, antes Juana había hablado contigo y me había dicho... ¡Oh, no os burléis de un hombre dichoso, vosotros que escucháis, dichoso y angustiado hasta obtener tu "Voy"! Ya sabes que estaba de viaje con la patrona moribunda. ¡Qué viaje! De Tiberíades a Betsaida fue bueno; pero luego, dejada la barca y tomado un carro, a pesar de haberlo acondicionado lo mejor que podía, fue una tortura. Se viajaba despacio y de noche, pero ella sufría. En Cesárea de Filipo estuvo a punto de morir de los vómitos de sangre. Nos detuvimos... A la tercera mañana, hace siete días, me manda llamar. De lo blanca y agotada que estaba, parecía ya muerta. Pero cuando la llamé abrió sus dulces ojos de gacela agonizante y me sonrió. Me indicó con la manita helada que me curvase - porque tiene sólo un hilo de voz - y me dijo: "Jonatán, llévame a casa; pero inmediatamente". Era tan grande el esfuerzo de su orden - ella que es siempre más dulce que una buena niña - que se le colorearon las mejillas y, durante un momento, recobraron el fulgor sus ojos. Continuó diciéndome: "He soñado con mi casa de Tiberíades. Dentro estaba Uno con rostro de estrella, alto, rubio, con ojos de cielo y una voz más dulce que sonido de arpa. Me decía: "Yo soy la Vida. Ven. Vuelve. Te espero para dártela". "Quiero ir". Yo decía: "¡Pero, patrona!... ¡No puedes! ¡Estás mal! Ahora, cuando estés mejor, veremos". Lo consideraba delirio de moribundo. Pero ella se echó a llorar y luego... - es la primera vez que lo ha dicho en estos seis años que la tengo como patrona; e incluso, de ira, se sentó (ella, que no tiene fuerzas para nada) - y luego me dijo: "Siervo, lo quiero. Yo soy tu patrona. ¡Obedece!"; y cayó envuelta en sangre. Creí que moría... y me dije: "Démosle gusto. ¡Muerte por muerte!... No sentiré el remordimiento de no haberla complacido al final, después de haber querido hacerlo siempre". ¡Qué viaje! No quería descansar ella, aparte de las horas entre tercia y sexta. He agotado a los caballos para abreviar. Hemos llegado a Tiberíades esta mañana a la hora de nona. Ester me ha referido... Entonces he entendido que eras Tú quien la había llamado, porque coincidían la hora y el día en que Tú prometías un milagro a Ester y te aparecías al espíritu de mi patrona. Ha querido proseguir en cuanto fue la hora de nona, y a mí me ha mandado adelante... ¡oh, Salvador mío!

-Voy enseguida. La fe merece premio. Quien me desea me tiene. Vamos.

-Espera. He arrojado mientras venía una bolsa a un joven, diciendo: "Tres, cinco, los asnos que queráis, si no tenéis caballos; rápido a la casa de Jesús". Estarán para llegar. Así abreviaremos. Espero encontrarla cerca de Caná. Si al menos...

-¿Qué, Jonatán?

-Si al menos estuviera viva...

-Viva está. Pero, aunque estuviese muerta, Yo soy Vida. 'Aquí está mi Madre.

La Virgen, avisada sin duda por alguien, efectivamente está acudiendo seguida de María de Alfeo.

-Hijo, ¿te vas?

-Sí, Madre. Voy con Jonatán. Ha venido. Sabía que podría dártelo a conocer. Por eso he esperado un día más.

Jonatán ha expresado primero un profundo saludo con los brazos cruzados sobre el pecho. Ahora se arrodilla y realza ligeramente la túnica de María y besa su borde diciendo:

-¡Saludo a la Madre de mi Señor!

Alfeo de Sara dice a los curiosos:

-¿Qué decís a esto? ¿No deberíamos avergonzarnos de ser sólo nosotros quienes no tenemos fe?

Un estrépito numeroso de cascos se oye en la calle. Son los borricos. Creo que son todos los de Nazaret; y son tantos, que bastarían para un escuadrón. Mientras Jonatán escoge los mejores y contrata, pagando sin escatimar, y toma consigo a dos nazarenos con otros borricos (por miedo a que algún animal, por el camino, pierda las herraduras, y para que puedan volver con toda esta rebuznadora caballería asnal), María y la otra María ayudan a cerrar sacos y talegos.

María de Alfeo dice a sus hijos:

-Dejaré aquí vuestras camas, y las acariciaré... Me parecerá estaros acariciando a vosotros. Sed buenos, dignos de Jesús, hijos... y yo... yo me sentiré feliz...» y mientras dice esto vierte gruesos lagrimones.

María ayuda por su parte a su Jesús, y lo acaricia con amor, haciendo mil recomendaciones y encargos para los otros dos pastores libaneses - porque Jesús declara que no volverá antes de encontrarlos.

-Se ponen en marcha. Ha caído la tarde y el cuarto creciente de la Luna se alza ahora. A la cabeza va Jesús con Jonatán; detrás, todos los demás. Mientras están en la ciudad van al paso, porque la gente se arremolina. Pero, en cuanto salen, van al trote, en una caravana sonora de cascos y cascabeles.

-Está en el carro con Ester - explica Jonatán. ¡Oh, patrona mía! ¡Qué alegría, hacerte feliz! ¡Llévate a Jesús! ¡Oh, mi Señor! ¡Tenerte aquí, a mi lado! ¡Tenerte!... Tienes justamente el rostro de estrella que ella te ha visto, y eres rubio y con ojos de cielo, y tu voz es realmente un sonido de arpa... ¡Oh, pero tu Madre!... ¿La vas a llevar a la patrona un día?

-Irá la patrona a Ella. Serán amigas.

-¿Sí?... Sí, puede serlo. Juana está casada y ha sido madre, pero tiene un alma pura como una virgen. Puede estar junto a María bendita.

Jesús se vuelve por una fresca carcajada de Juan, seguida de la de todos los demás.

-Quien provoca la risa soy yo, Maestro. En la barca me siento más seguro que un gato... ¡pero, aquí encima!... ¡Parezco una cuba dejada a su aire sobre el puente de un navío en manos del ábrego! - dice Pedro.

Jesús sonríe y lo anima, prometiendo concluir pronto la trotada.

-No es nada. Si los muchachos se ríen, no es nada malo. Vamos, vamos a llevar la felicidad a esta buena mujer.

Jesús se vuelve una vez más por otra explosión de risas.

Pedro exclama:

-No, esto no te lo digo, Maestro. Y.. ¿por qué no? Sí que lo digo. Estaba diciendo: "nuestro supremo ministro se va a tirar de los pelos, al saber que ha faltado justo cuando se podía pavonear con una dama". Y ellos se ríen. De todas formas es así. Estoy seguro de que, si se lo hubiera imaginado, no hubiera tenido viñas paternas que tutelar.

Jesús no rebate.

Se recorre rápido el camino sobre estos borriquillos bien nutridos. Con el claro de luna dejan atrás Caná.

-Si me permites, te precedo. paro el carro. Los movimientos bruscos la hacen sufrir mucho.

-Ve, sí.

Jonatán pone el caballo al galope.

Siguen y siguen bajo la luz blanca de la Luna. Luego... la forma oscura de un voluminoso carro cubierto, parado en el borde del camino. El asno en que va Jesús, instigado por Él, alcanza un pequeño galope sesgado. Jesús llega al carro. Se apea.

-¡El Mesías! - anuncia Jonatán.

La anciana nodriza se arroja del carro al camino, del camino al polvo.

-¡Oh, sálvala! Se está muriendo.

-Aquí estoy.

Y Jesús sube al carro, donde hay, extendido, un considerable número de almohadones y sobre ellos un cuerpo exiguo. Hay un farolito en un ángulo, y copas y ánforas. Y una joven criada llorando, que está secando el sudor helado de la moribunda. Jonatán acude con uno de los faroles del carro.

Jesús se inclina hacia la mujer decaída, verdaderamente moribunda. No hay diferencia entre el candor del vestido de lino y la palidez, incluso ligeramente azulada, de las manos y del rostro esqueléticos. Sólo las pobladas cejas y las largas pestañas negríssimas proporcionan un color a ese rostro de nieve. Ni siquiera tiene ya ese rojo infausto de los tísicos en los pómulos descarnados. Los labios, semiabiertos por el respiro dificultoso, son apenas una sombra de un rosa violáceo.

Jesús se arrodilla a su lado y la observa. La nodriza le coge una mano y la llama, pero el alma, ya en los umbrales de la vida, no oye nada.

Habiendo llegado los discípulos y los dos jóvenes de Nazaret, se agolpan en torno al carro.

Jesús pone una mano sobre la frente de la moribunda, la cual un momento abre los ojos nublados y vagos para volver a cerrarlos luego.

-Ya no oye nada - gime la nodriza. Y llora con más fuerza.

Jesús hace un gesto:

-Madre, oirá. Ten fe.

Y luego llama:

-¡Juana! ¡Juana! ¡Soy Yo! Soy Yo quien te llama. Soy la Vida. Mírame. Juana.

La moribunda abre con una mirada más viva sus grandes ojos negros, y mira al rostro que hacia ella se ha inclinado. Manifiesta un movimiento de alegría y una sonrisa. Mueve despacio los labios: una palabra que no llega a adquirir sonido.

-Sí, Yo soy. Has venido y Yo he venido, a salvarte. ¿Puedes creer en mí?

La moribunda asiente con la cabeza. Toda la vitalidad está concentrada en la mirada (como también toda la palabra, no pudiendo expresarla de otra manera).

-Pues bien (Jesús, aunque permanezca de rodillas y con la izquierda sobre la frente de ella, se endereza y toma el aspecto de milagro), pues bien, Yo lo quiero, queda curada, levántate.

Quita la mano y se alza en pie.

Una fracción de minuto y Juana de Cusa, sin ningún tipo de ayuda, se sienta, emite un grito, y se arroja a los pies de Jesús gritando con voz fuerte y dichosa:

-¡Oh, amarte, mi Vida! ¡Para siempre! ¡Tuya! ¡Para siempre tuya! ¡Nodriz! ¡Jonatán! ¡Estoy curada! ¡Rápido! ¡Corred a decírselo a Cusa! ¡Que venga a adorar al Señor! ¡Oh, bendíceme, sigue haciéndolo, sigue, sigue! ¡Oh, mi Salvador! - Lloro y río besando los indumentos y las manos de Jesús.

-Te bendigo, sí. ¿Qué más quieres que te haga?

-Nada, Señor. Sólo quererme y dejar que yo te quiera.

-¿Y no querrías un niño?

-¡Oh, un niño!... En tus manos lo dejo, Señor. Yo te abandono todo: mi pasado, mi presente, mi futuro. Te debo todo, todo te doy. Da Tú a tu sierva lo que consideres mejor.

-Entonces, la vida eterna. Sé feliz. Dios te ama. Yo me marcho. Te bendigo y os bendigo.

-No, Señor. Quédate un tiempo en mi casa, que ahora es realmente rosal florido. Permíteme que vuelva a ella contigo... ¡Dichosa de mí!

-Voy. Pero tengo a mis discípulos.

-Mis hermanos, Señor. Juana tendrá, tanto para ellos como para ti, comida y bebida, y todo tipo de refrigerio. ¡Concédemelo.

-Vamos. Que se vuelvan los burros, seguidnos a pie. El camino ya es poco. Iremos lentamente para que podáis seguirnos. Adiós, Ismael y Aser. Despedidme una vez más de mi Madre y de mis amigos.

Los dos nazarenos, estupefactos, parten con sus rebusnadores asnos, mientras el carro emprende el retorno con su carga de alegría, ahora. Detrás van los discípulos en grupo comentando el hecho.

Y todo termina.

103

En los altos del Líbano, donde los pastores Benjamín y Daniel

Jesús camina al lado de Jonatán siguiendo un terraplén verde y por tanto, umbroso. Detrás van los apóstoles hablando entre sí. Pedro separándose de ellos, se adelanta, y, franco como siempre, pregunta a Jonatán:

-¿Pero no era más rápido el camino que va a Cesárea de Filipo? Hemos cogido éste y... ¿cuándo vamos a llegar? ¡Tú con la patrona has ido por aquél!

-Con una enferma, me he atrevido a todo. Date cuenta de que yo soy de un cortesano de Antipas, y Filipo, después de aquel sucio incesto no ve muy bien a los cortesanos de Herodes... Mira, no es por mí por quien temo. Lo que no quiero es crearos dificultades ni enemigos, y menos aún al Maestro. La Tetrarquía de Filipo tiene necesidad de la Palabra, como la tiene la de Antipas; si os odian, ¿cómo podéis...? A1 regreso, si lo veis conveniente, vais por ese camino.

-Alabo tu prudencia, Jonatán. Pero al regreso tengo intención de pasar hacia las tierras fenicias - dice Jesús.

-Están envueltas en las tinieblas del error.

-Tocaré frontera, para recordarles que hay una Luz.

-¿Crees que Filipo se desquitaría en un siervo del perjuicio que le ha causado su hermano?

-Sí, Pedro. Son iguales. Dominados por todos los más bajos instintos, no hacen distinción. Parecen animales y no hombres, créelo.

-Y, sin embargo, teniendo en cuenta que Juan, hablando en nombre de Dios, ha hablado también en su nombre y favor, debería estimarnos, o sea, estimarlo a Él, que es pariente de Juan.

-No os preguntaría ni siquiera de donde venís, ni quiénes sois, viéndoos conmigo - si me reconociera, o si algún enemigo de la casa de Antipas me señalara como siervo de su Procurador - seríais encarcelados inmediatamente. ¡Si supierais cuánto fango hay tras las vestiduras de púrpura! Venganzas, atropellos, delaciones, lujurias y hurtos son la pasta de su alma. ¿Alma?... ¡bien!, llamémosla así. Yo creo que ya no tienen alma. Vosotros mismos podéis verlo: para bien, pero... ¿por qué ha recobrado Juan la libertad? Por una venganza entre dos oficiales de la Corte. Uno, para quitarse de en medio al otro tan favorecido por Antipas, que tenía a Juan en custodia -, por una suma abrió de noche el calabozo... Yo creo que atontó a su rival con un vino drogado, y a la mañana siguiente... el desdichado pagó con su cabeza la evasión del Bautista. Te digo que es un asco.

-¿Y tu patrón está de acuerdo? Me parece bueno.

-Lo es. Pero no puede actuar de otro modo. Su padre y el padre de su padre fueron de la Corte de Herodes el Grande. El hijo lo ha tenido que ser por fuerza. No lo aprueba, pero no puede más que limitarse a mantener a su mujer lejos de esa corte de vicios.

-¿Y no podría decir "me das asco" y marcharse?

-Podría, pero, a pesar de que sea muy bueno, todavía no es capaz de tanto. Eso significaría casi ciertamente la muerte. Y ¿quién quiere morir por honestidad de espíritu llevada a su punto más alto? Un santo como el Bautista. Pero nosotros... ¡pobrecillos!

Jesús, que los ha dejado hablar entre sí, interviene:

-Dentro de no mucho, en todo lugar de la tierra conocida, el número de los santos contentos de morir por esta honestidad hacia la Gracia y por amor a Dios será denso como flores en un prado abrilero.

-¿Sí? Me gustaría saludar a estos santos y decirles: "¡Rogad por el pobre Simón de Jonás!" - dice Pedro.

-Jesús lo mira fijo y sonriente.

-¿Por qué me miras así?

-Porque tú, prestándoles auxilio, los verás, y los verás cuando te lo presten a ti.

- ¿En qué, Señor?

-Para ser la Piedra consagrada por el Sacrificio, sobre la que se celebre y edifique mi Testimonio.

-No te entiendo.

-Entenderás.

Los otros discípulos, que se habían acercado y que han escuchado, cuchichean entre sí.

Jesús se vuelve:

-En verdad os digo que todos seréis probados con uno u otro suplicio: por ahora, el de la renuncia a las comodidades, a los afectos, a las cosas útiles; luego irá siendo una cosa cada vez más vasta, hasta llegar a aquella, excelsa, que os ciña con una diadema inmortal. Sed fieles. Todos vosotros lo seréis. Y obtendréis esto.

-¿Nos matarán los judíos, el Sanedrín acaso, por nuestro amor a ti?

-Jerusalén lava los umbrales de su Templo con la sangre de sus Profetas y sus Santos. Y también el mundo espera ser lavado... Abundan los templos de dioses horrendos. En un futuro serán templos del Dios verdadero y la lepra del paganismo quedará purificada con el agua lustral de la sangre de los mártires.

-¡Oh! ¡Dios Altísimo! ¡Señor! ¡Maestro! ¡Yo no soy digno de tanto!

-¡Soy débil! ¡Le temo al dolor! ¡Oh! ¡Señor!... O despide a tu inútil siervo, o dame fuerza. No querría menoscabar tu imagen, Maestro, con mi ruindad». - Pedro se ha arrojado a los pies del Maestro y le está suplicando verdaderamente con el corazón en la voz.

-Álzate, mi Pedro. No temas. Todavía mucho has de caminar... y llegará la hora en que no quieras sino cumplir el último esfuerzo. Y entonces tendrás todo, del Cielo y de ti mismo. Yo te estaré mirando admirado.

-Tú lo dices... y yo lo creo. ¡Pero soy un tan pobre hombre!

Se ponen de nuevo a caminar...

... y después de una buena interrupción, cuando ya se ha dejado la llanura para encumbrarse hasta la parte alta de un monte boscoso y progresivamente elevado, continúo viendo. Ni siquiera debe ser el mismo día, porque, mientras antes de la interrupción la mañana era ya tórrida, ahora apenas empieza una hermosa aurora que enciende, en todos los tallitos, pequeños diamantes líquidos. Bosques y más bosques de coníferas han quedado abajo, pero sigue habiendo bosques arriba, dominadores desde lo alto, bosques que como verdes catedrales acogen entre sus intercolumnios a los peregrinos incansables.

Este Líbano es verdaderamente una cadena estupenda. No sé si es Líbano todo el complejo o este monte sólo. Sé que veo sierras boscosas erguirse en nudo alto y enredado de crestas y barrancos, de valles y mesetas a lo largo de las cuales discurren, para luego precipitarse abajo, torrentes que parecen cintas de plata ligeramente verde-azul. Aves de todo tipo llenan de cantos y vuelos los bosques de coníferas, que son todo un perfume de resinas en esta hora matutina. Volviendo la mirada hacia abajo - mejor, hacia occidente -, se ve lejos reír el mar, amplio, quieto, solemne, y toda la costa que se extiende hacia el Norte, hacia el Sur, con sus ciudades, sus puertos y los raros cursos de agua que desembocan en el mar y que dibujan, apenas, una coma luciente sobre la tierra árida (con la poca agua suya que el sol del verano seca) y un signo amarillento de dedo en el azul del mar.

-Son hermosos estos lugares -observa Pedro.

-Y no hace tampoco mucho calor - dice Simón.

-Con estos árboles, el sol molesta poco... - añade Mateo.

-¿Han cogido de aquí los cedros del Templo? - pregunta Juan.

-De aquí. Son éstos los bosques que dan las maderas más bellas. El patrón de Daniel y Benjamín tiene muchísimos, además de tener ricos rebaños. Sierran los árboles en el propio lugar y luego los transportan hacia abajo por aquellas acanaladuras o a fuerza de brazos. Trabajo difícil cuando los troncos deben ser usados enteros, como fue el caso del Templo. No obstante, paga bien y hay muchos a su servicio; además es bastante bueno. No es como el feroz Doras.

-¡Pobre Jonás! - responde Jonatán.

-¿Pero cómo es posible que los que están a su servicio sean casi esclavos? Cuando le dije: "Déjale plantado y ven con nosotros, que Simón de Jonás podrá ofrecerte en el peor de los casos un pan", me respondió: "No puedo si no pago mi rescate". ¿Qué historia es ésta?

-Doras - y no sólo él en Israel - habitualmente hace esto: cuando ve que uno que está a su servicio es bueno, lo conduce con aguda astucia a la esclavitud. Le carga en cuenta falsas sumas que el pobre hombre no puede pagar; cuando la suma es suficiente, dice: "Tú eres esclavo mío por deudas".

-¡Qué vergüenza! ¡Y además es fariseo!

-Sí. Jonás mientras tuvo ahorros pudo pagar... luego... Un año el granizo, otro la sequía, el trigo y la uva dieron poco, Doras multiplica el daño por diez... y otra vez por diez. Posteriormente Jonás cayó enfermo debido al excesivo trabajo. Doras le prestó la suma necesaria, pero quiso el doce por uno. Como Jonás no lo tenía, añadió esto al resto. En pocas palabras: pasados unos años, se había acumulado una deuda que le hizo esclavo; y jamás lo dejará marcharse... siempre encontrará otras disculpas y otras deudas... - Jonatán esta triste pensando en su amigo.

-¿Y tu patrón no podía...?

-¿Qué? ¿Hacer que lo trataran como a un ser humano? ¿Pero quién se enfrenta a los fariseos? Doras es uno de los más poderosos: creo que incluso es pariente del Sumo Sacerdote... A1 menos eso se dice. Una vez, cuando le dieron de palos a Jonás hasta dejarlo exánime, y yo lo supe, lloré tanto, que Cusa me dijo: "Pago yo su rescate por hacerte feliz". Pero Doras se le rió delante de su cara y no aceptó nada. ¡Ése!... tiene los campos más ricos de Israel... pero, te lo juro, han sido abonados con la sangre y las lágrimas de sus siervos.

Jesús mira a Simón Zelote y éste mira a Jesús. Ambos están apenados.

-¿Y este de Daniel es bueno?

-A1 menos, humano. Quiere, pero no oprime, y, dado que los pastores son honestos, los trata con amor; son los que mandan en los pastos. A mí me conoce y me respeta porque soy un doméstico de Cusa y... podría serle útil... Pero, Señor, ¿por qué el hombre es tan egoísta?

-Porque el amor fue estrangulado en el Paraíso Terrenal. Yo vengo, no obstante, a aflojar el lazo y a dar nueva vida al amor.

Hemos llegado a la propiedad de Eliseo. Los pastos están aún lejanos, pero a esta hora las ovejas casi siempre están en los apriscos, por el sol. Voy a ver si están.

Y Jonatán se marcha casi corriendo. Vuelve después de un rato con dos pastores entrecanos y robustos, los cuales realmente se precipitan abajo por la pendiente para ir a donde Jesús.

-La paz a vosotros.

-¡Oh! ¡Nuestro Niño de Belén! -dice uno de ellos; el otro: «Bendita seas, Paz de Dios, que has venido a nosotros». Los dos hombres están pronos sobre la hierba. El saludo a un altar no es tan profundo como éste dedicado al Maestro.

-Levantaos. Os devuelvo la bendición, y me alegra hacerlo porque la bendición desciende con gozo sobre quien es digno de ella.

-¡Oh, dignos nosotros!...

-Sí, vosotros, que habéis sido siempre fieles.

-¿Quién no lo habría sido? ¿Quién puede borrar aquella hora? ¿Quién puede decir: "No es verdad lo que vimos"? ¿Quién puede olvidar que Tú nos sonreíste durante meses, cuando, volviendo entre las ovejas al atardecer, te llamábamos y Tú, al son de nuestros caramillos, batías las manitas?... ¿Lo recuerdas, Daniel? Casi siempre vestido de blanco en los brazos de su Madre; te nos mostrabas entre rayos de sol en el prado de Ana, o a la ventana; parecías una flor depositada sobre la nieve del vestido materno.

-Y aquella vez que viniste, dando los primeros pasos, a acariciar un corderito menos rizado que Tú... ¡Qué feliz se te veía! Y nosotros no sabíamos qué hacer de nuestras rudas personas. Habríamos deseado ser ángeles para aparecerte menos burdos...

-¡Amigos míos!, Yo veía vuestro corazón, y eso veo también ahora.

-¡Y nos sonríes como entonces!

-¡Y has venido hasta aquí, donde los pobres pastores!

-Donde mis amigos. Ahora estoy contento. Os he vuelto a encontrar a todos y ya no os perderé. ¿Podéis dar hospedaje al Hijo del hombre y a sus amigos?

-¡Señor! ¿Tú lo pides? No nos falta ni pan ni leche, pero si tuviéramos sólo un bocado te lo daríamos con tal de tenerte con nosotros. ¿Verdad, Benjamín?

-¡Hasta el corazón te daríamos por alimento, nuestro anhelado Señor!

-Vamos, entonces. Hablaremos de Dios...

-Y de tus parientes, Señor. ¡José, tan bueno! ¡María..., oh, la Madre! Fijaos, mirad este narciso bañado de rocío, hermoso y puro con su corola como una estrella adiamantada. Ella, sin embargo... ¡oh, esto no es sino fealdad en comparación con la Madre! Una sonrisa suya era purificación; encontrarla, una fiesta; oírla, santificarse. ¿Te acuerdas de aquellas palabras también tú, Benjamín?

-Sí. Te las puedo repetir, Señor. Porque cuanto Ella nos dijo en los meses en que pudimos oírla está escrito aquí (y se señala el pecho). Es la página de nuestra sabiduría. Nosotros podemos comprenderla porque es palabra de amor y el amor lo entienden todos. Ven, Señor, entra y bendice esta morada feliz.

Entran en una estancia cercana al vasto redil y todo termina.

Aava reconciliada con su marido. Noticias sobre la muerte de Alfeo y sobre el rescate de Jonás.

Jesús se encuentra en esa bellísima ciudad marítima que en el mapa presenta un golfo natural amplio y bien protegido. Este golfo tiene capacidad para muchos navíos, y lo hace aún más seguro un fuerte espigón portuario. Debe ser muy usado incluso militarmente porque veo trirremes romanas con soldados a bordo. Están desembarcando, no sé si por un cambio de turno de tropas o para reforzar la guarnición. El puerto, o sea, la ciudad portuaria, me recuerda vagamente a Nápoles, dominada por los montes vesubianos.

Jesús está sentado dentro de una modesta casa cercana al puerto. Está claro que se trata de una mansión de pescadores - quizás amigos de Pedro, o de Juan, porque veo que ambos se encuentran muy a gusto en la casa y con los que en ella habitan -. No veo al pastor José, y naturalmente, tampoco veo a Judas Iscariote, que está todavía ausente. Jesús habla con

sencillez con los componentes de la familia y con otros que han venido a escucharlo. No es, sin embargo, una predicación como tal, son palabras llanas, de consejo, de consuelo; como sólo Él puede ofrecer.

Vuelve Andrés, que parece que había salido a algún encargo porque trae en sus manos unos panes. Se acerca todo colorado - concentrar la atención sobre él debe suponerle un verdadero suplicio, y, más que decir, bisbisea:

-Maestro, ¿podrías venir conmigo? Se... se trataría de hacer un poco de bien. Sólo Tú puedes.

Jesús se pone en pie sin preguntar ni siquiera qué bien es ése. Sin embargo, Pedro pregunta:

-¿A dónde lo llevas? Está muy cansado. Es la hora de la cena. Lo pueden esperar mañana.

-No... es una cosa que hay que hacer en seguida. Es...

-¡Habla, gacela espantada! ¿Pero vosotros creéis que un hombre hecho y derecho debe ser así?... ¡Parece un pez enmarañado en la red!

Andrés se pone todavía más colorado. Jesús, atrayéndolo hacia sí, lo defiende:

-A mí me gusta así. Déjalo. Tu hermano es como agua salubre. Trabaja en lo profundo y sin hacer ruido. Sale de la tierra como un hilo de agua, pero quien se acerca a él queda curado. Vamos, Andrés.

-Voy también yo. Quiero ver a dónde te lleva - contesta Pedro.

Andrés suplica:

-No, Maestro. Yo y Tú solos. Si hay gente, no se puede... Es cosa de corazones...

-¿Qué pasa? ¿Ahora te dedicas a hacer de paraninfo?

Andrés no le responde a su hermano. Dice a Jesús:

-Un hombre quiere repudiar a su esposa y... y yo he intervenido, pero no sé hacerlo. Si hablas Tú... te saldrá bien, porque el hombre no es malo; es... es... él te lo dirá.

Jesús sale con Andrés sin decir nada más.

Pedro permanece un poco en duda. Luego dice:

-Yo también voy; quiero al menos ver a dónde van.

Y sale, a pesar de que los otros le digan que no lo haga.

Andrés va a torcer por una callecita de aspecto popular. Pedro lo sigue detrás. Se mete por una placita llena de comadres. Y Pedro detrás. Entra en un portal que da a un amplio patio circundado de casitas bajas y pobres - digo portal porque hay un arco, pero la puerta no existe. Y Pedro detrás. Jesús entra en una de estas casitas con Andrés. Pedro se apostó fuera.

Una mujer lo ve y le pregunta:

-¿Eres familia de Aava? ¿Y esos dos también? ¿Habéis venido a llevároslos?

-¡Cállate, cotorra! No me deben ver.

¡Hacer callar a una mujer! Es una cosa difícil. Pedro le lanza una mirada que la fulmina, pero entonces ella va a hablar con otras comadres. El pobre Pedro, en un momento, se encuentra rodeado por un círculo de mujeres, chicos y hombres, que sólo por imponerse silencio unos a otros hacen un rumor que denuncia su presencia. Pedro se consume interiormente, se enfada... pero no sirve de nada.

Del interior de la casa se oye la voz llena, hermosa, serena de Jesús, junto a la voz rota de una mujer y junto a la de un hombre, cerrada, ronca.

-Si ha sido siempre buena esposa, ¿por qué repudiarla? ¿Alguna vez te ha faltado?

-No, Maestro, ¡te lo juro! Lo he querido como a la pupila de mis ojos - gime la mujer.

Y el hombre, breve y duro, dice:

-No, no me ha faltado nada más que en ser estéril; y yo quiero hijos. No quiero la maldición Dios sobre mi nombre.

-Tu mujer no tiene la culpa de serlo.

-Me echa la culpa, a mí y a los míos, como si hubiera sido una traición...

-Mujer, sé sincera. ¿Sabías que eras estéril?

-No. Era y soy en todo como todas. El médico lo ha dicho también. Pero no logro tener hijos.

-¿Ves como no te ha engañado? Ella también sufre por ello. Responde también tú sinceramente: si ella fuese madre, ¿la repudiarías?

-No. Lo juro. No tengo motivo para ello. Sucede que el rabino me lo ha dicho, como también me lo ha dicho el escriba: "La estéril es la maldición de Dios en casa y tú tienes el derecho y el deber de darle libelo de divorcio y no contrariar tu virilidad privándola de hijos" Yo hago lo que la Ley dice.

-No. Escucha. La Ley dice: "No cometas adulterio" y tú estás para cometerlo. El mandamiento inicial es éste y ninguna otra cosa. Y, si, por la dureza de vuestros corazones, Moisés concedió el divorcio, fue para impedir uniones ilícitas y concubinatos odiosos a Dios. Luego, progresivamente, vuestro vicio trabajó sobre la cláusula de Moisés recabando las malvadas cadenas y las homicidas piedras que son las condiciones actuales de la mujer, víctima siempre de vuestro despotismo, de vuestro capricho, de vuestra sordera y ceguera de afectos. Yo te lo digo: No te es lícito hacer lo que pretendes. Tu acto ofende a Dios. ¿Repudió acaso Abraham a Sara? ¿Y Jacob a Raquel? ¿Y Elicana a Ana? ¿Y Manué a su esposa? ¿Conoces al Bautista? ¿Sí? es bien, ¿no fue estéril su madre hasta la vejez y después dio a luz al santo de Dios, así como también la esposa de Manué dio a luz a Sansón, y Ana de Elcana a Samuel, y Raquel a José, y Sara a Isaac? Dios premia la continencia del esposo, su piedad hacia la estéril, su fidelidad al desposorio, y es un premio celebrado por los siglos, así como también da sonrisa al llanto de las estériles que ya no lo son ni se encuentran humilladas, sino que se hallan gloriosas regocijándose de ser madres. No te es lícito ofender el amor de esta mujer. Sé justo y honesto. Dios te premiará más de lo que mereces.

-Maestro, sólo Tú hablas así... Yo no sabía. Había preguntado a los doctores y me habían dicho: "Hazlo". Pero no me dijeron ni una palabra respecto a que Dios premie con dones un acto bueno. Estamos en sus manos... y nos cierran los ojos y el corazón con mano de hierro. No soy malo, Maestro. No te enojas conmigo.

-No te rechazo. Me produces más compasión que esta pobre mujer que está llorando, porque su dolor acabará cuando termine su vida; el tuyo comenzará entonces, y para toda la eternidad. Piénsalo.

-No, no comenzará. No lo quiero. ¿Me juras por el Dios de Abraham que cuanto dices es verdad?

-Yo soy Verdad y Ciencia. Quien cree en mí tendrá en Él justicia, sabiduría, amor y paz.

-Te quiero creer. Sí. Te quiero creer. No sé... siento en ti algo que no hay en los demás. Ahora voy al sacerdote y le digo: "Ya no la repudio. Me quedo con ella, y sólo le pido a Dios que me ayude a sentir menos el dolor de no tener hijos". Aava, no llores. Le diremos al Maestro que vuelva para mantenerme calmado, y tú... sigue queriéndome.

La mujer llora con más fuerza, por el contraste entre el dolor de antes y la alegría actual.

Jesús, por el contrario, sonrío:

-No llores. Mírame. Mírame, mujer.

Ella levanta la cabeza. Mira su rostro luminoso con su rostro lagrimoso.

-Hombre, ven aquí. Ponte de rodillas junto a tu esposa. Ahora yo os bendigo y santifico vuestra unión. Escuchad: "Señor Dios de nuestros padres, que hiciste a Adán del barro y le diste a Eva como compañera para que poblasen de hombres la tierra educándolos en tu santo temor, desciende con tu bendición y tu misericordia, abre y fecunda las entrañas que el Enemigo tenía cerradas para portar a un doble pecado de adulterio y de desesperación. Ten piedad de estos dos hijos, Padre santo, Creador supremo. Hazlos felices y santos. Ella, fecunda como una vid; él, protector como el olmo que la sujeta. Desciende, Vida, a dar vida. Desciende, Fuego, a calentar. Desciende, Poderoso, a obrar. ¡Desciende! Haz que para la fiesta de alabanza por las fecundas mieses del próximo año te ofrezcan su vivo manipulo, su primogénito, hijo consagrado a ti, Eterno, que bendices a quienes esperan en ti.

Jesús ha orado con voz de trueno, con las manos tendidas sobre las dos cabezas inclinadas.

La gente no se contiene más y se arremolina en torno; Pedro en primera línea.

-Levantaos. Tened fe y sed santos.

-¡No te vayas, Maestro! - suplican los dos reconciliados.

-No puedo quedarme. Volveré. Bastantes veces.

-¡No te vayas, no te vayas! ¡Háblanos también a nosotros! - grita 1a multitud.

Pero Jesús bendice pero no se detiene. Promete sólo volver pronto. Y, seguido por una pequeña multitud, se dirige hacia su casa hospitalaria.

-Hombre curioso, ¿qué debería hacer contigo? - pregunta por el camino a Pedro.

-Lo que quieras, pero, ahora ya... yo he estado allí...

Entran en la casa, despiden a la gente, que comenta las palabras que han oído, y se ponen a cenar.

Pedro se siente todavía curioso.

-Maestro, ¿pero realmente tendrán un hijo?

-¿Me has visto alguna vez prometer cosas que no se cumplan? ¿Crees que Yo me permito usar la confianza en el Padre para mentir y provocar desilusiones?

-No... pero... ¿podrías hacer esto con todos los esposas?

-Podría. Pero lo hago sólo donde veo que un hijo puede significar un impulso hacia la santificación. Donde significaría obstáculo, no lo hago.

Pedro se alborota el pelo entrecano y calla.

Entra el pastor José. Está completamente lleno de polvo del camino, como quien hubiera andado mucho.

-¿Tú? ¿Por qué? - pregunta Jesús, después del beso de saludo.

-Tengo cartas para ti. Tu Madre me las ha dado, y una es suya Aquí están.

Y José entrega tres pequeños rollos de una especie de pergamino fino, atados con una cinta. La más voluminosa de las cartas está incluso cerrada con un sigilo, otra tiene sólo el nudo, la tercera muestra un sigilo roto.

-Ésta es de tu Madre - dice José, indicando la que tiene el nudo.

Jesús la desenrolla y la lee; primero en voz baja, luego alto: "A mi amado Hijo, paz y bendición. Ha llegado a mí a la hora prima de las calendas de la luna de Elul un enviado de Betania. Se trata de Isaac, pastor. Le he dado en tu nombre un ósculo de paz, y refrigerio como personal agradecimiento. Me ha traído estas dos cartas que ahora te envío, diciéndome de palabra que el amigo Lázaro de Betania te insta para que condesciendas con lo que te pide. Amado Jesús, mi bendito Hijo y Señor, yo también tendría dos cosas que pedirte. Una, recordarte que me prometiste llamar a tu pobre Mamá para instruir la Palabra; la segunda, que no vengas a Nazaret sin haber hablado conmigo".

Jesús se detiene bruscamente y se alza en pie, yendo a ponerse entre Santiago y Juan. Los abraza estrechamente y termina repitiendo, sin leer, las palabras:

-Alfeo ha vuelto al seno de Abraham la pasada luna llena, con gran duelo de la ciudad...

Los dos hijos lloran sobre el pecho de Jesús, que termina:

...En el último momento te hubiera deseado a su lado, pero Tú estabas lejos. Esto, no obstante, es un consuelo para María, que ve en ello perdón de Dios, y debe dar paz también a mis sobrinos". ¡Habéis oído? Ella lo dice, y Ella sabe lo que dice.

-Dame la carta - suplica Santiago.

-No. Te perjudicaría.

-¿Por qué? ¿Qué puede decir que sea más penoso que la muerte de un padre?...

-Que nos ha maldecido - suspira Judas.

-No. No es eso - dice Jesús.

-Lo dices... para no traspasar nuestro corazón. Pero es así.

-Lee, entonces.

Y Judas lee: «Jesús, te ruego, y conmigo María, que no vengas a Nazaret hasta que el duelo no haya terminado. El amor hacia Alfeo hace injustos a los nazarenos respecto a ti, y tu Madre llora por ello. El buen amigo Alfeo me consuela, y pone calma en el pueblo. Ha tenido mucha resonancia lo que han contado Aser e Ismael de la mujer de Cusa, pero Nazaret es ahora un mar agitado por vientos contrarios. Te bendigo, Hijo mío, y te pido paz y bendición para mi alma. Paz a mis sobrinos. Mamá".

Los apóstoles hacen comentarios y consuelan a los dos hermanos, que están llorando.

Pedro dice:

-¿Y esas, no las lees?

Jesús hace un gesto de asentimiento y abre la de Lázaro. Llama a Simón Zelote. Leen juntos en un ángulo. Luego abren el otro rollo y lo leen también. Debaten. Veo que Simón trata de persuadir de algo a Jesús, pero no lo consigue.

Jesús, con los rollos en la mano, se coloca en medio de la estancia y dice:

-Oíd, amigos. Somos todos una familia y no hay secretos entre nosotros, y, si tener oculto el mal es piedad, dar a conocer el bien es justicia. Oíd lo que escribe Lázaro de Betania: "A1 Señor Jesús paz y bendición, y paz y salud a mi amigo Simón. He recibido tu carta y, como siervo que soy, he puesto mi corazón, mi palabra y todos mis medios a tu servicio para satisfacerte y tener el honor de serte siervo no inútil. He ido a ver a Doras a su castillo de Judea, a rogarle que me vendiera a su siervo Jonás como Tú deseas. Confieso que, si no hubiera sido petición de Simón, amigo fiel, para ti, no habría afrontado a ese chacal burlón, cruel y funesto. Pero por ti, mi Maestro y Amigo, me siento capaz de afrontar hasta incluso a Satanás. Ello porque pienso que quien trabaja para ti te tiene cercano y está, por tanto, protegido. Y ciertamente he recibido ayuda, porque he vencido, contra todas las previsiones. Dura fue la discusión y humillantes las primeras negativas. Tres veces tuve que agachar la cabeza ante este esbirro con poder. Luego me impuso una espera de días. Finalmente, la carta; digna de un áspid. Yo casi no oso decirte: "Cede para conseguir el objetivo", porque él no es digno de tu presencia; pero no hay otra forma. He aceptado en tu nombre y he firmado. Si he hecho mal, repréndeme. No obstante - créeme - he tratado de servirte lo mejor que podía. Ayer ha venido un discípulo tuyo, judío, diciendo que venía en tu nombre a saber si había alguna noticia que llevarte. Ha dicho llamarse Judas de Keriot. No obstante, he preferido esperar a Isaac para entregarle la carta. Y me ha extrañado mucho el que hubieras mandado a otros, sabiendo que todos los sábados viene aquí Isaac, para su reposo sabático. No tengo más que decirte. Sólo, besándote los pies santos, te ruego conducirlos adonde tu siervo y amigo Lázaro, como prometiste. A Simón, salud. A ti, Maestro y Amigo, un ósculo de paz solicitando tu bendición. Lázaro".

Y ahora la otra: "A Lázaro, salud. He decidido. Por una suma doble obtendrás a Jonás. No obstante, pongo estas condiciones, y no pienso cambiar respecto a ellas bajo ningún motivo. Quiero que primero Jonás termine la cosecha de este año, o sea, su entrega se efectuará para la luna de Tisri, al final de la luna. Quiero que venga personalmente a recogerlo Jesús de Nazaret, al cual le pido que entre bajo mi techo, para conocerlo. Quiero pago inmediato a la vista de contrato en regla. Adiós. Doras".

-¡Qué peste! - grita Pedro. Pero, ¿quién paga? Quién sabe lo que pide, y nosotros... ¿estamos siempre sin un centésimo!

-Simón paga. Para darme esta alegría a mí y al pobre Jonás. No adquiere más que una reliquia de hombre, que de ninguna manera le prestará servicio; pero adquiere un gran mérito en el Cielo.

-¿Tú? ¡Oh!

Todos muestran asombro. Hasta los hijos de Alfeo salen de su aflicción por el estupor.

-Él es. Es justo que ello sea conocido.

-Sería también justo saber por qué Judas de Keriot ha ido donde Lázaro. ¿Quién lo había enviado? ¿Tú?

Jesús no le responde a Pedro. Se muestra muy serio y pensativo. Sale de su meditación sólo para decir:

-Preocupaos de que José cene y repose, luego nos retiraremos a descansar. Yo prepararé la contestación para Lázaro...

¿Isaac está todavía en Nazaret?

-Me espera.

-Iremos todos.

-¡Noo! Tu Madre dice...

Todos se agitan.

-Callad. Quiero que sea así. Mi Madre habla con su corazón de amor. Yo juzgo con mi razón. Prefiero hacer esto mientras no esté Judas, y deseo tender la mano amiga a mis primos Simón y José, y llorar con ellos antes de que termine el duelo. Luego volveremos a Cafarnaúm, a Genesaret, al lago en definitiva, esperando al final de la luna de Tisri. Y tomaremos a las Marías con nosotros. Vuestra madre tiene necesidad de amor. Se lo daremos. Y la mía tiene necesidad de paz. Yo soy su paz.

-¿Crees que en Nazaret?.. - pregunta Pedro.

-No creo nada.

-¡Ah, bueno! Porque si le causasen algún daño o algún dolor... ¡se las tendrían que ver conmigo! - dice Pedro todo agitado.

Jesús lo acaricia, pero está absorto en otros pensamientos. Yo diría que está triste. Luego va hacia donde Judas y Santiago, se pone entre los dos y se sienta, teniéndolos abrazados para consolarlos.

Los demás hablan bajo para no turbar su dolor.

En Nazaret por la muerte de Alfeo. Lenta conversión del primo Simón

Atardece en medio de un gran arrebol de ocaso que, como un fuego que se va apagando, se vuelve cada vez más oscuro hasta asumir casi un color violeta rubificado. Una coloración espléndida, rara, que pincela, difuminándose lentamente, el occidente, hasta desaparecer en el cobalto oscuro del cielo donde el oriente avanza cada vez más con sus estrellas y con su arco de luna creciente, ya camino de la segunda fase. Los agricultores acuden raudos a sus casas - las bajas casitas de Nazaret -, que muestran ya los hogares encendidos, por los aros de humo que salen de ellas.

Jesús está para entrar en la ciudad y, contrariamente a cuanto desearían los otros, no quiere que ninguno vaya a avisar a su Madre.

-No va a suceder nada. ¿Por qué intranquilizarla antes? - dice.

Ya está entre las casas. Algún saludo, algún cuchicheo a sus espaldas, algún volverse de espaldas maleducado o dar portazos cuando pasa el grupo apostólico.

La gesticulación de Pedro es un verdadero poema, pero también los demás están un poco inquietos. Los hijos de Alfeo parecen dos condenados: caminan con la cabeza baja a ambos lados de Jesús, observando, no obstante, todo; de vez en cuando se miran asustados, o en su mirar manifiestan temor por Jesús. Él, como si no pasara nada, responde a los saludos con su habitual afabilidad, y se inclina para acariciar a los niños, los cuales, en su simplicidad, no toman parte por éste o por aquél y son siempre amigos de su Jesús, que siempre se muestra tan afectuoso con ellos.

Uno - un tonelito muy regordete que tendrá como mucho cuatro años -, separándose del vestido materno, acude corriendo a su encuentro y le tiende los bracitos diciendo: « ¡Súbeme!» y, dado que Jesús lo complace y lo sube en brazos, éste lo besa con su boquita toda embadurnada del higo que está chupando, y luego lleva su amor hasta el punto de... ofrecerle a Jesús un trocito de higo, diciendo: « ¡Toma! ¡Está bueno!».

Jesús acepta el ofrecimiento y ríe de que ese hombrecito naciente le haya metido el trocito de higo en la boca.

Isaac, cargado de jarros, viene de la fuente. Ve a Jesús, deja los jarros y, corriendo a su encuentro, grita:

-¡Mi Señor! Tu Madre ha vuelto ahora a casa. Estaba donde su cuñada. Pero... - pregunta - ¿recibiste la carta?

-Estoy aquí por este motivo. No digas nada a mi Madre, por ahora. Primero voy a casa de Alfeo.

Isaac, prudente, no dice más que:

-Te obedeceré - y, tomando sus ánforas, va directamente a casa.

-Pongámonos en camino. Vosotros, amigos, nos esperaréis aquí. Estaré poco tiempo en casa de Alfeo.

-¡Nooo! Nosotros no entramos en la casa del luto. Estaremos fuera, eso sí. ¿Verdad? - dice Pedro.

-Pedro tiene razón. Nos tendrás cerca, aunque estemos en la calle.

Jesús cede a la voluntad de todos, pero sonrío y dice:

-No me harán nada. Creedlo. No son malos. Sólo están humanamente exaltados. Vamos.

Llegan a la calle donde está la casa. Llegan a la entrada del huerto. Jesús continúa; detrás, Judas y Santiago.

Jesús llega al umbral de la puerta de la cocina. Dentro, junto al fuego, está María de Alfeo, cocinando y... llorando. En un ángulo, Simón y José, con otros hombres, sentados en grupo. Entre ellos está Alfeo de Sara. Están allí, callados como estatuas. ¿Será costumbre? No lo sé.

-Paz a esta casa y paz al espíritu que la ha dejado.

La viuda emite un grito y hace un movimiento instintivo de cerrarle el paso a Jesús, de ponerse entre Él y los otros. Simón y José se levantan, hoscos y confundidos; pero Jesús no muestra darse cuenta de su actitud hostil. Va hacia los dos hombres (Simón tiene ya sus cincuenta años, y quizás más, a juzgar por el aspecto) extendiendo hacia ellos sus manos en gesto de amorosa iniciativa. Los dos hombres se muestran más turbados que nunca, pero no osan comportarse maleducadamente. Alfeo de Sara tiembla angustiado, sufre visiblemente. Los otros hombres se muestran reservados, en espera de una indicación.

-Simón, tú, ya cabeza de familia, ¿por qué no me recibes afablemente? Vengo a llorar contigo. ¡Cuánto habría deseado estar con vosotros en la hora del duelo! Pero me encontraba lejos, no por culpa mía. Eres justo, Simón. Y lo debes decir.

El hombre sigue con actitud reservada.

-Y tú, José, que tienes un nombre muy estimado por mí, ¿por qué no acoges mi beso? ¿No me permitís llorar con vosotros? La muerte es lazo para los verdaderos afectos. Y nosotros nos quisimos. ¿Por qué ahora debe haber desunión?

-Por ti nuestro padre ha muerto resentido - dice José con dureza.

Y Simón:

-Debías haberte quedado. Sabías que estaba agonizando. ¿Por qué te marchaste? Te quería a su lado...

-No habría podido hacer por él más de cuanto hice. Y vosotros lo sabéis...

Simón, más justo, dice:

-Es verdad. Sé que viniste y que te echó. Pero era un enfermo, un hombre afligido.

-Lo sé. De hecho dije a tu madre y a tus hermanos: "No le guardo rencor, porque comprendo su corazón". Pero por encima de todos está Dios. Y Dios quería este dolor para todos. Para mí que, creedlo, he sufrido como si me hubieran arrancado carne viva; para vuestro padre, que en esta pena ha comprendido una gran verdad, la cual durante toda la vida le había permanecido oscura; para vosotros, que con este dolor tenéis el modo de ofrecer un sacrificio más beneficioso que el becerro inmolado; y para Santiago y Judas, que ahora ya no están menos formados que tú, mi Simón, porque tanto dolor - para ellos es la mayor carga y los oprime como rueda de molino - los ha hecho adultos y de perfecta edad ante los ojos de Dios.

-¿Qué verdad ha visto nuestro padre? Una sola: que su sangre, en la última hora, le era enemiga - rebate José con dureza.

-No. Que el espíritu es más que la sangre. Ha comprendido el dolor de Abraham y por eso Abraham le ha ayudado - responde Jesús.

-¡Ojalá fuera verdad! Pero ¿quién lo asegura?

-Yo, Simón. Y, más que Yo, la muerte de tu padre. ¿No ha anhelado mi presencia? Tú lo has dicho.

-Lo he dicho. Es verdad. Quería que viniera Jesús. Y decía: "¡Al menos que no muera el espíritu! Él puede hacerlo. Lo he rechazado y no volverá. ¡Oh, muerte sin Jesús, qué horror eres! ¿Por qué le obligué a irse?". Sí, esto decía, como también: "Él me preguntó muchas veces: ¿Debo marcharme?" y yo lo eché. Ahora ya no vuelve". Te anhelaba, te anhelaba. Tu Madre te mandó recado, pero no te encontraron en Cafarnaúm y él lloró mucho, y con sus últimas fuerzas tomó la mano de tu Madre y quiso tenerla cercana. A duras penas podía hablar, pero decía: "La Madre es un poco el Hijo. Me agarro a su Madre para tener algo de Él, porque tengo miedo de la muerte". ¡Pobre padre mío!

Se produce una escena oriental de gritos y actos de dolor, en la que todos toman parte; también Santiago y Judas, que se han atrevido a entrar. Jesús, que solamente llora, es el más tranquilo.

-¿Lloras? ¡Entonces lo querías? - pregunta Simón.

-¡Simón! ¿Lo preguntas? Si hubiera podido, ¿crees que habría permitido este dolor suyo? Yo estoy con el Padre, pero no por encima del Padre.

-Curas a los moribundos, y a él no lo curaste - dice ásperamente José.

-No creía en mí.

-Esto es verdad, José - observa su hermano Simón.

-No creía y tampoco deponía el rencor. Yo no puedo hacer nada donde hay incredulidad y odio. Por eso, os digo: no sigáis odiando a vuestros hermanos. Vedlos. Que su congoja no resulte gravada por vuestro rencor. Vuestra madre está más acongojada por este odio vivo que por la muerte, que termina en sí misma, y en vuestro padre termina en la paz porque su deseo de mí le significó perdón de Dios. Ni hablo de mí, ni abogo por mí. Yo estoy en el mundo, pero no soy del mundo. Aquel que dentro de mí vive me compensa lo que el mundo me niega; sufro con mi humanidad, pero elevo el espíritu por encima de la tierra y siento júbilo por las cosas celestes. ¡Pero ellos!... No faltéis a la ley del amor y de la sangre. Amaos. En Santiago y Judas no existe ofensa a la sangre. Pero, aun en el caso de que existiera, perdonad. Mirad con ojo justo las cosas y veréis que los más ofendidos han sido ellos, incomprendidos en las necesidades del alma raptada por Dios. Y a pesar de todo no guardan rencor, sino que sólo desean el amor. ¿No es verdad, primos?

Judas y Santiago, a los cuales la madre tiene estrechamente abrazados, asienten entre lágrimas.

-Simón, eres el mayor, da ejemplo...

-Yo... por mí... Pero el mundo... pero Tú...

-¡Oh, el mundo! Olvida y cambia a cada amanecer... Y Yo... Ven, dame tu beso fraterno. Yo te quiero. Esto lo sabes. Despójate de estas escamas que te hacen duro y no son tuyas sino que te vienen de persona a ti ajena y menos justa que tú. Tú juzga siempre con tu recto corazón.

Simón, todavía un poco reticente, abre los brazos. Jesús lo besa y luego lo conduce adonde sus hermanos. Se besan entre llanto y lamentos.

-Ahora tú, José.

-No. No insistas. Tengo presente el dolor de nuestro padre.

-En verdad tú lo perpetúas con tu rencor.

-No importa. Soy fiel.

Jesús no insiste. Se vuelve hacia Simón:

-La tarde está avanzada. Pero, si quisieras... Nuestro corazón arde por el deseo de venerar sus restos mortales. ¿Dónde está Alfeo? ¿Dónde le habéis puesto?

-Detrás de la casa. Donde el olivar cesa contra el barranco. Un sepulcro digno.

-Te lo ruego. Llévame. María, sé fuerte. El esposo exulta porque ve a sus hijos en tu seno. Quedaos. Yo voy con Simón. ¡Estad en paz! ¡Estad en paz! José, te digo a ti cuanto dije a tu padre: "No hay rencor en mí. Te quiero. Cuando quieras que venga, llámame. Vendré a llorar contigo. Adiós".

Y Jesús sale con Simón...

Los apóstoles miran de reojo con curiosidad, pero se sienten contentos al ver a Jesús y Simón en armonía.

-Venid también vosotros - dice Jesús - Son mis discípulos, Simón. Ellos también desean honrar a tu padre. Vamos.

Van por el olivar y todo termina.

Dice Jesús a María Valtorta:

Como ves, Simón - menos obstinado - se rindió, si no completamente sí al menos en parte, a la justicia, con santa prontitud. Es cierto que no se hizo discípulo mío, y menos aún apóstol - como en tu ignorancia lo llamaste hace ahora un año -, enseguida, después de este encuentro por la muerte de Alfeo, pero sí, al menos, espectador no enemigo. Incluso fue tutor de su madre y de la mía en momentos en que había necesidad de que un hombre las protegiera y defendiera de las sátiras de la gente. No fue fuerte hasta el punto de imponerse contra quien me llamaba "loco". Todavía era "demasiado hombre", y se avergonzaba un poco de mí y se preocupaba por los peligros que podía correr toda la familia a causa de mi apostolado contrario a las sectas. No obstante, ya estaba en el camino del Bien, por el cual, luego, después del Sacrificio, supo proseguir, cada vez más firme, hasta confesarme con la sangre. La Gracia obra en ocasiones fulminantemente, otras veces lentamente, mas siempre obra en donde existe la voluntad de ser justo.

Ve en paz. Queda en paz en medio de tus dolores. El tiempo preparatorio para la Pascua empieza. Lleva por mí la Cruz. Te bendigo. María de la Cruz de Jesús».

Expulsión de Nazaret. Jesús consuela a su Madre. Reflexiones sobre cuatro contemplaciones

Veo una amplia sala cuadrada. Digo sala, a pesar de que comprendo que se trata de la sinagoga de Nazaret - como me dice el íntimo consejero -, porque no hay sino paredes desnudas pintadas de un amarillo pajizo y en una parte una especie de cátedra. Hay también un alto ambón que tiene encima unos rollos. Ambón, estante... Es, en definitiva, una especie de plano inclinado sujeto por un pie; sobre él están alineados unos rollos.

Hay gente orando. No como rezamos nosotros, sino vueltos todo hacia un lado con las manos separadas: más o menos como el sacerdote en el altar.

Hay lámparas dispuestas así sobre la cátedra y el ambón:

```

                                     *
                                *   *
                               *     *
                              *
                             *
                            *
                           *
                          *
                         *
                        *
                       *
                      *
                     *
                    *
                   *
                  *
                 *
                *
               *
              *
             *
            *
           *
          *
         *
        *
       *
      *
     *
    *
   *
  *
 *

```

No veo la finalidad de estar contemplando esto, que no cambia y que me queda fijo así por un tiempo, pero Jesús me dice que escriba lo que veo, y yo lo hago.

Me encuentro de nuevo en la sinagoga de Nazaret. Ahora el rabino está leyendo. Oigo la cantinela de voz nasal, pero no entiendo las palabras, pues las pronuncian en una lengua que yo no sé.

Entre la gente está también Jesús con sus primos apóstoles y con otros (también parientes, sin duda, pero no sé quiénes son).

Después de la lectura el rabino dirige la mirada, en actitud de muda expectativa, hacia la multitud.

Jesús pasa adelante y solicita encargarse hoy de la reunión de la asamblea.

Oigo su hermosa voz, que lee el paso de Isaías citado por el Evangelio:

-El espíritu del Señor está sobre mí...

Y oigo el comentario que hace al respecto, diciendo de sí mismo que es «el portador de la Buena Nueva, de la ley del amor, que pone misericordia donde antes había rigor; por la cual todos aquellos que, por la culpa de Adán, padecen enfermedad en el espíritu, y, como reflejo, en la carne - porque el pecado siempre suscita el vicio y el vicio enfermedad incluso física - obtendrán la salud; por la cual todos los prisioneros del Espíritu del mal obtendrán la liberación. Yo he venido - dice - a romper estas cadenas, a abrir de nuevo el camino de los Cielos, a proporcionar luz a las almas que han sido cegadas, oído a las sordas. Ha llegado el tiempo de la Gracia del Señor. Ella está entre vosotros. Ella es esta que os habla. Los Patriarcas desearon ver este día, cuya existencia ha sido proclamada por la voz del Altísimo y cuyo tiempo predijeron los Profetas, y ya, llevada a ellos por ministerio sobrenatural, saben que el alba de este día ha roto, y su entrada en el Paraíso está ya cercana, exultando por ello en sus espíritus; santos a quienes no falta sino mi bendición para ser ciudadanos del Cielo. Vosotros lo estáis viendo. Venid hacia la Luz que ha surgido. Despojaos de vuestras pasiones para resultar ágiles en el seguir a Cristo. Tened la buena voluntad de creer, de mejorar, de desear la salud, y la salud os será dada; la tengo en mi mano, pero sólo se la doy a quien tiene buena voluntad de poseerla, porque sería una ofensa a la Gracia el darla a quien quiere continuar sirviendo a Satanás.

E1 murmullo se desata en la sinagoga.

Jesús mira en torno a sí. Lee los rostros y el interior de los corazones y prosigue:

-Comprendo lo que estáis pensando. Vosotros, dado que soy de Nazaret, querríais un favor de privilegio; mas esto por vuestro egoísmo, no por potencia de fe. Así que os digo que, en verdad, a ningún profeta se le recibe bien en su patria. Otros lugares me han acogido, y me acogerán, con mayor fe, incluso aquellos cuyo nombre es motivo de escándalo entre vosotros. Allí cosecharé mis seguidores, mientras que en esta tierra no podré hacer nada, porque se me presenta cerrada y hostil. Os recuerdo a Elías y Eliseo. El primero halló fe en una mujer fenicia; el segundo, en un sirio: en favor de aquella y de éste pudieron realizar el milagro. Los de Israel que estaban muriéndose de hambre y los leprosos de Israel no obtuvieron pan o curación, porque su corazón no tenía la buena voluntad, perla fina que el profeta, de haber existido, hubiera visto. Lo mismo os sucederá a vosotros, hostiles e incrédulos ante la Palabra de Dios.

La multitud se alborota e impreca, e intenta ponerle la mano encima a Jesús, pero los apóstoles-primos (Judas, Santiago y Simón) lo defienden, y entonces los enfurecidos nazarenos lo echan fuera de la ciudad. Van detrás con amenazas - no solamente verbales - hasta el comienzo del monte. Pero Jesús se vuelve y los inmoviliza con su mirada magnética, y pasa incólume entre ellos. Desaparece luego, camino arriba, por un sendero.

Veo un pequeño, pequeñísimo, grupo de casas, un puñado de casas. Hoy lo llamaríamos anejo rural. Está más alta que Nazaret, la cual se ve más abajo. Dista de ésta pocos kilómetros. Es un caserío misérrimo.

Jesús, sentado encima de una pequeña tapia, junto a una casucha, habla con María. Quizás es una casa amiga, o por lo menos de gente hospitalaria, según las leyes de la hospitalidad oriental. Jesús se ha refugiado en ella después de haber sido echado de Nazaret, para esperar a los apóstoles que se habían dispersado por la zona mientras estaba con su Madre.

Con Él sólo se encuentran los tres apóstoles-primos, que están recogidos dentro de la cocina y hablan con una mujer anciana a la que Tadeo llama madre. Por ello comprendo que se trata de María de Cleofás. Es una mujer más bien anciana, y la reconozco como la que estaba con María en las bodas de Caná. Claro es que María de Cleofás y sus hijos se han retirado para que Jesús y su Madre puedan hablar libremente.

María está afligida. Ha venido a saber lo de la sinagoga y está triste. Jesús la consuela. María le suplica a su Hijo que se mantenga lejos de Nazaret, donde todos están mal predispuestos hacia Él, incluyendo a los otros familiares que lo consideran un loco que está deseando suscitar rencores y disputas. Pero Jesús hace un gesto sonriendo; parece como si dijera: "¿Por esta pequeñez? ¡Olvidate de ello!". Pero María insiste.

Entonces Él responde:

-Mamá, si el Hijo del Hombre hubiera de ir únicamente a donde lo aman, tendría que retirar su paso de esta tierra y volverse al Cielo. Tengo en todas partes enemigos, porque se odia la Verdad, y Yo soy la Verdad. Pero no he venido para encontrar un amor fácil. He venido para hacer la voluntad del Padre y redimir al hombre. El amor eres tú, Mamá, mi amor, el que me compensa todo. Tú y este pequeño rebaño que todos los días se va acrecentando con alguna oveja que arranco a los lobos de las pasiones y llevo al redil de Dios. Lo demás es el deber. He venido para cumplir este deber y debo cumplirlo, si es preciso estampándome contra las piedras de los corazones que oponen firme resistencia al bien. Es más, sólo cuando caiga, bañando de sangre esos corazones, los ablandaré estampando en ellos el Signo mío, que anula el del Enemigo. Mamá, he bajado del Cielo para esto. No puedo sino desear cumplir esto.

-¡Oh! ¡Hijo! ¡Hijo mío!- María habla con voz acongojada. Jesús la acaricia. Noto que María lleva en la cabeza, además del velo, el manto; más velada que nunca, como una sacerdotisa.

-Me ausentaré durante un tiempo por darte gusto. Cuando esté cerca, mandaré a alguien a avisarte.

-Manda a Juan. Viñado a Juan me parece verte un poco a Ti. Su madre se prodiga en atenciones hacia mí y hacia Ti. Es verdad que espera un lugar privilegiado para sus hijos. Es mujer y madre, Jesús. Hay que comprenderla. Te hablará también a ti de ellos. No obstante, te es sinceramente devota. Cuando quede liberada de la humanidad - que fermenta tanto en ella como en sus hijos, como en los demás, como en todos -, Hijo mío, será grande en la fe. Es doloroso que todos esperen de ti un bien humano, un bien que, aunque no sea humano, es egoísta. Pero es que el pecado está en ellos con su concupiscencia. Aún la hora bendita, y tan temida a pesar de que el amor a Dios y al hombre me la hagan desear, no ha llegado. Hora en que Tú anularás el Pecado. ¡Oh! ¡Esa hora! ¿Cómo tiembla el corazón de tu Madre por esa hora! ¿Qué te harán, Hijo, Hijo Redentor, de quien los Profetas refieren tanto martirio?

-No pienses en ello, Mamá. Te lo digo una vez más. Dios te ayudará en esa hora. Dios nos ayudará a ti y a mí. Después, la paz. Ahora ve, que cae la tarde y el camino es largo. Yo te bendigo.

Dice Jesús:

-Pequeño Juan, mucho trabajo hoy. Pero es que llevamos un día de retraso y no se puede ir despacio. Te he dado la fuerza para esto, hoy.

Te he concedido las cuatro contemplaciones para poderte hablar acerca de los dolores de María y míos, preparatorios de la Pasión. Debería haberte hablado de ellos ayer, sábado, día dedicado a mi Madre, pero he sentido piedad. Hoy se recupera el tiempo perdido. Después de los dolores que te he dado a conocer, María ha tenido también éstos; y Yo con Ella.

Mi mirada había leído el interior del corazón de Judas Iscariote. Nadie debe pensar que la Sabiduría de Dios no haya sido capaz de comprender ese corazón. Mas, como le dije a mi Madre, él era necesario. ¡Ay de él por haber sido el traidor! Pero un traidor era necesario. Hombre con doblez, astuto, codicioso, lujurioso, ladrón, más inteligente y culto que la generalidad, había sabido imponerse a todos. Audaz, me allanaba el camino, aun siendo un camino difícil. Le gustaba, sobre todo, destacar y poner de relieve su puesto de confianza conmigo. No era servicial por instinto de caridad, sino solamente porque era uno de esos que vosotros diríais que está siempre en un "activismo". Ello le permitía también tener la bolsa y acercarse a la mujer; dos cosas que, junto con la tercera (los cargos humanos), deseaba desmedidamente.

La Pura, la Humilde, la Desasida de las riquezas terrenas no podía no sentir repugnancia por esa serpiente. También Yo lo sentía. Y Yo sólo y el Padre y el Espíritu sabemos qué vencimientos de mí mismo debí poner para poder soportarlo cerca. Pero esto te lo explicaré en otro momento.

No ignoraba Yo tampoco la hostilidad de los sacerdotes, fariseos, escribas y saduceos. Eran zorros astutos que trataban de empujarme hacia su guarida para despedazarme. Tenían hambre de mi sangre, y trataban de colocarme trampas por todas partes para capturarme, para tener un motivo de acusación, para quitarme de enmedio. Durante tres años fue larga la insidia, y ésta no se aplacó sino cuando me supieron muerto. Esa noche durmieron felices. La voz de su acusador se había extinguido para siempre. Eso creían. No. Todavía no se ha apagado. Jamás se apagará; truena, truena y maldice a quienes ahora son como ellos. ¡Cuánto dolor sufrió mi Madre por su culpa! Y Yo no olvido ese dolor.

Que la multitud fuera voluble, no era una cosa nueva. Es la fiera que lame la mano del domador si está armada de azote o si ofrece un pedazo de carne para saciar su hambre. Pero es suficiente que el donador se caiga o que no pueda seguir usando el azote, o que no disponga de otras presas para saciarle el hambre, para que se le abalance y lo despedace. Basta con decir la verdad y ser buenos para ser odiados por la multitud después del primer momento de entusiasmo: a verdad es reproche y admonición, la bondad despoja del azote y hace que los no buenos dejen de sentir miedo; de aquí el "crucificalo" después de haber dicho "hosanna". Mi vida de Maestro estuvo colmada de estas dos voces. La última fue "crucificalo". El "hosanna" fue como el aliento que toma el cantor para tener el respiro suficiente y así poder dar el agudo. María, en la tarde del Viernes Santo,

oyó de nuevo dentro de sí todos los hosannas mentirosos hechos gritos de muerte hacia su querido Hijo, y esto lo traspasó. No lo olvidó tampoco.

-La humanidad de los apóstoles... ¡cuánta! Llevaba sobre mis brazos verdaderos bloques de piedra que gravitaban hacia el suelo, para alzarlos hacia el Cielo. Incluso los que no se veían a sí mismos como ministros de un rey terreno, como Judas Iscariote, los que no pensaban, como él, en subir - si se prestaba la ocasión - al trono en vez de mí, ellos, sí, ansiaban siempre, a pesar de todo, la gloria. Llegó el día en que incluso mi Juan y su hermano tendieron a esta gloria que os deslumbra como un espejismo hasta en las cosas celestes. No me refiero a una santa aspiración al Paraíso - que deseo que tengáis -, me refiero a un deseo humano de que vuestra santidad sea conocida. No sólo esto; se trata de una avaricia de cambista, de usurero, que hace que, por un poco de amor ofrecido a quien Yo os he dicho que debéis daros con todo vuestro ser, pretendáis un puesto a su derecha en el Cielo.

No, hijos, no. Antes hay que saber beber todo el cáliz que Yo bebí. Todo: con su caridad como respuesta al odio, con su castidad contra las voces del sentido, con su heroicidad en las pruebas, con su holocausto por amor a Dios y a los hermanos. Luego, una vez cumplido todo el propio deber, decir además: "Somos siervos inútiles", y aguardar a que el Padre mío y vuestro os conceda, por su bondad, un puesto en su Reino. Hay que despojarse, como me has visto despojado en el Pretorio, de todo lo humano, quedándose sólo con lo indispensable: el respeto hacia el don de Dios que es la vida, y hacia los hermanos, a los cuales podemos ser más útiles desde el Cielo que en la tierra, y dejar que Dios os imponga la estola inmortal blanqueada en la sangre del Cordero.

Te he mostrado los dolores preparatorios de la Pasión. Otros te mostraré. Aun no dejando de ser dolores, el contemplarlos ha supuesto un descanso para tu alma. Ya basta. Queda en paz.

107

Jesús y su Madre en casa de Juana de Cusa

Veo a Jesús yendo hacia la casa de Juana de Cusa. Cuando el doméstico portero ve quién es el que llega, da tal grito de júbilo, que toda la casa se revoluciona. Jesús entra sonriente, bendiciendo.

Juana acude desde el jardín todo florido para arrojarle a besar los pies del Maestro. Viene también Cusa, el cual primero se postra y luego besa la orla de la túnica de Jesús.

Cusa es un hombre apuesto, de unos cuarenta años. No muy alto, pero bien proporcionado, cabellos negros que sólo a la altura de las sienas presentan algún que otro hilo de plata, ojos vivos y oscuros, colorido pálido y barba cuadrada, negra, bien cuidada.

Juana es más alta que su marido. De la pasada enfermedad sólo conserva una acentuada delgadez, que, no obstante, ya no es esquelética como entonces. Parece una palma delgada y flexible que termina en una linda y pequeña cabeza de profundos ojos negros, dulcísimos. Tiene una cabellera negra-corvina graciosamente peinada. La frente, lisa y alta, parece aún más blanca bajo ese negro puro, y la pequeña boca, bien dibujada, destaca, con su rojo sano, entre los carrillos de delicada palidez (como la de los pétalos de ciertas camelias). Es una mujer guapísima... Y es ella la que da la bolsa a Longinos en el Calvario. En aquel momento llora, deshecha y completamente velada; aquí sonrío y lleva la cabeza descubierta. Pero es ella.

-¿A qué debo el gozo de tenerte como huésped? - pregunta Cusa.

-A la necesidad que tengo de hacer un alto en el camino y esperar a mi Madre. Vengo de Nazaret... y debo llevar conmigo a mi Madre durante un tiempo. Iré con Ella a Cafarnaúm.

-¿Por qué no te quedas en mi casa? No soy digna de ello, pero... - dice Juana.

-Bien digna de ello eres. Solo que con mi Madre está su cuñada, que se ha quedado viuda hace pocos días.

-La casa es suficientemente grande como para hospedar a más de uno, y Tú me has proporcionado tanta alegría, que ningún punto de ella te está vedado. Ordena, Señor, Tú que has alejado la muerte de esta morada y le has devuelto mi rosa florecida y floreciente - dice Cusa apoyando el deseo de su mujer, a la que debe querer mucho (lo comprendo por el modo en que la mira).

-No ordeno, pero sí acepto. Mi Madre está cansada y ha sufrido mucho en estos últimos tiempos. Teme por mí y deseo mostrarle que hay quien me estima.

-¡Tráela aquí, entonces! Le daré mi amor de hija y sierva - exclama Juana.

Jesús da el beneplácito.

Cusa sale a dar enseguida las órdenes oportunas. Mientras tanto la visión se desdobra: dejando a Jesús en el espléndido jardín de Cusa, hablando con él y con su mujer, yo sigo y veo la llegada del carro, cómodo y veloz, con que Jonatán ha ido a recoger a María a Nazaret.

Naturalmente, la ciudad se revoluciona por este hecho, y, cuando María y su cuñada, obsequiadas por Jonatán como dos reinas, suben al carro, después de confiarle a Alfeo de Sara las llaves de casa, el alboroto crece. El carro se pone en marcha, mientras Alfeo se venga del acto vil cometido con Jesús en la sinagoga, diciendo:

-¡Los samaritanos son mejores que nosotros! ¿Veis cómo uno de Herodes venera a su Madre?... ¡Y nosotros...! ¡Me avergüenzo de ser nazareno!

Se produce un verdadero tumulto entre los dos partidos. Hay quien se separa del partido adverso para acercarse a Alfeo y preguntar mil cosas.

-¡Pues claro! - responde Alfeo - Huéspedes de la casa del Procurador. Habéis oído que ha dicho su intendente: "Mi señor te suplica que honres su casa". Honrar, ¿comprendéis? Y se trata del rico y poderoso Cusa, y su mujer es una princesa real. ¡Honrar! Y nosotros, o sea, vosotros, le habéis tirado piedras. ¡Qué vergüenza!

Los nazarenos no replican y Alfeo gana coraje.

-¡Ya de por sí teniéndolo a Él se tiene todo!, no hace falta apoyo de hombre. Pero, ¿os parece inútil tener como amigo a Cusa? ¿Os parece apropiado que nos desprecie? ¿Sabéis que es el Procurador del Tetrarca? ¡Nada!, ¿eh? ¡Sed, sed samaritanos con el Cristo! Os atraeréis el odio de los grandes. Y entonces... ¡ah..., entonces ahí os quiero ver, sin ayuda del Cielo y sin ayuda de la tierra! ¡Necios! ¡Malos! ¡Incrédulos!». La granizada de improperios y reproches continúa, mientras los nazarenos se marchan cabizbajos como perros apaleados. Alfeo se queda solo como un arcángel vengador a la entrada de la casa de María...

...Ya es francamente de noche cuando, por la espléndida calle que costea el lago, llega, tirado por fuertes caballos al trote, el carro de Jonatán. Los criados de Cusa, que estaban de centinelas a la puerta, dan la señal y acuden con lámparas, aumentando la tenue claridad que esparce la Luna.

Juana y Cusa vienen. También Jesús aparece sonriente, y, detrás de Él, el grupo apostólico. Cuando María baja, Juana se prosterna y saluda:

-Gloria a la Flor de la estirpe real. Gloria y bendición a la Madre del Verbo -Salvador.

Cusa se postra como no lo podría hacer ni siquiera ante Herodes, y dice:

-Bendita sea esta hora que a mí te conduce. Bendita Tú, Madre de Jesús.

María responde, delicada y humilde:

-Bendito nuestro Salvador, y benditos los buenos que aman a mi Hijo.

Entran todos en la casa, acogidos con los más vivos signos de deferencia.

Juana tiene cogida la mano de María y le sonrío diciendo:

-Me permitirás que te sirva, ¿no es verdad?

-No a mí. A Él, sívele siempre a Él y ámalo y me habrás dado ya todo. El mundo no lo ama... Éste es mi dolor.

-Lo sé. ¿Por qué este desamor de una parte del mundo, mientras que otros darían la vida por Él.

-Porque Él es el signo de contradicción para muchos. Porque Él es el fuego que depura el metal. El oro se purifica, las escorias caen al fondo y se tiran. Se me dijo esto desde su más tierna edad... Y día a día la profecía se cumple...

-No llores, María. Nosotros lo amaremos y lo defenderemos -dice Juana con tono consolador.

Y, sin embargo, María sigue llorando silenciosamente, vista sólo por Juana, en el rincón semioscuro donde están sentadas.

Todo termina.

108

Discurso a los vendimiadores y curación del niño paralítico

Todos los campos de Galilea están en el festivo trabajo de la vendimia. Los hombres, encaramados sobre altas escaleras, recogen uva de las pérgolas y de las parras; las mujeres, en cestos, sobre la cabeza, llevan racimos de oro y rubí a donde esperan los pisaúvas. Cantos, risas, bromas corren de loma a loma, de huerto a huerto, junto al olor de mostos y a un gran zumbido de abejas que parecen ebrias de tan veloces y danzarinas como van de los sarmientos aún restantes, aún ricos de racimos, a los cestos y a los tinos donde se pierden los granos, que ellas buscan, en el caldo turbio de los mostos. Los niños - cual faunos, pringados de zumo - trisan como golondrinas corriendo por la hierba, por los patios, por los caminos.

Jesús se dirige hacia un pueblo que está a poca distancia del lago y que, a pesar de ello, es de llanura. Parece un amplio álveo entre dos lejanos sistemas montañosos orientados hacia el Norte. La llanura está bien regada, porque la atraviesa un río - creo que es el Jordán -. Jesús pasa por la calzada principal. Muchos lo saludan con el grito: « ¡Rabí! ¡Rabí!». Jesús pasa bendiciendo.

Antes de llegar al pueblo hay una rica propiedad, al principio de la cual un matrimonio anciano está esperando al Maestro.

-Entra. Cuando el trabajo cese, todos acudirán aquí para oírte. ¡Cuánta alegría llevas contigo! Emanas de ti y se extiende como la savia por los sarmientos, y se transforma en vino de gozo para los corazones. ¿Aquella es tu Madre? - dice el dueño de la casa.

-Es Ella. Os la he traído porque ahora también forma parte del grupo de mis discípulos; el último recibido, el primero en orden de fidelidad. Es el Apóstol. Me predicó aún antes de que Yo naciera... Madre, ven. Un día - eran los primeros tiempos en que evangelizaba - esta madre fue tan dulce con tu Hijo cansado, que hizo que no llorase tu recuerdo.

-Que el Señor te otorgue su don, mujer piadosa.

-Ya lo poseo porque tengo al Mesías y te tengo a ti.

-Ven. La casa es fresca y la luz que hay en ella es moderada. Podrás descansar. Estarás fatigada.

-Sólo me supone cansancio el odio del mundo. Seguirlo y oírlo...! Ha sido mi deseo desde la más lejana infancia.

-¿Sabías que eras la futura Madre del Mesías?

-¡Oh, no! Sí esperaba vivir tanto como para poder oírlo y servirle; última entre sus evangelizados, pero fiel, ¡fiel!

-Lo oyes y le sirves, y eres la primera. Yo también soy madre y tengo hijos sabios; cuando los oigo hablar, mi corazón salta de orgullo. ¿Qué sientes Tú oyéndolo a Él?

-Un delicado éxtasis. Me sumerjo en mi nada, y la Bondad - que es Él mismo - me eleva consigo. Entonces veo con simple mirada la Verdad eterna y Ella se hace carne y sangre de mi espíritu.

-¡Bendito corazón tuyo! Es puro, por ello comprende así al Verbo. Nosotros somos más duros porque estamos llenos de culpas...

-Quisiera dar a todos mi corazón para esto, para que el amor fuera en ellos luz para comprender. Porque, créelo, es el amor - y yo soy su Madre y por tanto en mí es natural el amor - lo que hace fácil toda empresa.

Las dos mujeres siguen hablando, la anciana junto a la muy joven, siempre muy joven Madre de mi Señor; mientras, Jesús habla con el dueño de la casa, junto a los tinos, donde grupos y más grupos de vendimiadores vuelcan racimos y más racimos. Los apóstoles, sentados a la sombra de una pérgola de jazmines, saborean con buen apetito uva y pan.

Ya declina el día y el trabajo cesa lentamente. Todos los colonos están ya en el amplio patio rústico, donde hay un fuerte olor de uvas pisadas. De casas cercanas vienen también otros campesinos.

Jesús sube por una pequeña escalera que da a un ala: una galería de arcos bajo la cual se conservan sacos de productos agrícolas y herramientas. ¡Cómo sonríe Jesús subiendo esos pocos peldaños! Lo veo sonreír entre el ondear de sus esponjosos cabellos agitados por una brisa vespertina. Y quisiera saber por qué sonríe de forma tan luminosa. La alegría de esta sonrisa entra en mi corazón, muy triste hoy, como ese vino de que hablaba el dueño de la casa, confortándolo.

Se vuelve. Se sienta en el último peldaño, en el punto más alto de la escalera, que se transforma en una tribuna para los más afortunados oyentes, es decir, para los dueños de la casa, para los apóstoles y para María, la cual, siempre humilde, ni siquiera había tratado de subir a ese puesto de honor, sino que la había conducido a él la señora. Está sentada justamente un peldaño más abajo que Jesús, de manera que su cabeza está a la altura de las rodillas de su Hijo, y estando sentada de lado, Ella lo puede mirar a la cara, con su mirada de paloma enamorada. El delicado perfil de María destaca nítido como en un mármol contra el muro oscuro de la rústica galería.

Más abajo están los apóstoles y los dueños de la casa. En el patio, todos los aldeanos: unos en pie, otros sentados en el suelo, otros encaramados en los lagares o en las higueras que hay en los cuatro ángulos del patio.

Jesús habla lentamente, hundiendo la mano en un amplio saco de trigo colocado detrás de las espaldas de María; parece como si estuviera jugando con esos granos o los estuviera acariciando con gusto, mientras con la derecha gesticula sosegadamente.

-Me han dicho: "Ven, Jesús, a bendecir el trabajo del hombre". Heme aquí. En nombre de Dios lo bendigo. Efectivamente, todo trabajo, si es honesto, merece bendición por parte del Señor eterno. Pero he dicho esto: la primera condición para obtener de Dios bendición es ser honestos en todas las acciones.

Veamos juntos cuándo y cómo las acciones son honestas. Lo son cuando se cumplen teniendo presente en el espíritu al eterno Dios. ¿Puede acaso pecar uno que diga: "Dios me está mirando. Dios tiene sus ojos puestos en mí, y no pierde ni un detalle de mis acciones"? No. No puede. Porque pensar en Dios es un pensamiento saludable y le impide al hombre pecar más que cualquier amenaza humana. ¿Pero al eterno Dios se le debe sólo temer? No. Escuchad. Os fue dicho: "Teme al Señor tu Dios". Y los Patriarcas temblaron, y temblaron los Profetas cuando el Rostro de Dios, o un ángel del Señor, se apareció a sus espíritus justos. Y ciertamente es verdad que en tiempo de cólera divina la aparición de lo sobrenatural debe hacer temblar el corazón. ¿Quién, aun siendo puro como un párvulo, no tiembla ante el Poderoso, ante cuyo fulgor eterno están en actitud de adoración los ángeles, rostro en tierra en el aleluya paradisíaco? Dios atenúa con un piadoso velo el insostenible fulgor de un ángel, para concederle al ojo humano poder mirarlo sin que se le queden abrasadas pupila y mente. ¿Qué será entonces ver a Dios?

Pero esto es así mientras dura la ira. Cuando ésta queda sustituida por la paz y el Dios de Israel dice: "He jurado y mantengo mi pacto. He ahí a quien envío, y soy Yo, aun no siendo Yo sino mi Palabra que se hace Carne para ser Redención", entonces el amor debe suceder al temor, y sólo amor debe dársele al eterno Dios, con alegría, porque el tiempo de paz ha llegado para la Tierra; la paz ha llegado entre Dios y el hombre. Cuando los primeros vientos de la primavera esparcen el polen de la flor de la vid, el agricultor debe temer aún, dado que la intemperie y los insectos pueden tenderle al fruto muchas insidias, mas cuando llega la feliz hora de la vendimia, ¡ah!, entonces cesa todo temor y el corazón se regocija por la certeza de la cosecha.

E1 Vástago de la estirpe de Jesé, habiendo sido previamente anunciado por las palabras de los Profetas, ha venido; ahora está entre vosotros. Él es Racimo óptimo que os trae el zumo de la Sabiduría eterna y no pide sino ser cogido y exprimido y ser así Vino para los hombres. Él es Vino de alegría sin fin para aquellos que se nutran con Él. Pero, ¡ay de aquellos que habiendo tenido a su alcance este Vino lo hayan rechazado, y tres veces desdichados aquellos que después de haberse nutrido con Él lo hayan rechazado o mezclado en su interior con la comida de Satanás!

Y así vuelvo al primer concepto. La primera condición para obtener la bendición de Dios, tanto en las obras del espíritu como en las del hombre, es la honestidad de propósitos.

Honesto es el que dice: "Sigo la Ley, no para obtener de ella alabanza por parte de los hombres, sino por fidelidad a Dios". Honesto es aquel que dice: "Sigo a Cristo, no por los milagros que hace, sino por los consejos que me da de vida eterna". Honesto es quien dice: "Trabajo, no por ávido lucro, sino porque también el trabajo ha sido puesto por Dios como medio de santificación por su valor formativo, mortificante, preservativo, elevante; trabajo para poder ayudar a mi prójimo; trabajo para poder hacer resplandecer los prodigios de Dios, que de un granito minúsculo hace una macolla de espigas, de una semilla de uva hace una gran cepa, de la semilla de un fruto hace un árbol, y de mí, hombre, pobre nada, sacado de la nada por voluntad suya, hace un ayudante suyo en la obra infatigable de perpetuar los cereales, vides y árboles frutales, como en la de poblar la Tierra de hombres".

Hay personas que trabajan como acémilas, pero sin otra religión aparte de la de aumentar sus riquezas. ¿Que muere de aprietos y cansancio delante de él el compañero que ha sido menos favorecido por la suerte? ¿Que se mueren de hambre los

hijos de este miserable? ¿Y qué le importa al ávido acumulador de riquezas? Hay otros todavía más duros, que no trabajan pero obligan a trabajar, y atesoran con el sudor ajeno. Y hay otros que dilapidan lo que avaramente arrebatan al esfuerzo ajeno. En verdad, en éstos el trabajo no es honesto. Y no digáis: "Y a pesar de todo Dios los protege". No. No los protege. Hoy gozarán de una hora de triunfo, pero no pasará mucho tiempo sin que los alcance la severidad divina, que, en el tiempo o en la eternidad, les recordará este precepto: "Yo soy el Señor tu Dios, ámame sobre todas las cosas y ama a tu prójimo como a ti mismo". ¡Oh, entonces, verdaderamente, si esas palabras resuenan eternamente, serán más tremendas que los rayos del Sinaí!

Muchas, demasiadas son las palabras que se os dicen. Yo os digo sólo éstas: "Amad a Dios. Amad al prójimo". Son como el trabajo que hace fecundo al sarmiento, realizado con la vid en primavera. El amor a Dios y al prójimo es como la grada que limpia el suelo de las hierbas nocivas del egoísmo y de las malas pasiones; es como la azada que excava un círculo en torno a la cepa para que quede aislada del contagio de hierbas parásitas y nutrida con frescas aguas de riego; es como cizalla que elimina lo superfluo para condensar la energía y dirigirla hacia donde dará fruto; es lazo que aprieta y sostiene junto al robusto palo; es, finalmente, sol que madura los frutos de la buena voluntad haciendo de ellos frutos de vida eterna.

Exultáis ahora porque el año ha sido bueno, ricas las mieses y óptima la vendimia. Pero en verdad os digo que este júbilo vuestro es menos que un diminuto granito de arena en relación con el júbilo sin medida que será vuestro cuando el eterno Padre os diga: "Venid, fecundos sarmientos míos injertados en la verdadera Vid. Vosotros os prestasteis a toda operación, aunque fuera penosa, con tal de dar abundante fruto, y ahora venís a mí cuajados de los zumos dulces del amor a mí y al prójimo. Floreced en mis jardines durante toda la eternidad". Tended a este eterno goce. Perseguid con fidelidad este bien. Agradecidos, bendecid al Eterno, que os ayuda a alcanzarlo. Bendecidlo por la gracia de su Palabra, bendecidlo por la gracia de la buena cosecha. Amad con gratitud al Señor y no tengáis miedo. Dios da el ciento por uno a quien le ama.

Jesús habría terminado, pero todos gritan:

-¡Bendícenos, bendícenos! ¡Danos tu bendición!

Jesús se levanta, extiende los brazos y dice con voz de trueno:

-Que el Señor os bendiga y guarde, os muestre su faz y tenga piedad de vosotros. Que el Señor vuelva hacia vosotros su rostro y os dé su paz. Que el nombre del Señor esté en vuestros corazones, en vuestras casas y en vuestros campos.

La multitud, la pequeña multitud reunida, prorrumpen en un griterío de alegría y de aclamaciones al Mesías, mas luego calla y se abre para dejar pasar a una madre que lleva en brazos a un niño paralítico de unos diez años. Ella lo coloca echado a los pies de la escalera, como si se lo ofreciera a Jesús.

-Es una criada mía. Su hijo varón se cayó el año pasado desde la terraza y se partió la columna. Toda la vida tendrá que yacer sobre la espalda - explica el dueño de la casa.

.Ha esperado en ti todos estos meses... - añade la dueña.

-Dile que se acerque.

Pero la pobre mujer está tan emocionada, que parece como si tuviera ella la parálisis. Tiembla toda y se le enredan los pies en el largo vestido al subir los altos escalones con su hijo en brazos.

María, piadosa, se pone en pie y baja hacia ella.

-Ven. No temas. Mi Hijo te quiere. Dame a tu niño. Así podrás subir mejor. Ven, hija. Yo también soy madre - y le coge el niño, al cual sonrío dulcemente. Y sube con el peso de esta conmovedora carga sobre sus brazos. La madre del niño la sigue, llorando.

Ya está María ante Jesús. Se arrodilla y dice:

-¡Hijo! ¡Por esta madre!

No dice nada más.

Jesús ni siquiera solicita su consabido "¿qué deseas que te haga? ¿Crees que puedo hacerlo?". No. Hoy sonrío y dice:

-Mujer, ven aquí.

La mujer se coloca justo junto a María. Jesús le pone una mano sobre la cabeza y se limita a decir: «Alégrate». Aún no ha terminado de decir esta palabra y el niño, que hasta ahora había estado extendido como un cuerpo muerto, colgándole las piernas en brazos de María, se sienta como impulsado por un resorte y prorrumpen en un grito de alegría « ¡Mamá!», y corre a refugiarse en el pecho materno. Los gritos de hosanna parece como si quisieran penetrar en el cielo completamente rojo del atardecer.

La mujer, con su hijo apretado contra el corazón, no sabiendo qué decir, lo pregunta:

-¿Qué... qué tengo que hacer para decirte que soy feliz?

A lo que Jesús, que sigue acariciándola, contesta:

-Ser buena, amar a Dios y a tu prójimo, educar en este amor a tu hijo.

Pero la mujer no se muestra todavía satisfecha. Quisiera... quisiera... y, por fin, pide:

-Dadle un beso Tú y tu Madre a mi niño.

Jesús se inclina y lo besa, y María también. Y mientras la mujer se marcha feliz, entre las aclamaciones de un cortejo de amigos, Jesús le explica a la dueña de casa:

-No ha hecho falta más. Él estaba en los brazos de mi Madre. Incluso sin mediar palabra alguna lo habría curado, porque Ella se siente feliz cuando puede consolar una aflicción, y Yo deseo hacerla feliz.

Entonces Jesús y María se intercambian una de esas miradas cuyo significado es tan profundo, que sólo quien las ha visto las puede entender.

En los campos de Jocaná y en los de Doras. Muerte de Jonás

Vuelvo a ver, de día, el llano de Esdrelón; un día medio nublado de finales de otoño. Ha debido caer durante la noche una de las primeras lluvias de los tristes meses invernales, porque la tierra está húmeda, si bien no fangosa. Sopla todavía el viento, un viento húmedo que se lleva las hojas amarillentas y penetra hasta los huesos con su aliento cargado de humedad.

En los campos hay escasas yuntas de bueyes tirando del arado. Levantan fatigosamente la tierra densa y pesada de esta fértil llanura para prepararla a recibir la semilla. Lo que me da pena es ver que en ciertos lugares son los mismos hombres los que hacen el trabajo de los bueyes, empujando la reja del arado con toda la fuerza de sus brazos, e incluso del pecho, apretando fuertemente los pies contra el suelo removido, trabajando como esclavos en esta operación que cansa incluso a los robustos novillos.

También Jesús mira y ve, y se entristece su rostro, hasta llorar incluso.

Los discípulos - once porque Judas aún no ha vuelto y los pastores ya no están - hablan entre sí, y Pedro dice:

-Pequeña, pobre, fatigosa es también la barca... ¡Pero cien veces mejor que este servicio de animales de tiro! - y pregunta: «Maestro, ¿serán ya siervos de Doras?

Responde Simón Zelote:

-No lo creo. Sus campos están al otro lado de aquellos árboles frutales, me parece. Todavía no los vemos.

Pero Pedro, curioso siempre, deja el camino y va por un lindero entre dos parcelas. En los bordes se han sentado un momento cuatro fatigados y sudorosos agricultores. Están jadeantes por el esfuerzo realizado. Pedro les pregunta:

-¿Sois de Doras?

-No. Pero somos de su pariente, de Jocaná. ¿Y tú quién eres?

-Soy Simón de Jonás, pescador de Galilea hasta la luna de Ziv. Ahora, Pedro de Jesús de Nazaret, el Mesías de la Buena Nueva - Pedro dice esto con el respeto y la gloria con que uno diría: "Pertenezco al alto y divino César de Roma", y mucho más todavía; su honesto rostro resplandece de la alegría de profesarse de Jesús.

-¡Oh, el Mesías! ¿Dónde, dónde está? - dicen los cuatro infelices.

-Aquél es. Aquél, alto y rubio, vestido de rojo oscuro. Aquél, el que mira ahora hacia aquí esperándome sonriente.

-¿Si fuéramos nosotros... nos rechazaría?

-¿Rechazaros? ¿Por qué? Es el amigo de los desdichados, de los pobres, de los oprimidos, y me da la impresión de que vosotros... sí, realmente sois de éstos...

-¡Claro que lo somos! ¡Y cómo! De todas formas, de ninguna manera como los de Doras. A1 menos disponemos del pan que queramos y no nos azotan sino en el caso de que interrumpamos nuestro trabajo, pero...

-De modo que si ahora ese señorito de Jocaná os encuentra aquí hablando, os...

-Nos azotaría como no lo hace ni con sus perros...

Pedro silba en modo significativo. Luego dice:

-Entonces será mejor así...- y, abocinando las manos en torno a la boca, llama fuerte: "¡Maestro! ¡Ven aquí! ¡Que hay corazones que sufren y te necesitan!

-¿Pero qué estás diciendo? ¿Él? ¿Aquí, donde nosotros?! Pero si nosotros no somos más que unos despreciables siervos!

Los cuatro hombres están aterrorizados de tanta osadía.

-A nadie le gusta que lo azoten, y si pasa por aquí ese "distinguido" fariseo, no quisiera recibir yo también una ración... - dice Pedro riendo mientras zarandea con su manota al más aterrorizado de los cuatro.

Jesús, con su largo paso, ya está llegando. Los cuatro hombres no saben qué hacer. Quisieran correr a su encuentro, pero el respeto los paraliza (pobres a quienes la maldad humana ha transformado en seres atemorizados de todo). Caen rostro en tierra, adorando des-de ahí al Mesías, que se llega a ellos.

-La paz a todos los que me anhelan. El que me anhela, anhela el bien, y Yo lo quiero como a un amigo. Levantaos. ¿Quiénes sois?

Pero los cuatro apenas alzan el rostro del suelo, permaneciendo de rodillas y mudos.

Habla Pedro y dice:

-Son cuatro siervos del fariseo Jocaná, familiar de Doras. Querrían hablarte, pero... si llega él les dan de palos; por eso te he dicho: "Ven". ¡Venga, muchachos, que no os come! Tened confianza. Considerad que es un amigo vuestro.

-Nosotros... nosotros sabemos de ti... por Jonás...

-Por él vengo. Sé que me ha anunciado. ¿Qué sabéis de mí?

-Que eres el Mesías. Que te vio cuando eras niño. Que los ángeles, con tu venida, cantaron la paz a los buenos. Que fuiste perseguido... pero que te salvaste, y que ahora has buscado a tus pastores y... y los quieres. Esto lo decía ahora, esto último. Y nosotros pensábamos: si es bueno como para amar y buscar a unos pastores, sin duda también a nosotros nos querrá un poco... Necesitamos verdaderamente a alguien que nos quiera...

-Yo os quiero. ¿Sufrís mucho?

-¡Oh!... Pero más todavía los de Doras. ¡Si Jocaná nos encontrase aquí hablando!... Pero hoy está en Gerguesa. Todavía no ha vuelto de los Tabernáculos. No obstante, su intendente esta noche vendrá a medir el trabajo y luego nos dará la ración de alimento. Pero no importa, recuperaremos el tiempo no descansando para la comida de la hora sexta.

-Dime, muchacho. ¿No sería yo capaz de empujar ese apero? ¿Es un trabajo difícil? - pregunta Pedro.

-Difícil no, pero sí fatigoso. Se requiere fuerza.

-La tengo. Déjame ver. Si soy capaz, tú hablas y yo hago de buey. Tú, Juan, Andrés y Santiago, ¡venga!, a la lección. Pasamos de los peces a los gusanos del suelo. ¡Hala!

Pedro pone su mano sobre el eje transversal del timón. Por cada arado hay dos hombres, uno a este lado, el otro al otro lado de la larga barra del timón. Mira e imita todos los movimientos del campesino. Siendo fuerte y estando descansado, trabaja bien. El hombre lo alaba.

-Soy un maestro de la aradura - exclama contento el buen Pedro. ¡Venga, Juan, ven aquí! Un toro y un novillo por arado. En el otro. Santiago y el mudo ternero de mi hermano. ¡Venga! ¡Ah... eup!»

Los dos pares de aradores van parejos removiendo la tierra y trazando los surcos por el largo campo. Llegados al linde, vuelven el arado y hacen el nuevo surco. Parece como si hubieran trabajado siempre en el campo.

-¡Qué buenos son tus amigos! - dice el más audaz de los siervos de Jocanán - ¿Los has hecho tú así?

-Yo he dado una regla a su bondad. Como tú haces con las tijeras de podar. Pero la bondad ya estaba en ellos. Ahora florece bien porque hay quien la cuida.

-También son humildes. ¡Amigos tuyos y servir así a unos pobres siervos...!

-Conmigo sólo puede estar quien ama la humildad, la mansedumbre, la honestidad y el amor; sobre todo el amor, porque quien ama a Dios y al prójimo posee como consecuencia todas las virtudes y consigue el Cielo.

-¿Nosotros también podremos conseguirlo, nosotros que no tenemos tiempo para rezar, para ir al Templo, para ni siquiera levantar la cabeza del surco?

-Responded: ¿guardáis odio a quien tan duramente os trata? ¿Hay en vosotros rebelión y acusación contra Dios por haberos colocado entre los ínfimos de la Tierra?

-¡No, no, Maestro! Es nuestro destino. Pero cuando, cansados, nos dejamos caer sobre la yacija, decimos: "Bien, pues el Dios de Abraham sabe que estamos tan agotados que no podemos decirle más que: ` ¡Bendito sea el Señor!"; también decimos: "Un día más hemos vivido sin pecar"... Ya sabes... podríamos robar un poquito, comer con el pan un fruto, o echar algo de aceite en las verduras cocidas. Pero el patrón ha dicho: "A los siervos les basta el pan y las verduras cocidas, y durante la recolección un poco de vinagre en el agua para calmar la sed y dar energía". Y nosotros lo hacemos. En fin... se podría estar peor.

-Os digo que en verdad el Dios de Abraham sonríe por vuestros corazones, mientras que muestra rostro acerbo a quienes lo insultan en el Templo con engañosas oraciones mientras no aman a sus semejantes.

-¡Pero entre iguales se aman! A1 menos... eso parece, porque se veneran recíprocamente con regalos y reverencias. Es con nosotros con quienes no tienen amor. Pero nosotros somos distintos de ellos, y es justo.

-No. En el Reino del Padre mío no es justo, y distinto será el modo de juzgar. No recibirán honores los ricos y poderosos por el hecho de serlo, sino sólo aquellos que hayan amado siempre a Dios, queriéndolo por encima de sí mismos y por encima de cualquier otra cosa, como el dinero, el poder, la mujer, la mesa; y amando a sus propios semejantes, que son todos los hombres, sean ricos o pobres, conocidos o desconocidos, doctos o sin cultura, buenos o malvados. Sí, también hay que amar a los malvados. No por su maldad, sino por piedad hacia su alma, herida de muerte por ellos mismos. Hay que amarlos con un amor que suplique al Padre celeste curarlos y redimirlos. En el Reino de los Cielos serán bienaventurados los que hayan honrado al Señor con verdad y justicia y hayan amado a los padres y a los familiares por respeto; los que no hayan robado en modo alguno ni nada, o sea, los que hayan dado y pretendido lo justo incluso en el trabajo de los servidores; los que no hayan matado ni reputaciones ni criaturas, y no hayan deseado matar, aunque los modos de actuar de los demás hayan sido crueles como para soliviantar el corazón en actitud desdeñosa y de sublevación; quienes no hayan jurado lo falso, dañando al prójimo y lesionando la verdad; quienes no hayan cometido adulterio o cualquier otro acto vicioso carnal; quienes mansa y resignadamente hayan aceptado su suerte sin envidias hacia los demás. De éstos es el Reino de los Cielos. El mendigo puede ser un rey bienaventurado allí arriba, mientras que el Tetrarca con su poder no será nada; es más, más que nada: será pasto de Satanás si ha actuado contra la ley eterna del Decálogo.

Los hombres le están escuchando con la boca abierta de admiración.

Con Jesús están Bartolomé, Mateo, Simón, Felipe, Tomás, Santiago y Judas de Alfeo; los otros cuatro continúan su trabajo, colorados, sudorosos, pero alegres. Basta Pedro para tenerlos alegres a todos.

-¡Qué razón tenía Jonás llamándote Santo! En ti todo es santo: las palabras, la mirada, la sonrisa; ¡jamás hemos sentido el alma tanto!

-¿Hace mucho que no veis a Jonás?

-Desde que está enfermo.

-¿Enfermo?

-Sí, Maestro. No puede más. Antes a duras penas lograba moverse, después de las faenas estivas y de la vendimia ya realmente es que no se tiene en pie; y a pesar de todo... le hace trabajar ese... ¡Oh..., dices que hay que amar a todos, pero es muy difícil amar a las hienas, y Doras es peor que una hiena!

-Jonás lo ama...

-Sí, Maestro. Pienso que es tan santo como aquéllos a quienes, por fidelidad al Señor Dios nuestro, han matado con martirio.

-Dices bien. ¿Cómo te llamas?

-Miqueas, y éste Saulo y éste Joel y éste Isaías.

-Le recordaré vuestros nombres al Padre. ¿Y decís que Jonás se encuentra muy enfermo?

-Sí, nada más terminar el trabajo se deja caer sobre el forraje y nosotros no lo vemos. Nos lo dicen otros siervos de Doras.

-¿Está trabajando a esta hora?

-Si está en pie, sí. Debería estar al otro lado de aquel pomar.

-¿Ha sido buena la cosecha de Doras?

-Se ha hablado de ella en toda la región. Los árboles estaban apuntalados porque los frutos tenían un tamaño verdaderamente milagroso. Doras ha tenido que mandar hacer nuevos lagares, porque la uva, de tanta como había, no habrían podido meterla en los que se venían usando.

-¿Entonces Doras habrá premiado a su siervo?

-¿Premiado? ¡Señor, qué mal lo conoces!

-Pero si Jonás me dijo que hace años le dio una paliza mortal por haber desaparecido algunos racimos, y que pasó a ser esclavo por deudas habiéndole acusado el patrón de pérdidas por la escasa cosecha. Este año, que ha tenido una abundancia milagrosa, habría debido premiarlo.

-No. Lo azotó ferozmente, acusándole de no haber obtenido los años precedentes la misma abundancia por no haber cuidado la tierra como se debía.

-¡Este hombre es una fiera salvaje! -exclama Mateo.

-No. Es un hombre sin alma - dice Jesús - Os dejo, hijos, con una bendición. ¿Tenéis pan y comida para hoy?

-Tenemos este pan - y sacando un pan oscuro de un talego que estaba en el suelo, se lo enseñan.

-Tomad mi comida. No tengo más que esto. Pero Yo hoy estaré en casa de Doras y...

-¿Tú en casa de Doras?

-Sí. Para rescatar a Jonás. ¿No lo sabíais?

-Aquí ninguno sabe nada. Pero... no te fíes, Maestro; serás como una oveja en el antro del lobo.

-No podrá hacerme nada. Tomad mi comida. Santiago, da cuanto tenemos, incluso nuestro vino. Que haya un poco de gozo también para vosotros, pobres amigos, en el alma y en el cuerpo. ¡Pedro, vamos!

-Voy, Maestro. Sólo queda este surco por terminar - y corre hacia Jesús, congestionado por la fatiga; se seca con el manto que se había quitado, se lo vuelve a poner y ríe contento.

Los cuatro no cesan de dar las gracias.

-¿Pasarás por aquí, Maestro?

-Sí, esperadme. Saludaréis incluso a Jonás. ¿Podéis hacerlo?

-¡Claro! La tierra debía estar arada para la noche. Están hechos más de dos tercios de ella, ¡y qué bien y qué rápido! ¡Son fuertes tus amigos!... Que Dios os bendiga. Hoy para nosotros es más que la fiesta de los Ázimos. ¡Que Dios os bendiga a todos, a todos, a todos!

Jesús va derecho hacia el pomar, lo cruzan, llegan a los campos de Doras. Más campesinos al arado, o agachados para limpiar los surcos de las hierbas arrancadas; pero Jonás no está. Reconocen a Jesús y, sin dejar de trabajar, lo saludan.

-¿Dónde está Jonás?

Después de dos horas ha caído sobre el surco y lo han llevado a casa. ¡Pobre Jonás! Poco tiempo más deberá sufrir. Está realmente en las últimas. Jamás tendremos un amigo mejor.

-Me tenéis a mí en la Tierra y a él en el seno de Abraham. Los muertos quieren a los vivos con dúplice amor: el propio y el que asumen estando con Dios (por tanto, amor perfecto).

-¡Ve enseguida con él! ¡Que te vea ahora que sufre!

Jesús bendice y continúa su camino.

-¿Y ahora qué piensas hacer? ¿Qué le piensas decir a Doras? - preguntan los discípulos.

-Voy a ir como si no supiera nada. Si se siente descubierto, es capaz de cebarse en Jonás y en sus siervos.

-Tiene razón tu amigo: es como un chacal - dice Pedro a Simón.

-Lázaro no dice nunca sino la verdad y no es maldecidor; cuando lo conozcas, lo querrás - responde Simón.

-Se ve la casa del fariseo: ancha, baja, bien construida, entre árboles ya despojados de sus frutos; una casa de campo, pero rica y cómoda. Pedro y Simón se adelantan para avisar.

Sale Doras. Un viejo de semblante duro, propio de un anciano avaricioso: ojos irónicos, boca de sierpe que esboza bruscamente una sonrisa falsa detrás de una barba más blanca que negra.

-Salud, Jesús - dice en tono familiar y con clara ostentación de benevolencia.

Jesús no dice: «Paz»; responde:

-Que ella vuelva a ti.

-Entra. La casa te acoge. Has sido puntual como un rey.

-Como una persona honesta - replica Jesús.

Doras se ríe, como si se hubiera tratado de una gracia.

Jesús se vuelve y les dice a los discípulos, que no han sido invitados a entrar:

-Entrad - Y añade: «Son mis amigos».

-Que entren... pero... ¿ése no es el recaudador de tributos, hijo de Alfeo?

-Éste es Mateo, el discípulo del Cristo - dice Jesús, en un tono que... el otro entiende y... vuelve a reírse más forzadamente que antes

Doras pretende aplastar al "pobre" maestro galileo bajo la opulencia de su casa, fastuosa por dentro, fastuosa y gélida; los servidores parecen esclavos. Caminan encorvados; si entran en escena, desaparecen furtivamente y con rapidez, como quien teme siempre un castigo. Se tiene la impresión de una casa en que reinan la frialdad y el odio.

Pero Jesús no se apabulla ante la exposición de riquezas, ni ante el recuerdo de censo y parentela... y Doras, que percibe la indiferencia del Maestro, lo lleva consigo por el pomar jardín, mostrando árboles raros y ofreciendo sus frutos - los servidores los acercan en bandejas y copas de oro -. Jesús degusta y alaba la exquisitez de la fruta, parte conservada en una especie de almíbar (melocotones primorosos), parte fruta natural (peras de singular tamaño).

-Soy el único que las tiene en toda Palestina, y creo que ni siquiera en toda la península las hay como éstas. Las he mandado traer de Persia, y de más lejos aún. La caravana me costó el precio de un talento. Ni siquiera los Tetrarcas disponen de estos frutos; quizás ni siquiera César los tiene. Cuento las piezas y exijo todos los huesos. Las peras sólo se consumen en mi mesa, porque no quiero que se lleven ni una semilla. A Anás le mando algunas peras, pero sólo de las cocidas porque así son estériles.

-Son plantas de Dios, y los hombres son todos iguales.

-¿Iguales? ¡No, hombre, no! ¿Yo igual que... que tus galileos?

-El alma viene de Dios, y Él las crea iguales.

-¡Pero yo soy Doras, el fiel fariseo!...- diciendo esto parece esponjarse como un pavo.

Jesús lo asaetea con sus ojos de zafiro, cada vez más encendidos (signo que en Él denuncia que rebosa de piedad o de severidad). Jesús es mucho más alto que Doras y lo domina; está majestuoso con su vestido purpúreo al lado del pequeño y un poco encorvado fariseo, apergaminado, que lleva un vestido de una holgura y una abundancia de franjas impresionante.

Doras, después de un rato de autoadmiración, exclama:

-Pero Jesús, ¿por qué has enviado a casa de Doras, el puro fariseo, a Lázaro, hermano de una meretriz? ¿Amigo tuyo, Lázaro? ¡No debes permitirlo! ¿No sabes que está anatematizado porque su hermana, María, es una meretriz?

-No conozco más que a Lázaro y sus acciones, que son honestas.

-Pero el mundo recuerda el pecado de esa casa y ve que su mancha se extiende entre los amigos... No vayas a esa casa. ¿Por qué no eres fariseo? Si lo deseas... yo soy poderoso... hago que te acojan como tal a pesar de que seas galileo. Yo lo puedo todo en el Sanedrín. Está en mi mano Anás como lo está esta orla de mi manto. Te temerían más.

-Deseo sólo ser amado.

-Yo te amaré. ¿Ves como ya te amo al condescender a tu deseo dándote a Jonás?

-He pagado por él.

-Es verdad, y estoy asombrado de que hayas podido abonar tal suma.

-No Yo, un amigo por mí.

-Bien, bien. No quiero indagar. Mira como es verdad que te amo y deseo satisfacerte: tendrás a Jonás después de la comida. Sólo por ti hago este sacrificio... - y se ríe con su cruel risa.

Jesús, con los brazos cruzados a la altura del pecho, cada vez más severo, lo traspasa con la mirada. Todavía están en el huerto jardín en espera de la comida.

-Pero tú tienes que concederme una cosa. Satisfacción por satisfacción. Yo te doy mi mejor siervo, por tanto me privo de una futura ganancia. Este año tu bendición - sé que viniste cuando comenzaba el calor fuerte - me ha proporcionado una recolección que ha hecho famosas mis propiedades. Bendice pues ahora mis rebaños y mis campos. El próximo año no echaré de menos a Jonás... y entre tanto, encontraré uno como él. Ven, da tu bendición. Dame la satisfacción de que me celebren en toda Palestina y de tener rediles y graneros saturados de bienes. Ven - Y lo aferra y trata de arrastrarlo, invadido por la fiebre del oro.

Pero Jesús se resiste:

-¿Dónde está Jonás? - pregunta severo.

-En la aradura. No ha querido marcharse sin hacer este trabajo para su buen patrón, pero antes de terminar de comer vendrá. Mientras, ven a bendecir rebaños, campos, árboles frutales, cepas y almazaras. Todo, todo... ¡Ah, qué fértiles serán el año próximo! ¡Ven!

-¿Dónde está Jonás? -trueno Jesús más fuerte.

-¡Pero si ya te lo he dicho! Está dirigiendo la aradura. Es el primero entre mis servidores y no trabaja: preside.

-¡Embustero!

-¿Yo? ¡Lo juro por Yeohveh!

-¡Perjuro!

-¿Yo? ¿Yo perjuro? ¿Yo que soy el fiel más fiel? ¡Cuidado cómo hablas!

-¡Asesino! - Jesús ha ido levantando la voz, y la última palabra es un trueno.

Los discípulos hacen un círculo en torno a Él, los criados se asoman a las puertas, temerosos. El rostro de Jesús transparenta una severidad insostenible. Los ojos parecen emanar rayos fosforescentes.

Doras siente un momento de miedo. Se hace más pequeño, madeja de estofa finísima junto a la alta persona de Jesús, vestida de pesada lana rojo oscuro. Pero luego la soberbia vuelve a hacerse con él. Doras se pone a gritar con su voz chillona (exactamente como la de los zorros):

-¡En mi casa doy órdenes sólo yo! ¡Vete, vil galileo!

-Me iré después de maldecirte a ti, a tus campos, a tus rebaños y a tus cepas, para éste y para los futuros años.

-¡No, eso no! Sí. Es verdad. Jonás está enfermo, pero se le está cuidando, se le está cuidando bien. Retira tu maldición.

-¿Dónde está Jonás? Que un criado me conduzca a él, inmediatamente. Yo lo he pagado, y, dado que para ti es una mercancía, una máquina, tal lo considero; y puesto que lo he comprado, lo quiero.

Doras saca del pecho un pequeño silbato de oro y silba tres veces. Una nube de servidores de la casa y de las tierras acude de todas partes; corren - encorvados hasta el punto de que casi rozan el suelo - hasta donde está el temido patrón.

-Traedle a Jonás a éste y entregadlo.

-¿A dónde vas?

Jesús ni siquiera responde. Sigue a los servidores que, presurosos han cruzado el jardín en dirección a las casas de los campesinos, los misérrimos cuchitriles de los míseros campesinos.

Entran en el tugurio de Jonás. Éste está completamente esquelético, jadeante a causa de la fiebre, semidesnudo, sobre un cañizo; como colchón, un vestido remendado; como manta, un manto aún más roto. La joven de la otra vez lo cuida como puede.

-¡Jonás! ¡Amigo mío! ¡He venido a llevarte conmigo!

-¿Tú? ¡Mi Señor! Me estoy muriendo... pero me siento feliz de tenerte aquí.

-Amigo fiel, ahora eres libre. No morirás aquí. Te llevo a mi casa.

-¿Libre? ¿Por qué? ¿A tu casa? ¡Ah, sí! Me prometiste que vería a tu Madre.

Jesús, combado hacia el miserable lecho del infeliz, es todo amor, mientras que Jonás, de alegría, parece reanimarse.

-Pedro, tú eres fuerte, levanta a Jonás. Vosotros, poned aquí vuestro manto; es demasiado duro este lecho para uno en su estado.

Los discípulos se despojan de sus mantos con prontitud, los pliegan en varios dobleces y los extienden; con algunos hacen la almohada. Pedro deposita su carga de huesos y Jesús tapa a Jonás con su propio manto.

-Pedro, ¿tienes dinero?

-Sí, Maestro, tengo cuarenta denarios.

-Bien. ¡Vamos! ¡Ánimo, Jonás! Todavía un poco de esfuerzo; luego mucha paz en mi casa, con María...

-María... sí... ¡tu casa!

El pobre Jonás está en el límite de sus fuerzas y llora; lo único que es capaz de hacer es llorar.

-Adiós, mujer; el Señor te bendecirá por tu misericordia.

-Adiós, Señor. Adiós, Jonás. Ora, orad por mí - La joven llora...

Llegados al umbral de la puerta, aparece Doras. Jonás tiene una reacción de temor y se cubre el rostro; mas Jesús le pone una mano sobre la cabeza y sale a su lado, más severo que un juez. La mísera comitiva sale al rústico patio y toma el sendero del huerto.

-¡Ese lecho es mío; te he vendido el siervo, no la cama!

Jesús le arroja a los pies la bolsa sin decir nada.

Doras la coge, la vacía:

-Cuarenta denarios y cinco didracmas. ¡Es poco!

Jesús mira fijamente, de arriba abajo, - es imposible describir su gesto - al codicioso y repugnante cómitre, y no responde.

-Al menos dime que retiras tu maldición.

Jesús lo fulmina con una nueva mirada y una breve frase:

-Te remito al Dios del Sinaí - y pasa erguido, al lado de la tosca camilla que, con cuidado, transportan Pedro y

Andrés.

Doras, viendo que todo es inútil y que la condena es cierta, grita:

-¡Volveremos a vernos, Jesús! ¡No pienses que te has librado de mis zarpas! ¡Te haré la guerra a muerte! Llévate si quieres ese pingajo de hombre; ya no me sirve. Me ahorro la sepultura. ¡Vete, vete, maldito Satanás! Pero te pondré en contra a todo el Sanedrín. ¡Satanás! ¡Satanás!

Jesús no hace ni siquiera ademán de haber oído. Los discípulos están consternados.

Jesús se ocupa sólo de Jonás; busca los senderos más llanos, más protegidos, hasta que llega a un cruce de caminos en la propiedad de Jocanáan. Los cuatro campesinos corren a saludar al amigo que parte y al Salvador, que los bendice.

Pero el camino de Esdrelón a Nazaret es largo y además no se puede ir deprisa con esa conmovedora carga humana. A lo largo de la calzada principal no hay ningún carro, ninguna carreta, nada. Continúan caminando en silencio. Jonás parece dormir, pero no suelta la mano de Jesús.

A1 atardecer, un carro militar romano pasa a su lado.

-¡En nombre de Dios, parad! - dice Jesús levantando el brazo.

Dos soldados detienen el carro; el comandante, un hombre todo pomposo, se asoma, recorriendo un poco el toldo con que acababa de cubrir el carro porque empezaba a llover.

-¿Qué quieres? - le pregunta a Jesús.

-Tengo un amigo que está agonizando. Lo que os pido es un lugar para él en el carro.

-No se podría hacer... pero... sube. Al fin y al cabo, no somos perros.

Se sube la camilla.

-¿Tu amigo? ¿Tú quién eres?

-El rabí Jesús de Nazaret.

-¿Tú? ¡Oh!... - el militar lo mira con curiosidad.

-Si eres Tú, entonces... montad cuantos más podáis. La única cosa es que tratéis de que no se os vea... Así está ordenado... pero, por encima de las órdenes está la humanidad, ¿no? Y Tú eres bueno, yo lo sé. Nosotros, los soldados, sabemos todo... ¿Que cómo es que lo sé? Hasta las piedras hablan, bien o mal; y nosotros tenemos oídos para oírlas, para servir al César. Tú no eres un falso Cristo como los demás de antes, sediciosos y rebeldes. Tú eres bueno. Roma lo sabe. Este hombre... está muy mal.

-Por eso lo llevo donde mi Madre.

-¡Poco tiempo podrá cuidarlo! Dale un poco de vino. Está en esa cantimplora. Tú, Aquila, instiga a los caballos, y tú, Quinto, dame la ración de miel y de mantequilla; es mía, pero le sentará bien. Tiene mucha tos y la miel es medicinal.

-Eres bueno.

-No. Soy menos malo que muchos, y estoy contento de tenerte conmigo. Acuérdate de Publio Quintiliano, de la Itálica. Estoy en Cesárea, pero ahora voy a Tolemaida. Inspección de rigor.

-No estás en enemistad conmigo.

-¿Yo? Soy enemigo de los malos, jamás de los buenos. Y desearía ser yo también bueno. Dime: para nosotros, hombres de armas, ¿qué doctrina predicas?

-Una es la doctrina, para todos: justicia, honestidad, continencia, piedad. Ejercer el propio oficio sin abusos. Incluso en la dura necesidad de las armas, seguir la humanidad. Tratar de conocer la Verdad, o sea, a Dios Uno y Eterno; sin este conocimiento toda acción queda privada de gracia y, por tanto, de premio eterno.

-Pero, una vez muerto, ¿para qué me sirve el bien que haya hecho?

-Quien se llega al Dios verdadero encuentra ese bien en la otra vida.

-¿Renazco otra vez? ¿Llego a ser tribuno, o incluso emperador?

-No. Eres como Dios, desposándote con su eterna beatitud en el Cielo.

-¿Cómo? ¿En el Olimpo yo? ¿Entre los dioses?

-No hay dioses. Existe el Dios verdadero, el que Yo predico, el que te oye y signa tu bondad y tu deseo de conocer el

Bien.

-¡Esto me gusta! No sabía que Dios se pudiera ocupar de un pobre soldado pagano.

-Él te ha creado, Publio; por eso te ama y querría tenerte consigo.

-Bueno, ¿y por qué no? Pero... nadie nos habla de Dios... nunca....

-Iré a Cesárea y me oirás.

-Sí, iré a oírte. Allí está Nazaret. Querría servirte más, pero si me ven...

-Bajo, y te bendigo por tu bondad.

-Adiós, Maestro.

-Que el Señor se muestre a vosotros, soldados. Adiós.

Bajan. Se ponen a caminar de nuevo.

-Dentro de poco descansarás, Jonás - dice Jesús para animarlo.

Jonás sonríe. Cada vez más tranquilo, a medida que la tarde va cayendo y que está seguro de estar lejos de Doras.

Juan con su hermano se adelanta corriendo para avisar a María.

Y, cuando la pequeña comitiva llega a Nazaret, casi desierta al caer de la tarde, María está ya en el umbral de la puerta esperando a su Hijo.

-Madre, éste es Jonás. Se acoge a tu dulzura para empezar a gustar su Paraíso. ¿Contento, Jonás?

-¡Contento! ¡Contento! - susurra como en éxtasis el exhausto.

Le llevan a la pequeña habitación en donde murió José.

-Estás en la cama de mi padre, y aquí está mi Madre, y aquí estoy Yo. ¿Ves? Nazaret se hace así Belén, y tú ahora eres el pequeño Jesús entre dos que te quieren, y éstos son los que veneran en ti al siervo fiel. No ves a los ángeles, pero sus alas de luz espiran sobre ti y cantan las palabras del salmo natalicio...

Jesús derrama su dulzura sobre el pobre Jonás, que se va apagando por momentos. Parece como si hubiera resistido hasta este momento para morir aquí... Pero su estado es beato. Sonríe, trata de besar la mano de Jesús, la de María, y de decir, decir... pero el jadeo quiebra la palabra. María, como una madre, lo conforta. Y él repite:

-Sí... sí - con su sonrisa beata en ese rostro suyo esquelético.

Los discípulos, que están a la puerta del huerto, guardan silencio y observan con conmoción.

-Dios ha escuchado tu prolongado deseo. La Estrella de tu larga noche viene a ser ahora la Estrella de tu eterna mañana. Tú sabes su Nombre -dice Jesús.

-¡Jesús, el tuyo! ¡Oh! ¡Jesús! Los ángeles... ¿Quién me está cantando el himno angélico? El alma lo está oyendo... También el oído lo quiere escuchar... ¿Quién, para que yo duerma feliz?... ¡Tengo mucho sueño! ¡He trabajado mucho! Muchas lágrimas... Muchos insultos... Doras... yo lo perdono... pero no quiero oír su voz y la oigo... Es como la voz de Satanás en la hora de mi muerte. ¡Alguien que me cubra esa voz con las palabras provenientes del Paraíso!

Es María quien con la misma melodía de su canción de cuna entona dulcemente: «Gloria a Dios en los altos Cielos y paz a los hombres aquí abajo». Y lo repite dos o tres veces porque ve que Jonás oyéndola se calma.

-Ya no habla Doras - dice, pasado un rato - Sólo los ángeles... Era un Niño... en un pesebre... entre un buey y un asno... y era el Mesías... y yo lo adoré... y con Él estaban José y María...

La voz se pierde en un breve gorgoteo dando paso al silencio.

-¡Paz en el Cielo al hombre de buena voluntad! Ha muerto. Le pondremos en nuestro pobre sepulcro. Merece esperar la resurrección de los muertos junto al padre mío justo - dice Jesús.

Y mientras, advertida no sé por quién, entra María de Alfeo, todo cesa.

unos tres kilómetros por dos. Poca, bien poca cosa como se ve. Confiérenle gracia, no obstante, su entorno verde y su superficie, tan azul y sosegada, que parece una gran lámina de esmalte azul cielo vetada en el centro por una pincelada más clara, y ligeramente más movida, quizás por la corriente del río que se introduce en ella al Norte para salir al Sur y que, por lo pequeña que es la laguna - creo que sobre todo es poco profunda -, no pierde su corriente, sino que, como vena viva en un agua parada, denota esta vitalidad y presencia suyas con el color distinto y el ligero fruncimiento de las aguas.

No hay barcas de vela en la laguna; sólo alguna pequeña barquita de remos, desde donde un solitario pescador echa o extrae sus nasas de pesca, o que sirven para pasar al otro lado a un viandante que quiere abreviar el camino. Y rebaños, rebaños, rebaños... que descienden, sin duda, de los pastos montanos porque avanza el otoño, y pacen en estas márgenes de prados verdes y feraces.

Por el vértice sur del lago - puesto que es de forma oval - pasa una vía de comunicación de primer orden que se extiende de este a oeste - o, mejor, más o menos de nordeste a sudoeste -, bastante bien conservada y muy frecuentada por transeúntes dirigidos hacia los pueblos esparcidos por esa zona. Por esta calzada camina Jesús con los suyos.

El día está más bien gris y Pedro observa:

-Hubiera sido mejor no ir a donde esa mujer. Los días se acortan cada vez más y el tiempo es cada vez más desapacible... y Jerusalén está todavía muy lejos.

-Llegaremos a tiempo. Y, créeme, Pedro, hacer el bien es más obediencia a Dios que hacer una ceremonia externa. Esa mujer ahora bendice a Dios con todos sus hijos en torno al cabeza de familia, que está tan curado, que podrá hallarse en Jerusalén para los Tabernáculos, mientras que habría debido estar durmiendo ya, para ese tiempo, entre vendas y bálsamos, en un sepulcro. No corrompas nunca la fe con la exterioridad de los actos. No se debe criticar nunca. ¿Cómo puedes asombrarte de los fariseos, si tú también caes en un error de piedad y cierras el corazón al prójimo diciendo: "Sirvo a Dios y basta"?

-Tienes razón, Maestro; soy más ignorante que un borrico.

-Y Yo te tengo conmigo para hacerte sabio. No tengas miedo. Cusa me ha ofrecido el carro casi hasta Yabboq. Desde allí al vado hay poco camino. Ha insistido tanto, y con razones tan justas, que he decidido, a pesar de que Yo juzgue que el Rey de los pobres debe servirse de los medios de los pobres; pero la muerte de Jonás ha impuesto un retardo y tengo que adaptar mi pensamiento a este imprevisto.

Los discípulos hablan de Jonás compadeciendo su mísera vida y envidiando su feliz muerte.

Simón Zelote susurra:

-No he podido hacerle feliz y dar al Maestro un verdadero discípulo, madurado en largo martirio e inquebrantable fe... y lo siento. ¡El mundo tiene mucha necesidad de criaturas fieles, convencidas de Jesús, para equilibrar a los muchos que niegan y negarán!

-No importa, Simón -responde Jesús - Él se siente más feliz ahora, y es más activo. Y tú has hecho más de lo que hubiera hecho cualquier otro por él y por mí, y por él también te doy las gracias, ahora él sabe quién fue el que lo liberó, y te bendice.

-Entonces maldice a Doras -exclama Pedro.

Y Jesús lo mira y le pregunta:

-¿Tú crees? Estás equivocado. Jonás era un justo, ahora es un santo. En vida ni odió ni maldijo; ni odia ni maldice ahora. Pone su mirada en el Paraíso, desde su lugar de espera, y se regocija porque sabe que pronto el Limbo dejará salir a los que están esperando. No hace nada más.

-Y en Doras... ¿incidirá tu anatema?

-¿En qué sentido, Pedro?

-Pues... haciéndole meditar y cambiar... o... sometiéndolo a castigos.

-Lo he remitido a la Justicia de Dios; Yo, el Amor, lo he abandonado.

-¡Misericordia! ¡No quisiera estar en él!

-¡Ni yo tampoco!

-¡Y yo tampoco!

-Ninguno querría, porque ¿qué será la Justicia del Perfecto? -dicen los discípulos.

-Será éxtasis para los buenos; será rayo para los perversos, amigos. En verdad os digo: ser durante toda la vida esclavo, leproso, mendigo, es felicidad de rey al lado de una hora, una sola hora, de castigo divino.

~Llueve, Maestro, ¿qué hacemos? ¿A dónde vamos?

Efectivamente, sobre el lago, que se ha oscurecido reflejando el cielo completamente cubierto de nubes plúmbicas, caen y rebotan las primeras gruesas gotas de una lluvia que promete intensificarse.

-A alguna casa. Pediremos amparo en nombre de Dios.

-Esperemos encontrar uno bueno como aquel romano. No creía que fueran así... Siempre me había alejado de ellos considerándolos impuros, pero veo que... sí, si hago cuentas son mejores que muchos de nosotros - dice Pedro.

-¿Te agradan los romanos? - pregunta Jesús.

-¡Bueno!... no veo que sean peores que nosotros. Sólo son samaritanos...

Jesús sonríe y no dice nada.

Llega a su altura una pequeña mujer que va arreando a ocho ovejas.

-Mujer, ¿sabes decirnos dónde podemos encontrar un techo?...pregunta Pedro.

-Yo sirvo a un hombre pobre y solo. Pero si queréis venir... Creo que mi patrón os acogerá con bondad.

-Vamos.

Camina bajo el aguacero, rápidos, entre las ovejas, que van trotando con sus cuerpos obesos para escaparse del chaparrón. Dejan la calzada principal para tomar un caminito que conduce a una pequeña casa baja. La reconozco como la casa del campesino Jacob, el de Matías y María, los dos huerfanitos de la visión.

-¡Ahí está! Corred mientras llevo las ovejas al aprisco. A1 otro lado de la tapia hay un patio por el que se va a la casa. Estará en la cocina. No os fijéis en si es de pocas palabras... Está angustiado por muchas cosas.

La mujer va hacia un cuchitril que está a la derecha. Jesús, cor los suyos, gira a la izquierda.

Se ve la era con el pozo, y el horno en el fondo, y el manzano a un lado. La puerta de la cocina está abierta de par en par. En ésta arde un fuego de pequeñas ramas y un hombre está reparando un apero agrícola roto.

-Paz a esta casa. Te pido refugio para la noche, para mí y mis compañeros - dice Jesús en el umbral de la puerta.

El hombre alza la cabeza.

-Entra - dice - y que Dios te restituya la paz que ofreces. Pero... ¿paz aquí?... La paz es enemiga de Jacob desde hace un tiempo. ¡Pasa, pasa!... Entrad todos. E1 fuego es lo único que puedo daros con abundancia... porque... ¡Oh, pero... pero si Tú, ahora que te has quitado la capucha (Jesús se había tapado la cabeza con el extremo del manto, teniéndolo agarrado con la mano por debajo de la garganta) y te veo bien... Tú eres, sí, eres el rabí galileo, al que llaman Mesías y hace milagros...! ¿Eres Tú? Dilo, en nombre de Dios.

-Soy Jesús de Nazaret, el Mesías. ¿Me conoces?

-Te oí hablar durante la pasada luna en casa de Judas y Ana. Estaba entre los vendimiadores porque... soy pobre... Una cadena de desgracias: pedrisco, orugas, enfermedades en las plantas y en 1as ovejas... Para mí, sólo con una mujer a mi servicio, me bastaba mi haber. Pero ahora me he entrampado porque me persigue la mala suerte... Para no vender todas las ovejas he trabajado en casa ajena... ¿Mis tierras?... ¡Estaban tan quemadas, y las vides y los olivos se habían quedado tan estériles, que parecía que hubiera pasado por ellas la guerra! Desde que se me murió la mujer, hace ya seis años, parece como si Satanás se estuviera divirtiendo. ¿Te das cuenta? Estoy trabajando en este arado, pero tiene la madera toda rota. ¿Qué puedo hacer? No soy carpintero, y ato, ato... pero no sirve. Y ahora tengo que tratar de evitar los más mínimos gastos... Voy a vender otra oveja para reparar los aperos. Tengo goteras... pero me acucia más el campo que la casa. ¡Mala suerte! Las ovejas están todas preñadas... Esperaba rehacer el rebaño... ¡En fin!

-Ve que vengo a ser una carga donde ya hay mucha.

-¿Tú una carga? No. Te oí hablar y... se me grabó en el corazón lo que decías. Es verdad que he trabajado honradamente, y, sin embargo...Pero pienso que quizás no era todavía lo bastante bueno. Pienso que quizás quien era buena era mi mujer, que tenía piedad de todos; pobre Lía, muerta demasiado pronto, demasiado para su marido... Pienso que el bienestar de entonces venía por ella del Cielo. Y quiero ser mejor, por lo que Tú dices y por imitar a mi esposa. No pido mucho... sólo permanecer en esta casa donde ella murió, donde yo nací... y disponer de un pan para mí y la criada que me hace de mujer y de pastora y me ayuda como puede. No tengo más personas a mi servicio. Tenía dos y me eran suficientes, trabajando, como trabajaba, también yo en las tierras y en el olivar... Pero el pan que tengo, a duras penas alcanza para mí...

-No te prives de él por nosotros...

-No, Maestro. Aunque no tuviera más que un pedazo de pan, te lo daría. Es para mí un honor tenerte... Jamás lo hubiera esperado. Si te manifiesto mis miserias es porque eres bueno y comprendes.

-Sí, comprendo. Dame ese martillo. No se hace así. Así rompes la madera. Dame también ese punzón, pero primero ponlo al rojo; se taladrará mejor la madera, con lo cual podremos pasar la clavija de hierro sin esfuerzo. Déjame. Yo he sido carpintero...

-¿Trabajar Tú para mí? ¡No!

-Déjame. Tú me das hospedaje, Yo te ayudo; entre los hombres el amor mutuo debe ser dando cada uno lo que pueda.

-Tú das la paz, das la sabiduría, das el milagro... ¡das ya mucho, mucho!

-Doy también el trabajo. ¡Venga, obedece!

Y Jesús, sólo con la túnica, trabaja rápido y con práctica en el astillado timón; taladra, ata, emperna, hace pruebas hasta que siente que está fuerte.

-Podrá trabajar todavía mucho tiempo, hasta el año que viene, y entonces podrás hacerlo nuevo.

-Yo también lo creo. Esa reja ha estado en tus manos y me bendecirá la tierra.

-No te la bendecirá por esto, Jacob.

-¿Por qué entonces, mi Señor?

-Porque practicas la misericordia. No te cierras en el rencor del egoísmo y de la envidia, sino que aceptas mi doctrina y la pones en práctica. Bienaventurados los misericordiosos: obtendrán misericordia.

-¿En qué la practico contigo, Señor? Casi no tengo lugar ni alimento para tu necesidad; no tengo más que la buena voluntad, y nunca como ahora me ha pesado el ser indigente, por no tener con qué darte el debido honor a ti y a tus amigos.

-Me basta tu deseo. En verdad te digo que incluso un sólo cáliz de agua dado en mi nombre es cosa grande a los ojos de Dios. Yo era un cansado viandante bajo la tormenta, tú me has dado hospedaje. Llega la hora del alimento y me dices: "Te ofrezco cuanto tengo". Se hace de noche y tú me ofreces un techo amigo. ¿Qué más quieres hacer? Ten confianza, Jacob. El Hijo del hombre no mira la pompa del recibimiento y de la comida, mira el sentimiento del corazón. El Hijo de Dios le dice al Padre: "Padre, bendice a mis benefactores y a todos aquellos que en mi nombre son misericordiosos con los hermanos". Esto digo para ti.

La criada, que mientras Jesús trabajaba con la grada ha hablado con el patrón, vuelve con algo de pan, con leche que acaba de ordeñar, pocas manzanas algo secas y una bandeja de aceitunas.

-No tengo más - se justifica el hombre.

-¡Oh, Yo veo en tu comida un alimento que tú no ves! Y de ése me nutro porque tiene sabor celeste.

-¿Será que te alimentas, Tú, Hijo de Dios, de algún alimento que te traen los ángeles? Quizás vives del pan del espíritu.

-Sí. Más que el cuerpo, tiene valor el espíritu, y no en mí sólo. Pero no me nutro de pan angélico, sino del amor del Padre y de los hombres. Esto lo encuentro en tu mesa y bendigo por ello al Padre que a ti me ha conducido con amor, y te bendigo a ti que con amor me acoges y amor me das: éste es mi alimento, y hacer la voluntad del Padre mío.

-Bendice, entonces, y ofrece Tú, por mí, el alimento a Dios. Hoy eres el Cabeza de familia y siempre serás mi Maestro y Amigo.

Jesús toma y ofrece el pan teniéndolo sobre las palmas levantadas en alto, y ora con un salmo, creo. Luego se sienta, parte y distribuye...

Todo así termina.

111

Encuentro con Salomón en el vado del Jordán. Parábola sobre la conversión de los corazones

-¡Qué extraño que el Bautista no esté aquí! -dice Juan al Maestro.

-Están todos en la margen oriental del Jordán, a la altura del famoso vado donde un tiempo bautizaba el Bautista.

-Y tampoco está en la otra ribera - observa Santiago.

-Le habrán echado el guante de nuevo esperando otra bolsa - comenta Pedro - ¡Son gentuza esos tipos de Herodes!

-Vamos a pasar allí y preguntamos» dice Jesús.

Así lo hacen, y preguntan a un barquero de la otra ribera:

-¿Ya no bautiza aquí el Bautista?

-No. Está en los confines de Samaria. ¡Tan bajo hemos caído! Un santo tiene que pasar a campo samaritano para salvarse de los ciudadanos de Israel. ¿Y por qué os asombráis si Dios nos abandona? Yo sólo me asombro de una cosa: ¡que no haga de toda Palestina una Sodoma y Gomorra!...

-No lo hace por los justos que hay en ella, por los que, sin ser todavía del todo justos, sienten sed de justicia y siguen las doctrinas de quienes predicán santidad - responde Jesús.

-Dos, entonces: el Bautista y el Mesías. A1 primero lo conozco porque yo también le he servido aquí en el Jordán, pasándolo en la barca a algún fiel sin pedir nada, porque él dice que debemos contentarnos con lo justo. Me parecía justo conformarme con la ganancia por otros servicios, y me parecía que era injusto el pedir paga por llevar a un alma hacia la purificación. Me han tomado por loco los amigos, pero en fin... Si yo estoy contento de lo poco que tengo, ¿quién puede quejarse? Por lo demás, veo que aún no me he muerto de hambre, y espero que cuando muera me sonría Abraham.

-Así es, hombre. ¿Quién eres? - pregunta Jesús.

-¡Oh!, tengo un nombre muy grande y me río de ello, porque sólo tengo sabiduría para el remo. Me llamo Salomón.

-Tienes la sabiduría de juzgar que quien coopera con una purificación no debe corromperla con el dinero. Yo te digo: No sólo Abraham, sino el Dios de Abraham te sonreirá cuando mueras, como a hijo fiel.

-¡Oh, Dios! ¿Lo dices de verdad? '¿Quién eres?

-Soy un justo.

-Te he dicho que hay dos justos en Israel: uno es el Bautista; el otro, el Mesías. ¿Eres Tú el Mesías?

-Soy Yo.

-¡Oh, eterna misericordia! Pero... un día oí a unos fariseos que decían... Bueno, dejémoslo... No quiero ensuciarme la boca. Tú no eres eso que decían de ti. ¡Lenguas más bífidas que las de las víboras!...

-Soy Yo y te digo: No estás muy lejos de la Luz. Adiós, Salomón, la paz sea contigo.

-¿A dónde vas, Señor? - el hombre está asombrado por la revelación y ha asumido un tono completamente distinto. Antes era un bonachón que hablaba, ahora es un fiel que adora.

-A Jerusalén, por Jericó. Voy a los Tabernáculos.

-¿A Jerusalén? Pero... ¿también Tú?

-Soy hijo de la Ley Yo también. No anulo la Ley. Os doy luz y fuerza para seguirla con perfección.

-¡Pero Jerusalén ya te odia! Quiero decir, los grandes, los fariseos de Jerusalén. Te he dicho que he oído...

-Déjalos. Ellos hacen su deber, lo que creen que es su deber; Yo hago el mío. En verdad te digo que hasta que no sea la hora no podrán nada.

-¿Qué hora, Señor? - preguntan los discípulos y el barquero. «

-La del triunfo de las Tinieblas.

-¿Vas a vivir hasta el fin del mundo?

-No. Habrá una tiniebla más atroz que la de los astros apagados y que la de nuestro planeta, muerto con todos sus hombres. Será cuando los hombres sofoquen la Luz que Yo soy. En muchos el delito ya se ha producido. Adiós, Salomón.

-Te sigo, Maestro.

-No. Ven dentro de tres días al Bel Nidrás. La paz a ti.

Jesús se pone en camino entre sus discípulos, que van pensativos.

-¿Qué pensáis? No temáis ni por mí ni por vosotros.

Hemos pasado por la Decápolis y la Perea, y por todas partes hemos visto agricultores trabajando en los campos. En unos lugares, la tierra estaba todavía cubierta por rastros y malas hierbas; árida, dura, ocupada por plantas parásitas que los vientos estivos habían llevado y sembrado arrebatando sus semillas a las desolaciones desérticas: eran las tierras de los perezosos y vividores. En otros lugares la tierra había sido ya abierta por la reja del arado, y limpiada, con el fuego y la mano, de

piedras, espinos y malas hierbas. Lo que antes era un mal, o sea, las plantas inútiles, he aquí que con la purificación del fuego y del tajo, se había transformado en bien: en abono, en sales útiles para la fecundación. La tierra habrá llorado bajo el dolor de la hoja que la abría y hurgaba, y bajo el mordisco del fuego que corría por sus heridas. Mas reirá más hermosa en primavera diciendo: "El hombre me torturó para proporcionarme esta opulenta mies que me embellece". Y éstas eran las tierras de los voluntariosos. En otros lugares, la tierra estaba ya esponjosa, limpia incluso de cenizas, un verdadero lecho nupcial para el desposorio de la gleba con la semilla y para el fecundo connubio que proporciona tanta gloria de espigas: éstos eran los campos de aquellos cuya generosidad llegaba hasta la perfección de la operatividad.

Pues bien, igual sucede con los corazones. Yo soy la Reja de Arado y mi palabra es Fuego, para predisponer al triunfo eterno.

Hay quien, perezoso o vividor, aún no me busca, no me requiere, se satisface con su vicio, con las pasiones malvadas, que parecen frondas de hojas y de flores y en realidad son zarzas y espinas que laceran a muerte el espíritu, lo atan y hacen de él haz para los fuegos de la Gehena. Por ahora la Decápolis y Perea son así... y no sólo ellas. No se me piden milagros porque no se quiere el tajo de la palabra ni la quemazón del fuego. Pero llegará su hora. En distinto lugar, hay quien acepta este tajo y esta quemazón, y piensa: "Es penoso, pero me purifica y me hará fecundo para el Bien". Éstos son los que, si bien no tienen el heroísmo de hacer, dejan que Yo haga. Es el primer paso en mi camino. Hay, en fin, quienes ayudan con su diligente, diario, constante trabajo a mi trabajo; éstos no es que caminen, sino que vuelan por el camino de Dios; éstos son los discípulos fieles: vosotros y los otros que están diseminados por Israel.

-Pero somos pocos... contra muchos; somos humildes... contra los poderosos. ¿Cómo defenderte si quisieran hacerte algún daño?

-Amigos. Recordad el sueño de Jacob. Él vio una multitud incalculable de ángeles que subían y bajaban por la escalera que le unía con el Cielo. Una multitud; y no era más que una parte de las legiones angélicas... Pues bien, ni todas las legiones que cantan "aleluya" a Dios en el Cielo, aunque bajaran y se pusieran en torno a mí para defenderme, cuando llegue la hora podrían algo. La justicia ha de cumplirse...

-¡Querrás decir la injusticia! Porque Tú eres santo y si te hacen algún daño, si te odian, son unos injustos.

-Por eso digo que en algunos el delito se ha cumplido ya. Quien da vida en su corazón a pensamientos de homicidio es ya un homicida; si de hurto, es ya un ladrón; si de adulterio, es ya un adúltero; si traición, es ya un traidor. El Padre sabe las cosas, y Yo también, pero Él me deja ir, y Yo voy; para esto he venido. Mas el grano madurará y será sembrado dos veces antes de que el Pan y el Vino sean dados en alimento a los hombres.

-¿Se hará un banquete de júbilo y de paz, entonces?

-¿De paz? Sí. ¿De júbilo? También. Pero... ¡Oh..., Pedro, oh..., amigos, cuántas lágrimas habrá entre el primero y el segundo cáliz! Sólo después de beber la última gota del tercer cáliz, el júbilo será grande entre los justos, y segura la paz para los hombres de recta voluntad.

-Tú estarás presente... ¿no es verdad?

-¿Yo?... ¿Acaso falta alguna vez al rito el cabeza de familia? ¿Y no soy Yo la Cabeza de la gran familia del Cristo?

Simón Zelote, que ha estado siempre callado, dice, como hablando consigo mismo:

-¿Quién es Este que viene con las vestiduras teñidas de rojo? Está hermoso con su vestido y camina en la grandeza de su fuerza". "Soy Yo quien habla con justicia y protege salvíficamente." "¿Por qué, entonces, tus vestidos están teñidos de rojo y tus vestiduras están como las de quien prensa la uva?" "Yo solo, por mí mismo, he prensado la uva. Ha llegado el año de mi redención".

-Tú has comprendido, Simón - observa Jesús.

-He comprendido, mi Señor.

Los dos se miran; los demás los miran asombrados y entre sí se preguntan:

-¿Pero habla de las vestiduras rojas que lleva Jesús ahora, o de la púrpura de rey con que se adornará cuando llegue la hora?

Jesús se abstrae. Parece como si no oyese nada más.

Pedro toma aparte a Simón y le pide:

-Tú que eres sabio y humilde, explica a mi ignorancia tus palabras.

-Sí, hermano. Su nombre es Redentor. Los cálices del banquete de paz y júbilo entre el hombre y Dios, y Tierra y Cielo, los llenará Él, por sí mismo, de su Vino, pensándose a sí mismo en el sufrimiento por amor de todos nosotros. Por eso estará presente, a pesar de que las potestades de las Tinieblas, entonces, hayan sofocado aparentemente la Luz, que es Él. ¡Oh, hay que amar mucho a este Cristo nuestro porque mucho será desamado! Hagamos que en la hora del abandono no nos pueda llegar y reprender el lamento davídico: "Una jauría de perros (y entre ellos también nosotros) se ha puesto alrededor de mí".

-¿Tú crees?... Pero si nosotros lo defenderemos aun a costa de morir con Él.

-Nosotros lo defenderemos... Pero somos hombres, Pedro, y nuestra audacia se fundirá aun antes de que le descoynten a Él los huesos... Sí, nosotros haremos como el agua helada del cielo: un rayo la licúa en lluvia; luego el viento, en el suelo, vuelve a convertirla en hielo. ¡Así nosotros, así nosotros! Nuestra presente audacia de ser discípulos suyos - porque su amor y su cercanía nos condensan en viril intrepidez - se disolverá bajo la acción del rayo agresor de Satanás y de los satanases. Y de nosotros ¿qué quedará entonces? Pero luego, tras la infame y necesaria prueba, la fe y el amor nos harán de nuevo compactos y seremos como un cristal que no teme incisión alguna. Eso sí, sabremos y podremos esto si lo amamos mucho mientras lo tenemos con nosotros. Entonces... sí, creo que entonces no seremos, por su palabra, ni enemigos ni traidores.

-Tú eres sabio, Simón. Yo... soy un iletrado. Me avergüenzo de preguntarle a Él tantas cosas, y me duele cuando siento que son cosas de lágrimas... Mira su rostro: parece como si lo estuviera lavando un llanto secreto. Observa sus ojos: no miran ni al cielo ni al suelo; están abiertos a un mundo para nosotros desconocido. Y ¡qué cansado y combado es su caminar! Su actitud

pensativa le hace parecer más viejo. ¡Oh, no puedo verlo así! ¡Maestro, Maestro, sonríe; no puedo verte tan lleno de amargura! ¡Te quiero como a un hijo! ¡Te daría pecho mi como almohada, para que durmieras y soñaras otros mundos!... ¡Oh, perdona si te he dicho "hijo"! Es que te quiero, Jesús.

-Soy el Hijo... ese nombre es mi Nombre. Pero ya no estoy triste. ¿Lo ves? Sonríe porque vosotros sois amigos míos. Ved allí, al fondo, Jericó, toda roja con el ocaso. Que dos de vosotros vayan a buscar alojamiento. Yo y los demás iremos a esperaros al lado de la sinagoga. Id.

Y todo termina mientras Juan y Judas Tadeo se ponen en camino en busca de una casa hospitalaria.

112

De Jericó a Betania. El encuentro con Marta, que habla de María

La plaza del mercado de Jericó, con sus árboles, con sus vendedores gritando... En un ángulo, Zaqueo, el recaudador, centrado en sus... extorsiones legales o ilegales; creo que se dedica también algo a la compraventa de joyas, pues veo que pesa y valora collares y objetos de metal noble en general; no sé si se los dan en vez de monedas por no poder pagar de otra forma los impuestos, o si se los venden por otras necesidades.

Le toca el turno a una grácil mujer, toda cubierta por un manto de color pardo. Lleva el rostro también tapado con un paño de finísimo lino muy tupido, amarillento, que impide ver su cara. Sólo se nota la gracilidad del cuerpo, que se manifiesta tal a pesar de todo ese indumento pardo que lo cubre. Debe ser joven, al menos a juzgar por esa mínima parte que de ella se ve, o sea, una mano que aparece un momento bajo el manto para entregar una pulsera de oro, y los pies, que calzan sandalias no demasiado sencillas, provistas de pala y de un entramado de tiras de cuero que dejan ver sólo los dedos, de piel lisa y juveniles, y un poco del tobillo, sutil y blanquísimo. Da su brazaletes sin pronunciar palabra, recibe el dinero sin poner objeciones y se da media vuelta para marcharse.

Me doy cuenta ahora de que detrás de ella estaba el Iscariote observándola atentamente; me doy cuenta también de que, cuando ella hace ademán de marcharse, Judas le dice una palabra que no logro coger. Mas ella, como si fuera muda, no responde y se va ligera envuelta en su fardo de indumentos.

Judas pregunta a Zaqueo:

-¿Quién es?

-No pregunto el nombre a mis clientes, especialmente cuando son dóciles como ésa.

-Joven, ¿verdad?

-Parece.

-¿Pero es judía?

-¿Yo qué sé? El oro es amarillo en todos los países.

-Déjame ver esa pulsera.

-¿Quieres comprarla?

-No.

-Pues entonces nada. ¿Qué piensas, que se va a poner a hablar por ella?

-Quería comprobar si veía quién era...

-¿Tanto te interesa? ¿Eres nigromante que adivina, o perro policía que sigue el olor? Déjalo, olvídate de ello. Si es así, o es honesta o infeliz o está leprosa. Por tanto... nada que hacer.

-No es hambre de mujer -responde despreciativo Judas.

-Será así... pero, con esa cara, me cuesta creerlo. Bueno, si no querías más que eso, apártate; tengo otras personas a las que servir.

Judas se marcha enojado y pregunta a un vendedor de pan y uno de fruta si conocen a la mujer que antes había comprado pan y manzanas donde ellos, y si saben dónde vive.

No lo saben y responden:

-Hace un tiempo que viene, cada dos o tres días, pero no sabemos dónde está.

-¿Pero cómo habla? - insta Judas.

Los dos se echan a reír y uno responde:

-Con la lengua.

Judas reacciona insolentemente y se marcha... y va a caer justo en medio del grupo de Jesús y los suyos, que vienen a comprar pan y companaje para su comida diaria. La sorpresa es recíproca y... no muy entusiasta.

Jesús se limita a decir:

-¿Estás aquí?

Y, mientras Judas farfulla algo, Pedro da en una fragorosa carcajada y dice:

-Eso es: estoy ciego y soy un incrédulo; no veo las cepas, no creo en el milagro.

-¿Pero qué dices? -preguntan dos o tres discípulos.

-Digo la verdad. Aquí no hay cepas. Y no puedo creer que Judas aquí, entre este polvo, vendimie, sólo porque es discípulo del Rabí.

-Hace bastante tiempo que ha terminado la vendimia –responde duro Judas.

-Y Keriot está a muchas millas de distancia - termina Pedro.

-Tú enseguida me atacas. Eres enemigo mío.

-No. Soy menos pazguato de lo que quisieras.

-¡Basta! - impone Jesús, no sin severidad. Se dirige a Judas:

-No pensaba verte aquí. Te creía cuando menos en Jerusalén para los Tabernáculos.

-Voy mañana. Estaba aquí esperando a un amigo de familia que...

-Por favor: basta.

-¿No me crees, Maestro? Te juro que yo...

-No te he preguntado nada y te ruego que no digas nada. Estás aquí y ya está. ¿Tienes pensado venir con nosotros o todavía tienes asuntos que resolver? Contesta abiertamente.

-No... he terminado. Total, ese al que me refería no viene y yo voy para la fiesta a Jerusalén. Y tú, ¿a dónde vas?

-A Jerusalén.

-¿Hoy mismo?

-Esta tarde estoy en Betania.

-¿Donde Lázaro?

-Donde Lázaro.

-Entonces voy yo también.

-Pues ven hasta Betania. Luego, Andrés, con Santiago de Zebedeo y Tomás, irán al Get-Samní para preparar las cosas y esperarnos a todos, y tú irás con ellos - Jesús marca de tal forma las palabras que Judas no reacciona.

-¿Y nosotros? - pregunta Pedro.

-Tú, mis primos y Mateo iréis a donde os voy a mandar, para volver por la tarde. Juan, Bartolomé, Simón y Felipe se quedarán conmigo, o sea, irán por Betania comunicando que el Rabí ha llegado y que les va a hablar a la hora nona.

Caminan veloces por los campos desnudos. Hay aire de borrasca, no en el cielo sereno sino en los corazones, y todos lo perciben y marchan en silencio.

Cuando llegan a Betania - viniendo de Jericó por ese camino, la casa de Lázaro se encuentra entre las primeras -, Jesús despide al grupo que tiene que ir a Jerusalén; luego al otro, al que manda hacia Belén diciendo:

-Id seguros. Encontraréis a mitad de camino a Isaac, Elías y los demás. Decid que estaré en Jerusalén muchos días y que los espero para bendecirlos.

Entre tanto, Simón ha llamado a la puerta y le han abierto. Los servidores avisan y acude Lázaro.

Judas Iscariote, que se había adelantado algunos metros, vuelve atrás con la disculpa de decirle a Jesús:

-Te he disgustado, Maestro. Lo comprendo. Perdóname - y aprovecha para mirar de refilón hacia la casa por la puerta abierta en el jardín.

-Sí, de acuerdo. Ve. Ve. No hagas esperar a los compañeros.

Judas se ve obligado a marcharse.

Pedro susurra:

-Esperaba que hubiera un cambio de orden.

-Eso nunca, Pedro. Sé lo que hago. Compadécete de ese hombre...

-Trataré de hacerlo, pero no prometo... Adiós, Maestro. Ven, Mateo, y vosotros dos. Vamos rápido.

-Mi paz con vosotros, siempre.

Jesús entra con los cuatro discípulos restantes y después del beso con Lázaro presenta a Juan, a Felipe y a Bartolomé; luego los despide, quedándose sólo con Lázaro.

Van hacia la casa. Esta vez, bajo el bonito pórtico, hay una mujer, es Marta: alta, aunque no tanto como su hermana, morena (la otra es rubia y de tez sonrosada); es una hermosa joven de cuerpo más bien llenito - armónicamente - y bien modelado, de cabeza menuda y cabellera muy oscura, bajo la cual presenta una frente morenita y lisa, y dos dulces y dóciles ojos negros, largos, aterciopelados entre las pestañas oscuras; tiene la nariz ligeramente curvada hacia abajo y una boca pequeña, muy roja entre el color morenito de los carrillos; sonrío mostrando sus fuertes y candidísimos dientes.

Viste de lana color azul marino, con galones en rojo y verde oscuro en torno al cuello y a los extremos de las amplias mangas, cortas, hasta el codo, de las que salen otras mangas de lino finísimo y blanco estrechadas a la muñeca por un cordoncito que las frunce; esta camisita finísima y blanca, ceñida con un cordón, sobresale también por la parte alta del pecho, en la raíz del cuello; lleva por cinturón una banda azul, roja y verde, de paño muy fino, que le ciñe el límite de las caderas y le cuelga del lado izquierdo con una borla de flecos: un vestido rico y casto.

-Tengo una hermana, Maestro: ésta es. Es Marta; buena y pía, el consuelo y el honor de la familia, y la alegría del pobre Lázaro. Antes era la primera y única alegría mía; ahora es la segunda, porque la primera eres Tú.

Marta se postra y besa la orla del vestido de Jesús.

-Paz a la hermana buena y a la mujer casta. Levántate.

Marta se alza y entra en la casa con Jesús y Lázaro. Luego solicita ausentarse para las labores domésticas.

-Es mi paz... - susurra Lázaro, y mira a Jesús (una mirada escrutadora, que Jesús, no obstante, muestra no haber visto).

Lázaro pregunta:

-¿Y Jonás?

-Ha muerto.

-¿Muerto? Entonces...

-Cuando lo he conseguido estaba ya muriéndose. Pero ha muerto libre y feliz en mi casa, en Nazaret, entre mi Madre y Yo.

-¡Doras te lo ha acabado antes de dártelo!

-De fatiga, sí, y también de golpes...

-Es un demonio y te odia. Odia a todo el mundo esa hiena... ¿A ti no te ha dicho que te odia?...

-Me lo ha dicho.

-Desconfía, Jesús, de él. Es capaz de todo. Señor... ¿qué te ha dicho Doras? ¿No te ha dicho que evites mi compañía? ¿No te ha dado una imagen ignominiosa del pobre Lázaro?

-Creo que tú me conoces suficientemente como para entender que juzgo por mí, y con justicia, y que cuando amo lo hago sin pensar en si este amor puede acarrear un bien o un mal según las luces del mundo.

-Pero ese hombre es feroz, cuando hiere o provoca un daño es atroz... Me ha torturado hace unos días con su visita y con sus palabras... ¡Oh... es mucho ya mi tormento!, ¿por qué querer privarme también de ti?

-Yo soy el consuelo de los afligidos y el compañero de los abandonados. He venido también por esto.

-¡Ah! ¿Entonces sabes que...? ¡Oh, vergüenza mía!

-No. ¿Por qué tuya? Lo sé. ¿Y qué? ¿Voy acaso a anatematizarte a ti, que sufres? Yo soy Misericordia, Paz, Perdón, Amor hacia todos. ¿Qué será entonces para con los inocentes? Tú no tienes el pecado por el que sufres. Si siento incluso piedad por ella, ¿cómo puedo ensañarme contigo?

-¿La has visto?

-La he visto. No llores.

Pero Lázaro - la cabeza relajada encima de los brazos cruzados y apoyados sobre una mesa - llora con penosos sollozos.

Marta se asoma y mira. Jesús le hace una seña de que se esté callada. Y ella se marcha, cayéndosele unos lagrimones silenciosamente.

Lázaro se va calmando poco a poco. Se siente humillado a causa de su debilidad. Jesús lo consuela. Luego, viendo que su amigo desea estar solo un momento, sale al jardín y pasea entre los cuadros donde resiste todavía alguna rosa purpúrea.

Pasado un poco, Marta se acerca a Él.

-Maestro... ¿Lázaro ha hablado?

-Sí, Marta.

-Lázaro no es capaz de hallar consuelo desde que sabe que Tú lo sabes y que la has visto...

-¿Cómo lo sabe?

-Primero aquel hombre que estaba contigo y que se dice discípulo tuyo, ese que es joven, alto, moreno y sin barba... luego Doras. Éste nos ha fustigado con su desprecio; el otro dijo sólo que la habíais visto en el lago... con sus amantes...

-¡No lloréis por esto! ¿Creéis que Yo ignoraba vuestra herida? La conocía desde cuando Yo estaba en el Padre... No te abatas, Marta. Levanta corazón y frente.

-Ruega por ella, Maestro. Yo oro... pero no sé perdonar del todo, y quizás el Eterno rechaza la oración.

-Has dicho bien: hay que perdonar para ser perdonados y escuchados. Yo ruego ya por ella, pero dame tu perdón y el de Lázaro. Tú, hermana buena, puedes hablar y obtener aún más que Yo. Su herida está demasiado abierta y le escuece demasiado como para que algo la roce, aunque sea mi mano. Tú puedes hacerlo. Dadme vuestro perdón pleno, santo, y Yo haré...

-Perdonar... No podremos. Nuestra madre murió de dolor por sus infames acciones, y... eran todavía leves respecto a las de ahora. Veo las torturas de nuestra madre... las tengo siempre presentes. Y veo lo que sufre Lázaro.

-Es una enferma, Marta, una desquiciada. Perdonad.

-Es una endemoniada, Maestro.

-¿Y qué es la posesión diabólica, sino una enfermedad del espíritu, contagiado por Satanás hasta el punto de degenerarse transformándose en una entidad espiritual diabólica? ¿Cómo explicar, si no, ciertas perversiones en los humanos; perversiones que le hacen al hombre mucho peor que las fieras cuando están furiosas, más libidinoso que los simios en su lujuria, etc., y hacen de él un híbrido, en el cual se encuentran fundidos el hombre, el animal y el demonio? Ésta es la explicación de lo que nos asombra como una monstruosidad inexplicable en tantas criaturas. No llores. Perdona. Yo veo. Yo tengo una vista más alta que la del ojo y del corazón. Tengo vista de Dios. Veo. Y te digo: perdona porque está enferma.

-¡Pues entonces cúrala!

-La curaré. Ten fe. Te daré este motivo de dicha. Pero tú perdona y dile a Lázaro que lo haga. Perdona. Sigue amándola. Acércate a ella. Háblale como si fuera una como tú. Háblale de mí...

-¿Cómo quieres que te comprenda a ti, que eres Santo?

-Parecerá que no comprende. Pero mi Nombre de por sí es ya salvación. Haz que piense en mí y que me nombre. ¡Oh, Satanás huye cuando mi Nombre es pensado por un corazón! Sonríe, Marta, ante esta esperanza. Mira esta rosa: la lluvia de estos días la había puesto mustia, pero el sol de hoy, mira, la ha abierto; y así es aún más hermosa, porque la lluvia que ha quedado entre pétalo y pétalo la enoja de diamantes. Así será vuestra casa... Llanto y dolor ahora; luego... alegría y gloria. Ve. Díselo a Lázaro mientras Yo, en la paz de tu jardín, ruego al Padre por María y por vosotros...

Todo termina así.

Regreso a Betania después de la fiesta de los Tabernáculos

Jesús, de nuevo, está donde Lázaro. Por lo que oigo, comprendo que los Tabernáculos se han celebrado ya y que ha vuelto a Betania debido a la insistencia de su amigo, el cual no querría nunca estar separado de Jesús. También comprendo que está en casa de Lázaro sólo con Simón y Juan, mientras los demás están esparcidos por los alrededores. Y, en fin, comprendo que ha habido un encuentro de amigos, todavía fieles a Lázaro, invitados por él para que conocieran a Jesús.

Comprendo todo esto porque Lázaro continúa - con más detalle - ilustrando las características morales de cada uno. Así, habla de José de Arimatea, definiéndolo "hombre justo y verdadero israelita". Dice:

-No se atreva a decirlo - porque teme al Sanedrín, que ya te odia, y del cual forma parte -, pero espera que Tú seas el Anunciado por los Profetas. Él mismo me ha pedido venir para conocerte y juzgar acerca de ti en primera persona, puesto que no le parecía justo lo que de ti decían tus enemigos... Hasta de Galilea han ido fariseos para acusarte de pecado. Pero José ha juzgado así: "Quien obra milagros tiene consigo a Dios. Quien tiene a Dios no puede estar en pecado; es más, debe ser alguien amado por Dios". Y querría que fueseis a Arimatea, a su casa. Me ha dicho que te lo proponga. Y yo te pido que escuches su petición, que también es mía.

-He venido para los pobres y para los que sufren en alma y cuerpo, más que para los poderosos que ven en mí sólo un objeto de interés. Pero iré a casa de José. No hay en mí toma de posición contra los poderosos. Un discípulo mío, ese que por curiosidad y por importancia autodeclarada vino a tu casa sin orden mía - pero es joven y se ha de ser indulgente con él -, puede dar testimonio de mi respeto a las castas poderosas que se autoproclaman "las tutoras de la Ley" y... - dan a entender - "las sustentadoras del Altísimo" - ¡está claro que el Eterno se sostiene Él solo! -. Ninguno entre los doctores ha tenido nunca el respeto que Yo he tenido hacia los oficiales del Templo.

-Lo sé. Y son muchos los que lo saben, realmente muchos... Pero sólo los mejores dan a este acto el nombre justo. Los demás... lo llaman "hipocresía".

-Cada uno da lo que dentro de sí tiene, Lázaro.

-Es verdad. Ve, no obstante, a casa de José. Él desearía que fueras para el próximo sábado.

-Iré. Puedes hacérselo saber.

-También Nicodemo es bueno. Es más... me ha dicho... Bueno, ¿puedo manifestarte una crítica acerca de uno de tus discípulos?

-Díla. Si es justo, lo que dice será cierto; si injusto, criticará una conversión, porque el Espíritu da luz al espíritu del hombre si es hombre recto; y el espíritu del hombre guiado por el Espíritu de Dios tiene sabiduría sobrehumana y lee la verdad de los corazones.

-Me ha dicho: "No critico la presencia de los ignorantes ni de los publicanos entre los discípulos del Cristo. Pero no juzgo digno de estar entre los suyos a aquel que no sé si está con Él o contra Él, como un camaleón que toma color y aspecto de lo que le rodea".

-Es Judas Iscariote. Lo sé. Pero, creedlo todos, la juventud es vino que fermenta y luego se depura. A1 fermentar aumenta de volumen y hace espuma y rebasa por todas partes debido a una exuberancia de fuerza. El viento de primavera lo comba todo en todas las direcciones, y parece un enloquecido desordenador de frondas; y, no obstante, debemos estarle agradecidos por ser fecundador de flores. Judas es vino y viento, pero malvado no es. Su modo de actuar crea trastornos, turba, incluso irrita, y hace sufrir; pero no todo en él es malvado... es un potro de sangre ardiente.

-Tú lo dices... Yo no soy competente para juzgarlo. De él me quedado la amargura de haberme dicho que Tú la habías visto...

-Pero esa amargura se mitiga ahora con miel, por mi promesa...

-Sí. Pero yo me acuerdo de aquel momento... El sufrimiento no se olvida aunque haya cesado.

-¡Lázaro, Lázaro! Te turbas por demasiadas cosas... ¡muy mezquinas, por cierto! Deja que pasen los días: pompas de aire que se desvanecen y no vuelven con sus colores alegres o tristes; y mira al Cielo, que no desaparece y que es para los justos.

-Sí, Maestro y Amigo. No quiero juzgar el hecho de que Judas esté contigo, ni el que Tú lo tengas contigo. Pediré que no te perjudique.

Jesús sonrío y todo termina.

En el convite de José de Arimatea. Encuentro con Gamaliel y Nicodemo

Arimatea es todavía montañosa. No sé por qué me la imaginaba llana. En realidad está entre montes que van decreciendo hacia el llano fértil que en ciertas vueltas del camino aparece a occidente, para difuminarse en el horizonte, en esta mañana de Noviembre, en medio de una niebla baja que parece una extensión de agua sin límite.

Jesús está con Simón y Tomás. No tiene otros apóstoles consigo. Tengo la impresión de que valora sabiamente los efectos de los tipos de personas con que debe tratar, llevando consigo, según los distintos ambientes, a aquellos que pueden ser aceptados sin crear demasiado contraste en el huésped de que se trate. Estos judíos deben ser más... susceptibles que mujercitas románticas...

Oigo que están hablando de José de Arimatea. Tomás, que quizás lo conoce muy bien, señala las posesiones de éste - vastas y valiosas- que se extienden por la montaña, especialmente por la parte de Jerusalén, siguiendo el camino que desde la

capital viene hacia Arimatea y une después este lugar con Joppe. Oigo que hablan de esto, y que Tomás hace un canto también a las tierras que José posee a lo largo de los caminos de la llanura.

-¡Al menos aquí no se trata como animales a los hombres! ¡Oh... ese Doras! - dice Simón.

Efectivamente, aquí los trabajadores están bien nutridos y bien vestidos, y reflejan ese algo que expresa satisfacción, propio de quien se encuentra a gusto. Los trabajadores saludan respetuosamente: naturalmente ya saben quién es el que va por los campos de Arimatea hacia la casa de su patrón; saben quién es ese Hombre alto y apuesto, y, observándolo, hacen comentarios en voz baja.

En el punto en que ya se ve la casa, hay un servidor de José, que se postra y pregunta:

-¿Eres Tú el Rabí esperado?

-Soy Yo - responde Jesús.

El hombre se despide con profundo respeto y se marcha corriendo para avisar a su patrón.

Efectivamente, no ha llegado aún Jesús al límite de la casa - circundada completamente por un alto seto de plantas de hoja perenne, que sustituye, en ésta, a la alta pared que tiene la casa de Lázaro, y que la aísla de la calle, pero que no es más que una continuación del jardín que rodea la casa, muy poblado de árboles, y ahora también muy desnudo de hojas -, no ha llegado aún, cuando José de Arimatea, vistiendo amplios indumentos de franjas, le sale al encuentro y se inclina reverentemente con las manos cruzadas sobre el pecho. No es el saludo humilde de quien reconoce en Jesús el Dios hecho Carne y que hace acto de sumisión postrándose, besando sus pies y la orla de la túnica; no es esto, pero, de todas formas, es un saludo de profundo respeto. Jesús, igualmente, se inclina y da su saludo de paz.

-Entra, Maestro. Me haces feliz aceptando la invitación. No esperaba en ti tanta condescendencia.

-¿Por qué? Voy también a casa de Lázaro y...

-Lázaro es amigo tuyo... yo soy un desconocido.

-Eres un alma que busca la Verdad. La Verdad, por tanto, no te rechaza.

-¿Tú eres la Verdad?

-Yo soy Camino, Vida y Verdad. Quien me ame y me siga tendrá en sí el Camino cierto, la Vida beata, y conocerá a Dios, porque Dios además de ser Amor y Justicia, es Verdad.

-Eres un gran Doctor. Toda palabra tuya espira sabiduría.

Luego se vuelve a Simón:

-Me alegro de que tú también tornes, después de tanta ausencia, a mi casa.

-No he estado ausente por propia voluntad. Tú sabes cuál fue mi suerte y cuántas lágrimas hubo en la vida del pequeño Simón, al que tu padre amaba.

-Lo sé. Y creo que no desconoces que jamás hubo en mi boca palabra alguna que te pudiera perjudicar.

-Sé todo. Mi fiel servidor me ha dicho que también a ti te debo el que me fueran respetados los bienes. Que Dios te lo pague.

-Yo era algo en el Sanedrín, y lo usé esto para beneficiar, con justicia, a un amigo de casa.

-Muchos eran los amigos de la mía, y muchos eran algo en el Sanedrín; pero, no tenían tu justicia.

-¿Y éste, quién es? Me resulta conocido... pero no sé dónde...

-Soy Tomás, llamado Dídimos...

-¡Ah, eso es! ¿Vive aún tu anciano padre?

-Vive. En sus negocios, con mis hermanos. Yo lo he dejado por el Maestro. Pero él se ha alegrado de ello.

-Es un verdadero israelita, y, puesto que ha creído que Jesús de Nazaret es el Mesías, no puede sino sentirse feliz de que su hijo esté entre sus predilectos.

Están ya en el jardín, junto a la casa.

-No le he dejado a Lázaro que se marchara. Está en la biblioteca leyendo un extracto de las últimas sesiones del Sanedrín. No quería detenerse porque... Sé que ya sabes... Por eso no quería detenerse. Pero he dicho: "No. No es justo que te avergüences de esa manera. En mi casa nadie te afrentará. Quédate. Quien se aísla está solo contra todo un mundo. Y, dado que el mundo es más malo que bueno, al solo se le derriba y pisotea". ¿Es correcto lo que he dicho?

-Es correcto lo que has dicho y has actuado bien - responde Jesús.

-Maestro... hoy va a estar aquí Nicodemo y... Gamaliel. ¿Te molesta?

-¿Por qué iba a sentirme molesto? Reconozco que es un hombre sabio.

-Sí. Deseaba verte y... y quería resistir firme en su posición. Ya sabes... ideas. Dice que él ya ha visto al Mesías y que está esperando el signo que le prometió, llegada la hora de su manifestación. Pero dice también que Tú eres "un hombre de Dios". No dice "el Hombre". Dice "un hombre de Dios". Sutilezas rabínicas, ¿verdad? ¿No te sientes ofendido por ello, verdad?

Jesús responde:

-Sutilezas. Bien has dicho. Hay que dejarlos... Los mejores podarán por sí mismos todos los inútiles ramojos que los hacen todo fronda y nada fruto; y vendrán a mí.

-He querido referirte sus palabras porque, sin duda, te las repetiré a ti. Es auténtico - hace notar José.

-Virtud rara y que aprecio mucho - responde Jesús.

-Sí. Le he dicho también: "Pero, con el Maestro está Lázaro de Betania". Se lo he dicho porque..., sí, en suma, por causa de su hermana. Pero Gamaliel ha respondido: "¿Ella está presente? ¿No? ¿Y entonces? Del vestido que no sigue en el fango el barro se desprende. Lázaro se lo ha sacudido de sí, y no me contamina la túnica. Además, juzgo que si a su casa va un hombre de Dios, puedo también tratarlo yo, doctor de la Ley".

-Gamaliel juzga bien. Fariseo y doctor hasta la médula, pero todavía honesto y justo.

-Me alegra oírte decir. Maestro, mira, Lázaro.

Lázaro se inclina para besar la túnica de Jesús. Se siente dichoso de estar con Él, pero también se ve claramente que, esperando a los convidados, está muy agitado. Me es cierto que el pobre Lázaro, a sus conocidas torturas, conocidas por los hombres por haber sido transmitidas por la historia, ha de añadir ésta - desconocida y no meditada por la mayoría - del sufrimiento moral de ese tremendo aguijón que supone el pensamiento: «¿Qué me dirá éste? ¿Qué piensa de mí? ¿Cómo me considera? ¿Me herirá con palabras o mirada de desprecio?». Aguijón éste que atormenta a todos aquellos que tienen alguna mancha en su familia.

Dentro ya de la riquísima sala donde están dispuestas las mesas no esperan más que a Gamaliel y Nicodemo, porque otros cuatro invitados han llegado ya. Oigo que los presentan con los respectivos nombres de Félix, Juan, Simón y Cornelio.

Se produce un gran alboroto de servidores que acuden a la sala cuando llegan Nicodemo y Gamaliel (el siempre imponente Gamaliel, con su espléndido indumento de nieve hilada, que endosa con majestuosidad de rey). José, con toda premura, se dirige a su encuentro. El saludo entre ambos es de una deferencia pomposa. También Jesús recibe un reverente saludo y se inclina ante el gran rabino, que lo saluda así: «El Señor esté contigo»; a lo que Jesús responde: «Y su paz sea siempre compañera tuya». Lázaro también se inclina reverente, y así los demás.

Gamaliel toma asiento en el centro de la mesa, entre Jesús y José. Al lado de Jesús está Lázaro; al lado de José, Nicodemo. Comienza la comida tras las preces rituales, dirigidas por Gamaliel después de un intercambio de cortesías enteramente oriental entre los tres principales personajes, o sea, Jesús, Gamaliel y José.

Gamaliel es hombre de porte muy digno, pero no es soberbio. Más que hablar, escucha. Se ve que medita cada una de las palabras de Jesús, y frecuentemente lo mira con sus profundos ojos oscuros y severos. Cuando Jesús calla por haberse agotado el tema, es Gamaliel quien, con una oportuna pregunta, reanima las conversaciones. Lázaro en un primer momento se encuentra un poco confuso, pero luego toma ánimos y también habla.

Alusiones directas a la personalidad de Jesús no hay hasta casi terminada la comida. En ese momento se enciende, entre el que se llamaba Félix y Lázaro - al cual luego se une, apoyándole, Nicodemo y, en fin, el que se llamaba Juan -, una discusión acerca de los milagros como prueba a favor o en contra de un individuo.

Jesús calla. De vez en cuando sonríe con misteriosa sonrisa, pero calla. También Gamaliel calla. Tiene un codo apoyado sobre el recostadero y la mirada intensamente fija en Jesús. Parece como si quisiera descifrar alguna palabra sobrenatural incidida en la piel pálida y lisa del rostro delgado de Jesús, rostro del que parece estar analizando cada una de las fibras.

Félix sostiene que la santidad de Juan es innegable, y de esta cierta e indiscutible santidad deduce una consecuencia no favorable a Jesús Nazareno, autor de muchos y conocidos milagros. Dice:

-No es el milagro prueba de santidad, porque no se ve en la vida del profeta Juan, y ninguno en Israel lleva una vida como la suya: ni banquetes, ni amistades, ni comodidades; sí sufrimientos y encarcelaciones por el honor de la Ley; soledad, porque - sí - tiene discípulos, pero ni siquiera con ellos convive, y encuentra culpas incluso en los más honestos, y a todos alcanzan sus invectivas. Mientras que... la verdad es que el Maestro de Nazaret, aquí presente, ha hecho milagros, es cierto, pero veo que aprecia como los demás lo que la vida ofrece, y no rechaza amistades y - perdona si esto te lo dice uno de los Ancianos del Sanedrín - se muestra demasiado dispuesto a dar, en nombre de Dios, perdón y amor a pecadores públicos y anatematizados. No deberías hacerlo, Jesús.

Jesús sonríe y guarda silencio. Lázaro responde por Él:

-Nuestro potente Señor es dueño de dirigir a sus siervos como quiere y a donde quiere. A Moisés le concedió el milagro; a Aarón, su primer pontífice no se lo concedió. ¿Qué decir entonces? ¿Qué conclusión sacas? ¿Más santo el uno que el otro?

-Ciertamente» responde Félix.

-Entonces el más santo es Jesús, que obra milagros.

Félix se encuentra desorientado, pero encuentra un punto donde agarrarse:

-Aarón había recibido ya el pontificado. Era suficiente.

-No, amigo - responde Nicodemo - El pontificado era una misión santa, pero no más que una misión. No siempre y no todos los pontífices de Israel han sido santos; lo cual no quita el que fueran pontífices aunque no fueran santos.

-¡No querrás decir que el Sumo Sacerdote es un hombre privado de gracia!..- exclama Félix.

-Félix... no toquemos el fuego encendido. Yo, tú, Gamaliel, José, Nicodemo, todos, sabemos muchas cosas... - dice el que lleva por nombre Juan.

-¿Pero qué dices?, ¿qué dices? ¡Gamaliel, interven!...». Félix está escandalizado.

-Si es justo, dirá la verdad que no quieres oír - dicen los tres que discuten acaloradamente contra Félix.

José trata de poner paz. Jesús está callado, como también lo están Tomás, el Zelote, y el otro Simón, amigo de José. Gamaliel parece jugar con las franjas de su vestido, pero está mirando de abajo arriba a Jesús.

-¿No hablas, Gamaliel? - grita Félix.

-Sí. Habla. Habla - dicen los tres.

-Yo digo que las debilidades de la familia se deben mantener celadas» responde Gamaliel.

-¡Eso no es una respuesta! - grita Félix. ¡Parece como si confesaras que existen culpas en casa del Pontífice!

-Es boca que dice verdad - replican los tres.

Gamaliel se pone derecho y se vuelve hacia Jesús:

-Aquí está el Maestro que eclipsa a los más doctos. Que dé su opinión.

-Tú lo deseas. Obedezco. Digo: el hombre es hombre; la misión va más allá del hombre; pero el hombre, investido de una misión, es capaz de cumplirla como superhombre cuando, por vivir una vida santa, tiene a Dios como amigo. Es Él quien ha dicho: "Tú eres sacerdote según el orden que Yo he dado". ¿Qué está escrito en el Racional: "Doctrina y Verdad". Esto deberían poseer los pontífices. A la Doctrina se llega con constante meditación, orientada a conocer al Sapientísimo; a la Verdad, con la fidelidad absoluta al Bien. Quien se amanceba con el Mal entra en la Mentira y pierde Verdad.

-¡Bien! Has respondido como un gran rabino. Yo, Gamaliel, te lo digo. Me superas.

-Que explique entonces éste por qué Aarón no hizo milagros y Moisés sí - dice Félix chillando.

Jesús, interpelado, responde solícito:

-Porque Moisés tenía que imponerse a la masa gris y pesada, e incluso contraria, de los israelitas, y llegar a tener una autoridad moral sobre ellos que fuera capaz de doblegarlos a la voluntad de Dios. El hombre es el eterno salvaje y el eterno niño. Le impresiona lo que escapa a las reglas. Tal es el milagro. Es una luz agitada ante las pupilas oscurecidas, es un sonido producido junto a los oídos tapados: despierta, atrae la atención, hace decir: "Aquí está Dios".

-Lo dices en favor tuyo - replica Félix.

-¿En favor mío? ¿Y qué me añado obrando milagros? ¿Puedo parecer más alto si me meto un filamento de hierba bajo los pies? Así es el milagro, en relación con la santidad. Hay santos que jamás han obrado milagros. Hay magos y nigromantes que con fuerzas oscuras los realizan, o sea, llevan a cabo cosas sobrehumanas pero que no son santas, siendo ellos demonios. Yo seré Yo, aunque deje de obrar milagros.

-¡Muy bien! ¡Eres grande, Jesús! - aprueba Gamaliel.

-¿Y quién es, según tu parecer, este "grande"? - insta Félix dirigiéndose a Gamaliel.

-El mayor entre los profetas que yo conozco, tanto en sus obras como en sus palabras - responde éste.

-Yo te digo que es el Mesías, Gamaliel. Créelo, tú, que eres sabio y justo - dice José.

-¿Cómo? ¿Tú también, rector de judíos, tú, el Anciano, gloria nuestra, caes en esta idolatría hacia un hombre? Dime quién te prueba que es el Cristo. Yo no lo creeré ni siquiera viéndolo hacer milagros. ¿Y por qué ante nosotros no hace uno? Díselo tú, tú que lo alabas; díselo tú, que lo defiendes - dice Félix a Gamaliel y a José.

-No lo he invitado para ser juguete de mis amigos, y te ruego que recuerdes que es mi huésped - responde serio José.

Félix se levanta y se marcha, enfadado y grosero.

Se produce un silencio. Jesús se vuelve hacia Gamaliel:

-¿Y tú pides milagros para creer?

-No serán los milagros de un hombre de Dios los que me extraerán el aguijón que llevo en el corazón, de tres preguntas que siempre quedan sin respuesta.

-¿Qué preguntas?

-¿Está vivo el Mesías? ¿Era aquél? ¿Es éste?

-¡Te digo que es Él, Gamaliel! - exclama José - ¿No lo sientes santo, distinto, potente? ¿Sí? ¿Entonces? ¿A qué esperas para creer?

Gamaliel no responde a José. Se dirige a Jesús:

-Una vez - no te sientas molesto, Jesús, si soy tenaz en mis ideas -...una vez, en vida aún del grande y sabio Hil-lel, yo creí, y él conmigo, que el Mesías estaba en Israel. ¡Gran refulgir de sol divino en aquel frío día de un insistente invierno! Era Pascua... Los hombres temían por las congeladas mieses... Yo dije, después de oír aquellas palabras: "¡Israel está salvado! ¡Desde hoy, copiosidad en los campos y bendiciones en los corazones! El Esperado se ha manifestado con su primer fulgor". Y no me equivoqué. Todos podéis recordar qué recolección hubo ese año embolismal, de trece meses, que en éste se repite...

-¿Qué palabras oíste? ¿Quién las pronunció?

-Uno... poco más que un niño... pero Dios resplandecía en su rostro inocente y delicado... Hace diecinueve años que lo pienso y lo recuerdo... y busco volver a oír esa voz... que pronunciaba palabras de sabiduría... ¿Dónde estará? Yo pienso:... "Era Dios. Bajo forma de niño para no aterrorizar al hombre. Y como relámpago que atravesando los firmamentos velozmente aparece a oriente y a poniente, a septentrión y a meridión, Él, el Divino, va de uno a otro lado de la Tierra, vestido de misericordiosa belleza, con voz y rostro de niño y pensamiento divino, para decirles a los hombres: "Yo soy". Pienso de esta forma... "¿Cuándo volverá a Israel?... ¿Cuándo?". Y pienso: "Cuando Israel sea altar para su pie de Dios"; y gime el corazón, viendo la abyección de Israel: "Nunca". ¡Oh..., dura respuesta... y verdadera! ¿Puede acaso la Santidad descender en su Mesías estando la abominación entre nosotros?

-Puede hacerlo y lo hace, porque es Misericordia - responde Jesús.

Gamaliel lo mira pensativo y pregunta:

-¿Cuál es tu verdadero Nombre?

Y Jesús se alza, majestuoso, y dice:

-Yo soy quien es. Soy el Pensamiento y la Palabra del Padre. Soy el Mesías del Señor.

-¿Tú?... No lo puedo creer. Grande es tu santidad. Pero aquel Niño en el cual yo creo dijo entonces: "Daré un signo... Estas piedras se estremecerán cuando sea mi hora". Yo espero ese signo para creer ¿Me lo puedes dar Tú para persuadirme de que eres el Esperado?

Los dos - ahora en pie ambos - altos, solemnes - el uno con su amplio vestido de lino cándido, el otro con su vestido sencillo de lana roja oscura; el uno anciano, el otro joven; de ojos dominadores y profundos ambos - se miran fijamente.

Jesús baja el brazo derecho, que había plegado sobre el pecho, y, como si estuviera haciendo un juramento, exclama:

-¿Ese signo quieres? ¡Pues lo tendrás! Repito aquellas lejanas palabras: "Las piedras del Templo del Señor se estremecerán con mis últimas palabras". Espera ese signo, doctor de Israel, hombre justo, y luego cree si quieres ser perdonado y recibir la salvación. ¡Bienaventurado anticipadamente si pudieras creer antes! Pero, no puedes. Siglos de creencias erradas acerca de una promesa acertada, y cúmulos de orgullo, te hacen baluarte ante la Verdad y ante la Fe.

-Dices bien. Esperaré ese signo. Adiós. El Señor esté contigo.

-Adiós, Gamaliel. Que el Espíritu te ilumine y te guíe.

Todos despiden a Gamaliel, que se va con Nicodemo y con Juan y Simón (miembro del Sanedrín). Se quedan Jesús, José, Lázaro, Tomás, Simón Zelote y Cornelio.

-¡No cede!... Quisiera tenerlo entre tus discípulos. Sería un peso decisivo a tu favor... pero no lo logro - dice José.
-No te aflijas por ello. No hay influencia capaz de salvarme de la tempestad que se está preparando. Pero Gamaliel, si no se pliega a favor, tampoco lo hará contra Cristo. Es de los que esperan...
Todo termina.

115

Curación del niño arrollado por el caballo de Alejandro. Jesús expulsado del Templo

El interior del Templo. Jesús está con los suyos muy cerca del templo propiamente dicho, o sea, del Lugar Santo, en donde sólo entraban los sacerdotes. Es un bellissimo y espacioso claustro al cual se cede por un atrio y del cual, por otro aún más rico, se pasa a la terraza en la que está el hexaedro del Santo.

¡Es inútil! Aunque viera mil veces el Templo y lo describiera dos mil, sea por la complejidad del lugar, sea por mi ignorancia de los nombres o por la incapacidad de hacer un gráfico, resultaría siempre incompleta al retratar este pomposo y laberíntico lugar...

Parecen estar en oración. Otros muchos israelitas, todos hombres, están también allí y oran, cada uno por su cuenta. Cae la tarde precoz de un plomizo día de Noviembre.

Un vocerío: una estentórea e inquieta voz de hombre que blasfema en latín, mezclada con estridentes y agudas voces hebreas. Se produce como el revoltijo de una lucha, y una aguda voz femenina grita:

-¡Dejadlo que vaya! ¡Dice que Él lo va a salvar!

El recogimiento del suntuoso claustro queda roto. Muchas cabezas se vuelven hacia el punto del que provienen las voces; y se vuelve también Judas Iscariote, que está con los discípulos. Siendo, como es, alto, ve y dice:

-¡Un soldado romano que está luchando por entrar! ¡Está violando, ha violado ya, el Lugar Sagrado! ¡Qué horror!- Y muchos hacen coro de sus palabras.

-¡Dejadme pasar, perros judíos! Aquí está Jesús. ¡Lo sé! ¡Es Él quien me interesa! Vuestras absurdas piedras no me sirven para nada. ¡El niño se está muriendo y Él puede salvarlo! ¡Fuera! ¡Hienas hipócritas!...

Jesús, que, cuando ha comprendido que Él era el requerido, se ha dirigido inmediatamente hacia el atrio en el que se estaba produciendo este barullo, se acerca y grita:

-Paz y respeto al lugar y a la hora del ofrecimiento.

-¡Oh! ¡Jesús! ¡Hola! Soy Alejandro. ¡Dejad paso, perros!

Y Jesús, con serenidad: «

-Sí, dejad paso. Llevaré a otra parte al pagano que no sabe lo que es para nosotros este lugar.

El círculo se abre y Jesús se llega hasta el soldado, que lleva la coraza ensangrentada.

-¿Estás herido? Ven. Aquí no se puede estar - y lo conduce hacia el otro claustro, y más allá incluso.

-No estoy herido yo. Un niño... Mi caballo, junto a la Antonia, se me ha desmandado y lo ha arrollado. Los cascos le han abierto la cabeza. Prócolo ha dicho: "¡Nada que hacer!". Yo no tengo la culpa... pero, ha sucedido por mí y la madre está allí desesperada. Te había visto pasar... venir aquí... He dicho: "Prócolo no, pero Él sí". He dicho: "Mujer, ven, Jesús lo sanará". Me han retenido esos dementes... Y quizás el niño está ya muerto.

-¿Dónde está? - pregunta Jesús.

-Debajo de aquel pórtico, en el regazo de su madre - responde el soldado (ya visto en la Puerta de los Peces).

-Vamos.

Y Jesús acelera más el paso, seguido por los suyos y por un grupo de personas en tropel.

En los escalones que limitan el pórtico, recostada sobre una columna, hay una mujer, destrozada por el dolor, llorando ante su hijito moribundo. El niño presenta un aspecto térreo; tiene los labios violáceos, semiabiertos con el estertor característico de quien ha sufrido un trauma cerebral. En la cabeza una venda apretada, roja de sangre en la nuca y en la frente.

-Tiene abierta la cabeza por delante y por detrás. Se ve el cerebro. A esa edad la cabeza es blanda, y el caballo era grande y lo habían herrado hacía poco - explica Alejandro.

Jesús ha llegado junto a la mujer, la cual ya ni siquiera habla, agonizando como está ante su hijo moribundo. Le pone la mano sobre la cabeza.

-No llores, mujer - dice con toda la delicadeza de que es capaz, o sea, infinita.

-Ten fe. Déjame a tu niño.

La mujer lo mira entontecida. La multitud impreca contra los romanos y se solidariza con el dolor del moribundo y de la madre. Alejandro se encuentra en el contraste de la ira - por las injustas acusaciones - y de la piedad y la esperanza.

Jesús se sienta junto a la mujer, porque ve que ella ya no sabe hacer ningún movimiento. Se inclina. Toma entre sus largas manos la pequeña cabeza herida, se inclina más aún, se comba hacia la cérea carita, sopla suavemente en la boquita estertorosa... Unos instantes. Luego sonrío, de forma casi imperceptible a causa de los mechones de cabellos que le caen hacia adelante. Se endereza. El niño abre los ojitos y hace ademán de sentarse. La madre teme que sea el extremo conato y grita teniéndolo contra el corazón.

-¡Suéltalo, mujer! Niño, ven a mí - dice Jesús (que sigue sentado al lado de la mujer), tendiendo los brazos mientras sonrío. Y el niño se arroja, seguro, a esos brazos, y se echa a llorar (con llanto no de dolor, sino de miedo, del miedo que vuelve con el recuerdo).

-No está el caballo, no está - dice Jesús infundiéndole seguridad - Todo ha pasado. ¿Te sigue doliendo aquí?

-No. Pero tengo miedo, ¡tengo miedo!

-Ya ves, mujer. Es sólo miedo. Ahora se pasa. Traedme agua. La sangre y la venda le impresionan. Dame una de las manzanas que tienes, Juan... Toma, pequeño. Come, está buena...

Traen agua, mejor dicho, es el soldado Alejandro quien la trae en su yelmo. Jesús se dispone a quitar la venda.

Alejandro y la madre dicen:

-¡No! Se está restableciendo... ¡pero la cabeza está abierta!...

Jesús, sonriendo, quita la venda. Una, dos, tres, ocho vueltas. Quita los retazos ensangrentados. La parte derecha de la cabeza, desde la mitad de la frente hasta la nuca, es un coágulo de sangre, todavía blando, entre los delicados cabellos del niño. Jesús moja una venda y empieza a lavar.

-Pero debajo está la herida... Si quitas el coágulo, volverá a sangrar - insiste Alejandro.

La madre se tapa los ojos para no ver.

Jesús lava, lava, lava... el coágulo se disuelve... los cabellos quedan limpios: están húmedos, pero debajo no hay herida. La frente está también sana. Sólo tiene una pequeña señal roja donde había empezado a cicatrizar.

La gente grita de estupor. La mujer tiene el valor de mirar, y una vez que ha visto ya no se contiene: se derrumba enteramente encima de Jesús y lo abraza junto con el niño, y llora. Jesús soporta esa efusión y esa lluvia de lágrimas.

-Yo te doy las gracias, Jesús -dice Alejandro - Me adoloraba el haber matado a este inocente.

-Has tenido bondad y confianza. Adiós, Alejandro. Ve a continuar tu servicio.

Alejandro está para marcharse ya cuando llegan, como ciclones, sacerdotes y oficiales del Templo.

-¡El Sumo Sacerdote te intima, por medio de nosotros, que salgas del Templo; Tú y el pagano profanador; enseguida! ¡Habéis turbado el ofrecimiento del incienso! ¡Este ha penetrado en un lugar que es de Israel! ¡No es la primera vez que, por causa tuya, el Templo se revoluciona! ¡El Sumo Sacerdote y con él los Ancianos de turno te ordenan que no vuelvas a poner pie aquí dentro! ¡Vete y quédate con tus paganos!

-No somos perros tampoco nosotros. Él lo dice: "Hay sólo un Dios, -Creador de los judíos y de los romanos". Si ésta es su Casa y Él me ha creado a mí, podré entrar en ella también yo» responde Alejandro, ofendido por el desprecio con que los sacerdotes dicen "paganos".

-Calla, Alejandro. Yo hablo - interviene Jesús, que después de haber besado al pequeño se lo ha devuelto a su madre, y se ha puesto en pie -. Dice al grupo que ha venido a echarlo:

-Nadie puede prohibir a un fiel, a un verdadero israelita del que ninguno puede probar que sea culpable de pecado, orar en el Santo.

-Pero explicar en el Templo la Ley, sí. Te has tomado este derecho sin tenerlo y sin pedirlo. ¡Pero bueno! ¿Quién eres Tú? ¿Cómo usurpas un nombre y un puesto que no te pertenecen?

Jesús los mira con unos ojos que... Luego dice:

-Judas de Keriot, pasa aquí.

A Judas no parece entusiasmarle la propuesta. Había tratado de eclipsarse apenas llegados los sacerdotes y los oficiales del Templo (que no llevan uniforme militar: debe ser un cargo civil), pero tiene que obedecer porque Pedro y Judas de Alfeo lo empujan hacia delante.

-Judas, responde. Y vosotros miradlo. Lo conocéis. Es del Templo. ¿Lo conocéis?

Deben responder: «Sí».

-Judas, ¿qué te mandé hacer la primera vez que hablé aquí? Y ¿de qué te asombraste tú? Y Yo, ¿qué te dije como respuesta a tu asombro? Habla. Sé franco.

-Me dijo: "Llama al oficial de turno para que pueda pedirle permiso para instruir". Y dio su nombre y acreditó su condición y su tribu... y yo me asombré como quien presencia una inútil formalidad dado que Él se dice el Mesías. Y me explicó: "Es necesario, y cuando llegue el momento acuérdate de que no falté de respeto ni al Templo ni a sus oficiales". Sí. Así dijo. Verdaderamente debo decirlo.

Judas al principio hablaba un poco inseguro, como si se sintiera molesto Pero luego, con uno de esos cambios bruscos típicos suyos, ha superado la inseguridad hasta mostrarse incluso casi arrogante.

-Me sorprende que lo defiendas. Has traicionado nuestra confianza en ti - dice un sacerdote a Judas en tono de reprensión.

-No he traicionado a nadie. ¿Cuántos entre vosotros son del Bautista! Y, ¿son traidores por eso? Pues yo soy de Cristo.

-Bien, de acuerdo; pues Éste no debe hablar aquí. Que venga como un fiel, que ya es incluso demasiado para uno que es amigo de paganos, meretrices, publicanos...

-Respondedme a mí ahora - dice Jesús, severo pero tranquilo: ¿Quiénes son los Ancianos de turno?

-Doras y Félix, judíos. Joaquín de Cafarnaúm y José, itureo.

-Ya. Vamos. Como respuesta, decid a los tres acusadores - puesto que el itureo no ha podido acusar - que el Templo no es todo Israel e Israel no es todo el mundo, y que la baba de los reptiles, a pesar de ser mucha y venenosísima, no sumergerá la Voz de Dios, ni su veneno paralizará mi caminar entre los hombres mientras no llegue la hora. Y después... ¡oh!, decidles que después los hombres harán justicia de los verdugos y exaltarán a la Víctima haciendo de Ella su único amor. Id. Y nosotros, vámonos.

Y Jesús se cubre con su amplio manto oscuro y sale en medio de los suyos.

Detrás de todos viene Alejandro, que se había quedado durante la disputa. Una vez fuera del recinto, al pie de la Torre Antonia, dice:

-Me despido de ti, Maestro. Y te pido perdón por haberte sido causa de censura.

-¡Oh, no te aflijas por ello! Buscaban el pretexto y lo han encontrado. Si no hubieras sido tú, hubiera sido otro... Vosotros, en Roma, celebráis juegos en el Circo, con fieras y serpientes, ¿no es cierto? Pues bien, te digo que ninguna fiera es más feroz y más falsa que un hombre que quiere matar a otro hombre.

-Y yo te digo que al servicio de César he recorrido todas las regiones de Roma, pero no he encontrado nunca, entre los miles de personas con que me he topado, una más divina que Tú. ¡No, ni siquiera nuestros dioses son divinos como Tú lo eres! Son vindicativos, crueles, pendencieros, mentirosos... Tú eres bueno. Tú eres verdaderamente un Hombre no hombre. Salud, Maestro.

-Adiós, Alejandro. Prosigue en la Luz.

Todo termina.

116

En Getsemaní con Jesús, los discípulos hablan de los paganos y de la "velada". El coloquio con Nicodemo

Jesús está en la cocina de la pequeña casa del Olivar, cenando con sus discípulos. Hablan de los hechos sucedidos durante ese día (no el precedentemente descrito: efectivamente, oigo que hablan de otros acontecimientos, entre los cuales la curación de un leproso, que ha tenido lugar cerca de los sepulcros que están en el camino de Betfagé).

-Estaba presente también, observando, un centurión romano - dice Bartolomé. Y añade: -Me ha preguntado, desde su caballo: "¿El hombre al que sigues hace frecuentemente estas cosas?" y ante mi respuesta afirmativa, ha exclamado: "Entonces es más grande que Esculapio y llegará a ser más rico que Creso". Yo he respondido: "Será siempre pobre según el mundo, porque no recibe, sino que entrega, y sólo quiere almas a las que llevar al Dios verdadero". El centurión me ha mirado lleno de asombro y acto seguido ha espoleado a su caballo, yéndose al galope.

-Y una dama romana en su litera. No podía ser sino una mujer. Tenía corridas las cortinas, pero se asomaba furtivamente a mirar-Lo he visto -dice Tomás.

-Sí. Estaba cerca de la curva alta del camino. Había dado orden de detenerse cuando el leproso había gritado: "¡Hijo de David, ten piedad de mí!". En ese momento tenía una cortina un poco corrida y he visto que te ha mirado con una valiosa lente, y luego se ha reído con ironía. Pero, cuando ha visto que Tú, sólo con un acto imperativo, lo has curado, ¡ah!, entonces me ha llamado y me ha preguntado "¿Pero es ese al que llaman el verdadero Mesías?". He respondido que sí y ella me ha dicho: "¿Y tú estás con Él?" y luego ha preguntado: "¿Es verdaderamente bueno?" - dice Juan.

-¡Entonces la has visto! ¿Cómo era? - preguntan Pedro y Judas - ¡Hombre, pues... una mujer!

-¡Qué descubrimiento! - dice Pedro riendo.

Y Judas Iscariote acucia:

-Pero, ¿era guapa, joven, rica?

-Sí. Creo que era joven y también guapa. Pero, yo estaba mirando más hacia Jesús que hacia ella. Quería ver si el Maestro reanudaba el camino...

-¡Estúpido! - murmura entre dientes Judas.

-¿Por qué? - lo defiende Santiago de Zebedeo - Mi hermano no es un galanteador que va en busca de aventuras. Ha respondido por educación. Pero no ha faltado a su primera cualidad.

-¿Cuál? - pregunta Judas Iscariote.

-La de discípulo cuyo único amor es el Maestro.

Judas baja la cabeza irritado.

-Y, además... no es muy aconsejable que nos vean hablar con los romanos - dice Felipe - Ya de por sí nos acusan de ser galileos y, por tanto, menos "puros" que los judíos; de nacimiento, además. Y nos acusan de detenernos frecuentemente en Tiberíades, lugar de encuentro de gentiles, romanos, fenicios, sirios... Y luego... ¡oh, de cuántas cosas nos acusan!...

-Eres bueno, Felipe, y por eso corres un velo sobre la dureza de la verdad que manifiestas. Pero esa verdad es, sin el velo, ésta: ¡de cuántas cosas me acusan!- dice Jesús, que hasta ahora ha guardado silencio.

-En el fondo no están errados del todo: demasiados contactos con los paganos - dice Judas Iscariote.

-¿Consideras paganos sólo a aquellos que no tienen la ley mosaica? pregunta Jesús.

-Y si no, ¿qué otros?

-¡Judas!... ¿Puedes jurar por nuestro Dios que no tienes paganismo en tu corazón? ¿Y puedes jurar que no lo tienen los israelitas más nombrados?

-En fin, Maestro... respecto a los demás, no lo sé..., pero yo... yo respecto a mí puedo jurar.

Jesús vuelve a hacer otra pregunta:

-¿Qué es para ti, según tu idea, el paganismo?

-Pues seguir una religión no verdadera, adorar a los dioses - replica vehementemente Judas.

-¿Y cuáles son?

-Los dioses de Grecia y Roma, los de Egipto..., en definitiva, esos dioses de mil nombres, inexistentes como personas, que, según los paganos, llenan sus Olimpos.

-¿No existe ningún otro dios? ¿Sólo éstos del Olimpo?

-¿Qué otros? ¿No son ya demasiados?

-Demasiados. Sí, demasiados. Pero hay otros. Y en sus altares todo hombre quema incienso, incluso los sacerdotes, los escribas, rabíes, fariseos, saduceos, herodianos: todos de Israel, ¿no es cierto? Y no sólo esto... También lo hacen mis discípulos.

-¡Ah, esto sí que no! - dicen todos.

-¿No? Amigos... ¿Quién entre vosotros no tiene un culto, o varios cultos, secretos? Uno, la belleza y la elegancia; el otro, el orgullo de su saber; otro incienso la esperanza de llegar a ser grande, humanamente; otro todavía adora a la mujer; otro, al dinero...; otro se postra ante su saber... y así podríamos seguir diciendo. En verdad os digo no hay hombre que no esté impregnado de idolatría. ¿Cómo se le puede entonces despreciar a los que por mala ventura son paganos, cuando, a pesar de estar con el Dios verdadero, se sigue siendo voluntariamente pagano?

-Pero somos hombres, Maestro - exclaman muchos.

-Cierto. Entonces... tened caridad para con todos, porque Yo he venido para todos y vosotros no sois más que Yo.

-Pero, mientras, nos acusan y se ponen trabas a tu misión.

-Irás adelante igualmente.

-A propósito de mujeres - dice Pedro, que, quizás por estar sentado al lado de Jesús, está tan embelesado que se muestra tranquilísimo - hace unos pocos días - para mayor exactitud, desde que hablaste en Betania la primera vez después del regreso a Judea - que mujer, enteramente velada, nos sigue continuamente. No sé cómo logra saber nuestros programas. Sé que, o al final de las filas de gente que escucha cuando hablas, o detrás de la gente que te sigue cuando caminas, o también detrás de nosotros cuando vamos a anunciarte por los campos... el hecho es que está casi siempre. En Betania, la primera vez, me susurró tras el velo: "¿Ese hombre que dices que va a hablar es Jesús de Nazaret?". Le respondí que sí; bueno, pues por la tarde estaba oyéndote detrás de un tronco de un árbol. Luego la había perdido de vista, pero ahora aquí en Jerusalén la he visto ya dos o tres veces. Hoy le he preguntado: "¿Tienes necesidad de Él? ¿Estás enferma? ¿Quieres el óbolo?". Su respuesta ha sido siempre "no"; con la cabeza, porque nunca habla con nadie».

-A mí me dijo un día: "¿Dónde vive Jesús?" y le dije: "En Get Samní" - dice Juan.

-¿Pero serás estúpido? ¡No debías haberlo hecho! ¡Tenías que haberle dicho: "¡Quítate el velo. Date a conocer y entonces te lo digo!" - dice Judas Iscariote iracundo.

-Pero, ¿desde cuándo solicitamos estas cosas? - exclama Juan con simplicidad e inocencia.

-Los otros se ven. Ésta está enteramente velada. O es una espía o es una leprosa. No debe seguirnos y saber lo que hacemos. Si es una espía es para hacer algún mal. Quizás la paga el Sanedrín para esto...

-¡Ah!, ¿utiliza estos métodos el Sanedrín? - pregunta Pedro - ¿Estás seguro?

-Segurísimo. He pertenecido al Templo y lo sé.

-¡Pues vaya! A esto se adapta como una caperuza la razón explicada por el Maestro hace un momento... - comenta Pedro.

-¿Qué razón? - Judas está ya rojo de ira.

-Esa de que también hay paganos entre los sacerdotes.

-¿Qué tiene que ver esto con lo de pagar a un espía?

-¡Tiene que ver, tiene que ver! ¡Es más, ya está visto! ¿Por qué pagano? Para echar por tierra al Mesías y triunfar ellos. Por tanto, suben al altar con sus sucias almas bajo las vestiduras limpias - responde Pedro con su buen juicio propio de la gente llana.

-Bien, en suma - abrevia Judas - esa mujer es un peligro para nosotros o para la gente: para la gente, si está leprosa; para nosotros si es una espía.

-Quieres decir: Para Él, en todo caso - replica Pedro.

-Pero, cayendo Él, caemos también nosotros...

-¡Ja! ¡Ja! - se ríe Pedro y termina: -y entonces el ídolo se hace pedazos y se pierde tiempo, estima y, quizás, la vida, y entonces, ¡Ja! ¡Ja!..., y entonces es mejor tratar de que no caiga, o... apartarse a tiempo, ¿verdad? Yo, por el contrario, mira, lo abrazo más estrechamente. Si cae, abatido por los traidores de Dios, quiero caer con Él - y Pedro abraza estrechamente, con sus cortos brazos, a Jesús.

-No creía haber hecho tanto mal, Maestro - dice todo triste Juan, que está frente a Jesús - Pégame, maltrátame, pero sálvate. ¡Ay, si fuera yo la causa de tu muerte!... ¡Oh!, no me lo perdonaría. Siento que el continuo llanto me excavaría el rostro y me quemaría la vista. Pero ¿qué he hecho? Tiene razón Judas: ¡soy un estúpido!

-No, Juan. No lo eres, y has hecho bien. Dejádla venir. Siempre. Y respetad su velo. Puede ser que esté colocado como defensa, en una lucha entre el pecado y la sed de redimirse. ¿Sabéis vosotros qué heridas se inciden sobre un ser cuando esta lucha adviene? ¿Sabéis qué llanto y qué rubor? Tú has dicho, Juan, querido hijo de corazón de niño bueno, que tu rostro quedaría excavado por el continuo llanto si fueras para mí causa de mal. Pues debes saber que cuando una conciencia, despertada de nuevo, comienza a roer una carne que fue pecado, para destruirla y triunfar con el espíritu, debe por fuerza consumir todo aquello que fue atracción de la carne, y la criatura en envejece, languidece bajo la llamarada de este fuego taladrador. Sólo después, completada la redención, se compone de nuevo una segunda, santa y más perfecta belleza, porque es entonces lo hermoso del alma lo que aflora por la mirada, a través de la sonrisa, de la voz, de la honesta dignidad de la frente sobre la cual se ha depositado y resplandece como diadema el perdón de Dios.

-¿Entonces no he hecho mal?...

-No. Y tampoco Pedro. Dejadla. Y ahora, que todos se vayan a descansar. Yo me quedo con Juan y Simón. Tengo que hablarles. Marchaos.

Los discípulos se retiran. Quizás duermen en la almazara. No lo se marchan. Ciertamente no vuelven a Jerusalén, porque las puertas están cerradas desde hace horas.

-¿Has dicho, Simón, que Lázaro te ha enviado a Isaac con Maximino, hoy, mientras Yo estaba al lado de la torre de David. ¿Qué quería?

-Quería decirte que Nicodemo está en su casa y que quería hablarte en secreto. Me he tomado la libertad de decir: "Que venga. El Maestro lo esperará durante la noche". Sólo tienes la noche para estar solo. Por este motivo te he dicho: "Despide a todos, menos a Juan y a mí". Juan es necesario para ir al puente del Cedrón, a esperar a Nicodemo, que está en una de las casas de Lázaro, extramuros. Yo hacía falta para explicar. ¿He hecho mal?

-Has hecho bien. Ve, Juan, a tu puesto.

Se quedan solos Simón y Jesús. Jesús está pensativo. Simón respeta su silencio. Pero Jesús lo rompe improvisamente, y, como si terminara en voz alta una interna elocución, dice:

Sí. Está bien así. Isaac, Elías, los otros, son suficientes para mantener viva la idea que se está consolidando entre los buenos y en los humildes. Para los poderosos... hay otras levas. Está Lázaro, Cusa, José, y otros... Pero los poderosos... no me aceptan. Temen y tiemblan por su poder. Me iré lejos de este corazón judío que cada vez se muestra más hostil al Cristo.

-¿Vamos a volver a Galilea?

-No. Pero nos vamos lejos de Jerusalén. Judea debe ser evangelizada; también ella es Israel. Pero, aquí, ya ves... Todo sirve para acusarme. Me retiro. Y esta es la segunda vez...

-Maestro, aquí está Nicodemo - dice Juan, entrando primero.

Se saludan, y luego Simón toma a Juan y sale de la cocina, dejando solos a los dos.

-Maestro, perdona si te he querido hablar en secreto. Desconfío, por ti y por mí, de muchos. No es sólo cobardía esto mío. También es prudencia y deseo de beneficiarte, más que si te perteneciera abiertamente. Tú tienes muchos enemigos. Yo soy uno de los pocos que aquí te admiran. He pedido consejo a Lázaro. Lázaro es poderoso por herencia, temido porque goza de favor ante Roma, justo ante los ojos de Dios, sabio por maduración de ingenio y cultura, verdadero amigo tuyo y verdadero amigo mío. Por todo esto he querido hablar con él Y me siento feliz de que él haya juzgado del mismo modo. Le he dicho las últimas... discusiones del Sanedrín sobre ti.

-Las últimas acusaciones. No tengas reparo en decir las verdades desnudas, como son.

-Las últimas acusaciones. Sí, Maestro. Yo estaba ya para decir "Pues bien, yo también soy de los suyos". Aunque sólo fuera porque en esa asamblea hubiera al menos uno que estuviera a tu favor. Pero José, que se había acercado a mí, me susurró: "Calla. Mantengamos oculto nuestro pensamiento. Luego te explico". Y, una vez fuera, dijo... exactamente, dijo: "Así es de mayor provecho. Si saben que somos discípulos, nos mantendrán al margen de cuanto piensan y deciden, y pueden perjudicarlo y también perjudicarnos; como simples observadores de Él, no utilizarán subterfugios con nosotros". Comprendí que tenía razón. ¡Son muy... malos! Yo también tengo mis intereses y mis deberes... y así José... ¿Comprendes, no, Maestro?

-No voy a reprenderos. Antes de que vinieras, estaba diciéndole esto a Simón, y he decidido incluso alejarme de Jerusalén.

-¡Nos odias porque no te amamos!

-No. No odio ni siquiera a los enemigos.

-Tú lo dices. Pero es así. Tienes razón. Sólo que, ¡qué dolor para mí y para José! ¿Y Lázaro? ¿Qué dirá Lázaro, que justamente hoy ha decidido proponerte que dejaras este lugar para ir a una de sus propiedades de Sión? Bueno, ¿ya sabes que Lázaro tiene poder económico, no? Buena parte de la ciudad es suya, de la misma forma que muchas tierras de Palestina. Su padre, a su patrimonio y al de Euqueria, de tu tribu y familia, había unido aquello que los romanos dan como recompensa al servidor fiel, y a los hijos les ha dejado una herencia muy grande, y, lo que más cuenta, una velada pero potente amistad con Roma. Sin ésta, ¿quién habría salvado de la ignominia a toda la casa después de la infamante conducta de María, su divorcio (conseguido sólo porque se trataba de "ella"), su vida licenciosa en esa ciudad, que es su feudo, y en Tiberíades, que es el elegante lupanar donde Roma y Atenas han hecho lecho de prostitución para tantos del pueblo elegido? ¡Verdaderamente, si Teófilo sirio hubiera sido un prosélito más convencido, no habría dado a los hijos educación helenizante que tanta virtud mata y siembra tanta voluptuosidad, y que - bebida y expulsada sin consecuencias por Lázaro, y especialmente por Marta - ha contagiado a la desenfrenada María y ha proliferado en ella, convirtiéndola en el fango de la familia y de Palestina! No, sin la poderosa sombra del favor de Roma, se les habría mandado el anatema más que a los leprosos. Pero, considerando que las cosas están así, aprovéchate de ello.

-No. Me retiro. Quien quiera verme vendrá a mí.

-¿He hecho mal en hablar! - Nicodemo se siente abatido.

-No. Espera y convéncete - y Jesús abre una puerta y llama:

-¡Simón! ¡Juan! Venid.

Acuden los dos.

-Simón, dile a Nicodemo lo que te estaba diciendo cuando ha entrado él.

-Que para los humildes es suficiente con los pastores; para los poderosos, Lázaro, Nicodemo, José y Cusa, y que Tú te ibas a ir lejos de Jerusalén, aunque sin dejar Judea. Esto estabas diciendo. ¿Por me lo haces decir? ¿Qué ha ocurrido?

-Nada. Nicodemo temía que yo me fuera a causa de sus palabras.

-He dicho al Maestro que el Sanedrín se muestra cada vez más enemigo, y que sería buena cosa que se pusiera bajo la protección de Lázaro: ha protegido tus bienes porque tiene a Roma de su parte; protegería también a Jesús.

-Es verdad. Es un buen consejo. A pesar de que mi casta esté mal vista incluso por Roma, una palabra de Teófilo me ha conservado el patrimonio durante la proscripción y la lepra. Y Lázaro es muy amigo tuyo, Maestro.

-Lo sé. Pero ya me he pronunciado. Y lo que he dicho Yo lo hago.

-¡Entonces, te perdemos!

-No, Nicodemo. Hombres de todas las sectas se acercan al Bautista; a mí podrán venir hombres de todas las sectas y de todos los niveles.

-Nosotros venimos a ti sabiendo que eres superior a Juan.

-Podéis seguir viniendo. Seré un rabí solitario Yo también, como Juan, y hablaré a las turbas deseosas de oír la voz de Dios y capaces de creer que Yo soy esa Voz. Y los demás me olvidarán... si son, al menos, capaces de tanto.

-Maestro, estás triste y desilusionado. Tienes razón en estarlo. Todos te escuchan, y creen en ti hasta el punto de que obtienen milagros; hasta incluso uno de Herodes, uno que, por fuerza, debe tener corrompida la bondad natural en esa corte incestuosa; hasta soldados romanos. Sólo nosotros, los de Sión, somos tan duros... No todos, no obstante. Ya ves... Maestro, nosotros sabemos que has venido de parte de Dios y que eres su más alto doctor. También Gamaliel lo dice. Nadie puede hacer los milagros que Tú haces si no tiene a Dios consigo. Esto piensan también los doctos como Gamaliel. ¿Cómo es que entonces no podemos nosotros tener la fe que tienen los pequeños de Israel? ¡Oh! ¡Dímelo! ¡Dímelo! No te traicionaré, aunque me dijeras: "He mentido para conferir valor a mis palabras de sabiduría con la impresión de un sigilo que nadie puede despreciar". ¿Eres Tú el Mesías del Señor, el Esperado, la Palabra del Padre encarnada para instruir y redimir a Israel según el Pacto?

-¿Lo preguntas por ti mismo, o te mandan otros a preguntarlo?

-Por mí mismo, por mí mismo, Señor. Tengo un tormento aquí. Tengo una gran confusión. Vientos contrarios y contrarias voces. ¿Por qué no tengo yo, hombre maduro, esa pacífica certeza que tiene éste, casi analfabeto y niño, la cual le da esa sonrisa plácida a su rostro, esa luz a sus ojos, ese sol a su corazón? ¿Cómo crees tú, Juan, para estar tan seguro? ¡Enseñame, oh hijo, tu secreto, el secreto en virtud del cual has sabido ver y comprender al Mesías en Jesús Nazareno!

Juan se pone colorado como una fresa y baja la cabeza como disculpándose de decir una cosa tan grande, y responde con sencillez:

-Amando.

-¡Amando! ¿Y tú, Simón, hombre probo y ya en el umbral de la ancianidad, docto y probado hasta el punto de sentirte inducido a temer el engaño en todas partes?

-Meditando.

-¡Amando! ¡Meditando! También yo amo y medito, ¡y no estoy seguro todavía!

Interviene Jesús diciendo:

-Voy a manifestarte el verdadero secreto. Éstos han sabido nacer nuevamente, con un espíritu nuevo, libre de cualesquiera cadenas, virgen de toda idea; por ello han comprendido a Dios. Si uno no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios ni creer en su Rey.

-¿Cómo puede un hombre volver a nacer siendo ya adulto? Una vez fuera del seno materno, el hombre no puede jamás volver a entrar en él. ¿Acaso aludes a la reencarnación en el sentido de tantos paganos? No, en ti no es posible esto; además, no se trataría de un volver a entrar en el seno materno, sino de un reencarnarse más allá del tiempo y, por tanto, no ahora. ¿Cómo es esto? ¿Cómo?

-No hay más que una existencia de la carne sobre la Tierra y una eterna vida del espíritu más allá de la Tierra. No estoy hablando de la carne y de la sangre, sino del espíritu inmortal, el cual por dos cosas renace a verdadera vida: por el agua y por el Espíritu, pero éste es mayor; sin Él, el agua no es más que símbolo. Quien ya ha quedado limpio con el agua debe purificarse luego con el Espíritu, y con Él encenderse y resplandecer, si quiere vivir dentro de Dios aquí y en el eterno Reino. Porque lo que ha sido engendrado por la carne es y seguirá siendo carne, y con ella muere tras haberla servido en sus apetitos y pecados. Pero lo que ha sido engendrado por el Espíritu es espíritu, y vive volviendo al Espíritu Generador después de haber cultivado el propio espíritu hasta la edad perfecta. El Reino de los Cielos no será habitado sino por seres llegados a la edad espiritual perfecta. No te maravilles, por tanto, si digo: "Es necesario que vosotros nazcáis de nuevo". Éstos han sabido renacer. El joven ha matado la carne y ha hecho renacer el espíritu poniendo su yo en la hoguera del amor. Enteramente ha sido consumido de toda materia. Y he aquí que de las cenizas surge su nueva flor espiritual, maravilloso helianto que sabe volverse hacia el Sol eterno. El anciano ha puesto la segur de la meditación honesta en la base de su viejo pensamiento, y ha arrancado la vieja planta dejando sólo una yema, la de la buena voluntad, de la cual ha hecho nacer su nuevo pensamiento. Ahora ama a Dios con espíritu nuevo, y lo ve. Cada uno tiene su mérito para llegar al puerto. Cualquier viento es bueno con tal de saber usar la vela; sentís que el viento sopla y por su corriente podéis regularos para dirigir la maniobra, mas no podéis decir de dónde viene ni atraer el que necesitáis. También el Espíritu llama, y viene llamando, y pasa. Pero sólo quien está atento puede seguirlo. El hijo conoce la voz del padre; conoce la voz del Espíritu, el espíritu que ha sido engendrado por Él.

-¿Cómo puede suceder esto?

-Tú, maestro en Israel, ¿me lo preguntas? ¿Ignoras estas cosas? Se habla y se da testimonio de lo que sabemos y hemos visto. Pues bien, Yo hablo y doy testimonio de lo que sé. ¿Cómo vas a poder aceptar las cosas no vistas, si no aceptas el testimonio que Yo te traigo? ¿Cómo podrás creer en el Espíritu, si no crees en la Palabra encarnada? Yo he bajado para volver a subir llevándome conmigo a los que están aquí abajo. Uno sólo ha bajado del Cielo: el Hijo del hombre. Uno sólo al Cielo subirá con el poder de abrir el Cielo: Yo, Hijo del hombre. Recuerda a Moisés. Él levantó una serpiente en el desierto para curar las enfermedades de Israel. Cuando Yo sea levantado en alto, aquellos a quienes la fiebre de la culpa hace ciegos, sordos o mudos, o que por ella han perdido el juicio o están leprosos o enfermos, serán curados, y quienquiera que crea en mí tendrá vida eterna. También quienes en mí hayan creído tendrán esta vida beata. No bajas la cabeza, Nicodemo. Yo he venido a salvar, no a destruir. Dios no ha mandado a su Hijo Unigénito al mundo para que quien está en el mundo sea condenado, sino para que el

mundo se salve por medio de Él. En el mundo he visto todas las culpas, todas las herejías, todas las idolatrías. Pero, ¿puede acaso la golondrina que vuela veloz por encima del polvo ensuciarse el plumaje? No. Lleva por las tristes vías de la Tierra una coma de azul, un olor de cielo, emite un reclamo para conmover a los hombres y hacerles levantar del fango la mirada y seguir su vuelo que al cielo retorna. Igualmente Yo. Vengo para llevaros conmigo. ¡Venid!... Quien cree en el Hijo Unigénito no es juzgado, está ya salvado, porque este Hijo intercede ante el Padre diciéndole: "Éste me amó". Mas quien no cree es inútil que haga obras santas; ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. ¿Cuál es mi nombre, Nicodemo?

-Jesús.

-No. Salvador. Yo soy Salvación. Quien no me cree, rechaza su salvación y es juzgado por la Justicia eterna, y el juicio es éste: "La Luz te había sido enviada, a ti y al mundo, para salvación vuestra, y tú y los hombres habéis preferido las tinieblas a la Luz, porque preferíais las obras malvadas - que se habían hecho costumbre en vosotros - a las obras buenas, las que Él os señalaba como obras que seguir para ser santos". Vosotros habéis odiado la Luz, porque los malhechores aprecian las tinieblas para sus delitos; habéis evitado la Luz para que no proyectara luz sobre vuestros ocultos resentimientos. No por ti, Nicodemo, pero la verdad es ésta; y el castigo guardará relación con la condena, por lo que respecta al individuo y por lo que respecta a la colectividad. Si me refiero a los que me aman y ponen en práctica las verdades que enseño, naciendo, por tanto, en el espíritu por segunda vez (la más verdadera), digo que no temen la Luz; antes bien, a ella se arriman, porque su luz aumenta aquella con que fueron iluminados: recíproca gloria, que hace dichoso a Dios en sus hijos y a los hijos en el Padre. No, ciertamente los hijos de la Luz no temen ser iluminados; antes bien, con el corazón y con las obras, dicen: "No he sido yo sino Él, el Padre, Él, el Hijo, Él, el Espíritu, quienes han cumplido en mí el Bien. A ellos la gloria eternamente. Y desde el Cielo responde el eterno canto de los Tres que se aman en su perfecta Unidad: "A ti eternamente la bendición, hijo verdadero de nuestra voluntad". Juan, acuérdate de estas palabras para cuando llegue la hora de escribirlas. Nicodemo, ¿estás convencido?

-Maestro... sí. ¿Cuándo voy a poder hablar de nuevo contigo?

-Lázaro sabrá a dónde llevarte. Iré donde él antes de alejarme de aquí.

-Me voy, Maestro. Bendice a tu siervo.

-Mi paz sea contigo.

Nicodemo sale con Juan.

Jesús se vuelve a Simón:

-¿Ves la obra del poder de las Tinieblas? Como araña, tiende su trampa y hace que quede envasado y aprisionado quien no sabe morir para renacer como mariposa, con una fortaleza capaz de romper la tela tenebrosa y traspasarla, llevándose, como recuerdo de su victoria, jirones de reluciente red en las alas de oro, como oriflomas y lábaros conquistados al enemigo. Morir para vivir. Morir para daros la fuerza de morir. Ven, Simón, a descansar. Y que Dios esté contigo.

Todo termina.

117

Lázaro pone a disposición de Jesús una casita en el llano de Agua Especiosa

Jesús está subiendo por el empinado sendero que lleva al rellano sobre el que está edificada Betania. Esta vez no sigue la calzada principal. Ha tomado este camino más empinado y más rápido, que en dirección noroeste este y que está mucho menos transitado quizás por estar tan en pendiente. Sólo los que viajan con prisa hacen uso de él; o los que, teniendo manadas de ganado, prefieren no meterlas en el trájín de la calzada principal, o quienes, como Jesús hoy, prefieren pasar desapercibidos. Él sube delante, en vivaz conversación con el Zelote. Detrás, en grupo, van los primos de Jesús con Juan y Andrés; luego, otro grupo, formado por Santiago de Zebedeo, Mateo, Tomás y Felipe; los últimos, Bartolomé con Pedro y Judas Iscariote.

Ganada la planicie, sobre la cual Betania le sonríe al sol de un día sereno de Noviembre, y desde la que, mirando hacia oriente, se ve el valle del Jordán y la vía que viene de Jericó, Jesús da orden a Juan de ir a avisar a Lázaro de su llegada. Mientras Juan se marcha con paso rápido, Jesús prosigue con los suyos lentamente, siendo saludado a cada paso por personas del lugar.

La primera que viene de la casa de Lázaro es una mujer que se prosterna diciendo:

-Dichoso este día para la casa de mi señora. Ven. Maestro. Allí están Maximino y Lázaro ya en la puerta.

También Maximino se acerca a Jesús. No sé con exactitud quién es Maximino. Tengo la impresión de que es o un pariente menos rico alojado en casa de los hijos de Teófilo, o un administrador de los importantes haberes de éstos; tratado como amigo, no obstante, por su mérito y por el largo tiempo de servicio en la casa. Quizás es hijo de algún administrador del padre que después ha permanecido en el puesto con los hijos de Teófilo. Es un poco más mayor que Lázaro, o sea, tendrá unos treinta y cinco años o poco más.

-No esperábamos tenerte tan pronto - dice.

-Pido alojamiento para una noche.

-Si fuera para siempre nos harías felices.

Están ya en el umbral de la puerta. Lázaro besa y abraza a Jesús y saluda a los discípulos. Luego, teniendo un brazo en torno a la cintura de Jesús, entra con Él en el jardín y se aísla de los demás. Lo primero que hace es preguntar:

-¿A qué debo la alegría de tenerte conmigo?

-A1 odio de los miembros del Sanedrín.

-¿Te han procurado algún mal? ¿Algún otro mal?

-No. Pero me lo quieren hacer, y no es la hora. Hasta que no haya arado toda Palestina y esparcido la semilla, no debo ser abatido.

-También tienes que recoger tu cosecha, Maestro bueno; es justo que sea así.

-Mi cosecha la recogerán mis amigos. Ellos pasarán la hoz donde he sembrado. Lázaro, he decidido alejarme de Jerusalén. Sé que no es solución, lo sé ya desde ahora; pero servirá al menos para poder evangelizar. En Sión se me niega incluso esto.

-Te había enviado con Nicodemo el mensaje de que fueras a una de mis propiedades. Nadie osa violarlas. Podrías llevar a cabo tu ministerio sin molestias. ¡Oh, mi casa, la más dichosa de todas mis casas por santificarla Tú con tu enseñanza, con tu respiración! Dame alegría de serte útil, Maestro mío.

-Ya ves que estoy dándotela ya; pero en Jerusalén no me puedo quedar. Mira, aunque a mí no me molestaran, sí lo harían con quienes fueran a verme. Voy hacia Efraím, entre este lugar y el Jordán. Evangelizaré y bautizaré allí como el Bautista.

-En los campos de esa zona tengo una pequeña casa, pero se utiliza para guardar las herramientas de los trabajadores; algunas veces duermen en ella durante la corta del heno o la vendimia. Es mísera: simple techo apoyado en cuatro paredes; pero está en mis tierras, y se sabe... Pues bien, el hecho de saberlo hará de espantajo contra los chacales. Acepta, Señor. Mandaré a los siervos a prepararla...

-No hace falta. Si en ella duermen tus campesinos, será suficiente también para nosotros.

-No pondré riquezas. Sólo completaré el número de las camas, pobres como Tú deseas, y mandaré mantas, asientos, ánforas y copas. Lógicamente, tendrás que comer y que taparos, especialmente en estos meses de invierno. Déjame a mí. Ni siquiera lo haré yo. Aquí viene Marta. Posee la habilidad, práctica y solícita, de todos los cuidados familiares. Su lugar es la casa; su función, ser consuelo de los cuerpos y de los espíritus que están en la casa. ¡Ven, mi dulce y pura hospedera! ¿Ves? Incluso yo me he refugiado bajo su cuidado materno, en su parte de herencia. Así, no lloro demasiado ásperamente a mi madre. Marta, Jesús se retira al llano del Agua Especiosa. Lo único especioso que hay es el suelo fértil; la casa es un aprisco. Pero Él quiere una casa de pobres. Hay que proveerla de lo indispensable. ¡Dispónlo tú, que eres tan mañosa! - Lázaro besa la mano bellísima de su hermana, esa mano que se levanta acto seguido para acariciarlo con verdadero amor de madre.

Luego Marta dice:

-Parto en seguida. Me llevo conmigo a Maximino y a Marcela. Los hombres del carro ayudarán a aparejar. Bendíceme, Maestro; así, llevaré conmigo algo tuyo.

-Sí, mi dulce hospedera. Te llamaré como te llama Lázaro. Te doy mi corazón para que lo lleves contigo, en el tuyo.

-¿Sabes, Maestro, que hoy está por estos campos Isaac con Elías y los demás? Me han pedido pasto, abajo en la llanura, para estar un poco juntos, y lo he permitido. Hoy están de cambio de pastos. Los espero para la comida.

-Me alegra. Les daré instrucciones...

-Sí. Para podernos mantener en contacto. No obstante, alguna vez vendrás...

-Vendré. He hablado ya de ello con Simón. Y, dado que no es justo que Yo invada tu casa con los discípulos, iré a casa de Simón...

-No, Maestro. ¿Por qué este dolor?

-No indagues, Lázaro; Yo sé que está bien así.

-Pero entonces...

-Entonces seguiré estando en tus propiedades. Lo que el mismo Simón ignora Yo lo sé. Aquel que quiso comprar, sin revelar su identidad y sin detenerse a estudiar las condiciones, con tal de estar cerca de Lázaro de Betania, era el hijo de Teófilo, el fiel amigo de Simón el Zelote y el gran amigo de Jesús de Nazaret. Aquel que duplicó la suma por Jonás y no gravó el patrimonio de Simón para proporcionarle a éste la alegría de poder hacer muchas cosas por el Maestro pobre y por los pobres del Maestro, aquél, es uno que tiene por nombre Lázaro. El que, discreto y atento, mueve, dirige, presta ayuda a todas las fuerzas buenas para ayudarme, aliviarme y protegerme, ése, es Lázaro de Betania. Yo lo sé.

-¡Oh, no lo digas! ¡Creí actuar bien de ese modo, y en secreto!

-Secreto, sí, para los hombres, pero no para mí; Yo leo en el corazón. ¿Quieres que te diga por qué tu ya de por sí natural bondad se impregna de perfección sobrenatural? Es porque pides don sobrenatural, pides la salvación de un alma y la santidad tuya y de Marta. Tú sientes que no basta con ser buenos según el mundo, sino que se requiere ser buenos según las leyes del espíritu, para obtener de Dios la gracia. Tú no has oído mis palabras, pero Yo he dicho: "Cuando hagáis el bien, hacedlo en secreto, y el Padre os dará una gran recompensa". Tú lo has hecho por un natural impulso a la humildad, y verdad te digo que el Padre te reserva una recompensa que ni siquiera puedes imaginar.

-¿La redención de María? ...

-Eso, y más, más aún.

-¿Qué es, Maestro, más imposible que esto?

-Jesús lo mira y sonríe. Luego dice, con el tono de un salmo. «El Señor reina, y con Él sus santos.

Con sus rayos de luz trenza una corona y sobre la cabeza de los santos la deposita. Para que eternamente resplandezca ante los ojos de Dios y del universo.

¿De qué metal está entretejida? ¿Con qué piedras preciosas decorada? Oro, oro purísimo es el círculo obtenido con el dúplice fuego del amor divino y del amor del hombre, cincelado por la voluntad, martillando, limando, cortando, afinando.

Gran profusión de perlas, y esmeraldas más verdes que la hierba nacida en Abril, turquesas de color de cielo, ópalos de color luna, amatistas como violetas pudorosas, y, engarzados para toda la vida, diaspros y zafiros y jacintos y topacios. Y como broche de la obra un círculo de rubíes, un gran círculo sobre la frente gloriosa.

Porque este hombre bendito ha tenido fe y esperanza, ha tenido mansedumbre y castidad, templanza y fortaleza, justicia y prudencia, misericordia sin medida, y en el fondo ha escrito con la sangre tu Nombre y la fe en mí, su amor en él por mí, y su nombre en el Cielo.

¡Exultad, oh justos del Señor! El hombre ignora, Dios ve.

Él escribe en los libros eternos mis promesas y vuestras obras, y con ellas vuestros nombres, príncipes del siglo futuro, triunfadores eternos con el Cristo del Señor.

Lázaro lo mira asombrado. Luego susurra:

-¡Oh!... yo... no seré capaz...

-¿Tú crees? - y Jesús coge una rama flexible de un sauce cuyas frondas penden sobre el sendero y dice: «Mira: como mi mano pliega fácilmente esta rama, el amor plegará tu alma y de ella hará una corona eterna. Es el amor el redentor individual. Quien ama empieza su redención. Su acabado lo cumplirá el Hijo del hombre.

Todo concluye.

118

Comienzo de vida común en Agua Especiosa. Discurso de apertura

Si se compara esta baja y rústica casita con la casa de Betania, ciertamente es un aprisco, como dice Lázaro. Pero, si se la compara con las casas de los campesinos de Doras, es una vivienda incluso linda.

Muy baja y muy ancha, construida con solidez, tiene una cocina, o sea, una amplia chimenea en una estancia toda ahumada en la que hay una mesa, asientos, ánforas y un rústico bazar con unos platos y algunas copas. Una ancha puerta de madera tosca le da luz además de acceso. Luego, en la misma pared en que se abre ésta, hay otras tres puertas que introducen en tres piezas grandes, largas y estrechas, con las paredes blanqueadas con cal y el suelo de tierra batida como la cocina; en dos de éstas hay ahora unas yacijas. Parecen pequeñas salas-dormitorio. Los muchos ganchos fijados en las paredes son testimonio de que ahí se colgaban herramientas y quizás productos agrícolas. Ahora sirven para colgar capas y alforjas. La tercera, más que una estancia, es un pasillo ancho, porque la largura está desproporcionada con respecto a la anchura, y está vacía. Debe haber servido como refugio para ganado, porque tiene un pesebre y argollas en la pared, y se ven en el suelo las hendiduras propias de terrenos pisados por cascos herrados. Ahora no hay nada.

Fuera, junto a este último recinto, un ancho pórtico rústico, hecho de un techo cubierto de haces de ramas y pizarra, apoyado sobre troncos de árbol apenas descortezados. No es ni siquiera un pórtico, es un cobertizo, porque está abierto por tres lados: dos de al menos diez metros de largo; el lado estrecho tiene unos cinco metros, no más. Durante el verano una parra debe extender de tronco a tronco sus ramas en el lado sur. Ahora está desnuda, mostrando sus esqueléticas ramas; como también está desnuda una gigantesca higuera que en verano da sombra al pilón que está en el centro de la era, puesto sin duda para abrevar el ganado. Está al lado de un pozo rudimentario, o sea, de un agujero al ras del suelo apenas señalado por un círculo de piedras planas y blancas.

Ésta es la casa que acoge a Jesús y a los suyos en el lugar llamado "Agua Especiosa". Campos - o, mejor, prados y viñedo - la rodean, y, a la distancia de unos trescientos metros aproximadamente, se ve otra casa, entre los campos - más bonita, debido a que, al contrario de ésta, está provista de terraza en el tejado -. Más allá de esta otra casa, celan la vista bosques de olivos y de otros tipos de árboles, parte despojados de hojas, parte frondosos.

Pedro, su hermano y Juan trabajan con gusto barriendo la era y las estancias, haciendo las necesarias reparaciones en las camas, sacando agua. Es más, Pedro hace todo un montaje en torno al pozo para poner en funcionamiento y reforzar las sogas y hacer así más práctico y cómodo el sacar el agua. Por su parte los dos primos de Jesús trabajan con martillo y lima en cerraduras y contraventanas, y Santiago de Zebedeo los ayuda serrando y trabajando con el hacha como un obrero de astilleros.

Tomás está atareado en la cocina; sabe en manera tal dosificar lumbre y llama y limpiar expeditivo las verduras que el guapo de Judas se ha dignado traer del pueblo cercano, que parece un cocinero experto. Comprendo que hay un pueblo, más o menos grande, por la explicación de Judas de que el pan lo hacen sólo dos veces a la semana y de que, por tanto, ese día no hay pan.

Habiéndolo oído Pedro, dice:

-Pues haremos tortas en las brasas. Allí está la harina. Rápido, quítate el vestido y haz la masa, luego me ocupo yo de cocerlas; que sé hacerlo.

Y no puedo menos que echarme a reír viendo que Judas Iscariote se humilla, sólo con la prenda corta, amasando la harina, llenándose bien de polvo.

Jesús no está, y también faltan Simón, Bartolomé, Mateo y Felipe.

-Lo peor es hoy - responde Pedro a un refunfuño de Judas de Keriot -, pero ya mañana irá mejor, y para la primavera irá bien del todo...

-¿Para la primavera? ¿Pero vamos a estar siempre aquí? - dice Judas asustado.

-¿Por qué? ¿No es una casa? Llover, aquí no llueve. Hay agua para beber. No falta el hogar. Pues, ¿qué más quieres? Yo me encuentro aquí muy bien, y es que, además, aquí no siento mal olor de fariseos y compañía...

-Pedro, vamos a sacar las redes - dice Andrés, y se lleva consigo afuera a su hermano antes de que empiece un altercado entre él y Judas.

-Ese hombre no me puede ver - exclama éste.

-No. No puedes decir eso. Muestra esa franqueza con todos. Pero es bueno. Eres tú el que está siempre malhumorado - responde Tomás (el cual, por el contrario, tiene siempre un óptimo humor).

-Es que yo pensaba que fuera otra cosa...

-Mi primo no te prohíbe ir a ocuparte de las otras cosas - dice serenamente Santiago de Alfeo - Yo creo que todos, debido a nuestra necesidad, pensábamos que seguirlo fuera otra cosa; pero esto sucede porque somos de dura cerviz y tenemos una gran soberbia. Él no ha ocultado nunca el peligro ni el esfuerzo que supone el seguirlo.

Judas refunfuña entre dientes.

El otro Judas, Tadeo, que está trabajando con un estante de la cocina para transformarlo en pequeño armario, le responde:

-Estás equivocado. Estás equivocado incluso desde el punto de vista de las costumbres: todo israelita debe trabajar; y nosotros trabajamos. ¿Te pesa tanto el trabajo? Yo no lo siento, porque desde que estoy con Él todas las dificultades se hacen livianas.

-Yo tampoco echo de menos nada, y me siento contento de estar ahora verdaderamente como en familia - dice Santiago de Zebedeo.

-¡Pues sí vamos a hacer mucho aquí!... - observa irónicamente Judas de Keriot.

-Pero bueno, vamos a ver, ¿qué quieres?, ¿qué pretendes? ¿Una corte como la de un sátrapa? No te permito criticar lo que hace mi primo. ¿Entendido? - replica bruscamente Judas Tadeo.

-Calla, hermano. Jesús no quiere estas disputas. Hablemos lo menos posible y hagamos lo más posible. Será mejor para todos. Por otro lado... si Él no logra cambiar los corazones... ¿puedes esperar conseguirlo tú con tus palabras? - dice Santiago de Alfeo.

-¿El corazón que no cambia es el mío, verdad? - pregunta agresivamente Judas Iscariote.

Pero Santiago no le responde; es más, coge una punta con los labios y se pone a clavar vigorosamente unos tablones, haciendo un estruendo tal, que el rezongueo de Judas se pierde.

Transcurre un tiempo y entran contemporáneamente Isaac con unos huevos y una cesta de fragantes panes y Andrés con una nasa con peces.

-Mirad - dice Isaac - los manda el encargado y dice que si necesitamos algo. Éstas son las órdenes que ha recibido.

-¿Ves como no nos vamos a morir de hambre? - dice Tomás a Judas Iscariote. Y dice: «Dame esos peces, Andrés. ¡Qué hermosos! Lo que pasa es que aquí no sé cómo prepararlos.

-Déjame a mí - dice Andrés - Soy pescador - y se pone en un ángulo a abrir sus peces, aún vivos.

-Está viniendo el Maestro. Ha ido a dar una vuelta por el pueblo por los campos. Vais a ver como pronto vendrán algunos. Ha curado ya a uno que estaba enfermo de los ojos. Además yo ya había recorrido estos campos y sabían...

-¡Ya, claro! ¡Yo, yo!... Todos los pastores... Nosotros hemos dejado - yo al menos - una vida segura y hemos hecho esto y hemos hecho otro, pero no se ha hecho nada...

Isaac mira sorprendido a Judas Iscariote... pero, filosóficamente, no replica. Los demás lo imitan... aunque hierven por dentro.

-Paz a todos vosotros.

Es Jesús. Está en el umbral de la puerta, sonriente, bueno. Parece como si el sol aumentara de esplendor por su llegada.

-¡Pero qué animosos! ¡Todos trabajando! ¿Puedo ayudar primo?

-No, descansa. Ya he terminado.

-Venimos cargados de comida. Todos han querido dar algo. ¡Si todos tuvieran el corazón de los humildes...! - dice Jesús un poco triste.

-¡Oh, mi Maestro! ¡Que Dios te bendiga!

Es Pedro, que entra en ese momento con un haz de leña en los hombros, y que saluda así, bajo su peso, a su Jesús.

-¡También a ti, Pedro; que te bendiga el Señor. ¿Habéis trabajado mucho?

-Y más que trabajaremos en las horas libres. ¡Tenemos una casa en el campo... y tenemos que hacer de ella un Edén! Para empezar he arreglado el pozo, al menos para poder ver de noche dónde está, y para estar seguros de no perder los cántaros al introducirlos en él. Luego... ¿ves qué hábiles son tus primos? Todas estas cosas son necesarias para quien debe vivir largo tiempo en un lugar, y yo, que soy pescador, no habría sabido hacerlas. Verdaderamente hábiles. Y también Tomás: podría estar en la cocina de Herodes. También Judas lo hace bien, ha hecho unas tortas espléndidas...

-E inútiles. Hay pan - responde de mal humor Judas.

Pedro lo mira y yo me espero una respuesta punzante, pero se limita mover la cabeza; luego prepara bien la ceniza y extiende encima sus tortas.

-Dentro de poco todo está listo - dice Tomás, y ríe.

-¿Vas a hablar hoy? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Sí. Entre sexta y nona. Vuestros compañeros lo han dicho. Por tanto comamos rápidamente.

Pasa un poco de tiempo todavía. Juan coloca el pan en la mesa, prepara los asientos, lleva las copas y las ánforas, y Tomás lleva las verduras cocidas y el pescado asado.

Jesús está en el centro, ofrece, bendice, distribuye. Todos comen con gusto.

Están todavía comiendo, cuando algunas personas se presentan en la era.

Pedro se levanta y va hasta la puerta:

-¿Qué queréis?

-Ver al Rabí. ¿No habla aquí?

-Habla. Pero ahora está comiendo, porque también Él es hombre. Sentaos allí, debajo del cobertizo.

El pequeño grupo se marcha y se pone debajo del rústico cobertizo

-La verdad es que viene el frío y frecuentemente vamos a tener lluvia. Pienso que sería buena cosa usar ese establo vacío. Lo he limpiado como se debe. El pesebre será el sitio...

-No hagas ironías necias. El Rabí es rabí - dice Judas.

-Pero, ¿qué ironías? Si nació en un establo, ¿podrá hablar desde un pesebre!

-Pedro tiene razón. Pero, os lo ruego: ¡quereos!

Jesús parece incluso cansado al decir estas palabras.

Terminan de comer y Jesús sale enseguida para dirigirse hacia la pequeña muchedumbre.

-¡Espera, Maestro! - le grita desde detrás Pedro - Tu primo te ha hecho un asiento porque allí está húmedo el suelo.

-No es necesario. Ya sabes. Hablo en pie. La gente quiere verme y Yo la quiero ver. Mas bien... haced asientos y lechos portátiles. Quizás vengan algunos enfermos... y harán falta.

-¡Piensas siempre en los demás, Maestro bueno! - dice Juan... y le besa la mano.

Jesús se dirige, con su sonrisa ligeramente triste, hacia el grupo de personas. Con Él van todos los discípulos.

Pedro, que está justo al lado de Jesús, le hace inclinarse hacia el grupo y le susurra en voz baja:

-Detrás de la tapia está aquella mujer velada. La he visto. Está allí desde esta mañana. Ha venido detrás de nosotros desde Betania. ¿La echo o la dejo?

-Déjala. Ya lo he dicho.

-Pero, ¿si es una espía, como dice Judas?...

-No lo es. Fíate de todo lo que te digo. Déjala y no digas nada a los demás. Y respeta su secreto.

-He mantenido silencio porque pensaba que era correcto...

-Paz a vosotros que buscáis la Palabra - comienza Jesús. Y va hasta el fondo del porche, dejando a sus espaldas la tapia de la casa. Habla lentamente al grupo de unas veinte personas que están, con el calorcito de un solcillo de Noviembre, sentadas en el suelo o apoyadas en los soportes.

-El hombre cae en un error al considerar la vida y la muerte, y al aplicar estos dos nombres. Llama "vida" al tiempo en que, dado a luz por la madre, comienza a respirar, a nutrirse, a moverse, a pensar, a obrar; y llama "muerte" al momento en que cesa de respirar, comer, moverse, pensar, obrar, viniendo a ser un despojo frío e insensible, preparado para entrar en un seno, el de un sepulcro. Pero no es así. Yo quiero haceros entender la "vida", indicaros las obras aptas para la vida.

Vida no es existencia. Existencia no es vida. Existe esta parra que se entrelaza con estos soportes, pero no tiene la vida de que Yo hablo. Existe también aquella oveja que bala atada a aquel árbol lejano, pero no tiene la vida de que Yo hablo. La vida de que Yo hablo no empieza con la existencia ni termina cuando la carne llega a su fin. ¡La vida de la cual Yo hablo tiene su principio no en un seno materno; tiene su principio cuando el Pensamiento de Dios crea un alma para habitar en una carne; termina cuando el Pecado la mata!

Sin ella, el hombre no sería sino una semilla que crece, semilla de carne en vez de ser de gluten o de pulpa como la de los cereales o la de la fruta. Sin ella, no sería sino un animal en estado de formación, un embrión de animal no distinto del que ahora está creciendo en el seno de aquella oveja. Pero, dado que en esta concepción humana se infunde esta parte incorpórea (y que no obstante es la más potente con su incorporeidad sublimadora), entonces el embrión animal no sólo existe como corazón que palpita, sino que "vive" según el Pensamiento creador, y es el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, el hijo de Dios, el ciudadano futuro del Cielo.

Pero esto se produce si la vida dura. El hombre puede existir teniendo imagen de hombre, pero habiendo dejado de ser hombre, siendo un sepulcro en que se pudre la vida. Se comprende entonces que Yo diga: "La vida no empieza con la existencia y no termina cuando la carne llega a su fin". La vida comienza antes del nacimiento. La vida luego no tiene fin, porque el alma no muere, o sea, no se anula. Muere a su destino, que es el destino celeste, pero sobrevive en su castigo si así lo ha merecido. Muere a este destino bienaventurado cuando muere a la Gracia. Esta vida, alcanzada por una gangrena cual es la muerte a su destino, dura por los siglos de los siglos en la condena y en el tormento. Si, por el contrario, esta vida se conserva como tal, llega a la perfección del vivir y se hace eterna, perfecta, santa como su Creador.

¿Tenemos deberes respecto a la vida? Sí. La vida es un don de Dios. Todo don de Dios ha de usarse y conservarse con cuidado, porque es algo tan santo como el Dador. ¿Maltrataríais vosotros el don de un rey? No. Pasa a los herederos, y a los herederos de los herederos, como gloria de la familia. Y entonces, ¿por qué hacerlo con el don de Dios? Pero, ¿cómo se usa y conserva este don divino? ¿Cómo mantener en vida la paradisíaca flor del alma, conservándola así para los Cielos? ¿Cómo obtener el "vivir" por encima y más allá de la existencia?

Israel dispone de leyes claras al respecto y no tiene más que observarlas. Israel dispone de profetas y justos, los cuales dan el ejemplo y la palabra para practicar las leyes. Y ahora Israel dispone de santos. No puede, no debería, errar, por tanto, Israel. Pero Yo veo manchas en los corazones, y espíritus muertos pulular por todas partes. Entonces os digo: Haced penitencia; abrid el corazón a la Palabra; poned en práctica la Ley inmutable; infundid nueva savia a la exhausta "vida" que está languideciendo en vosotros; si ya está muerta, acercaos a la Vida verdadera, a Dios. Llorad vuestras culpas, gritad: "¡Piedad!"... Y, en cualquier caso, renaced. No seáis muertos en vida, para no ser mañana eternos penantes. Yo no os voy a hablar más que del modo de alcanzar la vida o de conservarla. Otro os ha dicho: "Haced penitencia. Purificaos del fuego impuro de las lujurias, del fango de las culpas". Yo os digo: Pobres amigos, examinemos juntos la Ley. Oigamos en ella de nuevo la voz paterna del Dios verdadero. Y luego, juntos, oremos al Eterno, diciendo: "Descienda tu misericordia sobre nuestros corazones".

Es el tiempo del sombrío invierno. Pero dentro de poco vendrá la primavera. Un espíritu muerto es más triste que un bosque pelado por el hielo. Pero si la humildad, la voluntad, la penitencia y la fe penetran en vosotros, la vida volverá a vosotros como la de un bosque en primavera, y le floreceréis a Dios para, mañana (el mañana de los siglos y siglos) dar perenne fruto de vida eterna.

¡Acercaos a la Vida! Dejad de existir solamente y empezad a "vivir". La muerte no será entonces "fin", sino que será principio. El principio de un día sin ocaso, de una alegría sin cansancio y sin medida. La muerte será el triunfo de aquello que vivió antes de la carne, y triunfo de la misma carne, que será llamada, a la resurrección eterna, a coparticipar en esta Vida que

Yo prometo en el nombre del Dios verdadero a todos aquellos que hayan "querido" la "vida" para su alma, pisando el sentido y las pasiones para gozar de la libertad de los hijos de Dios.

Idos, pues. Todos los días a esta hora os hablaré de la eterna verdad. El Señor esté con vosotros.

La gente despeja el lugar, lentamente, haciendo muchos comentarios. Jesús vuelve a la solitaria casita y todo termina.

119

Los discursos en Agua Especiosa: Yo soy el Señor tu Dios. Jesús bautiza como Juan

Desde ayer la gente se ha duplicado al menos. Hay también personas de clases menos comunes. Algunos han venido en burros y ahora están ingiriendo su comida bajo el cobertizo, en cuyos palos han atado sus asnos, en espera del Maestro.

El día está frío pero sereno. La gente cuchichea; los más doctos dan explicaciones de quién es y por qué el Maestro habla en ese lugar. Uno dice: «

-Pero, ¿supera a Juan?

-No. Es distinto. Aquél - yo era de Juan - es el Precursor, y es la voz de la justicia; éste es el Mesías, y es la voz de la sabiduría y la misericordia.

-¿Cómo lo sabes? - preguntan muchos.

-Me lo han dicho tres discípulos del Bautista de los que están siempre con él. ¡Si supieras qué cosas! Ellos lo vieron nacer. Fijaos: nació de la luz. La luz era tan fuerte, que ellos, que eran pastores, abandonaron corriendo el redil, entre el ganado enloquecido de terror, y vieron que toda Belén estaba en llamas, y luego descendieron del cielo unos ángeles y apagaron el fuego con sus alas, y sobre el suelo estaba Él, el Niño nacido de la luz. Todo el fuego se transformó en una estrella...

-¡No, hombre, no, no es así!

-Sí, es así. Me lo ha dicho uno que era mozo de cuadra en Belén cuando yo era niño, y que ahora que el Mesías es hombre se gloria de ello.

-No es así. La estrella vino después, vino con aquellos magos de Oriente, aquellos de los que uno era descendiente de Salomón, y, por tanto, pariente del Mesías, porque Él es de David y David es padre de Salomón, y Salomón amó a la reina de Saba porque era hermosa y por los regalos que le había traído, y tuvo de ella un hijo, que es de Judá a pesar de ser de allende el Nilo.

-¿Pero qué estás diciendo? ¿Estás loco?

-No. ¿Pretendes decir que no es cierto que su pariente le trajo los aromas como es costumbre entre reyes, y más aún de esa estirpe?

-Yo sé cómo sucedió verdaderamente - dice otro. «Así fue - lo sé porque Isaac es uno de los pastores y es amigo mío -, así fue: el Niño nació en un establo de la casa de David. Estaba profetizado...

-¿Pero no es de Nazaret?

-Dejadme hablar. Nació en Belén porque es de David, y era tiempo de edicto. Los pastores vieron una luz de insuperable belleza, y el más pequeño, porque era inocente, vio el primero al ángel del Señor, el cual habló con música de arpa diciendo: "Ha nacido el Salvador. Id y adorad", y, a continuación, una muchedumbre de ángeles cantó "Gloria a Dios y paz a los hombres buenos". Entonces los pastores fueron y vieron a un niño en un pesebre entre un buey y un asno, y a la Madre y al padre. Y lo adoraron y luego lo condujeron a casa de una buena mujer. Y el Niño crecía como todos, hermoso, bueno, todo amor. Luego vinieron los magos de allende el Eufrates y allende el Nilo, porque habían visto una estrella y reconocido en ella la estrella de Balaam. Pero el Niño ya podía andar. El rey Herodes ordenó el exterminio por celos de poder. Pero el ángel del Señor había advertido del peligro y los pequeñuelos de Belén murieron, pero no Él, que había huido más allá de Matarea. Después volvió a Nazaret, a trabajar como carpintero, y, habiendo llegado a su tiempo, después de haber sido anunciado por el Bautista, primo suyo, ha comenzado la misión y primero ha buscado a sus pastores. A Isaac lo liberó de una parálisis, después de treinta años de enfermedad, e Isaac le predica incansablemente. Esto es.

-¡Pues, no obstante, los tres discípulos del Bautista me han dicho verdaderamente esas palabras!» dice, disgustado, el primero.

-Y son verdaderas. Lo que no es verdadero es la descripción del mozo de cuadra. ¿Se gloria? Haría bien en decir a los betlemitas que fueran buenos. Ni en Belén ni en Jerusalén puede predicar.

-Pero hombre, ¿cómo piensas que los escribas y fariseos deseen sus palabras? Esos son víboras y hienas, como los llama el Bautista.

-Yo querría que me curase. ¿Ves? Tengo una pierna con gangrena. He sufrido lo indecible para venir aquí en burro. Pero lo he buscado en Sión y ya no estaba... - dice uno.

-Lo han amenazado de muerte... - responde otro.

-¡Perros!

-Sí. ¿De dónde vienes?

-De Lida.

-¡Un largo camino!

-Yo... yo quisiera expresarle un pecado mío... Se lo he manifestado al Bautista... pero me ha recriminado de tal modo, que he huido. Creo que ya no podré ser perdonado... - dice un tercero.

-¿Pues qué es lo que has hecho?

-Mucho mal. A Él se lo manifestaré. ¿Qué decís? ¿Me maldecirá?

-No. Lo he oído hablar en Betsaida. Casualmente me encontraba allí. ¡Qué palabras! Hablaba de una pecadora. ¡Ah..., casi habría deseado ser ella para merecerlas!... -dice un anciano de aspecto grave.

-¡Ahí viene! - grita un buen número de personas.

-¡Misericordia! ¡Me da vergüenza! - dice el hombre que se siente culpable, y trata de huir.

-¿A dónde huyes, hijo mío? ¿Tanta negrura tienes en el corazón, que odias la Luz hasta el punto de tener que huir de ella? ¿Has pecado tanto como para tener miedo de mí: Perdón? ¿Pero qué pecado puedes haber cometido? Ni aun en el caso de que hubieras matado a Dios deberías tener miedo, si en ti hubiera verdadero arrepentimiento. ¡No llores! O ven, lloremos juntos.

Jesús que, alzando una mano, había hecho que se detuviera el fugitivo, ahora lo tiene estrechado contra sí, y se vuelve a quienes están esperando y dice:

-Un momento sólo, para aliviar a este corazón. Después estoy con vosotros.

Y se aleja hasta más allá de la casa, chocándose, al volver la esquina, contra la mujer velada, que está en su lugar de escucha. Jesús la mira fijamente un instante, luego continúa unos diez pasos y se detiene:

-¿Qué has hecho, hijo?

El hombre cae de rodillas. Es un hombre que tiene unos cincuenta años; un rostro quemado por muchas pasiones y devastado por un tormento secreto. Tiende los brazos y grita:

-Para gozarme con las mujeres dilapidé toda la herencia paterna, he matado a mi madre y a mi hermano... Desde entonces no he vuelto a tener paz... Mi alimento... ¡sangre! Mi sueño... ¡pesadilla!... Mi placer... ¡Ah! en el seno de las mujeres, en su grito de lujuria, sentía el hielo de mi madre muerta y el jadeo agonizante de mi hermano envenenado. ¡Malditas las mujeres de placer, áspides, medusas, murenas insaciables, perdición, perdición, mi perdición!

-No maldigas. Yo no te maldigo...

-¿No me maldices?

-No. ¡Lloro y cargo sobre mí tu pecado!... ¡Cuánto pesa! Me quiebra los miembros, pero aun así lo abrazo estrechamente para anularlo por ti... y a ti te concedo el perdón. Sí. Yo te perdono tu gran pecado.

Extiende Jesús las manos sobre la cabeza del hombre, que está sollozando, y ora:

-Padre, mi Sangre será derramada también por él. Por ahora, llanto y oración. Padre, perdona, porque está arrepentido. ¡Tu Hijo, a cuyo juicio todo ha sido remitido, así lo quiere!...

Permanece así durante unos minutos, luego se agacha para levantar al hombre y le dice:

-La culpa queda perdonada. Está en ti ahora el expiar, con una vida de penitencia, cuanto queda de tu delito».

-¿Dios me ha perdonado? ¿Y mi madre? ¿Y mi hermano?

-Lo que Dios perdona queda perdonado por todos, quienesquiera e sean. Ve y no vuelvas a pecar nunca.

El hombre llora aún con más intensidad y le besa la mano. Jesús lo deja con su llanto y vuelve hacia la casa. La mujer velada hace ademán como de ir a su encuentro, mas luego baja la cabeza y no se mueve. Jesús pasa delante de ella sin mirarla.

Ya está en su puesto. Empieza a hablar:

-Un alma ha vuelto al Señor. Bendita sea su omnipotencia, que arranca de las circunvoluciones de la serpiente demoníaca a sus almas creadas, y las conduce de nuevo por el camino de los Cielos.

-¿Por qué esa alma se había perdido? Porque había perdido de vista la Ley.

Dice el Libro que el Señor se manifestó en la cima del Sinaí con toda su terrible potencia, para, valiéndose también de ella, decir: "Yo soy Dios. Ésta es mi voluntad. Éstos son los rayos que tengo preparados para aquellos que se muestren rebeldes a la voluntad de Dios". Y antes de hablar impuso que nadie del pueblo subiera para contemplar a Aquel que es, y que incluso los sacerdotes se purificasen antes de acercarse al limen de Dios, para no recibir castigo. Esto fue así porque era tiempo de justicia y de prueba. Los Cielos estaban cerrados como por una losa que cubría el misterio del Cielo y el desdén de Dios, y sólo las saetas de la justicia alcanzaban, provenientes de los Cielos, a los hijos culpables. Mas ahora no es así. Ahora el Justo ha venido a consumir toda justicia y ha llegado el tiempo en que sin rayos y sin límites, la Palabra divina habla al hombre para darle Gracia y Vida.

La primera palabra del Padre y Señor es ésta: "Yo soy el Señor Dios tuyo".

En todo instante del día la voz de Dios pronuncia esta palabra y su dedo la escribe. ¿Dónde? Por todas partes. Todo lo dice continuamente: desde la hierba a la estrella, desde el agua al fuego, desde la lana al alimento, desde la luz a las tinieblas, desde el estar sano hasta la enfermedad, desde la riqueza a la pobreza. Todo dice: "Yo soy el Señor. Por mí tienes esto. Un pensamiento mío te lo da, otro te lo quita, y no hay fuerza de ejércitos ni de defensas que te pueda preservar de mi voluntad". Grita en la voz del viento, canta en la risa del agua, perfuma en la fragancia de la flor, se incide sobre las cúspides de las montañas, y susurra, habla, llama, grita en las conciencias: "Yo soy el Señor Dios tuyo".

¡No os olvidéis nunca de ello! No cerréis los ojos, los oídos; no estranguléis la conciencia para no oír esta palabra. Es inútil, ella es; y llegará el momento en que en la pared de la sala del banquete, o en la agitada ola del mar, o en el labio del niño que ríe, o en la palidez del anciano que se muere, en la fragante rosa o en la fétida tumba, será escrita por el dedo de fuego de Dios. Es inútil, llega el momento en que en medio de las embriagueces del vino y del placer, en medio del torbellino de los negocios, durante el descanso de la noche, en un solitario paseo... ella alza su voz y dice: "Yo soy el Señor Dios tuyo", y no esta carne que besas ávido, y no este alimento que, glotón, engullas, y no este oro que, avaro, acumulas, y no este lecho sobre el que te huelgas; y de nada sirve el silencio, o el estar solo, o durmiendo, para hacerla callar.

"Yo soy el Señor Dios tuyo", el Compañero que no te abandona, el Huésped que no puedes echar. ¿Eres bueno? Pues el huésped y compañero es el Amigo bueno. ¿Eres perverso y culpable? Pues el huésped y compañero pasa a ser el Rey airado, y

no concede tregua. Mas no deja, no deja, no deja. Sólo a los réprobos les es concedido el separarse de Dios. Pero la separación es el tormento insaciable y eterno.

"Yo soy el Señor Dios tuyo", y añade: "que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud". ¡Oh, con qué verdad, ahora, realmente lo dice! ¿De qué Egipto, de qué Egipto te saca, hacia la tierra prometida, que no es este lugar, sino el Cielo, el eterno Reino del Señor en que no habrá ya hambre o sed, frío ni muerte, sino que todo rezumará alegría y paz, y de paz y de alegría se verá saciado todo espíritu!

De la esclavitud verdadera ahora os saca. He aquí el Libertador. Yo soy. Vengo a romper vuestras cadenas. Cualquier dominador humano puede conocer la muerte, y por su muerte quedar libres los pueblos esclavos. Pero Satanás no muere. Es eterno. Y es él el dominador que os ha puesto grilletes para arrastraros hacia donde desea. El Pecado está en vosotros, y el Pecado es la cadena con que Satanás os tiene cogidos. Yo vengo a romper la cadena. En nombre del Padre vengo, y por deseo mío. He aquí que, por tanto, se cumple la no comprendida promesa: "te saqué de Egipto y de la esclavitud".

Ahora esto tiene espiritualmente cumplimiento. El Señor Dios vuestro os saca de la tierra del ídolo que sedujo a vuestros progenitores, os arranca de la esclavitud de la Culpa, os reviste de Gracia, os admite en su Reino. En verdad os digo que quienes vengan a mí podrán, con dulzura de paterna voz, oír al Altísimo decir en su corazón bienaventurado: "Yo soy el Señor Dios tuyo y te traigo hacia mí, libre y feliz".

Venid. Volved al Señor corazón y rostro, oración y voluntad. La hora de la Gracia ha llegado.

Jesús ha terminado. Pasa bendiciendo y acariciando a una viejecita y a una niñita morenilla y toda risueña.

-Cúrame, Maestro. ¡Me aflige un mal grave! - dice el enfermo de gangrena.

-Primero el alma, primero el alma. Haz penitencia...

-Dame el bautismo como Juan. No puedo ir a él. Estoy enfermo.

-Ven.

Jesús baja hacia el río que se encuentra pasados dos grandísimos prados y el bosque que lo oculta. Se descalza, como también lo hace el hombre que hasta allí se ha arrastrado con las muletas. Descienden a la orilla, y Jesús, haciendo copa con las dos manos unidas, esparce el agua sobre la cabeza del hombre, que está dentro del agua hasta la mitad de las espinillas.

-Ahora quítate las vendas - ordena Jesús mientras vuelve a subir al sendero.

El hombre obedece. La pierna está curada. La multitud grita su estupor.

-¡Yo también!

-¡Yo también!

-¡Yo también el bautismo dado por ti! - gritan muchos.

Jesús, que ya está a medio camino, se vuelve:

-Mañana. Ahora marchaos y sed buenos. La paz sea con vosotros.

Todo termina y Jesús vuelve a casa, a la cocina que está oscura a pesar de que sean todavía las primeras horas de la tarde.

Los discípulos se le arremolinan en torno. Y Pedro pregunta

-¿Ese hombre al que has llevado detrás de la casa, qué tenía?

-Necesidad de purificación.

-No ha vuelto, de todas formas, y no estaba entre los que pedían el bautismo.

-Ha ido a donde lo he mandado.

-¿A dónde?

-A expiar, Pedro.

-¿A la cárcel?

-No. A hacer penitencia por todo el resto.

-¿No se purifica entonces con el agua?

-Es agua también el llanto.

-Sí, cierto. Ahora que has hecho el milagro, ¿quién sabe cuántos vendrán!... Eran ya el doble hoy...

-Sí. Si tuviera Yo que hacer todo, no podría. Vais a bautizar vosotros. Primero uno cada vez, luego seréis dos, tres, muchos.

Y Yo predicaré y curaré a los enfermos y a los pecadores.

-¿Nosotros, bautizar? ¡Oh, yo no soy digno de ello! ¡Quítame, Señor, esta misión! ¡Tengo yo necesidad de ser bautizado!

Pedro se ha puesto de rodillas y está en actitud suplicante.

Pero Jesús se inclina hacia él y dice:

-Pues tú vas a ser el primero en bautizar. Desde mañana.

-¡No, Señor! ¿Cómo puedo hacerlo, si estoy más negro que esa chimenea?

Jesús sonríe ante la sinceridad humilde del apóstol, de rodillas contra sus rodillas, sobre las cuales tiene unidas sus gruesas manos de pescador. Y lo besa en la frente, en el límite de su cabello entrecano que, áspero, se riza:

-Eso es. Te bautizo con un beso. ¿Estás contento?

-¡Cometería inmediatamente otro pecado para recibir otro beso!

-No, eso no. Nadie se burla de Dios, abusando de sus dones».

-¿Y a mí no me das un beso? Yo también tengo algún pecado - dice Judas Iscariote.

Jesús lo mira fijamente. Su mirada, muy mutable, pasa de la luz de la alegría, que la hacía clara mientras hablaba con Pedro, a una oscuridad severa, y yo diría que cansada, y dice:

-Sí... a ti también. Ven. Yo no actúo injustamente con nadie. Sé bueno, Judas. ¡Si tú quisieras!... Eres joven. Toda una vida para subir y subir, hasta la perfección de la santidad...» y lo besa.

-Ahora tú, Simón, amigo mío. Y tú, Mateo, victoria mía. Y tú, sabio Bartolmái. Y tú, Felipe, fiel. Y tú, Tomás, con tu jovial voluntad. Ven, Andrés, hombre de silencio activo. Y tú, Santiago del primer encuentro. Y ahora tú, alegría de tu Maestro. Y tú,

Judas (Tadeo), compañero de niñez y de juventud. Y tú, Santiago, quien me recuerda al Justo, en el aspecto y en el corazón. Todos, todos... Pero, acordaos de que mi amor es mucho, pero es necesaria también vuestra buena voluntad. Desde mañana daréis un paso más, hacia adelante, en vuestra vida de discípulos míos. Pensad, no obstante, que cada paso hacia adelante es un honor y una obligación.

-Maestro... un día me dijiste a mí, a Juan, a Santiago y a Andrés, que nos enseñarías a orar. Yo creo que si nosotros orásemos como lo haces tú, seríamos capaces de ser dignos del trabajo que quieres de nosotros - dice Pedro.

-En aquella ocasión te respondí: "Cuando estéis suficientemente formados, os enseñaré la oración sublime; para dejaros mi oración. Pero incluso ésta resultará inútil si la pronuncia sólo la boca. Por ahora, ascended con el alma y la voluntad a Dios". La oración es un don que Dios concede al hombre y que el hombre dona a Dios.

-¿Cómo es esto? ¿Todavía no somos dignos de orar? Todo Israel ora... - dice Judas Iscariote.

-Sí, Judas. Pero tú mismo puedes ver por sus obras cómo ora Israel. Yo no quiero hacer de vosotros unos traidores. Quien ora con lo externo, y por dentro está contra el bien, es un traidor.

-¿Y cuándo nos vas a habilitar para hacer milagros? - sigue preguntando Judas.

-¿Nosotros, hacer milagros?, ¿nosotros? ¡Misericordia eterna! ¡Y eso que bebemos agua pura! ¿Nosotros, milagros? Pero muchacho, ¿estás delirando? - Pedro está escandalizado, asustado, fuera de sí.

-Él nos lo dijo, en Judea. ¿O acaso no es verdad?

-Sí, es verdad, lo dije. Y lo haréis. Pero, mientras en vosotros haya demasiada carne, no tendréis milagros.

-Haremos ayunos - dice Judas Iscariote.

-No se requieren ayunos. Cuando digo carne quiero decir las pasiones corrompidas, la triple hambre, y tras esta pérdida trinidad, el séquito de sus vicios... Como hijos de una inmunda, bígama unión, la soberbia de la mente engendra, con la avidez de la carne y del poder, todo lo malo que hay en el hombre y en el mundo.

-Nosotros lo hemos dejado todo por ti - replica Judas.

-Pero no a vosotros mismos.

-¿Entonces tenemos que morir? Con tal de estar contigo lo haríamos; yo al menos...

-No. No pido vuestra muerte material. Pido que muera la animalidad y el satanismo en vosotros, y éste no muere mientras se siga satisfaciendo el hambre de la carne y mientras haya en vosotros mentira, orgullo, ira, soberbia, gula, avaricia, acidia.

-¡Somos muy humanos, junto a ti, muy santo!» dice sumisamente Bartolomé.

-Y siempre fue tan santo. Nosotros lo podemos decir - afirma el primo Santiago.

-Él sabe cómo somos... Y no debemos desanimarnos, sino decirle sólo: Danos día a día la fuerza de servirte. Si nosotros dijéramos: "No tenemos pecado", resultaríamos engañados y engañadores. ¿Y de quién al final? ¿De nosotros mismos que sabemos lo que somos, aunque no queramos decirlo? ¿De Dios, al cual no se le puede engañar? Pero si decimos: "Somos débiles y pecadores. Ayúdanos con tu fuerza y tu perdón", entonces Dios no nos defraudará, y en su bondad y justicia nos perdonará y nos purificará de las iniquidades de nuestros pobres corazones.

-Dichoso tú, Juan, porque la Verdad habla en tus labios, que tienen perfume de inocencia y sólo besan al adorable Amor - dice Jesús levantándose, y atrae hacia su corazón al predilecto, que ha hablado desde su rincón oscuro.

120

Los discursos en Agua Especiosa: Yo soy el Señor tu Dios. Jesús bautiza como Juan

-Está escrito: "No te harás dioses en mi presencia. No te harás ninguna escultura, ni representación de lo que hay arriba en el cielo aquí, abajo, en la tierra o en las aguas que están bajo ella. No adorarás tales cosas, ni les prestarás culto. Yo soy el Señor tu Dios, fuerte y celoso, que visita la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me odian, y concede misericordia hasta la milésima de aquellos que lo aman y observan sus mandamientos".

La voz de Jesús retumba en la amplia estancia, que está llena de gente, dado que está lloviendo y todos se han resguardado en ella. En primera fila hay cuatro personas enfermas: un ciego, guiado por una mujer; un niño enteramente lleno de costras; una mujer amarilla debido a la ictericia o a la malaria; y uno al que han llevado en una pequeña camilla.

Jesús habla apoyado sobre el pesebre vacío. Juan y los dos primos, junto con Mateo y Felipe, están a su lado, mientras que Judas, Pedro, Bartolomé, Santiago y Andrés están en la puerta, para que la entrada de los que siguen llegando se efectúe con orden; Tomás y Simón, por su parte, se mueven entre la gente, haciendo callarse a los niños, recogiendo los óbolos, escuchando peticiones.

"No te harás dioses en mi presencia."

Habéis oído cómo Dios está en todas partes con su mirada y con su voz. Verdaderamente siempre estamos en su presencia. Cerrados dentro de una estancia, o entre el público del Templo, estamos igualmente en su presencia. Ya seamos ocultos benefactores que hasta a quien recibe el favor le celamos nuestro rostro, ya seamos asesinos que asaltan y asesinan bárbaramente al viandante en un desfiladero solitario, estamos igualmente en su presencia. En su presencia está el rey rodeado de su corte, el soldado en el campo de batalla, el levita en el Templo, el sabio encorvado sobre los libros, el campesino en el surco, el mercader en su banco, la madre inclinada hacia la cuna, la esposa en la cámara nupcial, la virgen en el secreto de la paterna morada, el niño pequeño estudiando en la escuela, el anciano cuando se echa para morir. Todos en su presencia, todas las acciones, igualmente, en su presencia.

¡Todas las acciones del hombre! ¡Tremenda palabra, pero, al mismo tiempo, consoladora!: tremenda si las acciones son pecaminosas; consoladora, si son santas. Saber que Dios ve: impedimento para obrar mal; estímulo para obrar bien. Dios ve que me comporto bien. Yo sé que Él no olvida lo que ve. Yo creo que Él premia las buenas acciones. Por tanto, estoy seguro de obtener este premio, y en esta seguridad descanso. Ella me dará una vida serena y una plácida muerte, porque, ya en vida, ya en muerte, mi alma se verá consolada por el rayo estelar de la amistad de Dios. Así razona quien obra bien.

Pero, quien obra mal ¿por qué no piensa que entre las acciones prohibidas se encuentran los cultos idolátricos? ¡Por qué no dice: "Dios ve que mientras finjo un culto santo adoro a un dios o dioses engañosos a quienes he erigido un altar, secreto ante los ojos de los hombres, pero que Dios conoce"? ¿Qué dioses, diréis, si ni siquiera en el Templo hay figuras de Dios? ¿Qué rostro tienen estos dioses, si nos ha resultado imposible atribuirle un rostro al verdadero Dios?

Sí, imposible atribuirle un rostro, porque el Perfecto y el Purísimo no puede ser dignamente representado por el hombre. Sólo el espíritu vislumbra su incorpórea y sublime belleza, y oye su voz, y saborea su caricia cuanto Él se efunde sobre un santo merecedor de estos contactos divinos. Mas el ojo, el oído, la mano del hombre no pueden ni ver ni oír, ni representar con el sonido en la cítara, o con el martillo y el cincel en el mármol, lo que es el Señor. ¡Oh, felicidad sin fin cuando, oh espíritus de los justos, veáis a Dios! La primera mirada será la aurora de la beatitud que por los siglos de los siglos será compañera vuestra.

Y, no obstante, lo que no pudimos hacer respecto al verdadero Dios, el hombre lo hace respecto a los dioses engañosos. Y así uno erige el altar a la mujer; el otro, al oro; el otro, al poder; el otro, a la ciencia; el otro, a los triunfos militares; uno adora al hombre que tiene poder, semejante a él por naturaleza, superior sólo en ímpetu avasallador o en dinero; otro se adora a sí mismo diciendo: "No hay quien se me iguale". Éstos son los dioses de quienes pertenecen al pueblo de Dios.

No os asombréis de los paganos que adoran animales, reptiles y astros. ¡Cuántos reptiles! ¡Cuántos animales! ¡Cuántos astros apagados adoráis en vuestros corazones! Los labios pronuncian palabras mentirosas, para adular, para poseer, para corromper. ¿No son, acaso, éstas las oraciones de los secretos idólatras? Los corazones nutren pensamientos de venganza, de tráficos ilícitos, de prostitución. ¿Y no son, acaso, éstos los cultos a los dioses inmundos del placer, de la codicia, del mal?

Está escrito: "No adorarás nada que no sea tu Dios verdadero, único, eterno". Está escrito: "Yo soy el Dios fuerte y celoso".

Fuerte: Ninguna otra fuerza es más fuerte que la suya. El hombre es libre de actuar, Satanás es libre de tentar. Pero cuando Dios dice: "¡Basta!", el hombre no puede ya actuar mal, y Satanás ya no puede tentar - repelido y arrojado éste a su infierno, abatido aquél por el uso en su mala conducta, porque ésta tiene un límite más allá del cual Dios no permite que se vaya.

Celoso. ¿De qué? ¿Con qué celos? ¿Los celos mezquinos de los pequeños hombres? No. Los santos celos de Dios respecto a sus hijos. Los justos celos. Los amorosos celos. Os ha creado. Os ama. Os desea para sí. Sabe lo que os perjudica. Conoce lo que puede separaros de Él. Se siente celoso de este "que" que se mete entre el Padre y los hijos y los desvía del único amor que es salvación y paz: Dios. Entendemos estos sublimes celos; no mezquinos, ni crueles ni carceleros, sino amor infinito, infinita bondad, libertad sin límites, celos que se ofrecen a la criatura finita para aspirarla perdurablemente hacia Dios, hacia dentro de Dios, y hacerla copartícipe de su infinitud. Un padre bueno no quiere gozar solo sus riquezas, sino que quiere que sus hijos las disfruten con él - en el fondo las ha acumulado más para sus hijos que para sí -. Pues así Dios; pero llevando en este amor y deseo la perfección que reside en toda acción suya.

No defraudéis al Señor. Hay promesa suya de castigo sobre los culpables y sobre los hijos de los hijos culpables; y Dios no miente nunca en sus promesas. ¡Pero no se deprima vuestro ánimo, hijos del hombre y de Dios! Oíd la otra promesa y exultad: "Y concede misericordia hasta la milésima de aquellos que lo aman y observan sus mandamientos". Hasta la milésima generación de los buenos, y hasta la milésima debilidad de los pobres hijos del hombre, que caen no por malicia sino por irreflexividad y por las celadas tendidas por Satanás. Más aún: os digo que Él os abre los brazos, si, con el corazón contrito y el rostro lavado por el llanto, decís: "Padre, he pecado, lo sé, me humillo por ello y a ti me confieso; perdóname. Tu perdón será mi fuerza para volver a 'vivir' la verdadera vida".

No temáis. Antes de que vosotros pecarais por debilidad, Él sabía que pecaríais. Mas su corazón se cierra sólo cuando persistís en el pecado queriendo pecar, haciendo de un pecado en concreto, o de muchos pecados, vuestros dioses de horror. Abatid todo ídolo, haced sitio al Dios verdadero; Él descenderá con su gloria a consagrar vuestro corazón, cuando se vea Él solo en vosotros.

Devolvedle a Dios su morada, que está en los corazones de los hombres, y no en los templos de piedra. Lavad el umbral de su puerta, liberad su interior de todo inútil o culpable dispositivo. Dios sólo. Sólo Él. ¡Todo es Él! Y en nada es inferior al Paraíso el corazón de un hombre en que esté Dios, el corazón de un hombre que cante su amor al Huésped divino.

Haced un Cielo de cada corazón. Empezad a vivir con el Excelso. En vuestro eterno mañana ese vivir con El se perfeccionará en potencia y alegría, mas aquí tendrá ya tal entidad, que dejará atrás la temblorosa turbación de Abraham, Jacob y Moisés. No será ya, en efecto, el encuentro incisivo como rayo, y aterrador, con el Poderoso, sino la permanencia con el Padre y el Amigo que descienden para decir: "Mi alegría es estar entre los hombres. Tú me haces feliz. Gracias, hijo".

Los presentes, que superan el centenar, tardan algo en salir de su estado de encantamiento. Hay quien se da cuenta de que está llorando o sonriendo por la misma esperanza de gozo. Finalmente parece que se despiertan, emiten un murmullo, un fuerte suspiro y terminan gritando como sintiéndose liberados:

-¡Bendito seas! ¡Tú nos abres la vía de la paz!

Jesús sonríe y responde:

-La paz está en vosotros, si seguís desde hoy el Bien.

Luego va a donde los enfermos y pasa la mano sobre el niño enfermo, sobre el ciego y sobre la mujer toda amarilla, se inclina hacia el paralítico y dice:

-Quiero.

El hombre lo mira, y grita:

-¡Ha vuelto el calor al cuerpo apagado! - y se pone en pie, tal y como está, hasta que le echan encima la manta de la yacija. La madre, por su parte, levanta al niño, que ya no tiene costras, y el ciego parpadea a causa de su primer contacto con la luz; y unas mujeres gritan: « ¡Dina ya no está amarilla como los ranúnculos silvestres!».

El alboroto llega a su colmo. Hay quien grita, quien bendice, quien empuja para ver, quien trata de salir para ir al pueblo a decirlo. Jesús se ve asaltado por todas partes.

Pedro, viendo que casi lo aplastan, grita:

-¡Muchachos! ¡Que lo asfixian al Maestro! ¡Venga, a abrir paso!

Y con una verdadera gimnasia de codos, e incluso alguna patada en las espinillas, los doce logran abrirse paso y liberar a Jesús, y llevarlo afuera.

-Mañana me ocupo yo de esto - dice. -Tú en la puerta y los demás en el fondo. ¿Te han hecho daño?

-No.

-¡Parecían locos! ¡Qué formas!

-Déjalos. Se sentían felices... y Yo también con ellos. Id a quien pida el bautismo. Yo entro en casa. Tú, Judas, con Simón, darás el óbolo a los pobres. Todo. Nosotros tenemos mucho más de lo justo para apóstoles del Señor. Ve, Pedro, ve. No temas hacer demasiado. Yo te justifico ante el Padre porque te mando Yo. Adiós, amigos.

Y Jesús, cansado y sudoroso, se cierra en la casa, mientras los discípulos hacen cada uno su encargo con los peregrinos.

121

Los discursos en Agua Especiosa: No profieras en vano mi Nombre. La visita de Manahén

Hay un gran desconcierto entre los discípulos. Su agitación es tanta, que parecen un enjambre cuando se le hurga. Hablan, miran fuera, nerviosamente, hacia todas partes... Jesús no está. Finalmente toman una decisión respecto a lo que los tiene agitados. Pedro ordena a Juan:

-Ve a buscar al Maestro. Está en el bosque, junto al río. Dile que venga enseguida, o que diga lo que debe hacerse.

Juan se marcha a todo correr.

Judas Iscariote dice:

-No entiendo por qué tanta convulsión y malos modos. Yo habría ido y le habría acogido con todos los honores... Es un honor, el suyo, para nosotros. Por tanto...

-Yo no sé nada. Será distinto de su hermano de leche... Pero... a quien convive con las hienas se le pega el olor y el instinto. Por lo demás, tú querrías que se marchara esa mujer... ¡Cuidado con lo que haces! El Maestro no quiere, y yo debo tutelarla. Si la tocas... yo no soy el Maestro... Te lo digo para tu conocimiento.

-¡Venga hombre! ¿Pero quién es? ¿Es acaso la bella Herodías?

-¡No te hagas el gracioso!

-Si me hago el gracioso es por ti. Has creado en torno a ella una guardia real, como si se tratara de una reina...

-El Maestro me ha dicho: "Mira porque no se la disturbe, y respétala". Yo lo hago.

-Pero, ¿quién es? ¿Lo sabes? - pregunta Tomás.

-Yo no.

-Venga, dilo... Tú lo sabes... - insisten varios.

-Os juro que no sé nada. El Maestro sí que lo sabe, claro. Pero yo no.

-Deberá ser Juan quien se lo pregunte. A él le dice todo.

-¿Por qué? ¿Qué tiene de especial Juan? ¿Es un dios, tu hermano?

-No, Judas; es el mejor de nosotros.

-Podéis ahorraros el trabajo - dice Santiago de Alfeo - Ayer la vio mi hermano, mientras volvía del río con los peces que le había dado Andrés, y se lo preguntó a Jesús. Él respondió: "No tiene rostro. Es un espíritu que busca a Dios. Para mí no es más que esto y así quiero que sea para todos". Y dijo ese "quiero" de tal manera... que os aconsejo que no insistáis.

-Voy yo a donde ella - dice Judas de Keriot.

-Vamos a ver si eres capaz - dice Pedro, rojo como un gallito.

-¿Me espías para luego chivarte ante Jesús?

-Dejo ese oficio a los del Templo. Nosotros, del lago, nos ganamos el pan trabajando, no delatando. No temas nunca un chivatazo de Simón de Jonás. Pero no me provoques ni te permitas desobedecer al Maestro, porque estoy yo...

-¿Y tú quién eres? Un pobre hombre como yo.

-Sí señor. Es más, más pobre, más ignorante, menos cultivado que tú. Lo sé, y no me amargo por ello. Me amargaría si fuera como tú en el corazón. Pero el Maestro me ha dado este encargo y yo lo hago.

-¿Como yo en el corazón? ¿Y qué es lo que hay en mi corazón que te dé asco? Habla, acusa, ofende...

-¡Pero bueno! - reacciona Simón Zelote, y con él Bartolomé. -Pero bueno, ya está bien, Judas. Respeta las canas de Pedro.

-Respeto a todos, pero quiero saber qué es lo que hay en mí...

-Pues te voy a dar gusto inmediatamente... Dejarme hablar... Hay soberbia, tanta como para llenar esta cocina, hay falsedad y hay lujuria.

-¿A mí me llamas falso?

Todos se interponen, y Judas se ve obligado a callarse.

Simón, pacíficamente, le dice a Pedro:

-Perdona, amigo, si te digo una cosa. Él tiene defectos. Pero tú también tienes algunos, y uno de ellos es el no compadecer a los jóvenes. ¿Por qué no tienes en cuenta la edad, el origen... y tantas otras cosas? Mira, tú obras por amor a Jesús. Pero, ¿no te das cuenta de que estas disputas lo cansan? A él no se lo digo (y, señala a Judas), pero a ti, maduro y muy honesto, sí te pido esto. Él sufre muchas penas a causa de los enemigos. ¡Y añadirle nosotros otras!... Tiene mucha guerra a su alrededor. ¿Por qué creársela también en su propio nido?

-Es verdad. Jesús está muy triste... y ha adelgazado - dice Judas Tadeo - Por la noche lo oigo dar vueltas y vueltas en su lecho, y suspirar. Hace algunas noches me levanté y lo vi en oración llorando. Le dije: "¿Qué te sucede?". Y Él me abrazó y me dijo: "Ámame. ¡Qué duro es ser el 'Redentor'!"

-Yo también lo encontré con signos de haber llorado, en el bosque del río - dice Felipe - Y, ante mi mirada interrogativa, me respondió: "¿Sabes lo que hace que el Cielo y la Tierra sean distintos, después de la diversidad de la no presencia visible de Dios? Es la falta de amor entre los hombres. Me estrangula como un dogal. He venido aquí a esparcir unos granos para los pájaros y así ser amado por seres que se aman".

Judas Iscariote (debe estar un poco desequilibrado) se arroja al suelo y llora como un chiquillo.

Justo en ese momento entra Jesús con Juan:

-¿Pero qué está sucediendo? ¿Este llanto?...

-Culpa mía, Maestro. He cometido un error. He reprendido a Judas demasiado duramente - dice Pedro con franqueza.

-No... yo... yo... el culpable soy yo. Yo soy... Yo te doy dolor... yo no soy bueno... yo molesto, creo malhumor, desobedezco, soy... Tiene razón Pedro. ¡Ayudadme, pues, a ser bueno! Porque aquí yo tengo una cosa, aquí en el corazón, que me hace hacer cosas que no querría. No puedo evitarlo... y te doy dolor a ti, a ti, Maestro, a quien querría dar sólo alegría... ¡Créelo! No es falsedad...

-Pues claro, Judas. No lo dudo. Tú has venido a mí con plena sinceridad de corazón, con ímpetu genuino. Pero eres joven... Nadie, ni siquiera tú mismo, te conoces como Yo te conozco. ¡Animo! Levántate y ven aquí. Luego hablaremos nosotros dos solos. Hablemos entretanto del asunto por el que me habéis llamado. Ha venido Manahén... Bien, ¿dónde está el mal? ¿Acaso no puede un colateral de Herodes tener sed del Dios verdadero? ¿Teméis por mí? No, hombre, no. Tened fe en Mi palabra. Ese hombre no viene sino con un fin honesto.

-¿Y, entonces, por qué no se ha dado a conocer? - preguntan los discípulos.

-Precisamente porque viene como "alma", y no como hermano de leche de Herodes. Se ha recubierto de silencio porque piensa que ante la palabra de Dios nada significa la parentela con un rey... Y nosotros vamos a respetar su silencio.

-¿Y si lo enviara él?...

-¿Quién? ¿Herodes? No. No temáis.

-¿Entonces quién lo envía? ¿Cómo ha sabido de ti?

-Pues, por el mismo Juan, mi primo. ¿Creéis que no me habrá predicado en la cárcel? O por Cusa... o por la voz de la gente... o por el mismo odio de los fariseos... Hasta las frondas y el aire hablan ya de mí. La piedra ha sido lanzada a la inmóvil agua, el mazo ha percutido el bronce: las ondas se difunden, cada vez mayores, portando a la lejana agua la revelación, y el sonido lo entrega confiado a los espacios... La Tierra ha aprendido a decir: "Jesús" y nunca más se callará. Marchad... y sed amables con él, como con cualquiera. Marchad. Yo me quedo con Judas.

Los discípulos se marchan.

Jesús mira a Judas, aún lacrimoso, y pregunta:

-¿Entonces? ¿No tienes nada que decirme? Yo sé de ti todo, pero quiero saberlo de ti. ¿Por qué este llanto? Y, sobre todo, ¿por qué este desequilibrio que te tiene siempre tan descontento?

-¡Oh!, sí, Maestro. Tú lo has dicho. Soy celoso por naturaleza. Ciertamente lo sabes. Sufro viendo que... viendo muchas cosas. Esto me hace estar inquieto y... me hace injusto, y me vuelvo malo, aunque no querría, no...

-¡No llores otra vez, hombre! ¿De qué estás celoso? Habitúate a hablar con tu **verdadera** alma. Tú hablas mucho, hasta demasiado: pero, ¿con qué?: con el instinto y con la mente. Sigues todo un fatigoso y continuo laborío para decir lo que quieres decir: hablo de ti, de tu yo, porque para lo que debes decir de los demás y a los demás no te pones rienda ni límite; como tampoco pones ni rienda ni límite a tu carne, que es tu caballo enloquecido. Pareces un auriga al que el intendente de las carreras hubiera dado dos caballos locos. Uno es el sentido, el otro... ¿quieres oír cuál es el otro? ¿Sí? Es el error que no quieres domar. Tú, auriga capaz pero imprudente, te fías de tu capacidad, y crees que es suficiente. Quieres llegar el primero... no pierdes tiempo en cambiar al menos un caballo. Antes bien, los instigas y golpeas con el látigo. Quieres ser "el vencedor". Quieres el aplauso... ¿No sabes que toda victoria resulta segura cuando se conquista con constante, paciente, prudente esfuerzo? Habla con tu alma. De ahí es de donde deseo que provenga tu confesión. ¿O es que tengo que ser Yo quien te diga lo que tienes dentro?

-Veo que tampoco Tú eres justo, ni firme, y sufro por ello.

-¿Por qué me acusas? ¿En qué ves que he faltado?

-Cuando yo quería llevarte donde mis amigos, Tú no quisiste, diciendo: "Prefiero estar entre los humildes". Posteriormente, Simón y Lázaro te dijeron que convenía ponerse bajo la protección de una persona poderosa y Tú aceptaste. Tú das preferencia a Pedro, a Simón, a Juan... Tú...

-¿Qué más?

- Nada más, Jesús.

-¡Nubes!... Vacuidades en la espuma de la ola. Me das pena, porque eres un pobre miserable que, pudiendo estar alegre, te torturas. ¿Acaso puedes decir que es lujoso este lugar?, ¿que no hubo una poderosa razón que me movió a aceptarlo?

Si Sión fuera menos madrastra para con sus profetas, ¿estaría aquí, escondido como quien teme a la justicia humana, y se refugia en un lugar que goza de inmunidad?

-No.

-¿Entonces? ¿Puedes acaso decir que no te haya encomendado misiones como a los demás?, ¿o que haya sido cortante contigo incluso cuando has cometido una falta? Tú no has sido sincero... ¡Las cepas!... ¡Oh, las cepas! ¿Qué nombre tenían esas cepas? Tú no has mostrado complacencia hacia quien sufría, hacia quien se estaba redimiendo. Ni siquiera has sido respetuoso conmigo. Y los demás lo han visto... Y, con todo, una sola voz se ha alzado defensora siempre: la mía. Los otros tendrían derecho a sentirse celosos, porque si ha habido uno que ha gozado de protección, ése has sido tú.

Judas, humillado y conmovido, se echa a llorar.

-Me voy. Es la hora, ahora soy de todos. Tú quédate, y medita.

-Perdóname, Maestro. No puedo sentirme en paz sin tu perdón. No estés triste por causa mía. Soy un joven malo... Amo y hago padecer... Con mi madre... contigo... con mi mujer, si mañana tuviera una esposa... ¡Mejor sería que yo muriera!...

-Mejor sería que te convirtieras. No obstante, quedas perdonado. Adiós.

Jesús sale y entorna la puerta.

Fuera está Pedro:

-Ven, Maestro. Ya es tarde y hay mucha gente. Empezará a atardecer dentro de poco y ni siquiera has comido... Ese muchacho es la causa de todo.

-Ese "muchacho" tiene necesidad de todos vosotros para dejar de ser la causa de estas cosas. No lo olvides, Pedro. Si fuera tu hijo, ¿serías indulgente con él?...

-¡Bueno!... Sí y no. Sería indulgente... pero... también le enseñaría alguna cosa, aun siendo ya hombre, como lo haría con un gamberro. La verdad es que si fuera mi hijo no sería así...

-Basta.

-Sí, basta, Señor mío. Allí está Manahén. Es aquel del manto de un rojo tan oscuro que es casi negro. Me ha dado esto para los pobres y me ha dicho que si podía quedarse a dormir.

-¿Qué has respondido?

-La verdad: "Tenemos camas sólo para nosotros. Ve al pueblo" - Jesús no dice nada, pero deja plantado a Pedro y se dirige hacia donde Juan para decirle algo.

Luego, ya en su puesto, comienza a hablar:

-La paz esté con todos vosotros, y con ella descienda sobre vosotros luz y santidad. Está escrito: "No profieras en vano mi Nombre". ¿Cuándo se le toma en vano? ¿Sólo cuando se le blasfema? No. También cuando uno lo profiere sin ser digno de Dios. ¿Puede un hijo decir: "Amo y honro a mi padre", si luego, a todo lo que el padre desea de él opone una acción contraria? No es diciendo: "padre, padre" como se le ama. No es diciendo: "Dios, Dios", como se ama al Señor. 'En Israel, que - como he explicado anteayer - tiene tantos ídolos en el secreto de los corazones, existe también un hipócrita alabar a Dios, un alabar que no queda corroborado por las obras de quienes lo hacen. Hay en Israel también una tendencia: la de descubrir muchos pecados en las cosas externas, y no querer encontrarlos donde realmente existen, en las cosas internas. Tiene también Israel una necia soberbia, un antihumano y antiespiritual hábito: el de estimar blasfemia el Nombre de nuestro Dios pronunciado por labios paganos, llegando a prohibirles a los gentiles el acercarse al Dios verdadero porque se considera sacrilegio.

Así ha sido hasta ahora; cese ya.

El Dios de Israel es el mismo Dios que ha creado a todos los hombres. ¿Por qué impedir que los seres creados sientan la atracción de su Creador? ¿Creéis que los paganos no sienten algo en el fondo dei corazón, una insatisfacción que grita, que se agita, que busca?; ¿a quién?, ¿qué?: al Dios desconocido. ¿Y pensáis que si un pagano orienta su propio ser hacia el altar del Dios desconocido, hacia ese altar incorpóreo que es el alma en que siempre hay un recuerdo de su Creador, el alma que espera ser poseída por la gloria de Dios (como lo fue el Tabernáculo erigido por Moisés según la orden recibida y que llora hasta no quedar poseída, pensáis que Dios rechaza su ofrecimiento como si de una profanación se tratase? ¿Y creéis que es pecado ese acto, suscitado por un honesto deseo del alma que, despertada por celestes llamadas, dice "voy" al Dios que le está diciendo "ven", mientras que por el contrario sería santidad el corrompido culto de un Israel que ofrece al Templo lo que tras haber gozado le sobra, y entra a la presencia de Dios y lo nombra - al Purísimo - con alma y cuerpo que no son sino toda una gusanera de culpas?

No. En verdad os digo que es en ese israelita, que con alma impura pronuncia en vano el Nombre de Dios, donde se da la perfección del sacrilegio. Es pronunciarlo en vano cuando - y estúpidos no sois - cuando, por el estado de vuestra alma sabéis que lo pronunciáis inútilmente. ¡Oh, verdaderamente veo el rostro indignado de Dios, volviéndose hacia otra parte con disgusto, cuando un hipócrita lo llama, cuando lo nombra un impenitente! Y siento terror de ello, Yo que no merezco ese enojo divino.

Leo en más de un corazón este pensamiento: "Pero entonces, aparte de los niños, ninguno podrá invocar a Dios, dado que en todas partes en el hombre hay impureza y pecado". No. No digáis eso. Son los pecadores quienes deben invocar ese Nombre. Deben invocarlo quienes se sienten estrangulados por Satanás y quieren liberarse del pecado y del Seductor. Quieren. He aquí lo que transforma el sacrilegio en rito. Querer curarse. Llamar al Poderoso para ser perdonados y para ser curados. Invocar para poner en fuga al Seductor.

Está escrito en el Génesis que la Serpiente tentó a Eva en el momento en que el Señor no paseaba por el Edén. Si Dios hubiera estado en el Edén, Satanás no habría podido estar. Si Eva hubiera invocado a Dios, Satanás habría huido. Tened siempre en el corazón este pensamiento. Y llamad con sinceridad al Señor. Ese Nombre es salvación.

Muchos de vosotros quieren bajar a purificarse. Purificaos primero el corazón, incesantemente, escribiendo en él, con el amor, la palabra "Dios". No con engañosas oraciones o con prácticas consuetudinarias, sino con el corazón, con el

pensamiento, con los actos, con todo vosotros mismos, pronunciad ese Nombre: Dios. Pronunciadlo para no estar solos, pronunciadlo para ser sostenidos, pronunciadlo para ser perdonados.

Comprended el significado de la palabra del Dios del Sinaí: "En vano" es cuando decir "Dios" no supone una transformación en bien; y entonces, es pecado. "En vano" no es cuando, como el latido de sangre en el corazón, cada minuto de vuestro día, y toda acción vuestra honesta, toda necesidad, tentación, todo dolor os trae a los labios la filial palabra de amor: "¡Ven, Dios mío!". Entonces, en verdad, no pecáis nombrando el Nombre santo de Dios. H

Marchad. La paz sea con vosotros.

No hay ningún enfermo. Jesús permanece con los brazos cruzados apoyado contra la pared, bajo el techado en que ya descienden las sombras. Jesús mira a quienes se marchan en los asnos, a quien se apresura a ir al río movido por un impulso de purificación, a quien, a través de los campos, se dirige hacia el pueblo.

El hombre vestido de rojo oscurísimo parece inseguro respecto a qué se debe hacer. Jesús no le quita ojo. Al final se pone en movimiento y va hacia su caballo (porque tiene un caballo blanco bellissimo, adornado con una gualdrapa roja que pende bajo la silla bollandada).

-¡Hombre, espérame! - dice Jesús llegando a él - Cae la tarde. ¿Tienes dónde dormir? ¿Vienes de lejos? ¿Estás solo?

El hombre responde:

-Desde muy lejos... e iré... no lo sé... al pueblo, si encuentro... si no... a Jericó... Allí he dejado la escolta; no me fiaba de ella.

-No. Te ofrezco mi cama. Ya está preparada. ¿Tienes qué comer?

-No tengo nada. Creía encontrar un pueblo más hospitalario...

-Nada falta allí.

-Nada. Ni siquiera el odio hacia Herodes. ¿Sabes quién soy?

-El nombre de quienes me buscan es uno sólo: hermanos en el nombre de Dios. Ven. Partiremos juntos el pan. Puedes resguardar el caballo en ese recinto; lo vigilo Yo, que dormiré allí.

-No. Jamás. Yo duermo allí. Acepto el pan, pero nada más. No meteré mi cuerpo sucio donde Tú recuestas tu cuerpo santo.

-¿Me estimas santo?

-Sé que eres santo. Juan, Cusa... tus obras... tus palabras... Todo ello resuena en palacio como el rumor de una ola tempestuosa en la concha que lo conserva. Yo bajaba a donde Juan... luego lo perdí. Pero me había dicho: "Uno que es más que yo te recogerá y te elevará". Sólo podías ser Tú. He venido en cuanto he sabido dónde estabas.

Están ahora solos bajo el techado. Los discípulos, en la cocina, cuchichean y miran de reojo.

Vuelve del río Simón el Zelote (que hoy era el que bautizaba) con los últimos que habían recibido el bautismo. Jesús, después de bendecirlos, dice a Simón:

-Este hombre es el peregrino que busca alojamiento en nombre de Dios, y en el nombre de Dios lo saludamos como amigo.

Simón se inclina. También lo hace el hombre. Entran en la vasta pieza y Manahén ata el caballo al pesebre. Acude Juan, advertido por un gesto de Jesús, llevando hierba y un cubo de agua. Acude igualmente Pedro, con una lamparita de aceite porque ya es de noche.

-Aquí estaré extraordinariamente. Dios os lo pague - dice el caballero, y luego entra entre Jesús y Simón en la cocina, iluminada por un haz de ramas secas encendido en ese momento.

Todo termina.

122

Los discursos en Agua Especiosa: Honra a tu padre y a tu madre. Curación de un deficiente mental

Jesús pasea lentamente arriba y abajo a lo largo de la orilla del río. Debe haber amanecido hace poco, porque la niebla de un triste día invernal se estanca aún entre los cañizares de las márgenes. No hay nadie hasta donde alcanza la vista en las dos orillas del Jordán. Sólo nieblecilla baja, frufú de agua entre las cañas, rumor de aguas, que, por las lluvias de los días precedentes, están turbias, y algunos reclamos de pájaros, cortos, tristes, como lo son cuando, terminada la estación de los amores, las aves están entristecidas por el invierno y la escasez del alimento.

Jesús los escucha y parece interesarse mucho en el reclamo de un pajarito que, con regularidad de reloj, vuelve su cabecita hacia el Norte y emite un "chiruit?" quejumbroso, y luego vuelve la cabecita hacia el Sur y repite su interrogativo "chiruit?" sin respuesta. Al fin el pajarito parece haber recibido una respuesta en el "chip" que vine de la otra orilla y emprende el vuelo y se aleja a través del río con pequeño grito de alegría. Jesús hace un gesto como diciendo: "¡Menos mal!", y continúa el paseo.

-¿Te importuno, Maestro? - pregunta Juan, que viene de los prados.

-No. ¿Qué quieres?

-Quería decirte... creo que es una noticia que te puede confortar y he venido enseguida; no sólo por ello, sino también para pedirte consejo. Estaba barriendo nuestras habitaciones y ha venido Judas de Keriot. Me ha dicho: "Te ayudo". Yo me he quedado asombrado porque siempre muestra poca disposición para hacer las cosas de este tipo que se le mandan... No obstante, me he limitado a decir: "¡Oh, gracias! Así lo haré antes y mejor". Él se ha puesto a barrer y hemos terminado pronto. Entonces ha dicho: "Vamos al bosque. Siempre traen leña los mayores. No es correcto. Vamos nosotros. No soy un experto, pero si me enseñas...". Y hemos ido. Mientras estaba atando con él los haces, me ha dicho: "Juan, quiero decirte una cosa". "Habla", he respondido, pensando que se tratase de alguna crítica. Pero no; me ha dicho: "Yo y tú somos los más jóvenes. Tendríamos que estar más unidos. Tú tienes casi miedo de mí, y tienes razón, porque no soy bueno. Pero, créeme... no lo hago adrede. Hay veces que siento la necesidad de ser malo; quizás porque, habiendo sido único, me han enviciado. Y quisiera hacerme bueno. Los mayores - lo sé - no me ven muy bien. Los primos de Jesús están enfadados porque... sí, les he faltado mucho, como también a su primo. Pero tú eres bueno y paciente. Tú quíereme. Hazte idea de que soy un hermano, un hermano malo, sí, pero un hermano al que hay que querer aunque sea malo. El mismo Maestro dice que hay que actuar así. Cuando veas que no actúo correctamente, dímelo. Y otra cosa: no me dejes siempre solo. Cuando vaya al pueblo, ven también tú; así me ayudarás a no hacer el mal. Ayer sufrí mucho. Jesús me habló y yo lo miré. En mi estúpido rencor no me miraba ni a mí mismo ni a los demás. Ayer miré y vi... Tienen razón al decir que Jesús está sufriendo... y siento que parte de la culpa es mía. No quiero seguir teniendo culpa. Ven conmigo. ¿Vas a venir? ¿Me vas a ayudar a ser menos malo?". Esto ha dicho, y te confieso que me latía el corazón como le late a un gorrión en manos de un muchacho. Latía de alegría porque me agrada que él se haga bueno - por ti me agrada - y latía un poco de miedo porque... no quisiera volverme como Judas. Pero luego me he acordado de cuanto me habías dicho el día que tomaste a Judas, y he respondido: "Sí, ciertamente te ayudaré; pero yo tengo que obedecer, y si recibo otras órdenes...". Pensaba: ahora se lo digo al Maestro y si Él quiere lo hago; si no quiere, que me dé la orden de no alejarme de la casa.

-Escucha, Juan. Yo te dejo ir. Me tienes que prometer, no obstante, que si sientes que algo te turba, me lo vienes a decir. Me has dado mucha alegría, Juan. Aquí llega Pedro con su pescado. Ve, Juan.

Jesús se vuelve hacia Pedro:

-¿Buena pesca?

-¡Bueno...! No mucho. Pececillos... Pero todo contribuye. Santiago está rezongando porque algún animal ha roído la sogas y se ha perdido una red. He dicho: "¿Y él no debía comer? Compadécete del pobre animal". Pero Santiago no es de esa idea... - dice Pedro riendo.

-Eso es lo que Yo digo respecto a un hermano, y es lo que vosotros no sabéis hacer.

-¿Hablas de Judas?

-Hablo de Judas. Él sufre por ello. Tiene buenos deseos y tendencias perversas. Pero, vamos a ver, dime tú, experto pescador: ¿Si Yo quisiera ir en barca por el Jordán y llegar al lago de Genesaret, qué debería hacer? ¿Lo lograría?

-¡En fin! ¡Sería muy trabajoso! Pero sí lo lograrías con barcas pequeñas y planas... Supondría mucho esfuerzo, ¿sabes? ¡Y largo! Habría que medir continuamente el fondo, estar atento a las orillas y a los bajos, a la maleza flotante, a la corriente. La vela no hace falta en estos casos; es más, perjudica... Pero, ¿quieres volver al lago siguiendo el río? Ten en cuenta que contra corriente se va mal. Hay que ser muchos, si no...

-Tú lo has dicho. Cuando uno es un vicioso, para ir hacia el Bien debe ir contra corriente, y uno por sí solo no puede lograrlo. Judas es justamente uno de éstos. Y vosotros no le ayudáis. El indigente sube solo y pega contra el fondo, roza en los bajos, se enreda entre la maleza flotante, queda atrapado por los remolinos. Por otra parte, si mide el fondo, no puede al mismo tiempo mantener el timón o el remo. ¿Por qué, entonces, se le reprende si no avanza? Tenéis piedad de los extraños, y de él, compañero vuestro, ¿no? No es justo. ¿Ves allí a Juan y a él yendo hacia el pueblo por pan y verduras? Él ha pedido como gracia no ir solo, y se lo ha pedido a Juan, porque no es un tonto y sabe qué idea tenéis vosotros, los mayores, acerca de él.

-¿Y Tú lo has mandado? ¿Y si se corrompe también Juan?

-¿Quién? ¿Mi hermano? ¿Por qué se va a corromper? - pregunta Santiago, que llega con la red recuperada entre un cañizar.

-Porque Judas va con él.

-¿Desde cuándo?

-Desde hoy, y Yo lo he permitido.

-Entonces, si lo permites Tú...

-Sí; es más, se lo aconsejo a todos. Lo dejáis demasiado solo. No seáis jueces sólo para él. No es peor que muchos otros. Eso sí, está más consentido, ya desde la infancia.

-Sí, debe ser eso. Si hubiera tenido por padre y madre a Zebedeo y a Salomé, no sería así. Mis padres son buenos, pero se acuerdan de que tienen un derecho y un deber hacia los hijos.

-Bien dices. Hoy hablaré precisamente de esto. Pongámonos en marcha. Ya veo gente en movimiento en los prados.

-Yo ya no sé cómo nos las vamos a arreglar para vivir. Ya no hay ni hora de comer, ni de rezar, ni de descansar... y la gente sigue aumentando - dice Pedro entre admirado y enfadado.

-¿Te lamentas por ello? Es signo de que existe aún búsqueda de Dios.

-Sí, Maestro. Pero Tú sufres como consecuencia. Ayer te quedaste incluso sin comer, y esta noche sin más cobijas que tu manto. Si lo supiera tu Madre!...

-Bendeciría a Dios, que me acerca tantos fieles.

-Y me regañaría a mí, en quien puso su confianza - termina Pedro. Bajan hacia ellos, gesticulando, Felipe y Bartolomé. Ven a Jesús y apresuran el paso diciendo:

-¡Oh, Maestro! ¡Cómo vamos a arreglárnoslas? Es un verdadero peregrinaje; y enfermos, y gente que llora, y pobres sin ningún medio que vienen de lejos.

-Compraremos pan. Los ricos dan limosnas... usémoslas, pues.

-Los días son breves. El techado está ya lleno de gente al raso. Las noches son húmedas y frías.

-Tienes razón, Felipe. Nos apretaremos todos en una de las piezas. Podemos hacerlo. Y prepararemos lo necesario en las otras dos para los que no puedan llegar a las casas hoy por la tarde.

-¡Comprendo! Dentro de poco tendremos que pedir a los que hospedamos el permiso para cambiarnos de ropa. Nos van a invadir de tal modo, que nos van a obligar a huir a nosotros - refunfuña Pedro.

-¡Otras fugas verás, Pedro mío! '¿Qué le pasa a aquella mujer?

Han llegado ya a la era, y Jesús nota la presencia de una mujer que está llorando.

-¡Bah! Estaba también ayer, y también ayer lloraba. Cuando Tú estabas hablando con Manahén se movió para ir hacia ti, luego se marchó. Debe de estar en el pueblo, o aquí cerca, porque ha vuelto. Enferma no parece...

-La paz sea contigo, mujer - dice Jesús pasando a su lado. Y ella responde en voz baja: «Y contigo». Nada más.

Habrà al menos unas trescientas personas. Bajo el techado hay cojos, ciegos, mudos; uno, del todo agitado por una convulsión; un jovencito, claramente hidrocéfalo, de la mano de un hombre (no hace sino gemir, echar baba, menear su gruesa cabeza de expresión idiota).

-¿Es hijo de esa mujer? - pregunta Jesús.

-No lo sé. Simón, que se ocupa de los peregrinos, lo sabe.

Llaman al Zelote y le preguntan. Pero el hombre no ha venido con la mujer. Ella está sola.

-No hace sino llorar y rezar. Y hace poco me ha preguntado: "¿El Maestro cura también los corazones?" - explica Simón el Zelote.

-Será una esposa traicionada - comenta Pedro.

Mientras Jesús se dirige hacia los enfermos, Bartolomé y Mateo van a la purificación con muchos peregrinos.

La mujer, en su ángulo, llora inmóvil.

Jesús no niega a ninguno el milagro. Hermoso es el del niño idiota, al cual infunde el intelecto con el hálito, sosteniendo luego la voluminosa cabeza entre sus largas manos. Todos se arremolinan. Incluso la mujer velada osa acercarse bastante, tal vez porque hay mucha gente, y se pone junto a la mujer que llora.

Jesús dice al cretino:

-Yo quiero en ti la luz del intelecto para abrir camino a la luz de Dios. Escucha, di conmigo: 'Jesús'. Dilo. Lo quiero.

El niño idiota, que antes se quejaba como un animal emitiendo sólo un tenue gañido, farfulla con dificultad:

-Jeyú.

-Otra vez - ordena Jesús, teniendo todavía entre sus manos la cabeza deforme y dominándolo con su mirada.

-Jee-sús.

-Otra vez.

-¡Jesús! - dice por fin el niño cretino. Los ojos ya no están tan vacíos de expresión, la boca tiene una sonrisa distinta.

-Hombre - dice Jesús al padre -, has tenido fe; tu hijo está curado. Hazle alguna pregunta. El nombre de Jesús supone milagro contra las enfermedades y las pasiones».

El hombre le dice a su hijo:

-Quién soy yo?

Y el muchacho responde:

-Mi padre.

El hombre aprieta contra su corazón a su hijo, y explica:

-Me nació así. Mi esposa murió en el parto y él estaba impedido de mente y de habla. Ahora ya veis. He tenido fe, sí. Vengo de Joppe. ¿Qué debo hacer por ti, Maestro?

-Ser bueno, y tu hijo contigo; nada más.

-Y amarte. ¡Vamos en seguida a decírselo a la madre de tu madre, que es la que me convenció a esto. Bendita sea!

Los dos se van felices. De la pasada desventura no queda sino la voluminosa cabeza del muchacho. La expresión y la palabra son normales.

-Pero, ¿ha quedado curado por voluntad tuya o por poder de tu nombre? - preguntan muchos.

-Por voluntad del Padre, siempre benigno para con el Hijo. Pero también mi Nombre es salvación. Vosotros lo sabéis: Jesús quiere decir Salvador. La salvación se refiere al alma y a los cuerpos. Quien pronuncia el Nombre de Jesús con verdadera fe queda curado de enfermedades y pecado, porque en toda enfermedad espiritual o física está la uña de Satanás, el cual crea las enfermedades físicas para conducir hacia la rebelión y hacia la desesperación a través del sufrimiento de la carne, y las morales o espirituales para conducir hacia la condenación».

-Entonces Tú piensas que Belcebú no es ajeno a ninguna aflicción del género humano.

-No es ajeno. Por él enfermedad y muerte entraron en el mundo, como, igualmente, el delito y la corrupción entraron en el mundo por él. Cuando veáis a alguien atormentado por alguna desventura, pensad, sí, que sufre por Satanás. Cuando veáis que alguien es causa de desventura, pensad también que él es instrumento de Satanás.

-Pero, las enfermedades vienen de Dios.

-Las enfermedades son un desorden en el orden, porque Dios creó al hombre sano y perfecto. El desorden que ha introducido Satanás en el orden dado por Dios, ha traído consigo las enfermedades de la carne y las consecuencias de las mismas, o sea, la muerte, o las funestas transmisiones por herencia. El hombre ha heredado de Adán y Eva la mancha de origen; pero no sólo ésta. Y la mancha se extiende cada vez más, incluyendo las tres ramas del hombre: la carne, cada vez más viciosa y, por tanto, débil y enferma; lo moral, cada vez más soberbio y, por tanto, corrompido; el espíritu, cada vez más incrédulo, o sea,

cada vez más idólatra. Por consiguiente es necesario - como he hecho Yo con aquel débil mental - enseñar el Nombre del que huye Satanás, esculpirlo en la mente y en el corazón, ponerlo en el yo como un sigilo de propiedad.

-Pero, ¿Tú nos posees? ¿Quién eres, que tanto te crees?

-¡Ojalá fuese así! Pero no lo es. Si os poseyera, estaríais ya salvados. Y sería derecho mío, porque Yo soy el Salvador y debería tener a mis salvados. Mas, salvaré a quienes tengan fe en mí.

¡Juan... yo vengo de donde Juan. Me ha dicho: "Ve a Aquel que habla y bautiza cerca de Efraím y Jericó. Él tiene el poder de desatar y atar, mientras que yo no puedo más que decirte: haz penitencia para hacer ágil a tu alma para ir en pos de la salud"» dice uno de los que ha obtenido un milagro, uno que primero se sujetaba con muletas y ahora se mueve expedito.

-¿No le duele al Bautista perder la multitud? - pregunta uno.

Y el que ha hablado antes responde:

-¿Dolerle? Dice a todos: "¡Id! ¡Id! Yo soy el astro que se oculta; Él, el astro que se alza y se fija eterno en su esplendor. Para no permanecer en las tinieblas, id a Él antes de que mi pabilo se apague".

-¡No hablan así los fariseos! Ellos están llenos de odio porque Tú atraes a las muchedumbres. ¿Lo sabes?

-Lo sé -responde brevemente Jesús.

Se abre una disputa sobre la razón o no del modo de actuar de los fariseos. Mas Jesús corta con un: «No critiquéis» que no admite réplica.

Vuelven Bartolomé y Mateo con los bautizados. Jesús comienza a hablar.

La paz sea con vosotros todos.

He pensado hablaros de Dios por la mañana, puesto que ahora venís aquí ya desde por la mañana y os es más cómodo partir al mediodía. He pensado también hospedar a los peregrinos que no puedan volver a sus casas antes de que anochezca--Yo también soy peregrino y no poseo sino lo mínimo indispensable que la piedad de un amigo me ha dado. Juan posee aún menos que Yo. Pero a Juan van personas sanas o simplemente poco enfermas, tullidos, ciegos, mudos; no moribundos o personas febriles, como vienen a mí. Van a él para bautismo de penitencia; a mí venís también para curación de cuerpos. La Ley dice: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Yo pienso y digo: ¿Cómo mostraría mi amor hacia los hermanos, si cerrara mi corazón a sus necesidades, incluso físicas? Y concluyo: les daré a ellos lo que me ha sido dado. Extendiendo la mano hacia los ricos, pediré para el pan de los pobres; desprendiéndome de mi propio lecho, acogeré en él a quien esté cansado o se sienta mal.

Somos todos hermanos y el amor no se demuestra con palabras sino con hechos. Aquel que cierra su corazón a su semejante tiene corazón de Caín. Aquel que no tiene amor es un rebelde respecto al precepto de Dios. Somos todos hermanos. Y, no obstante, Yo veo, y vosotros veis, que incluso dentro de las familias - donde la sangre común remarca, incluso consigo misma y con la carne, la hermandad que nos viene de Adán - hay odios o roces. Los hermanos están contra los hermanos, los hijos contra los padres; los consortes, enemigos el uno del otro.

Pero, para no ser malvados hermanos siempre, y adúlteros esposos un día, hay que aprender ya desde la primera edad el respeto hacia la familia, que es el más pequeño y a la vez el más grande organismo del mundo: el más pequeño respecto al organismo de una ciudad, de una región, de una nación, de un continente; pero el mayor porque es el más antiguo, pues lo puso Dios cuando aún el concepto de patria, de país, no existía, viviendo sin embargo ya y siendo activo el núcleo familiar, manantial de la raza humana y de las distintas razas, pequeño reino en que el hombre es rey, la mujer reina, súbditos los hijos. ¿Puede acaso un reino dividido, en que sus habitantes entre sí son enemigos, subsistir? No puede. Pues así, en verdad, una familia no subsiste si no hay obediencia, respeto, economía, buena voluntad, laboriosidad, amor.

"Honra al padre y a la madre" dice el decálogo. ¿Cómo se honran? ¿Por qué se deben honrar?

Se honran con verdadera obediencia, con exacto amor, con confidente respeto, con un temor reverencial que no cierra las puertas a la confianza, como tampoco nos hace tratar a nuestros mayores como si fuéramos siervos e inferiores. Se les debe honrar porque, después de Dios, quienes dan la vida y proveen a todas las necesidades materiales de la vida, los primeros maestros, los primeros amigos del joven ser nacido a este mundo, son el padre y la madre.

Se dice: "Que Dios te bendiga"; se dice: "Gracias" a aquel que nos recoge un objeto que se nos ha caído, o nos da un mendrugo de pan. Pues entonces, ¿no vamos a decir, con amor, "que Dios te bendiga", y "gracias", a quienes se matan trabajando por darnos de comer, o tejiendo nuestros vestidos y manteniéndolos limpios, a quienes se levantan para escrutar nuestro sueño, se niegan el descanso por cuidarnos, o nos hacen de su seno lecho en nuestros momentos más dolorosos de cansancio?

Son nuestros maestros. A1 maestro se le teme y se le respeta. Mas éste nos toma cuando ya sabemos lo indispensable para sostenernos y nutrirnos y decir lo esencial, y nos deja cuando la más ardua enseñanza de la vida, o sea, "el vivir", aún se nos debe enseñar: y son el padre y la madre quienes nos preparan: para la escuela primero, para la vida después.

Son nuestros amigos. Mas, ¿qué amigo puede ser más amigo que un padre, o más amiga que una madre? ¿Podéis tener miedo de ellos? ¿Podéis decir que él o ella os van a traicionar? Bueno, pues ved cómo ese joven necio y esa muchacha aún más necia se buscan amigos entre los extraños, y cierran su corazón al padre y a la madre, y corrompen su mente y su corazón con contactos al menos imprudentes, si es que no son incluso culpables, motivo de lágrimas paternas y maternas, que hienden, como gotas de plomo fundido, el corazón de los padres. Pero Yo os digo que esas lágrimas no caen en el polvo y en el olvido; Dios las recoge y las cuenta. El martirio de un padre o de una madre pisoteados recibirá premio del Señor. Así como tampoco será olvidado el acto de un hijo que somete a suplicio a su padre o a su madre, aunque éstos, en su doliente amor, supliquen piedad de Dios para su hijo culpable.

"Honra a tu padre y a tu madre si quieres vivir largamente sobre la Tierra" está escrito; "y eternamente en el Cielo", añadido. ¡Demasiado poco castigo sería el vivir poco aquí por haber ofendido a los padres! El más allá no es un cuento, y en el más allá se recibirá premio o castigo, según hayamos vivido. Quien ofende a un padre o a una madre ofende a Dios, porque Dios ha mandado amarlos, y quien no ama peca; pierde, por tanto, así, más que la vida material, la verdadera vida: le espera la muerte

(es más, ya está en él, habiendo caído su alma en desgracia de su Señor); tiene ya en sí el delito porque hiere el amor más santo después de Dios; tiene ya en sí los gérmenes de los futuros adulterios, porque de un mal hijo viene un pérfido esposo; tiene ya en sí los estímulos de la corrupción social, porque de un hijo malo nace el futuro ladrón, el torvo y violento asesino, el frío usurero, el libertino seductor, el vividor cínico, el repugnante traidor de la patria, de los amigos, de los hijos, de la esposa, de todos. ¿Podéis, acaso, nutrir estima y confianza hacia quien ha sido capaz de traicionar el amor de una madre y burlarse de las canas de un padre?

Escuchad, no obstante, también esto: el deber de los hijos se corresponde con un parejo deber de los padres. ¡Maldición al hijo culpable... pero también para el culpable progenitor! Haced que los hijos no puedan criticaros y copiaros en el mal. Hacedos amar por haber dado amor con justicia y misericordia. Dios es Misericordia. Los padres, que van sólo después de Dios, sean misericordia. Sed ejemplo y consuelo de los hijos. Sed paz y guía. Sed el primer amor de vuestros hijos. Una madre es siempre la primera imagen de la esposa que querríamos. Un padre, para las hijas jovencitas, tiene el rostro que sueñan para el esposo. Haced que, sobretodo, vuestros hijos e hijas elijan con sabia mano a sus recíprocos consortes pensando en la madre, en el padre, y deseando en el consorte lo que hay en el padre, en la madre: una virtud veraz.

Si tuviera que hablar hasta agotar el tema, no serían suficientes el día y la noche. Por ello, en atención a vosotros, concluyo. El resto, que os lo manifieste el Espíritu eterno. Yo echo la simiente y sigo caminando. En los buenos, la semilla echará raíz y dará espiga. Marchad. La paz sea con vosotros.

Quien se marcha se va raudo, quien se queda entra en la tercera pieza y come su pan o el que ofrecen los discípulos en nombre de Dios. Sobre rústicos apoyos han sido colocados unos tablones y paja donde pueden dormir los peregrinos.

La mujer velada se marcha con paso ágil; la otra, la que ya estaba llorando desde el principio, y ha seguido llorando sin interrupción mientras Jesús hablaba, se mueve incierta y luego se decide a marcharse.

Jesús entra en la cocina para tomar alimento; pero apenas acaba de empezar a comer y ya le tocan a la puerta.

Se levanta Andrés, que está más cerca, y sale al patio. Habla y luego vuelve:

-Maestro, una mujer, la que lloraba, pregunta por ti. Dice que tiene que marcharse y que debe hablarte.

-Pero en este plan ¿cómo y cuándo come el Maestro? - exclama Pedro.

-Debías haberle dicho que viniera más tarde - dice Felipe.

-Silencio. Luego como. Seguid vosotros.

Jesús sale. La mujer está afuera.

-Maestro... una palabra... Tú has dicho... ¡Oh..., ven detrás de la casa! ¡Es penoso manifestar mi dolor.

Jesús condesciende, sin decir palabra; se limita, una vez detrás de la casa, a preguntar:

-¿Qué quieres de mí?

-Maestro... te he oído antes, cuando hablabas entre nosotros... y luego te he oído mientras predicabas. Parece como si hubieras hablado para mí. Has dicho que en toda enfermedad física o moral está Satanás... Yo tengo un hijo enfermo en su corazón. ¡Ojalá te hubiera oído cuando hablabas de los padres! Es mi tormento. Se ha desviado con malos compañeros y es... es exactamente como Tú dices... ladrón (por ahora, en casa, pero...). Es un pendenciero... un avasallador... Siendo, como es, joven, se destruye con la lujuria y la crápula. Mi marido quiere echarlo de casa. Yo... yo soy su madre... y muero de dolor. ¿Ves cómo jadea mi pecho? Es el corazón que se me parte de tanto dolor. Desde ayer deseaba hablarte, porque... espero en ti, Dios mío; pero, no me atrevía a decir nada. ¡Es tan doloroso para una madre decir: "Tengo un hijo cruel"!...

La mujer llora, curvada y doliente, ante Jesús.

-No llores más. Quedará curado de su mal.

-Si pudiera oírte, sí; pero no quiere oírte. ¡Oh..., nunca sanará!

- ¡Tienes fe tú por él? ¿Tienes voluntad tú por él?

-¿Y me lo preguntas? Vengo de la Alta Perea para rogarte por él...

-Pues entonces ve. Cuando llegues a tu casa, tu hijo te saldrá al encuentro arrepentido.

-Pero, ¿cómo?

-¿Cómo? ¿Crees que Dios no puede hacer lo que Yo pido? Tu hijo está allí, Yo estoy aquí, pero Dios está en todas partes... y Yo le digo a Dios: "Padre, piedad por esta madre". Y Dios hará tronar su llamada en el corazón de tu hijo. Ve, mujer. Un día pasaré por las calles de tu ciudad, y tú, orgullosa de tu hijo, saldrás a recibirme con él. Y cuando él lllore sobre tus rodillas, pidiéndote perdón y contándote su misteriosa lucha, de la que salió con alma nueva, y te pregunte cómo sucedió, dile: "Por Jesús has nacido de nuevo al bien". Háblale de mí. Si has venido a mí, es señal de que conoces; haz que él conozca y me lleve en su pensamiento para tener consigo la fuerza salvadora. Adiós. La paz a la madre que ha tenido fe, al hijo que vuelve, al padre contento, a la familia restaurada. Ve.

La mujer se va en dirección al pueblo y todo termina.

Me dice Jesús (a María Valtorta):

-Ten paciencia, alma mía, por este doble esfuerzo. Es tiempo de sufrimiento. ¿Sabes lo cansado que estaba los últimos días? Ya ves. A1 andar me apoyo en Juan, en Pedro, en Simón, y también en Judas... Sí. ¡Yo, que emanaba milagro con sólo rozar con mis vestiduras, no pude cambiar aquel corazón! Déjame que me apoye en ti, pequeño Juan, (llamaba así Jesús, como

seudónimo, a María Valtorta) para volver a decir las palabras ya dichas en los últimos días a esos obstinados obtusos sobre quienes el anuncio de mi tormento resbalaba y no penetraba. Y deja también que el Maestro hable de sus horas de predicación en la triste llanura del Agua Especiosa. Y te bendeciré dos veces: por tu esfuerzo y por tu piedad. Llevo la cuenta de tus esfuerzos, recojo tus lágrimas. Los esfuerzos por amor a los hermanos recibirán la recompensa de aquellos que se consumen por dar a conocer a Dios a los hombres. Tus lágrimas por mi sufrimiento de la última semana recibirán como premio el beso de Jesús. Escribe y recibe mi bendición.

Jesús está en pie, encima de un cúmulo de tablas, alzadas a manera de tribuna en una de las piezas, la última, y allí habla con voz poderosa, para que lo oigan tanto los que están dentro de la estancia como los que se encuentran bajo el cobertizo, e incluso en la era, encharcada por la lluvia. Cubiertos con sus mantos oscuros y de lana en bruto, sobre la cual resbala el agua, parecen frailes todos ellos. En la estancia están los más débiles; bajo el cobertizo, las mujeres; en el patio, bajo la lluvia, los fuertes, la mayoría hombres.

Pedro va y viene, descalzo y sólo con la prenda corta, cubierto con un lienzo que se ha puesto sobre la cabeza; pero no pierde el buen humor, a pesar de que tenga que ir guachapeando en el agua y se esté duchando sin desearlo. Con él están Juan, Andrés y Santiago. Están trayendo de la otra estancia, con precaución, a unos enfermos, y guiando a unos ciegos y haciendo de apoyo a algunos tullidos.

Jesús aguarda con paciencia a que todos hayan terminado de acomodarse, y sólo le duele el que los cuatro discípulos estén empapados, como esponjas dentro de un cubo.

-¡Nada, nada! Somos madera empecinada. No te preocupes. Nos bautizamos otra vez, y el bautizador es Dios mismo - responde Pedro a las muestras de desazón de Jesús.

Por fin todos están en sus respectivos lugares y Pedro estima que puede ir a ponerse ropa seca. Así lo hace, como también los otros tres. Pero, vuelto donde el Maestro, ve sobresalir por la esquina del cobertizo el manto gris de la mujer velada, y se dirige hacia ella sin pensar que para hacerlo tiene que volver a cruzar el patio en diagonal bajo el chaparrón, que va a más, y sin pensar en los charcos que salpican hasta la rodilla al chocar tan fuerte en ellos las gotazas de agua. La agarra de uno de los codos, sin retirar el manto, y la arrastra bien hacia arriba, hasta la pared de la estancia, resguardada del agua, y luego se planta a su lado, duro e inmóvil como un centinela.

Jesús ha visto la escena y ha sonreído inclinando la cabeza para celar la luminosidad de su sonrisa. Ahora habla.

-No digáis, vosotros, los que habéis venido con regularidad, que no hablo con orden y que salto alguno de los diez mandamientos. Vosotros oís, Yo veo; vosotros escucháis, Yo aplico mi palabra a los dolores y a las llagas que veo en vosotros. Yo soy el Médico. Un médico va primero a los más enfermos, a los que están más cerca de la muerte. Luego se vuelve a los menos graves. Yo también.

Hoy digo: "No fornicuéis".

No dirijáis a vuestro alrededor la mirada tratando de leer en el rostro de uno la palabra: "lujurioso". Tened recíproca caridad. ¿Os gustaría que uno la leyera en vosotros? No. Pues entonces no queráis leerla en el ojo turbado de quien está a vuestro lado; en su frente que se avergüenza y se inclina hacia el suelo. Además... ¡Oh!, decidme, especialmente vosotros, hombres. ¿Quién de entre vosotros no ha hincado nunca los dientes en el pan de ceniza y estiércol de la satisfacción sexual? ¿Acaso es lujuria sólo la que os lleva a estar durante una hora entre brazos meretricios? ¿No es, acaso, lujuria, también, la profanación del connubio con la esposa al eludir las consecuencias de éste, que queda reducido, por tanto, a una recíproca satisfacción del sentido, a un vicio legalizado?

Matrimonio quiere decir procreación, y el acto quiere decir y debe ser fecundación. Sin ello es inmoralidad. No se debe del tálamo hacer un lupanar; y en lupanar se transforma si se ensucia de libidine y no se consagra con maternidades. La tierra no rechaza la semilla, la acoge y de ella forma una planta. La semilla no huye de la gleba una vez depositada; por el contrario, en seguida echa raíz y se agarra para crecer y dar una espiga: la criatura vegetal nacida del connubio entre gleba y semilla. El hombre es la semilla, la mujer es la tierra, la espiga es el hijo. Negarse a producir la espiga y desaprovechar la fuerza para vicio es culpa. Es meretricio cometido en el lecho nupcial, pero en nada distinto del otro; es más, agravado por la desobediencia al mandamiento que dice: "Sed una sola carne y multiplicaos en los hijos".

Por tanto, ved, mujeres voluntariamente estériles, esposas legales y honestas (no a los ojos de Dios, sino del mundo), cómo, a pesar de ello, vosotras podéis ser prostitutas y fornicar igual, aunque seáis sólo de vuestro marido, porque no vais hacia la maternidad, sino al placer, demasiado y demasiado frecuentemente. ¿Y no os paráis a pensar que el placer es un tóxico que, aspirado por una boca, cualquiera que fuere, contagia, produce quemazón, cual fuego que, creyendo consumirse, traspasa, devorador, cada vez más insaciable, los límites del hogar, dejando acre sabor de ceniza bajo la lengua y desagrado y náusea y desprecio de sí y del compañero de placer? Porque cuando la conciencia se despierta - y lo hace entre dos momentos febriles - no puede dejar de nacer este desprecio de sí, rebajados como quedan uno y otro a un nivel incluso inferior al de los animales.

(Nota del que suscribe con respecto a este tema: La Iglesia admite la paternidad responsable, o sea, que cuando ya se es generoso en hijos, se pueden adoptar determinadas medidas para no concebir, pero que no sean medios artificiales como anticonceptivos, preservativos, etc. sino recursos naturales, como el de la regulación natural basada en los días infértiles de la mujer, etc.; asimismo, el placer sexual únicamente como simple demostración de amor y desahogo pasional, dentro del matrimonio, es lícito siempre y cuando se tengan en cuenta estas dos medidas antes mencionadas: ser generosos en hijos y no usar medios anticonceptivos artificiales.)

"No fornicuéis", está escrito.

Es fornicación gran parte de las acciones carnales del hombre - ni siquiera toco la cuestión de esas uniones inconcebibles, que son como una pesadilla y que el Levítico condena con estas palabras:

"Hombre, no te acercarás al hombre como si fuera una mujer"; y también: "No te unirás a bestia alguna para no contaminarte con ella. Y así hará la mujer, y no se unirá a ninguna bestia, porque es infamia" -. Bien... he hecho alusión al deber de los esposos respecto al matrimonio - el cual deja de ser santo cuando, por malicia, viene a ser infecundo - y ahora voy a hablar de la fornicación en sentido propio entre hombre y mujer, por recíproco vicio o por obtener dinero o regalos.

El cuerpo humano es un magnífico templo que encierra en sí un altar. En ese altar debería estar Dios. Pero Dios no está donde hay corrupción. Por tanto, el cuerpo del impuro tiene su altar desconsagrado y sin Dios. Como quien se revuelca, ebrio, en el lodo y en el vómito de la propia ebriedad, el hombre, en la bestialidad de la fornicación, se rebaja a sí mismo, viniendo a ser menos que un gusano o que el animal más inmundo.

Decidme - si entre vosotros hay alguno que se haya depravado a sí mismo hasta el punto de comerciar con su cuerpo como se hace con cereales o animales - ¿qué beneficio os ha reportado? Poneos, poneos vuestro corazón en la mano, observadlo, preguntadle, escuchadlo, ved sus heridas, sus estremecimientos de dolor, y luego decidme, respondedme: ¿tan dulce era ese fruto, que compensara este dolor de un corazón nacido puro, forzado por vosotros a vivir en un cuerpo impuro, a latir para dar vida y calor a la lujuria, a irse consumiendo en el vicio?

Decidme: ¿Sois tan depravadas que no lloráis secretamente sintiendo una voz de niño que llama: "mamá", y pensando en vuestra madre - ¡oh mujeres de placer que habéis huido de casa, u os han echado de ella para que el fruto empodrecido no destruyera con el exudado de su putridez a los demás hermanos! -, pensando en vuestra madre, muerta quizás por el dolor de tener que decirse a sí misma: "He dado a luz a una persona que ha sido motivo de oprobio"?

¿Pero es que no sentís que se os parte el corazón cuando veis a un anciano cuyas canas le dan un porte solemne, al pensar que sobre las de vuestro padre habéis derramado el deshonor, como barro tomado a manos llenas, y junto con el deshonor el menosprecio de su tierra natal?

¿Pero es que no sentís que se os retuercen las entrañas de doliente añoranza al ver la felicidad de una esposa o la inocencia de una virgen, teniendo que decir: "Yo he renunciado a todo esto, y nunca más volveré a poseerlo"?

¿Pero es que no sentís como si la vergüenza os arrancara la piel de la cara, al ver la mirada, voraz o llena de desprecio, de los hombres?

¿Pero es que no sentís vuestra miseria cuando tenéis sed de un beso de niño y ya no os atrevéis a decir: "Dámelo", porque habéis matado vidas en su comienzo, vidas que habéis rechazado como peso fastidioso e inútil carga, vidas arrancadas del mismo árbol que las había concebido, arrojadas para estiércol, vidas que ahora os gritan: "¡Asesinas!"?

¿Pero es que no teméis, sobre todo, al Juez que os ha creado y que os espera para preguntaros y deciros: "¿Qué has hecho de ti misma? ¿Para eso, acaso, te di la vida? Pululante nido de gusanos, ¿cómo te atreves a estar en mi presencia? Tuviste todo lo que para ti era dios: el placer. Ve al lugar de maldición sin término"?

¿Quién llora? ¿Ninguno? ¿Decís: "ninguno"? Pues mi alma va hacia otra alma que llora. ¿Para qué va hacia ella? ¿Para lanzarle el anatema por ser meretriz? No. Porque siento piedad por su alma. Todo en mí es repulsa hacia su sucio cuerpo, sudado por el esfuerzo lascivo. ¡Pero su alma...!

¡Oh! ¡Padre! ¡Padre! ¡También por esta alma Yo me he encarnado y he dejado el Cielo para ser su Redentor y el de muchas almas hermanas tuyas! ¿Por qué debo no recoger a esta oveja que va descarriada, y llevarla al redil, limpiarla, unirla al rebaño, sacarla a pastar, y darle un amor que sea perfecto como sólo el mío lo puede ser, tan distinto de los que tuvieron hasta ahora para ella nombre de amor y no eran sino odio; tan piadoso, completo, delicado, que ella ya no lllore por el tiempo pasado, o lo haga sólo para decir: "Demasiados días he perdido lejos de ti, eterna Belleza. ¿Quién me restituirá el tiempo perdido? ¿Cómo gustar en lo poco que me queda cuanto habría gustado si hubiera sido siempre pura?"?

A pesar de ello, no llores, alma pisoteada por toda la libidine del mundo. Escucha: eres un trapo asquerosamente sucio, pero puedes volver a ser una flor; eres un estercolero, pero puedes ser un jardín; eres un animal inmundo, pero puedes volver a ser un ángel. Un día lo fuiste; danzabas en los prados floridos, rosa entre las rosas, fresca como ellas, y despedías fragancia de virginidad; cantabas, serena, tus canciones de niña, y luego corrías a donde tu madre, a donde tu padre, y les decías: "Vosotros sois mis amores". Y el invisible guardián que tienen todas las criaturas al lado sonreía ante tu alma blanca-azul... ¿Y luego? ¿Por qué? ¿Por qué te has arrancado esas alas de pequeño inocente? ¿Por qué has pisoteado un corazón de padre y de madre para correr hacia otros corazones inciertos? ¿Por qué has consignado tu voz pura a embusteras frases de pasión? ¿Por qué has quebrado el tallo de la rosa y te has profanado a ti misma?

Arrepíentete, hija de Dios. El arrepentimiento renueva. El arrepentimiento purifica. El arrepentimiento sublima. ¿El hombre no te puede perdonar? ¿Ni siquiera tu padre podría ya hacerlo? Bueno, pues Dios puede, porque la bondad de Dios no es comparable a la bondad humana y su misericordia es infinitamente más grande que la humana miseria. Hónrate a ti misma haciendo, con una vida honesta, digna de honor a tu alma. Justifícate ante Dios no volviendo a pecar contra tu alma. Hazte un nombre nuevo ante Dios. Eso es lo que tiene valor. ¿Eres vicio? Sé honestidad, sé sacrificio, sé la mártir de tu arrepentimiento. Bien supiste martirizar tu corazón para hacer gozar a la carne, sabe ahora martirizar la carne para darle a tu corazón una eterna paz.

Ve. Marchad todos, cada uno con su peso y con su pensamiento, y medita. Dios espera a todos y no rechaza a ninguno que se arrepienta. ¿Que el Señor os dé su luz para conocer vuestra alma! ¡Adiós!

Muchos se marchan en dirección al pueblo. Otros entran en la habitación. Jesús va hacia los enfermos y les devuelve la salud.

Un grupo de hombres, en un ángulo, habla en voz baja; divididos como están en distintas tendencias, gesticulan y se acaloran. Algunos se muestran acusadores de Jesús; otros, defensores; y otros exhortan a éstos y a aquéllos a tener un juicio más maduro.

A1 final, los más obstinados, quizás porque son pocos respecto a los otros dos grupos, se deciden por una tercera vía: van a donde Pedro, que está transportando junto con Simón las camillas - que ya no hacen falta - de tres de los curados, y lo asaltan avasalladoramente dentro de la vasta habitación, que ha quedado transformada en hospedería de los peregrinos.

Dicen:

-Hombre de Galilea, escucha.

Pedro se vuelve y los mira como a unos bichos raros. No habla, pero su cara es todo un poema. Simón sólo lanza su mirada hacia los cinco energúmenos, y sale, dejándolos plantados a todos.

Uno de los cinco continúa diciendo:

-Yo soy Samuel, el escriba; éste es el otro escriba, Sadoq; y éste es el judío Eleazar, muy conocido e influyente; y éste, el ilustre anciano Calasebona; y éste, finalmente, Nahum. ¿Entendido? ; Nahum!» (y, por si fuera poco, el tono es enfático).

Pedro se inclina ligeramente según va oyendo estos nombres, pe-ro, al oír el último, se queda a mitad de camino, y dice con la mayor indiferencia:

-No lo sé, nunca le he oído, y... no entiendo nada.

-¡Vulgar pescador! ¡Has de saber que es el fiduciario de Anás!

-No sé quién es; bueno, conozco a muchas mujeres de nombre Ana; incluso en Cafarnaúm hay un montón de Anas, pero no sé de qué Ana éste es fiduciario.

-¿Este? ¿A mi se me dice: "éste"?

-Y entonces, ¿cómo quieres que te llame?: ¿asno?, ¿pájaro? Cuando iba a la escuela, me enseñó el maestro a decir "éste" hablando de un hombre, y, si no veo visiones, tú eres un hombre.

El hombre se revuelve como torturado por esas palabras. El otro, el primero que ha hablado, aclara:

-Anás es el suegro de Caifás...

-¡Aaaah!... ¡Ahora entiendo! ¿Y bien...?

-¡Pues que has de saber que nosotros estamos indignados!

-¿Con qué? ¿Con el tiempo? Yo también. Es la tercera vez que me cambio y ya no tengo más ropa seca.

-¡No seas necio!

-¿Necio? Pero si es verdad; si no estáis indignados con el tiempo, entonces, ¿con qué? ¿Con los romanos?

-¡Con tu Maestro! Con el falso profeta.

-¡Oye, tú, Samuel, ojo, que entro en acción, y entonces soy como el lago: de la calma chicha a la tempestad paso en un momento! ¡Ten cuidado con lo que dices...!

En esto, han llegado también los hijos de Zebedeo y de Alfeo, y con ellos Judas Iscariote y Simón, y se arriman a Pedro que, por su parte, levanta cada vez más la voz.

-¡No tocarás con tus manos plebeyas a los grandes de Sión!

-¡Oh, qué señoritos más majos! Y vosotros no me toquéis al Maestro, porque, si no, voláis al pozo, inmediatamente, a purificaros de verdad, por dentro y por fuera.

-Recuerdo a los doctos del Templo - dice serenamente Simón - que la casa es de dominio privado.

Y agrega Judas Iscariote:

-Y que el Maestro, y soy garante de ello, ha mostrado siempre hacia las casas de los demás, y en primer lugar hacia la casa del Señor, el máximo respeto. Hágase igual con su casa.

-Tú cállate, gusano falso.

-¿De qué, falso? Me habéis asqueado y me he venido donde no hay asquerosidades, ¡y Dios quiera que el haber estado con vosotros no me haya corrompido hasta lo más profundo!

-Brevemente: ¿qué queréis? - pregunta secamente Santiago de Alfeo.

-¿Y tú quién eres?

-Soy Santiago de Alfeo, y Alfeo de Jacob, y Jacob de Matán, y Matán de Eleazar; y si quieres te digo toda la ascendencia hasta el rey David, de quien procedo; y soy primo del Mesías. Por tanto, te ruego que hables conmigo, de estirpe real y de raza judía, si es que a tu arrogancia le da asco el hablar con un honesto israelita que conoce a Dios mejor que Gamaliel y que Caifás. Vamos. Habla.

-Tu Maestro y pariente permite que le sigan las prostitutas. Esa mujer velada es una de ellas, yo la he visto estando ella vendiendo oro, y la he reconocido. Es la amante que se le ha escapado de las manos a Siammái, y eso lo deshonra.

-¿Qué Siammái? ¿A Siammái, el rabino? Pues debe ser entonces un carcamal. Por tanto, no hay peligro... - dice burlonamente Judas Iscariote.

-¡Cállate, desequilibrado! A Siammái de Elquí, el predilecto de Herodes.

-¡Caramba! Eso es señal de que ella ya no prefiere al predilecto. Ella es quien tiene que ir a la cama con él, no tú; ¿por qué te lo tomas entonces a mal? - Judas de Keriot se muestra sumamente irónico.

-Hombre, ¿no crees que te deshonoras haciendo de espía? - pregunta Judas de Alfeo - Y, ¿no crees que se deshonra el que se rebaja a pecar y no, al contrario, quien trata de levantar al pecador? ¿Qué deshonra puede venirle a mi Maestro y hermano del hecho de que haga llegar su voz hasta las orejas profanadas por la baba de los lascivos de Sión?

-¿La voz? ¡Ja! ¡Ja! ¡Tu Maestro y primo tiene treinta años, y no es sino un hipócrita mayor que los demás! Y tú, y todos vosotros, dormís profundamente por la noche...

-¡Desvergonzado reptil! Fuera de aquí o te estrangulo - grita Pedro, haciéndole coro Santiago y Juan; Simón, por su parte, se limita a decir:

-¡Qué vergüenza! Tu hipocresía es tan grande, que regurgita y se desborda, y babeas como una gran babosa encima de la flor pura. Sal y sé hombre, porque ahora no eres sino baba. Te he reconocido, Samuel. Eres siempre el mismo corazón. Que Dios te perdone; pero, vete de mi presencia.

Y mientras el Keriot y Santiago de Alfeo contienen al fogoso Pedro, Judas Tadeo, que en este acto se asemeja más que nunca a su Primo (de quien ahora tiene el mismo centelleo azul en la mirada y la imponencia en la expresión, dice vehementemente:

-A sí mismo se deshonra quien deshonra al inocente. Dios ha hecho los ojos y la lengua para llevar a cabo obras santas. El maldiciente los profana y rebaja, haciéndoles cumplir obras malvadas. Yo no me voy a manchar a mí mismo con un acto vil contra tu canicie, pero te recuerdo que los malvados odian al hombre íntegro y que el necio descarga su aversión sin reflexionar ya siquiera en que con ello se pone al descubierto. Quien vive en las tinieblas confunde una rama florida con un reptil, pero quien vive en la luz ve las cosas como son y, si alguien las desacredita, las defiende por amor a la justicia. Nosotros vivimos en la luz. Somos la generación casta y hermosa de los hijos de la luz, y nuestro Caudillo es el Santo que no conoce ni mujer ni pecado. Nosotros lo seguimos y lo defendemos de sus enemigos, hacia los cuales, como Él nos ha enseñado, no sentimos odio; antes bien, oramos por ellos. Aprende, anciano, de un joven, que se ha hecho maduro porque la Sabiduría es su Maestro, aprende a no ser precipitado para hablar e inútil para obrar el bien. Vete, y refiere a quien te ha enviado que Dios en su gloria está en esta pobre morada, y no en la profanada casa del monte Moria. Adiós.

Los cinco no se atreven a replicar y se marchan.

Los discípulos conjuntamente examinan si decirselo o no a Jesús, que está todavía con los enfermos curados. Deciden que es mejor decirselo. Se acercan a Él, lo llaman y se lo dicen.

Jesús sonríe sereno y responde:

-Os agradezco vuestra defensa... pero ¿qué podéis hacer? Cada uno da lo que tiene.

-Pero tienen un poco de razón. Los ojos están en la cabeza para ver y muchos ven. Ella está siempre ahí fuera, como un perro. Te perjudica - dicen varios.

-Dejadla que esté. No será ella la piedra que golpeará mi cabeza. Y si ella se salva... ¡Oh..., bien merece la pena una crítica por una alegría así!

A1 dar esta dulce respuesta todo termina.

124

Se da alojamiento a la "velada" en la casita de Agua Especiosa

El día está tan horrible, que no hay ningún peregrino. Lluve a cántaros y la era se ha transformado en un estanque poco profundo en que flotan hojas secas, venidas quién sabe de dónde, traídas por el viento que silba y zarandea puertas y ventanas. En la cocina, más tétrica que nunca - porque para impedir que entre la lluvia se debe tener apenas entornada la puerta -quien está se ahuma, lagrimea y tose, pues el viento rechaza hacia dentro el humo.

-Tenía razón Salomón - sentencia Pedro - Tres cosas echan al hombre: la mujer reñidora (que yo ya la he dejado riñendo en Cafarnaúm con los otros yernos), la chimenea que hace humo y el techo que deja colar el agua. Nosotros tenemos estas dos últimas cosas... Pero mañana me voy a ocupar yo de esta chimenea. Voy arriba al tejado, y tú y tú y tú (Santiago, Juan y Andrés) venís conmigo. Haremos con unas pizarras un realce y un techo a la chimenea.

-¿Y dónde encuentras las pizarras? - pregunta Tomás.

-En el cobertizo. Si llueve allí, no es una hecatombe; pero aquí... ¿Te duele el que tus alimentos dejen de decorarse con lágrimas tiznadas de hollín?

-¡Fíjate tú! ¡Ojalá lo lograras! Mira cómo estoy tiznado. Me llueve encima de la cabeza cuando estoy aquí en el fuego.

-¡Pareces un monstruo egipcio! - dice Juan riéndose.

Efectivamente, Tomás presenta sobre su rostro lleno y afable unas caprichosas comas negras. El primero que se ríe es él mismo, que está siempre alegre, y Jesús también se ríe, porque justamente mientras está hablando, otra gota cargada de hollín le cae en la nariz y le pone negra la punta.

-Tú que eres experto de tiempo, ¿qué opinas? - le pregunta a Pedro Judas Iscariote, que está completamente cambiado desde hace unos días -. ¿Va a durar mucho así?

-Un momento y te lo digo; voy a hacer de astrólogo - contesta Pedro. Va hacia la puerta, la abre un poco más, saca la cabeza y una mano y dictamina: «Viento bajo y del meridián, calor y calina... ¡En fin! Pocas... - Pedro calla, se vuelve a meter despacio y entorna la puerta, y da un momento un vistazo hacia afuera.

-¿Qué pasa? - preguntan tres a cuatro.

Pedro, por toda respuesta, hace señal con la mano de que se callen. Mira. Luego dice en voz baja:

-Está esa mujer; ha bebido agua del pozo y ha cogido un haz de leña que había en el patio. Está empapada de agua; está claro que no arde... Se está yendo. Voy detrás de ella. Quiero ver...

Ha salido con cautela.

-Pero, ¿dónde estará, que está siempre aquí cerca? - pregunta Tomás.

-¡Y estar aquí con este tiempo! - dice Mateo.

-A1 pueblo seguro que va, porque anteayer estaba allí comprando pan - dice Bartolomé.

-¡Con qué constancia se mantiene velada! - observa Santiago de Alfeo.

-Tiene un gran constancia, o un fuerte motivo - concluye Tomás.

-¿Sería ésta a la que se refería ayer aquel judío? - pregunta Juan - ¡Son siempre tan falsos!...

Jesús sigue en silencio, como si fuera sordo. Todos lo miran con la certeza de que Él sabe; pero Él está trabajando un trozo de madera blanda con un cuchillo afilado; poco a poco, el trozo de madera se va transformando en un cómodo tenedor grande, para extraer las ver-duras del agua hirviendo. Una vez que ha terminado ofrece el fruto de su trabajo a Tomás, que está plenamente dedicado a la cocina.

-Eres genial, Maestro. '¿No nos dices quién es?

-Un alma. Para mí sois todos "almas". Nada más. Hombres, mujeres, ancianos, niños: almas, almas, almas: almas candidas, los párvulos; almas azules, los niños; almas rosadas, los jóvenes; almas de oro, los justos; almas empecinadas, los pecadores. Pero, sólo almas, sólo almas. Y Yo sonrío a las almas candidas, porque me parece como si sonriera a los ángeles; descanso entre las flores rosadas y azules de los adolescentes buenos; me alegro de las almas tan valiosas de los justos; y me canso, sufriendo, para dar valor y esplendor a las almas de los pecadores. ¿Los rostros?... ¿Los cuerpos?... Nada. Yo os conozco y os identifico por vuestras almas.

-Y ella, ¿qué alma es? - pregunta Tomás.

-Un alma menos curiosa que la de mis amigos, porque no indaga, no pregunta; va y viene, sin hablar y sin mirar.

-Yo creía que era una prostituta o una leprosa, pero he cambiado de opinión, porque... Maestro, ¿no me amonestas si te digo una cosa? - pregunta Judas Iscariote yendo a colocarse sentado en el suelo, apoyado en las rodillas de Jesús, completamente distinto a lo normal: humilde, bueno, hasta más guapo con este aire suyo modesto que no cuando es el pomposo y jactancioso Judas.

-No te amonestaré. Habla.

-Yo sé dónde vive. Una vez, de noche, la seguí... fingiendo que salía a coger agua, porque me he dado cuenta que de noche viene siempre al pozo... Una mañana encontré por el suelo una horquilla de plata... justo en el borde del pozo... y comprendí que la había perdido ella. Pues bien, está en un chamizo en el bosque; quizás lo utilizan los campesinos; de todas formas, está medio destartado. Ella le ha puesto encima como techo unos ramajes; quizás ese haz lo quiere para eso. Es una hura. No sé cómo puede estar allí. Casi ni cabría un perro grande, o un minúsculo borriquito. Era una noche de luna y pude ver bien. Está medio sepultado entre las zarzas, pero dentro... está vacío y no tiene puerta. Por eso mismo he cambiado de opinión y he comprendido que no es una prostituta.

-No debías haberlo hecho. Sé sincero: ¿no hiciste nada más?

-No, Maestro. Habría deseado verla, porque ya en Jericó me percaté de su presencia, y creo reconocer su paso, muy leve, con el que va velozmente a donde quiere. También su figura debe ser flexuosa y... bonita. Sí, se adivina, a pesar de todos esos indumentos... Pero no osé espiarla cuando se acostó en el suelo. Quizás se quitó el velo. Pero la respeté...

Jesús lo mira muy fijamente y le dice:

-Y ello te hizo sufrir... Mas has dicho la verdad, y Yo te digo que estoy contento de ti. La próxima vez te costará menos el ser bueno. Todo consiste en dar el primer paso. ¡Muy bien, Judas! - y lo acaricia.

Vuelve Pedro de la calle:

-¡Maestro! ¡Esa mujer está loca! ¿Pero Tú sabes dónde está? Casi en la orilla del río, en una casetita de madera en un soto. Quizás antes la utilizaba algún pescador o algún leñador; ¡quién sabe! Nunca me habría imaginado que en ese lugar húmedo, hundido en un foso, bajo una maraña de zarzas, hubiera una pobre mujer. Le he dicho: "Habla, sé sincera: ¿estás leprosa?". Ella me ha respondido en voz muy baja: "No". ¡Júralo", he dicho, y ella: "Lo juro". "Mira que si lo estás y no lo dices y te acercas a la casa y yo vengo a saber que eres inmunda, hago que te apedreen. Si lo que pasa es que te persiguen, o eres una ladrona o una asesina, y estás aquí por miedo a nosotros, no temas ningún mal. Ahora sal de ahí. ¿No ves que estás en el agua? ¿Tienes hambre? ¿Tienes frío? Estás temblando. Soy viejo, ¿no lo ves? No te estoy haciendo la corte. Viejo y honesto. Por tanto haz caso a lo que te digo". Así me he expresado, pero no ha querido venir. Nos la encontraremos muerta porque está realmente dentro del agua.

Jesús está pensativo; mira a los doce rostros que lo están mirando... y dice:

-¿Qué creéis que debe hacerse?

-¡Maestro, decide Tú!

-No. Quiero que juzguéis vosotros. Se trata de una cuestión en la que está implicada también vuestra fama, y Yo no debo violentar vuestro derecho a tutelarla.

-En nombre de la misericordia yo digo que no se la puede dejar allí -dice Simón.

Bartolomé, por su parte:

-Yo por hoy la metería en la estancia de los peregrinos ¿Van ellos, no?, pues entonces puede ir ella también.

-A1 fin y al cabo, es una criatura como todas las demás - comenta Andrés.

-Y, además, hoy no viene nadie, y por tanto... - observa Mateo.

-Yo propondría darle alojamiento por hoy, y mañana decírselo al encargado; es una buena persona - dice Judas Tadeo.

-¡Tienes razón! ¡Sí señor! Tiene muchos establos, y algunos de ellos vacíos. ¡Siempre un establo será un palacio comparado con esa barquichuela hundida! - exclama Pedro.

-Vete a decírselo entonces - incita Tomás.

-Los jóvenes no han hablado todavía - observa Jesús.

-Yo estoy de acuerdo con lo que Tú hagas - dice el primo Santiago.

El otro Santiago y su hermano, a una sola voz, dicen:

-Nosotros también.

-A mí me preocupa solamente la mala suerte de que vaya a venir por aquí algún fariseo - dice Felipe.

-¡Oh!, aunque subiéramos a las nubes, ¿tú crees que no harían llegar a nosotros sus acusaciones? No acusan a Dios porque lo tienen lejos; pero, si pudieran tenerlo cerca, como Abraham, Jacob y Moisés lo tuvieron, lo harían objeto de sus reproches...

-¿Quién hay, para ellos, sin culpa? - dice Judas de Keriot.

-Pues entonces id a decirle que venga a alojarse en esa estancia. Ve tú, Pedro, con Simón y Bartolomé: sois ancianos, con lo cual se sentirá menos violenta esa mujer. Decidle también que la proveeremos de comida caliente y de un vestido seco; el que dejó aquí Isaac. ¿Veis como todo tiene una utilidad?... incluso un vestido de mujer dado a un hombre...

Los jóvenes se ríen porque con el vestido en cuestión debe haber habido algún hecho gracioso.

Los tres ancianos se marchan... y vuelven al cabo de un rato.

-Ha costado lo suyo... pero, al final, ha venido. Le hemos jurado que no la molestaríamos en ningún momento; ahora le llevo paja y el vestido. Dame las verduras y un pan; hoy no tiene nada que llevarse a la boca. Claro... ¿quién se mueve de casa con este diluvio?

El buen Pedro se dirige a donde la mujer con sus tesoros.

Y ahora una orden para todos: por ningún motivo se va a esa estancia. Mañana tomaremos las decisiones oportunas. Acostumbramos a hacer el bien por el bien, sin curiosidades o deseos de recibir del bien realizado un motivo de diversión o cualquier otra cosa. ¿Lo veis? Os quejabais de que hoy no se haría nada útil. Hemos amado al prójimo. ¿Podíamos hacer algo mayor que esto? Sí - y así es - ésta mujer es una infeliz, ¿no podrá, acaso, nuestra ayuda proporcionarle un alivio, un calor, una protección mucho más profunda que el poco alimento, el mísero vestido, el techo sólido, que le hemos dado? Si es una culpable, una pecadora, una criatura que busca a Dios, ¿nuestro amor no será, acaso, la más hermosa lección, la más poderosa palabra, el más claro indicador del camino de Dios?

Pedro entra despacito y se pone a escuchar a su Maestro.

-Mirad, amigos. Muchos maestros tiene Israel, que no hacen más que hablar y hablar... Bueno, pues las almas no cambian. ¿Por qué? Porque las almas no sólo oyen las palabras de sus maestros, sino que también ven sus acciones. Pues bien, éstas destruyen a aquéllas. Y las almas se quedan en la posición en que estaban, si es que no retroceden incluso. Mas cuando un maestro hace lo que dice y se comporta santamente en todas sus acciones, aunque sólo lleve a cabo acciones materiales - como dar un pan, un vestido, un lugar de alojamiento a la carne doliente del prójimo - obtiene el que las almas vayan adelante y lleguen a Dios, porque son sus mismas acciones las que dicen a los hermanos: "Dios existe; aquí está Dios". ¡Oh..., el amor! En verdad os digo que quien ama se salva a sí mismo y salva a los demás.

-Así es, como Tú dices, Maestro. Esa mujer me ha dicho: "Bendito sea el Salvador y Aquel que lo ha enviado, y todos vosotros con Él"; y a mí, mísero hombre, me ha querido besar los pies; y lloraba tras su tupido velo... ¡En fin!... Esperemos que no venga ningún figón de Jerusalén... Si no... ¡vamos aviados!

-Es suficiente que nuestra conciencia nos salve del juicio de nuestro Padre - dice Jesús; luego bendice y ofrece los alimentos y se sienta a la mesa.

Todo termina.

125

Los discursos en Agua Especiosa: Santifica las fiestas. El niño de las piernas fracturadas

El día - aunque aún llueva - está menos insoportable y permite a la gente ir donde el Maestro.

Jesús escucha aparte a dos o tres que tienen grandes cosas que decirle y que luego se van a su sitio, más tranquilos.

Bendice también a un niño que tiene las piernecitas fracturadas de forma calamitosa y que ningún médico ha querido tratar de curar, pues decían: «Es inútil. Están rotas arriba, junto a la columna». Esto lo dice la madre, bañada en lágrimas; explica: «Iba corriendo con su hermanita por la calle del pueblo. Vino al galope con su carro un herodiano y lo arrolló. Pensé que lo había matado, pero ha sido peor. Ya ves: lo tengo en esta tabla porque... no hay nada que hacer. Y sufre, sufre porque el hueso perfora; pero cuando el hueso deje de perforar, seguirá sufriendo porque sólo podrá estar echado sobre la espalda».

-¿Te duele mucho? - le pregunta, piadoso, Jesús al niño, que está llorando.

-Sí.

-¿Dónde?

-Aquí... y aquí - y se toca con la manecita insegura los dos huesos ilíacos - Y también aquí y aquí - y se toca las zonas lumbares y los hombros - La tabla es dura y yo quiero moverme, yo... - y llora desesperado.

-¿Quieres que te tome en brazos? ¿Quieres? Te llevo allí arriba. Ves a todos mientras Yo hablo.

-¡Síiii! - es un "sí" lleno de anhelo. El pobrecito niño tiende a Jesús sus brazos suplicantes.

-Pues entonces ven.

-¡Pero si no puede, Maestro! ¡Es imposible! Le duele demasiado... Ni siquiera lo puedo mover yo para lavarle.

-No le hago daño.

-El médico...

-El médico es el médico, Yo soy Yo. ¿Por qué has venido?

-Porque eres el Mesías - responde la mujer, que se pone pálida y roja, con un sentimiento de esperanza y de desesperación al mismo tiempo.

-¿Entonces...? Ven, pequeñuelo.

Jesús, pasando un brazo por debajo de las inertes piernecitas y el otro por debajo de los hombritos, toma al niño y le pregunta: «

-¿Te hago daño? ¿No? Pues entonces di adiós a tu mamá y vamos.

Y va caminando con su carga, entre la muchedumbre que se va abriendo a su paso. Va hasta el otro extremo, sube a una especie de tarima que le han hecho para que lo vean todos, incluso los que están en el patio, pide una banqueta y se sienta, se coloca bien al niño sobre sus rodillas y le pregunta:

-¿Te gusta? Ahora estate tranquilo y escucha tú también - y empieza a hablar, haciendo gestos con una mano sólo, la derecha, porque con la izquierda está sujetando al niño, que mira a la gente, feliz de ver algo, y sonrío a su mamá - a quien la esperanza tiene llena de impaciencia - que está en el otro extremo, y juguetea con el cordón de la vestidura de Jesús así como con la blanda barba rubia del Maestro y con un mechón de sus largos cabellos.

-Está escrito: "Cumple un trabajo honesto y el séptimo día dedícaselo al Señor y a tu espíritu". Esto fue dicho con el mandamiento del descanso sabático.

El hombre no es superior a Dios; y Dios hizo en seis días su creación y el séptimo descansó. ¿Cómo, pues, el hombre se toma la libertad de no imitar al Padre y de no prestar obediencia a su mandamiento? ¿Acaso es un precepto estúpido? No. Se trata, ciertamente, de un imperativo saludable, tanto en el orden de la carne, como en el moral, como en el del espíritu.

El cuerpo del hombre, cuando está cansado, tiene necesidad de descansar, de la misma forma que la tiene el cuerpo de todo ser creado. Descansa incluso - y se lo permitimos, para no perderlo - el buey que usamos en el campo, el asno que nos transporta, la oveja que pare al cordero y nos da leche. Descansa incluso - y la dejamos descansar - la tierra de los campos de labor, para que, en los meses en que no está sembrada, se nutra y se sature de las sales que le llueven del cielo o provienen del terreno. Descansan adecuadamente, incluso sin pedirnos el beneplácito, los animales y las plantas, que obedecen a leyes eternas de una sabia regeneración. ¿Por qué, pues, el hombre se niega a imitar a su Creador, que el séptimo día descansó, y a los seres inferiores - sean vegetales o animales - que, no habiendo recibido sino un imperativo en su instinto, saben conformarse a él y obedecerlo?

Además de físico, es un imperativo moral. El hombre, durante seis días, ha sido de todos y de todo; lo han llevado arriba y abajo, como hace con un hilo el dispositivo del telar, sin poder decir en ninguna ocasión: "Ahora me dedico a mí mismo, a mis seres queridos; soy el padre, hoy soy de mis hijos; soy el marido, hoy me dedico a mi esposa; soy el hermano, disfrutaré estando con mis hermanos; soy el hijo, voy a cuidar la vejez de mis padres".

Es un imperativo espiritual. El trabajo es santo; más santo es el amor; santísimo, Dios. Pues entonces no nos olvidemos de darle al menos uno de entre los siete días a nuestro bueno y santo Padre, que nos ha dado la vida y nos la conserva. ¿Por qué vamos a tratarlo como si fuera menos que el padre o que los hijos, o que los hermanos, o la esposa, o que nuestro mismo cuerpo? El *dies Domini* sea del Señor. ¡Oh, dulce regresar, después del trabajo del día, por la noche, al ambiente acogedor del hogar lleno de entrañables sentimientos, dulce regresar a él tras un largo viaje! Y ¿por qué no ampararse, después de seis jornadas de trabajo, en la casa del Padre? ¿Por qué no ser como el hijo que, al volver de un viaje de seis días, dice: "Aquí estoy, vengo a pasar mi día de descanso contigo"?

Bien, ahora escuchadme; he dicho: "Cumple un honesto trabajo".

Sabéis que nuestra Ley prescribe el amor al prójimo. La honradez en el trabajo se inscribe en el amor al prójimo. Quien es honrado en su trabajo no roba en las transacciones, no le sustrae al trabajador su salario, no lo explota de manera culpable, tiene presente que quien está a su servicio y quien trabaja para él son una carne y un alma como las suyas, y no los trata como si fueran pedazos de piedra sin vida que es lícito romper o golpear con el pie o con el hierro. Quien no actúa así no ama al prójimo y peca por ello ante los ojos de Dios; su ganancia es maldita, aunque de ella separe el óbolo para el Templo.

¡Oh, qué falsa es esa dádiva! ¿Cómo puede atreverse a depositarla al pie del altar, cuando está rebosando lágrimas y sangre del inferior, explotado; cuando es un "hurto", es decir, una traición respecto al prójimo (porque el ladrón es un traidor respecto a su prójimo)? Creedlo: no se santifican las fiestas si no se usan para escudriñarse uno a sí mismo, si no se aprovechan para mejorarse uno a sí mismo, para reparar los pecados cometidos durante los otros seis días. ¡En esto consiste la santificación de la fiesta! Ésta es, no otra, enteramente exterior, que no cambia ni en una jota vuestro modo de pensar.

Dios quiere obras vivas, no simulacros de obras. Simulacro es la falsa veneración a su Ley; simulacro es la falaz santificación del sábado, o sea, el cumplimiento del descanso para mostrar ante los ojos de los hombres que se obedece al mandamiento, usando luego esas horas de ocio para el vicio, la lujuria, la crápula, o para pensar en cómo explotar y perjudicar al prójimo en la siguiente semana; es simulacro la santificación del sábado, o sea, el descanso material, si éste no se ve acompañado del trabajo íntimo, espiritual, santificante, de un recto examen de uno mismo, de un humilde reconocimiento de la propia miseria, de un serio propósito de obrar mejor en la semana siguiente.

Diréis: "¿Y si luego se vuelve a pecar?". Pues bien, ¿qué diríais vosotros de un niño que por haberse caído se negara a dar ya un solo paso para, así, no volverse a caer?: que es un estúpido; que no tiene por qué avergonzarse de caminar aún con paso inseguro, porque a todos nos pasó cuando éramos pequeños, y no por ello nuestro padre no nos amó. ¿Quién no recuerda cómo nuestras caídas nos han atraído una lluvia de besos maternos y de caricias paternas? Lo mismo hace el Padre dulcísimo que está en los Cielos. Se inclina hacia su criatura, que llora en el suelo, y le dice: "No llores, Yo te levanto. Estate más atento la próxima vez. Ven a mis brazos; en ellos se te pasarán todos tus males para seguir luego tu camino, fortalecido, curado, feliz". Esto dice nuestro Padre que está en los Cielos, esto os digo Yo.

Si lograrais tener fe en el Padre, todo os saldría bien; una fe que debe ser, eso sí, como la de un párvulo. El niño cree que todo es posible, no se pregunta si puede y cómo puede darse un hecho; no mide la profundidad del hecho; cree en quien le inspira confianza, y hace lo que éste le dice. Sed como los pequeños ante el Altísimo. ¿Qué amor tiene Él por estos desambientados ángeles que constituyen la belleza de la Tierra! Así ama a las almas que se hacen simples, buenas, puras, como es el niño.

¿Queréis ver la fe de un niño para aprender a tener fe? Observad. En todos vosotros se veía una compasión hacia el pequeñuelo que tengo en mi pecho y que, contrariamente a lo que los médicos y la madre decían, no ha llorado estando

sentado en mi regazo. ¿Veis? Hacía mucho tiempo que lloraba día y noche sin poder hallar descanso, y aquí no ha llorado; se ha dormido, sereno, sobre mi corazón. Le pregunté: "¿Quieres venir a mis brazos?", y él me contestó: "sí", sin razonar sobre su mísero estado, sobre el posible dolor que podría sentir, sobre las consecuencias de moverlo. Ha visto en mi rostro amor y ha dicho: "sí", y ha venido. Y no ha sentido dolor. Ha gozado estando aquí arriba viendo, él, que está clavado a su tabla lisa; ha gozado al colocarlo en una carne blanda y no en una madera dura; ha sonreído, ha jugado y se ha dormido teniendo entre sus manitas un mechón de mis cabellos. "Ahora lo voy a despertar con un beso..."

Jesús besa al niño en sus delicados cabellos castaños, hasta que se despierta sonriente.

-¿Cómo te llamas?

-Juan.

-Escúchame, Juan. ¿Quieres andar?, ¿ir con tu mamá y decirle: "El Mesías te bendice por tu fe"?

-¡Sí! ¡Sí! - El pequeño da palmadas con sus manitas y pregunta: -¿Haces que pueda ir? ¿Por los prados? ¿Se acabó la tabla fea? ¿Se acabaron los médicos que hacen daño?

-Se acabó, se acabó para siempre.

-¡Ah..., cuánto te quiero!

Echa sus bracitos en torno al cuello de Jesús y lo besa y, para besarlo mejor, salta de rodillas encima de sus rodillas: una granizada de besos inocentes cae sobre la frente, sobre los ojos, sobre los carrillos de Jesús.

En su alegría, el niño ni siquiera se da cuenta de que se ha podido mover; él, que hasta ese momento había estado quebrantado. Pero el grito de su madre y de la multitud le hace volver en sí y girar la cabeza asombrado. Sus grandes ojos inocentes en el rostro enflaquecido miran como preguntando por qué. Todavía de rodillas, con el bracito derecho en torno al cuello de Jesús, le pregunta en tono confidencial (refiriéndose a la gente, que está revolucionada, a su madre, que en el otro extremo lo llama uniendo su nombre al de Jesús:

-¡Juan! ¡Jesús! ¡Juan! ¡Jesús!

-¿Por qué grita la gente y mi madre? ¿Qué les pasa? ¿Eres Tú Jesús?

-Soy Yo. La gente grita porque está contenta de que puedas andar. Adiós, pequeño Juan - Jesús lo besa y lo bendice -. Ve con tu mamá y sé bueno.

El niño baja, firme, de las rodillas de Jesús y de éstas al suelo, y corre hacia donde está su madre, le salta al cuello y dice:

-Jesús te bendice. ¿Por qué lloras entonces?

La gente está un poco más callada, Jesús dice con voz de trueno:

-¡Haced como el pequeño Juan, vosotros, que, cayendo en el pecado, os herís! ¡Tened fe en el amor de Dios! La paz sea con vosotros.

Y mientras el vocerío de la multitud, prorrumpiendo en gritos de hosanna, se mezcla con el llanto dichoso de la madre, Jesús, protegido por los suyos, sale de la estancia, y todo termina.

126

Los discursos en Agua Especiosa: No matarás. Muerte de Doras

"No matarás", está escrito. ¿A cuál de los dos grupos de mandamientos pertenece éste? ¿"A1 segundo", decís? ¿Estáis seguros? Otra pregunta: ¿Es un pecado que ofende a Dios o a la víctima? ¿Decís: "A la víctima"? ¿Estáis seguros de esto también? Os hago una tercera pregunta: ¿Es sólo pecado de homicidio? A1 matar, ¿no cometéis más que **este** único pecado? ¿"Este sólo", decís? ¿Ninguno tiene duda de ello? Decid en voz alta vuestras respuestas. Que uno hable por todos vosotros, Yo espero.

Jesús se inclina a acariciar a una niña pequeña que se ha acercado a Él y que lo está mirando extática, olvidándose incluso de seguir mordisqueando la manzana que, para mantenerla quieta, le ha dado su madre.

Se pone en pie un anciano de aspecto grave y dice:

-Escucha, Maestro. Yo sirvo a la sinagoga desde hace mucho tiempo y me han dicho que hable en nombre de todos. Hablo pues. Me parece, nos parece, que hemos respondido según justicia y según cuanto nos han enseñado. Baso mi certidumbre en el capítulo de la Ley que habla del homicidio y de las agresiones físicas. Tú sabes, de todas formas, para qué hemos venido: para ser aleccionados, porque reconocemos en ti sabiduría y verdad. Por tanto, si me equivoco, ilumina mis tinieblas a fin de que el anciano siervo vaya a su Rey vestido de luz. Y, como conmigo, hazlo también con éstos, que son de mi rebaño y que han venido con su pastor a beber las fuentes de la Vida - y se inclina, antes de sentarse, con el máximo respeto.

-¿Quién eres, padre?

-Cleofás, de Emaús, tu siervo.

-No mío, sino de Aquel que me ha enviado, porque debe dársele al Padre toda prioridad y todo amor en el Cielo, en la Tierra y en los corazones. El primero que le tributa este honor es su Verbo, el cual toma y ofrece en la mesa sin defecto los corazones de los buenos como hace el sacerdote con los panes de la proposición. Mas escucha, Cleofás, para que vayas a Dios enteramente iluminado conforme a tu santo deseo.

Para medir una culpa es necesario pensar en las circunstancias que la preceden, la preparan, la justifican, o la explican. ¿A quién he matado?, ¿qué he matado?, ¿dónde?, ¿con qué medios?, ¿por qué he matado?, ¿cómo he matado?, ¿cuándo he matado?: éstas son las preguntas que debe hacerse quien ha matado, antes de presentarse a Dios para pedirle perdón.

¿A quién he matado? A un hombre.

Yo digo: *a un hombre*. No pienso ni considero si es rico o si es pobre, si es libre o si es esclavo. Para mí no existen esclavos u hombres de poder. Existen sólo hombres creados por un único; por tanto, todos iguales. En efecto, frente a la majestad de

Dios es polvo hasta el más poderoso monarca de la tierra, y ante sus ojos y ante los míos no existe sino *una* esclavitud: la del pecado, por tanto, la de estar bajo Satanás. La Ley antigua distingue entre libres y esclavos, y entra en detalles acerca del hecho de matar en el acto o matar dejando sobrevivir un día o dos, o también acerca de si la mujer encinta muere por el golpe recibido, o si pierde la vida sólo su fruto. Pero esto se dijo cuando estaba aún lejana la luz de la perfección. Ahora se halla entre vosotros, y dice: Quienquiera que mate a un semejante suyo peca; y no peca sólo con el hombre, sino también contra Dios.

¿Qué es el hombre? El hombre es la criatura soberana que Dios ha creado para ser rey en la creación, creado a su imagen y semejanza, dándole la semejanza según el espíritu, y la imagen extrayendo de su pensamiento perfecto esta perfecta imagen. Observad el aire, la tierra y las aguas. ¿Acaso veis animal alguno o planta alguna que, por muy hermosos que sean, igualen al hombre? El animal corre, come, bebe, duerme, genera, trabaja, canta, vuela, se arrastra, trepa... pero no tiene la capacidad de hablar. El hombre, como el animal, sabe correr y saltar, y en el salto es tan ágil que emula al ave; sabe nadar, y nadando es tan veloz que semeja al pez; sabe arrastrarse como lo hace un reptil; sabe trepar asemejándose al simio; sabe cantar, y en esto se parece a los pájaros. Sabe engendrar y reproducirse... Pero, además, sabe hablar.

No digáis como objeción: "Todo animal tiene su lenguaje". Sí. Uno muge, otro bala, el otro rebuzna, el otro pía, o gorjea... pero, desde el primer bovino al último, siempre tendrán al mismo y único mugido, y así igualmente el ovino balará hasta el fin del mundo, y el burro rebuznará como rebuznó el primero, y el pardal siempre emitirá su breve canto, mientras que la alondra y el ruiseñor cantarán el mismo himno (al Sol, la primera; a la noche estrellada, el segundo), aunque sea el último día de la Tierra, de la misma manera que saluda-ron al primer Sol y a la primera noche terrestre. El hombre, por el contrario, debido a que no tiene sólo la campanilla y la lengua, sino que también tiene un conjunto de nervios centrados en el cerebro, sede del intelecto, sabe - debido a ello - captar las sensaciones nuevas y reflexionar en ellas y darles un nombre.

Adán puso por nombre "perro" a su amigo, y llamó "león" a aquel que, por su melena tupida y derecha en una cara ligeramente barbada, se le parecía más; llamó "oveja" a la cordera que lo saludaba mansamente, y llamó "pájaro" a esa flor de plumas que volaba como la mariposa y que además emitía, dulce, un canto que ésta no posee. Y andando el tiempo, a lo largo de los siglos, los hijos de Adán siguieron creando nuevos nombres, a medida que "fueron conociendo" las obras de Dios en las criaturas, o cuando - por la chispa divina que hay en el hombre - engendraron, además de otros hijos, cosas útiles, o nocivas, para esos mismos hijos (si estaban *con* Dios o *contra* Dios: están *con* Dios quienes crean y llevan a cabo cosas buenas; están *contra* Dios quienes crean cosas que resultan malélicas para el prójimo). Dios venga a los hijos suyos que han sido torturados por el mal ingenio humano.

El hombre es, pues, la criatura predilecta de Dios. Aunque en la presente situación sea culpable, continúa siendo el más querido por Él: lo testimonia el hecho de que haya enviado a su mismo Verbo - no a un ángel, un arcángel, querubín o serafín, sino a su Verbo -, revistiéndolo de la humana carne, para salvar al hombre; y no consideró indigna esta veste para hacer capaz de sufrir y expiar a Aquel que, por ser como Él purísimo Espíritu, no habría podido sufrir y expiar la culpa del hombre.

El Padre me dijo: "Serás hombre: el Hombre. Yo hice ya un hombre, perfecto, como todo lo que hago. Había dispuesto para él una vida dulce, una dulcísima dormición, un beato despertar, una beatísima permanencia eterna en mi celeste Paraíso. Pero, como Tú sabes, en ese Paraíso no puede entrar nada contaminado, porque en él Yo-Nosotros, Dios Uno y Trino, tenemos trono, y ante este trono no puede haber sino santidad. Yo soy el que soy. Mi divina naturaleza, nuestra misteriosa Esencia, no puede ser conocida sino por aquellos que no tienen mancha. A1 presente, el hombre, en Adán y por Adán, está sucio. Ve. Límpialo. Es mi deseo. Serás Tú, de ahora en adelante, el Hombre, el Primogénito, porque serás el primero en entrar aquí con carne mortal sin pecado, con alma sin culpa original. Los que te han precedido sobre la faz de la tierra, así como los que te seguirán, tendrán vida por tu muerte de Redentor". Sólo podía morir quien previamente hubiera nacido; Yo he nacido, y moriré.

El hombre es la criatura predilecta de Dios. Decíme: si un padre tiene muchos hijos y uno de ellos es su predilecto - la pupila de sus ojos - y se lo matan, ¿no sufrirá más que si la víctima hubiera sido otro de sus hijos? No debería ser así, porque el padre debería ser justo con todos sus hijos, pero de hecho así sucede, y es porque el hombre es imperfecto. Sin embargo, Dios lo puede hacer con justicia, porque el hombre es la única de las criaturas que tiene en común con el Padre Creador el alma espiritual, signo innegable de la paternidad divina.

¿Si se le mata un hijo a un padre, se ofende sólo al hijo? No; también al padre. En la carne, al hijo; en el corazón, al padre: ambos son víctimas. ¿Matando a un hombre se ofende sólo al hombre? No; también a Dios. En la carne, al hombre; en su derecho, a Dios: sólo a Dios le corresponde el dar o quitar la vida y la muerte. Matar es usar violencia contra Dios y contra el hombre. Matar es penetrar en el dominio de Dios. Matar es faltar contra el precepto del amor. Quien mata no ama a Dios, porque destruye una obra de sus manos: un hombre. Quien mata no ama al prójimo, porque le priva al prójimo de aquello que el homicida quiere para sí: la vida.

Ved que así he dado respuesta a las dos primeras preguntas. ¿En dónde he agredido a mi víctima?

Se puede hacer en la calle, en casa de la víctima o atrayéndola a la propia casa. La agresión puede recaer en uno u otro órgano, causando mayor sufrimiento. Puedo cometer incluso dos homicidios en uno, si la víctima es una mujer que tiene el seno grávido de su fruto. Se puede matar en la calle sin tener intención de hacerlo. Un animal que se escape a nuestro control puede matar a un transeúnte; pero entonces en nosotros no hay premeditación. Si, por el contrario, uno va, armado de puñal bajo las hipócritas vestiduras de lino a la casa de su enemigo - y sucede con frecuencia que es enemigo el que ha cometido la equivocación de ser mejor -, o lo invita a su casa, aparentemente por deferencia hacia él, y luego lo degüella y lo echa al pozo, entonces hay premeditación y la culpa es completa en malicia, en crueldad, en violencia.

Si, matando a la madre, mato también a su fruto, entonces Dios me pedirá cuentas de dos, porque el vientre que engendra a un nuevo hombre según el precepto de Dios es sagrado, como lo es la pequeña vida que en aquél madura, a la que Dios ha dado un alma.

¿Qué medios he utilizado?

En vano uno dirá: "No quería matar", cuando en realidad iba armado con un arma segura. En un momento de ira incluso las manos se transforman en arma, y la piedra cogida del suelo, o la rama arrancada del árbol. Mas aquel que observa fríamente el puñal o el hacha y, si cree que cortan poco, los afila, y luego se los ciñe al cuerpo de forma que no se vean pero pueda empuñarlos con facilidad, y preparado de tal suerte va adonde su rival, ciertamente no podrá decir: "No había en mí deseo de agredir". Y aquel que prepara un veneno cogiendo hierbas y frutos venenosos y haciendo con ellos polvo o bebida, y luego lo ofrece a la víctima, como especia o como sidra, ciertamente no podrá decir: "No quería matar".

Y ahora escuchadme vosotras, mujeres, táticas e impunes asesinas de tantas vidas. Separar de vuestro seno un fruto que crece en él, por el hecho de que provenga de culpable simiente, o porque sea un vástago no deseado, una carga a vuestro lado, o una carga para vuestra economía, también es matar. Hay un solo modo de *no* tener esa carga: permanecer castas. No unáis homicidio con lujuria, violencia con desobediencia; no creáis que Dios no ve porque el hombre no vea. Dios ve todo y se acuerda de *todo*. Tenedlo presente también vosotras.

¿Por qué he matado?

¡Oh, por cuántos porqués! Desde el desequilibrio desencadenado en vosotros inesperadamente por una emoción violenta (veros profanado el tálamo, encontraros con un ladrón dentro de casa, un inmundo intento de violar a vuestra hija en la flor de la adolescencia), hasta el frío y meditado cálculo para liberarse de un testigo peligroso, de alguien que obstaculice el propio camino, de alguien a cuyo puesto se aspira o cuya riqueza se ambiciona: éstas, y otras muchas parecidas, son las razones. Pues bien, Dios puede conceder el perdón a quien, febril por el dolor, asesina, mas *no* se lo concede a quien lo hace por ambición de poder o para ganarse la estima de los demás.

Obtrad siempre bien para no temer ni el ojo ni la palabra de nadie. Contentaos con lo vuestro para no aspirar a lo ajeno hasta el punto de convertirlos en asesinos por conseguir lo que es del prójimo.

¿Cómo he matado?

¿Ensañándome con la víctima aun después de la primera reacción impulsiva? En algunas ocasiones el hombre no se puede frenar, porque Satanás lo impele al mal del mismo modo que el hondero lanza la piedra. Pero, ¿qué diríais de una piedra que, habiendo dado en el blanco, volviera por sí misma a la honda para ser lanzada de nuevo y de nuevo golpear en su objetivo? Diríais: "Está poseída por una fuerza mágica e infernal". Así es el hombre que da un segundo, un tercero, un décimo golpe, después del primero, con la misma saña; porque la ira desaparece para dar paso a la razón inmediatamente después del primer impulso, si éste obedece a un motivo en cierto modo justificable, mientras que, por el contrario, la saña aumenta cuantos más golpes recibe la víctima en el *verdadero asesino*, o sea, en el satanás que no tiene ni puede tener piedad del hermano porque, siendo un satanás, es *odio*.

¿Cuándo he matado?

¿Durante el primer impulso? ¿Una vez que éste ha cesado? ¿Fingiendo haber perdonado, mientras que en realidad ha ido fermentando cada vez más el rencor? ¿O he esperado incluso años para cometer el asesinato, produciendo así un doble dolor al matar al padre a través de los hijos?

Así podéis ver cómo al matar se viola el primero y el segundo grupo de mandamientos. En efecto, al hacerlo os arrogáis el derecho de Dios y pisoteáis al prójimo. Es pecado, por tanto, contra Dios y contra el prójimo. Cometéis no sólo un pecado de homicidio, sino también de ira, de violencia, de soberbia, de desobediencia, de sacrilegio, y, en ocasiones - si matáis para haceros con un puesto o con una bolsa -, de codicia. Y no - aludo a ello, os lo explicaré mejor otro día - y no se peca de homicidio sólo con un arma o con veneno; también calumniando. Meditad en ello.

Y digo que el amo que da una paliza a un esclavo, pero con la astucia de que no se le muera entre sus manos, es doblemente culpable. El hombre esclavo no es dinero del amo, es alma de su Dios. ¡Maldito sea, eternamente, quien lo trata peor que a un buey!

El rostro de Jesús está fulgurante y su voz truena. Todos lo miran sorprendidos, porque antes hablaba con serenidad.

Maldito sea. La Ley nueva abroga la dureza contra el esclavo, todavía justa cuando en el pueblo de Israel no había hipócritas que se fingían santos y agudizaban el ingenio sólo para sacar el máximo provecho y eludir la Ley de Dios. Pero al presente - rebosando Israel de estos seres viperinos, que hacen lícito el placer sólo porque ellos son ellos, los miserables poderosos a quienes Dios mira con odio y asco -, al presente Yo digo: ya no es así.

Caen los esclavos en los surcos o ante las piedras de molino; caen, con los huesos quebrantados, visibles los nervios, a causa del látigo. Los acusan de falsos delitos para poderlos golpear, para justificar su propio sadismo satánico. Hasta el milagro se usa como acusación para tener derecho a golpearlos. Ni el poder de Dios, ni la santidad del esclavo convierte su alma retorcida. No puede ser convertida. El *bien no entra donde hay saturación de mal*. Pero Dios ve, y dice: "¡Basta!".

Demasiados son los Caínes que matan a los Abeles. Y ¿qué os pensáis, inmundos sepulcros blanqueados por fuera, por fuera cubiertos con las palabras de la Ley mientras que por dentro se pasea el rey Satanás y pulula el satanismo más astuto, qué os pensáis?, ¿que es sólo Abel hijo de Adán?, ¿que el Señor mira benigno sólo a quienes no son esclavos de hombre mientras que rechaza el único ofrecimiento que puede elevarle el esclavo, el de su honestidad sazónada de llanto? No. En verdad os digo que todo aquel que es justo es un Abel, aunque esté cargado de grilletas, aunque esté muriendo en la gleba, o sangrando por vuestras flagelaciones; en verdad os digo que son Caínes todos los injustos que le dan a Dios, por orgullo, no por verdadero culto, lo que está inquinado con su pecar, y manchado de sangre.

Profanadores del milagro. Profanadores del hombre, asesinos, sacrílegos. ¡Fuera! ¡Fuera de mi presencia! ¡Basta! Yo digo: basta. Y puedo decirlo, porque soy la divina Palabra que traduce el Pensamiento divino. ¡Fuera!

Jesús, en pie, erguido, sobre su tosca tarima, presenta un aspecto tan grave, que verdaderamente asusta. Su brazo derecho extendido señalando a la puerta de salida; sus ojos, dos fuegos azules: parece fulminar a los pecadores presentes. La niña pequeña que estaba a sus pies se echa a llorar y corre hacia donde su mamá. Los discípulos se miran sorprendidos y tratan de ver a quién va dirigida la invectiva. La multitud se vuelve también con mirada interrogativa.

Por fin se descubre el enigma. En el fondo, fuera de la puerta, semiculto tras un grupo de altos aldeanos, se deja ver Doras, aún más seco que antes, amarillo, lleno de arrugas, todo él nariz y mentón prominente. Lleva consigo un siervo que le ayuda a moverse porque parece medio paralítico. ¿Quién podía verle entre la gente que está en el patio? Osa hablar con su voz ronca:

-¿Me dices a mí? ¿Lo dices por mí?

-Por ti, sí. Sal de mi casa.

-Salgo. Pero pronto ajustaremos las cuentas, no lo dudes.

-¿Pronto? ¡Enseguida!. Te dije en su momento que el Dios del Sinaí te espera.

-También a ti, maléfico, que a mí me has acarreado las enfermedades y a mis tierras los animales dañinos. Volveremos a vernos, para gozo mío.

-Sí. Y no te agradecerá el volver a verme, porque Yo te voy a juzgar.

-¡Ja! ¡Ja! mald... - Hace unos aspavientos, gorgotea... y cae.

-¡Ha muerto! - grita el siervo. - ¡Ha muerto el patrón! ¡Bendito seas, Mesías, vengador nuestro!

-No Yo. Dios, Señor eterno. Que ninguno se contamine: que sólo el siervo se ocupe de su patrón. Y sé bueno con su cuerpo. Sed buenos, vosotros todos, sus siervos. No exultéis de alegría, con resentimiento, por el caído, para no merecer condena. Que Dios y el justo Jonás se os muestren siempre amigos, y Yo con ellos. Adiós.

-¿Ha muerto porque Tú así lo has querido? - pregunta Pedro.

-No. Pero el Padre ha entrado en mí... Es un misterio que no puedes entender. Sólo has de saber que no es lícito arremeter contra Dios. Él, sin concurso ajeno, se toma venganza.

-¿Y no podrías decirle al Padre tuyo que hiciera morir a todos los que te odian?

-¡Calla! ¡Tú no sabes de qué espíritu eres! Yo soy Misericordia, no Venganza.

Se acerca el anciano de la sinagoga:

-Maestro, has resuelto todos mis interrogantes, la luz está en mí. Bendito seas. Ven a mi sinagoga. No le niegues a un pobre viejo tu palabra.

-Iré. Vete en paz. El Señor está contigo.

Mientras la multitud se va yendo lentamente, todo termina.

127

Los discursos en Agua Especiosa: No tentarás al Señor tu Dios. Testimonio de Juan el Bautista

Es un día serenísimo de invierno. Hace sol y viento; el cielo está sereno, uniforme, sin el más mínimo vestigio de nubes. Son las primeras horas del día. Hay todavía una fina capa de escarcha, o mejor, de rocío semihelado, que esparce un polvo diamantífero sobre el suelo y sobre las hierbas.

Vienen hacia la casa tres hombres, que caminan con la seguridad de quien sabe a dónde se dirige. Llegando ya, ven a Juan, que en ese momento atraviesa el patio cargado de unos cántaros de agua sacados del pozo, y lo llaman.

Juan se vuelve, deja las cantarillas y dice:

-¿Vosotros aquí? ¡Bienvenidos! El Maestro se alegrará al veros. Venid, venid, antes de que llegue la gente. ¡Ahora viene mucha!...

Son los tres pastores discípulos de Juan Bautista. Simeón, Juan y Matías van contentos detrás del apóstol.

-Maestro, han venido tres amigos. Mira - dice Juan entrando en la cocina, donde arde alegre un gran fuego de leña menuda, que expande un agradable olor a bosque y a laurel quemado.

-Paz a vosotros, amigos míos. ¿Cómo es que venís a verme? ¿Le ha sucedido alguna desgracia al Bautista?

-No, Maestro. Hemos venido con permiso suyo. Te envía saludos y dice que encomiendes a Dios al león perseguido por los arqueros. No se hace ilusiones respecto a su suerte futura, aunque por ahora sigue libre. Está contento porque sabe que tienes muchos fieles, incluidos los que antes eran suyos. Maestro... nosotros también lo deseamos vivamente, pero... no queremos abandonarlo ahora que lo persiguen. Compréndenos... - dice Simeón.

-No sólo eso, sino que os bendigo por ello. El Bautista merece todo respeto y amor.

-Sí. Así es. El Bautista es grande, y cada vez descuella más su figura. Se parece al agave, que poco antes de morir produce el gran candelabro de la septiforme flor y lo ondea, y perfuma. Así es él. Y siempre dice: "Mi único deseo es volver a verlo...". Verte a ti. Nosotros hemos recogido este grito de su alma y te lo hemos venido a traer sin decírselo. Él es "el Penitente", "el Abstinente". Su santo deseo de verte y de oírte lo consume. Yo soy Tobías, ahora Matías. Creo que el arcángel dado a Tobiolo no sería distinto del Bautista; todo en él es sabiduría.

-¿Quién ha dicho que no lo vuelva a ver?... Pero, ¿habéis venido sólo para esto? Es penoso caminar durante esta estación. Hoy hace un tiempo sereno, pero, hasta hace sólo tres días, ¡cuánta lluvia por los caminos!

-No hemos venido sólo por esto. Hace unos días vino Doras, el fariseo, a purificarse, pero el Bautista le negó el rito diciendo: "No llega el agua a donde hay una costra tan grande de pecado. Uno sólo te puede perdonar: el Mesías". Entonces él dijo: "Iré a verlo. Quiero curarme. Creo que este mal es su maleficio". Entonces el Bautista lo arrojó de su presencia como lo habría hecho con Satanás. Él, al irse, vio a Juan - lo conocía desde que Juan visitaba a Jonás, con quien estaba algo emparentado - y le dijo que venía, que todos iban, que había venido Manahén y hasta incluso venían las... (yo digo meretrices, pero él dijo un nombre más feo). "Agua Especiosa - decía - está llena de ilusos. Ahora, si me cura y me retira la maldición de mis tierras - que están como excavadas por máquinas de guerra por ejércitos de topes y gusanos y cortones que horadan los granos sembrados y

roen las raíces de los árboles frutales y de las vides y, no hay nada que los venza -, me haré amigo suyo; si no... ¡ay de Él!". Nosotros le respondimos: "¿Y vas con esta disposición de ánimo?". Y él respondió: "Pero quién cree en ese satanás. Además, lo mismo que convive con las meretrices puede hacer alianza conmigo". Nosotros queríamos venir a decírtelo, para que pudieras saber a qué atenerte con Doras».

-Ya está todo resuelto.

-¿Ya? ¡Ah, es verdad!, que él tiene carros y caballos y nosotros sólo las piernas. -¿Cuándo ha venido?

-Ayer.

-¿Y qué ha ocurrido?

-Esto: que si queréis ocuparos de Doras podéis ir al duelo a su casa de Jerusalén. Lo están preparando para la sepultura.

-¿Muerto?

-Muerto. Aquí. Pero no hablemos de él.

-Sí, Maestro... Sólo... dinos una cosa. ¿Es verdad cuanto dijo de Manahén?

-Sí. ¿Os desagrada?

-No, no..., nos alegra. ¡Cuánto le hemos hablado de ti en Maqueronte! Y, ¿qué otra cosa puede querer el apóstol sino que sea amado el Maestro? Es lo que Juan quiere, y, con él, nosotros.

-Hablas bien, Matías; la sabiduría está contigo.

-Y... yo no lo creo, pero ahora la hemos visto... Vino también a nosotros buscándote a ti antes de los Tabernáculos; y le dijimos: "Quien tú buscas no está aquí, pero estará pronto en Jerusalén para los Tabernáculos". Eso le dijimos, porque el Bautista nos había dicho: "¿Veis a esa pecadora?: es una costra de inmundicia; pero lleva dentro una llama a la que hay que alimentar; así, se avivará de tal modo que surgirá impetuosamente de debajo de la costra y todo arderá. Caerá la inmundicia y quedará sólo la llama". Eso dijo. Pero... ¿es verdad que duerme aquí, como han venido a decirnos dos influyentes escribas?

-No. Está en uno de los establos del capataz, a más de un estadio de aquí.

-¡Lenguas de infierno! ¿Has oído? ¡Y ellos!...

-Dejadlos que hablen. Los buenos no creen en sus palabras, sino en mis obras.

-Esto lo dice también Juan. Hace unos días, algunos discípulos suyos, nosotros presentes, le han dicho: "Rabí, Aquel que estaba contigo al otro lado del Jordán, del que tú diste testimonio, ahora bautiza, y todos van a Él; te vas a quedar sin fieles". A lo que Juan respondió:

-¡Dichoso mi oído, que oye esta noticia! ¡No sabéis qué alegría me dais! Sabed que el hombre no puede tomar nada si no le es dado del Cielo. Vosotros podéis testificar que he dicho: 'Yo no soy el Cristo, si no el que ha sido enviado delante para prepararle el camino'. El hombre justo no se apropia de un nombre ajeno, y aunque otro hombre quisiera alabarle diciéndole: "eres ése", es decir: el Santo, él responde: "No, realmente no es así; yo soy su siervo". Y de todas formas se alegra mucho de ello, porque dice: "Se ve que me asemejo a Él un poco, si el hombre me puede confundir con Él". Y, ¿qué desea la persona que ama sino parecerse a su amado? Sólo la esposa goza del esposo. El parainfante no podría gozar de ella, porque sería una inmoralidad y un hurto. Pero el amigo del novio, que está cerca de él y escucha su palabra llena de júbilo nupcial, siente una alegría tan viva que podría compararse a la que hace dichosa a la virgen casada con él, la cual en aquella palabra comienza ya a degustar la miel de las palabras nupciales. Esta es mi alegría, y es completa. ¿Y qué hace el amigo del novio, habiéndole servido durante meses, y habiéndolo conducido a la esposa a casa? Se retira y desaparece. ¡Así hago yo! ¡Así hago yo! Uno sólo queda, el esposo con la esposa: el Hombre con la Humanidad. ¡Oh, qué palabra más profunda! Es necesario que Él crezca y que yo merme. Quien del Cielo viene está por encima de todos. Patriarcas y Profetas desaparecen a su llegada, porque Él es como el Sol, que todo lo ilumina y su luz es tan viva que los astros y planetas sin luz se visten de ella, y los que aún no están apagados quedan anulados en el supremo esplendor del Sol. Esto sucede porque Él viene del Cielo, mientras que los Patriarcas y los Profetas irán al Cielo, pero no vienen del Cielo. Quien viene del Cielo es superior a todos, y anuncia lo que ha visto y oído. Pero ninguno de entre los que no tienden al Cielo, renegando de Dios por ello, podrá aceptar su testimonio. Quien acepta el testimonio del que ha bajado del Cielo, con este acto suyo de creer, imprime un sello a su fe en que Dios es verdadero y no una fábula exenta de verdad, y escucha a la Verdad porque su ánimo está deseoso de ella. Porque Aquel a quien Dios ha enviado pronuncia palabras de Dios, pues Dios le da el Espíritu con plenitud, y el Espíritu dice: "Aquí estoy. Tómame; que quiero estar contigo, delicia de nuestro amor". Porque el Padre ama al Hijo sin medida y todas las cosas las ha puesto en su mano. Por eso quien cree en el Hijo tiene la vida eterna; mas quien se niega a creer en el Hijo no verá la Vida, y la cólera de Dios permanecerá en él y sobre él".

-Esto dijo. Estas palabras me las he grabado en mi mente para transmitírtelas - dice Matías.

-Te lo agradezco y te alabo por ello. El Profeta último de Israel no es Aquel que del Cielo baja, pero, por haber recibido el beneficio de los dones divinos ya desde el vientre de su madre - vosotros no lo sabéis, pero Yo os lo digo ahora -, es el que más se acerca al Cielo.

-¿Cómo? ¿Cómo? ¡Háblanos! Él dice de sí mismo: "Yo soy el pecador".

Los tres pastores se muestran ansiosos de saber, así como también los discípulos.

-Cuando la Madre me llevaba, de mí-Dios estando encinta, fue a servir - porque es la Humilde y Amorosa - a la madre de Juan, prima suya por parte de madre, que había quedado embarazada en su vejez. Ya el Bautista tenía su alma, porque estaba en el séptimo (*tenía su alma, porque estaba en el séptimo mes de su formación. Esta afirmación no excluye el que el alma sea infundida desde el primer instante de la concepción. Lo que parece, más bien, es que Jesús quiere rechazar la opinión de que el individuo reciba su alma en el momento del nacimiento o, incluso, después de haber nacido*) mes de su formación. Y este brote de hombre, dentro del seno materno, saltó de alegría al oír la voz de la Esposa de Dios. También en esto fue precursor; precedió a los redimidos, porque de seno a seno se efundió la Gracia, y penetró, y cayó la Culpa original del alma del niño. Por ello Yo digo

que sobre la faz de la Tierra tres son los poseedores de la Sabiduría, del mismo modo que en el Cielo Tres son los que son Sabiduría: el Verbo, la Madre, el Precursor, en la Tierra; el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, en el Cielo.

-Nuestro corazón está henchido de estupor... Casi como cuando se nos dijo: "Ha nacido el Mesías...". Porque Tú eras la profundidad abisal de la misericordia y nuestro Juan lo es de la humildad.

-Y mi Madre, de la pureza, de la gracia, de la caridad, de la obediencia, de la humildad, de toda virtud que sea de Dios y que Dios infunda a sus santos.

-Maestro - dice Santiago de Zebedeo - hay mucha gente.

-Vamos. Venid también vosotros.

Es muchísima la gente.

-La paz sea con vosotros - dice Jesús. Está sonriente como pocas veces. La gente cuchichea y lo señala con gestos. Hay mucha curiosidad en el ambiente.

"No tentarás al Señor tu Dios", está escrito.

Demasiadas veces se olvida este mandamiento. Se tiente a Dios cuando se le quiere imponer nuestra voluntad. Se tiente a Dios cuando imprudentemente se actúa contra las reglas de la Ley, que es santa y perfecta y en su lado espiritual - el principal - se ocupa y se preocupa, también, de la carne que Dios ha creado. Se tiente a Dios cuando, habiendo sido perdonados por Él, se vuelve a pecar. Uno tiente a Dios cuando, habiendo recibido de Él un beneficio que pretendía ser un bien para sí, algo que le moviera hacia Dios, lo transforma en un daño.

Dios no es objeto de risa ni de burla. Demasiadas veces sucede esto. Ayer habéis presenciado el castigo que espera a quienes pretenden mofarse de Dios. El eterno Dios, lleno de compasión con quien se arrepiente, se muestra, por el contrario, lleno de severidad con el impenitente que en manera alguna se modifica a sí mismo.

Vosotros venís a mí para oír la palabra de Dios. Venís para obtener un milagro. Venís para obtener el perdón. Y el Padre os da palabra, milagro y perdón. Y Yo no echo de menos el Cielo, porque puedo daros milagros y perdón, y puedo haceros conocer a Dios.

Ese hombre cayó ayer fulminado, como Nadab y Abiú, por el fuego de la divina indignación. De todas formas, absteneos de juzgarlo. Que lo que ha sucedido, que ha sido un nuevo milagro, solamente os haga meditar acerca de cómo hay que actuar para tener a Dios como amigo. Él quería el agua penitencial, pero sin espíritu sobrenatural; la quería por espíritu humano: como una práctica mágica que le curase la enfermedad y lo liberase de la desventura. El cuerpo y la cosecha: éstos eran sus fines, no su pobre alma, que no tenía valor para él; lo valioso para él era la vida y el dinero.

Yo digo: "El corazón está donde está el tesoro, y el tesoro donde el corazón. Por tanto, el tesoro está en el corazón".

Él en el corazón tenía la sed de vivir y de tener mucho dinero. ¿Cómo obtenerlo?: como fuera; incluso con el delito. Pues bien, pedir así el bautismo ¿no era reírse de Dios y tentarlo? Habría bastado el arrepentimiento sincero por su larga vida de pecado para proporcionarle una santa muerte y lo justo en esta tierra. Pero él era el impenitente. No habiendo amado nunca a nadie aparte de sí mismo, llegó a no amarse ni siquiera a sí mismo. Porque el odio mata incluso el amor animal egoísta del hombre hacia sí mismo. El llanto del arrepentimiento sincero habría debido ser su agua lustral. De la misma forma, para todos vosotros que estáis escuchando; porque sin pecado no hay nadie, y todos, por tanto, tenéis necesidad de esta agua que, exprimida por el corazón mismo, desciende y lava, da de nuevo la virginidad a quien ha sido profanado, levanta al abatido, da nuevo vigor a quien la culpa ha dejado exangüe.

Ese hombre se preocupaba sólo de la miseria de la tierra, cuando en realidad sólo una miseria debe apesadumbrar al hombre: la eterna miseria de perder a Dios. Ese hombre no dejaba de hacer las ofrendas rituales, mas no sabía ofrecer a Dios un sacrificio de espíritu, es decir, alejarse del pecado, hacer penitencia, pedir con **los hechos** el perdón. Una hipócrita ofrenda de riquezas mal adquiridas es como invitarle a Dios a que se haga cómplice de las malas acciones del hombre. ¿Es posible que esto suceda? ¿No es reírse de Dios el pretenderlo? Dios arroja de su presencia a quien dice: "he aquí que sacrifico" y se consume internamente por continuar su pecado. ¿Ayuda, acaso, el ayuno corporal cuando el alma no ayuna del pecado?

Que la muerte de este hombre, que ha acontecido aquí, os haga meditar sobre las condiciones necesarias para gozar del aprecio de Dios. Ahora, en su rico palacio, los familiares y las plañideras hacen duelo ante los restos mortales que dentro de poco serán conducidos al sepulcro. ¡Oh, verdadero duelo y verdaderos restos mortales! ¡Nada más que unos restos mortales! Nada más que un desconsolado duelo, porque el alma, precedente e irremisiblemente muerta, se verá para siempre separada de aquellos que amó por parentela y afinidad de ideas. Aunque una misma morada los una eternamente, el odio que allí reina los dividirá. Es así que entonces la muerte es *verdadera* separación. Mejor sería que, en vez de los demás, fuese el propio hombre quien, teniendo muerta el alma, llorase por sí mismo; de modo que, por ese llanto de contrito y humilde corazón, le devolviera al alma la vida con el perdón de Dios.

Idos, sin odio ni comentarios, nada más que con humildad; como Yo, que, no con odio sino por justicia, he hablado de él. La vida y la muerte son maestras para bien vivir y bien morir, y para conquistar la Vida sin muerte. La paz sea con vosotros.

-No hay ni enfermos ni milagros - y Pedro les dice a los tres discípulos del Bautista: «Lo siento por vosotros».

-No es necesario. Nosotros creemos sin ver. Hemos tenido el milagro de su natividad, que nos ha hecho creyentes, y ahora tenemos su palabra, que confirma nuestra fe. Sólo pedimos servirla hasta el Cielo, como Jonás, hermano nuestro.

Todo termina.

Jesús se abre paso entre un verdadero pequeño pueblo que lo llama desde todas partes. Uno le enseña sus heridas, otro le enumera sus desventuras, un tercero se limita a decir: «Ten piedad de mí». Hay también quien le presenta a su propio hijito para que lo bendiga. El día, sereno y sin viento, ha llevado allí a muchísima gente. Jesús ha llegado casi a su puesto, cuando, del sendero que lleva al río, sube un lamento conmovedor:

-¡Hijo de David, ten piedad de este pobre infeliz tuyo!

Jesús se vuelve en esa dirección, como también la gente y los discípulos; pero unos tupidos matorrales de bojes esconden a la persona que ha proferido esta súplica.

-¿Quién eres? Ven.

-No puedo. Estoy contaminado. Debo ir donde el sacerdote para que me cancelen del mundo. He pecado y me ha brotado la lepra en el cuerpo. ¡Espero en ti!

-¡Un leproso! ¡Un leproso! ¡Maldito! ¡Lapidémoslo! - la muchedumbre se solivianta.

Jesús hace un gesto que impone silencio e inmovilidad.

-No está más contaminado que quien está en pecado. A los ojos de Dios, es todavía más inmundo el pecador impenitente que el leproso arrepentido. Quien sea capaz de creer, que venga conmigo.

Algunos curiosos, además de los discípulos, siguen a Jesús. Los demás, aun deseando ir, se quedan donde están.

Jesús va hasta más allá de la casa y del sendero, hacia los matorrales de bojes, pero luego se detiene y le ordena al leproso que se deje ver.

Sale un muchacho todavía casi adolescente. Bigote y barba tenues cubren apenas su rostro: es un rostro aún fresco y lleno. Tiene los ojos enrojecidos por el llanto.

Un gran grito de entre un grupo de mujeres enteramente tapadas - ya lloraban en el patio de la casa al pasar Jesús, y su llanto había aumentado por las amenazas de la muchedumbre - le saluda:

-¡Hijo mío!... Y la mujer cae sin fuerzas en los brazos de otra, que no sé si es pariente o amiga.

Jesús, solo, sigue avanzando hacia el desdichado:

-Eres muy joven. ¿Cómo es que estás leproso?

El joven baja los ojos, se enciende de rubor su rostro, balbucea... y no se atreve a más. Jesús repite la pregunta. El muchacho dice algo en forma más nítida, pero sólo se cogen las palabras:

-...Mi padre... fui... y pecamos... no sólo yo...

-Allí está tu madre, esperando y llorando. En el Cielo está Dios, que sabe lo sucedido, aquí estoy Yo, que también lo sé, pero necesito tu humillación para tener piedad. Habla.

-Habla, hijo. Ten piedad de las entrañas que te llevaron - gime la madre, que se ha hecho gran violencia para llegar hasta donde Jesús, y que ahora, de rodillas, teniendo en una mano inconscientemente el limbo del indumento de Jesús, tiende la otra hacia su hijo mostrando su pobre rostro abrasado en lágrimas.

Jesús le pone la mano sobre la cabeza.

-Habla -vuelve a decir.

-Soy el primogénito y ayudo a mi padre en los negocios. Él me ha mandado a Jericó muchas veces para hablar con sus clientes, y... y uno... uno tenía una mujer joven y hermosa... Me... me gustó. Fui más allá de donde debía... Le gusté... Nos deseamos y... pecamos en ausencia del marido... No sé cómo sucedió, porque ella estaba sana. Sí. No sólo yo estaba sano y la quise... ella también estaba sana y me quiso. No sé si... si además de a mí amó antes a otros y se había contagiado... Sí sé que ella se marchitó en poco tiempo y que ahora está en los sepulcros muriendo en vida... Y yo... y yo... ¡Mamá!, tú lo has visto, es poca cosa, pero dicen que es lepra... y... moriré de lepra. ¿Cuándo?... Se acabó la vida, la casa... y tú, mamá... ¡Oh, mamá, te veo y no te puedo besar!... Hoy vienen a descoserme los vestidos y a arrojarme de casa... del pueblo... Es peor que si hubiera muerto; ni siquiera tendré el llanto de mi madre sobre mi cadáver...

El joven llora. La madre está tan estremecida por los sollozos que parece un árbol zarandeado por el viento. La gente hace comentarios dictados por sentimientos opuestos.

Jesús está apenado. Habla:

-Y mientras pecabas ¿no pensabas en tu madre? ¿Estabas tan enajenado que no te acordabas de que tenías una madre en la Tierra y un Dios en el Cielo? Si no te hubiera aparecido la lepra, ¿te habrías acordado alguna vez de que habías ofendido a Dios y al prójimo? ¿Qué has hecho de tu alma? ¿Qué has hecho de tu juventud?

-Fui tentado...

-¿Eres acaso un niño, para no saber que era un fruto maldito? Merecerías morir sin piedad».

-¡Oh! ¡Piedad! Sólo Tú puedes...

-No Yo, Dios, y si aquí juras no pecar más.

-Lo juro. Lo juro. ¡Sálvame, Señor! Dispongo sólo de pocas horas antes de la condena. ¡Mamá!... ¡Mamá, ayúdame con tu llanto!... ¡Oh..., madre mía!

La mujer ya no tiene ni siquiera voz. Lo único que hace es agarrarse a las piernas de Jesús y levantar su cara con los ojos dilatados por el dolor: una cara de tragedia como de quien se está ahogando y sabe que ése es el último apoyo que lo sujeta y que puede salvarlo.

Jesús la mira. Le sonrío compasivo:

-Levántate, madre. Tu hijo está curado; pero por ti, no por él.

La mujer todavía no cree; le parece que, así, a distancia, no puede haber quedado curado, y hace signos de disentimiento entre continuos sollozos.

-Hombre, quítate la túnica del pecho, donde tenías la mancha; para consolar a tu madre.

El joven se baja el vestido, apareciendo desnudo ante los ojos de todos. No tiene sino una piel uniforme y lisa de joven bien robusto.

-Mira, madre - dice Jesús, y se inclina para levantar a la mujer. Este movimiento sirve también para contenerla cuando su amor de madre y el hecho de ver el milagro la hubiera lanzado contra su hijo sin esperar a su purificación. Sintiendo impedida para ir a donde la impulsa su amor materno, se abandona en el pecho de Jesús, a quien besa en un verdadero delirio de alegría. Lloro, ríe, besa, bendice... y Jesús la acaricia con piedad. Luego le dice al muchacho:

-Ve al sacerdote, y acuérdate de que Dios te ha curado por tu madre y para que seas justo en el futuro. Ve.

El muchacho bendice al Salvador y se marcha. A distancia, le siguen su madre y las otras mujeres que estaban con ella. La muchedumbre grita jubilosa.

Jesús vuelve a su puesto.

-Este joven también había olvidado que hay un Dios que ordena honestidad de costumbres; había olvidado que está prohibido hacerse dioses al margen de Dios; había olvidado que debía santificar su sábado, como he enseñado; había olvidado que existe el respeto amoroso a la madre; había olvidado que no se debe fornicar, ni robar, ni ser falso, ni desear la mujer del prójimo, ni matarse uno a sí mismo o la propia alma, ni cometer adulterio: había olvidado todo; ya veis cuál había sido su castigo.

"No desearás la mujer del prójimo" se une a "no cometerás adulterio", porque el deseo precede siempre a la acción. El hombre es demasiado débil como para poder desear sin llegar después a consumir el deseo. Y lo que es verdaderamente triste es que el hombre no sepa hacer lo mismo respecto a los deseos justos. En el mal se desea y luego se cumple; en el bien, se desea, para luego detenerse, aunque no se retroceda.

Lo que le he dicho a él os lo digo a todos vosotros, porque el pecado de deseo está tan difundido como las malas hierbas, que por sí solas se propagan: ¿Sois unos niños como para no saber que esa tentación es venenosa y que hay que huir de ella? "Fui tentado." ¡Frase remota! Mas, he aquí que tenemos también un remoto ejemplo, y, por tanto, debería el hombre acordarse de sus consecuencias, y debería saber decir: "No". En nuestra historia no faltan ejemplos de castos, que permanecieron tales a pesar de todas las seducciones del sexo y a pesar de las amenazas de los violentos.

¿Es un mal la tentación? No lo es; es la obra del Maligno, pero se transforma en gloria para quien la vence.

El marido que va a otros amores es un asesino de su esposa, de sus hijos, de sí mismo. Quien entra en morada ajena para cometer adulterio es un ladrón, y de los más viles: como el cuco, goza del nido ajeno sin aportar nada. Quien sustrae la buena fe al amigo es un falsario, porque finge una amistad que en realidad no tiene: quien así actúa se deshonor a sí mismo y deshonor a sus padres. ¿Puede, entonces, tener a Dios consigo?

He hecho el milagro por esa pobre madre. Pero me da tanto asco la lujuria, que me siento nauseado. Vosotros habéis gritado por miedo y repulsa de la lepra; Yo, con mi alma, he gritado a causa de la repugnancia por la lujuria. Todas las miserias me circundan y por todas ellas Yo soy el Salvador, pero prefiero tocar a un muerto, a un justo que esté ya descompuesto en la carne suya que fue honesta, mas en paz ya su espíritu, antes que acercarme a uno que tenga tufo de lujuria. Soy el Salvador, pero también soy el Inocente. Tengan presente esto todos los que vienen aquí o hablan de mí, proyectando en mi personalidad la levadura de la suya.

Comprendo que vosotros querríais de mí algo distinto, pero no puedo. La ruina de una juventud apenas formada y demolida por la libidine me ha turbado más que si hubiera tocado la Muerte. Vamos con los enfermos; no pudiendo, por la náusea que me ahoga, ser la Palabra, seré la Salud de quien espera en mí.

La paz esté con vosotros.

Efectivamente Jesús está muy pálido y su rostro denota dolor. No le vuelve la sonrisa sino cuando se agacha hacia unos niños enfermos u otras personas enfermas en sus camillas. Entonces vuelve a ser Él, especialmente cuando metiendo su dedo en la boca de un mudito de unos diez años le hace decir «Jesús», y luego «mamá».

La gente se marcha muy lentamente.

Jesús se queda paseando bajo el sol que inunda la era, hasta que viene el Iscariote:

-Maestro, yo no estoy tranquilo...

-¿Por qué, Judas?

-Por los de Jerusalén... Yo los conozco. Déjame ir allí unos días. No me refiero a que me mandes solo; es más, te ruego que no sea así. Mándame con Simón y Juan, que fueron muy buenos conmigo durante el primer viaje a Judea. Uno me frena, el otro me purifica hasta en el pensamiento. ¡No te puedes imaginar lo que significa Juan para mí!: es rocío que calma mis ardores, aceite sobre mis aguas agitadas... Créelo.

-Lo sé. Por eso, no te debes asombrar de que Yo lo quiera tanto. Es mi paz. Pero tú también, si eres siempre bueno, serás mi consuelo. Si usas los dones de Dios -y tienes muchos -para el bien, como estás haciendo desde hace algunos días, llegarás a ser un verdadero apóstol.

-¿Y me amarás como a Juan?

-Yo te amo igualmente, Judas; sólo que entonces lo haré sin esfuerzo y dolor.

-¿Qué bueno eres, Maestro mío!

-Ve a Jerusalén, aunque no va a servir para nada. No quiero contrariar tu deseo de ayudarme. Ahora se lo digo inmediatamente a Simón y a Juan. Vamos. ¿Has visto cómo sufre tu Jesús por ciertas culpas? Son como uno que ha levantado un peso demasiado fuerte. No me des nunca este dolor. Nunca más...

-No, Maestro, No. Te quiero. Tú lo sabes... pero soy débil...

-El amor fortalece.

Entran en casa y todo termina.

La curación, en Agua Especiosa, de un romano endemoniado

Jesús está hoy con los nueve que se han quedado; los otros tres han salido para Jerusalén. Tomás, siempre alegre, tiene que multiplicarse para atender a sus verduras - y también a las otras incumbencias más espirituales -, mientras que Pedro, Felipe, Bartolomé y Mateo se encargan de los peregrinos; los demás van al río para el bautismo (¡verdaderamente de penitencia, con el frío que hace!).

Jesús está todavía en su rincón, en la cocina. Tomás trajina, pero guarda silencio para dejar tranquilo al Maestro. En ese momento entra Andrés y dice:

-Maestro, hay un enfermo que a mí me parece que convendría curarlo enseguida porque... dicen que está loco, porque no son israelitas; nosotros diríamos que está poseído. Chilla, vocea, se retuerce... Ven a ver.

-Ahora mismo. ¿Dónde está?

-Todavía en el campo. ¿Oyes esos aullidos? Es él. Parece un animal, pero es él. Debe ser un hombre rico porque el que lo acompaña va bien vestido, y al enfermo lo han bajado de un carro de mucho lujo muchos siervos. Debe ser pagano porque blasfema contra los dioses del Olimpo».

-Vamos.

-Voy también yo a ver - dice Tomás (su curiosidad por ver es mayor que su preocupación por las verduras).

Salen y, en vez de torcer hacia el río, tuercen hacia los campos que separan esta granja (nosotros la llamaríamos así) de la casa del capataz.

En medio de un prado, donde antes pastaban unas ovejas (que ahora, espantadas, se han diseminado en todas las direcciones, y que los pastores y un perro - el segundo que veo desde que veo - en vano las vuelven a agrupar), hay un hombre al que tienen atado fuertemente y que, a pesar de todo, pega unos botes de loco, gritando terriblemente, y cada vez más fuerte a medida que Jesús se acerca.

Pedro, Felipe, Mateo y Natanael están allí cerca, perplejos. Hay también más gente, sólo hombres, porque las mujeres tienen miedo.

-¿Has venido, Maestro? ¿Ves qué furia? - dice Pedro.

-Ahora se le pasará.

-Pero... es pagano, ¿sabes?

-¿Y qué valor tiene eso?

-¡Hombre!... ¡por el alma!...

Jesús sonríe ligeramente y sigue; llega al grupo del loco, que cada vez se agita más.

Se separa del grupo uno que por el indumento y por llevar el rostro rasurado se ve que es romano, y saluda diciendo:

-¡Salve, Maestro! He oído hablar de ti. Eres más grande que Hipócrates en el arte de curar y que el simulacro de Esculapio en obrar milagros con las enfermedades. Porque sé esto, he venido. Mi hermano, ya lo ves, está loco a causa de un misterioso mal. Ningún médico sabe lo que le pasa. He ido con él al templo de Esculapio y ha salido aún más loco. En Tolemaida tengo un familiar, me envió un mensaje con una galera, decía que aquí había Uno que curaba a todos, y he venido. ¡Qué viaje más horroroso!

-Merece premio.

-Pero, mira, no somos ni siquiera prosélitos. Somos romanos, fieles a los dioses. Vosotros decís "paganos". Somos de Síbaris, pero ahora estamos en Chipre.

-Es verdad. Paganos sois.

-Entonces... ¿para nosotros nada? O tu Olimpo rechaza al nuestro o el nuestro al tuyo».

-Mi Dios, único y Trino reina, único y solo.

-He venido en vano -dice desilusionado el romano.

-¿Por qué?

-Porque yo soy de otro dios.

-El alma es creada por Uno Solo.

-¿El alma?...

-El alma. Esa cosa divina que Dios crea para cada uno de los hombres: compañera en la existencia, superviviente más allá de la existencia.

-¿Y dónde está?

-En lo profundo del yo. Pero, a pesar de que esté, como cosa divina, en el interior del más sagrado templo, de ella se puede decir -y digo "ella", no ésta, porque no es una cosa, sino un ente verdadero y digno de todo respeto - que no está contenida, sino que contiene.

-¡Por Júpiter! ¿Eres filósofo?

-Soy la Razón unida a Dios.

-Creía que lo eras, por lo que decías...

-¿Y qué es la filosofía, cuando es verdadera y honesta, sino la elevación de la humana razón hacia la Sabiduría y la Potencia infinitas, o sea, hacia Dios?

-¡Dios! ¡Dios!... Ahí tengo a ese desdichado que me perturba, pero casi me olvido de su estado por escucharte a ti, divino.

-No lo soy como tú lo dices. Tú llamas divino a quien supera lo humano; Yo digo que tal nombre debe darse sólo a quien procede de Dios.

-¿Qué es Dios? ¿Acaso alguien lo ha visto?

-Está escrito: "¡A ti, que nos formaste, salve! Cuando describo la perfección humana, la armonía de nuestro cuerpo, celebro tu gloria". Alguien dijo: "Tu bondad refulege en que has distribuido tus dones a todos los que viven para que todo hombre tuviera aquello que necesita; y tu sabiduría queda testificada por tus dones, como tu poder al cumplirse tus deseos". ¿Reconoces estas palabras?

-Si Minerva me ayuda... son de Galeno. ¿Cómo es que las sabes? ¡Me maravillo!...

Jesús sonríe y responde:

-Ven al Dios verdadero y su divino espíritu te hará docto en la "verdadera sabiduría y piedad, que es conocerte a ti mismo y dar culto de adoración a la Verdad"

-¡Pero si sigue siendo Galeno! Ahora estoy seguro. No sólo eres médico y mago, sino también filósofo. ¿Por qué no vienes a Roma?

(El nombre de Galeno citado aquí, si no es un error de escritura o de lectura, tiene que referirse a un Galeno distinto del que conocemos, médico y filósofo que vivió en el siglo segundo después de Cristo)

-No soy ni médico ni mago ni filósofo, como tú dices, sino testimonio de Dios en la Tierra. 'Traedme aquí al enfermo.

Entre gritos y forcejeos lo arrastran hasta allí.

-¿Ves? Dices que está loco; dices que ningún médico ha podido curarlo. Es cierto: ningún médico, porque no está loco; lo que sucede es que un ser infernal - así te hablo porque eres pagano - ha entrado en él.

-Pero no tiene espíritu pitón. Es más, dice sólo cosas erróneas.

-Nosotros lo llamamos "demonio", no pitón; está el que habla y el mudo, el que engaña con razones con color de verdad y el que sólo crea desorden mental. El primero de estos dos es el más completo y peligroso. Tu hermano tiene el segundo, pero ahora saldrá de él.

-¿Cómo?

-El mismo te lo dirá.

Jesús ordena:

-¡Deja a este hombre! Vuelve a tu abismo.

-Me marchó. Contra ti, demasiado débil es mi poder. Me echas y me amordazas. ¿Por qué siempre nos vences?...

El espíritu ha hablado por la boca del hombre, el cual, después de ello, se desploma como derregado.

-Está curado. Soltadlo sin miedo.

-¿Curado? ¿Estás seguro? ¡Yo... yo te adoro!

El romano hace ademán de postrarse.

Jesús no quiere:

-Alza el espíritu. En el Cielo está Dios. Adóralo a Él y ve hacia Él. Adiós.

-No. Así no. A1 menos toma. Permíteme que haga como haría con los sacerdotes de Esculapio. Permíteme oírte hablar... Permíteme hablar de ti en mi patria...

-Hazlo, y ven con tu hermano.

El tal hermano mira a su alrededor asombrado y pregunta:

-Pero, ¿dónde estoy? ¡Esto no es Cintium! ¿Dónde está el mar.

-Sufrías... - Jesús hace un gesto para imponer silencio - sufrías a causa de una fuerte fiebre y te han traído a otro clima.

Ahora estás mejor. Ven.

Todos van a la estancia grande (pero no todos conmovidos de la misma forma: como hay quien admira, también hay quien critica la curación del pagano).

Jesús va a su puesto. Tiene en la primera fila de la asamblea a los romanos.

-No os moleste el que cite un pequeño párrafo de los Reyes. En él se lee que, estando el rey de Siria preparado para la guerra contra Israel, tenía en su corte un hombre que era grande y honrado, de nombre Naamán, leproso. Se lee igualmente que a este hombre una jovencita de Israel venida a ser esclava suya - de ella se habían apoderado los sirios - le dijo: "Si mi señor hubiera ido al profeta que está en Samaria, sin duda le habría curado de la lepra". Oído esto, Naamán, pedida licencia al rey, siguió el consejo de la joven. El rey de Israel, sin embargo, muy desasosegado, dijo: "¿Acaso soy Dios para que el rey de Siria me envíe a los enfermos? Esto es una trampa para provocar la guerra". Pero el profeta Eliseo, conocido el hecho, dijo: "Que venga a mí el leproso y yo lo curaré y sabrá que hay un profeta en Israel". Naamán fue entonces a donde Eliseo, pero Eliseo no lo recibió; simplemente le envió este mensaje: "Lávate siete veces en el Jordán y quedarás limpio". Esto enojó a Naamán, pareciéndole que en balde había hecho tanto camino, e, indignado, se preparó para volverse. Pero los siervos le dijeron: "No te ha pedido más que lavarte siete veces, y, aunque te hubiera ordenado mucho más, deberías hacerlo, porque él es el profeta". Entonces Naamán cedió. Fue, se lavó y recuperó la salud. Jubiloso, retornó a donde el siervo de Dios y le dijo: "Ahora sé la verdad: no hay otro Dios sobre toda la Tierra, sino solamente el Dios de Israel". Y, dado que Eliseo no quería dones, le pidió poder tomar al menos tanta tierra como para poder sacrificar, sobre tierra de Israel, al Dios verdadero.

Sé que no todos vosotros aprobáis lo que he hecho. Sé también que no estoy obligado a justificarme ante vosotros. Pero, puesto que os amo con amor verdadero, quiero que comprendáis mi gesto y de él aprendáis, y que desaparezca de vuestro ánimo todo sentido de crítica o de escándalo.

Aquí tenemos a dos súbditos de un estado pagano. Uno estaba enfermo. Se les dijo - ciertamente por medio de Israel - a través de un pariente: "Si fuerais al Mesías de Israel, Él sanaría al enfermo". Y ellos han venido a mí de muy lejos. Mayor aún su confianza que la de Naamán, porque nada sabían de Israel y del Mesías, mientras el sirio, por la cercanía de las naciones y por el continuo contacto con esclavos de Israel, ya sabía que en Israel estaba Dios, el verdadero Dios. ¿No conviene que ahora un hombre pagano pueda volver a su patria diciendo: "Verdaderamente en Israel hay un hombre de Dios, y en Israel adoran al verdadero Dios"?

Yo no he dicho: "Lávate siete veces". He hablado de Dios y del alma, dos cosas que ellos ignoran, y que conllevan, como bocas de inexhausto manantial, los siete dones; porque donde existe el concepto de Dios y el de espíritu, y el deseo de llegar a ellos, nacen los árboles de la fe, esperanza, caridad, justicia, templanza, fortaleza, prudencia: virtudes que ignoran quienes de sus dioses no pueden copiar sino las comunes pasiones humanas, humanas pero más licenciosas, dado que las cumplen seres supuestamente excelsos. Ahora ellos vuelven a su patria. Y más que la alegría de haberles sido concedido lo que pedían está la de decir: "Sabemos que no somos bestias; que más allá de la vida hay todavía un futuro. Sabemos que el verdadero Dios es Bondad y que, por tanto, nos ama también a nosotros y nos socorre para persuadirnos a que vayamos a Él".

-¿Qué creéis, que son los únicos que ignoran la verdad? Hace un rato, un discípulo mío pensaba que yo no podía curar al enfermo por tener alma pagana. Pero, ¿el alma qué es?, ¿de quién viene? El alma es la esencia espiritual del hombre, es la que, creada de edad perfecta, reviste, acompaña, vivifica toda la vida de la carne y continúa viviendo una vez desaparecida la carne, siendo, como es, inmortal como Aquel que la crea: Dios. Habiendo un solo Dios, no existen almas de paganos o almas de no paganos creadas por distintos dioses. Hay una sola Fuerza que crea las almas: la del Creador, la del Dios nuestro, único, poderoso, santo, bueno que no tiene pasión alguna aparte del amor, caridad perfecta enteramente espiritual. Para que estos romanos me entiendan, del mismo modo que he dicho "caridad", digo también "caridad enteramente moral"; porque son párvulos y desconocen por completo las palabras santas, no comprenden el concepto "espíritu".

¿Que creéis?, ¿que he venido sólo para Israel? Yo soy quien reunirá a las estirpes bajo un solo báculo: el del Cielo. En verdad os digo que está cercano el tiempo en que muchos paganos dirán: "Dejadnos tomar lo necesario para poder celebrar en nuestro suelo pagano sacrificios al Dios verdadero, al Dios Uno y Trino", cuya Palabra soy Yo. Ahora ellos se marchan, y van más convencidos que si Yo, por el contrario, los hubiera humillado con mi desdén. Ellos, tanto en el milagro como en mis palabras, sienten a Dios, y esto es lo que dirán en su tierra.

Además os digo: ¿No era justo premiar tanta fe? Desorientados por los dictámenes de los médicos, desilusionados por los viajes inútiles a los templos, han sabido, no obstante, seguir teniendo fe para venir al desconocido, al gran Desconocido del mundo, al escarnecido, al gran Escarnecido y Calumniado de Israel, y decirle: "Creo que podrás". El primer crisma de su nueva mentalidad les viene de este haber sabido creer. Yo los he sanado no tanto de la enfermedad cuanto de su errada fe, porque he acercado sus sabios a un cáliz que, cuanto más se bebe de él, hace sentir más sed: la sed de conocer al Dios verdadero.

He terminado. A vosotros de Israel os digo: sabed tener fe como han sabido éstos.

El romano se acerca con el hombre que ha sido curado:

-Ya no oso decir "por Júpiter". Digo, esto sí, que, por mi honor de ciudadano romano, te juro que tendré esta sed. Ahora debo irme. Pero en adelante ¿quién me dará de beber?

-Tu espíritu, el alma que ahora sabes que tienes, hasta cuando un enviado mío vaya a visitarte.

-¿Y Tú no?

-Yo... Yo no. Pero no estaré ausente, aun no estando presente. Y dentro de poco más de dos años, te haré un regalo mayor que la curación de este que tú amabas. Adiós a los dos. Sabed perseverar en este sentimiento de fe.

-Salve, Maestro; que el Dios verdadero te salve.

Los dos romanos se van y se oye que llaman a los siervos que están con el carro.

-¡Y ni siquiera sabían que tenían un alma! - dice en voz baja un anciano.

-Sí, padre, y han sabido aceptar mi palabra mejor que muchos en Israel. Ahora, dado que han ofrecido tanta limosna, favorezcamos a los pobres de Dios con doble y triple medida. Y que los pobres rueguen por estos benefactores, más pobres que ellos mismos, para que lleguen a la verdadera, única riqueza: conocer a Dios.

La velada llora bajo su velo, que impide ver sus lágrimas, pero no oír sus sollozos.

-Esa mujer está llorando - dice Pedro - Quizás es que no tiene ya dinero - ¿Se lo damos?

-No llora por eso. Pero, ve y dile esto:

-Las patrias pasan, pero el Cielo permanece y es de quien sabe tener fe. Dios es Bondad y, por eso, ama también a los pecadores, y te otorga favores para persuadirte de que vayas a Él". Ve, dile esto, y luego déjala llorar: es veneno que sale.

Pedro se acerca a la mujer, que ya se había encaminado hacia los campos. Le habla y vuelve.

-Se ha echado a llorar más fuerte - dice - Yo creía que la iba a consolar...- y mira a Jesús.

-Y efectivamente está consolada. También la alegría provoca llanto.

-¡Mmm!... ¡Bueno!... Mira, yo me quedaré contento cuando le vea el rostro. ¿La veré?».

-El día del Juicio.

-¡Oh, divina Misericordia! ¡Pero para entonces habré muerto!, y ¿qué voy a hacer con saberlo? ¡Para entonces estaré ocupado mirando al Eterno!

-Hazlo desde este momento; es la única cosa útil.

-Sí... pero... Maestro, ¿quién es?

Se echan todos a reír.

-Si lo vuelves a preguntar, nos vamos de aquí inmediatamente; así te olvidas de ella.

-No. Maestro. Pero... basta con que Tú te quedes...

Jesús sonríe.

-Esa mujer - dice - es una sobra y una primicia.

-¿Qué quieres decir? No entiendo.

Pero Jesús lo deja plantado y se marcha hacia el pueblo.

-Va a ver a Zacarías. Tiene a su mujer agonizando - explica Andrés - Me ha encargado a mí que se lo diga al Maestro.

-¡Tú me sacas de quicio! Sabes todo, haces todo, y no me dices nunca nada. Peor que un pez, eres.

Pedro descarga sobre su hermano el chasco que se ha llevado.

-Hermano, no te lo tomes a mal. Tú hablas también por mí. Vamos a recoger nuestras redes. Ven.

Unos van hacia la derecha, otros hacia la izquierda, y todo termina.

130

Los discursos en Agua Especiosa: No dirás falsos testimonios. El pequeño Asrael

-¡Cuánta gente! - exclama Mateo.

Pedro responde:

-¡Eh, mira, hay también galileos! Ay, ay, ay!... Vamos a decírselo al Maestro. Son tres probos bandidos.

-Vienen por causa mía, quizás. También aquí me persiguen...

-No, Mateo. El tiburón no se come los pececitos. Quiere comerse al hombre, captura noble. Sólo en el caso de no encontrarlo de ninguna manera, se come un pez grande. Y... yo, tú, los otros, somos pececillos... poca cosa.

-¿Crees que por el Maestro? - pregunta Mateo.

-Y si no, ¿por quién va a ser? ¿No ves cómo miran por todas partes! Parecen fieras olisqueando las huellas de la gacela.

-Voy a decírselo...

-¡Espera! Se lo decimos a los hijos de Alfeo. Él es demasiado bueno; bondad maltratada, cuando cae en esas bocas.

-Tienes razón.

Van los dos al río y llaman a Santiago y a Judas.

-Venid, hay ahí unos... que estarían bien en el suplicio. Está claro que vienen para importunar al Maestro.

-Vamos. ¿Él dónde está?

-Todavía en la cocina. ¡Vamos deprisa!, que si se da cuenta no quiere.

-Sí, pues hace mal.

-Eso digo yo también.

Vuelven a la era. El grupo, designado "galileo", habla con pomposa gravedad a otras personas. Judas de Alfeo se acerca como si nada sucediera, y oye:

-«... Palabras tienen que estar apoyadas en los hechos.

-¡Y Él los hace! ¡Ayer también ha curado a un romano endemoniado! - replica un corpulento lugareño.

-¡Qué horror! ¡Curar a un pagano! ¡Qué escándalo! ¿Has oído, Elí?

-Se dan todas las culpas en Él: amistades con publicanos y mere- trices, trato con los paganos y...».

-Y soportar a los maldicientes. Ésta es también una culpa. A mi modo de ver, la más grave. Pero, dado que Él no sabe - no quiere - defenderse a sí mismo, hablad conmigo; soy su hermano, y mayor que Él, y éste es el otro hermano, mayor aún. Hablad.

-Pero, ¿por qué te pones así? ¿Crees que hablamos mal del Mesías? ¡No, hombre, no! Nosotros hemos venido desde tan lejos a causa de su fama. Se lo estábamos diciendo también a éstos...

-¡Embustero! Me das tanto asco, que te vuelvo la espalda.

Y Judas de Alfeo, sintiendo quizás en peligro la caridad para con los enemigos, se marcha.

-¿No es, acaso, verdad? Decidlo todos vosotros...

Pero esos "todos", o sea, los otros con quienes estos galileos estaban hablando, se callan. No quieren mentir y no se atreven a desmentir; por eso se quedan callados.

-Ni siquiera sabemos cómo es... - dice el galileo Elí.

-No lo has insultado en mi casa, ¿verdad? - pregunta Mateo con ironía - ¿0 te falta la memoria por enfermedad?

El "galileo" se cubre con su manto y se va con los otros sin responder.

-¡Miserable! - le grita Pedro detrás.

-¡Querían decirnos de Él cosas infernales... - explica un hombre - Pero nosotros hemos visto los hechos. Y sabemos, eso sí, cómo son ellos, los fariseos. ¿A quién creer entonces, al Bueno que es realmente bueno, o a los malvados que de sí mismos dicen ser buenos, pero luego son dañosos? Yo sé que desde que vengo aquí no me reconozco, de lo mucho que he cambiado. Yo era un hombre violento, duro con mi mujer y con mis hijos; no tenía respeto hacia el convecino, y ahora... lo dicen todos en el pueblo: "Zacarías ya no es el mismo de antes". Bueno, ¿entonces? ¿Se ha oído alguna vez que un demonio haga bueno a alguien? ¿Para quién trabaja entonces? ¿Por nuestra santidad? ¡Oh, pues sí que es verdaderamente un demonio original si trabaja para el Señor!

-Es así como dices, hombre. Y que Dios te proteja, porque sabes comprender bien, ver bien y obrar bien. Prosigue así y serás un verdadero discípulo del Mesías bendito. Serás motivo de alegría para Él, que quiere vuestro bien y que todo lo soporta con tal de atraeros a sí. No os escandalicéis sino del verdadero mal. Cuando veáis que Él obra en nombre de Dios, no os escandalicéis, y no creáis a quienes querrían inducirlos a escándalo, aunque lo veáis hacer cosas nuevas. Éste es el tiempo nuevo, que ha llegado como una flor nacida después de siglos de trabajo de la raíz. Si esto no lo hubiera precedido, no habríamos

podido comprender su Palabra. Mas siglos de obediencia a la Ley del Sinaí nos han proporcionado esa mínima preparación necesaria para poder aspirar del tiempo nuevo - que es como una flor divina que la Bondad nos ha concedido ver - todos los inciensos y jugos para purificarnos, fortificarnos, quedar perfumados de santidad, como un altar. Siendo el tiempo nuevo, tiene sistemas nuevos; no contrarios a la Ley; todos, eso sí, penetrados de misericordia y caridad, porque Él es la Misericordia y el Amor bajado del Cielo-Santiago de Alfeo hace un gesto de saludo y se va hacia la casa.

-¡Qué bien hablas tú! - dice Pedro admirado - Yo nunca sé qué decir. Sólo digo: "Sed buenos, amadlo, escuchadlo, creed en Él". ¡Verdaderamente no sé cómo podrá estar contento de mí!

-Pues lo está, y mucho - responde Santiago de Alfeo.

-¿Lo dices de verdad o por bondad?

-En verdad es así. Ayer mismo me lo decía.

-¿Sí? Hoy me siento más contento que el día en que me trajeron a mi esposa. Pero tú... ¿dónde has aprendido a hablar tan bien?

-Sobre las rodillas de su Madre y a su lado. ¡Qué lecciones! ¡Qué palabras! Sólo Él puede hablar mejor que Ella; pero, lo que le falta en potencia, Ella te lo añade en dulzura... y entra... ¡Sus lecciones...! ¿Has visto alguna vez un paño cuando toca con una esquinita un aceite oloroso? Va lentamente bebiendo no el aceite sino el perfume, y, aunque quitemos el aceite, queda el perfume diciendo: "Yo estuve ahí". Igual Ella. También en nosotros - paños rasposos luego lavados por la vida - Ella penetró con su sabiduría y gracia y su perfume permanece en nosotros.

-¿Por qué no la trae? ¡Dijo que lo haría! Nos haríamos mejores, menos cebollinos... yo por lo menos. Y esta gente... Con la presencia suya serían mejores incluso esos áspides que vienen de vez en cuando...

-¿Tú crees? Yo no lo creo. Nosotros nos haríamos mejores, como también los humildes; pero, ¡los poderosos y los malos!... ¡Simón de Jonás, no prestes nunca a los demás tus sentimientos honestos! De hacerlo así, sufrirás desilusiones... Ahí viene Él; mejor no decirle nada...

Jesús sale de la cocina llevando de la mano a un niño pequeño, que camina corriendo a su lado y mordisqueando una corteza de pan untada con aceite. Jesús regula su largo paso conforme a las piernecitas de su amigo.

-¡Una conquista! - dice alegre - Me ha dicho este hombre de cuatro años, que se llama Asrael, que él quiere ser un discípulo y aprender todo: a predicar, a curar a los niños enfermos, a hacer que salgan uvas en los sarmientos incluso en Diciembre, y luego quiere subir a un monte y convocar a todo el mundo gritándoles que ha venido el Mesías. ¿No es así, Asrael?

Y el niño risueño dice que sí, que sí; y, mientras tanto, sigue comiendo.

-¿No sabes más que comer? - le dice Tomás para provocarlo - No sabes ni siquiera decir quién es el Mesías.

-Es Jesús de Nazaret.

-¿Y qué quiere decir "Mesías"?

-Quiere decir... quiere decir: el Hombre que ha sido enviado para ser bueno y hacernos buenos a todos.

Y ¿qué hace para hacernos buenos? En tu caso, tú, que eres un gamberrete, ¿qué harás para serlo?

-Quererlo. Y haré todo, y Él hará todo porque lo querré. Hazlo tú también así y serás bueno.

-Ya tienes la lección, Tomás, tienes el precepto: "Quiéreme y harás todo, porque, si me quieres, Yo te amaré, y el amor hará todo en ti". El Espíritu Santo ha hablado. Ven, Asrael, vamos a predicar.

¡Está tan contento Jesús cuando tiene a su lado a un niño, que yo querría llevarle todos los niños y darle a conocer a todos los niños! ¡Muchos de ellos no lo conocen ni siquiera de nombre!

Pasa delante de la velada y antes de llegar le dice al niño:

-Dile a esa mujer: "La paz sea contigo".

-¿Por qué?

-Porque tiene "pupa", como tú cuando te caes, y por eso llora; pero, si le dices eso, se le pasa.

-La paz sea contigo, mujer. No llores. Me lo ha dicho el Mesías. Si lo quieres, Él también, y te curas - grita el niño, mientras Jesús lo arrastra consigo sin detenerse. Asrael tiene verdaderamente madera de misionero, aunque por el momento se muestre un poco... inoportuno en sus predicaciones diciendo más de lo que se le haya encargado decir.

¡Paz a todos vosotros.

"No dirás falsos testimonios", está escrito.

¿Qué más nauseabundo que un mentiroso? ¿Sería mucho decir que el mentiroso sintetiza crueldad e impureza? No, ciertamente no. El mentiroso - me refiero al que lo es en cosas graves - es cruel; mata el aprecio con su lengua, y, por tanto, no se diferencia del asesino; más aún, digo que es más que un asesino. Éste mata sólo un cuerpo; aquél mata también el buen nombre, el recuerdo de un hombre; por tanto, es dos veces asesino, asesino impune, porque no esparce sangre... pero..., eso sí, daña la reputación de la persona calumniada y, con ella, de toda su familia. El caso de aquel que, jurando lo falso, mande a otro a la muerte, ni siquiera lo considero; sobre ése están acumulados los carbones de la Gehena. Me refiero sólo a aquel que con palabra mentirosa induce a otros y los persuade en perjuicio de un inocente. ¿Por qué lo hace? O por odio sin motivo, o ambicionando tener lo que el otro tiene, o también por miedo.

Odio. Tiene odio sólo quien es amigo de Satanás. El bueno no odia nunca, por ninguna razón; aunque lo hayan vilipendiado o perjudicado, perdona. No odia nunca. El odio es el testimonio que de sí misma da un alma perdida, y el testimonio más hermoso en favor del inocente. Porque el odio es la sublevación del mal contra el bien. No se perdona a quien es bueno.

Avidez. "Aquél tiene eso que yo no tengo. Yo quiero eso que él tiene, mas sólo sembrando desestimación hacia él puedo llegar a ocupar su lugar. Y yo lo hago. ¿Miento?, ¿qué importa?; ¿robo?, ¿qué importa?; ¿puedo llegar a destruir toda una familia?, ¿qué importa?". El astuto embustero, entre tantas preguntas como se hace, olvida, *quiere* olvidar, una pregunta, ésta: "¿Y si me desenmascarasen?" Ésta no se la hace, porque, bajo el orgullo y la avidez, es como quien tiene los ojos tapados: no ve el peligro;

es como uno ebrio, ebrio por el vino satánico, y no piensa que Dios es más fuerte que Satanás y se encarga de vengar al calumniado. El mentiroso se ha entregado a la Mentira y se fía neciamente de su protección.

Miedo. Muchas veces uno calumnia para disculparse a sí mismo. Es la forma más común de mentira. Se ha hecho el mal..., se teme que venga a descubrirse y lo reconozcan como obra nuestra. Entonces, usando y abusando de la estima en que aún nos tienen los otros, he aquí que invertimos el hecho y, lo que hemos hecho nosotros, se lo endosamos al otro, del cual sólo tememos su honestidad. Y también se hace esto porque el otro, algunas veces, ha sido, sin querer, testigo de una mala acción nuestra, y pretendemos así preservarnos de un testimonio suyo: se le acusa para desacreditarlo; así, si habla, nadie lo creerá.

¡Actuad bien, actuad bien, y no tendréis necesidad de esta mentira! ¿No pensáis, cuando mentís, cómo os colocáis un yugo pesado, hecho de sujeción al demonio, de perpetuo miedo a quedar desmentidos y de la necesidad de recordar la mentira, con los hechos y detalles con que fue dicha, incluso años después, sin caer en contradicción?: ¡Un trabajo de galeote! ¡Si al menos sirviera para el Cielo!... pero sirve sólo para prepararse un puesto en el Infierno.

Sed francos. ¡Es tan hermosa la boca del hombre que no sabe de mentira alguna!... ¿Que es pobre?, ¿que es inculto?, ¿que no lo conocen?; ¿que es así? Sí. Pero es siempre un rey, porque es una persona sincera, y la sinceridad es más regia que oro o diadema, y eleva por encima de las multitudes más que un trono, y proporciona una corte de personas buenas mayor que la de un monarca. La presencia del hombre sincero alivia y da seguridad, mientras que la amistad con el insincero produce desazón; el simple hecho de tenerlo cerca da un sentido de desazón. Quien miente - dado que la mentira, por mil motivos, pronto aflora - ¿no piensa que luego lo tendrán siempre como sospechoso? ¿Cómo se podrá en un futuro aceptar lo que él dice? Aunque diga la verdad y quien lo oiga lo quiera creer, en el fondo quedará siempre una duda: "¿Estará mintiendo también esta vez?"

Diréis vosotros: "Pero, ¿dónde está el falso testimonio?". Toda mentira es falso testimonio, no sólo la legal.

Sed sencillos como lo es Dios y como lo es el niño. Sed veraces en todos vuestros momentos de la vida. ¿Queréis ser considerados buenos? Sedlo de verdad. Aunque un maldiciente quisiese hablar mal de vosotros, cien buenos dirían: "No. No es verdad. Es bueno. Sus obras hablan por él".

En un libro sapiencial está escrito: "El hombre apóstata se mueve con la perversidad en los labios... en su corazón perverso prepara el mal y en todo tiempo siembra discordias... Seis cosas odia el Señor y la séptima le es execrable: los ojos soberbios, la lengua mentirosa, las manos que derraman sangre inocente, el corazón que piensa en inicuos proyectos, los pies que corren apresuradamente hacia el mal, el falso testigo que profiere mentiras, y el hombre que siembra discordia entre los hermanos... Por los pecados de la lengua la ruina se acerca al malvado... Quien miente es un testigo fraudulento. El labio veraz permanece inmutable por toda la eternidad, mas el urdidor de lenguaje fraudulento es testigo momentáneo. Las palabras del murmurador parecen sencillas, pero traspasan las entrañas. Por cómo habla se le reconoce al enemigo, cuando en su interior está dando vida a una traición. Si habla en voz baja, no te fíes de él, porque lleva en su corazón siete malicias. Él, con simulación, esconde su odio, mas su malicia quedará de manifiesto... Quien excava la fosa en ella caerá; la piedra le caerá encima a quien la rueda".

Viejo como el mundo es el pecado de mentira, e inmutable es el pensamiento de quien en esto es sabio, como inmutable es el juicio de Dios sobre el mentiroso.

Yo digo: "Tened siempre un solo lenguaje. El sí sea siempre sí y el *no* sea siempre *no*, siempre, aun frente a poderosos y tiranos; y vuestro mérito será grande en el Cielo".

Os digo: "Tened la espontaneidad del niño, que por instinto se acerca a quien siente bueno, no buscando sino bondad, y que dice aquello que su propia bondad le hace pensar, sin calcular si es demasiado lo que dice y le pudiera acarrear una reprensión".

Podéis ir en paz. Y que seáis amigos de la Verdad.

El pequeño Asrael (que se ha pasado todo el tiempo sentado a los pies de Jesús con su cabecita levantada como un pajarito cuando escucha el canto de quien lo ha engendrado) hace un movimiento que es todo dulzura: restriega su carita en las rodillas de Jesús y dice: «yo y Tú somos amigos, porque Tú eres bueno y yo te quiero. Ahora lo digo yo también» y, forzando su vocecita para que lo puedan oír en la vasta estancia, dice, con gestos como los que ha visto hacer a Jesús:

-Todos, escuchad: Yo sé a dónde van las personas que no dicen mentiras y aman a Jesús de Nazaret. Suben por la escalera de Jacob. Arriba, arriba, arriba... con los ángeles, y luego se detienen cuando encuentran al Señor» y se ríe contento, mostrando todos sus dientecitos.

Jesús lo acaricia, y baja y se mezcla entre la gente. Devuelve al pequeño a su madre:

-Gracias, mujer, por haberme dejado a tu niño.

-¿Te ha dado guerra?

-No. Me ha dado amor. Es un pequeño del Señor. Que el Señor lo acompañe siempre. También a ti. Adiós.

Todo termina.

«Dios da a cada uno lo necesario. Esto es verdad. ¿Qué le es necesario al hombre?: ¿la fastuosidad?, ¿un gran número de criados?, ¿tierras de incontables parcelas?, ¿banquetes que de un ocaso vean surgir una aurora?... No. A1 hombre le es necesario un techo, un pan, un vestido; lo indispensable para vivir.

Mirad a vuestro alrededor: ¿quiénes son los más alegres y los más sanos?, ¿quién goza de una sana ancianidad serena?... ¿los que se gozan la vida?... No. Quienes honradamente viven y trabajan, y tienen deseos rectos. En ellos no hay veneno de lujuria y permanecen fuertes, ni veneno de gula y se conservan ágiles, ni de envidias y están alegres. Sin embargo, quien ambiciona tener más cada vez mata su paz y no goza; antes bien, envejece precozmente, consumida en la llama del odio o del abuso.

Podría unir el mandamiento de no robar al de no desear lo que a otros pertenece, porque, efectivamente, el excesivo deseo mueve al hurto: entre uno y otro no media sino un pequeño paso. ¿Que todo deseo es ilícito? No digo esto. El padre de familia, que, trabajando en el campo o en un taller, desea asegurar con ello el pan de la prole, ciertamente no peca; es más, obedece a su deber de padre. Mas aquel que, por el contrario, no desea sino gozar más, y se apropia de lo ajeno para conseguir gozar más, peca.

¡La envidia!... - porque ¿qué es realmente el desear lo ajeno - sino avaricia y envidia? - la envidia separa de Dios, hijos míos, y une a Satanás.

¿No creéis que el primero que deseó lo ajeno fue Lucifer? Era el más hermoso de los arcángeles. Gozaba de Dios. Debería haberse sentido contento de ello. Envidió a Dios y quiso ser él Dios y vino a ser el demonio, el primer demonio.

Segundo ejemplo: Adán y Eva habían recibido todo, gozaban del paraíso terrestre, gozaban de la amistad de Dios, vivían dichosos con los dones de gracia que Dios les había dado. Deberían haberse conformado con eso; mas, envidiaron de Dios su conocimiento del bien y del mal, y fueron expulsados del Edén, resultando proscritos no gratos a Dios, los primeros pecadores.

Tercer ejemplo: Caín tuvo envidia de Abel por su amistad con el Señor, y fue el primer asesino.

María, la hermana de Aarón y de Moisés, tuvo envidia de su hermano y fue la primera leprosa de la historia de Israel.

Podría irros conduciendo a través de toda la vida del pueblo de Dios, y veríais que el deseo inmoderado hizo de quien lo tuvo un pecador y fue causa de castigo para el pueblo; porque los pecados de los particulares se acumulan y provocan los castigos de las naciones, de la misma forma que unos granos y otros y otros, de arena, acumulados durante siglos y siglos, provocan desprendimientos de tierra que sepultan centros habitados y a quienes en ellos viven.

Frecuentemente os he puesto a los niños como ejemplo, porque son sencillos y confiados. Hoy os digo: imitad a los pájaros en su libertad respecto a los deseos.

Mirad: es invierno, poca comida hay en los pomares, ¿se preocupan, acaso, de acumularla durante el verano?; no, sino que confían en el Señor; saben que siempre podrán hacerse con un pequeño gusanito, un grano, una miguita, o una araña o una mosquita posada sobre el agua, para su buche; saben que no les faltará una chimenea caliente, o una vedija de lana, para refugiarse durante el invierno; como saben que, llegado el tiempo en que les sea necesario disponer de heno para sus nidos y de mayor cantidad de alimento para la prole, habrá heno fragante en los prados, y jugoso alimento en los árboles frutales y en los surcos, y habrá riqueza de insectos en el aire y en la tierra; y cantan levemente: "Gracias, Creador, por cuanto nos das y por cuanto nos darás", preparados ya a entonar, a pleno pulmón, cantos de alabanza, cuando, llegada la época del celo, gocen de la esposa y se vean multiplicados en la prole.

¿Existe criatura más alegre que el pájaro? Y, sin embargo, ¿qué es su inteligencia comparada con la del hombre?: como un trozo de sílice respecto a un monte. Y, a pesar de ello, os enseña. En verdad os digo que posee la alegría del pájaro el que vive sin deseo impuro. Éste se fía de Dios y lo siente como Padre; sonrío al día naciente y a la noche que desciende, porque sabe que el Sol es su amigo y que la noche lo provee de alimento; mira sin rencor a los hombres y no teme sus venganzas, porque no les perjudica en modo alguno; no se inquieta ni por su salud ni por su sueño, porque sabe que una vida honesta mantiene lejos las enfermedades y proporciona dulce descanso; no teme, en fin, la muerte, porque sabe que, habiendo actuado bien, no puede recibir sino la sonrisa de Dios.

Mueren también los reyes, y los ricos. No es el cetro lo que aleja la muerte, no es el dinero el que compra la inmortalidad. Ante el Rey de los reyes y Señor de los señores, ¡qué ridículas son las coronas y las monedas!; ante Él sólo tiene valor una vida vivida en la Ley.

¿Qué dicen aquellos hombres que están allí en el fondo? No tengáis miedo de hablar.

-Decíamos: Antipa ¿de qué pecado es culpable, de hurto o de adulterio?

-No quisiera que mirarais a los demás, sino a vuestros corazones. Os digo, no obstante, que Antipa es culpable de idolatría por adorar a la carne más que a Dios; es culpable de adulterio, de hurto, de deseos ilícitos, y, pronto, de homicidio.

-¿Lo salvarás, Tú, el Salvador?

-Yo salvaré a los que se arrepientan y vuelvan a Dios. Los impenitentes no tendrán redención.

-Has dicho que es ladrón. ¿Qué ha robado?

-La mujer a su hermano. El hurto no es sólo de dinero. Hurto es, también, quitar el honor a un hombre, la virginidad a una joven, la mujer a su marido, de la misma forma que lo es el quitarle un buey o frutos de los árboles al vecino. Y el hurto, agravado por la libidine o por el falso testimonio, se agrava con el adulterio, o con la fornicación, o con la mentira.

-Y una mujer que se prostituye ¿qué pecado comete?

-Si está casada, de adulterio y de hurto respecto al marido. Si es núbil, de impureza y de hurto respecto a sí misma.

-¿Hurto a sí misma? ¡Pero si da algo que es suyo!

-No. Nuestro cuerpo lo ha creado Dios para ser templo del alma, que es templo de Dios. Por tanto, debe ser conservado honesto; si no, el alma se ve despojada de la amistad con Dios y de la vida eterna».

-¿Entonces una meretriz ya no puede pertenecer sino a Satanás?

-Todo pecado es prostitución con Satanás. El pecador, como la prostituta, se da a Satanás por amores ilícitos, esperando sucias ganancias de ello. Grande, grandísimo es el pecado de prostitución, que hace a quien lo comete semejante a un animal inmundo. Pero, creedlo, no es menor cualquier otro pecado capital. ¿Qué diré de la idolatría?, ¿qué, del homicidio? Y,

no obstante, Dios perdonó a los israelitas después del becerro de oro; perdonó a David después de su pecado, que era doble. Dios concede el perdón a quien se arrepiente. Sea el arrepentimiento proporcional al número y a la magnitud de las culpas, y Yo os digo que a quien más se arrepiente más le será perdonado; porque el arrepentimiento es forma de amor, *de operante amor*. Quien se arrepiente le dice a Dios con su arrepentimiento: "No puedo tolerar tu enojo, porque te amo y quiero ser amado". Y Dios ama a quien lo ama. Por tanto, Yo digo: cuanto más ama uno, más es amado. Quien ama totalmente tiene *todo* perdonado. Y ésta es una verdad.

Podéis iros. Pero antes quiero que sepáis que a la entrada del pueblo hay una viuda, cargada de hijos, en la más absoluta de las hambres. La han echado de casa por deudas, y podría decirle "gracias" al patrón por haberla echado solamente. He hecho uso de vuestros donativos para proveerlos de pan, pero necesitan un lugar donde ampararse. La misericordia es el sacrificio más grato al Señor. Sed buenos. En su nombre os garantizo el premio.

La gente cuchichea, pide consejo, coteja opiniones...

Entretanto, Jesús cura a uno que estaba casi ciego y escucha a una ancianita que ha venido desde Doco para rogarle que vaya a ver a su nuera que está enferma. Una larga historia de lágrimas.

132

Discurso de conclusión, en Agua Especiosa, antes de la fiesta de la Purificación

-Hijos míos en el Señor – habla Jesús - la fiesta de la Purificación está ya a las puertas, y a ella Yo, Luz del mundo, os envío preparados con lo mínimo necesario para celebrarla bien, la primera lámpara de la fiesta, que podrá daros llama para todas las otras; porque verdaderamente estúpido sería quien pretendiera encender muchas lámparas no teniendo cómo encender la primera; y aún más estúpido sería quien pretendiese empezar su santificación partiendo de las cosas más arduas, relegando lo que constituye la base del edificio inmutable de la perfección: el Decálogo.

Se lee en los Macabeos que Judas, con los suyos, habiendo recuperado, con la protección del Señor, el Templo y la Ciudad, destruyó los altares levantados a los dioses extranjeros, así como los edificios de culto, y purificó el Templo. Luego erigió otro altar, y con el pedernal produjo fuego, y ofreció los sacrificios, quemó incienso, puso las lámparas y los panes de la proposición, y luego, postrados todos en tierra, le suplicaron al Señor que no permitiera que volvieran a pecar, o que, si por propia debilidad, cayeran de nuevo en el pecado, los tratara con divina misericordia. Esto sucedía el veinticinco del mes de Kisléu.

Consideremos esta narración y apliquémosla a nosotros mismos; en efecto, toda palabra de la historia de Israel, siendo palabra de pueblo elegido, tiene un significado espiritual. La vida es siempre enseñanza. La vida de Israel es enseñanza, no sólo para el tiempo terreno, sino también para la conquista de la eternidad.

"Destruyeron los altares y los templos paganos".

Ésta es la primera operación, la que os he indicado que hagáis al nombraros a los dioses individuales que substituyen al Dios verdadero: las idolatrías del sentido, del oro, del orgullo; los vicios capitales que conducen a la profanación y muerte del alma y del cuerpo y al castigo de Dios.

Yo no os he aplastado con esas innumerables fórmulas que al presente agobian a los fieles, y que se muestran como baluarte ante la verdadera Ley, oprimida, tapada bajo cúmulos y cúmulos de prohibiciones que son completamente externas. Tales prohibiciones, con su atosigamiento., le llevan al fiel a perder de vista la coherente, clara, santa voz del Señor que dice: "No blasfemes, no seas idólatra, no profanes las fiestas, no deshonres a los padres, no mates, no cometas fornicación, no robes, no mientas, no envidies las cosas ajenas, no desees la mujer que a otro pertenece". Diez noes; ni uno más. Y son las diez columnas del templo del alma. En lo alto resplandece el oro del precepto santo entre los santos: "Ama a tu Dios, ama a tu prójimo": es el remate del templo, es la protección de los cimientos, es la gloria del constructor. Sin el amor, uno no podría prestar obediencia a las diez reglas, y caerían las columnas - todas o alguna -, y el templo se derrumbaría o total o parcialmente; en todo caso, estaría destruido, inadecuado ya para acoger al Santísimo.

Haced lo que os he dicho, derribando las tres concupiscencias, dándole un nombre claro a vuestro vicio, como claro es Dios al deciros: "No hagas esto o aquello". Es inútil entrar en sutilezas acerca de las formas. Quien tiene un amor más fuerte que el que da a Dios, cualquiera que fuera este amor, es un idólatra. Quien nombra a Dios, profesándose su siervo, y luego lo desobedece, es un rebelde. Quien por avaricia trabaja en sábado es un profanador y un desconfiado y presuntuoso. Quien niega una ayuda a sus padres aduciendo pretextos, aunque diga que se trata de obras dadas a Dios, está contra Dios, que ha puesto a los padres y a las madres como figura suya sobre la Tierra. Quien mata es siempre asesino. Quien fornicación es siempre lujurioso. Quien roba es siempre un ladrón. Quien miente es siempre una persona vil. Quien desea para sí lo que no es suyo es siempre un glotón que padece la más abominable de las hambres. Quien profana un tálamo es siempre un inmundo.

Es así. Y os recuerdo que después de la erección del becerro de oro vino la ira del Señor; después de la idolatría de Salomón, el cisma que dividió y debilitó a Israel; después del helenismo, aceptado (es más, bien acogido, e introducido, por judíos indignos bajo Antíoco Epifanes), vinieron nuestras actuales desventuras de espíritu, de fortuna y de nacionalidad. Os recuerdo que Nabal y Abiú, falsos siervos de Dios, fueron castigados por Yeohveh. Os recuerdo que no era santo el maná del sábado. Os recuerdo a Cam y a Absalón. Os recuerdo el pecado de David contra Urías y el de Absalón contra Amnón. Os recuerdo como acabaron Absalón y Amnón. Os recuerdo la suerte de Heliodoro, ladrón, y de Simón y Menelao. Os recuerdo el innoble final de los dos regidores embusteros que habían testificado falsamente de Susana. Y podría seguir sin hallar límite a los ejemplos. 'Mas, volvamos a los Macabeos.

"Y purificaron el Templo."

No basta decir: "Destruyo". Hay que decir: "Purifico". Os he dicho cómo se purifica el hombre: con el arrepentimiento humilde y sincero. No hay pecado que Dios no perdona si el pecador está realmente arrepentido. Tened fe en la Bondad divina. Si pudierais llegar a comprender lo que es esta Bondad, aunque tuvierais todos los pecados del mundo, no huiríais de Dios; todo lo contrario, correríais a echaros a sus pies, porque sólo el Bonísimo puede perdonar lo que el hombre no perdona.

"Y erigieron otro altar."

No pretendáis engaño con el Señor. No seáis falsos en vuestro actuar. No mezcléis a Dios con Satanás; tendríais un altar vacío: el de Dios. Porque es inútil erigir un altar nuevo si quedan aunque sólo sea restos del otro. O Dios o el ídolo; elegid.

"E hicieron brotar el fuego con la piedra y la yesca".

Piedra es la firme voluntad de ser de Dios; yesca es el deseo de cancelar del corazón de Dios, durante el resto de la vida, hasta el recuerdo de vuestro pecado. He aquí que entonces se hace surgir el fuego: el amor. Porque el hijo que trata, con toda una vida honesta, de reconfortar al padre ofendido, ¿qué hace sino amar al padre, deseando que esté contento de su hijo, antes lágrima y ahora alegría? En este estado podéis ofrecer los sacrificios, quemar los inciensos, poner las lámparas y los panes: no le desagradarán a Dios los sacrificios; gratas le serán las oraciones; el altar estará verdaderamente iluminado, rico del alimento de vuestra ofrenda diaria. Podréis orar diciendo: "Sé protector nuestro", porque Él será con vosotros amigo.

Pero su misericordia no ha esperado a que pidierais piedad. Se ha adelantado a vuestro deseo, os ha enviado la Misericordia para deciros: "Tened esperanza, Yo os lo digo: Dios os perdona. Venid al Señor". Ya hay un altar en medio de vosotros: el nuevo altar. De él manan ríos de luz y de perdón; como aceite se expanden, median, refuerzan. Creed en la Palabra que de aquél proviene. Llorad conmigo vuestros pecados. Como el levita que dirige el coro, Yo oriento vuestras voces a Dios, y no será rechazado vuestro gemido si está unido a mi voz. Con vosotros me aniquilo (Hermano para los hombres en la carne; para el Padre, Hijo en el espíritu) y digo por vosotros, con vosotros: "Desde este profundo abismo donde Yo-Humanidad he caído, grito a ti, Señor. Escucha la voz de quien se mira y suspira, no cierras tu oído a mis palabras. Verme me supone horror. ¡Soy un horror incluso para mis ojos! ¡Qué será para los tuyos! No prestes atención a mis culpas, Señor, porque si lo haces no podré resistir en tu presencia; usa, por el contrario, conmigo tu misericordia. Tú lo has dicho: `Yo soy Misericordia'. Yo creo en tu palabra. Mi alma, herida y abatida, confía en ti, en tu promesa, y, desde el alba hasta la noche, desde la juventud hasta la ancianidad, esperaré en ti".

Culpable de homicidio y adulterio, reprobado por Dios, bien obtiene David perdón, tras haber gritado al Señor: "Tened piedad, no por consideración a mí, sino por el honor de tu misericordia, que es infinita; cancela por ella mi pecado. No hay agua que pueda lavar mi co-razón sino la que se toma en las aguas profundas de tu santa bondad. Lávame con ella de la iniquidad mía y purifícame de mi inmundicia. No niego que he pecado. Antes bien, confieso mi delito; cual testigo acusador la culpa está siempre ante mí. He ofendido al hombre en el prójimo y en mí mismo; mas duélome, sobre todo, de haber pecado contra ti. Dígame esto que reconozco que eres justo en tus palabras y temo tu juicio, que triunfa sobre toda potencia humana. Considera, no obstante, ¡oh Eterno!, que en culpa nací y pecadora fue la que me concibió, y que, aun así, Tú me has amado hasta el punto de llegar a develarme tu sabiduría y a dármele como maestra para que fuera comprendiendo los misterios de tus sublimes verdades. Y, si tanto has hecho, ¿debo tener miedo de ti? No. No temo. Aspéjame con la amargura del dolor y quedaré purificado; lávame con el llanto y seré como nieve alpina; hazme oír tu voz y exultará tu siervo humillado, porque tu voz es alegría y gozo aun cuando reprende. Vuelve tu rostro hacia mis pecados. Tu mirada borraré mis iniquidades. Satanás y mi débil humanidad me han profanado el corazón que me diste. Créame un nuevo corazón que sea puro y destruye lo que de corrupción hay en las entrañas de tu siervo, para que en él reine sólo un espíritu recto. No me arrojes de tu presencia, no me prives de tu amistad, porque sólo la salud que de ti viene es alegría para mi alma, y tu espíritu soberano es consuelo del humillado. Haz que yo venga a ser aquel que mezclado entre los hombres vaya diciendo: "Observad lo bueno que es el Señor. Id por sus caminos y os sentiréis benditos como yo me siento, yo, aborto del hombre, pero que vuelvo a ser ahora hijo de Dios por la gracia que renace en mí". Y a ti se convertirán los impíos. La sangre y la carne hierven y gritan en mí. Libérame de ellas, ¡oh Señor!, salvación de mi alma, y yo cantaré tus alabanzas. Estaba en la ignorancia, mas ahora he comprendido. Tú no deseas un sacrificio de carneros, sino el holocausto de un corazón contrito. Un corazón contrito y humillado te es más grato que los borregos y carneros, porque Tú para ti nos has creado, y quieres que esto lo tengamos presente y te restituyamos lo que es tuyo. Séme benigno por tu gran bondad y edifica de nuevo *mí y tu* Jerusalén: la de un espíritu purificado y perdonado sobre el que se pueda ofrecer el sacrificio, la oblación y el holocausto por el pecado, como acción de gracias y como alabanza. Todo nuevo día mío sea una hostia de santidad consumada en tu altar para que ascienda junto al olor de mi amor hasta ti".

"Venid. Vayamos al Señor. Yo, delante; vosotros, detrás. Vayamos a las aguas de salud, vayamos a los pastos santos, vayamos a las tierras de Dios. Olvidad el pasado. Sonreíde al futuro. No penséis en el fango, mirad más bien a las estrellas. No digáis: "Soy tiniebla"; decid: "Dios es Luz". Yo he venido a anunciaros la paz, a manifestar a los mansos la Buena Nueva, a asistir a aquellos cuyo corazón se siente aplastado bajo el peso de *demasiadas* cosas, a predicar la libertad a *todos los* esclavos (los primeros de todos, los de Satanás), a liberar de las concupiscencias a los prisioneros.

Yo os digo: ha llegado el año de gracia. No lloréis, vosotros, los que padecéis la tristeza de quien se siente pecador, no vertáis lágrimas, lejanos del Reino de Dios. Yo sustituyo la ceniza por el oro, las lágrimas por el óleo. Os visto de fiesta para presentaros al Señor y decir: "Éstas son las ovejas que Tú me enviaste a buscar. He acudido a ellas, las he reunido, las he contado, he buscado a las dispersas, y te las he traído librándolas de nubarrones y densas brumas. Las he tomado de entre todos los pueblos, las he reunido de todas las regiones para conducir las a la Tierra que no es ya tierra y que Tú has preparado para ellas, ¡oh Padre Santo!, para llevarlas hasta las cimas paradisíacas de tus montes óptimos, donde todo es luz y belleza, a lo largo de los arroyos de las celestes bienaventuranzas, donde se sacian de ti los espíritus que Tú amas. He ido a buscar también a las heridas, he curado a las que tenían alguna fractura, he confortado a las débiles, no he descuidado ni una sola. He cargado sobre mis hombros, como un yugo de amor, a la más descuartizada por causa de los ávidos lobos de los sentidos, y te la deposito a tus pies, Padre benigno y santo, porque ella no puede ya seguir caminando; ignora tus palabras, es una pobre alma perseguida por

los remordimientos y los hombres, es un espíritu doliente, un espíritu que tiembla, es como una ola empujada y rechazada por el flujo del mar contra el litoral; viene con el deseo, la rechaza la cognición de sí misma... Ábrele tu seno, Padre todo amor, para que en él encuentre paz esta criatura descarriada. Dile: "¡Ven!". Dile: "Eres mía". Tuvo un sinnúmero de dueños, pero está nauseada y asustada de ello. Dice: "Todo patrón es un sucio esbirro". Haz que pueda decir: "¡Este Rey mío me ha proporcionado la alegría de ser prendida!". No sabe qué es el amor. Mas si Tú la acoges sabrá qué es este amor celeste que es el amor nupcial entre Dios y el espíritu humano, y, como un pájaro liberado de las jaulas de los hombres crueles, subirá, subirá, cada vez más alto, hasta ti, hasta el Cielo, hasta la alegría, hasta la gloria, cantando: "He encontrado a Aquel que yo buscaba. Mi corazón no tiene ningún otro deseo. En ti me poso y me regocijo, Señor eterno, por los siglos de los siglos bendito".

Podéis ir. Con espíritu nuevo celebrad la fiesta de la Purificación. Y que la luz de Dios se encienda en vosotros.

Jesús ha estado arrollador en el cierre de su discurso. Un rostro luminoso de ojos radiantes, una sonrisa y unas notas que son de una dulzura no conocida, han... casi extasiado a la gente, que no se mueve hasta que Él repite: «Podéis ir. La paz sea con vosotros». Entonces empiezan a marcharse los peregrinos hablando con gran viveza entre sí.

La velada se marcha rauda como siempre, con su paso ágil y levemente ondulante. Parece como si tuviera alas, debido al viento, que le infla por detrás el manto.

-Ahora lograré saber si es de Israel - dice Pedro.

-¿Por qué?

-Porque si está aquí es señal de que...

- Es una pobre mujer sin casa propia. Nada más, no lo olvides, Pedro.

Jesús camina hacia el pueblo.

-Sí, Maestro. Lo recordaré...

-¿Y nosotros qué vamos a hacer ahora que todos estarán en sus casas para la fiesta?

-Nuestras mujeres encenderán por nosotros los cirios.

-Lo siento... Será el primer año que no voy a verlos encender en la mía, o que no los encenderé yo...

-A pesar de tu edad, sigues siendo un niño. Encenderemos también nosotros los cirios. Así se te quitará esa cara de malhumor. Y vas a ser tú quien los va a encender.

-¿Yo? Yo no, Señor. Tú eres la Cabeza de nuestra familia. Te corresponde a ti.

-Yo soy siempre un cirio encendido... y desearía que tales fuerais también vosotros. Soy la Encenia sempiterna, Pedro. ¿Sabes que nací exactamente el veinticinco de Kisléu?

-¿Cuántas lámparas encendidas, ¿no?- pregunta admirado Pedro.

-No se podían ni contar... Eran todas las estrellas del cielo...

-¡No me digas! ¿No celebraron tu nacimiento en Nazaret?

-No he nacido en Nazaret, sino entre unos muros derruidos, en Belén. Veo que Juan ha sabido callar. Juan es muy obediente.

-Y no es curioso. Yo, sin embargo, sí lo soy, y mucho. ¿Me lo cuentas?... A tu pobre Simón. Si no, ¿cómo me las voy a arreglar para hablar de ti? A veces la gente pregunta y yo no sé nunca qué decir... Los otros saben cómo hacer, me refiero a tus hermanos y a Simón, Bartolomé y Judas de Simón. Y... sí, también Tomás sabe hablar... parece un voceador del mercado que estuviera vendiendo una mercancía, pero logra hablar... Mateo..., bueno él va bien, usa la vieja sabiduría que tenía para pelar a la gente en su banco de cobro de impuestos para forzarlos a decir: "Es como tú dices". ¡Pero yo...! ¡Pobre Simón de Jonás! ¿Qué te han enseñado los peces; qué el lago? Dos cosas... pero no son útiles: los peces, a callar y a tener constancia (ellos, constantes en evitar caer en la red; yo, constante para meterlos en ella); el lago, a tener coraje y a estar atento a todo. Y ¿qué me ha enseñado la barca?: a trabajar duramente sin excusa para ningún músculo y cómo mantenerse erguido en medio de olas agitadas y con el riesgo de caerse. Estar atento a la Polar, tener mano firme en el timón, fuerza, coraje, constancia, atención: esto me ha enseñado mi pobre vida...

Jesús le pone una mano sobre el hombro y lo agita suavemente, mirándolo con afecto y admiración, verdadera admiración por tanta simplicidad, y dice:

-¿Y te parece poco, Simón Pedro? Tienes todo lo que se necesita para ser mi "piedra". Nada hay que poner, nada hay que quitar. Serás el nauta eterno, Simón. Y, a quien venga después de ti, le dirás: "Atención a la Polar: Jesús; mano firme al timón; fuerza, coraje, constancia, atención, trabajar duramente sin reservas, estar atento a todo, y saber mantenerse erguido en medio de olas agitadas...". Respecto al silencio... ¡venga, hombre, que los peces eso no te lo han enseñado!

-Pero para lo que debería saber decir soy más mudo que los peces. ¿Las otras palabras?... También las gallinas saben ser charlatanas como yo... Pero, dime, Maestro mío, ¿me vas a dar un hijo también a mí? Somos ancianos... pero Tú dijiste que el Bautista nació de una anciana... Y ahora has dicho: "Y a quien venga después de ti le dirás...". Y ¿quién viene después de un hombre sino el que por él ha sido engendrado? - Pedro tiene un rostro de súplica y de esperanza.

-No, Pedro, y no te apenes por ello. Recuerdas exactamente a tu lago cuando una nube oculta el sol: de ameno, pasa a estar triste. No, Pedro mío; no uno, sino mil, diez mil hijos tendrás, y en todas las naciones... ¿No te acuerdas cuando te dije: "Serás pescador de hombres"?

-¡Oh... sí... pero... la idea de un hijo que me llamara "padre" era algo tan agradable! ...

-Tendrás tantos, que no los podrás ni contar; y les darás la vida eterna, y los encontrarás en el Cielo y me los traerás diciendo: "Son los hijos de tu Pedro y quiero que estén donde yo estoy"; y Yo te diré: "Sí, Pedro; sea como tu quieras, porque tú todo has hecho por mí y Yo todo hago por ti" - Jesús se muestra dulcísimo al manifestar estas promesas.

Pedro traga saliva entre el llanto por la esperanza que muere de una paternidad terrena y el llanto de un éxtasis que ya se anuncia.

-¡Oh, Señor! - dice -, pero para dar la vida eterna es necesario persuadir a las almas en orden al bien, y... volvemos al mismo punto: yo no sé hablar.

-Sabrás hablar, cuando sea la hora, mejor que Gamaliel.

-Quiero creer... Pero haz Tú el milagro, porque como tenga que llegar a ello por mí mismo...

Jesús ríe con su sonrisa serena y dice:

-Hoy soy todo tuyo. Vamos al pueblo, a ver a esa viuda; tengo un donativo secreto, un anillo que vender. ¿Sabes cómo ha llegado a mi poder? Una piedra que cayó a mis pies mientras oraba junto a este sauce. A la piedra venía unido un pequeño envoltorio con una tira de pergamino. Dentro del envoltorio, el anillo; en la tira, la palabra "caridad".

-¿Me dejas ver? ¡Oh..., bonito! De mujer. ¿Qué dedo más pequeño! ¡Y cuánto metal!...

-Ahora tú lo vendes. Yo no entiendo de esto. El dueño de la posada compra oro. Lo sé. Yo te espero junto a donde hacen el pan. Ve, Pedro.

-Pero... ¿y si no lo hago bien? Yo el oro... No entiendo de oro yo.

-Piensa que es pan para quien tiene hambre y haz como mejor puedas. Adiós.

Y Pedro se dirige hacia la derecha mientras Jesús, más lentamente, se dirige hacia la izquierda, hacia el pueblo, que aparece relativamente lejano detrás de un bosquecito que está más allá de la casa del capataz.

133

El trabajo oculto de Andrés. Una carta a Jesús de su Madre. Jesús debe dejar Agua Especiosa

Agua Especiosa sin peregrinos... Produce una extraña sensación verla así, sin signos de que alguien haya vivaqueado o, al menos, consumido su comida en la era o bajo el cobertizo. Sólo limpieza y orden, hoy, sin ninguna de esas señales que de sí deja una fuerte confluencia de gente.

Los discípulos ocupan su tiempo en trabajos manuales: unos, trenzando mimbres para hacer nuevas trampas para los peces; otros, ocupados en pequeños trabajos de desmonte del terreno y de canalización del agua de los tejados para que no se estanque en la era. Jesús está en pie, en un prado, echando migas de pan a los gorriones. Hasta donde alcanza la vista, no hay ni un ser viviente, a pesar de que el día esté sereno.

Andrés se dirige hacia Jesús, de vuelta de algo que le han encomendado:

-Paz a ti, Maestro.

-Y a ti, Andrés. Ven aquí un poco conmigo. Tú puedes estar con los pajarillos. Eres como ellos. ¿Te das cuenta?: cuando ellos saben que quien se les acerca los quiere, pierden el miedo. Mira lo confiados que son, y seguros y alegres. Primero estaban casi junto a mis pies, ahora estás tú y están alerta... Mira, mira... mira ese gorrion, es más audaz y se está acercando, ha comprendido que no hay ningún peligro. Y detrás de él vienen los otros. ¿Ves cómo comen? ¿No es igual que para nosotros, que somos hijos del Padre? Él nos sacia de su amor. Y, cuando estamos seguros de ser amados y de que nos ha invitado a su amistad, ¿por qué tener miedo de Él y de nosotros? Su amistad debe hacernos audaces incluso entre los hombres. Cree esto: sólo el malhechor debe tener miedo de sus semejantes; no el justo, como tú eres.

Andrés se ha puesto colorado, y no habla.

Jesús lo arrima hacia sí y dice sonriendo:

-Habría que uniros a ti y a Simón en un mismo néctar, diluiros y luego daros de nuevo forma. Seríais perfectos. Con todo... si te dijera que, a pesar de ser tan distinto al principio, serás perfectamente igual a Pedro al final de tu misión, ¿lo crearías?

-Si Tú lo dices, es cierto. Ni siquiera me pregunto cómo podrá ser, porque todo lo que Tú dices es verdad. Me alegraré de ser como Simón, mi hermano, porque es un hombre justo y te hace feliz. ¡Simón vale! Me siento muy contento de que sea una persona que vale. Valiente, fuerte. ¡Bueno, también los demás!...

-¿Y tú, no?

-¿Yo?... Tú eres el único que puede estar contento de mí...

-Y darme cuenta de que trabajas silenciosamente y con más profundidad que los otros. Porque en los doce hay quien llama la atención en forma proporcionada a su trabajo, hay quien la llama mucho más de cuanto trabaja, y hay quien sólo trabaja, sin llamar la atención; un trabajo humilde, activo, ignorado... los otros pueden creer que éste no hace nada, mas Aquel que ve sabe las cosas. Existen estas diferencias porque aún no sois perfectos, y existirán siempre entre los futuros discípulos, entre aquellos que vengan después de vosotros, hasta el momento en que el ángel proclame con voz de trueno: "El tiempo ha terminado". Siempre habrá ministros del Cristo en que estarán nivelados lo que hacen y la atracción hacia ellos de las miradas del mundo: los maestros. Y existirán, por desgracia, aquellos que serán sólo rumor y gesto externos, sólo externos, los falsos pastores de poses histriónicas... ¿Sacerdotes?; no: mimos. Nada más. No es el gesto el que hace al sacerdote, y tampoco el hábito. No hacen al sacerdote ni su cultura terrena ni las relaciones influyentes de este mundo; es su alma, un alma tan grande que anule la carne. Todo espíritu mi sacerdote... así le sueño, así serán mis santos sacerdotes. El espíritu no tiene voz, ni pose de trágico; es inconsistente porque es espiritual y, por tanto, no puede llevar pèplos o máscaras; es lo que es: espíritu, llama, luz, amor; habla a los espíritus, habla con la castidad de las miradas, de los hechos, de las palabras, de las obras. El hombre mira, y ve a un semejante suyo. Pero, más allá de la carne, y por encima de ella, ¿qué ve?: algo que le hace detenerse en su caminar apresurado, meditar y concluir: "Este hombre, semejante a mí, tiene de hombre sólo el aspecto; el alma es de ángel". Y, si se trata de un incrédulo, concluirá: "Por él creo que hay un Dios y un Cielo"; y, si es lujurioso, dice: "Éste, igual a mí, tiene ojos de

Cielo; freno mi sentido para no profanarlos"; si se trata de un avaro, decidirá: "Por el ejemplo de éste, que no tiene apego a las riquezas, yo ceso de ser avaro"; si es un iracundo, una persona violenta, en presencia del manso se vuelve un ser más sereno. Todo esto puede hacer un sacerdote santo. Y, créelo, siempre existirán, entre los sacerdotes santos, los que sepan incluso morir por amor a Dios y al prójimo, y hacerlo tan silenciosamente (después de haber ejercitado la perfección durante toda la vida también silenciosamente), que el mundo ni siquiera se dé cuenta de ellos. Pero, si el mundo no acaba siendo enteramente un lupanar y un lugar de idolatría, será por éstos, los héroes del silencio y de la laboriosidad fiel. Y tendrán tu sonrisa, pura y tímida. Porque siempre habrá Andrees; ¡por gracia de Dios por suerte para el mundo, los habrá!

-Yo no creía merecer estas palabras... No había hecho nada para suscitarlas...

-Me has ayudado a llevar hacia Dios a un corazón; y es el segundo que conduces hacia la Luz».

-¿Por qué ha hablado! Me había prometido...

-Nadie ha hablado. Pero Yo sé las cosas. Cuando los compañeros duermen, cansados, tres son los que están en vela en Agua Especiosa: el apóstol de silencioso y activo amor hacia los hermanos pecadores; la criatura a la que su alma aguijonea hacia la salvación; y el Salvador que ora y vela, que espera y tiene esperanza... Mi esperanza es ésta: que un alma encuentre su salud... Gracias, Andrés. Sigue así. Bendito seas por ello.

-¡Maestro!... Pero no digas nada a los otros... A solas, hablándole a una leprosa en una playa desierta, hablándole aquí a una mujer cuyo rostro no veo, algo sé hacer. Pero, si los otros lo saben, especialmente Simón (y quiere venir)... yo ya no sé hacer nada... No vengas ni siquiera Tú... porque me avergüenzo de hablar delante de ti.

-No iré contigo. Jesús no irá, pero el Espíritu de Dios ha ido siempre contigo. Vamos a casa. Nos están llamando para la comida.

Y todo cesa entre Jesús y el manso discípulo.

Están aún comiendo y ya han encendido las lámparas, porque la tarde desciende muy presurosa. El cierzo incita a tener cerrada la puerta. Lllaman. Se oye la voz alegre de Juan.

-¡Nos alegramos de que hayáis regresado!

-¡Habéis tardado poco!

-¿Qué novedades hay, entonces?

-¡Qué cargados venís!

Todos hablan al mismo tiempo, mientras se ayuda a los tres a liberarse de las pesadísimas sacas que traen sobre los hombros.

-¡Espacio!

-¡Dejadnos saludar al Maestro!

-¡Un momento!

(Un alboroto alegre, familiar, por la alegría de estar juntos).

-¡Hola, amigos! Dios os ha dado días tranquilos.

-Sí, Maestro, pero no tranquilas noticias. Lo preveía - dice Judas Iscariote.

-¿Qué pasa? ¿Qué pasa?...

Se ha creado un ambiente de curiosidad.

-Dejadlos primero que tomen algo y repongan fuerzas - dice Jesús.

-No, Maestro. Primero te damos lo que tenemos para ti y para los demás. Y, primero... Juan, da la carta.

-La tiene Simón. Yo temía estropearla entre la carga.

El Zelote, que ha estado luchando hasta ese momento con Tomás, que quería traerle agua para sus pies cansados, acude diciendo:

-Aquí la tengo, en la bolsa del cinturón - y abre el bolsillo interno de su ancho cinturón de cuero rojo y extrae de él un rollo ya aplastado.

-Es de tu Madre. Estando cerca de Betania, encontramos a Jonatán que estaba yendo a casa de Lázaro con la carta y otras muchas cosas. Jonatán va a Jerusalén porque Cusa está poniendo en orden su palacio... Quizás Herodes va a Tiberíades... y Cusa no quiere que su mujer esté cerca de Herodías - explica el Iscariote mientras Jesús desata los nudos del rollo y desenrolla.

Los apóstoles cuchichean mientras Jesús lee con beata sonrisa las palabras de su Madre.

Escuchad - dice luego -, también hay algo para los galileos.

Mi Madre escribe:

"A Jesús, mi dulce Hijo y Señor, paz y bendición.

Jonatán, siervo de su Señor, me ha traído, de parte de Juana, unos obsequiosos regalos; ella pide a su Salvador, para sí, para su esposo y para toda su casa, la bendición. Jonatán me dice que él, por orden de Cusa, va a Jerusalén, habiendo recibido la indicación de abrir de nuevo el palacio de Sión. Yo bendigo a Dios por esto, porque así puedo hacerte llegar mis palabras y mi bendición. Igualmente, María de Alfeo y Salomé envían a sus hijos besos y bendiciones. Y, dado que Jonatán ha sido extremadamente bueno, también hay saludos de la mujer de Pedro para su marido lejano, y, para Felipe y Natanael, de sus familiares. Todas vuestras mujeres, queridos hombres que os encontráis lejos, bien con la aguja, bien con el telar, y con el trabajo de la huerta, os envían ropa para estos meses de invierno, y dulce miel, aconsejándoos que la toméis con agua bien caliente en las húmedas noches. Cuidad de vosotros mismos. Esto es lo que las madres y esposas me dicen que os diga, y yo lo transmito; también a mi Hijo. No por nada nos hemos sacrificado, creedlo. Disfrutad de los humildes presentes que nosotras, discípulas de los discípulos de Cristo, damos a los siervos del Señor; dadnos sólo la alegría de saber que estáis sanos.

Ahora, amado Hijo mío, pienso que, desde hace casi un año, ya no eres todo mío. Y me parece haber vuelto al tiempo en que sabía, sí, que Tú ya habías venido, porque sentía tu pequeño corazón latir en mi seno, pero también podía decir que no habías venido todavía, porque estabas separado de mí por una barrera que me impedía acariciar tu amado cuerpo, y sólo podía

adorar tu espíritu. ¡Oh, mi querido Hijo y adorable Dios!, también ahora sé que vives y que tu corazón late con el mío, jamás separado de mí aunque esté separado; pero, no te puedo acariciar, oír, servir, venerar, Mesías del Señor y de su pobre sierva.

Juana quería que fuese donde ella para que yo no estuviera sola en la fiesta de las Luminarias. Pero he preferido quedarme aquí con María a encender las lámparas; por mí y por ti. Pero aunque fuera la mayor de las reinas de la Tierra y pudiera encender mil, diez mil lámparas, estaría en la oscuridad, porque Tú no estás aquí. Mientras que, por el contrario, estaba en la perfecta luz en aquella oscura gruta cuando te tuve en mi corazón, Luz mía y Luz del mundo. Será la primera vez que me diré: "Mi Niño hoy tiene un año más" sin tener a mi Niño. Y será más triste que tu primer cumpleaños en Matarea. Mas Tú llevas a cabo tu misión y yo la mía, y ambos hacemos la voluntad del Padre y trabajamos para la gloria de Dios: esto enjuga toda lágrima.

Querido Hijo, comprendo lo que haces por lo que me dicen. Como las olas desde mar abierto llevan la voz de alta mar hasta un solitario y cerrado entrante, así el eco de tu santo trabajo por la gloria del Señor llega a la tranquila casita nuestra, a oídos de tu Madre, siendo para Ella causa de júbilo, mas también de temblor; porque, si todos hablan de ti, no todos lo hacen con igual corazón. Vienen amigos, y personas que han recibido algún bien, a decirme: "¡Bendito sea el Hijo de tu vientre!", y vienen enemigos tuyos a herir mi corazón diciendo: "¡Sea anatema!". Mas por éstos yo ruego, porque son unos infelices; más que los paganos, que vienen a preguntarme: "¿Dónde está el mago, el divino?", y no saben que dicen una gran verdad, dentro de su error, porque verdaderamente Tú eres *sacerdote y grande*, que es el sentido de esa palabra para la antigua lengua, y divino eres, mi Jesús. Y yo te los mando, diciendo: "Está en Betania". Porque es lo que sé que tengo que decir, hasta que Tú no lo ordenes de otra manera. Y ruego por estos que vienen a buscar salud para lo que muere, a fin de que encuentren salud para el espíritu eterno. Y, te lo suplico, no te aflijas por mi dolor: queda compensado por la gran alegría que me producen las palabras de los sanados de alma y de carne.

Pero María sufrió y sufre todavía un dolor más fuerte que el mío. No me hablan sólo a mí. José de Alfeo quiere que sepas que, durante un reciente viaje suyo de negocios a Jerusalén, lo pararon y lo amenazaron por causa tuya. Eran hombres del Gran Consejo. Yo creo que algún grande de aquí les dio la referencia, porque, si no, ¿quién podía conocer a José como cabeza de familia y hermano tuyo? Yo te digo esto por obediencia de mujer. Pero por mí te digo: quisiera estar a tu lado, para confortarte. De todas formas, actúa Tú, Sabiduría del Padre, sin tener en cuenta mi llanto. Simón, tu hermano, quería casi ir a ti, después de este hecho; y quería ir conmigo, pero, la estación en que estamos lo ha retenido, y más aún el temor de no encontrarte, porque nos dijeron, en tono de amenaza, que Tú donde estás no puedes permanecer.

¡Hijo, Hijo mío, adorado y santo Hijo mío!, estoy con los brazos alzados como Moisés en el monte, para rogar por ti, que estás batallando contra los enemigos de Dios y tuyos, mi Jesús al que el mundo no ama.

Aquí ha muerto Lía de Isaac. Lo he sentido mucho porque fue siempre buena amiga mía. Pero el padecimiento mayor eres Tú, lejano y no amado.

Yo te bendigo, Hijo mío, y, como yo te doy paz y bendición, te ruego dársela Tú a Mamá".

-¡Llegan hasta esa casa esos desvergonzados! - grita Pedro.

Y Judas Tadeo exclama:

-José... podía haberse guardado para sí lo sucedido. Pero... ¡lo ha llenado de satisfacción el poder comunicarlo!

-Grito de hiena no asusta a los vivos - sentencia Felipe.

-Lo malo es que no son hienas, son tigres; buscan presa viva - dice el Iscariote. Y, volviéndose al Zelote: «Refiere tú lo que hemos sabido.

-Sí, Maestro. El temor de Judas está justificado. Hemos estado donde José de Arimatea y donde Lázaro; allí abiertamente, como amigos tuyos. Después, yo y Judas - como si yo fuera un amigo suyo de la infancia - hemos estado donde algunos amigos suyos de Sión... Bueno, pues José y Lázaro te dicen que dejes este lugar enseguida y vayas adonde ellos durante estas fiestas. Cede, Maestro; es por tu bien. Además, los amigos de Judas dijeron: "Mira que ya se ha decidido ir a sorprenderlo para inculparlo. Precisamente en estos días de fiestas en que no hay gente. Que se retire durante un tiempo, para que queden deludidas estas víboras. La muerte de Doras ha estimulado su veneno y su miedo, porque además de sentir odio tienen miedo. El miedo les hace ver lo que no existe y el odio les hace incluso mentir".

-¡Todo, pero es que saben todo de nosotros! ¡Es odioso! ¡Y todo lo alteran, todo lo exageran! Y, cuando les parece que no hay todavía suficiente para maldecir, se lo inventan. Yo me siento asqueado y abatido. Me viene el deseo de expatriarme, de marcharme...; no sé... lejos... fuera de este Israel que no es sino pecado... - Se le ve deprimido al Iscariote.

-¡Judas, Judas!, una mujer para dar a un hombre al mundo trabaja nueve lunas; tú, para dar al mundo el conocimiento de Dios, ¿querías emplear menos tiempo? Se necesitarán no nueve lunas, sino milenios de lunas; del mismo modo que la luna nace y muere en cada lunación, manifestándose a nosotros como acabada de nacer, luego llena, luego menguada... sucederá así siempre en el mundo, mientras exista: habrá fases crecientes, llenas y decrecientes, de religión. Pero, aun cuando parezca muerta, tendrá vida, como la luna, que está aun cuando parece que haya llegado a su fin. Y quien haya trabajado en esta religión, recibirá el consiguiente pleno mérito, a pesar de que sólo una exigua minoría de almas fieles quede sobre la Tierra. ¡Venga, venga! Nada de fáciles entusiasmos en los triunfos ni de fáciles depresiones en las derrotas.

-No obstante... deja este lugar. No somos nosotros fuertes todavía y sentimos que frente al Sanedrín tendríamos miedo; yo al menos... los otros, no lo sé... pero, hacer la prueba lo considero una imprudencia. Nosotros no tenemos el corazón de los tres jóvenes de la corte de Nabucodonosor.

-Sí, Maestro, es mejor.

-Es prudente.

-Judas tiene razón.

-Mira cómo también tu Madre y tus familiares...

-Y Lázaro y José.

-Hagámosles venir en vano.

Jesús extiende los brazos y dice:

-Hágase como queréis; pero luego se vuelve aquí. Veréis cuántos vienen. Yo ni fuerza ni siento vuestra alma; efectivamente, no la siento preparada... Bueno... veamos los trabajos que han hecho las mujeres.

Pero mientras todos, con ojos risueños y voces de alegría, extraen de las sacas los paquetes con la ropa, las sandalias o los alimentos de las madres y de las esposas, y tratan de interesar a Jesús para que admire tanta gracia de Dios, Él permanece triste y absorto. Lee una y otra vez la carta materna. Se ha retirado con una lamparita al rincón más alejado de la mesa en que están la ropa, las manzanas, recipientes de metal, pequeños quesos... y, haciendo con una mano de visera para los ojos, parece meditar, pero en realidad está sufriendo.

-Mira, Maestro, mi esposa, ¡pobrecilla!, ¡qué prenda tan linda, y qué manto con capucha me ha hecho! Quién sabe lo que le habrá costado hacerlo, porque no es tan experta como tu Madre - dice Pedro, que está rebosante de alegría, con los brazos cargados de sus tesoros.

-Bonitos, sí, bonitos. Es una esposa excelente - dice cortésmente Jesús... pero con la vista lejos de lo que le ha mostrado.

-A nosotros nuestra madre nos ha hecho dos túnicas dobles. ¡Pobre mamá! ¿Te gustan, Jesús? Es un color bonito, ¿no es verdad? - dice Santiago de Zebedeo.

-Muy bonito, Santiago; te estará bien.

-Mira, estoy seguro de que estos cinturones los ha hecho tu Madre; es Ella la que borda así. Y este velo doble para cubrir del sol yo también digo que lo ha hecho María; es igual que el tuyo. La túnica no; ciertamente ha sido nuestra madre la que la ha confeccionado. ¡Pobre mamá! Después de tanto como ha llorado este verano, ve menos y frecuentemente se le rompe el hilo. ¡Qué buena es! - Judas de Alfeo besa la gruesa túnica de color rojo-marrón.

-No estás alegre, Maestro - observa por fin Bartolomé - Ni siquiera miras lo que te han mandado.

-No puede estarlo - arguye Simón Zelote.

-Estoy pensando... Pero... Volved a hacer los paquetes. Ponedlo todo en orden. No es este el momento de que nos prendan, y no nos prenderán. Bien entrada la noche, con el claro de la luna, iremos hacia Doco y luego a Betania.

-¿Por qué a Doco?

-Porque allí hay una mujer que se está muriendo y espera de mí la curación.

-¿No pasamos por casa del encargado?

-No, Andrés, por ningún sitio. Así nadie tendrá necesidad de mentir diciendo que no sabe dónde estamos. Si vuestra preocupación es que no nos persigan, la mía es no crear complicaciones a Lázaro.

-Pero Lázaro te espera.

-Y vamos donde él. O, mejor,... Simón, ¿me hospedas en la casa de tu viejo siervo?

-Con mucho gusto, Maestro. Tú ya sabes todo. Por tanto, puedo decirte en nombre de Lázaro, de mí mismo y de quien vive en ella, que esa casa es tuya.

-Vamos. Rápido. Para estar en Betania antes del sábado.

Y, mientras todos se dispersan, con lámparas, para hacer lo que la improvisa partida requiere, Jesús se queda solo.

Vuelve Andrés, se acerca a su Jesús y dice:

-¿Y esa mujer? Me duele abandonarla ahora que parecía que iba a venir... Es prudente... ya lo has visto...

-Vete a decirle que dentro de un tiempo volveremos y que mientras tanto recuerde tus palabras...

-Las tuyas, Señor. Yo he dicho sólo las tuyas.

-Ve. Date prisa. Y mira que ninguno te vea. Verdaderamente en este mundo de malos deben tomar aspecto de péfidos los inocentes...

Todo me cesa aquí, en esta gran verdad.

134

La curación de Jerusa en Doco

Veo esto: Jesús, con las primeras luces de una raquíta mañana de invierno, entra en la pequeña ciudad de Doco, y le pregunta a un viandante madrugador:

-¿Dónde vive Mariamne, la anciana madre que tiene a su nuera muriéndose?

-¿Mariamne? ¿La viuda de Leví? ¿La suegra de Jerusa, mujer de Josías?

-Sí, es ella.

-Mira, hombre, al final de esta calle hay una plaza. En la esquina, hay una fuente. De allí salen tres calles. Coge la que tiene enmedio una palma y camina cien pasos. Encontrarás un foso; lo sigues hasta el puente de tablas. Lo atraviesas y verás una callecita cubierta. Recórrela. Terminada la calle y lo que la cubre - porque desemboca en una plaza -, ya has llegado. La casa de Mariamne es de color oro debido a la antigüedad. Con los gastos que tienen, no la pueden limpiar. No te puedes equivocar. Adiós. ¿Vienes de lejos?

-No mucho.

-Pero, ¿eres galileo?

-Sí.

-¿Y éstos? ¿Vienes para la fiesta?

-Son amigos. Adiós, hombre. La paz sea contigo.

Jesús deja plantado a este hombre locuaz que ya no tiene prisa, y va por su camino, y los apóstoles detrás.

Llegan a la... placita: un pedazo de terreno muy fangoso que tiene en el centro una encina joven, alta, que ha crecido señoreadora y que tal vez en verano produzca bienestar, pero que por ahora sólo produce melancolía, pues, tupida y oscura, se yergue sobre las pobres casas quitándoles luz y sol.

La casa de Mariamne es la más modestilla. Es ancha y baja y está muy descuidada. La puerta de fuera está llena de parches para tapar las ranuras que hay debido a lo muy vieja que es la madera. Una ventanita sin bastidor muestra su negro agujero como una órbita sin ojo.

Jesús llama a la puerta. Viene una jovencita de unos diez años, pálida, despeinada, con los ojos rojos.

-¿Eres la nieta de Mariamne? Dile a la anciana madre que Jesús está aquí.

La niña da un grito y se echa a correr llamando a voces. Acude rápidamente la anciana, seguida por seis niños además de la muchachita de antes. El mayor parece gemelo de ésta; los últimos, dos chisgarabises descalzos y demacrados, vienen agarrados al vestido de la anciana; apenas si saben caminar.

-¡Has venido! ¡Hijos, venerad al Mesías! En buena hora llegas a mi pobre casa. Mi hija se me está muriendo... No lloréis, niños; que no oiga. ¡Pobres criaturas! Las niñas están agotadas de las velas, porque, yo hago todo, pero ya no puedo velar; me caigo al suelo de sueño. Hace meses que no toco la cama. Ahora duermo en una silla, para estar junto a ella y junto a las niñas. Pero son pequeñas y sufren. Los niños, estos, van a hacer leña para mantener el fuego, y también la venden, para conseguir pan. Se agotan... ¡pobres nietos! Pero lo que nos mata no es el cansancio, es el verla morir... No lloréis. Tenemos a Jesús.

-Sí, no lloréis. Vuestra mamá se curará, vuestro padre volverá, dejaréis de tener tantos gastos y dejaréis de pasar hambre. ¿Éstos son los dos últimos?

-Sí, Señor. Esa débil criatura ha dado a luz tres veces gemelos... y el pecho ha enfermado.

-A unos demasiado y a otros nada - susurra Pedro entre dientes, y toma luego consigo a uno de los pequeñuelos y le da una manzana para que se calle; y, mientras también el otro pequeño le pide otra y Pedro lo complace, Jesús con la anciana atraviesa el atrio y va al patio, y sube la escalera para entrar en una habitación donde gime una mujer joven, pero esquelética.

-El Mesías, Jerusa. Ahora ya no sufrirás más. ¿Ves cómo ha venido realmente? Isaac no miente nunca. Lo dijo. Así que cree que de la misma forma que ha venido te puede sanar.

-Sí, madre buena; sí, mi Señor. Pero, si no me puedes curar, hazme morir al menos. Siento perros en este pecho mío. Las bocas de mis hijos, a las que he dado dulce leche, me han dado a cambio fuego y amargura. ¡Sufro mucho, Señor! ¡Salgo muy cara! Mi marido lejos por el pan, la anciana madre que se está consumiendo, yo que me muero... ¿a quien irán los hijos, cuando haya muerto por la enfermedad, y ella por el cansancio y los sufrimientos?

-Para los pájaros está Dios, como también para los pequeñuelos del hombre. Pero no morirás. ¿Te hace mucho daño aquí? - Jesús hace ademán de depositar la mano sobre el pecho vendado.

-¡No me toques! ¡No me aumentes el dolor! - grita la enferma.

Pero Jesús deposita delicadamente su larga mano sobre el seno enfermo.

-Tienes realmente fuego dentro, pobre Jerusa. El amor materno se te ha transformado en fuego en el pecho. Tú no odias a tu esposo o a los niños, ¿no es cierto?

-¡Oh! ¿Por qué iba a odiarlos? Mi marido es bueno y me ha querido siempre. Con sabio amor nos amamos, y el amor floreció en hijos... ¡Y ellos...! Me acongoja el dejarlos... Pero... Señor, ¡si mi fuego cesa! ¡Madre! ¡Madre! ¿Es como si un ángel espirara el aire del Cielo sobre mi tormento! ¡Oh..., qué paz! No quites, no quites tu mano, mi Señor; aprieta, más bien. ¡Oh..., qué fuerza! ¡Qué alegría! ¡Mis hijos! ¡Aquí, mis hijos! ¡Quiero que vengan! ¡Dina! ¡Osías! ¡Ana! ¡Seba! ¡Melquí! ¡David! ¡Judas! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Mamá ya no se muere! ¡Oh!...

La joven se vuelve sobre las almohadas llorando de alegría mientras acuden los hijos, y la anciana, de rodillas, no encontrando otra cosa, en su alegría, entona el cántico de Azarías en el horno de fuego, completo, con su voz temblorosa de anciana y de persona conmovida.

-¡Señor! - dice por fin - ¿Qué puedo hacer por ti? ¿No tengo nada con que honrarte?

Jesús la levanta y dice:

-Déjame sólo detenerme aquí un poco para descansar - Y calla - El mundo no me ama. Debo alejarme un tiempo. Te pido fidelidad a Dios y silencio. A ti, a ella, a los pequeños.

-¡No temas! ¡Nadie se acerca a los míseros! Puedes estar aquí sin temor a ser visto. Los fariseos, ¿no? Pero... ¿Y para comer? Yo no tengo más que un poco de pan...

Jesús llama a Judas Iscariote:

-Coge dinero y ve a comprar lo que haga falta. Comeremos y descansaremos aquí, con estas buenas mujeres. Hasta el anochecer. Ve y calla.

Luego se vuelve hacia la mujer que ha sido curada:

-Quítate las vendas, levántate, ayuda a tu madre, exulta. Dios te ha concedido gracia por piedad hacia tu virtud de esposa. Compartiremos el pan, porque hoy el Señor altísimo está en tu casa y hay que celebrarlo con una gran fiesta.

Jesús va afuera y alcanza a Judas que iba a marcharse en ese momento:

-Compra con abundancia. Que tengan también para los próximos días. A nosotros en casa de Lázaro no nos faltará nada.

-Sí, Maestro. Y, si me lo permites... Tengo dinero mío, he hecho voto de ofrecerlo porque quedés salvo de los enemigos; lo puedo emplear en pan. Mejor que vaya a estos hermanos en Dios que no a las tragaderas del Templo. ¿Me das permiso? El oro siempre ha sido una serpiente para mí. No quiero seguir sintiendo su hechizo, porque, ahora que soy bueno, estoy muy bien. Me siento libre, y soy feliz.

-Haz como quieras, Judas, y que el Señor te dé paz.

Jesús va hasta donde los discípulos mientras Judas sale. Todo termina.

135

Llegada a Betania. La Magdalena escucha el discurso de Jesús

Cuando Jesús, subida la última pendiente, llega al páramo, ve Betania, toda esplendorosa bajo un sol de Diciembre que quita tristeza a los campos desnudos y hace menos oscuros los rodales de verde de los cipreses, chaparros y algarrobos que crecen aquí o allá y parecen cortesanos en ademán de saludar a alguna que otra palma altísima, verdaderamente regia, que se eleva solitaria en los jardines más bellos. Y es que Betania no ostenta sólo la bonita casa de Lázaro, sino también otras moradas de ricos, quizás habitantes de Jerusalén que prefieren vivir aquí, cerca de sus bienes; sus villas, de voluminosa y bella arquitectura, con jardines bien cuidados, destacan sobre el conjunto de las casitas de los aldeanos. Produce una extraña sensación ver en un terreno ondulado todavía alguna palma evocadora del Oriente, con su tallo esbelto y el penacho duro y rumoroso de sus hojas, tras cuyo verde jade, instintivamente, se busca la inacabable amarillez del desierto. Aquí, sin embargo, el fondo es de olivos verde y plata y de campos arados (por ahora carentes del menor signo de trigo) y de esqueléticos conjuntos de árboles frutales de troncos oscuros y de ramajes enmarañados, como si fueran almas retorciéndose por una tortura infernal.

Y ve también enseguida a un servidor de Lázaro puesto de centinela. Éste saluda con gran reverencia y pide permiso para llevar a los señores la noticia de su llegada; obtenido el permiso, se marcha presuroso.

Entretanto, del campo y de la misma ciudad, acuden a saludar al Rabí, y, tras un seto de laurel, que circunda con su verde perfumado una hermosa casa, se asoma una joven mujer que, ciertamente, no es israelita. Su peplo o, si no recuerdo mal los nombres, su estola (larga hasta formar una pequeña cola, amplia, de suave lana blanquísima a la que da viveza una greca bordada de intensos colores en que destacan brillantes hilos de oro, ceñida a la cintura por un cinturón igual que la franja) y su tocado (una redecilla de oro que mantiene un complicado peinado: por delante, del todo hecho de pequeños bucles; luego liso, para terminar en un moño grande sobre la nuca) me hacen pensar que es griega o romana. Mira con curiosidad, incitada por los gritos cantarines de las mujeres y los gritos de júbilo de los hombres; luego sonríe despreciativamente al ver que se dirigen hacia un pobre hombre que carece hasta de un burro en que ir montado y que camina rodeado de un grupo de personas como él, que despiertan aún menos interés. Se encoge de hombros y, con un gesto de aburrimiento, se aleja, seguida - como si fueran perros - de un grupo de aves zancudas variopintas entre las que hay blancas ibis y multicolores flamencos; no faltan dos zancudas del color del fuego con una coronita trémula sobre la cabeza que parece de plata, único candor de su espléndido plumaje de llama dorada.

Jesús la mira un instante, luego continúa escuchando a un anciano que... querría no padecer la debilidad que padece en las piernas. Jesús le acaricia y le exhorta a... tener paciencia; que dentro de poco vendrá la primavera y con el buen sol de abril se sentirá más fuerte. Llega al improviso Maximino, que precede en unos metros a Lázaro.

-Maestro... me ha dicho Simón que... que Tú vas a su casa... Le va a dar pena a Lázaro... pero es comprensible...

-Hablabamos de ello luego. ¡Oh, amigo mío!

Jesús se acerca rápido a Lázaro, el cual parece sentirse violento, y lo besa en la mejilla. Entretanto han llegado a una callejuela que conduce a una casita situada entre otros terrenos de árboles frutales y el de Lázaro.

-Entonces, ¿estás decidido a ir donde Simón?

-Sí, amigo mío. Traigo conmigo a todos los discípulos y lo prefiero así...

Lázaro encaja mal esta determinación, pero no replica; sólo se vuelve a la pequeña aglomeración de gente que los sigue y dice:

-Marchaos. El Maestro necesita descansar.

Y esto me da ocasión para ver el poder que tiene Lázaro. Todos, oídas estas palabras, previa reverencia, se marchan, mientras Jesús se despide de ellos con su dulce: «Paz a vosotros. Os avisaré de cuándo voy a predicar».

-Maestro - dice Lázaro, ahora que están solos, adelantados respecto a los discípulos, los cuales, algunos metros más atrás, están hablando con Maximino -... Maestro... Marta está llorando desconsoladamente; por esta razón no ha venido. Luego sí vendrá. Yo lloro sólo en mi corazón. Pero hay que reconocer que es justo. Si hubiéramos pensado que ella venía... pero no viene nunca en las fiestas... ¿Es que, acaso, ha venido alguna vez?... Yo digo: precisamente hoy tenía que traerla aquí el demonio.

-¿El demonio? Y, ¿por qué no su ángel por mandato de Dios? De todas formas, créeme, aunque ella no estuviera, Yo habría ido a casa de Simón.

-¿Por qué, mi Señor? ¿No te dio paz mi casa?

-Tanta paz que, después de Nazaret, es el lugar que más estimo. Y ahora, respóndeme: ¿Por qué tu misiva de que dejara Agua Especiosa? Por la asechanza que se avecina, ¿no es así? Pues entonces Yo vengo a las tierras de Lázaro, pero no pongo a Lázaro en la situación de que lo insulten en su casa. ¿Piensas que te respetarían? Para pisotearme a mí, pasarían incluso por encima del Arca Santa... Déjame hacerlo como pienso, por ahora al menos. Más tarde iré. Y además, nada me impide comer en tu casa, como nada impide que tú vengas a donde me alojo Yo. Deja que se diga: "Está en casa de un discípulo suyo".

-¿Y yo no lo soy?

-Tú eres el amigo. Es más que discípulo para el corazón, es distinto para donde hay malicia. Déjame hacer las cosas como he pensado. Lázaro, esta casa es tuya... pero no es tu casa, la bonita y rica casa del hijo de Teófilo, y, para los pedantes, eso cuenta mucho.

-Eso es lo que dices... pero es porque... es por ella... eso es. Yo estaba ya casi decidido a perdonar... pero si ella es causa de que Tú te apartes, ¡vive Dios que la odiaré!

-Y me perderás del todo. Depón este pensamiento enseguida o ahora mismo me pierdes... Aquí viene Marta. Paz a ti, mi dulce hospedera.

-¡Oh, Señor!

Marta, de rodillas, llora. Se ha bajado el velo, que lleva sobre el tocado hecho en forma de diadema, para no mostrar mucho su llanto a los extraños; pero, a Jesús no piensa ocultárselo.

-¿Por qué este llanto? ¡Verdaderamente estás desperdiciando estas lágrimas! Hay muchos motivos para llorar, y para hacer de las lágrimas un objeto precioso. Pero, ¡llorar por este motivo!... ¡Oh! ¡Marta! ¡Parece como si ya no supieras quién soy Yo! Del hombre, como sabes, no tengo más que lo que se ve; el corazón es divino, y palpita como divino. ¡Vamos, levántate y entra en casa!... Y a ella... dejadla. Aunque viniera a burlarse de mí, dejadla os digo. No es ella. Es el que la posee quien la hace instrumento de turbamiento. Pero aquí hay Uno que es más fuerte que su amo. Ahora la lucha es entre él y Yo, directamente. Vosotros orad, perdonad, tened paciencia y creed. Y nada más.

Entran en la casita (es una pequeña casa cuadrada rodeada de un pórtico que la hace más extensa). Dentro hay cuatro habitaciones divididas por un pasillo en forma de cruz. Una escalera, exterior como siempre, conduce a la parte alta del pequeño pórtico, que, por tanto, aquí es una terraza, que da acceso a una vastísima estancia de las mismas dimensiones que la casa; en el pasado ciertamente destinada para las provisiones, ahora enteramente libre y limpia, absolutamente vacía.

Simón, que está al lado de su anciano criado - oigo que le llaman José -, hace los honores de la casa. Dice:

-Aquí se podría hablar a la gente, o, si no, comer... Como Tú quieras.

-Ahora veremos. Entretanto, ve a decirles a los demás que después de la comida la gente puede venir. No defraudaré a la gente buena de este lugar.

-¿Dónde digo que vayan?

-Que vengan aquí. El día está templado. El sitio está resguardado de los vientos. Los árboles frutales, desnudos como están, no sufrirán daño si la gente viene. Hablaré aquí, desde la terraza. Ve.

Se quedan solos Lázaro y Jesús. Marta - de nuevo la "buena hospedera" al tener que ocuparse de atender a tantas personas - trabaja abajo con los criados y con los mismos apóstoles disponiendo lo necesario para las mesas y para el descanso.

Jesús pone un brazo sobre los hombros a Lázaro y lo conduce fuera de la sala, a pasear por la terraza que rodea la casa, con un buen sol que calienta algo el día, y, desde arriba, observa el trabajo de los criados y de los discípulos, y le sonríe a Marta, la cual va de aquí para allá y alza su rostro, serio, sí, pero ya menos turbado. Mira también el bonito panorama que rodea al lugar y nombra con Lázaro distintas localidades y personas, para terminar preguntando a quemarropa:

-Entonces, la muerte de Doras fue como agitar una vara dentro del nido de serpientes, ¿no?

-Maestro, me ha contado Nicodemo que la sesión del Sanedrín fue de una violencia nunca vista.

-¿Qué le he hecho al Sanedrín para que se inquiete? Doras se murió por sí mismo, ante los ojos de todo un pueblo; la ira lo mató. Yo no permití que se actuara irrespetuosamente con el cadáver. Por tanto...

-Tú tienes razón. Pero ellos... Están locos de miedo. Y.. ¿sabes que han dicho que hay que pillarte en pecado para poderte matar?

-¡Entonces, estate tranquilo! ¡Van a tener que esperar hasta la hora de Dios!

-¡Pero, Jesús! ¿Sabes de quién se habla? ¿Sabes de qué son capaces fariseos y escribas? ¿Sabes qué alma tiene Anás? ¿Sabes quién es su segundo? ¿Sabes?... Pero, ¿qué estoy diciendo? ¡Tú sabes! Por tanto, es inútil que te diga que se inventarán el pecado para poderte acusar.

-Ya lo han encontrado. Ya he hecho más de lo que necesitan. He hablado a romanos, he hablado a pecadoras... Sí, a pecadoras, Lázaro. Una - no me mires tan asustado - ... una viene siempre a oírme y ha recibido de tu capataz alojamiento en una cuadra, a petición mía, porque, para estar cerca de mí, se había establecido en una pocilga...

Lázaro es la estatua del estupor. Ha quedado inmóvil. Mira a Jesús como si estuviera ante una persona asombrosa por su extrañez. Jesús lo zarandea un poco sonriendo:

-¿Has visto a Satanás?- pregunta.

-No... La Misericordia he visto. Pero... pero si yo lo entiendo. Sin embargo, ellos, los del Consejo, no. Y dicen que es pecado. ¡Entonces es verdad! Yo creía... Pero ¿qué has hecho?

-Mi deber, mi derecho y mi deseo: tratar de redimir a un espíritu caído. Esto te hará ver, por tanto, que tu hermana no será el primer ciego que voy a conocer, ni el primero hacia el que me voy a inclinar; como tampoco será el último. En el ciego Yo quiero sembrar flores y hacerlas nacer: las flores del bien.

-¡Oh! ¡Dios! ¡Dios mío!... Pero... ¡Oh!, Maestro mío, Tú tienes razón. Estás en tu derecho, es tu deber y es tu deseo; pero, las hienas no lo comprenden. Son carroña tan fétida, que no sienten el olor, no pueden sentir el olor de las azucenas, y hasta en donde éstas germinan, ellos, esas carroñas poderosas, sienten olor de pecado; no comprenden que proviene de su sentina... Te lo ruego, no permanezcas largo tiempo en un lugar; muévete, cambia continuamente de sitio para no darles la posibilidad de encontrarte. Sé como un fuego nocturno que danza sobre los tallos de las flores, veloz, inaprensible, de paso desconcertante. Hazlo; no por cobardía, sino por amor al mundo, que necesita que Tú vivas para ser santificado. La corrupción aumenta; contraponle la santificación... ¡La corrupción!... ¿Has visto a la nueva habitante de Betania? Es una romana casada con un judío. Él es observante, pero ella es idólatra y, al no poder vivir tranquilamente en Jerusalén, porque, debido a sus animales, surgieron disputas con los vecinos, se ha venido aquí. Llena de animales - para nosotros impuros - está su casa, y... la más impura es ella, porque vive burlándose de nosotros y con licencias que... Yo no puedo criticar porque... Pero sí digo que, mientras que no se pone pie en mi casa porque está María, que pesa con su pecado sobre toda la familia, a casa de esa mujer sí que van. Pero es que, claro, le ha caído en gracia a Poncio Pilato y vive sin su marido. Él, en Jerusalén; ella, aquí. Así fingen, él y

ellos, no profanarse viniendo, y no constatar que se profanan. ¡Hipocresía! Viven metidos en la hipocresía hasta el cuello; ¡no tardarán en perecer ahogados en ella! El sábado es el día en que celebran el festín,.. ¡Y entre ellos hay también miembros del Consejo! Un hijo de Anás es el más asiduo.

-La he visto. Sí. Déjala que haga lo que quiera, y a ellos también. Cuando un médico prepara un fármaco, mezcla los productos, y el agua parece como si se inquinase, porque agita la mezcla y el agua se enturbia. Pero luego las partes muertas se depositan, el agua recupera su limpidez, a pesar de estar saturada de la sustancia de esos productos saludables. Esto mismo sucede ahora. Todo se mezcla y Yo trabajo con todos. Luego, las partes muertas se depositarán y serán arrojadas afuera, y las otras, vivas, permanecerán activas en el gran mar del pueblo de Jesucristo. Bajemos. Nos llaman...

Y la visión se reanuda mientras Jesús sube de nuevo a la terraza para hablar a la gente que, de Betania y los alrededores, ha venido a escucharle.

-Paz a vosotros.

Aun cuando Yo callara, los vientos de Dios llevarían hasta vosotros las palabras de mi amor y del odio de otros. Sé que estáis turbados porque no desconocéis el porqué de que Yo esté entre vosotros. Pues no sea sino agitación de alegría, y bendecid al Señor conmigo, que aprovecha el mal para proporcionar un motivo de alegría a sus hijos, conduciendo de nuevo a su Cordero, aguijoneado por el mal, a donde los otros corderos, para ponerlo al seguro contra los lobos.

Ved qué bueno es el Señor. A1 lugar en que me encontraba llegaron, como aguas a un mar, un río y un regato. Un río de amorosa dulzura, un regato de abrasadora amargura. El primero era vuestro amor, desde Lázaro y Marta al último del lugar; el regato era el injusto rencor de quien, no pudiendo ir al Bien que le llama, acusa al Bien de ser Pecado. Y el río decía: "Vuelve, vuelve con nosotros. Que nuestras olas te circunden, te aislen, te defiendan, te den todo aquello que el mundo te niega". El regato malvado lanzaba amenazas y quería matar con su veneno. Mas, ¿qué es un regato comparado con un río?, ¿qué, comparado con un mar? Nada. Como a nada ha quedado reducido el veneno del regato, porque el río de vuestro amor lo ha sobrepujado en tal modo, que al mar de mi amor no ha llegado sino la dulzura de vuestro amor. Podríamos decir más aún: ha producido un bien. Me ha traído de nuevo con vosotros. Bendigamos por ello al Señor altísimo.

La voz de Jesús se expande, poderosa, por el aire calmo y silencioso. Jesús, lleno de hermosura bajo el sol, desde lo alto de la terraza, gesticula y sonríe sereno. Abajo, la gente lo escucha encantada: son como un floreado de rostros alzados sonriendo a la armonía de su voz. Lázaro está cerca de Jesús, como también Simón y Juan. Los demás están diseminados entre la multitud. Sube también Marta y se sienta en el suelo a los pies de Jesús, mirando hacia su casa, que se ve más allá de los árboles frutales.

El mundo es de los malos. El Paraíso es de los buenos. Ésta es la verdad y la promesa; apóyese sobre ella nuestro firme vigor. El mundo pasa. El Paraíso no pasa. Si, siendo bueno, uno se lo gana, eternamente lo gozará. ¿Por qué, pues, debe turbarnos lo que hacen los malos? ¿Os acordáis de las quejas de Job?: son las eternas quejas de los buenos que se sienten oprimidos; porque la carne gime, más no debería hacerlo, sino que, cuanto más pisoteada fuera, más se deberían alzar las alas del alma regocijándose con el júbilo del Señor.

¿Qué pensáis: que se sienten felices los que parecen estarlo debido a que - en ocasiones, lícitamente; en otras, las más, ilícitamente - tienen llenos los graneros, colmos los tinos, rebosantes de aceite sus odres? No. Sienten el sabor de la sangre y de las lágrimas de los demás en todo lo que toman como alimento, y el lecho les parece como erizado de espinas por lo desgarrador de sus remordimientos cuando en él yacen. Depredan a los pobres, desvalijan a los huérfanos, le roban al prójimo para atesorar, tiranizan a quien es menos que ellos en poder y en perversidad. No importa. Dejadlos. Su reino es de este mundo. Después de su muerte, ¿qué quedará? Nada. A menos que se quiera llamar tesoro al cúmulo de culpas que se llevan consigo y con el que ante Dios se presentan. Dejadlos. Son los hijos de las tinieblas, los que se rebelan contra la Luz; no pueden seguir los luminosos senderos de ésta. Cuando Dios hace brillar la estrella de la mañana, ellos la llaman sombra de muerte y, como tal, la consideran contaminada y prefieren caminar a la luz del destello sucio de su oro y de su odio, que resplandece solamente porque las cosas infernales tienen brillo de fósforo, el brillo de los eternos lagos de perdición...

-¡Mi hermana, Jesús... oh! - Lázaro descubre a María, que se desliza tras un seto del pomar de Lázaro para llegar lo más cerca posible. Va agachada, pero su cabeza rubia brilla como oro contra el boj oscuro.

Marta hace ademán de levantarse, pero Jesús le pone una mano sobre la cabeza y aprieta, de forma que debe quedarse donde está. Jesús alza aún más su voz.

-¿Qué decir de estos infelices? Dios les ha dado tiempo de hacer penitencia y ellos no hacen otra cosa sino abusar de él para pecar. Pero no los pierde de vista Dios, aunque parezca que lo haga. Llega el momento en que, o bien porque, cual rayo capaz de penetrar incluso en la roca, el amor de Dios hiende y desgarrar su duro corazón, o bien, porque la suma de los delitos hace llegar el nivel de su cieno hasta introducirse en su boca y en su nariz - y experimentan, sí, ¡al fin experimentan la repugnancia de ese sabor y de esa fetidez que a los demás da asco y que colma su corazón! - llega el momento en que ello les produce náusea y surge un movimiento de aspiración al bien.

El alma entonces grita: "¿De quién recibiré el don de volver a ser como un tiempo fui, cuando vivía en amistad con Dios, cuando su luz resplandecía en mi corazón y bajo su rayo yo caminaba, cuando, al ver mí justicia, guardaba silencio, admirado, el mundo, y quien me veía me llamaba bienaventurado? El mundo bebía mi sonrisa, mis palabras eran acogidas como palabras de ángel, saltaba de orgullo el corazón en el pecho de mis familiares. Y ahora, ¿qué soy? Motivo de burla para los jóvenes, de horror para los ancianos, yo soy el tema de sus chacharas, el esputo de su desprecio me surca el rostro". Sí, así habla en ciertas horas el alma de los pecadores, de los verdaderos Job, porque no hay miseria mayor que ésta, la de quien ha perdido para siempre la amistad de Dios y su Reino. Deben infundir piedad, sólo piedad.

Son pobres almas que han perdido, por ociosidad o por ligereza, al eterno Esposo. "Por la noche, en mi lecho, busqué el amor de mi alma y no lo encontré." Así es. En las tinieblas no se puede distinguir al esposo, y el alma, aguijoneada por el amor, irreflexiva por hallarse envuelta en la noche espiritual, busca y quiere encontrar un refrigerio para su tormento. Cree encontrarlo

con cualquier amor. No. Uno sólo es el amor del alma: Dios. Van buscando amor estas almas a las que el amor de Dios agujonea. Bastaría con que admitieran la luz en ellas para que el amor fuera su consorte. Van como enfermas, buscando a tientas amor, y encuentran todos los amores, todas las cosas sucias que el hombre ha bautizado así, mas no encuentran el amor, porque el amor es Dios y no el oro, el sentido, el poder.

¡Pobres, pobres almas! Si, menos ociosas, se hubieran puesto en pie al oír la invitación del Esposo eterno, al oír a Dios que dice: "Sígueme", a Dios que dice: "Ábreme", no habrían llegado tarde a abrir la puerta, con el ímpetu de su amor despertado, cuando, desilusionado, el Esposo ya estaba lejos y había desaparecido... Y no habrían profanado ese ímpetu santo de una necesidad de amor en un lodo tan inútil y con tantos diminutos trébulos diseminados en él, que hasta al animal inmundo le da asco; trébulos que no eran flores, sino sólo pinchos, pinchos que laceran, no coronan. Y no habrían conocido los vituperios de todos aquellos que, cual guardias de ronda, como Dios, pero por motivos opuestos, no pierden de vista al pecador y lo acechan para burlarse de él y criticarlo. ¡Pobres almas maltratadas, expoliadas, heridas por todos! Sólo Dios permanece al margen de esta lapidación de cruel escarnio; es más, vierte sus lágrimas para cura de las heridas y para cubrir con diamantino vestido a su criatura. Siempre su criatura... Sólo Dios... y los hijos de Dios con el Padre.

Bendigamos al Señor. Él ha querido que, por los pecadores, Yo debiera volver aquí para deciros: "Perdonad. Siempre perdonad. Haced de todo mal un bien. Haced de toda ofensa una gracia". No os digo sólo "haced"; os digo: repetid mi gesto. Yo amo y bendigo a los enemigos, porque por ellos he podido volver a vosotros, amigos míos.

La paz sea con todos vosotros.

La gente agita velos y ramajes en dirección a Jesús y luego, lentamente, se va alejando.

-¿Habrán visto a esa desvergonzada?

-No, Lázaro. Estaba detrás del seto bien escondida. Nosotros podíamos verla porque estábamos aquí arriba. Los demás, no.

-Nos había prometido que...

-¿Y por qué no debía venir? ¿No es ella, acaso, también una hija de Abraham? Quiero de vosotros, hermanos, y de vosotros, discípulos, el juramento de no hacerle observaciones de ningún tipo. Dejadla. ¿Que se burla de mí? Dejadla. ¿Que llora? Dejadla. ¿Que quiere quedarse? Dejadla. ¿Que quiere alejarse? Dejadla. Es el secreto del Redentor y de los redentores: tener paciencia, bondad, constancia y oración. Nada más. Todo gesto sobra ante ciertas enfermedades... Adiós, amigos. Yo me quedo orando. Vosotros marchad a las respectivas tareas. Y que Dios os acompañe.

Y todo termina.

136

En la fiesta de las Encenias, en casa de Lázaro, se hace memoria del nacimiento de Jesús

La ya de por sí espléndida casa de Lázaro, esta noche está maravillosa. Parece arder por el número de lámparas encendidas, y la luz se derrama hacia fuera, en este comienzo de la noche, rebosando desde las salas al atrio y desde éste al pórtico, para alargarse vistiendo de oro los guijarrosos senderos, el césped y las matas de cuadros del jardín, luchando - venciendo en los primeros metros - con el claror de la luna con su amarillo y carnal esplendor, mientras que más lejos todo toma aspecto angélico por el vestido de pura plata que la luna extiende sobre las cosas.

También el silencio que envuelve al magnífico jardín, en que suena sólo el arpegio del chorro de agua cayendo en el estanque de los peces, parece aumentar la recogida y paradisiaca paz de la noche lunar, mientras junto a la casa voces alegres y numerosas y un festivo rumor de correr muebles y de sacar la vajilla a las mesas recuerda que el hombre es hombre y no todavía espíritu.

Marta se mueve ágilmente con su amplio vestido espléndido y pudoroso de un color violeta rojo; parece una flor, una hermosa campanilla; o una mariposa en vivaz movimiento chocándose contra las paredes purpúreas del atrio o contra las paredes de diminutas representaciones - parecen una alfombra - de la sala del banquete.

Jesús, sin embargo, pasea solo y absorto junto al estanque de los peces, y parece como si alternadamente quedara subsumido en la oscura sombra proyectada por un alto laurel, un verdadero árbol gigante, o en la fosfórica luz lunar que cada vez se hace más clara; tan viva, que el surtidor del estanque parece un penacho de plata que luego se fragmenta en lascas de brillantes, que van a caer, para perderse en ella, en la lámina quieta, pura plata, del pilón. Jesús mira y escucha las palabras del agua en la noche. Estas llegan a tener un sonido tan musical, que despiertan a un ruiseñor que, en el tupid laurel, responde al arpegio lento de las gotas con un agudo de flauta y luego se para, como para tomar la nota y seguir el acorde del agua y finalmente comienza, como rey del canto que es, su perfecto, variado, suave himno de alegría.

Jesús ya ni siquiera camina, para no turbar con el rumor de los pasos la serena alegría del ruiseñor, y creo que también suya porque sonrío, con la cabeza agachada, con una sonrisa de alegría realmente serena. Cuando el ruiseñor, después de una nota purísima sostenida y modulada en tono ascendente - que no sé cómo puede sostenerla una garganta tan pequeña -, interrumpe su canto, Jesús exclama:

-¡Te bendigo, Padre santo, por esta perfección y por el gozo que con ella me has proporcionado! - y sigue su lento paseo lleno de quién sabe qué profundidades de meditación.

Llega Simón:

-Maestro, Lázaro te ruega que vayas. Todo está ya dispuesto.

-Vamos. Desaparezca así el último motivo de duda que pudiera existir de que les hubiera perdido estima por causa de María.

-¡Cuánto llanto, Maestro! Sólo un secreto milagro tuyo ha podido aplicar una cura a ese dolor. ¿No sabes que Lázaro casi decide huir después de que ella, cuando volvieron, salió de casa diciendo que dejaba los sepulcros y abrazaba la alegría y... otras insolencias? La posición mía y de Marta fue: "¡Te conjuramos: no lo hagas!" - entre otras cosas porque... nunca se sabe la reacción de un corazón; si la hubiera encontrado, yo creo que la habría escarmentado de una vez por todas -. Habrían deseado de ella al menos el silencio acerca de ti...

-Y el inmediato milagro mío respecto a ella. Y habría podido hacerlo. Pero no quiero una resurrección forzada en los corazones. A la muerte la forzaré y me devolverá sus presas, porque Yo soy el Señor de la muerte y de la vida. Pero en los espíritus, que no son materia que, sin hálito, carezca de vida, sino que son inmortales esencias capaces de renacer por voluntad propia, Yo no fuerzo la resurrección. Otorgo la primera llamada y la primera ayuda, como quien abriera un sepulcro en que alguien hubiera sido enterrado semivivo, donde moriría si permaneciera largo tiempo, en esas tinieblas asfixiantes; dejo entrar aire y luz... luego, espero. Si el espíritu tiene deseos de salir, sale; si no lo desea, sus tinieblas aumentan y queda hundido. Pero; si sale... ¡Oh, si sale... en verdad te digo que ninguno será mayor que el renacido en su espíritu! Sólo la Inocencia absoluta es mayor que este muerto que vuelve a vivir en virtud del propio amor y para alegría de Dios... ¡Son mis mayores triunfos!

Observa el cielo, Simón. ¿Ves que tiene estrellas y planetas, más o menos grandes? Todos poseen vida y esplendor por Dios, que los ha hecho, y por el sol que los ilumina, mas no todos son luminosos y grandes en igual medida. Así será también en mi Cielo: todos los redimidos tendrán vida por mí y esplendor por mi luz, mas no todos serán luminosos y grandes en igual medida. Unos serán simple polvo de astros, como el que hace láctea a Galatea: serán aquellos, innumerables, que habrán recibido del Cristo, o, mejor dicho, habrán aspirado, sólo ese mínimo indispensable para no ser réprobos, y sólo por la infinita misericordia de Dios, después de un largo purgatorio, irán al Cielo. Otros serán más fúlgidos y estarán más formados: los justos que hayan unido su voluntad (nota que digo "voluntad" no "buena voluntad") a la del Cristo, y hayan prestado obediencia, para no condenarse, a mis palabras. Luego, estarán los planetas, las buenas voluntades, ¡oh..., luminosísimos!: son los enamorados hasta la muerte por el amor, los penitentes por amor, los que obran por amor, los inmaculados por amor; su luz es de puro diamante o de resplandor de gemas de distintos colores (rojo-rubí o violeta-amatista o amarillo-topacio o cándido-perla).

Y habrá algunos entre estos planetas - y serán mis glorias de Redentor - que tendrán en sí destellos de rubí y de amatista y de topacio y de perla, porque serán todo por amor. Heroicos hasta llegar a perdonarse el no haber sabido amar antes, penitentes hasta saturarse de expiación como Ester antes de presentarse a Asuero se saturó de perfumes, incansables para hacer en poco tiempo, en el poco tiempo que les queda, cuanto no hicieron durante los años que perdieron en el pecado, puros hasta la heroicidad para olvidarse - no sólo en el alma y en el pensamiento, sino también en las propias entrañas - de que existe el sentido. Serán aquellos que atraerán hacia sí, por su multiforme resplandor, los ojos de los creyentes, de los puros, de los penitentes, de los mártires, de los héroes, de los ascetas, de los pecadores, y, para cada una de estas categorías, su resplandor será palabra, respuesta, llamada, garantía...

Pero, vamos, que nosotros estarnos aquí hablando y allí nos esperan.

-Es que cuando Tú hablas uno se olvida de que vive. ¿Puedo decir todo esto a Lázaro? Me parece ver en ello una promesa...

-Lo debes decir. La palabra del amigo puede posarse sobre su herida y no se ruborizarán de haberse puesto colorados en mi presencia...

-Te hemos hecho esperar, Marta; es que estaba hablando con Simón de estrellas y nos hemos olvidado de estas luces. Tu casa es verdaderamente un firmamento esta noche...

-Las hemos encendido no sólo para nosotros y la servidumbre, sino también para ti y para los huéspedes, tus amigos. Gracias por haber venido para la última noche. Ahora la fiesta es realmente la Purificación... - Marta querría continuar hablando, pero siente que le sube el llanto y calla.

-Paz a todos vosotros - dice Jesús entrando en el atrio resplandeciente de decenas de luces de plata, todas encendidas, colocadas por todas partes.

Lázaro, sonriente, se dirige hacia Jesús:

-Paz y bendición a ti, Maestro, y muchos años de santa felicidad.

Se besan.

-Me han dicho ciertos amigos nuestros que Tú naciste mientras Belén ardía por una lejana fiesta de las Luminarias. Ellos y nosotros estamos jubilosos de tenerte esta noche. ¿No preguntas quiénes son?

-No tengo más amigos que los discípulos y mis amados de Betania, aparte de los pastores. Por tanto son ellos. ¿Han venido? ¿Para qué?

- Para adorarte, Mesías nuestro. Lo supimos por Jonatán, y aquí estamos, con nuestros rebaños, que ahora están en los establos de Lázaro, y con nuestros corazones, ahora y siempre a tus pies santos.

Isaac ha hablado por Elías, Leví, José y Jonatán, que están postrados a los pies de Jesús: Jonatán con su esponjoso vestido del intendente estimado por su señor; Isaac con el suyo de incansable peregrino, de gruesa lana marrón oscura, impermeable al agua; Leví, José, Elías, con las vestiduras que Lázaro les ha dado, frescas, limpias, para poder tomar asiento en las mesas sin tener que llevar el pobre indumento, roto y con olor a aprisco, de los pastores.

-¿Por este motivo me habéis mandado al jardín? ¡Dios os bendiga a todos! Sólo falta mi Madre para completar mi felicidad. Alzaos, alzaos. Es la primera Navidad que celebro sin mi Madre. Pero vuestra presencia me alivia la tristeza, la nostalgia de su beso.

Entran todos en la sala de las mesas. Aquí la mayoría de las lámparas son de oro. El metal aumenta su brillo por la luz de la llama, la llama parece más resplandeciente por el reflejo de tanto oro. La mesa está dispuesta en forma de U para que quepa tanta gente como hay y poderla servir sin dificultar las operaciones de los trinchadores y de los criados. Además de Lázaro están los apóstoles, los pastores, y Maximino, el anciano servidor de Simón.

Marta cuida de la disposición de los puestos. Querría permanecer en pie, pero Jesús se impone:

-Hoy no eres la hospedadora, eres la hermana, y te vas a sentar como si fueras de mi misma sangre. Somos una familia. Cesen las reglas para dar paso al amor. Aquí, a mi lado, y, junto a ti, Juan. Yo con Lázaro. Dadme una lámpara. Entre mí y Marta vele una luz... una llama, por las ausentes que a pesar de todo están presentes: por las amadas, esperadas, por las mujeres amadas y lejanas. Todas. La llama tiene palabras de luz. El amor tiene palabras de llama, y estas palabras van lejos, siguiendo la onda incorpórea de los espíritus que se encuentran siempre, más allá de los montes y de los mares, llevando besos y bendiciones... Llevando todo. ¿No es, acaso, verdad?

Ella deposita la lámpara en el lugar donde Jesús desea, en un puesto que quedará vacío, y, habiendo comprendido, se inclina a besarle la mano (la que luego, bendicidora y reconfortante, Jesús pone sobre la cabeza morena de Marta).

Comienza la cena. Al principio un poco confusos, los tres pastores - Isaac se siente ya más seguro y Jonatán no da signos de sentirse incómodo - van tomando cada vez más confianza a medida que la cena se desarrolla, y, después de un tiempo de silencio, comienzan a hablar: ¿de qué podría ser, sino de su recuerdo?

-Hacia poco que nos habíamos recogido - dice Leví - Tenía tanto frío, que me resguardé entre las ovejas, llorando por la nostalgia de mi madre...

-Yo, sin embargo, pensaba en la joven Madre que había visto poco antes, y me decía a mí mismo: "¿Habrás encontrado lugar?". ¡Si hubiera sabido que estaba en un establo, la habría traído al aprisco!... Pero, era tan delicada - una azucena de nuestros valles - que me pareció una ofensa el decirle: "Ven con nosotros". Yo pensaba en Ella... Y sentía más vivamente el frío, pensando en cuánto le debía hacer sufrir. ¿Te acuerdas qué luz aquella noche? ¿Y te acuerdas de tu miedo?

-Sí... pero luego... el ángel... ¡Oh!... - Leví, un poco absorto como en estado de ensoñación, sonríe al recordarlo.

-¡Un momento! ¡Escuchadme, amigos! Nosotros sabemos poco y lo sabemos mal. Hemos oído hablar de ángeles, de pesebres, de rebaños, de Belén... Y sabemos que Él es galileo y carpintero... ¡No es justo que estemos en la ignorancia! Yo le he preguntado al Maestro en Agua Especiosa... pero luego se habló de otras cosas. Éste, que sabe, no me ha dicho nada... Sí, hablo contigo, Juan de Zebedeo. ¡Vaya forma de respeto hacia el anciano! Te lo tienes todo para ti y me dejas que vaya adelante como un tarugo de discípulo. ¿Es que ya por mí mismo no soy suficiente tarugo?

Se echan a reír por el gesto bueno de indignación de Pedro. Pero él se vuelve hacia su Maestro y dice:

-Se ríen, pero tengo razón.

Luego se vuelve a Bartolomé, Felipe, Mateo, Tomás, Santiago y Andrés:

-¡Venga, decidlo también vosotros, protestad conmigo! ¿Por qué no sabemos nada nosotros?

-¿Dónde estabais cuando murió Jonás? ¿Dónde estabais en los altos del Líbano?

-Tienes razón. Pero, por lo que se refiere a Jonás, yo al menos, creí que se tratase del delirio de un moribundo, y, en los altos del Líbano... estaba cansado y con sueño. Perdóname, Maestro, pero es la verdad.

-¡Y será la verdad de muchos! El mundo de los evangelizados frecuentemente responderá, al Juez eterno, para disculparse de su ignorancia a pesar de la enseñanza de mis apóstoles, eso mismo que tú dices: "Creí que se trataba de un delirio... Estaba cansado y tenía sueño". Y, frecuentemente, no admitirá la verdad porque la confundirá con un delirio, y no se acordará de la verdad porque estará cansado y tendrá sueño por demasiadas cosas inútiles, caducas e incluso pecaminosas. Una sola cosa es necesaria: conocer a Dios.

-Bien, después de decirnos lo que nos corresponde, cuéntanos cómo sucedieron los hechos... Cuéntaselo a tu Pedro. Yo después hablaré de ello a la gente. Si no... ya te lo he dicho, ¿qué puedo decir? El pasado no lo conozco; las profecías y el Libro... no los sé explicar; el futuro... ¡oh, pobre de mí! Y entonces ¿qué anuncio?

-Sí, Maestro, que lo sepamos también nosotros... Sabemos que eres el Mesías, y esto lo creemos, pero, al menos por lo que a mí respecta, me ha costado trabajo admitir que de Nazaret pudiera provenir algo bueno... ¿Por qué no me has dado a conocer, ya desde el principio, tu pasado? - dice Bartolomé.

-Para probar tu fe y la luminosidad de tu espíritu. Pero ahora sí os voy a hablar; es más, os vamos a hablar de mi pasado. Yo diré lo que incluso los pastores no saben y ellos dirán lo que vieron. Conoceréis así el alba de Cristo. Oíd.

Habiéndose cumplido el tiempo de la Gracia, Dios se preparó su Virgen. Os será fácil comprender cómo Dios no podía residir donde Satanás había puesto un incancelable signo. Por tanto, la Potencia actuó para hacer su futuro tabernáculo sin mancha, y de dos justos, en la ancianidad, y contra las reglas comunes de la procreación, fue concebida aquella en la que no existe mancha alguna.

¿Quién depositó esa alma en la carne embrional que con su presencia daba nueva lozanía al anciano seno de Ana de Aarón, la abuela mía? Tú, Leví, viste al Arcángel de todos los anuncios. Puedes decir: es ése. Porque la "Fuerza de Dios" ("*Fuerza de Dios*" es el significado etimológico de "Gabriel", el nombre del arcángel de los anuncios) fue siempre el Victorioso que llevó el tañido de alegría a los santos y a los profetas; el Indomable, contra el que la fuerza, también grande, de Satanás se quebró cual sutil tallo de musgo seco; el Inteligente que desvió con su buena y lúcida inteligencia las insidias del otro inteligente, si bien malvado, poniendo en acto con prontitud el mandato de Dios.

Con un grito de júbilo, él, el Anunciador, que ya conocía los caminos de la Tierra por haber descendido a hablarles a los Profetas, recogió del Fuego divino esa chispa inmaculada que era el alma de la eterna Doncella, y, custodiada dentro de un círculo de llamas angélicas, las de su espiritual amor, la condujo a la Tierra, a una casa, a un seno. El mundo, desde ese momento, tuvo consigo a la Adoradora; y Dios, desde ese momento, pudo mirar a un punto de la Tierra sin experimentar disgusto. Y nació una criaturita: la Amada de Dios y de los ángeles, la Consagrada a Dios, la santamente Amada de sus familiares.

"Y Abel dio a Dios las primicias de su rebaño." ¡Oh..., realmente los abuelos del eterno Abel supieron ofrecer a Dios la primicia de lo que constituía su bien, todo su bien, muriendo por haber dado este bien a quien se lo había dado a ellos!

Mi Madre fue la Jovencita del Templo desde los tres a los quince años y aceleró la venida del Cristo con la fuerza de su amar. Virgen antes de su concepción, virgen en la oscuridad de un seno, virgen en sus vagidos, virgen en sus primeros pasos, la

Virgen fue de Dios, de Dios sólo, y proclamó su derecho, superior al decreto de la Ley de Israel, obteniendo del esposo que le había sido dado por Dios el permanecer intacta después del desposorio.

José de Nazaret era un justo. Sólo él podía ser destinatario de la Azucena de Dios, y sólo él la recibió. Ángel en el alma y en la carne, él amó como aman los ángeles de Dios. La profundidad abismal de este fuerte amor, que supo dar toda la ternura conyugal sin sobrepasar la barrera de celeste fuego tras la que estaba el Arca del Señor, será comprendida en la Tierra sólo por pocos. Es el testimonio de lo que puede un justo, con el simple hecho de que quiera; lo que puede, porque el alma, aun estando herida por la mancha de origen, posee poderosas fuerzas de elevación, y recuerdos y retornos a su dignidad de hija de Dios, y divinamente obra por amor al Padre.

Aún estaba María en su casa, en espera de unirse a su esposo, cuando Gabriel, el ángel de los divinos anuncios, volvió a la Tierra y pidió a la Virgen ser Madre. Ya había prometido al sacerdote Zacarías el Precursor, y no había sido creído. Pero la Virgen creyó que ello podía acaecer por voluntad de Dios y, sublime en su desconocimiento, sólo preguntó: "¿Cómo puede acontecer esto?".

Y el ángel le respondió: "Tú eres la Llena de Gracia, María. No temas, por tanto, porque has hallado gracia ante el Señor también en cuanto a tu virginidad. Concebirás y darás a luz un Hijo al que pondrás por nombre Jesús, porque es el Salvador prometido a Jacob y a todos los Patriarcas y Profetas de Israel. Será grande e Hijo verdadero del Altísimo, porque será concebido por obra del Espíritu Santo. El Padre le dará el trono de David, como ha sido predicho, reinará en la casa de Jacob hasta el fin de los siglos, mas su verdadero Reino no tendrá nunca fin. Ahora el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo esperan tu obediencia para cumplir la promesa. El Precursor del Cristo ya está en el seno de Isabel, tu prima, y, si das tu consentimiento, el Espíritu Santo descenderá sobre ti, y será santo Aquel que nacerá de ti y llevará su verdadero nombre de Hijo de Dios".

Entonces María respondió: "He aquí la Esclava del Señor. Hágase de mí según su palabra". Y el Espíritu Santo descendió sobre su Esposa y en el primer abrazo le impartió sus luces, que sobreperfeccionaron las virtudes de silencio, humildad, prudencia y caridad que Ella poseía en plenitud, y Ella resultó un todo con la Sabiduría e inseparable de la Caridad. La Obediente y Casta se perdió así en el océano de la Obediencia que Yo soy, y conoció el gozo de ser Madre sin conocer la turbación de ser siquiera tocada. Fue la nieve que se concentra en flor y se ofrece a Dios así...

-¡Y el marido? - pregunta Pedro lleno de estupor.

-El sigilo de Dios cerró los labios de María, y José no tuvo noticia del prodigio sino cuando, de vuelta de la casa de Zacarías, su pariente, María apareció como madre ante los ojos de su esposo.

-¿Y qué hizo él?

-Sufrió... y María también...

-Si hubiera sido yo...

-José era un santo, Simón de Jonás. Dios sabe dónde poner sus dones... Sufrió acerbamente y decidió abandonarla, cargándose sobre sí el ser tachado de injusto. Pero el ángel bajó a decirle: "No temas tomar contigo a María, tu esposa; porque lo que en Ella se está formando es el Hijo de Dios; es Madre por obra de Dios. Cuando nazca el Hijo, le pondrás por nombre Jesús, porque es el Salvador"

-¿Era docto José? - pregunta Bartolomé.

-Como conviene a un descendiente de David.

-Entonces habrá recibido una inmediata luz recordando al Profeta: "He aquí que una virgen concebirá..."

-Sí. La recibió. A la prueba sucedió el gozo...

-Si hubiera sido yo -- vuelve a decir Simón Pedro - no hubiera sucedido, porque antes yo habría... ¡Oh, Señor, qué bien que no fuera yo! La habría quebrantado como a un tallo delgado sin dejarle tiempo ni de hablar. Pero después - caso de que no me hubiera convertido en un asesino - habría tenido miedo de Ella... El miedo secular, al Tabernáculo, de todo Israel...

-También Moisés tuvo miedo de Dios, y, no obstante, fue socorrido y estuvo con Él en el monte... José se dirigió, pues, a la casa santa de la Esposa, para cubrir las necesidades de la Virgen y del Niño que había de nacer. Y habiendo llegado, para todos, el tiempo del edicto, fue con María a la tierra de los padres. Pero Belén los rechazó porque el corazón de los hombres está cerrado a la caridad. Ahora hablad vosotros.

-Yo, cayendo ya la tarde, me encontré con una mujer joven y sonriente a caballo de un borriquillo. Un hombre venía con ella. Me pidió leche y algunas informaciones. Yo dije lo que sabía... Luego vino la noche... y una gran luz... y salimos... y Leví vio a un ángel que estaba cerca del aprisco. El ángel dijo: "Ha nacido el Salvador". Ya era completamente de noche y el cielo estaba lleno de estrellas, aunque la luz quedaba absorbida por la de aquel ángel y la de otros miles de ángeles... (Elías llora aún al recordarlo). Y nos dijo el ángel: "Id a adorarlo. Está en un establo, en un pesebre, entre dos animales... Encontraréis a un Pequeñuelo envuelto en unos pobres pañales...". ¡Oh..., qué fulgor el del ángel al decir estas palabras!... ¿Te acuerdas. Leví, cómo despedían llamas sus alas cuando, después de inclinarse para nombrar al Salvador, dijo: "... que es el Cristo Señor"?

-¡Claro que me acuerdo! ¿Y las voces de esos millares de ángeles: "¡Gloria a Dios en los Cielos altísimos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad"! Aquella música está aquí, está aquí, y me transporta al Cielo cada vez que la oigo - y Leví alza el rostro, un rostro extático en que luce el llanto.

-Y fuimos - dice Isaac -, cargados como bestias, alegres como para una boda, y, luego..., cuando oímos tu tenue voz y la de tu Madre, ya no supimos hacer nada, y empujamos a Leví, que era un niño, para que mirase. Nosotros nos sentíamos como unos leprosos junto a tanto candor... Y Leví escuchaba y reía llorando y repetía las palabras, con una voz tal de cordero, que la oveja de Elías baló. José vino al portillo y nos invitó a pasar... ¡Qué pequeño y lindo eras! Un capullo de rosa encarnada sobre el rudo heno... Y llorabas... Luego te reíste por el calorcito de la piel de oveja que te ofrecimos y por la leche que ordeñamos para ti... Tu primera comida... ¡Oh!... y luego... y luego te besamos... Dejaste en nosotros un sabor a almendra y a jazmín... y nosotros ya no podíamos separarnos de ti...

-Efectivamente, desde entonces no me habéis dejado.

-Es verdad - dice Jonatán -. Tu rostro quedó grabado en nosotros y lo mismo tu voz y tu sonrisa... Crecías... eras cada vez más hermoso... El mundo de los buenos venía a deleitarse en ti... y el de los malvados no te veía... Ana... tus primeros pasos... los tres Sabios... la estrella...

-¡Qué luz aquella noche! El mundo parecía arder con mil luces. Sin embargo, la noche de tu venida la luz estaba fija y era como de perla... Ahora era la danza de los astros; entonces, la adoración de los astros. Nosotros, desde un alto, vimos pasar la caravana y la seguimos para ver si se detenía... A1 día siguiente, toda Belén vio la adoración de los Sabios. Y luego... ¡Oh..., no hablemos de aquel horror, no hablemos de él!...- Elías palidece al recordarlo.

-Sí, no hables de ello. Guárdese silencio sobre el odio...

-El mayor dolor era el hecho de no tenerte ya y el no tener noticias tuyas. Ni siquiera Zacarías sabía nada; él, que era nuestra última esperanza... Luego... luego ya nada más.

-¿Por qué, Señor, no confortaste a tus siervos?

-¿Preguntas el porqué, Felipe? Porque era prudente hacerlo. Mira cómo Zacarías, cuya formación espiritual se completó después de ese momento, tampoco quiso descender el velo. Zacarías...

-Tú nos dijiste que Zacarías fue quien se ocupó de los pastores. Siendo así, ¿por qué él no dijo, primero a ellos y luego a ti, que los unos estaban buscando al Otro?

-Zacarías era un justo enteramente hombre. Se hizo menos hombre y más justo durante los nueve meses de mutismo. Luego, durante los meses que siguieron al nacimiento de Juan, se perfeccionó. Pero fue en el momento en que sobre su soberbia de hombre cayó el mentís de Dios, cuando se hizo espíritu justo. Había dicho: "Yo, sacerdote de Dios, digo que en Belén debe vivir el Salvador". Dios le había mostrado cómo el juicio, aunque sea sacerdotal, si no está iluminado por Dios, es un pobre juicio. Horrorizado por el pensamiento de que por su palabra hubiera podido provocar que mataran a Jesús, vino a ser el justo, el justo que ahora descansa en espera del Paraíso. Y la justicia le enseñó prudencia y caridad. Caridad hacia los pastores, prudencia respecto al mundo que debía permanecer en la ignorancia acerca del Cristo. Cuando, regresando a la patria, nos dirigimos a Nazaret, por la misma prudencia que ya guiaba a Zacarías, evitamos Hebrón y Belén, y, costeando el mar, volvimos a Galilea. Ni siquiera el día de mi mayoría de edad fue posible ver a Zacarías, que había partido el día antes con su niño para la misma ceremonia.

Dios velaba, Dios probaba, Dios proveía, Dios perfeccionaba. Tener a Dios significa también esfuerzo, no sólo contento. Y así mi padre de amor y mi Madre de alma y de carne tuvieron que esforzarse también. Se puso veto incluso a lo lícito, para que el misterio envolviese en sombra al Mesías niño.

Y que esto les sirva de explicación a muchos que no comprenden la dúplice razón de la congoja cuando no me encontraban durante tres días. Amor de madre, amor de padre hacia el niño perdido; temblor de custodios por el Mesías que podía quedar de manifiesto antes de tiempo; terror a haber tutelado mal la Salud del mundo y el gran don de Dios. Éste fue el motivo de aquella insólita exclamación: "¡Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo, angustiados, te estábamos buscando!". "Tu padre", "tu madre"... El velo echado sobre el resplandor del divino Encarnado. Y la tranquilizante respuesta: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que Yo debo ser activo en las cosas del Padre mío?". Y la Llena de Gracia recogió y comprendió tal respuesta en su justo valor, o sea: "No tengáis miedo. Soy pequeño. un niño; mas, si bien crezco, según la humanidad, en estatura, sabiduría y gracia ante los ojos de los hombres, Yo soy el Perfecto en cuanto que soy el Hijo del Padre y por tanto, sé conducirme con perfección, sirviendo al Padre haciendo resplandecer su luz, sirviendo a Dios conservándole el Salvador". Y así hice hasta hace un año.

Ahora el tiempo ha llegado. Se descorren los velos, y el Hijo de José se muestra en su naturaleza: el Mesías de la Buena Nueva, el Salvador, el Redentor y el Rey del siglo futuro.

-¿Y no volviste a ver nunca a Juan?

-Sólo en el Jordán, Juan mío, cuando solicité el Bautismo.

-De modo que ¿Tú no sabías que Zacarías les había beneficiado a éstos?

-Ya te he dicho que después del baño de sangre, de sangre inocente, los justos se hicieron santos, los hombres se hicieron justos Sólo los demonios permanecieron como eran. Zacarías aprendió a santificarse con la humildad, la caridad, la prudencia, el silencio.

-Deseo recordar todo esto. Pero, ¿podré hacerlo? - dice Pedro.

-Tranquilo, Simón. Mañana - dice Mateo - les pido a los pastores que me lo repitan, con sosiego, en el huerto, una, dos, tres veces, si hace falta. Tengo buena memoria, ejercitada en mi banco de trabajo, y me acordaré por todos. Cuando quieras, te podré repetir todo. Tampoco tenía notas en Cafarnaúm y sin embargo...

-¡No te equivocabas ni en un didracma!... ¡Sí que me acuerdo... bien! Te perdono el pasado, de corazón realmente, si te acuerdas de esta narración... y si me la cuentas a menudo. Quiero que me entre en el corazón de la misma forma que está en éstos... como lo tuvo Jonás... ¡Morir diciendo su Nombre!...

Jesús le mira a Pedro y sonrío. Luego se levanta y le besa en la entrecana cabeza.

-¿A qué se debe este beso tuyo, Maestro?

-A que has sido profeta: tú morirás diciendo mi Nombre; he besado al Espíritu, que hablaba en ti.

Luego Jesús entona, fuerte, un salmo, y todos, en pie, le secundan:

-"Alzaos y bendecid al Señor vuestro Dios, de eternidad en eternidad. Bendito sea su Nombre sublime y glorioso, con toda alabanza y bendición. Tú sólo eres el Señor. Tú has hecho el cielo y el cielo de los cielos y todo su ejército, la Tierra y todo lo que contiene", etc. (es el himno que cantan los levitas en la fiesta de la consagración del pueblo, cap. IX del libro II de Esdras).

Todo termina con este largo canto, que no sé si se encuentra en el rito antiguo o si Jesús lo dice motu proprio.

Jesús regresa a Agua Especiosa, pero debe abandonar el lugar

Jesús atraviesa junto a sus apóstoles los campos llanos de Agua Especiosa. El día está lluvioso, el lugar desierto. Debe ser aproximadamente mediodía, porque el simulacro de sol que, de vez en cuando, sale de detrás del telón gris de las nubes, cae perpendicularmente.

Jesús está hablando con el Iscariote, y le da el recado de ir al pueblo para hacer las compras más urgentes.

Ya solo, se llega hasta Él Andrés, que, tímido como siempre, dice en tono bajo:

-¿Puedo decirte una cosa, Maestro?

-Sí. Ven adelante conmigo - y alarga el paso seguido por el apóstol, adelantándose unos metros respecto a los demás.

-La mujer ya no está, Maestro - dice Andrés apenado. Y explica: -Le han pegado y ha huido, iba herida y sangrando. El encargado la ha visto. Me he adelantado, diciendo que iba a ver si nos habían tendido alguna insidia, pero la verdad es que quería ir a verla enseguida. ¡Tenía una gran esperanza de conducirla a la Luz! ¡He orado mucho estos días por ello!... Ahora ha huido. Se perderá. Si supiera dónde está, iría... Esto no se lo diría a los otros, pero a ti sí te lo digo porque me comprendes. Tú sabes que esta búsqueda no está dictada por el sentido, sino que se justifica sólo por el deseo - ¡tan grande que se hace tormento! - de poner en salvo a una hermana mía...

-Lo sé, Andrés, y te digo: Aun habiendo ido las cosas así, tu deseo se cumplirá. Nunca se pierde la oración realizada en ese sentido. Dios la usa. Ella se salvará.

-Si eres Tú quien lo dice... ¡Mi dolor se mitiga!

-¿No quisieras saber qué es de ella? ¿No te importa ni siquiera el no ser tú el que la conduzca a mí? ¿No preguntas cómo lo hará? - Jesús sonríe dulcemente, con todo un brillar de luz en sus pupilas azules inclinadas hacia el apóstol, que va caminando a su lado (una de esas sonrisas y de esas miradas que constituyen uno de los secretos de Jesús para conquistar los corazones).

Andrés, con sus dulces ojos castaños, lo mira, y dice:

-Me basta con saber que viene a ti. Luego, yo u otro, ¿qué importancia tiene? ¿Cómo lo hará? Esto Tú ya lo sabes, no es necesario que yo lo sepa; Tú lo has asegurado, ya tengo todo, y me siento feliz.

Jesús le pasa el brazo por los hombros y lo estrecha contra sí con un abrazo afectuoso que hace entrar en éxtasis al buen Andrés. Y, teniéndolo así, habla:

-Éste es el don del verdadero apóstol. Mira, amigo mío, tu vida y la de los apóstoles futuros será siempre así. En alguna ocasión seréis conscientes de ser los "salvadores", pero la mayoría de las veces salvaréis sin ser conscientes de haber salvado a las personas que más querríais salvar. Sólo en el Cielo veréis que os salen al encuentro, o que suben al Reino eterno, vuestros salvados. Y por cada uno de los salvados aumentará vuestro júbilo de bienaventurados. En alguna ocasión lo sabréis ya desde la Tierra. Son los contentos que os doy para infundiros un vigor aún mayor para nuevas conquistas. Pero, ¡dichoso aquel sacerdote que no tenga necesidad de estos incentivos para cumplir su propio deber! ¡Dichoso aquel que no se abate por no ver triunfos y dice: "Ya no hago nada más, puesto que no encuentro una satisfacción"! La satisfacción apostólica, en cuanto único incentivo para el trabajo, muestra una no formación apostólica, rebaja el apostolado, que es una cosa espiritual, al nivel de un común trabajo humano. Jamás debe uno caer en la idolatría del ministerio. No sois vosotros los que tienen que ser adorados, sino el Señor Dios vuestro. A Él sólo la gloria de los salvados. A vosotros os corresponde la obra de salvación, dejando para el tiempo del Cielo la gloria de haber sido "salvadores". Pero me decías que el capataz la había visto. Cuéntame.

-Tres días después de habernos marchado, vinieron unos fariseos a buscarte. Naturalmente, no nos encontraron. Recorrieron el pueblo y las casas de los campos como si estuvieran vivamente interesados en ti; pero ninguno lo creyó. Se albergaron en la posada, obligando, con soberbia, a desalojarla a todos los huéspedes, porque decían que no querían contactos con extranjeros desconocidos, que podían incluso profanarlos. Y todos los días iban a la casa. Pasados algunos días encontraron a esa pobrecilla, que iba siempre allí porque quizás esperaba encontrarte y conseguir su paz. La hicieron huir, siguiéndola hasta su refugio en el establo del encargado. No la agredieron inmediatamente, dado que el encargado y sus hijos habían salido armados de garrotes. Pero luego, por la tarde, cuando ella salió de nuevo, volvieron, y venían con otros, y cuando la mujer fue a la fuente empezaron a apedrearla, llamándola "meretriz" y señalándola para que sufriera el vituperio de las gentes del pueblo. Y, dado que ella se echó a correr queriendo huir, la alcanzaron, le pegaron, le arrancaron el velo y el manto para que todos la vieran, y siguieron pegándole, tratando de imponerse con su autoridad al arquisinagogo para que la maldijera y fuera así lapidada, y para que te maldijera a ti, que la habías portado al pueblo. Pero él no quiso hacerlo y ahora está esperando el anatema del Sanedrín. El encargado la arrancó de las manos de esos canallas y la socorrió. Pero, por la noche, ella se marchó dejando un brazalete con una palabra escrita sobre una tira de pergamino. Había escrito: "Gracias. Ruega por mí". El encargado dice que es joven y que es bellísima, aunque esté muy pálida y muy delgada. La ha buscado por los campos, porque estaba malherida, pero no la ha encontrado, y no se explica cómo haya podido alejarse mucho. Quizás haya muerto así, en algún lugar... y no se haya salvado...

-No.

-¿No? ¿No ha muerto, o no se ha perdido?

-La voluntad de redención es ya absolución. Aunque hubiera muerto estaría perdonada, porque ha buscado la Verdad, poniendo bajo sus propios pies el Error. Pero no ha muerto. Está subiendo las primeras pendientes del monte de la redención. Yo la veo... Encorvada bajo el peso de su llanto de arrepentimiento. Ahora bien, el llanto la fortalece cada vez más, mientras que, por el contrario, el peso va decreciendo. Yo la veo. Va hacia el sol. Una vez que haya subido toda la pendiente, se encontrará en la gloria del Sol-Dios. Está subiendo... ayúdala orando.

-¡Oh..., mi Señor! - Andrés se siente casi aterrorizado por el hecho de poder ayudar a un alma en su santificación.

Jesús sonríe con mayor dulzura aún, y dice: «

-Habrá que abrir los brazos y el corazón al arquisinagogo, que sufre la persecución, e ir a bendecir a ese buen encargado. Vamos donde los compañeros, a decírselo a ellos.

Pero, mientras recorren en sentido inverso el camino andado para unirse a los otros diez - los cuales, habiendo comprendido que Andrés estaba en coloquio secreto con el Maestro, se habían detenido aparte -, llega corriendo el Iscariote. Viene muy rápido, con su manto ondeando a sus espaldas, haciendo además un verdadero carrusel de gestos con los brazos, de modo que parece una mariposa gigantesca en veloz vuelo por el prado.

-Pero ¿qué le pasa? - pregunta Pedro - ¿Se ha vuelto loco?

Sin dar tiempo a que nadie le responda, el Iscariote, ya cerca, puede gritar, con el respiro entrecortado:

-¡Detente, Maestro! Escúchame antes de ir a la casa... Están al acecho. ¡Qué ruines!... - Sigue corriendo; ya ha llegado - ¡Maestro, ya no se puede ir allí! Los fariseos están en el pueblo y todos los días van a la casa. Te esperan con malas intenciones. Despiden a quienes vienen buscándote. Los aterrorizan con horribles anatemas. Habrá que resignarse. Aquí te perseguirían y tu obra quedaría anulada... Uno de ellos me ha visto y me ha agredido. Un feo viejo narigudo que me conoce, porque es uno de los escribas del Templo - también hay escribas -, me ha agredido, apresándome con sus garras e insultándome con su voz de halcón. Mientras no pasaba de insultarme a mí y de arañarme - "mira", dice, mostrando una muñeca y un carrillo decorados con claras marcas de uñas - lo he dejado, pero cuando te ha profanado con su baba, lo he cogido por el cuello...

-¡Judas! - grita Jesús.

-No, Maestro. No lo he ahogado. Solamente le he impedido que blasfemara contra ti; luego lo he dejado marcharse. Ahora está allí medio muerto de miedo por el peligro que ha corrido... Pero nosotros nos vamos, te lo ruego. ¡Total, ya nadie podría ir a ti!...

-¡Maestro!

-¡Es horrible!

-¡Judas tiene razón!

-¡Están al acecho como hienas!

-¡Fuego del cielo que caíste sobre Sodoma, ¿por qué no vuelves?

-Sí señor, así se hace, muchacho! ¡Lástima que no haya estado también yo; te habría ayudado!

-¡Oh.... Pedro! Si hubieras estado tú, ese halconzuelo hubiera perdido para siempre las plumas y la voz.

-¡Hombre!, lo que no entiendo es cómo has podido quedarte a mitad.

-¡Bah!... Una luz improvisa en la mente, el pensamiento (venido vete a saber de qué cavidad del corazón): "El Maestro condena la violencia", y me he parado, lo cual me ha supuesto un choque interior más profundo aún que el que recibí al pegarme con la pared contra la que me había tirado el escriba cuando me agredió. Me quedé con los nervios deshechos... hasta el punto de que después no hubiera tenido ya fuerza para ensañarme con él. ¡Qué esfuerzo supone vencerse!...

-¡Sí señor, Judas, magnífico! ¿Verdad, Maestro? ¿Qué piensas de esto?

Pedro está tan contento de lo que ha hecho Judas, que no ve cómo Jesús ha pasado de tener el luminoso rostro de antes a mostrar una cara severa que le oscurece la mirada y le comprime la boca, pareciendo ésta hacerse más delgada.

La abre para decir:

-Yo digo que estoy más disgustado por vuestro modo de pensar que por la conducta de los judíos. Ellos son unos desdichados que están en las tinieblas. Vosotros, teniendo la Luz, sois duros, vengativos, murmuradores, violentos; sois de los que aprueban, como ellos, un acto brutal. Os digo que me estáis dando la prueba de que seguís siendo los que erais cuando me visteis por primera vez, y esto me duele. Respecto a los fariseos, sabed que Jesucristo no huye. Vosotros retiraos. Yo los afrontaré. No soy un mezquino. Una vez que haya hablado con ellos sin haber podido persuadirlos, me retiraré. No debe decirse que Yo no haya tratado por todos los medios de atraerlos hacia mí. Ellos también son hijos de Abraham. Yo cumplo con mi deber enteramente. Es preciso que la causa de su condena sea únicamente su mala voluntad y no una falta de dedicación mía hacia ellos.

Y Jesús camina hacia la casa, que muestra su bajo tejado tras una fila de árboles deshojados. Los apóstoles lo siguen cabizcaídos, hablando bajo entre sí.

Ya están en la casa. Entran en silencio en la cocina y se ponen manos a la obra con el hogar de la chimenea. Jesús se sume en su pensamiento.

Van a empezar a comer, cuando un grupo de personas se presenta en la puerta.

-Ahí están - musita el Iscariote.

Jesús se levanta inmediatamente y va hacia ellos. Su aspecto impone tanto que, por un instante, el grupito se arredra, pero el saludo de Jesús les permite volver a sentirse seguros:

-La paz sea con vosotros. ¿Qué queréis?

Entonces estos hombres viles creen que pueden atreverse a todo y, arrogantemente, con tono impositivo, dicen:

-En nombre de la Ley santa, te ordenamos dejar este lugar, a ti, perturbador de las conciencias, violador de la Ley, corruptor de las tranquilas ciudades de Judá. ¿No temes el castigo del Cielo, Tú, burdo imitador del Justo que bautiza en el Jordán, Tú, que proteges a las meretrices? ¡Fuera de la tierra santa de Judá! Que tu hálito, desde aquí, no traspase el recinto de la Ciudad sagrada.

-Yo no hago nada malo. Enseño como rabí, curo como taumaturgo, arrojé los demonios como exorcista. Estas categorías, queridas por Dios, existen también en Judá, y Dios exige respeto y veneración hacia ellas por parte vuestra. No pido veneración. Pido sólo que se me deje hacer el bien a aquellos que padecen alguna enfermedad en la carne, en la mente o en el espíritu. ¿Por qué me lo prohibís?

-Eres un poseso. Vete.

-El insulto no es una respuesta. Os he preguntado por qué me lo prohibís, mientras que a los otros se lo permitís.

-Porque eres un poseso y arrojas demonios y haces milagros con la ayuda de los demonios.

-¿Y vuestros exorcistas, entonces? ¿Con la ayuda de quién lo hacen?

-Con su vida santa. Tú eres un pecador. Para aumentar tu potencia te sirves de las pecadoras, porque en este contubernio se aumenta la posesión de la fuerza demoníaca. Nuestra santidad ha purificado la zona de esa mujer, cómplice tuya; pero no permitimos que sigas aquí como reclamo de otras mujeres.

-Pero ¿es vuestra casa ésta? - pregunta Pedro, que ha venido junto al Maestro con aspecto poco halagador.

-No es nuestra casa. Pero todo Judá y todo Israel están en las manos santas de los puros de Israel.

-¡O sea, vosotros! - termina el Iscariote, que también ha venido a la puerta, y concluye con una risotada burlona. Luego pregunta: « ¿Y el otro amigo vuestro dónde está? ¿Temblando todavía? ¡Desvergonzados, marchaos de aquí! Y enseguida, si no os haré arrepentiros de...

-Silencio, Judas. Y tú, Pedro, vuelve a tu puesto. ¡Oíd vosotros, fariseos y escribas, por vuestro bien, por piedad hacia vuestra alma, os ruego que no combatáis contra el Verbo de Dios. Venid a mí. Yo no os odio. Comprendo vuestra mentalidad y deseo ser indulgente con ella. Pero quiero conducirlos a una mentalidad nueva, santa, capaz de santificarlos y de daros el Cielo. Pero ¿es que acaso creéis que he venido para ir contra vosotros? ¡Oh no! Yo he venido para salvarlos, para esto he venido. Os tomo en mi corazón. Os pido amor y entendimiento. Precisamente por el hecho de que sois los que más sabéis en Israel, debéis comprender la verdad más que los demás. Sed alma, no cuerpo. ¿Queréis que os lo suplique de rodillas? Lo que está en juego - vuestra alma - tiene tal valor, que Yo me metería bajo las plantas de los pies para conquistarla para el Cielo, con la seguridad de que el Padre no consideraría errónea esta humillación mía. ¡Hablad! ¡Estoy esperando una palabra!

-Maldición, decimos.

-Bien. Dicho queda. Podéis marcharos. Yo también me iré de aquí.

Y Jesús, volviéndose, regresa al sitio de antes. Inclina la cabeza sobre la mesa y llora.

Bartolomé cierra la puerta para que ninguno de estos hombres crueles que lo han insultado, y que se marchan profiriendo amenazas y blasfemias contra el Cristo, vea este llanto.

Un largo silencio. Luego Santiago de Alfeo acaricia la cabeza de su Jesús y dice:

-No llores. Nosotros te queremos, incluso por ellos.

Jesús alza el rostro y dice:

-No lloro por mí. Lloro por ellos, porque, sordos como son a toda llamada, procuran su propia muerte».

-¿Qué vamos a hacer ahora, Señor? - pregunta el otro Santiago.

-Iremos a Galilea. Mañana por la mañana saldremos.

-¿No hoy, Señor?

-No. Tengo que saludar a las personas buenas de este lugar. Vosotros vendréis conmigo.

138

Despedida del encargado de Agua Especiosa, y del arquisinagogo Timoneo, que se hace discípulo

-Señor, yo no he hecho sino cumplir con mi deber ante Dios, ante mi jefe y ante la honestidad de conciencia. He estado atento a esa mujer durante este tiempo en que ha sido huésped mía, y siempre la he visto honesta. Habrá sido una pecadora. Bien. Ahora no lo es. ¿Por qué razón tengo yo que indagar sobre un pasado que ella misma ha tachado para anularlo? Yo tengo hijos en edad joven y no feos. Pues bien, no ha mostrado nunca su rostro, realmente bonito, ni ha hecho oír su palabra. Puedo decir que oí el tono de su voz de plata cuando gritó a causa de las heridas. De hecho ella, lo poco que pedía - siempre a mí o a mi mujer - lo susurraba tras su velo, y tan bajo que casi no se entendía. Date cuenta de lo prudente que fue: cuando temió que su presencia pudiera ser causa de algún perjuicio, se marchó... Yo le había prometido protección y ayuda, y, sin embargo, ella no quiso aprovecharlo. ¡No, así no se comportan las mujeres perdidas! Yo rogaré por ella, como ha pedido; incluso sin este recuerdo. Tenlo, Señor. Empléalo como limosna para bien suyo. Dándola Tú, ciertamente, recibirá a cambio paz.

Ha sido el encargado quien ha hablado a Jesús y lo ha hecho respetuosamente. Es un hombre de buen talle, rostro honesto y cuerpo recio. Detrás de él hay seis galanes, jóvenes, parecidos al padre, seis rostros de aspecto franco e inteligente; también está su esposa, una mujercita liviana y todo dulzura, que escucha a su marido como escucharía a un dios, asintiendo continuamente con la cabeza.

Jesús recibe el brazalete de oro y se lo pasa a Pedro diciendo:

-Para los pobres.

Luego se dirige al encargado en estos términos:

-No todos tienen tu rectitud en Israel. Tú eres sabio, porque distingues el bien del mal y sigues el bien sin sopesar la utilidad humana que el cumplirlo pueda comportar. En nombre del eterno Padre, te bendigo a ti, a tus hijos, a tu esposa y tu casa. Manteneos siempre en esta disposición de espíritu y el Señor estará siempre con vosotros, y tendréis la vida eterna. Yo ahora parto. Pero no quiere decir que no nos volvamos a ver nunca. Yo volveré, y vosotros podréis siempre llegaros hasta mí. Por todo lo que habéis hecho por mí y por esa pobre criatura, Dios os dé su paz.

El encargado, los hijos y, por último, la mujer, se arrodillan y besan los pies de Jesús, el cual, tras un último gesto de bendición, se aleja con sus discípulos, dirigiéndose hacia el pueblo.

-¿Y si están todavía esos sucios? - pregunta Felipe.

-A nadie se le puede impedir que vaya por los caminos de la Tierra - responde Judas de Alfeo.

-No. Pero nosotros para ellos somos "anatema".

-¡Déjalos, hombre! ¿Te preocupa?

-Yo no me preocupo sino porque el Maestro no quiere violencia, y ellos, que lo saben, se aprovechan - dice Pedro refunfuñando entre dientes - sin duda, piensa que Jesús, que está hablando con Simón y con el Iscariote, no está oyendo.

Pero sí ha oído y se vuelve, mitad severo, mitad sonriente, y dice:

-¿Tú crees que Yo vencería haciendo violencia? Hacer violencia no es sino un pobre sistema humano, que sirve, temporalmente, para victorias humanas. ¿Cuánto tiempo dura la opresión? Hasta cuando, por sí misma, engendra en quienes la sufren reacciones que, aunándose, dan lugar a una violencia aún mayor, y esta violencia echa abajo el precedente estado de opresión. Yo no quiero un reino temporal, quiero un reino eterno: el Reino de los Cielos. ¿Cuántas veces os lo he dicho? ¿Cuántas os lo tendré que decir? ¿Lo entenderéis alguna vez? Sí. Llegará el momento en que lo entenderéis.

-¿Cuándo, Señor mío? Tengo prisa por entender para ser menos ignorante - dice Pedro.

-¿Cuándo? Cuando seáis triturados como el trigo entre las piedras del dolor y del arrepentimiento. Podríais, es más, deberíais, entender antes; pero, para ello, deberíais quebrantar vuestra humanidad y dejar libre al espíritu... y no sabéis hacer esta violencia. Pero entenderéis... entenderéis. Entonces entenderéis también cómo no podía hacer uso de la violencia, que es un medio humano, para instaurar el Reino de los Cielos: el Reino del espíritu. Pero, mientras esto se cumple, no tengáis miedo. Esos hombres que os preocupan no nos harán nada; les basta con haberme echado.

-Pero, ¿no hubiera sido más fácil mandar un aviso al jefe de la sinagoga de que fuera a casa del encargado o de que nos esperara en la calzada principal?

-¿Qué hombre más prudente hoy mi Tomás! No es que no fuera fácil; o mejor, hubiera sido más fácil, pero no hubiera sido justo. Él se ha comportado heroicamente por mí, por causa mía ha sido insultado en su casa; justo es que Yo vaya a consolarlo a su casa.

Tomás se encoge de hombros y ya no habla más.

Ya se ve el pueblo, vasto pero de aspecto marcadamente rural, con casas entre huertos, que ahora están desnudos, y con muchos apriscos. Debe ser un lugar apto para el pastoreo, porque se oye, por todas partes, un denso balar de rebaños que van a los pastos de la llanura o que vienen de ellos. Tiene el consabido cruce de caminos con la plaza y su fuente en el centro en el lugar donde aquéllos confluyen; ahí está la casa del jefe de la sinagoga.

Abre una mujer anciana con claros signos de llanto en su rostro. No obstante, al ver al Señor experimenta un sentimiento de alegría, y, profiriendo palabras de bendición, se postra.

-Levántate, madre. He venido para deciros adiós. ¿Dónde está tu hijo?

-Está allí... - y señala una habitación en el fondo de la casa - ¿Has venido a consolarlo? Yo no soy capaz...

-Entonces, ¿está afligido por algo? ¿Le duele el haberme defendido?

-No, Señor. Pero siente un escrúpulo. Bueno, Tú lo escucharás. Lo llamo.

-No. Voy Yo. Vosotros esperad aquí. Vamos, mujer.

Jesús recorre los pocos metros del vestíbulo, empuja la puerta, entra en la habitación, se acerca despacio a un hombre, que está sentado, inclinado hacia el suelo, absorto en dolorosas meditaciones.

-Paz a ti, Timoneo.

-¡Señor! ¡Tú!

-Yo. ¿Por qué tan triste?

-Señor... Yo... me han dicho que he pecado. Me han dicho que soy anatema. Yo me examino... y no creo que lo sea. Pero ellos son los santos de Israel, y yo el pobre jefe de la sinagoga. Sin duda tienen razón. Yo ahora no me atrevo a alzar la mirada hacia el rostro airado de Dios, a pesar de que me sería muy necesario en este momento. Yo le servía con verdadero amor. Trataba de darlo a conocer. Ahora quedaré privado de este bien, porque el Sanedrín está claro que me maldice.

-Pero, ¿cuál es el dolor? ¿El de dejar de ser el jefe de la sinagoga, o el de quedar imposibilitado para hablar de Dios?

-Es precisamente esto, Maestro, lo que me produce dolor. Supongo que cuando dices que si me duele el no ser jefe de la sinagoga te refirieras a las ganancias y a los honores que ello conlleva. Eso no me preocupa. Sólo tengo a mi madre. Ella es nativa de Aera y allí tiene una pequeña casa. Techo y sustento, para ella, hay. Para mí... yo soy joven. Trabajaré. Pero ya jamás osaré hablar de Dios, pues he pecado.

-¿Por qué has pecado?

-Dicen que soy cómplice del... ¡Señor..., no me hagas decir...!

-No. Yo lo digo. Bueno, ni siquiera lo digo. Yo y tú conocemos sus acusaciones, y Yo y tú sabemos que no son ciertas. Por tanto, tú no has pecado. Yo te lo digo.

-Entonces, ¿puedo todavía levantar la mirada hacia el Omnipotente? ¿Te puedo...?

-¿Qué, hijo?

Jesús es todo dulzura mientras se inclina hacia el hombre, que se ha detenido bruscamente como con miedo.

-¿Qué? Mi Padre busca tu mirada, la quiere. Y Yo quiero tu corazón y tu pensamiento. Sí, el Sanedrín descargará su mano sobre ti; Yo abro los brazos y digo: "Ven". ¿Quieres ser un discípulo mío? Yo veo en ti todo lo necesario para ser un obrero del Dueño eterno. Ven a mi viña...

-¿Lo dices en serio, Maestro? Madre... ¿estás oyendo? ¡Yo me siento feliz, madre! Yo... bendigo este sufrimiento porque me ha procurado este gozo. ¡Celebrémoslo a lo grande, madre! Luego me iré con el Maestro y tú volverás a tu casa. Voy enseguida, Señor mío; Tú, que me has librado de todo temor, y dolor, y miedo a Dios.

-No. Esperarás la palabra del Sanedrín. Con corazón sereno y sin odio. Tú en tu puesto, mientras se te deje en ese puesto. Luego te juntarás conmigo en Nazaret o en Cafarnaúm. Adiós. La paz sea contigo y con tu madre.

-¿No te vas a quedar un tiempo en mi casa?

-No. Iré a casa de tu madre.

-Es pueblo poco fiel.

-Le enseñaré la fidelidad. Adiós, madre. ¿Te sientes feliz ahora?

Jesús la acaricia, como hace siempre con las mujeres ancianas, a las cuales, noto, les da casi siempre el nombre de "madre".

-Feliz, Señor. Había criado y educado a un varón para el Señor. El Señor me lo toma como siervo de su Mesías. Bendito sea por ello el Señor. Bendito seas Tú que eres su Mesías. Bendita sea la hora en que has venido aquí. Bendito sea mi hijo, que ha sido llamado a tu servicio.

-Bendita sea la madre santa como Ana de Elcana. La paz sea con vosotros.

Jesús sale, seguido de madre e hijo. Se junta con sus discípulos, saluda una vez más y luego inicia el regreso hacia la Galilea.

139

En los montes de las cercanías de Emaús. El carácter de Judas Iscariote y las cualidades de los buenos

Jesús se encuentra con los suyos en un lugar muy montañoso. El camino es incómodo y escabroso y a los más ancianos se les hace muy duro; sin embargo, los jóvenes se muestran muy contentos en torno a Jesús y suben ágiles, conversando entre sí.

El pensamiento de volver a Galilea tiene alborozados a los dos primos, los dos hijos de Zebedeo, y a Andrés, y su alegría es tal, que conquista también al Iscariote, que desde hace un tiempo se encuentra en las mejores disposiciones de espíritu. Se limita a decir:

-Bueno, Maestro, pero, para Pascua, cuando se va al Templo... ¿vas a volver a Keriot? Mi madre sigue esperando a que vayas. Me lo ha hecho saber. E igualmente mis paisanos...

-Por supuesto. Ahora, aunque quisiéramos, la estación está demasiado desapacible como para meterse por esos caminos intransitables. Daos cuenta de lo fatigoso que resulta incluso aquí; y, si no hubiese sido por esa imposición, no habría emprendido ahora el camino... Pero ya no se podía estar... -Jesús guarda silencio, pensativo.

-Y después, quiero decir por Pascua, se podrá ir? Yo quisiera enseñar tu gruta a Santiago y a Andrés - dice Juan.

-¿Te olvidas del amor de Belén hacia nosotros? - pregunta el Iscariote - O, mejor dicho, hacia el Maestro.

-No. Pero iría yo con Santiago y Andrés. Jesús podría estar en Yuttá o en tu casa...

-¡Oh..., esto me satisface! ¿Lo harás así, Maestro? Ellos van a Belén, Tú estás conmigo en Keriot. Realmente conmigo solo nunca has estado... y siento grandes deseos de tenerte enteramente para mí...

-¿Estás celoso? ¿No sabes que Yo os amo a todos de la misma forma? ¿No crees que Yo estoy con todos vosotros aun cuando parezco lejano?

-Sé que nos quieres. Si no nos quisieras, deberías ser mucho más severo, conmigo al menos. Creo que tu espíritu nos asiste continuamente. Pero no somos del todo espíritu; está también el hombre, con sus amores de hombre, sus deseos, sus añoranzas. Jesús mío, yo sé que no soy el que más te hace feliz, pero creo que Tú sabes lo vivo que está en mí el deseo de agradarte y el recuerdo amargo de todas las horas que te pierdo por mi miseria...

-No, Judas. No te pierdo. Estoy más cerca de ti que de los demás, precisamente porque conozco quién eres.

-¿Qué soy, mi Señor? Dilo. Ayúdame a entender qué soy. Yo no me entiendo. Me da la impresión de ser como una mujer turbada por deseos de concebir. Tengo apetitos santos y apetitos depravados. ¿Por qué? ¿Qué soy yo?

Jesús lo mira con una mirada indefinible. Está apenado. Pero es una tristeza embebida de piedad, de mucha piedad. Parece un médico que constatará el estado de un enfermo y que supiera que se trata de un enfermo que no puede curarse... Pero no habla.

-Dilo, Maestro mío. Tu juicio sobre el pobre Judas será siempre el menos severo de todos. Y, además... estamos entre hermanos. No me importa que sepan de qué estoy hecho. Es más, sabiéndolo de ti, corregirán su juicio y me ayudarán. ¿No es verdad?

Los otros se sienten violentos y no saben qué decir. Miran al compañero, miran a Jesús.

Jesús pone a su lado a Judas Iscariote, en el lugar donde antes estaba su primo Santiago, y dice:

-Tú eres simplemente un desordenado. Tienes en ti todos los mejores elementos, pero no los tienes bien fijados, y el más mínimo soplo de viento los descoloca. Hace poco hemos pasado por aquella estrechura, nos han mostrado el daño que han hecho a las pobres casas de aquel pueblecito el agua, la tierra y los árboles. El agua, la tierra, los árboles son cosas útiles y benditas, ¿no es, acaso, verdad? Bueno, pues, a pesar de todo, han resultado malditas. ¿Por qué? Porque el agua del torrente no tenía un curso ordenado, sino que, incluso por indolencia del hombre, se había excavado otros lechos siguiendo su capricho, lo cual era bonito mientras no había ventiscas. Esa agua clara que irrigaba el monte con pequeños regatos - collares de diamantes o de esmeraldas, según reflejasen la luz o la sombra de los bosques - era como una obra de joyero. Y el hombre gozaba de ello, porque las cantarinas venas de agua eran útiles para sus pequeños campos; como también eran hermosos los árboles nacidos, por avatares de los vientos, en caprichosos grupos, ora aquí, ora allá, dejando claros llenos de sol. También era hermosa la tierra esponjosa, depositada por quién sabe qué lejanos aluviones entre unas ondulaciones y otras del monte; tierra verdaderamente

fértil para los cultivos. Pero ha sido suficiente que llegaran las ventiscas de hace un mes para que los caprichosos surcos del torrente se unieran y, desordenadamente, se desbordaran siguiendo otro curso, llevándose los desordenados árboles y arrastrando hacia abajo las desordenadas acumulaciones de tierra. Si las aguas hubieran sido reguladas, si los árboles hubieran estado agrupados en bosques ordenados, si se hubiera asegurado en manera ordenada la tierra con las oportunas protecciones, entonces esos tres elementos, la madera, el agua y la tierra, que son buenos, no se habrían transformado en causas de destrucción y muerte para ese pueblecito. Tú tienes inteligencia, intrepidez, instrucción, prontitud, prestancia, tienes muchas cosas, muchas, pero están salvajemente dispuestas en ti; y tú dejas que estén así. Mira, necesitas un trabajo paciente y constante sobre ti mismo, para poner orden - que al final se traduce en una vigorosidad - en tus cualidades, de forma que, cuando llegue la ventisca de la tentación, lo bueno que tienes en ti no se transforme en un mal para ti y para los demás.

-Tienes razón, Maestro. Cada cierto tiempo sufro la acción de un viento que me altera profundamente, y entonces todo se enreda. Dices que yo podría...

-La voluntad lo es todo, Judas.

-Pero hay tentaciones que son tan punzantes... Uno se oculta, por miedo a que el mundo se las lea en el rostro».

-¡Ése es el error! Ése sería precisamente el momento de no esconderse, sino de buscar el mundo, el de los buenos, para recibir su ayuda. Además, el contacto con la paz de los buenos calma la fiebre. Y buscar también el mundo de los criticadores, porque, debido a ese orgullo que impulsa a ocultarse para que no le lean a uno su ánimo tentado, ello sería un impulso ante la debilidad moral, y no se caería.

-Tú fuiste al desierto...

-Porque podía hacerlo. Pero ¡ay de aquellos que están solos, si no son, en su soledad, multitud contra la multitud!

-¿Cómo? No comprendo.

-Multitud de virtudes contra multitud de tentaciones. Cuando la virtud es poca, hay que hacer como esta débil hiedra: agarrarse a las ramas de árboles vigorosos, para subir.

-Gracias, Maestro. Yo me agarro a ti y a los otros compañeros. Ayudadme todos. Vosotros sois todos mejores que yo.

-Ha sido mejor el ambiente sobrio y honesto en que hemos crecido, amigo. Pero ahora tú estás con nosotros, y te queremos. Verás... No es por criticar a Judea, pero, créelo, en Galilea hay, al menos en nuestros pueblos, menos riqueza y menos corrupción. Tiberíades, Magdala, otros lugares de tripudio, están cercanos; pero, nosotros vivimos con "nuestra" alma simple, tosca si quieres, pero laboriosa, santamente contenta de lo que Dios nos concede- dice Santiago de Alfeo.

-Pero ten en cuenta, Santiago, que la madre de Judas es una santa mujer. Se le ve la bondad escrita en la cara - objeto Juan.

Judas de Keriot, contento por esta alabanza, le sonrío; y su sonrisa aumenta cuando Jesús confirma:

-Es así, como has dicho, Juan; es una santa criatura.

-¡Sí! ¡Ya! Pero mi padre soñaba con hacer de mí una persona grande en el mundo, y me separó muy pronto y demasiado profundamente de mi madre...

-Pero, ¿qué es lo que tenéis que decir, que no paráis de hablar? - pregunta desde lejos Pedro - ¡Paraos! ¡Esperadnos! No le veo la gracia a ir así, sin pensar que yo tengo las piernas cortas.

Se detienen hasta que el otro grupo los alcanza.

-¡Uf! ¡Cuánto te quiero, barquita mía! Aquí se hace esfuerzos de esclavos... ¿Qué decíais?

-Hablábamos de las cualidades para ser buenos - responde Jesús.

-Y ¿a mí no me las dices, Maestro?

-Claro que sí: orden, paciencia, constancia, humildad, caridad... ¡He hablado de ellas muchas veces!

-Del orden no. ¿Qué tiene que ver con ello?

-El desorden no es nunca una buena cualidad. Se lo he explicado a tus compañeros. Ellos te lo dirán. Y lo he puesto el primero; mientras que he puesto la última a la caridad, porque son los dos extremos de la recta de la perfección. Ahora bien, como tú sabes, una recta, puesta horizontalmente, no tiene principio, como tampoco tiene fin. Ambos extremos pueden ser principio y pueden ser fin, mientras que de una espiral, o de cualquier otra figura no cerrada en sí misma, hay siempre un principio y un fin. La santidad es lineal, simple, perfecta, y no tiene sino dos extremos, como la recta.

-Es fácil hacer una recta...

-¿Tú crees? Te equivocas. En un dibujo, complicado incluso, puede pasar inadvertido algún defecto; pero en la recta enseguida se ve cualquier falta, o de inclinación o de incertidumbre. José, enseñándome el oficio, insistía mucho en que fueran derechas las tablas y con razón me decía: "¿Ves, hijo mío? En una moldura o en un trabajo de torno todavía puede pasar una leve imperfección, porque el ojo (si no es expertísimo), si observa un punto no ve el otro. Pero si una tabla no está derecha como se debe, ni siquiera el trabajo más simple, como puede ser una pobre mesa de campesinos, sale bien. Estará arqueada, hacia abajo o hacia arriba. No sirve sino para el fuego". Podemos decir esto también respecto a las almas. Para que no suceda que no se sirva sino para el fuego infernal, es decir, para conquistar el Cielo, hay que ser perfecto como una tabla debidamente cepillada y escuadrada. Quien empieza su trabajo espiritual con desorden, comenzando por las cosas inútiles, saltando, como un ave inquieta, de esto a aquello, al final, cuando quiere reunir las partes de su trabajo, ya no puede, no encajan. Por tanto, orden. Por tanto, caridad. Luego, manteniendo fijos en las dos mordazas estos extremos, de forma que no se escapen nunca, trabajar en todo lo restante, ya se trate de molduras o de tallas. ¿Has comprendido?

-Sí, he comprendido.

Pedro se mastica en silencio su lección y, al improviso, concluye:

-Entonces mi hermano vale más que yo. Él es verdaderamente ordenado. Paso a paso, en silencio, tranquilo. Da la impresión de que no se moviera, y, sin embargo... Yo desearía hacer muchas cosas y en poco tiempo. Y no hago nada. ¿Quién me ayuda?

-Tu buen deseo. No temas, Pedro. Tú también haces. Te haces.
-¿Y yo?
-También tú, Felipe.
-¿Y yo? Tengo la impresión de no ser realmente capaz de nada.
-No, Tomás. Tú también te trabajas. Todos, todos os trabajáis. Sois árboles silvestres, pero los injertos os van cambiando en modo lento y seguro, y Yo tengo en vosotros mi alegría.
-Eso. Estamos tristes y Tú nos consuelas. Somos débiles y Tú nos fortaleces. Somos miedosos y nos infundes valor. Para todos y para todos los casos, tienes preparado el consejo y el confort. Maestro, Tú siempre estás preparado y siempre eres bueno, ¿cuál es el secreto?
Amigos míos, he venido para esto, sabiendo ya lo que me encontraría y lo que debía hacer. Sin sufrir ilusiones no se tienen desilusiones; por tanto, no se pierde energía, se va adelante. Recordad esto, para cuando también vosotros tengáis que trabajar al hombre animal para hacer de él el hombre espiritual.

140

En Emaús, en casa del arquisinagogo Cleofás. Un caso de incesto. Fin del primer año

Juan y su hermano llaman a una casa en un pueblo (reconozco la casa donde entraron los dos de Emaús con Jesús resucitado). Cuando les abren, entran y hablan con alguien, no veo; luego salen y se echan a andar por un camino. Llegan hasta donde están Jesús y los otros, detenidos en un lugar apartado.

-Está, Maestro; y está contentísimo de que verdaderamente hayas venido. Nos ha dicho: "Id a decirle que mi casa es suya. Ahora voy yo también".

-Vamos entonces.

Caminan durante un tiempo y se encuentran con el anciano jefe de la sinagoga, Cleofás, visto anteriormente en Agua Especiosa. Se saludan mutuamente con una inclinación de cabeza; no obstante, después, el anciano, que parece un patriarca, se arrodilla con un devoto saludo. Algunos habitantes del lugar, al ver esto, se acercan curiosos.

El anciano se alza y dice:

-He aquí al Mesías prometido. Recordad este día, habitantes de Emaús.

Unos observan con una curiosidad enteramente humana, otros ya expresan en sus miradas una religiosa reverencia. Dos de ellos se abren paso y dicen:

-Paz a ti, Rabí. Estábamos presentes nosotros también aquel día.

-Paz a vosotros, y a todos. He venido, como me había pedido vuestro jefe de la sinagoga.

-¿Vas a hacer milagros aquí también?

-Si hay hijos de Dios que crean y tengan necesidad de ello, ciertamente lo haré.

El jefe de la sinagoga dice:

-Quienes deseen oír al Maestro que vengan a la sinagoga. Igualmente el que tenga enfermos. ¿Puedo decir esto, Maestro?

-Puedes. Después de la hora sexta estaré a vuestra entera disposición. Ahora soy del buen Cleofás.

Y, seguido de un séquito de gente, prosigue al lado del anciano hasta su casa.

-Éste es mi hijo, Maestro; y ésta, mi mujer... y la mujer de mi hijo y los niños pequeños. Siento mucho el que mi otro hijo esté con el suegro de mi hijo Cleofás en Jerusalén, junto con un infeliz de aquí...

-Ya te contaré. Entra, Señor, con tus discípulos.

Entran y reciben las atenciones que son habituales, para reponer fuerzas, en el uso hebreo. Luego se acercan al fuego, que arde en una amplia chimenea, porque el día está húmedo y frío.

Dentro de poco nos sentaremos a la mesa. He invitado a los notables del lugar. Hoy celebraremos una gran fiesta. No todos creen en ti, pero tampoco son enemigos; solamente indagadores. Quisieran creer, pero hemos sufrido demasiadas veces desilusiones sobre el Mesías en estos últimos tiempos. Hay desconfianza. Sería suficiente una palabra del Templo para eliminar cualquier tipo de duda, pero el Templo... Yo he pensado que viéndote a ti y oyéndote, así, simplemente, se podría hacer mucho en este sentido. Yo quisiera proporcionarte verdaderos amigos.

-Tú eres ya uno de ellos.

-Yo soy un pobre anciano. Si fuera más joven, te seguiría; pero los años pesan.

-Me estás sirviendo ya con tu creer. Me estás predicando ya con tu fe. Estate tranquilo, Cleofás. No me olvidaré de ti en la hora de la Redención.

-Aquí llegan Simón y Hermas - avisa el hijo del jefe de la sinagoga.

Entran dos personas de media edad, de noble aspecto, y se ponen todos en pie.

-Éste es Simón y éste Hermas, Maestro. Son verdaderos israelitas, de corazón sincero.

-Dios se manifestará a sus corazones. Entretanto, descienda la paz sobre ellos. Sin paz no se oye a Dios.

-Está escrito también en el libro de los Reyes hablando de Elías.

-¿Son tus discípulos éstos? - pregunta el que tiene por nombre Simón.

-Sí.

-Los hay de las más diversas edades y lugares. ¿Y Tú? ¿Eres galileo?

-De Nazaret, pero nacido en Belén en tiempos del censo.

-Betlemita entonces. Ello confirma tu figura.

-Benigna confirmación... para la debilidad humana; mas la confirmación se halla en lo sobrehumano.

-En tus obras, quieres decir, ¿no? - dice Hermas.

-En ellas y en las palabras que el Espíritu enciende en mi labio.

-El que te oyó me las repitió. Verdaderamente grande es tu sabiduría. ¿Tienes intención de fundar con ella tu Reino?

-Un rey debe tener súbditos que estén en conocimiento de las leyes de su reino.

-¡Pero tus leyes son, todas, espirituales!

-Tú lo has dicho, Hermas. Todas espirituales. Yo tendré un reino espiritual. Mi código, por tanto, es espiritual.

-¿Y la reconstitución de Israel, entonces?

-No caigáis en el error común de tomar el nombre "Israel" en su significado humano. Se dice "Israel" para decir "Pueblo de Dios". Yo constituiré de nuevo la libertad y la verdadera potencia de este pueblo de Dios, y a él mismo, restituyendo al Cielo las almas, redimidas y concededoras de las eternas verdades.

-Sentémonos a las mesas. Os lo ruego - dice Cleofás, que toma asiento junto a Jesús, en el centro. A la derecha de Jesús está Hermas, al lado de Cleofás está Simón, luego el hijo del arquisinagogo, en los otros sitios los discípulos.

Jesús, a petición del huésped, realiza el ofrecimiento y la bendición, y se empieza la comida.

-¿Vienes aquí, a esta zona, Maestro? - pregunta Hermas.

-No. Voy a Galilea. Aquí vendré de paso.

-¿Cómo? ¿Dejas Agua Especiosa?

-Sí, Cleofás.

-Pues iban las turbas incluso en invierno. ¿Por qué les quitas esta ilusión?

-No soy Yo. Así lo quieren los puros de Israel.

-¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué mal hacías? Palestina tiene muchos rabíes que hablan donde quieren. ¿Por qué no se te concede a ti?

-No indagues, Cleofás. Eres anciano y sabio. No metas en tu corazón veneno de amargo conocimiento.

-¿Quizás es que manifestabas doctrinas nuevas, consideradas peligrosas - evidentemente por error de valuación - por los escribas y fariseos? Cuanto de ti sabemos no nos parece... ¿Verdad, Simón? Pero quizás es que nosotros no sabemos todo. ¿En qué consiste para ti la Doctrina? - pregunta Hermas.

-En el conocimiento exacto del Decálogo, en el amor y en la misericordia. El amor y la misericordia, esta respiración y esta sangre de Dios, son la norma de mi conducta y de mi doctrina. Y Yo los aplico en todos los aprietos de cada uno de mis días.

-¡Pues esto no es ninguna culpa! Es bondad.

-Los escribas y fariseos la juzgan como culpa. Mas Yo no puedo mentir a mi misión, ni desobedecer a Dios, que me ha enviado como "Misericordia" a la Tierra. Ha llegado el tiempo de la Misericordia plena, después de siglos de Justicia. Ésta es hermana de la primera; como dos que han nacido de un solo seno. Pero, mientras que antes era más fuerte la Justicia, y la otra se limitaba sólo a atenuar el rigor - porque Dios no puede prohibirse el amar -, ahora la Misericordia es reina (¡y cuánto se regocija por ello la Justicia, que tanto se afligía por tener que castigar!). Si os fijáis bien, veréis fácilmente que ambas siempre existieron desde que el Hombre le obligó a Dios a ser severo. El subsistir de la Humanidad no es sino la confirmación de cuanto estoy diciendo. Ya en el mismo castigo de Adán está incorporada la misericordia. Podía haberlos reducido a cenizas en su pecado. Les dio la expiación, y en el horizonte de la mujer, causa de todo mal, abatida por este ser causa del mal, hizo refulgir una figura de Mujer causa del bien. Y a ambos les concedió los hijos y los conocimientos de la existencia. A1 asesino Caín, junto con la justicia, le concedió el signo - y era misericordia - para que no lo mataran. Y a la Humanidad corrompida le concedió a Noé para conservarla en el arca, y luego prometió un pacto sempiterno de paz. Ya no más el fiero diluvio; ya no más. La Justicia fue sometida por la Misericordia. ¿Queréis recorrer conmigo la Historia sagrada para llegar hasta el momento mío? Veréis siempre, y cada vez más amplias, repetirse las ondas del amor. Ahora está colmo el mar de Dios, y te eleva, ¡oh, Humanidad!, sobre sus aguas delicadas y serenas; te eleva al Cielo, purificada, hermosa, y te dice: "Te llevo de nuevo al Padre mío".

Los tres han quedado abismados en el hechizo de tanta luz de amor. Luego Cleofás suspira y dice:

-Así es. ¡Pero sólo Tú eres así! ¿Qué será de José? ¡Deberían haberlo escuchado ya! -¿Lo habrán hecho?

Ninguno responde.

Cleofás se vuelve hacia Jesús y dice:

-Maestro, uno de Emaús, cuyo padre había repudiado a su mujer, la cual fue a establecerse a Antioquía con un hermano suyo, propietario de un emporio, ha incurrido en culpa grave. Él no había conocido jamás a aquella mujer, repudiada - no quiero indagar las causas - tras pocos meses de matrimonio. Nada había sabido de ella porque, naturalmente, su nombre había quedado desterrado de esa casa. Ya hecho un hombre, heredados de su padre actividad comercial y bienes, pensó formar un hogar, y, habiendo conocido en Joppe a una mujer, dueña de un rico emporio, la tomó por esposa. Ahora - no sé cómo se ha sabido - se ha sacado a la luz que esa mujer era hija de la mujer del padre de él. Por tanto, pecado grave, aunque, para mí, es muy insegura la paternidad de la mujer. José, habiendo sido condenado, ha perdido al mismo tiempo su paz de fiel y su paz de marido. Y, a pesar de que, con gran dolor, hubiera repudiado a su mujer, quizás hermana suya - la cual, por el sufrimiento cayó en estado febril y murió -, a pesar de ello, no lo perdonan. En conciencia, yo digo que, de no haber habido enemigos en torno a sus riquezas, no habrían procedido contra él de este modo.

-¿Tú qué harías?

-El caso es muy grave, Cleofás. Cuando has venido a mi encuentro, ¿por qué no me has hablado de ello?

-No quería alejarte de aquí.

-¡Pero si a mí estas cosas no me alejan! Ahora escucha. Materialmente hay incesto, y, por tanto, castigo. Ahora bien, la culpa, para ser moralmente culpa, debe tener a la base la voluntad de pecar. ¿Este hombre ha cometido incesto a sabiendas? Tú dices que no. Entonces, ¿dónde está la culpa - quiero decir la culpa de haber querido pecar? Está aún la del contubernio con una hija del propio padre. Pero tú dices que no era seguro que lo fuese. Y, aunque lo hubiera sido, la culpa cesa al cesar el contubernio. El cese aquí es seguro, no sólo por el repudio, sino porque ha sobrevenido la muerte. Por ello, digo que ese hombre debería ser perdonado, incluso de su aparente pecado. Y digo que, dado que no ha sido condenado el incesto regio, que continúa ante los ojos del mundo, debería mostrarse piedad hacia este doloroso caso, cuyo origen se encuentra en la licencia de repudio que Moisés concedió, para evitar males, aunque no más graves, sí más numerosos. Licencia que Yo condeno, porque el hombre, se haya casado bien o mal, debe vivir con el cónyuge y no repudiarlo y favorecer adulterios o situaciones similares a ésta. Además, repito, a la hora de ser severos, hay que serlo en igual medida con todos; es más, antes con uno mismo y con los grandes. Ahora bien, que Yo sepa, ninguno, quitando al Bautista, ha alzado la voz contra el pecado regio. ¿Los que condenan están inmunes de culpas similares o peores?, ¿o, tal vez, estas culpas quedan cubiertas por el velo del nombre y del poder, de la misma forma que el pomposo manto proporciona cobijo a su cuerpo, frecuentemente enfermo por el vicio?

-Bien has hablado, Maestro. Así es. Pero, en definitiva, ¿Tú quién eres?... - preguntan a una los dos amigos del sinagogo. Jesús no puede responder porque se abre la puerta y entra Simón,, suegro de Cleofás hijo.

-¡Bienvenido de nuevo! ¿Entonces? - la curiosidad es tan viva, que ninguno piensa ya en el Maestro.

-Entonces... condena absoluta. Ni siquiera han aceptado el ofrecimiento del sacrificio. José ha quedado separado de Israel».

-¿Dónde está?

-Ahí fuera. Y está llorando. He tratado de hablar con los más influyentes. Me han arrojado de su presencia como si fuera un leproso. Ahora... pero... lo han hundido a ese hombre, en los bienes y en el alma. ¿Qué más puedo hacer?

Jesús se levanta y se dirige hacia la puerta, sin decir nada.

El anciano Cleofás piensa que se ha sentido ofendido por la falta de atención y dice:

-¡Oh, perdona, Maestro! Es que el dolor que me causa este hecho me turba la mente. ¡No te vayas! ¡Te lo ruego!

-No me voy, Cleofás. Sólo voy donde ese desdichado. Venid, si queréis, conmigo.

Jesús sale al vestíbulo. La casa tiene una franja de terreno delante, unos cuadros pequeños de jardín, más allá de los cuales está el camino. En el suelo, a la entrada, hay un hombre. Jesús se le acerca con los brazos abiertos. Detrás, todos los demás tratando de ver.

-José, ¿ninguno te ha perdonado? - Jesús habla lleno de dulzura. El hombre se estremece al oír esa voz nueva, llena de bondad, después de tantas voces de condena. Alza el rostro y lo mira asombrado - José, ¿ninguno te ha perdonado? - repite Jesús inclinándose para tomarle sus manos y levantarlo.

-¿Quién eres? - pregunta el desdichado.

-Soy la Misericordia y la Paz.

-Para mí ya no hay ni misericordia ni paz.

-En el seno de Dios siempre hay misericordia y paz. Es un seno colmo de estas cosas, y especialmente para los hijos infelices.

-Mi culpa es tal, que estoy separado de Dios. Déjame, para no contaminarte, Tú, que ciertamente eres bueno.

-No te dejo. Quiero llevarte a la paz.

-Pero si yo soy... ¿Tú quién eres?

-Te lo he dicho: Misericordia y Paz. Soy el Salvador, soy Jesús. Levántate. Yo puedo lo que quiero. En nombre de Dios te absuelvo de la involuntaria contaminación. El otro mal no existe. Yo soy el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Todo juicio del Eterno ha quedado deferido a mí. Quien cree en mi palabra tendrá la vida eterna... Ven, pobre hijo de Israel. Repón las fuerzas de tu cuerpo cansado y fortalece el espíritu abatido. Culpas mucho mayores perdonaré. No. ¡De mí no provendrá la desesperación de los corazones! Yo soy el Cordero sin mancha, pero no evito por miedo a contaminarme a las ovejas heridas. Es más, las busco y las conduzco conmigo. Demasiados, demasiados son los que se encaminan a la completa destrucción a causa de demasiada severidad, incluso injusta, de juicio. ¡Ay de aquellos que debido a un intransigente rigor conducen a un espíritu a desesperar! Tales no promueven los intereses de Dios, sino los de Satanás. Pues bien, veo que una pecadora ansiosa de redención ha sido alejada del Redentor, veo que persiguen a un jefe de sinagoga por ser justo; veo que ha sido castigado uno que inadvertidamente ha caído en culpa. Veo que se hacen demasiadas cosas desde allí, desde allí donde viven el vicio y la mentira. Y, como la pared que ladrillo a ladrillo se alza hasta cerrarse, así estas cosas - y en un año ya he visto demasiadas - están levantando entre mí y ellos un muro de dureza. ¡Ay de ellos cuando esté completamente levantado con los materiales aportados por ellos mismos! Ten: bebe, come. Estás exhausto. Luego, mañana, vendrás conmigo. No temas. Cuando recuperes la paz del espíritu, podrás juzgar libremente sobre tu futuro. Ahora no podrías hacerlo, y sería peligroso dejártelo hacer.

Jesús se ha llevado consigo al hombre dentro de la sala y le ha obligado a sentarse en su sitio. Incluso le sirve. Luego se vuelve hacia Hermas y hacia Simón y dice:

-Ésta es mi Doctrina. Ésta y no otra. Y no me limito a predicarla, sino que la hago realidad. Quien tenga sed de Verdad y de Amor venga a mí.

Dice Jesús:

-Y con esto termina el primer año de evangelización. Conservad nota de ello. ¿Qué puedo deciros? Lo he dado porque mi deseo era que fuera conocido. Pero, como con los fariseos, sucede con este trabajo. Mi deseo de ser amado - conocer es amar - se ve rechazado por demasiadas cosas. Y esto es un gran dolor para mí, que soy el eterno Maestro a quien vosotros habéis hecho prisionero...

Contents

Primer año de la vida pública de Jesús	1
Adiós a la Madre y salida de Nazaret. Llanto y oración de la Corredentora	1
45	3
47	8
El encuentro con Juan y Santiago.	8
Juan de Zebedeo es el puro entre los discípulos.	8
48	9
Juan y Santiago refieren a Pedro su encuentro con el Mesías.	9
49.	11
El encuentro con Pedro y Andrés.....	11
después de un discurso en la sinagoga	11
Juan de Zebedeo, grande también en la humildad.....	11
50	15
51	18
María manda a Judas Tadeo a invitar a Jesús a las bodas de Cana	18
52	20
53	22
Un encargo confiado a Tomás.	27
56	29
Simón Zelote y Judas Tadeo unidos en común destino.	29
57	32
En Nazaret con Judas Tadeo y con otros seis discípulos.	32
58.	33
Curación de un ciego en Cafarnaúm.	33
59	36
Curación de un endemoniado en la sinagoga de Cafarnaúm.	36
60	38
Curación de la suegra de Simón Pedro.	38
61	41
Jesús agracia a los pobres después de exponer la parábola del caballo amado por el rey.	41
62.	44
Los discípulos buscan a Jesús, que está orando en la noche	44
63	45
El leproso curado cerca de Corazín.....	45
64	47
El paralítico curado en Cafarnaúm.....	47
65	49
66	50
Judas de Keriot en Getsemaní se hace discípulo.	50
67	51
El milagro de los puñales partidos, en la Puerta de los Peces.	51
68	53
Jesús enseña en el Templo estando con Judas Iscariote.	53

69	56
Jesús instruye a Judas Iscariote.	56
70	58
En Getsemaní con Juan de Zebedeo. Comparación entre el Predilecto y Judas de Keriot.	58
72	62
Hacia Belén con Juan, Simón Zelote y Judas Iscariote.	62
73	64
En Belén, en casa de un campesino y en la gruta de la Natividad.	64
74	68
En la posada de Belén y en las ruinas de la casa de Ana.....	68
75	72
Jesús encuentra a los pastores Elías y Leví.	72
76	74
En Yuttá, en casa del pastor Isaac. Sara y sus niños.	74
77	78
En Hebrón en casa de Zacarías. El encuentro con Áglae.	78
78	81
En Keriot. Muerte del anciano Saúl.	81
79	85
Volviendo donde los pastores. Las joyas de Áglae y una parábola sobre su conversión.	85
80	88
En el monte del ayuno y en la peña de la tentación.....	88
81	92
En el vado del Jordán con los pastores Simeón, Juan y Matías. Un plan para liberar a Juan el Bautista	92
82	94
En Jericó. Judas Iscariote cuenta cómo ha vendido las joyas de Áglae.....	94
83	97
Jesús sufre a causa de Judas, que es enseñanza viva para los apóstoles de todos los tiempos	97
84	99
El encuentro con Lázaro de Betania.....	99
85	102
Antes de ir al Getsemaní, Jesús y el Zelote suben al Templo, donde está hablando Judas Iscariote	102
86	104
El encuentro con el soldado Alejandro en la Puerta de los Peces	104
Donde el pastor Jonás, en la llanura de Esdrelón	107
89	109
Adiós a Jonás y llegada de Jesús a Nazaret	109
90	112
La llegada a Nazaret de los discípulos con los pastores.....	112
Primera lección a los discípulos en Nazaret, en un olivar	114
92	116
Segunda lección a los discípulos en Nazaret, junto a la casa	116
93	117
Tercera lección a los discípulos en Nazaret, en el huerto de la casa. Palabras de consuelo a Judas de Alfeo.	117
94	119

Curación de la Beldad de Corazín. Jesús habla en la sinagoga de Cafarnaúm	119
95	122
Santiago de Alfeo recibido como discípulo. Jesús habla junto al banco de Mateo	122
96	125
Jesús responde a la acusación de haber curado en sábado a la Beldad de Corazín	125
97	127
La llamada de Mateo	127
98	130
Encuentro con la Magdalena en el lago y lección a los discípulos cerca de Tiberíades	130
99	134
En Tiberíades en la casa de Cusa	134
100	136
En Nazaret en casa del anciano y enfermo Alfeo. No es fácil la vida del apóstol	136
101	140
Jesús pregunta a su Madre acerca de los discípulos.....	140
102	141
Encuentro con el ex pastor Jonatán y curación de Juana de Cusa.....	141
En los altos del Líbano, donde los pastores Benjamín y Daniel	144
104	146
Aava reconciliada con su marido. Noticias sobre la muerte de Alfeo y sobre el rescate de Jonás.....	146
105	150
En Nazaret por la muerte de Alfeo. Lenta conversión del primo Simón.....	150
Expulsión de Nazaret. Jesús consuela a su Madre. Reflexiones sobre cuatro contemplaciones.....	152
107	154
Jesús y su Madre en casa de Juana de Cusa	154
108	155
Discurso a los vendimiadores y curación del niño paralítico	155
109	158
En los campos de Jocaná y en los de Doras. Muerte de Jonás	158
110	163
En casa de Jacob en las cercanías del lago Merón	163
Encuentro con Salomón en el vado del Jordán. Parábola sobre la conversión de los corazones.....	166
Regreso a Betania después de la fiesta de los Tabernáculos.....	171
114	171
En el convite de José de Arimatea. Encuentro con Gamaliel y Nicodemo.....	171
115	175
Curación del niño arrollado por el caballo de Alejandro. Jesús expulsado del Templo.....	175
116	177
En Getsemaní con Jesús, los discípulos hablan de los paganos y de la "velada". El coloquio con Nicodemo	177
117	181
Lázaro pone a disposición de Jesús una casita en el llano de Agua Especiosa	181
118	183
Comienzo de vida común en Agua Especiosa. Discurso de apertura.....	183
119	186
Los discursos en Agua Especiosa: Yo soy el Señor tu Dios. Jesús bautiza como Juan.....	186

120	189
Los discursos en Agua Especiosa: Yo soy el Señor tu Dios. Jesús bautiza como Juan	189
122	194
123	198
124	202
Se da alojamiento a la "velada" en la casita de Agua Especiosa	202
126	206
Los discursos en Agua Especiosa: No matarás. Muerte de Doras	206
129	214
La curación, en Agua Especiosa, de un romano endemoniado	214
131	219
132	221
Discurso de conclusión, en Agua Especiosa, antes de la fiesta de la Purificación	221
133	224
El trabajo oculto de Andrés. Una carta a Jesús de su Madre. Jesús debe dejar Agua Especiosa	224
134	227
La curación de Jerusa en Doco	227
136	232
En la fiesta de las Encenias, en casa de Lázaro, se hace memoria del nacimiento de Jesús	232
137	237
Jesús regresa a Agua Especiosa, pero debe abandonar el lugar	237
Despedida del encargado de Agua Especiosa, y del arquisinagogo Timoneo, que se hace discípulo	239
139	241
En los montes de las cercanías de Emaús. El carácter de Judas Iscariote y las cualidades de los buenos	241
140	243
En Emaús, en casa del arquisinagogo Cleofás. Un caso de incesto. Fin del primer año	243